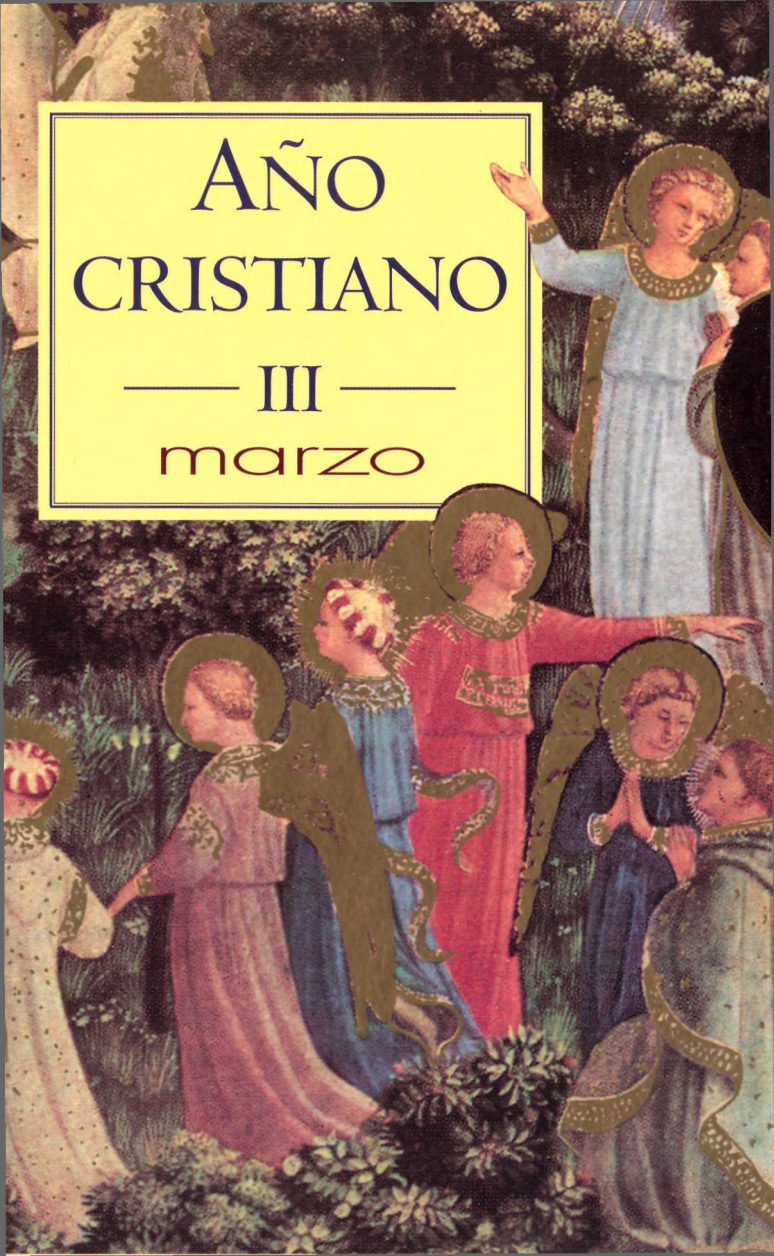


AÑO CRISTIANO

— III —

marzo



AÑO CRISTIANO

III

Marzo



COORDINADORES

Lamberto de Echeverría (†)

Bernardino Llorca (†)

José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2003

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2003
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-663-X (Tomo III)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	<u>Pags</u>
COLABORADORES	IX
PRESENTACION	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de marzo (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
LA SANTA CUARESMA	561
APENDICE	569
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS	579
ÍNDICE ONOMASTICO	581

COLABORADORES

A) BIOGRAFIAS EXTENSAS

ARNALDICH, Luis, OFM
ALSEJO, Serafín de, OFM cap
BEJARANO, Virgilio
CARRO CELADA, José Antonio
CASES, José María
CHICO GONZALEZ, Pedro, FSC
DALMAU, José M., SI
DIAZ FERNANDEZ, José María
DOMINGUEZ DEL VAL, Ursicino, OSA
ECHEVERRIA, Lamberto de
FERNANDEZ OGUETA, Jesus
FERNANDEZ RUIZ, Doroteo
FERRANDO ROIG, Juan
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
FIERRO, Rodolfo, SDB
FLORES ARCAS, Juan Javier, OSB
FONTECHA, José Francisco
GARCIA MARTINEZ, Félix
GIL IMIRIZALDU, Plácido Miguel, OSB (Leyre)
GIL, Cesáreo
GONZALEZ, Marcelo
GONZALEZ RODRIGUEZ, M^a Encarnación
GREENSTOCK, David L
IRIBARREN, Jesús
LANGA, Pedro, OSA
LLABRES, Pere
MARTIN ABAD, Joaquín
MARTINEZ ALMENDRES, Gregorio, CSSR
MARTINEZ GOÑI, Faustino
MORALES OLIVER, Luis
NUÑEZ URIBE, Félix
PEDROARENA, José Antonio X, OSB (Leyre)
PERRAIRE FERRER, Jacinto
PEREZ DE URBEL, Justo, OSB
PÉREZ LOZANO, José María
PÉREZ SUAREZ, Luis M, OSB (Leyre)
PUJOL, Buenaventura
REPETTO BATES, José Luis

RIESCO PONTEJO, Pedro, OP
RIVERA RECIO, Juan Francisco
ROMERO, Agustín, OCSO
RUIZ BUENO, Daniel
SANCHEZ ALISEDA, Casimiro
SENDIN BLAZQUEZ, José
VELADO GRAÑA, Bernardo

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obrapreciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyła— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium*, ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas esta en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aún entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosisidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería*, dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía*.

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral*, el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium*. También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma*, ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSE LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

III

Marzo

1 de marzo

A) MARTIROLOGIO ¹

- 1 En Roma, San Félix III († 492), papa, antepasado del papa San Gregorio Magno *.
- 2 En Angers, San Albino († 550), obispo *.
3. En Mynyw (Gales), San David († ca.601), obispo *.
- 4 En Le Mans (Francia), San Siviardo († ca.680), abad.
- 5 En Kaiserswerdth (Sajonia), San Suitberto († 713), obispo *.
- 6 En Vasconia, San León (s. IX), obispo y mártir *.
- 7 En Calabria, San León Lucas († ca.900), abad.
8. En Celanova, San Rosendo († 977), obispo y abad **.
- 9 En Taggia (Liguria), Beato Cristóbal de Milán († 1484), presbítero de la Orden de Predicadores *.
- 10 En Bassano (Véneto), Beata Juana María Bonomo († 1670), abadesa de la Orden de San Benito **.
- 11 En Xilinxian (China), Santa Inés Cao Kuying († 1856), viuda y mártir *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ROSENDO

Obispo y abad († 977)

«... Y dicen que el obispo imberbe —dieciocho abriles— modificó las armas de sus ascendientes, quitando los adornos a la “cruz deaurata” y cambiando el alfa y omega por un compás y un espejo...».

«¿Por qué —le preguntarían hoy los reyes de armas—, por qué ese cambio en su escudo?».

A diez siglos de distancia, y con la historia en la mano, me atrevo a responder yo, sin temor a herir la humildad del hijo de don Gutierre:

¹ Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*)

Prefiere la cruz sin los tres globitos que remataban sus brazos, porque el nuevo prelado quería implantar la bandera de la auténtica «cruz» de Cristo —de la cruz sin falsear— en su diócesis y en todos sus dominios. Quiso que esa «cruz» sencilla siguiese siendo de oro, porque veía en el «oro» de la cruz de sus mayores el oro de ley, de las vidas crucificadas. Exigió en el escudo un «compás», porque opinaba que, para crucificarse con Cristo, debía añadir al símbolo de la Redención el compás de la vida, sometida en todo momento a una regla. Mandó que, paralelo al compás, hubiese un «espejo», porque, puesto por Dios sobre el candelero de la cátedra episcopal, se creía obligado a ser espejo para todos: lo mismo para los nobles, que para los plebeyos y para los esclavos.

Según eso, el escudo de armas de San Rosendo es su mejor retrato; no sólo porque en él resaltan los tres rasgos más característicos de su vida privada: su crucifixión en la cruz del deber, su santificación en el molde de un plan o regla de vida, y su constante e intachable ejemplaridad; sino también, porque, además, en él se sintetiza toda su labor social y apostólica, esa labor que cifró: en emplear y recomendar el empleo de las riquezas —oro— en el servicio del Crucificado —cruz—, levantándole iglesias y monasterios; en poner orden —compás— en las familias y en los pueblos de aquella época tan agitada; y en exigir la limpieza de corazón —espejo— a los eclesiásticos y a los fieles de aquella edad de hierro del cristianismo.

Estudiemos, pues, ese su escudo, hecho vida por él mismo en su peregrinar hacia Dios durante setenta años, y descubriremos la figura del patriarca de los monjes del noroeste de España.

Los portugueses, con don Rodrigo de Acuña a la cabeza, tratan de hacerle nacer por casualidad en Portugal, a unas cuatro leguas de Oporto.

Los gallegos y la tradición quieren que haya abierto sus ojos a la luz en Salas, pueblo de la provincia de Orense.

Respeto la opinión del arzobispo de Lisboa, don Rodrigo, y la de los cronistas que copiaron de él. Pero me quedo con la tradición. En primer lugar, porque no me merece crédito un cronista que, siendo oriundo de Galicia, se constituye en defensor

infatigable de la Casa de Braganza y se presenta como un enemigo declarado de los gallegos. En segundo lugar, porque la lógica de los hechos así lo exige: Santa Ilduara era oriunda de Puertomarín (Lugo); de ordinario vivía en las posesiones que su esposo don Gutierre tenía en la cuenca del Arnoya (Orense); cuando en 907 Alfonso III emprendió la marcha contra Coimbra, llevando consigo al conde don Gutierre, que era uno de sus principales caudillos, ¿vamos a creer que don Gutierre iba a consentir que su esposa, doña Ilduara, subiese, en estado, por la Vía romana de Astorga a Braga, las montañas del Jurés, Santa Eufemia y Porteladome —tres leguas de cuevas empinadas y de despeñaderos peligrosísimos— y recorriese, entre soldados y carros de guerra, las otras catorce leguas que separan a Porteladome de Oporto? ¿No parece más humano que la dejase con sus familiares en Puertomarín o en alguno de los pazos que poseía entre las actuales villas de Ginzo, Bande y Allariz? Opino con la tradición que la dejó en un pazo a orillas del río Salas.

La tradición reza como sigue:

«No era estéril la condesa. Pero se le morían los hijos, recién nacidos. Una vez que el conde don Gutierre se fue en la expedición de don Alfonso III contra Coimbra, vino Ilduara, su esposa, a orar a este valle. Estando aquí, una mañana, subió a la ermita de San Salvador, sola y descalza, y llorando. Llegó fatigadísima. Así y todo, se puso enseguida en oración. Muy devota de San Miguel, se postró lo primero ante su altar. Allí permaneció largo rato. De pronto, oyó una voz que le decía. “Alégrate, Ilduara, que tu oración ha sido atendida. He aquí que concebirás y darás a luz un hijo que será grande delante de Dios y de los hombres”. Y sucedió así como el arcángel le profetizó. Santa Ilduara, para agradecérselo, mandó construirle una iglesia en aquellos contornos. Al terminarla, le nació el niño. Pensaba bautizarle en San Salvador. Pero, al subir unos carreteros al monte con la pila bautismal de la parroquia, se les rompió el carro. Fueron a buscar otro. Y, mientras tanto, San Miguel se llevó la pila a su ermita. Entendió la condesa que, con aquella faena, el ángel quería indicar su deseo de que fuese bautizado el niño en la nueva iglesia; y así lo ordenó a los suyos. Le pusieron por nombre Rosendo. Sucedió todo esto a finales del siglo nono o a principios del diez».

Como todas las tradiciones, la de San Rosendo llegó a nosotros envuelta en las gasas de la leyenda. La bola de nieve, al dar vueltas y vueltas, a través de los siglos, falseó algunos hechos y

ocultó otros. Por ejemplo· hoy, a la luz de los documentos históricos, es insostenible el mayorazgo de San Rosendo, pues el mayor de los hijos logrados de don Gutierre y de Santa Ilduara consta que fue Munio, el que asistió el 27 de septiembre de 911 a la junta de prelados y magnates convocada por Ordoño II en Aliobro (Portugal) y el que fue padre de don Arias, sucesor de su tío San Rosendo en la mitra mindoniense. A la luz de esos mismos documentos históricos tampoco se puede sostener ninguna enmarcación exacta del pazo en que nació el santo. Así y todo, la tradición es verídica en lo sustancial del relato· que el nacimiento fue anunciado por San Miguel y que el bautismo revistió mucha solemnidad.

El nacimiento tuvo lugar el 26 de noviembre del 907 El bautismo, a los pocos días. En él actuó de bautizante Sabarico, tío del recién nacido. Con tal ocasión la nobleza felicitó a los condes. Todos los colonos hicieron fiesta. Los esclavos, que recibieron la libertad aquel día, saltaron de gozo. Hubo regocijo general.

Don Gutierre, en acción de gracias, sin dejar sus cargos, se dedicó en adelante a fundar monasterios y reconstruir iglesias. Hábil gobernante y cristiano piadoso, transfundió a su hijo el rico legado de su carácter robusto.

Doña Ilduara, por su parte, fue dotando las iglesias y monasterios que su marido construía, con fincas, con vestiduras, con vasos sagrados. Noble y desprendida, fervorosa y santa, mereció el premio que le profetizara el mensajero celestial· «un hijo grande delante de Dios y de los hombres».

Rosendo, vencida la cuesta de la infancia, pasó a Mondoñedo con su tío paterno, Sabarico II. En los claustros de la iglesia episcopal aprendió los latines e hizo sus primeras escaramuzas por la sagrada Biblia. De sus años allí dicen los biógrafos·

«Juventud con peso de anciano, palabras dulces y eficaces, nada de infantilismos ni de vanidades del mundo, amigo de la soledad y de la oración, aplicado en sus estudios, modesto y grave aun que sin desabrimientos, alegre y feliz, pero sin ligerezas, de rostro agradable, de estatura mediana »

Cuando uno se encuentra en los crónicas con fichas escolares como la precedente, siente la tentación de preguntar· ¿no

serán elogios de relleno? En el caso del hijo de Santa Ilduara la negativa nos la dan los reyes, los prelados y los nobles que le asocian desde sus doce años a su gobierno, y a sus decisiones, y a sus escrituras; el 18 de mayo de 919 ya suscribe en la corte de los reyes de León, con los prelados y con los magnates, el diploma que su tío Ordoño II concede a aquella iglesia.

No sabemos cuánto tiempo ni en qué año, pero parece indiscutible que pasó una buena temporada en algún monasterio benedictino, que pudo ser muy bien el de San Salvador y Santa Cruz de Puertomarín. En él estudió letras y ciencias. En él saboreó la Sagrada Escritura y leyó a los Santos Padres. En él dicen algunos que fue abad durante unos meses. En él quizá le sorprendieron los que le llevaban la mitra episcopal. En él, al menos, se retiró para medir sus fuerzas antes de dar el sí. En él, sin duda, oró a Dios de esta manera:

«Señor, cuando en mi casa paterna yo crecía entre el relinchar de los caballos y los gritos de los hombres de guerra, Tú me arrancaste de aquel ambiente. Cuando, después, pasé unos años con mi tío, en Mondoñedo, entre clérigos y cortesanos, Tú me trajiste a este remanso de paz... Soy feliz con mis estudios y con mis rezos. Me encanta la soledad y el olor a tojo. ¿Por qué te acordaste ahora de mí? Déjame saborear la cruz desnuda de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. Déjame vestir el hábito de San Benito...».

Y allí, en la confusión de su mente y en lo encontrado de sus sentimientos, tuvo la revelación de que hablan todos sus biógrafos: de que su cruz era la mitra.

Hacia Mondoñedo, por el camino, las espigas de los tojos pinchaban sus pies delicados. Pero el oro de sus flores llenaba, al mismo tiempo, su alma ambiciosa. Cruz-oro, trabajo-mérito, apostolado-santidad, dolor-cielo. Ése era el programa que gritaban a sus oídos los espinosos tojales que florecían en oro en aquel invierno del 925, cuando él contaba apenas dieciocho años.

Mondoñedo —tierra verde, regada como el paraíso terrenal por cuatro ríos— le recibió con los brazos en cruz. Lo mismo el clero que el pueblo yacían sepultados en el marasmo consiguiente a la pérdida irreparable de su pastor Sabarico II; y lo mismo los nobles que los plebeyos y que los esclavos vivían en continuas y enconadas luchas: estaban en la cruz de la orfandad

y en la cruz de las desavenencias. En circunstancias tan críticas necesitaban el santo que les enseñase a sacar gusto a su cruz, entusiasmándoles con la cruz de Cristo; el sabio que enfocara y centrara sus vidas desordenadas, calmando los ánimos perturbados e insatisfechos; el guerrero que humillara de una vez a los perturbadores de la paz. Todo eso esperaban del descendiente de los Arias. Todo eso prometía y hacía esperar el peso, y el saber, y la nobleza de Rosendo.

Sentado en la silla de su tío, lo primero que pidió a Dios fue la paz.

Para conseguirla, empezó por reconstruir, ayudado de sus padres, los monasterios e iglesias que lo necesitaban. Con ello serenó y conquistó a los abades de toda Galicia, la nobleza eclesiástica de entonces.

Emparentado por línea paterna y materna con reyes y condes —la nobleza civil de aquellos tiempos—, se granjeó enseguida su amistad reconciliando a unos, dirimiendo las contiendas de otros, aconsejando a sus parientes los reyes de León.

De profundos sentimientos humanitarios, sufría horrorosamente ante los abusos con la esclavitud. Eso le llevó a trabajar por su abolición, empezando por dar él paulatinamente libertad a sus esclavos; y siguiendo por recomendar lo mismo a los nobles y señores. Con eso se convirtió en el padre de todos los libertos. Con eso centró en sí todas las esperanzas de todos los que aspiraban a la libertad. Y con eso calmó los ánimos de todos los oprimidos.

Esa triple actividad del hijo de Santa Ilduara: en el orden monacal, en el orden militar y político y en el orden social, refleja el carácter singular, por lo multiforme, de su episcopado en Mondoñedo.

Lo segundo que pidió San Rosendo al Señor desde la silla de su tío fue la gracia de retornar a la vida ordenada del claustro.

«Y sucedió que, hallándose una vez en oración en el monasterio de Caaveiro, le reveló el Señor que era su voluntad que fundase un gran monasterio en el lugar de Villar, en tierra de Bubal, a orillas del Sorica o Sorga, afluente del Arnoya. Esta revelación debió tenerla hacia el año 934; por ella comprendió San Rosendo que el nuevo monasterio había de ser su lugar de descanso».

El primer paso que dio fue asegurar la posesión del solar, consiguiendo que su hermano Fruela y su prima Jimena cediesen todos sus derechos sobre la finca de Villar a favor del futuro monasterio.

Asegurada la posesión, en aquel valle de la provincia de Orense, «donde los vientos eran apacibles, los bosques bienolientes, el riachuelo suave y la soledad mucha», se oyó por primera vez el martillo y tableteo de los que preparaban andamijes. A los pocos días, el repiqueteo desacompañado de los canteros hizo pensar en el próximo repique de las campanas y en la salmodia rítmica de los futuros monjes.

Ocho años. Donaciones de ricos y de pobres. Sobre todo, de Santa Ilduara. Idas y venidas del obispo de Mindoni. Entusiasmo en todos. Expectación.

Y el 25 de septiembre del año 942 —domingo— San Rosendo vio coronados sus anhelos. Recibió el abrazo fraternal y de felicitación de once obispos —los de los reinos de Galicia y León—. Le besaron afectuosamente la mano veinticuatro condes. Le reverenciaron como a padre y pastor larga serie de abades, presbíteros, diáconos, monjes. Y oyó los aplausos de la muchedumbre, entusiasmada ante la grandiosidad del monasterio y la solemnidad del acto.

Consagrada la iglesia y firmada la escritura de dotación, en la que nos dejó un perfecto retrato de su alma, entregó el báculo de Celanova (que así se llamó desde entonces Villar) al monje Franquila, abad que había sido de Ribas del Sil. Y Celanova fue en adelante el blanco de las miradas de todos los fieles, el espejo de todos los monasterios de Galicia, y la heredera casi forzosa de todos los familiares del santo y de muchos condes y reyes del noroeste de la Península.

El fundador de Celanova se volvió a su Mondoñedo. Allí siguió apagando rencores, satisfaciendo avaricias, pacificando matrimonios, sofocando conspiraciones, serenando ánimos... De vez en cuando se le recrudecía la tentación de Puertomarín:

—Los nobles creen. Los demás, también. Pero las pasiones, que los siglos legaron a unos y a otros, no se calman con un soplo. ¿Qué habré hecho yo para que el Señor me condene a esta lucha y a este destierro? ¡Si mi mundo es el claustro!...

Otras veces recordaba la visión de Caaveiro:

—Señor, ya está terminada la Celanova. ¿Ha llegado la hora de irme?

Y un día cayó en la tentación de renunciar a la sede mundaniense. Y otro, se arrodilló ante San Franquila, abad de su monasterio, y le habló así:

—Padre, el hábito y un rincón

Y otro, le vieron los monjes como uno de tantos, rezando y estudiando, y trabajando.

Fue feliz, lejos de los negocios y de los nobles y de las responsabilidades de la mitra. Sólo tres personas turbaron su paz: el ángel de su guarda, su madre y el rey. El ángel de su guarda porque bajaba al coro a rezar con él y le alumbraba con sus alas de luz, y le obligaba a profetizar el futuro, y le infundía compasión para que curara a los enfermos y resucitara a los muertos... Su madre porque cada día le llegaba con una nueva donación y porque, después de asegurar detrás de sí una espléndida estela de santidad, murió como los justos en su monasterio de Vilanova —a cuatro kilómetros de Celanova— el 20 de diciembre del 948. El rey Ordoño III porque le sorprendió con la orden siguiente:

«Ordoño rey, al padre y señor Rosendo. Salud en el Señor. Por el mandato serenísimo de este nuestro decreto te encargamos el gobierno de la provincia que mando tu padre y terrenos adyacentes hasta la mar, de suerte que todos concurren allí a obedecerte en las cosas de nuestro servicio y cuanto dispongas lo cumplan sin excusa ninguna. Dado el 19 de mayo del año 955»

Es ésta otra faceta de la vida de San Rosendo. La patria le arrancó de la paz de su celda. Por la patria, el monje se trocó en gobernador. Y por la patria sus labios, que sabían bendecir y salmodiar, ahora dieron órdenes y refrenaron abusos; sus manos, que habían empuñado el báculo y consagrado iglesias, ahora sujetaron las riendas de un caballo de guerra y blandieron la espada.

Durante su gobierno cruzaron los moros el Mondego y llegaron hasta el Miño, como una ola de sangre y de terror. Enterado nuestro héroe, les salió al paso. Y les obligó a retornar, maltrechos, a sus reales.

Poco después —en 968— tuvo lugar la invasión de los normandos. Un año entero de robos, de incendios, de profanaciones, de raptos... de horror. San Rosendo, mientras reunió y armó a sus tropas, dejó que se cebara la furia y la avaricia de los invasores. Cuando vio que, cargados de despojos, intentaban embarcar para sus tierras, lanzó contra ellos al conde don Gonzalo. Y los hijos de Odín, impetuosos como su dios Thor, se encontraron con que habían agotado el furor salvaje de las valkirias y con que les arrollaba la venganza más que justa de los indígenas. Borrachos de triunfos y de botines, se habían creído inatacables. Pero la realidad fue que, en virtud de la táctica y estrategia militar de San Rosendo y del valor del conde Gonzalo, las olas vieron expirar a todos y cada uno al filo de la espada, y el mar acogió en su seno a sus naves vacías. Al día siguiente, los techos de paja de las cabañas normandas de Foz, Cervo, Villaronte y Ribadeo no echaban humo. San Rosendo desde lo alto de la Agrela —acantilado cuyos pies lamen las olas cantábricas— respiró paz y satisfacción y agradecimiento popular. Y bendijo las aguas que tragarón a sus enemigos, y las aldeas e iglesias destruidas y a todas las familias afectadas por el horror de la invasión.

Y una riada de tranquilidad y de prosperidad inundó a toda Galicia.

Mientras tanto, su libertador, normalizadas todas las actividades industriales y agrícolas, pensó en retirarse de nuevo a las órdenes de San Manilán, el sucesor de San Franquila en Celanova.

En esto, hacia el año 970, quedó vacante la sede compostelana. Todos le señalaron a él con el dedo. Pero su humildad y la esperanza de volver a Celanova le obligaron a negarse. Sólo a instancias de los nobles y de la infanta doña Elvira, tutora del rey don Ramiro III, aceptó la administración provisional de la diócesis del apóstol. Se cuidó, empero, muy mucho de firmar: «Apostolicae Cathedrae et Sedis Iriensis Rudesindus Episcopus commissus». Temía que diesen por hecho que aceptaba la propiedad.

Poco tiempo rigió la diócesis del apóstol. Aun así, en ese breve tiempo, reformó la disciplina de varios monasterios, revi-

só, para evitar complicaciones, las escrituras de dotación de las diversas iglesias, asistió a un concilio en León, acompañado de San Pedro de Mezonzo, y contagió dinamismo apostólico a los monjes y a los clérigos.

Hacia el 974 cayó definitivamente en la tentación de encerrarse en Celanova.

Allí pasó sus últimos años, entregado a la oración y a la predicación. Y a la edificación de los monjes con el ejemplo. El diácono Eglano, en una donación que hizo a Celanova, le retrata en este período de su vida con estas palabras: «A vos, egregio obispo, señor Rosendo, padre santísimo, verdadero maestro, que enseñáis a vuestros súbditos con la palabra y con las obras...».

Allí se rodeó de un buen grupo de monjes con grandes valores humanos y les dio su impronta de piedad y amor a la cruz, su impronta de disciplina monacal y su impronta de ejemplaridad para todos. Con otras palabras: allí perpetuó el simbolismo de su escudo de armas.

Y allí apagó sus días el 1 de marzo del 977, después de haber reflejado en su testamento su fe, su saber escriturístico, su humildad, su amor a la Orden benedictina, su predilección por Celanova y su deseo de vivir por toda la eternidad como había vivido todos los días de su azaroso peregrinar por la tierra: «bajo la providencia de Dios».

Los monjes que cerraron sus ojos, conservaron sus restos mortales como el mayor y mejor de los tesoros del monasterio.

CESÁREO GIL

Bibliografía

- Act SS Boll*, 1 de marzo, diversos documentos antiguos
GAMS, P B, *Die kirchengeschichte von Spanien*, II/2 (Ratisbona) 405s
LOPEZ FERREIRO, A, *Biografía de San Rosendo* (Mondoñedo 1907)
LOPEZ Y CABALLEIRA, A, *San Rosendo siglo X* (Santiago de Compostela 1909)
MABILLON, J -D'ACHERY, L, *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, V (Paris) 524s
MIRANDA, P DE, *El bautista español y el predicador verdadero San Rosendo* (Madrid 1665)
SAEZ, E, «Los ascendientes de San Rosendo (Notas para el estudio de la monarquía asturleonense durante los siglos IX y X)» *Hispania* 8 (1948) n 30-31 p 3-76
SAEZ, E, «Notas al episcopologio minduniense del siglo X» *Hispania* 6 (1946) n 22 p 3 79, 119 233
— Actualización
ARAUJO IGLESIAS, M A, *San Rosendo, bispo e fundador* (Celanova 1999)
CELANOVA, O DE, *Vida y milagros de San Rosendo* (La Coruña 1990)

BEATA JUANA MARÍA BONOMO

Abadesa († 1670)

Uno de los hagiógrafos de la benedictina Beata Bonomo señala certeramente que los santos contemplativos suelen ser menos conocidos; son joyas escondidas que parecen no interesar más que al amor y al gusto de Dios por vivir, amar y ser amado por los hijos de los hombres. En efecto, la vida de Juana, una vida escondida con Cristo en Dios, a nuestros ojos, apenas tuvo resonancia social externa y no fue ni más ni menos que la que podía tener una monja italiana en una ciudad provinciana de la alta Italia del siglo XVII.

Pero deberíamos hacer mayor caso de los contemplativos y recoger cada una de sus palabras como un tesoro. Solemos mirarlos como espíritus que viven en un mundo distinto del nuestro, que caminan por unas sendas que para nosotros no tienen el menor interés. Y, sin embargo, son ellos los que más pueden decirnos del *unum necessarium* del Evangelio, de la necesidad imperiosa y angustiosa de nuestro corazón; ellos, los únicos que lograron en este mundo entrever los misterios del cielo.

Entre los contemplativos hay tanta variedad como entre las flores. Una distinción que se impone con mayor evidencia es la que pudiéramos llamar de místicos curvilíneos y rectilíneos. Hay almas a quienes el Espíritu Santo escoge desde el principio de su existencia y las señala el camino. Pero esas almas se tuercen, se extravían, se detienen, dan rodeos misteriosos y difíciles de explicar. Santa Teresa, Santa Gertrudis, Santa Catalina de Génova: tres predestinadas que, algunas veces, siquiera fuese inconscientemente y sólo por breve tiempo, se olvidaron de su destino.

Hay otras almas que desde el primer momento se sienten tan subyugadas, tan fascinadas por la mirada de Dios, que ni se les ocurre siquiera pensar que se puede ir por camino distinto del que Dios les traza. El Espíritu las arrebató con tanta violencia, que pasan por este mundo con una seguridad, con respecto al bien, que se parece a la que tienen los bienaventurados en el cielo. Son como la flecha que busca el blanco sin vacilar.

Sólo teniendo presente estos principios es como podemos acercarnos al misterio divino que encontramos en la vida de

Beata Juana María. Su vida es casi como un cuento, no de hadas, sino de amor, un cuento extraordinario que signa la caridad de Dios por la humanidad. Un cuento místico, más que misterioso, en que se nos da la señal y el sacramento de la gracia a través de la vida ejemplar, aunque escondida, de una monja del siglo XVII.

El nombre de Juana es el nombre no de bautismo —el de pila era María— sino el que solía ponerse a los religiosos el día de su entrada en religión. Parece ser que fue elegido por ella misma por amor a su padre. La llamaremos así desde ahora. Juana María fue la primogénita y única hija del matrimonio formado por Giovanni Bonomo y Virginia Ceschi de Volsugano. Nació al año siguiente de los desposorios de sus padres, el domingo 15 de agosto de 1606, solemnidad de la Asunción de María al cielo.

Giovanni Bonomo era un rico comerciante de Asiago, una ilustre villa del norte de Italia muy cerca de la capital de la región, la conocida ciudad conciliar de Trento, no lejos de otras no menos conocidas como Verona, Padua y Venecia. Su madre, Virginia, de antigua nobleza provinciana, era una hermosa mujer, de acendrada piedad cristiana aunque de delicada salud. El alumbramiento de Juana fue difícil, pero al fin pudo remontarse el problema y la vida siguió con otros que, a los pocos años, la llevarían al sepulcro. En efecto, Giovanni aun siendo un cristiano caballeroso y creyente padecía de unos celos mortales, aun sin motivos; simplemente no podía permitir que nadie mirase ni dijera una palabra de más sobre la belleza de su mujer. Tuvo diversos percances, hasta que llegó un día que, en una reyerta nacida de ese maléfico mal, malhirió casi de muerte a un pretendido rival; preso y llevado a juicio, fue condenado a unos años de cárcel en la cercana Vicenza. Tuvo esto lugar a los pocos meses del nacimiento de su hija. Puede suponerse en aquella época la deshonra y el dolor de la esposa en este trance. Todo lo fue soportando Virginia con el consuelo de poder atender a la educación de su hija. A los tres años, por fin, volvió el marido, pero en tal situación de depresión y debilidad que se pensó que volvía a casa para meterse en cama y morir. La curación del enfermo, según algunos, fue uno de los primeros prodigios de la pe-

queña Juana. La fiebre consumía al padre y el desánimo se había apoderado de todos. La chiquilla de apenas cuatro años queriendo ayudar a su padre, tomó un papel sobre el que estaba escrito el nombre de Jesús y subiendo a la cama del enfermo lo puso sobre el pecho de su padre, cuentan que en aquel mismo instante quedó dormido en un sueño reparador, del que despertó para ponerse bien en pocos días.

Como en algunas biografías de santas, parece que el amor de Jesús no se arredra en hacer saber que tiene sus predilecciones, incluso con los de pequeños de más corta edad, dando a conocer a ellos y a veces a los que los rodean cuáles son sus futuras intenciones. La vida mística de Juana empieza pronto, así como sus visiones, por las que Dios fue preparando el corazón de su esposa. De esta época, según ella misma cuenta, en una autobiografía que por obediencia escribió, tuvo su primera «catequesis» celestial por la que asistiendo con sus padres a una misa solemne, Jesús eucaristía se le mostró en su divinidad y en su humanidad. Su devoción y amor a la Eucaristía no la abandonara jamás y por ella sufrirá lo indecible.

La felicidad de la familia Bonomo duró poco. Virginia murió a los pocos años de estos sucesos, cuando Juana sólo contaba con seis años de edad. Su padre la retuvo con él hasta los nueve años cumplidos, ante los que la exigencia de su clase y la inteligencia de la hija exigía una educación más adecuada. En la capital de la región, Trento, tenía fama por aquel entonces el colegio de «madaminas» que regentaban las religiosas de Santa Clara en su propio convento. Allí la llevó Giovanni Bonomo. La educación de las jóvenes de la época consistía en todo aquello que podría servirles para ser unas buenas amas y señoras de su casa, comenzando por un exacto conocimiento de las verdades cristianas y una práctica fervorosa de las devociones, se extendía a todos los menesteres: cuentas, coser, bordar, danza, música, buenas maneras. Juana María se aplicó concienzudamente a todo y pronto destacó en canto, música y en el aprendizaje del violín, del que cuentan que fue más que una experta. Había en Juana María algo maravilloso. Sus compañeras, las niñas del internado de Santa Clara de Trento, lo sabían y la admiraban. Cobraronle también mucho cariño porque ella lo conquistaba con

su gracia y su bondad. Ágil, dulce y amable, tenía ángel, sobre todo, para cantar, y sus deditos infantiles eran una maravilla para el dibujo y la pintura. Las colegialas se reunían en torno suyo, escuchando embobadas las canciones que acompañaba con el clave o el violín.

A los diez años hizo su primera comunión, después de haber rogado mucho y de haberse preparado de forma extraordinaria. Desde aquel día, como ya hemos apuntado, el Pan eucarístico será su amor, su fuerza y el fundamento incommovible de su fe y esperanza. Dicen que verla comulgar era toda una experiencia, que conmovía más que muchas explicaciones y catequesis sobre la Eucaristía.

A los doce años, en una de las visitas que su padre hacía al colegio en Trento, Juana le manifestó su deseo de ser religiosa. No era una decisión de niña; era algo anhelado desde hacía tiempo y puesto en su corazón por el Señor. El carácter brusco de Giovanni se vio contrariado, como suele acontecer en estas ocasiones, aun en familias cristianas. Soñaba para su hija una boda suntuosa, una familia llena de nietos... Pensó que las monjas clarisas, sus educadoras, tenían la culpa de tales «manejos y teorías» e inmediatamente la sacó del colegio y se la llevó a casa.

El carácter celoso de su padre la mantuvo alejada del mundo de la vida religiosa durante tres años hasta que cumplió los quince. Vivió en su casa, compartiendo vida con la nueva esposa de su padre, a la que siempre amó y respetó, y yendo y volviendo a casa de parientes cercanos y lejanos, un modo de tratar de distraerla de su vocación. Nada pudo disuadirla y el padre, al llegar a la edad canónica en que se permitía la entrada en la vida religiosa, no tuvo más remedio que darse por vencido, no sin antes exigir que él mismo elegiría el convento donde debía ingresar. Este golpe de efecto, difícil de comprender en la actualidad, lo permitió la Providencia para que ingresara en el monasterio de benedictinas de San Girolamo (Jerónimo) en la Villa de Bassano, el más próximo a su pueblo, el 21 de junio de 1621.

Vestido el hábito a los dos meses de su ingreso, el 8 de septiembre, fiesta mariana por excelencia, y transcurrido un año exacto de noviciado, el 8 de septiembre de 1622, Juana hizo su profesión monástica. Con el comienzo de su vida como monja

benedictina se amplían y profundizan una serie de fenómenos místicos y prodigiosos, que no se interrumpirán hasta su muerte. La primera vez que Cristo se le apareció, le dijo: «Querida esposa mía, árame apasionadamente». A esta visión siguieron otras muchas acompañadas de arrobamientos y coloquios celestiales. Es famosa en la hagiografía el éxtasis de Juana el día de su profesión durante la misma ceremonia:

«Vi —dice ella misma— al Señor en su gloria, aceptando amorosamente mi ofrenda. A su lado estaba la Señora Santísima, San Benito y muchos santos y ángeles. El Señor me puso al cuello tres cadenas de oro purísimo, diciendome que a mí me tocaba llenarlas de perlas y esmaltes»

Esforzábanse las monjas por volverla a la realidad (tal es la expresión bastante pretenciosa de nuestro lenguaje); pero hasta que la profesa no volvió en sí espontáneamente, fue imposible continuar la ceremonia.

Después, los favores siguen en aumento.

«A los dos años de vivir en la caverna amorosa donde se purificaba y embellecía su alma fue sacada de ella para el beso divino. Es imposible expresar lo que se siente, ¡oh Dios mío!, al decirte aquellas palabras: Besame con el beso de tu boca»

Poco después se celebró el matrimonio místico; Juana contaba veinte años de edad. El Esposo vino acompañado de su Madre y un espléndido cortejo: doce profetas, doce apóstoles, doce caballeros mártires, doce vírgenes y otras tantas heroínas de la fe. El Novio celeste dijo a su elegida: «Voy a desposarme contigo en la fe». Luego le puso en el dedo un anillo de oro con una inscripción que decía: «Tú, para mí; Yo, para ti». Uno de los primeros regalos que Cristo trajo a su sierva, después de esta solemne ceremonia, fue la corona de espinas. Ella sentía las puntas agudas en su cabeza y derramaba sangre copiosa. Años más tarde, en 1632, Cristo le dijo: «Querida mía, no es conveniente que la esposa sea diferente del esposo. Te voy a engalanar con mis propias joyas». Las llagas aparecieron en las manos, en los pies y en el costado de la monja de Bassano el Viernes Santo de aquel mismo año. Tenía devoción especial a la pasión de Cristo, y quería imitar esa pasión. Todos los viernes quedaba extasiada con un éxtasis que a veces duraba varios días.

Tales arrobos y manifestaciones externas no podían menos de acarrearle disgustos y penalidades de todo tipo. Algunas monjas la llamaban ilusa y falsaria; las habladoras no la molestaban pero le hacía estremecer la posibilidad de ser engañada por el maligno. Un consuelo hallaba en pensar «que la nada no puede producir más que la nada». Tuvo dos confesores que no lo comprendieron así, y se negaron a creerla, haciéndola pasar por las mayores humillaciones. Hasta se le negó la comunión por largas temporadas. Siempre lo mismo; el mundo está miope y no acierta a distinguir entre la luz y la oscuridad. En medio de sus penas, Cristo se presentaba delante de ella, para consolarla y en alguna ocasión hasta para darle la comunión que le negaba el confesor. En sus últimos años Dios le otorgó que desaparecieran los signos externos de su vida mística. Pero todo en ella fue una vida perdida en el océano del amor de Dios.

Y como el amor del mundo engendra los celos, el amor de Dios tiene también su hijo: el celo que sólo desea que el amor del Amado se derrame por todas partes. Este deseo era una hoguera en el corazón de Juana María. Llevó a Dios el alma de su padre e hizo de él un santo. Cuando murió Juan Bonomo, su misma hija lo guió místicamente hasta el cielo por encargo de Cristo. Otras muchas almas sintieron su bienhechora influencia, obteniendo el perdón de Dios y la reconciliación con sus enemigos por medio de la palabra o las oraciones de Juana, no faltando también otro tipo de gracias, como curaciones, predicciones y conversiones morales insospechadas. Las monjas de su comunidad, al fin, quedaron todas prendadas de su virtud y en dos ocasiones la eligieron trienalmente como su abadesa. Es más, aun siendo una monja de clausura, y pasando una buena parte de su vida muy enferma y aquejada de dolores y malestares físicos, nunca cesó en su empeño de cuidar y atender a los pobres y afligidos que se presentaban en el monasterio, solicitando o la caridad general de la comunidad o el favor personal de la generosidad, que se hizo proverbial, de Juana. Pero sólo el amor de Dios la llevaba hacia fuera, pues «las criaturas le parecieron siempre —lo que son en realidad— sombras que pasan».

Ese amor había consumido materialmente su corazón durante los cuarenta y siete años de vida totalmente entregada a su

divino Esposo, clavado en cruz y oculto por nuestro amor en el pan de vida de la Eucaristía. Ni la vida ni la muerte, ni las penas ni los dolores pudieron nunca apartarla de su Amado al que había entregado su corazón. Ya durante su vida se susurraba que en Bassano vivía, sin corazón, una monja, y parece ser cierto, pues, incomprensiblemente, no lo hallaron en su cadáver. Así se vislumbra que hablase ella con frecuencia del ansia de su alma.

«Os confieso —escribía a su padre— que yo no soy yo, sino que hay otro en mí que tiene la posesión entera de mi ser, es mi dueño absoluto ¡Dios mío, Dios mío! Dicen que estoy poseída, pero yo no sé como arrojarlo de mí. Solo una cosa sé que veo la luz, que siento la fuerza que anima mi espíritu, que mi alma no está sola ¡Dios mío, Dios mío! Tú eres mi creador, a ti solo me he entregado, y a ti solo me entrego ahora para siempre»

Juana María Bonomo murió el 1 de marzo de 1670 y, cuando expiró, su alma fue vista subir al cielo en forma de llama. Hay almas que pueden tener como símbolos una flor, una onza de oro o un puñal; para la abrasada extática de Bassano, el mejor símbolo era una llama, que iba a perderse en el horno del costado de Cristo. Fue beatificada por el papa Pío VI en 1783

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

PEREZ DE URBEL, J., *Año cristiano, I Enero Marzo* (Madrid 1940)

ROSA, I., *La Beata G M Bonomo, monaca benedettina* (Pragha 1933)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN FÉLIX III

Papa († 492)

Era romano y perteneciente a la nobleza senatorial. Su padre, al enviudar, había ingresado en las filas del clero. Félix también contrajo matrimonio y tuvo hijos, uno de ellos fue abuelo de San Gregorio Magno. Tenía gran experiencia en los asuntos temporales. Una vez viudo, ingresó también en las filas del clero romano y se acreditó dentro de él.

Elegido Papa el 13 de marzo de 483, a la muerte de San Simplicio, contó en su gobierno con la ayuda inestimable de Gelasio, que sería su sucesor. A causa de los problemas creados por el decreto de pretendida unidad, llamado el Henotikon, envió a Constantinopla una delegación que no dejó de alegar el primado de San Pedro para exigir acatamiento a la sede romana. En Constantinopla se reaccionó con vehemencia y se amenazó a los delegados romanos hasta el punto de que éstos aceptaron la comunión con los monofisitas bizantinos. Vueltos a Roma, el Papa convocó un sínodo, desautorizó a los delegados y se vio obligado a excomulgar a Acacio de Constantinopla, lo que trajo una ruptura entre Oriente y Occidente que duraría treinta y cinco años. Félix intentó ganarse la voluntad del emperador Zenón pero no dejó de recordarle que el emperador en la Iglesia no estaba para enseñar, pues su papel era otro, y así no pudo impedir el rumbo que tomaron las cosas en Oriente. Félix murió en Roma el 1 de marzo de 492.

SAN ALBINO DE ANGERS

Obispo († 550)

Natural de Vannes, donde nace de noble familia hacia el año 470. Llegado a la juventud, profesó como monje en el monasterio de Tincillac, del que llegó a ser abad. Se mantuvo en este cargo durante veinticinco años y en ellos se granjeó el afecto de sus monjes y el crédito de los fieles, quienes insistieron que fuera elegido obispo de Angers hacia el año 530.

Como tal tomó parte en los Concilios III y IV de Orleáns. Muy amante de la disciplina eclesiástica, luchó contra los matrimonios incestuosos, frecuentes sobre todo en la clase alta, y ante los que parece que otros obispos se mostraban más tolerantes, aunque logró que San Cesáreo de Arlés estuviese de acuerdo con sus puntos de vista. Esta rigidez moral le atrajo disgustos y amenazas, pero el santo obispo fue firme en sus convicciones y tuvo el apoyo del pueblo que veía sus santas obras. Murió en Angers el 1 de marzo de 550. Tenido por santo, no muchos años después de su muerte ya se le erigió una iglesia en Angers, a la que se trasladaron sus reliquias. Junto a esta igle-

sia surgió un monasterio. Su culto se extendió por varios países europeos.

SAN DAVID

Obispo († ca 601)

Aunque su biografía ha llegado a nosotros ligada a leyendas muy posteriores al tiempo de su vida, parece que puede reconstruirse lo esencial de su biografía.

Natural del sur de Gales, concretamente del valle de Rhos, parece que, luego de recibir adecuada instrucción, se ordenó sacerdote y seguidamente se dedicó a la vida eremítica, en la que su interés estuvo sobre todo en el estudio de la Sagrada Escritura. Abrazó luego la vida monástica y, ya monje, realizó un apreciable trabajo como evangelizador. Fue el fundador del monasterio de Mynyw, donde implantó una regla austerísima, y se convirtió en la casa madre de otra serie de monasterios erigidos en Gales, Irlanda e Inglaterra.

Obispo del lugar que por él se llama St. Davids, se acreditó con una gran fama de santidad y milagros. Presidió numerosos sínodos en los que se tomaron importantes acuerdos sobre liturgia y disciplina de la Iglesia. Murió el 1 de marzo del año, al parecer, 601.

SAN SUITBERTO

Obispo († 713)

Monje inglés que formó parte del equipo misionero que en 690 pasó al Continente bajo la guía de San Wilibrordo. Predicó con éxito en Brabante, Gelderland y Kleve.

En 693 fue elegido obispo regionario, yendo a Inglaterra a consagrarse de manos de San Wilfrido y predicando seguidamente el evangelio por las orillas del Rin. Fundó el monasterio benedictino de la isla de Kaiserswerth, junto a Dusseldorf, que le fue donada por el rey Pipino. En este monasterio pasó el último tiempo de su vida y en él fue donde murió el 1 de marzo de 713.

SAN LEÓN DE BAYONA

Obispo y mártir (s IX)

Las diócesis de Bilbao, Pamplona, Tudela y San Sebastián celebran la memoria litúrgica de este santo.

La tradición referente al mismo se recoge tardamente en documentos de los siglos XIV-XV. Según esa tradición había nacido en Carentan hacia el año 855 y había sido primero cortesano de Luis el Germánico, pero su vocación era religiosa y se hizo clérigo. En un viaje a Roma, luego de haber hecho estudios en París, el propio papa Esteban V lo habría consagrado arzobispo de Ruán. Este cargo no le impidió sus afanes misioneros entre infieles que abundaban todavía en la zona de Bayona, ciudad de la que parece haber sido primer obispo, y desde allí difundió el evangelio por lo que hoy es Navarra y el País Vasco. Fue martirizado por unos piratas. El Martirologio señala su memoria el 1 de marzo.

BEATO CRISTÓBAL DE MILÁN

Presbítero († 1484)

Nacido en Milán a comienzos del siglo XV, al llegar a la juventud elige la vida religiosa e ingreso en el convento de San Eustorgio y profesó en la Orden de Predicadores. Terminados los estudios se ordena sacerdote en 1438.

Deseaba vivir la vida religiosa con gran observancia y por ello se unió a la congregación de los reformados. Impactado por el ejemplo de predicador ambulante dado por San Vicente Ferrer hacía tan poco tiempo, se dedicó a este ministerio con gran fruto. Predicó por la Lombardía, el Véneto, la Romaña y las Marcas, acompañando su predicación de un alto ejemplo de vida virtuosa. En 1446 la Orden lo reclamó como maestro de novicios en Mantua, y por ello hubo de dejar la predicación popular de momento. Compiló sus enseñanzas a los novicios en un volumen que tituló *De servitute Dei*, exponiendo su concepto de la vida religiosa como un servicio continuo a Dios.

Cinco años más tarde, terminado su magisterio de novicios, volvió a la predicación popular, recorriendo esta vez Bolonia,

Florenxia, Roma, Nápoles y llegando hasta Palermo. Luego volvió al norte de Italia, predicando por todas las poblaciones ligures. Fundó en 1460 el convento de Taggia, donde impuso una rígida observancia regular. Este convento se convirtió en escuela de religiosos santos, celosos y bien formados. Desde este convento no dejaba de dar giras apostólicas por Liguria y el sur de Francia, realizando una notable labor pastoral. Dejó numerosos escritos. Murió el 1 de marzo de 1484. Su culto fue confirmado el 3 de abril de 1875.

SANTA INÉS CAO KUIYING

Viuda y mártir († 1856)

El 1 de marzo de 1856 murió en la población china de Xilin-xian, provincia de Guangxi, la fervorosa catequista Inés Cao Kuiying, que había nacido en el seno de una familia cristiana y se había criado en un orfanato católico. Había estado casada con un hombre violento que la había hecho sufrir mucho, pero al que ella soportó con gran paciencia y atendió con gran caridad en su enfermedad.

Una vez muerto su esposo, el obispo le propuso que se dedicara a la catequesis y así lo hizo con gran celo, siendo éste el motivo de que fuera detenida, tentada inútilmente de apostatar, encarcelada y de que padeciera atroces suplicios de cuyas resultas murió. Fue canonizada el 1 de octubre de 2000.

2 de marzo

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Neocesarea (Ponto), San Troades († 251), mártir
- 2 En Lichfield (Inglaterra), San Ceada († 672), obispo *
- 3 En Brujas (Flandes), Beato Carlos el Bueno († 1127), conde de Flandes, mártir **
- 4 En Sevilla (España), Santa Ángela de la Cruz (María de los Angeles Guerrero Gonzalez) († 1932), virgen, fundadora de la Compañía de Hermanas de la Cruz **

BEATO CARLOS EL BUENO

Mártir († 1127)

Nació en torno a 1082/6, siendo primogénito de San Canuto II, rey de Dinamarca, y de Adela, hija de Roberto I el Frisón, conde de Flandes. Su padre accedió al trono dinamarqués a la muerte de su hermano Harald, estableciendo a ejemplo de otras naciones europeas un reino fuerte sobre bases religiosas. La Iglesia tuvo en él a un extraordinario valedor, colmando de privilegios y donativos las catedrales de Dalbuy, Lund, Odense... En la lucha de las investiduras se puso al lado del Papa.

En la primavera de 1085 hizo detener a su hermano Oluf como traidor, pues se oponía a los proyectos del reino, y lo envió a su suegro Roberto, conde de Flandes. El 10 de junio de 1086 los rebeldes lo asesinaron en la iglesia de San Albano de Odense, venerándolo su país como mártir al servicio de la Iglesia, siendo incluido en el *Martirologio romano* el 19 de abril de 1100 (1101?). El admirable ejemplo de su padre marcaría las pautas del hijo fielmente hasta el martirio.

En 1086, año del asesinato de su padre, Carlos era aún un niño pequeño y junto con su madre Adela y sus hermanas Inger y Cecilia llegó a Flandes en 1087, estableciéndose en el condado de Harlebeke hasta las segundas nupcias de Adela con Roger, duque de Pouille, celebradas poco después de 1090. A partir de este momento el joven pasa a la corte de su abuelo, Roberto el Frisón, donde aprende a leer y escribir, recibiendo una formación literaria muy rara en su tiempo en las familias reinantes. Creado caballero, pasa a Tierra Santa al servicio de los cruzados, permaneciendo poco tiempo. Regresó a Flandes y a la muerte en 1111 de su tío Roberto II se convierte en el principal consejero de su sucesor Balduino VII, que contaba 18 años de edad. En 1117 obtuvo el condado de Amiens.

Durante las nuevas incursiones militares en Normandía y los meses de la enfermedad del Conde dirige todos los asuntos, administrando el condado con reputada justicia. En 1119 muere Balduino VII como consecuencia de una herida mal curada, habiendo designado a Carlos como su sucesor, a pesar de las in-

trigas de su madre Clemencia de Borgoña, que prefería la candidatura de Guillermo de Leoo, nieto de Roberto el Frisón. Contraria a Carlos, Clemencia contrajo matrimonio con Godofredo de Lovaina, duque de Brabante, incitando contra su sobrino una peligrosa coalición.

Desde el inicio de su reinado Carlos se propuso hacer respetar la voluntad de Balduino, aplicando, además, la *pax Dei*, decretada desde el inicio del siglo XI por los obispos de la provincia eclesiástica de Reims, convirtiéndose en el primer defensor y su principal garante, haciendo observar esta legislación de origen eclesiástico. Además, para salvaguardar el orden público obligó a respetar los tiempos de tregua y paz, prohibiendo llevar armas en ciudades y mercados e invitando a los nobles a resolver sus litigios ante un tribunal, antes que resolverlos por las armas. Estas medidas exaltaron los ánimos de los revoltosos, favoreciendo un clima contrario a su persona.

Contrajo matrimonio con Margarita, hija de Rainaldo, conde de Clermont, aunque no tuvieron descendencia. El renombre de su coraje y prudencia le hizo en dos ocasiones entrar en la política europea, rehusando en 1123 la corona de Jerusalén, y en 1125, a la muerte del emperador Enrique V, oponiéndose a la presentación de su candidatura en el Imperio. Sus extraordinarias cualidades humanas, y sobre todo su bondad, eran conocidas por todos. Sus intervenciones y generosas ofrendas en favor de la Iglesia son numerosas.

Favoreció el comercio, sobre todo el de la lana, creando diversos núcleos de población que se convirtieron en las grandes ciudades flamencas de Brujas, Gante, Douai, Saint-Omar... Desplegó una organización ejemplar en su condado con agentes militares, administrativos y judiciales, cada uno de los cuales estaba al frente de una circunscripción que, generalmente, coincidía con un antiguo condado. Durante la hambruna que asoló Europa en 1124-1125 dispuso medidas favorables para los pobres, manteniendo el orden, la justicia y la paz.

Queriendo defender los intereses de su territorio, ordenó realizar un censo de siervos. La familia de los Erembaud, una de las más eminentes del condado, estaba emparentada con las mejores familias de la nobleza local, pero era de origen siervo.

Tenía como jefe a Bertoux, preboste de San Donaciano de Brujas, y en esta oportunidad Carlos se creyó obligado, para no invalidar una política señorial vigente en este momento, a proseguir su derecho y hacer reconocer a los Erembaud que no tenían un origen libre, permitiéndoles que pudieran probar su condición de libertad con juramento prestado por uno de sus miembros y 12 testigos nobles. No pudieron encontrar los testigos ni tampoco pudieron presentar la prueba exigida. Sintiéndose deshonrados concibieron un odio tenaz contra el Conde.

A este conflicto se unió otro que, finalmente, había de provocar la muerte de Carlos. Un sobrino de Bertoux, Bouchard, mantenía una guerra privada contra Tancmar de Straten, su vecino. En numerosas ocasiones Carlos les había ordenado respetar la tregua de Dios.

Después de una nueva violación del juramento de paz cometido en detrimento de Tancmar y habiendo quedado impune, en ausencia del conde, Bouchard organiza, en tiempo de paz aún, una incursión armada en los dominios de Tancmar, cometiendo diversos crímenes que invalidaban la defensa de la legislación de la paz de Dios, arrasando casas, robando bienes, asesinando. A su regreso, Carlos decidió castigar esta injuria hecha «menos a él que a Dios», que violaba las leyes que legislaban la paz. Convocó a sus barones en Ypres, acudiendo a los lugares devastados, y a instancias de sus nobles ordenó aplicar el derecho de castigo sobre la casa de Bouchard, culpable de la infracción de la paz, considerando esta violación de la paz de Dios digna de un castigo ejemplar, aunque esta medida le iba a acarrear un gran riesgo. El 27 de febrero de 1127 Carlos es sabedor de un posible complot en contra suya, y el 2 de marzo de 1127, Bouchard, furioso por el castigo recibido, asesina al Conde en la iglesia de San Donaciano de Brujas.

El mismo día los eclesiásticos de Brujas reconocen este asesinato como ejemplo de muerte en el ejercicio del deber y lo declaran mártir, entablando una defensa contra las pretensiones del abad de San Pedro de Gante para la salvaguarda del *precioso tesoro* de su cuerpo, convertido en reliquia insignie, sentimiento compartido por numerosos contemporáneos. Los motivos de la furiosa venganza de Bouchard demostraban haber incumplido

y violado la institución eclesiástica de la paz de Dios, dejando al descubierto su maldad. Esta muerte procovó una guerra civil que se prolongó hasta la llegada al trono de Flandes de Thierry de Alsacia, hijo del conde de Lorena (1128).

Su culto fue aprobado por León XIII el 9 c febrero de 1882. El padre y el hijo, mártires, por la defensa de la paz y la justicia.

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t III cols 794 798

BAUDRILLART, A (dir), *Dictionnaire d'histoire et de geographie ecclesiastique*, II (Paris 1953)
cols 483 486

Index ac status causarum, o c , 418

Martyrologium Romanum, o c , 163

SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ GUERRERO Y GONZÁLEZ

Virgen y fundadora († 1932)

Santa Ángela de la Cruz es uno de los testimonios más elocuentes de cómo la humildad y la alegría se hacen inseparables cuando se entrega todo por amor a quienes padecen mayor necesidad: los pobres y los enfermos. Favorecida por la especialísima gracia de participar en el sufrimiento redentor de Cristo Jesús uniendo su propia cruz a la del Señor, la fundadora de las Hermanas de la Compañía de la Cruz dedicó sus 86 años de vida, tan austera y sacrificada, a llenarla del incontenible amor que da sentido y plenitud a la propia existencia y que se convierte en inequívoco signo del Reino de Dios.

Nació en la periferia de Sevilla, en una familia modesta y muy cristiana, el 30 de enero de 1846. Fue bautizada en la parroquia de Santa Lucía dos días después, el 2 de febrero, recibiendo el nombre de María de los Ángeles Martina de la Santísima Trinidad. La llamaron siempre Angelita. El padre, don Francisco Guerrero, era cardador de lana y la madre, doña Josefa González, costurera. Para contribuir a la nunca sobrada economía familiar, ambos realizaban algunos servicios en el con-

vento de los Trinitarios: él en la cocina y ella cosiendo. Tuvieron catorce hijos, de los que sobrevivieron tres niños, José, Antonio y Francisco, y tres niñas, Joaquina, Angelita y Dolores.

En casa no faltaba lo necesario, pero rara vez podían permitirse lo superfluo. Este ambiente sencillo, austero, de constante trabajo y esfuerzo, y también de paz y armonía, incidió de modo decisivo en Angelita, que creció animosa y confiada, y aprendió pronto a «dar gracias a Dios por lo que tiene y no quejarse de lo que le falta». La sólida formación religiosa recibida en la familia también le enseñó tempranamente a acudir a Dios en las necesidades cotidianas y a descubrir su providencia en cada acontecimiento.

Con notable vivacidad, juguetona, traviesa y ocurrente, sabía idear bromas y entretenimientos y le gustaba divertirse con los niños de su edad. Desde pequeña manifestó gran bondad y fervor. Cuando iba con su padre a la parroquia, le gustaba recorrer los altares y echar besos a los santos. O se escapaba, y la encontraban rezando a la Virgen de la Salud. También afloró pronto en ella su corazón compasivo, como cuando llevó la única manta de su cama a un mendigo que se había cobijado por el frío en un portal.

A los ocho años, en 1854, recibió la primera comunión y el 18 de marzo del año siguiente, el sacramento de la confirmación. Desde entonces comenzó a guardar las propinas que le daban los domingos para repartirlas después entre los necesitados del barrio.

Angelita era inteligente e ingeniosa pero, como tantas niñas pobres de entonces, no frecuentó mucho la escuela. Escasamente aprendió a escribir y lo más elemental. A los doce años tuvo que ponerse a trabajar para ayudar a la numerosa familia, empezando como aprendiz en el «taller de zapatería» de doña Antonia Maldonado, donde llegó a ser «aparadora», oficio que consistía en hacer lazos y adornos para botines.

Entrar en este ambiente fue providencial para ella. Allí se rezaba diariamente el rosario, lo cual favoreció su vida de piedad; entregar el salario a sus padres, la obligó a continuar viviendo con sencillez, y la convivencia con sus compañeras le ayudó a forjar su carácter y personalidad, aprendiendo a ser tolerante, a

ceder, a asumir lo dificultoso y a procurar evitar en sí misma los defectos que veía en las demás. Pero sobre todo, a través de la dueña encontró, a los 16 años, un extraordinario director espiritual, don José Torres Padilla, canónigo de la Catedral. Su «Cirineo», como le llamaría después, de unos 50 años entonces, era fino, inteligente, estudioso, humilde y austero, y tenía fama de santo. Doña Antonia, que se confesaba con él, le había contado que tenía una oficiala excepcional y le facilitó una entrevista. La joven obrera no olvidó nunca su primer encuentro con él: se veía insignificante ante tan respetable figura, pero no dudó en confiarse a su dirección espiritual.

Angelita era buena artesana y persona de muy buen corazón, por lo que dedicaba sus tiempos libres a enseñar el oficio de zapatería a las niñas de «Las Arrepentidas», una conocida institución de esa Sevilla noble y cortesana. Pero pronto empezó a pensar que sería mejor ocuparse de los que estaban «enfermos y solos» que hacer los adornos de los botines de las damas presumidas de la ciudad.

Dispuesta a ser «lo que Dios tenga pensado de ella», según confiaba entonces a una amiga, sentía «gran deseo de vivir desprendida de todo y pisar la tierra sin pisarla». Quería vivir como San Francisco de Asís, «que parecía no posar los pies en el suelo», y así se lo manifestó al P. Torres. El acierto de éste fue estar muy atento a percibir la voluntad de Dios sobre ella, no fácil de discernir en estos primeros momentos. Por su parte, Angelita, con actitud sencilla y obediente, se comprometió «en humildad y en sinceridad» a darle cuenta por escrito de todo lo que fuera sintiendo por dentro.

Convencida de que Dios le pedía ser monja, en septiembre de 1865 llamó a las puertas del Carmelo fundado por Santa Teresa de Jesús en Sevilla. Pero no fue admitida, por considerar que no gozaba de la salud suficiente para una vida tan austera. Se quedó bastante desconcertada.

Buscando otro camino para dar cauce a la vocación religiosa que creía percibir en Angelita, dada su atracción por los pobres y los enfermos, el P. Torres Padilla le aconsejó que ingresara en las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Sin poner ninguna objeción, se despidió de sus padres y hermanos, que acepta-

ron la decisión resignados. Hizo su postulante en el Hospital Central de Sevilla, y el día 2 de mayo de 1868 ingresó en el noviciado, donde la recibieron con ilusión y alegría. Tomó el santo hábito en 1869.

Mientras tanto, D. José había tenido que marchar a Roma, nombrado por el papa Pío IX consultor pontificio de la Comisión de Disciplina Eclesiástica del Concilio Vaticano I. En este período de tiempo la joven religiosa enfermó y sus superiores la trasladaron a la Casa de Beneficencia de Cuenca, pensando que ese clima la favorecería más. En vista de que no era así, decidieron llevarla al «Asilo Marqués de Campo» de Valencia y, como tampoco mejoraba, la enviaron a la «Casa cuna» de Sevilla, por si lograban que en su tierra se recuperase. Estaban haciendo todo lo posible por retener a la «perla», como la llamaba su superiora, pero los frecuentes vómitos y el progresivo mal estado de salud impedían su estancia entre ellas. En 1870, con 24 años de edad, a pesar de su entrega y fidelidad generosas, tuvo que dejar las Hijas de la Caridad y volvió a su trabajo en el taller de zapatería.

Concluido pronto el Concilio Vaticano I a causa de la invasión de Roma por las tropas unificadoras de Italia, el P. Torres regresó a Sevilla y tuvo noticia de lo ocurrido a Angelita. Ambientalmente eran momentos difíciles también en España: en 1868 acababa de tener lugar «la gloriosa», revolución que había despojado del trono y expulsado del país a la Reina Isabel II. La sustituyó un gobierno transitorio, que en 1870 ofreció la corona a Amadeo I de Saboya. Fracasado este intento monárquico, en 1873 se proclamó la I República, que en su único año de vida tuvo cuatro presidentes. La situación consiguió estabilizarse restaurando la monarquía con Alfonso XII, hijo de la Reina destronada y, sobre todo, con la Constitución de 1876, vigente durante casi medio siglo.

Desde su condición de mujer trabajadora en un rincón de Sevilla, seguramente participó Angelita, como todos los ciudadanos, del desconcierto provocado en el país por tanta inestabilidad y falta de perspectivas, precisamente entre 1870 y 1875, cuando ella misma estaba librando su propia batalla interior. Fueron años duros, de oscuridades e inseguridad, pero vividos

con la honda paz de quien sólo deseaba abandonarse a la voluntad del Señor, que ella se propuso buscar a través de la obediencia fiel a su director espiritual.

Como medio para encontrar el camino a seguir, don José le pidió que pusiera por escrito hasta su más mínimo pensamiento, y así lo hizo con toda puntualidad. Abierta a lo que Dios deseara de ella, dedicaba a esta tarea los días de fiesta y los tiempos que le permitía el trabajo. Tanto interés tenía don José Torres en este ejercicio, que a veces le cedía su despacho y su mesa, para que escribiera sus *papeles de conciencia* con toda concentración y paz.

El 1 de noviembre de 1871 anota: «María de los Ángeles Guerrero, a los pies de Cristo crucificado, promete vivir conforme a los consejos evangélicos». Y durante la cuaresma de 1873, el 22 de marzo, escribió en una cuartilla con letra vacilante y algunas faltas de ortografía, sin título ni introducción, lo que sigue:

«El monte Calvario Nuestro Señor enclavado en la cruz y la cruz levantada de la tierra. Otra cruz en la misma altura, pero no a la mano derecha ni a la izquierda, sino enfrente y muy cerca

Pues conocía yo que el que quiere llegar a la santidad debe imitar a nuestro Señor en todo Y bien, ¿qué han hecho los santos todos, sino seguir los pasos de su divino Salvador, imitándole primero en su vida oculta, cuando viviendo con su familia sin que apareciese en ellos ninguna cosa extraordinaria ellos se preparaban para el Calvario con la practica de las virtudes con las que han asombrado al mundo, que no comprende ese misterio, ni puede darse la explicacion de como se realiza? Y no lo comprenden porque no conocen a Dios

Pero yo, que al ver a mi Señor crucificado, deseaba con todas las veras de mi corazón imitarle, conocia con bastante claridad que en aquella cruz que estaba frente a la de mi Señor, debía crucificarme con toda la igualdad que es posible a una criatura, y en lo intimo de mi alma sentia un llamamiento tan fuerte para hacerlo así, con unos deseos tan vivos y una ansia tan vehemente y un consuelo tan puro, que no me quedaba duda que era Dios quien me convidaba a subir a la cruz

Era tan fuerte este llamamiento, que yo no podia resistir, y parece que me ofrecía toda a mi Dios, deseando el momento de verme crucificada frente a mi Señor»

Esta gracia tan particular no la invitaba sólo a tomar la cruz sobre sus hombros y seguir a Jesús por el camino del Calvario;

se trataba de vivir crucificada en estado permanente, arriba, en la cumbre de las humillaciones, muy cerca del Señor. El P. Torres quedó muy impresionado con la lectura de este texto y propuso a su dirigida usar el nombre de «Ángela de la Cruz», con el que desde entonces solía firmar sus escritos. Nadie sospecharía que esta muchacha alegre, animosa, sencilla y servicial, vivía interiormente crucificada con Cristo en humillación permanente o, como diría más tarde con una palabra propia, en profunda «abyección».

Ángela había visitado a una enferma que vivía en una casa de vecinos, oyéndoles comentar que también había ido a verla una señora acomodada, que se limitó a aconsejarla que tuviera mucha paciencia... La hizo reflexionar lo ocurrido, porque es fácil pedir al otro resignación cuando a uno no le falta de nada. «¿Cómo se puede ayudar a los pobres sin herirlos?», comenzó a ser para ella el tema de oración y reflexión constante. Y en su alma se fue configurando esta idea: «Hay que hacerse pobre con los pobres para llevarlos a Cristo». Para entenderlos, para hablarles, para comprenderlos, tenemos que ser como ellos; para atraerlos, para evangelizarlos, tenemos que cultivar en nuestra vida personal la pobreza. Escribía después a su padre espiritual:

«Si para aconsejar a los pobres que sufran sin quejarse los trabajos de la pobreza, es preciso llevarla, vivirla, sentirse pobre [] ¡que hermoso sería un Instituto que por amor a Dios abrazara la mayor pobreza, para de este modo ganar a los pobres y subirlos hasta El!»

Estaba recibiendo, de hecho, la inspiración de fundar una Compañía, y sentía llena su alma de algo imposible de explicar. El P. Torres Padilla, aunque la escuchaba con atención, prefirió hacerla esperar hasta cerciorarse mejor: «Tú, quédate en tu nada [...] en tu nada», dejándola desconcertada. Porque, aunque deseaba obedecer, percibía que se iba consolidando en su interior la idea de un Instituto pobre junto a los pobres, y repetía al P. Torres que no podía apagar esta idea. Él la escuchaba pero, prudentemente, prefirió continuar someténdola a la prueba de que escribiera todo. Sorprende cómo una mujer sin letras, con deficiente caligrafía y faltas ortográficas y gramaticales, pudo describir de modo tan admirable la identidad de un Instituto

que pretendía no ejercer la caridad desde arriba, sino ayudar a los pobres desde dentro, identificándose plenamente con ellos. «La primera pobre, yo», afirmaba sin vacilar.

Más tarde diría a sus seguidoras:

«Nuestro modelo es Cristo crucificado, viviremos vida comun de sumo desprendimiento, humillacion, trabajo, austeridad y sacrificio. Desprendimiento de todo lo creado, para tener todas las cosas por basura con tal de alcanzar a Cristo»

Y paso a paso precisaba, al dictado de las mociones del Señor, el carisma que había de configurar a la Compañía que se estaba gestando:

«Enfrente y muy cerca, contemplándolo en humillacion permanente, y sin perder la presencia contemplativa, salir de dos en dos en silencio y compartir la pobreza y el sufrimiento de los mas desheredados, para seguir contemplando a Cristo vivo, que sufre en los pobres»

Quedó esbozado, pues, desde el principio, lo que incansablemente repetirá después a quienes habían de ser, «entre los pobres, las más pobres». Éstas son algunas de sus ideas primeras, fielmente mantenidas despues:

«Los pobres son nuestros señores»

«Hablara una, solamente lo que sea preciso, para consolar, fortalecer, enseñar y aconsejar, y siempre con dulzura. Nunca preguntaran por curiosidad»

«Tenemos que estar dispuestas para cualquier servicio que necesiten, por muy bajo y humillante que sea. Los asistiremos en sus necesidades materiales y espirituales en sus propios domicilios y nunca cobraremos nada por nuestro trabajo [] aceptaremos con agradecimiento cuantos socorros nos proporcione la divina providencia, y pediremos de puerta en puerta para socorrerlos a ellos y fomentarnos el espíritu de humillacion»

Sus escritos asombraban al P. Torres, que percibió cómo estaba mejorando incluso su caligrafía. Pero era tanto lo que ella quería expresar y se veía tan limitada, que el 16 de febrero de 1875 le dice: «Si yo tuviera la pluma de Santa Teresa para trasladar a este papel lo que algunas veces conozco...». Aunque, pudorosa, con cabal aceptación de sí misma y no sin fino sentido del humor, continúa: «Padre, perdone Usted mi falta de humildad. Yo no la quería [la pluma de Santa Teresa] nada más que

para un ratito, para que se enterara Usted bien y pronto, y después quedar tan mala escribana como antes».

En julio de 1875 abandonó el taller para dedicarse plenamente a iniciar la Compañía, y el 2 de agosto de ese mismo año el P Torres celebraba una inolvidable Eucaristía en la iglesia del convento jerónimo de Santa Paula, momento fundacional de la misma. A ella asistieron Ángela, que era terciaria franciscana, y otras tres mujeres que, como sencilla «patrulla», se ofrecían al Señor en el silencio del amanecer Juana M.^a de Castro, Josefa de la Peña y Juana Magadán. Sin nada extraordinario, en el más absoluto silencio, don José las ofrecía a Jesús:

«Aquí las tienes Señor, que sean fieles a su vocacion de cruz Que se inclinen siempre ante la humillacion, que la busquen ¡Señor!, que sean almas que se tengan por el desecho del mundo, que busquen el oprobio y la ignominia Que no pierdan nunca su horizonte Enfrente y muy cerca es decir, con espiritu contemplativo Pobres con los pobres, dedicadas a esta sola actividad»

¿Activas o contemplativas? Seguramente sobra la disyuntiva para afirmar que eran contemplativas en acción, lo cual les dará oportunidad para no ser bien comprendidas. Las gentes valorarán su misión y la admirarán, pero se interrogarán ante una forma de vida tan distinta de los criterios dominantes. Y dirán: «¡Si son activas! ¡Son contemplativas!». Y ellas sonreirán en silencio, conscientes de su vocación de víctimas. «La víctima obedece, calla, padece y muere..., yo debo hacer más por mi Dios, por mis hermanos... yo me ofrezco como víctima a derramar hasta la última gota de mi sangre».

Y las cuatro víctimas, ofrecidas como holocausto en la hondura de aquella primera Eucaristía, celebrada al amanecer en Santa Paula, se dirigieron gozosas a la calle San Luis, 13, donde habían alquilado un cuartito con derecho a cocina. Sólo tenían una mesa, cuatro sillas y unas esteras de juncos que servían de colchón y almohada, un crucifijo y un cuadro de la Virgen de los Dolores. Estaban naciendo las Hermanas de la Cruz. El padre Torres confió a sor Ángela la dirección. Todas se llamarán Hermanas y ella, Hermana mayor. La «patrulla» recibió el nombre de «Hermanas de la Cruz».

Sor Ángela comenzó por formar a las Hermanas en el carisma de la humillación, organizando el trabajo de la calle y culti-

vando el espíritu de contemplación que no debían perder, sino potenciar, en la actividad. La fe era su verdadero apoyo, el auténtico resorte que ayudaba a vencer las inevitables dificultades del comienzo de la fundación, junto con el firme y valioso respaldo de don José Torres Padilla.

La novedad de los primeros días despertó en los sevillanos gran interés, curiosidad e incluso extrañeza de su vida demasiado austera y de verlas por las calles. «Me parece que esas monjitas nuevas que tú diriges son demasiado exageradas, con tanto trabajo y tan dura penitencia —comentó un amigo al P. Torres—. Al menos, que cuando descansen por la noche, tengan una cama, no una tabla». La respuesta fue clara: «Si quitamos a las Hermanas de la Cruz la austeridad y la penitencia, serán cualquier cosa menos Hermanas de la Cruz. Vamos a dejarlas así». Y así quedaron, de frente a la cruz del Señor, con una vida también crucificada, y acudiendo a las casas de los enfermos más abandonados para asistirlos. Por otra parte, era tal la entrega y la bondad que sor Ángela derramaba en los pobres, y tanta su capacidad para comprender y ayudar a sus Hermanas, que comenzaron a llamarla «Madre».

La fundadora imprimió en su Compañía un ambiente de limpieza, de saludable alegría y de austera belleza: bastaba un buen blanqueo con un poco de cal y unas macetas bien colocadas para que sus casas tuvieran una armonía y un atractivo especial. Su estilo sería el de mujeres sencillas, del pueblo, alejadas de toda grandiosidad, llenas de alegría y dulzura. Y la gente comenzaba a agradecer ese modo de querer a Dios y a los pobres.

Poco a poco Sevilla fue descubriendo el regalo que Dios hacía a la ciudad cada amanecer con sor Ángela de la Cruz y su «patrulla», y cada día aparecían nuevas jóvenes que pedían ser incorporadas en su lista, por lo que la habitación de San Luis fue quedando pequeña, y hubieron de pasar a otro aposento más grande, que encontraron en la calle Hombre de Piedra, 8, junto a la parroquia de San Lorenzo. Allí ejercía su ministerio don Marcelo Spínola Maestre, hombre apostólico, de oración y mucha caridad, llamado «el mendigo», que llegaría a ser cardenal-arzobispo de Sevilla, y que ha sido beatificado en 1987. Presentadas a él por el P. Torres, las acogió con gran entusiasmo,

les ofreció su ayuda, e incluso firmó un documento que las acreditaba en su parroquia. Don José consiguió también autorización oficial del alcalde para cuanto las Hermanas necesitaran en relación con la ciudad.

El 3 de abril de 1876 obtuvieron el decreto de aprobación del Instituto por el cardenal Lastra, arzobispo de Sevilla. Quiso que se vistieran de religiosas y sor Ángela ideó con mucho acierto el hábito que continúan usando. Sencillo, pobre, austero, higiénico, cómodo, adaptado para el trabajo que realizan a domicilio: limpiar, cocinar, lavar la ropa, asear a los enfermos. Es una especie de túnica de bayeta parda del color natural de la lana y escapulario de la misma tela, un grueso cordón franciscano a la cintura, toca blanca y, por calzado, alpargatas.

La pequeña «patrulla» siguió aumentando. Además, empezaron a recoger niñas huérfanas de los enfermos a quienes atendían, por lo que tampoco cabían en la casa y pasaron a otra más grande en la calle Lerena, 3, donde ya pudieron contar con la presencia de la Eucaristía. Atendían a personas que estaban solas y enfermas en sus casas, y con una mano pedían limosna y con otra la repartían.

En sor Ángela seguían resonando las palabras del P. Torres: «Tú, quédate en tu nada», por lo que se vigilaba cuidadosamente. Así le escribe en una ocasión:

«En la presencia de Dios me encuentro desnuda de todo [...] gracias a Dios, que lo es todo y yo la nada [...] no le digo a Usted por esto que este libre de algun pensamiento de vanidad, pero esto, por la misericordia de Dios, ¿que impresion puede hacer en mi, con la luz que tengo de mi nada? La misma que si oyera a un loco disparatar, como me reiria de sus embustes! El segundo beneficio es la completa indiferencia que siento en todo, despues de cumplir con la obediencia por la que conozco la voluntad de Dios, nada me altera ni me turba, siempre conservo en mi interior una paz inalterable, aun en las cosas contrarias»

En su responsabilidad por la conservación del Instituto, sor Ángela tuvo que enfrentarse con todas las imprevisibles dificultades que surgían día a día: enfermedades y muerte de las Hermanas, falta de dinero, epidemias, etc. Y la pequeña «patrulla» vive las dificultades en el silencio, sin quejas, con alegría.

Con el aumento de las actividades, las Hermanas tuvieron que organizar un colegio de internas y externas, viviendo una época de crecimiento notable y de gran tranquilidad. Mientras tanto, sor Ángela atravesaba una profunda crisis personal, que manifiesta de este modo:

«Algunas veces me parece que yo le engaño a Usted, y que esta obra no es voluntad de Dios, y yo la culpable de todo [] quitandome a mi del medio todo saldrá mejor [] por Dios, tenga Usted compasion de mi y dejeme bajar hasta donde pueda bajar una criatura»

El padre la escucha y le dice: «Quédate quieta y silenciosa en tu cargo». Más tarde, el 29 de agosto de 1875 escribía: «María, además de ser nuestra Reina, nuestra Madre, nuestra Maestra, nuestra Superiora, será también nuestra *Hermana Mayor*». Y en junio de 1877: «El Padre no quiere, ni le da lástima de mí. No es la voluntad de Dios».

El fundamento profundo de la vocación de sor Ángela estaba en la gracia que Dios le hizo de comprender el valor de la humillación. Por eso quería entrar en un convento donde se refugien las mujeres arrepentidas. «Entrar de arrepentida, y después pasar lo que me quede de vida por una mujer infame». Y, si esto no fuera posible, propone «pasar por loca o por tonta». Y un tercer proyecto: salirse por algún tiempo de la Compañía y aparecer más tarde disfrazada como una pobre mujer muda para hacer los servicios que necesiten. Éstos eran «los secretos de mi conciencia». A sor Ángela le pesaban los honores de fundadora y quería encontrar una solución: «No crea Usted que esto es una tontería; que yo lo creo un deber de conciencia decirselo a Usted».

El 2 de agosto de 1877 sor Ángela de la Cruz pronunciaba los votos temporales. Y en este año se hizo la primera fundación fuera de la ciudad, en Utrera (Sevilla). Pero llegó lo inesperado: el 23 de abril de 1878 el P. Torres Padilla cae enfermo y muere, con lo que tuvo que seguir guiando a la Compañía sin su prestigio, ayudas, talentos y orientaciones.

En esta situación de apoyo sólo en Dios, el 8 de diciembre de 1878 sor Ángela hizo la profesión perpetua. El Instituto había asumido la dirección del P. José María Álvarez Delgado, que

redactó las primeras constituciones a base de los *Escritos íntimos* de sor Ángela. una síntesis de oración y austeridad, contemplación y alegría en el servicio a los pobres. Fueron aprobadas el 8 de mayo de 1879 por el arzobispo de Sevilla Fr. Joaquín Lluch y Garriga. Dos años después, el 19 de marzo de 1882, en una especie de Capítulo, sor Ángela de la Cruz fue nombrada Madre general. Al poco, el 12 de mayo del mismo año, falleció el P. Alvarez. Le sucedió el P. Rodríguez Soto, último director de la Compañía.

Debido al aumento de religiosas, después de haber pasado unos años —desde 1881— en la calle Cervantes, 8, casa que pronto también quedó pequeña, en 1887 encontraron en Los Alcázares una como sor Ángela deseaba: espaciosa, ventilada y de aspecto relativamente modesto. Providencialmente adquirida, las Hermanas la han mantenido siempre, por considerarla su «Casa madre», y en ella reposan hoy los restos de sor Ángela, reside la Madre general y tienen instalado el noviciado y el juniorado.

El 9 de abril del 1894 sor Ángela, «Madre Angelita» o simplemente «Madre», como se la llamaba en Sevilla, viajó a Roma acompañada de la Hermana Adelaida de Jesús, a la que Fray Diego de Cádiz había hecho un milagro por el cual lo beatificaban junto con el Maestro Juan de Ávila. Aprovechó sor Ángela para tramitar la aprobación de la santa regla y pudo ser recibida en audiencia por el papa León XIII, quien el 10 de noviembre de 1898 concedía el *Decretum laudis* previo a la aprobación del Instituto.

Después de haber redactado la fundadora las «Costumbres y prácticas del Instituto», el 25 de junio de 1904 tenía lugar la aprobación Pontificia del Instituto, y el 14 de julio de 1908 la de las Constituciones, ambas por el papa San Pío X.

En 1908 tuvo lugar el primer Capítulo general después de la aprobación pontificia, y sor Ángela fue elegida primera Superiora general, cargo para el que fue reelegida cuatro veces sucesivas. En el de 1928, cuando se acudió a la Santa Sede para que confirmara la elección, remitieron el asunto a la discreción del cardenal-arzobispo de Sevilla, quien decidió que se hiciera una nueva votación para elegir a una religiosa que no fuera la funda-

dora, asumiendo el cargo la Hermana Gloria. Sor Ángela dio gran testimonio de humildad. Al enterarse de la noticia exclamó con mucha gracia: «Dios se lo pague a Dios». Y se puso a disposición de la nueva Madre general, aconsejando a las Hermanas, y a cuantas personas acudían a ella, que hicieran lo mismo.

Mientras tanto, acogiendo numerosas vocaciones, las Hermanas de la Cruz se habían ido extendiendo por Andalucía, Extremadura y Madrid; un total de 25 fundaciones en vida de sor Ángela. Más tarde han abierto nuevas casas en España y también en Italia y América.

El 2 de agosto de 1925 se celebraron las bodas de oro de la fundación y sor Ángela, que había compuesto una oración nombrando a la Virgen por verdadera Superiora y Madre del Instituto, manifestó su deseo de que se rezara siempre en esa fecha en todas las casas.

En esos «felices años veinte», de progresos, mejoras y alza del nivel de vida nacional, Sevilla fue favorecida por la Exposición Iberoamericana de 1928. Pero continuaba habiendo pobres en la ciudad. En significativo contraste con el selecto e intenso flujo turístico que llenaba las zonas más atractivas, las Hermanas de la Cruz seguían rondando los barrios más abandonados, identificadas con los carentes de recursos y teniendo siempre presente la insistencia de Madre Angelita: «Nuestro país es la cruz, fuera de él somos extranjeras». Estar «instaladas en la cruz», «enfrente y muy cerca de la cruz de Jesús», era la única aspiración de las Hermanas.

Así había sido toda la vida de sor Ángela que, en este momento, estaba llegando al final. En la mañana del 7 de junio de 1931, cayó desplomada a causa de una embolia cerebral que, nueve meses después, la llevaría a la muerte. El 28 de julio dijo que le había pedido al Señor que la situara de modo que no tuviera que intervenir en nada, que la dejara un tiempo para prepararse para la muerte y que no olvidaran los consejos del padre Torres: «No ser, no querer ser; pisotear el yo, enterrarlo si posible fuera». No pudo seguir hablando. Ésas fueron sus últimas palabras. Se agravó en la mañana del 2 de agosto, pero quedó estacionada en la enfermedad, con el lado derecho del cuerpo paralizado, y con grandes dolores, molestias y necesidad de cui-

dados que hicieron resplandecer su humildad, su caridad y su deseo de evitar molestias a los demás.

Después de una larga agonía y de haberle administrado los últimos sacramentos, murió en Sevilla, en su tarima de dormir, en la madrugada del miércoles 2 de marzo de 1932. La ciudad entera pasó, durante tres días, ante sus reliquias, que no presentaron ningún signo de corrupción, por lo que no fue necesario embalsamarla. Por concesión especial del Ministerio de la Gobernación, fue sepultada en la cripta de la «Casa madre», y el Ayuntamiento republicano de la ciudad celebró una sesión extraordinaria para tributarle oficialmente los bien merecidos elogios y para proponer que la calle de Los Alcázares llevara el nombre de «Sor Ángela de la Cruz», todo lo cual fue aprobado por unanimidad.

Durante su primer viaje a España, Juan Pablo II la beatificó el 5 de noviembre de 1982 en la misma ciudad donde había transcurrido toda su existencia. Casi 21 años después, el mismo Papa fijó el día 4 de mayo de 2003 para su solemne canonización en Madrid. En esta nueva visita apostólica, con el lema «Seréis mis testigos», el Santo Padre levanta la luz de quien, espiritualmente colocada en el Calvario, ha recibido la gracia de «vivir cosida a la cruz, una cruz enfrente y muy cerca» de la cruz redentora del Señor.

M.^a ENCARNACION GONZÁLEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

- AMIGO VALLEJO, C., «*Dios nos ha tomado de su cuenta*» Pastoral del arzobispo de Sevilla en la canonización de la Beata Ángela de la Cruz, 2-2 2003 (Sevilla 2003)
- ÁNGELA DE LA CRUZ (SOR), *Escritos íntimos* (BAC 362, Madrid 1992)
- ID, *Epistolario personal* (BAC 634, Madrid 2003)
- CARO ROMERO, J., *Sor Ángela, zapatera de Dios* (Madrid 1987)
- GONZÁLEZ, L., *Floreccillas de Sor Ángela de la Cruz* (BAC, Madrid 1982)
- JAVIERRE, J. M.^a, *Madre de los pobres* (Sevilla 1999, 2003, reducida)
- ROS, C., *Vida de Sor Ángela de la Cruz* (Madrid 1996)
- ID, *Pequeñeces de Sor Ángela de la Cruz* (Sevilla 1982)
- RUIZ JURADO, M., *Donde el bajar es subir Biografía espiritual de Sor Ángela de la Cruz* (BAC biografías, 16, Madrid 2003)
- UNA MISIONERA CRUZADA DE LA IGLESIA [M.^a Luz Tassara de Sangran], *Madre Sor Ángela de la Cruz Fundadora de las Hermanas de la Compañía de la Cruz* (Sevilla 1997)

SAN CEADA

Obispo († 672)

Ceada o Chad nació a finales del siglo VI en Nortumbria y, decidido por la vida monástica, fue discípulo de San Aidano en el monasterio de Lindisfarne. Pasó luego unos años en Irlanda hasta que vuelve a Inglaterra al ser elegido abad de Lastingham como sucesor de su hermano San Cedd.

Como San Vilfrido, que había viajado a Francia para su consagración como arzobispo de York, tardaba mucho en regresar, el rey Oswy estimó que debía elegirse otro arzobispo y propuso a Ceada fuese él. Con la mejor buena fe se dejó consagrar obispo por Wine, obispo de los sajones occidentales, y comenzó a ejercer con gran celo su cargo episcopal, visitando a pie su diócesis y dando pruebas de ser un verdadero pastor. Pero regresado por fin Vilfrido en 666, el primado cantuariense San Teodoro, a quien se llevó el asunto de dos obispos en una misma sede, consideró ilegal la elección de Ceada, y aceptando éste con humildad tal criterio, volvió a su monasterio.

Impresionado con esta conducta humilde, San Teodoro rectificó su opinión sobre él y lo nombró obispo de la Mercia con sede en la ciudad de Repton, reordenándolo por el rito de la Iglesia romana, no seguido en su anterior consagración. Aquí siguió la misma vida humilde y austera que había llevado como arzobispo de York, no decidiéndose a viajar a caballo hasta que el propio primado se lo indicó así. Trasladó la sede episcopal a Lichfield, y aquí edificó una iglesia catedral, poniendo un monasterio anejo a la misma, a fin de poder llevar también vida monacal cuando no estaba de visita pastoral por su territorio. Como cuenta San Beda el Venerable, su alma fue vista marchar al cielo al tiempo de su muerte junto con la de su hermano San Cedd, acompañada de un coro de ángeles. Murió el 2 de marzo de 672.

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Cesarea (Palestina), los santos Marino, militar, y Asterio, senador († ca.260), mártires.
2. En Calahorra (España), los santos Emeterio y Celedonio (s. IV), mártires **.
3. En Amasea (Ponto), los santos Cleónico y Eutropio (s. IV), mártires.
4. En Brescia, San Ticiano († ca.526), obispo.
5. En Cornualles, San Winwaleo († 533), abad.
6. En Benevento, Santa Artelaida († ca.570), virgen.
7. En Nonantola, San Anselmo († 803), abad y fundador del monasterio *.
8. En Kaufungen (Hesse), Santa Cunegunda († ca.1039), esposa de San Enrique Emperador y luego monja *
9. En Frisia, Beato Federico († 1175), primero párroco y luego abad de la Orden Premonstratense *.
10. En Palermo, Beato Pedro Geremía († 1452), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
11. En Vercelli, Beato Jacobino de Canepacci († 1508), de la Orden del Carmen *.
12. En Gondar (Etiopía), beatos Liberato Weiss, Samuel Marzorati y Miguel Pío Fasoli de Zerbo († 1716), presbíteros y mártires, de la Orden de Menores *.
13. En Vannes, Beato Pedro Renato Rogue († 1796), presbítero y mártir, de la Congregación de la Misión **.
14. En Brescia, Santa Teresa Eustoquio Ignacia Verzeri († 1852), virgen, fundadora del Instituto de Hijas del Sacratísimo Corazón de Jesús **
15. En Bérgamo, Beato Inocencio de Berzo (Juan Scalvinoni) († 1890), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos *.
16. En Filadelfia (Estados Unidos), Santa Catalina Drexel († 1955) virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas del Santísimo Sacramento, distinguida por su caridad con los indios y los negros **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTOS EMETERIO Y CELEDONIO

Mártires († s. IV)

Con razón Prudencio se lamentaba:

«Oh inveterado olvido de la antigüedad callada! Esto mismo se os envidia, y se extingue la misma fama. El blasfemo perseguidor

nos arrebató hace tiempo las Actas para que los siglos no esparcieran en los oídos de los venideros, con sus lenguas dulces, el orden, el tiempo y el modo indicado del martirio» (*Peristephanon*, himno 1, v73-78)

Y lo confirma Eusebio, diciendo que bajo el imperio de Diocleciano se promulgó un edicto imperial ordenando destruir los sagrados códices en los que se contenían las Actas de los mártires, para que nada de ellos quede de recuerdo (C. Kirch, *Enchiridium fontium*, n.446).

Por eso hemos de bucear cuidadosamente en los escritos antiguos para deducir lo que quisiéramos tener por cierto, no sea que las laudes que de los mártires Emeterio y Celedonio digamos, no se encierren en los marcos ciertos que son su mejor orla.

Calahorra celebra desde el siglo III la gloria de dos hijos suyos llamados Emeterio y Celedonio, que sufrieron martirio por la fe de Jesucristo en una de tantas persecuciones como el Imperio romano decretó contra la Iglesia.

Pocos son los documentos de la antigüedad que narren sus vidas y su martirio. El poeta Aurelio Prudencio, gloria calagurritana, ha dejado descrita parte de la vida y bellamente narrado su martirio en el primer himno del *Peristephanon*, escrito, como dicen los críticos, antes del año 401, fecha en que se ausentó de Calahorra para trasladarse a Roma.

Sabemos dónde los santos —como Calahorra llama a sus mártires— labraron el final de su corona; no sabemos, empero, dónde el sol iluminó sus cunas ni dónde la fe los amamantó para Cristo.

Bien pudo ser Calahorra, la gloriosa e histórica, quien acuñó a sus Santos, ya que en tiempos antiguos fue lugar preeminente de reclutamiento para dar soldados expertos y valientes al Imperio. Y, fieles como pocos, fueron elegidos para cuidar de la sagrada vida de los que regían los destinos del mundo, como narra Suetonio al hacernos saber que Augusto tuvo su guardia personal de calagurritanos (*Vitae Caesarum Augustus*, 49,1).

Soldados sí lo fueron:

«Los soldados que quiso Cristo para sí —dice el vate calagurritano— no habían llevado antes una vida desconocedora del duro

trabajo, el valor, en la guerra acostumbrado y en las armas, lucha ahora en pugnas sagradas» (v.31-33)

Y de Calahorra posiblemente fueron naturales, porque en esta histórica ciudad les sorprendió la persecución: habiendo tenido que dejar «las banderas del César, eligen la insignia de la cruz, y, en vez de las clámides hinchadas de los dragones con, que se vestían, llevan delante la señal sagrada que deshizo la cabeza del dragón» (v.34-36).

¿Cuál había de ser su refugio al abandonar la legión romana, sino su pueblo natal, donde, al abrigo de parientes y amigos, cultivan las tierras o se dedican a la artesanía, tan apreciada por entonces?

Ha sido para muchos motivo de duda, e incluso motivo de dar a los santos la ciudad de León como lugar de nacimiento, el dato que nos suministran los antifonarios, leccionarios y breviarios de León, pertenecientes al siglo XIII. Dicen que Emeterio y Celedonio eran *ex legione*, traduciendo esa frase: de León. Sin duda alguna ha de leerse: pertenecientes a la Legión VII Gemina Pia Felix, que estuvo acampada cerca de la antigua Lancia (hoy León), y que, por ello, con toda seguridad, tiene dedicada León una calle a la Legión VII

Aclara este concepto el documento histórico llamado *Actas de Tréveris*, del siglo VII probablemente, al expresar que «es fama que los soldados Emeterio y Celedonio fueron legionarios en el lugar del que toma hoy el nombre la ciudad».

Durante el ejercicio militar fueron honrados con la condecoración romana de origen galo llamada torques, o collar, como dice el poeta: «Quitadnos los collares de oro, premios de graves heridas» (v.65). Esta condecoración estaba tachada de pagana en los días de Prudencio y lo expresa la carta que los Padres conciliares de Aquilea dirigen a los emperadores Graciano, Valentiniano y Teodosio.

No es sorprendente que a las distinciones primeras sucedan ahora los vituperios y persecuciones, porque la historia nos testifica de altos oficiales vilmente degradados, incluso soldados ignominiosamente arrojados del servicio militar por el *grave delicto* de ser cristianos. Apostasía o abandonar el ejército romano, puede ser el lema de esta persecución, conforme dice Pruden-

cio: «Sucedió entonces que el cruel emperador del mundo ordenó que todos los cristianos se llegaran a los altares a sacrificar a los negros ídolos y dejaran a Cristo» (v.40-42), por lo que si para los ajenos a la legión era difícil pasar desapercibidos, mucho más lo sería para estos soldados, que tenían ciertos ritos paganos como obligatorios en sus ordenanzas militares.

No queda a los santos otra salida que dejar la legión romana y retirarse a su ciudad natal, donde, al amparo de los hermanos en la fe, pueden seguir sirviendo a Cristo y ser ejemplos vivos de entereza cristiana para aquellos habitantes, que no todos, por desgracia, sentían pujante en sus entrañas la vitalidad religiosa de la fe.

Sorprende un dato digno de tenerse en cuenta: como no registra Prudencio el lugar de nacimiento de los mártires, tampoco expresa circunstancias ni nombres por donde vengamos en deducir la fecha aproximada de su martirio. ¿Fue en la persecución de Diocleciano, al principio de la misma, cuando estaba en apogeo la influencia de Galerio en Oriente y en Occidente la de Maximiano Hércules? ¿Fue en la persecución de Valeriano, en la segunda mitad del siglo III como los mártires de Cirta, cuyas cabezas fueron segadas en las márgenes de un río, por donde rodaron aquellos sagrados despojos?

«Ignorase a punto fijo la época de su martirio —escribe La Fuente— y que suele fijarse a mediados del siglo III, y aun algunos escritores la adelantan al siglo II. Es lo cierto que el poeta Prudencio, nacido a mediados del siglo IV, habla de aquel suceso como de cosa antigua, lo que no pudiera decir si el martirio hubiese tenido lugar en tiempo de Daciano, hacia el 304, época a la cual alcanzan los padres del poeta» (*Historia eccl*, t I p 106)

Sin embargo, como las fechas y el lugar no parecen tener importancia para los escritores antiguos, hemos de conformarnos con seguir la huella gloriosa que de ellos nos ha dejado el poeta en sus bellos versos tetrámetros trocaicos catalectos, relegando estos datos que a nuestra crítica moderna tanto importan. Tanto mejor para ilustrar con el dulce recuerdo aquellos años que no los podemos contar.

Existe en la parte alta de Calahorra, en donde antaño estuvo la catedral y más tarde un convento de franciscanos, una magnífica iglesia dedicada al Salvador, título que conserva, casi con

seguridad, como imborrable recuerdo de aquella primera catedral visigótica dedicada al Salvador y que fue destruida por la invasión musulmana por el año 932, conforme reza el codice primero del archivo catedralicio

Se había construido, como otras catedrales, junto a la residencia real y que, por su altura excepcional, fue elegida en tiempos remotísimos como lugar de defensa primordial de las margenes del Ebro contra posibles invasiones.

A este lugar, sin duda alguna, fueron presentados ante los gobernadores romanos, especialmente ante el capitán de la guardia romana, y de éste, al juez que habría de entender en la causa denunciada.

Y aquí serían sometidos a largos interrogatorios que nos han quedado registrados en muchas actas de mártires, en los que brilla tanto la sagacidad de los jueces con insidiosas promesas, como su odio satánico, no permitiéndose descanso hasta conseguir la apostasía o el martirio.

Antes de ser llevados a las márgenes del arenal que baña el Cidacos para su triunfo definitivo, los santos fueron llevados y aherrrojados en las oscuras mazmorras que estaban construidas en los bajos del enorme torreón que se levantaba en la parte noroeste de la ciudad, con sus puentes levadizos y con su magnífica atalaya, desde donde se domina la hermosa y fértil vega que se filtra por entre los montes que se estriban en Peña Isasa.

Aún hoy existe aquel lugar, sobre cuyas ruinas se levantó hace siglos una suntuosa «casa santa», como el pueblo devoto la llama, y a donde acuden fervientes los devotos a implorar protección, y desde donde, antaño, salían las procesiones para trasladarse a la catedral y venerar las santas reliquias en tiempos de peste y guerras.

En aquel lugar, sin luz ni ventilación apenas, se desarrollarían las dramaticas escenas que canta Prudencio:

«El ceñudo tirano urgia con la espada la libre creencia que, manteniendose firme e integra en el amor de Cristo, solicitaba los azotes, las segures y las uñas de doble gancho La carcel oprime con duras cadenas los cuellos amarrados, el verdugo atormenta por toda la plaza, la acusacion corre como si fuera verdad, la voz veridica se condena La virtud herida golpeo el triste suelo con la espada y, arrojada sobre las tristes piras, absorbio las llamas con su

aliento Dulce cosa parece a los santos el ser quemados, dulce el ser atravesados por el hierro» (v43-51)

La oración y santa emulación serían constantes compañeras de los soldados cristianos para sostenerse felices en la cárcel, entre cadenas y tormentos.

«Ninguna de ambas cosas tratemos de evitar, podrían decir con San Ignacio de Antioquia, sino que en las injusticias aprendo yo mas bien a ser discípulo, a fin de alcanzar a Jesucristo ¡Ojala goce yo de los tormentos que me estan preparados, pues no son dignos los padecimientos del tiempo presente en parangon de la gloria que ha de revelarse en nosotros!» (*Padres apostolicos y apologistas griegos* [s. II] [BAC 629, Madrid 2003] 424)

«Entonces se enardecen los corazones amados de los dos hermanos, a quienes había unido siempre la comunión de la misma fe: están dispuestos a sufrir cuanto su última suerte les depare», dice el poeta (v.52-54).

Esta fraternidad la hallamos en los códices y breviarios, en los autores que los consideran como hermanos de sangre. No obstante, lo obvio y lógico de esta fraternidad estriba en la identidad de fe, de nacimiento, de profesión militar y de tormentos, puesto que, cristianos ambos, se habían amamantado juntos en la misma cuna de la diócesis calagurritana; juntos habían compartido en la legión romana los días felices y las fatigas de la vida militar; juntos habían sido detenidos y aherrojados a las cárceles y juntos también bajarían al arenal para juntas volar sus almas al cielo.

Ahora podemos aplicarles bellamente aquellas palabras del misal gótico en la misa de estos santos: «Arrojan las lanzas, se despojan de todo signo militar y se sienten movidos a trabar una batalla celeste que al principio no habían conocido».

Los santos se hacen reflexiones que pone en sus labios el poeta Prudencio:

«Por ventura hemos de ser entregados al demonio, nosotros que somos creados para Cristo y llevando la imagen de Dios hemos de servir al mundo? No, el alma celestial no puede mezclarse con las tinieblas» (v 58-60)

«Ya es tiempo de dar a Dios lo que es propio de Dios», exclama el poeta de Calahorra, haciendo alusión a la vida que los

mártires han llevado en el servicio del César. «Cuando esto dijeron los mártires —prosigue Prudencio—, se ven cubiertos con mil tormentos, y el rigor airado ata con ligaduras entrambas manos y una cadena rodea en pesados círculos sus cuellos heridos» (v.70-72). Es la secuela del odio del tirano.

«Oh tribunos Quitadnos los collares de oro, premios de graves heridas, ya nos solicitan las gloriosas condecoraciones de los angelles Allí Cristo dirige las blanquissimas cohortes y, reinando desde su alto trono, condena a los infames dioses y a vosotros, que teneis por tales los monstruos mas grotescos» (v.64-69)

Es la contestación a la ira de los verdugos. Hermosa contestación de todos los tiempos y de todos los mártires, ya que el Espíritu de Dios es quien inspira a ellos lo que han de decir a los perseguidores. Y la multitud presencié el martirio de los santos. Tanto los testigos como el verdugo vieron con estupor dos prodigios que relata Prudencio: el anillo de Emeterio, simbolizando la fe, se eleva por las nubes en tanto el pañuelo que al cuello lleva prendido Celedonio le es arrebatado para perderse en las alturas.

«Esto lo vio la multitud que estaba presente, y lo vio tambien el verdugo Vacilante contuvo su mano y palidecio de pavor, pero, con todo, descargo el golpe para que no faltase la gloria» (v.91-93)

El arenal del Cidacos, por donde hoy está la bella catedral, se tiñó de sangre, en tanto las almas de nuestros santos «volaron como dos regalos enviados al cielo e indicaron con sus fulgores que tenían abierto el camino de la gloria» (v.83s)

Así, como corresponde al hecho sublime, con sencilla expresión de poeta, queda narrada la gloriosa muerte de los santos.

Sus sagrados despojos los recogio la iglesia calagurritana con inmensa devoción. Los llevó a su catedral del Salvador, donde les rindió extraordinario culto durante siglos

Su gloria se extendió por la Iglesia española y traspaso los Pirineos. Y sus reliquias también fueron llevadas a multitud de lugares que aún en nuestros días les tributan su homenaje en iglesias a su nombre levantadas. Gupúzcoa y Vizcaya con Navarra se glorían de tenerlos en suntuosos templos. Y dicen que Santander debe su nombre a San Meder, como era llamado Emeterio en los primeros tiempos, tiene en su catedral, bajo el

altar mayor de rico mármol, envueltas en ricos joyeros de oro y plata con piedras preciosas, insignes reliquias de los santos.

Calahorra, junto al arenal, construyó su catedral y pulcro baptisterio, al que dedicó Prudencio su himno VIII del *Peristephanon*. Y en su altar mayor guarda con mimo y venera con devoción las sacrosantas reliquias. Allí acuden, somos testigos, los fieles de Calahorra y de Soria, los de Navarra y Burgos, hasta de las regiones más apartadas saben acudir fervientes, buscando amparo y alivio cabe estas reliquias sagradas.

Nadie les invoca sin fruto y el lloroso peregrino puede volver alegre a su hogar obtenido cuanto de justo pidió, pues Cristo bueno nada niega a sus testigos del arenal.

Su fiesta se celebra el 3 de marzo, pero como recuerdo del traslado de las sagradas reliquias que desde la antigua catedral del Salvador fueron llevadas en procesión, con asistencia de prelados de la Iglesia y gobernantes de España, su fiesta litúrgica más solemne en Calahorra ha quedado el día 31 de agosto.

«El Salvador mismo nos dio este don —terminamos con el vate—, para que gocemos de él, al destinar a nuestro pueblo los miembros de estos mártires. Hoy libran de peligros a todos los habitantes de las tierras que el Ebro baña» (v.115-117).

JESUS FERNÁNDEZ OGUETA

Bibliografía

- AIARD, P., «Les persécutions en Espagne pendant les premiers siècles du Christianisme»: *Rev. Q. Hist.* 39 (1886) 22s.
- AURELIO PRUDENCIO, *Himno*: PL 60,275s; «Peristéfanon/Peristephanon», en *Obras completas de Aurelio Prudencio en latín y castellano* (BAC 427; Madrid 1981) 481ss.
- Breviario de Calahorra*, siglo XIV, Arch. Cat.
- GREGORIO DE TOURS, SAN, «Liber in Gloria Martyrum», en ARNDT-KRUSCH (eds.), *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.*, I (1884-1885) 448s.
- LORENZANA, F. A. (ed.), *Missale Gothicum* (Roma 1804).
- Actualización:
- MARTINEZ SAN CELEDONIO, F. M.-RINCON ALONSO, M.^a J. DEI, *Dioses, mitos, héroes y santos en Calahorra: Emeterio y Celedonio, soldados de la Legión VII Gémina Pia Félix, mártires, santos y patronos de la ciudad de Calahorra y de su vasta diócesis* (Calahorra 1999).

BEATO PEDRO RENATO ROGUE

Presbitero y martir († 1796)

Dar la vida por Cristo y por su fe, aceptada como el sentido supremo de la vida, ha sido desde San Esteban hasta el último de los mártires de nuestros días, una constante y una gloria en la Iglesia, ha sido su mejor corona. El culto a los mártires ha sido el primero y el más apreciado en la veneración que los fieles han tributado a los que en la vida y en la muerte siguieron al Señor Jesús heroicamente. La Iglesia de los tres primeros siglos se engalanó con la púrpura de los primeros mártires. Pero, a lo largo de las siguientes generaciones, no faltaron nunca, en la viña del Señor, testigos de la fidelidad a Jesucristo hasta el derramamiento de la propia sangre. Ha venerado también la Iglesia a los pastores del pueblo de Dios que, a imitación del Buen Pastor Jesucristo, han dado la vida por las ovejas, gastándola en su ministerio y dedicación a la predicación de la Palabra, a servir los sacramentos, a conducir los creyentes en el testimonio de su fe en el mundo. Pastor y mártir, con caridad exquisita y con fidelidad total a su vocación y a su ministerio, fue el sacerdote y misionero bretón que, en la más dura encrucijada de la Iglesia en Francia, murió víctima del odio a la fe católica dando testimonio de su consagración al Señor y de su celo pastoral en favor de las ovejas que Dios le había confiado.

Un 3 de marzo fue el nacimiento para el cielo de Pedro Renato Rogue, que había nacido en la ciudad de Vannes, en la Bretaña francesa, el 11 de junio de 1758. En la tierna infancia quedó huérfano de padre. Su madre, una bretona de noble entereza y de gran religiosidad, le educó en la fe y en la piedad, la mejor herencia de su pueblo profundamente cristiano.

Pedro Renato cursó los estudios clásicos en el colegio de San Ivo de su ciudad natal; después ingresó en el Seminario diocesano para cursar los estudios eclesiásticos. El Seminario de Vannes era dirigido por misioneros de la Congregación que fundara en el siglo XVII San Vicente de Paúl, el cual había transmitido a sus hijos el carisma de la dedicación a la formación del clero, juntamente con la promoción y cuidado de las obras de caridad hacia los pobres. En sus años de seminario, Pedro brilló ante superiores y condiscípulos por su aprovechamiento en los estudios y por

su gran piedad. Fue ordenado sacerdote el 21 de septiembre de 1782. Inició su ministerio apostólico en una casa de ejercicios para mujeres de Vannes. Muy pronto, después de cuatro años de labor sacerdotal, llevado de su deseo de mayor perfección, ingresó en la Congregación de San Vicente de Paúl trasladándose a la casa madre de París, a San Lázaro, para iniciar el noviciado. No lo terminó allí, pues los superiores lo destinaron al Seminario de Vannes para que enseñara teología. Emitió sus votos en la Congregación en 1788. En 1789, año del estallido de la Revolución Francesa, asumió el cargo de vicario en la parroquia de Santa María *du Mené*, que sirvió con dedicación ejemplar.

La Revolución, mientras tanto y desde sus inicios, minó unas relaciones justas y aceptables con la Iglesia católica. La reacción, hay que reconocerlo, contra privilegios sobre todo de la alta jerarquía reclamando la igualdad de todos los ciudadanos, pero también la ideología enciclopedista antirreligiosa que, bajo apariencias de postulados filosóficos, ardía en muchos revolucionarios y se traducía en odio exacerbado y violento a todo lo que llevara el nombre de cristiano para arrancarlo de raíz, junto con los excesos antihumanos de numerosos dirigentes revolucionarios, provocaron, en distintos momentos de terror y según las tendencias, más o menos radicales, del poder de turno, persecuciones que suscitaron el testimonio, hasta el derramamiento de la propia sangre, de muchos discípulos y discípulas de Cristo que, como proclamó Pío XI en la beatificación de Pedro Renato, «despreciando las realidades mundanas y los vínculos sociales y hasta los afectos familiares, amaron la verdad por encima de todas las cosas y al Señor nuestro Jesucristo, quien se ofreció por nosotros como sacrificio y víctima a Dios». La Iglesia, Esposa de Cristo, brilló en el territorio francés, con la corona gloriosa de numerosos mártires, especialmente por la constancia de una multitud ingente de ministros del evangelio y de personas consagradas.

La Asamblea constituyente de Francia, reunida en 1790 tras el estallido de la Revolución, declaró nulos los votos de los religiosos y propició el regreso de los mismos a sus hogares. El 27 de noviembre aprobó la constitución civil del clero: ésta determinaba que obispos y párrocos debían ser elegidos por las

asambleas electorales del pueblo, que elegían asimismo a sus representantes y autoridades civiles. El 4 de enero de 1791 se reclamó al clero el juramento de esta constitución, que el 13 de abril fue condenada como herética por el papa Pío VI. Pedro Renato se negó a prestar este juramento y animó a muchos sacerdotes a tomar esta misma decisión. En octubre del mismo año la Asamblea legislativa endureció la postura anticlerical ordenando que quienes negaran el juramento, los «refractarios», no podrían ejercer su ministerio. Al año siguiente se prohibió el hábito eclesiástico y se suprimió lo que aún quedaba de las Congregaciones religiosas; se decretó el exilio y deportación de los «refractarios». Los que permanecieron en los límites del Estado revolucionario, debieron ejercer su ministerio en la clandestinidad y con peligro de la propia vida. En 1793 se suprimió todo culto religioso. La nueva Constitución de 1795 abrió nuevo camino a la represión anticatólica y llevó a muchos sacerdotes a la guillotina.

El sacerdote y misionero Rogue, persistiendo en la fidelidad a sus convicciones, negó obediencia a esta Constitución, que contenía muchas leyes injustas e impías, y continuó dedicándose clandestinamente a su ministerio. Permaneció en Vannes para proseguir su labor pastoral, con traje civil, mientras aconsejó a otros sacerdotes que se pusieran a salvo de la persecución. Cambiaba de domicilio frecuentemente, se escondía alternativamente en distintos refugios, proseguía asistiendo espiritualmente de buen grado a los fieles de la parroquia de Santa María *du Mené*, para que no se vieran privados completamente de los sacramentos de la fe.

Finalmente, como era de prever, un revolucionario lo denunció al Procurador de la República. En la vigilia de Navidad de 1795, cuando llevaba el viático a un moribundo, fue arrestado. Mientras era conducido al calabozo, consumió las sagradas formas que llevaba consigo y aún rechazó el ofrecimiento de escapar que le brindaron. Con ánimo alegre se dejó meter en la cárcel, donde permaneció casi tres meses de crudo invierno. Durante su prisión, se fijó, dentro de los límites de su situación, un horario y unas normas de vida que observó hasta la muerte. Se dedicaba asiduamente a la oración, daba a cuantos le rodea-

ban ejemplo de paciencia y de fortaleza de ánimo, brindaba el consuelo de la fe a sus compañeros de prisión con el ejercicio de su sagrado ministerio.

El día primero de marzo de 1796 fue llevado ante el tribunal acusado de clérigo «refractario». Al día siguiente, los jueces, llevados de su odio a la fe católica, pronunciaron la sentencia: Pedro Renato era condenado a ser decapitado. Al escuchar la sentencia, el sacerdote misionero enseguida y ante todos dio gracias a Dios por la gracia de ser coronado con el martirio por la fe y se preparó para su último momento con serenidad y fortaleza de espíritu.

El 3 de marzo fue el día de su nacimiento para el cielo. Así lo vivió y lo expresó cuando aquella tarde marchó hacia el patíbulo recitando el salmo 121: «Me alegré cuando me dijeron: iremos a la casa del Señor. Nuestros pies están pisando tus atrios, Jerusalén». Había preparado este canto en la cárcel con gran piedad, con la esperanza y el deseo del tránsito pascual de su vida.

Llegó el momento de su supremo sacrificio. Contaba sólo 38 años de edad. Con rostro alegre, elevando sus ojos y sus manos al cielo, como Cristo en la cruz, pronunció las mismas palabras del Señor en su muerte: «A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu» (Lc 23,26). El golpe de la guillotina segó su vida terrena y, con el martirio, le abrió de par en par las puertas del Reino y del Paraíso, configurado al primer mártir y al sacerdote único y verdadero.

Su cuerpo fue enterrado, como el de cualquier ajusticiado, en el cementerio común. Pero su testimonio invicto de santidad, celo y caridad apostólica, no pasó desapercibido ni aún a sus enemigos. Todos estaban convencidos de que Pedro Renato era verdadero mártir de la fe, víctima del odio contra la religión católica. Creciendo su fama de santidad, la curia eclesiástica de Vannes inició el proceso informativo que, una vez concluido, fue presentado a la Congregación de Ritos. Pío XI aceptó la causa en Roma el 12 de junio de 1929. El mismo pontífice declaró el martirio del siervo de Dios el 24 de abril de 1934 y el siguiente día 29 abrió la vía de la beatificación, que se celebró solemnemente en el Vaticano el 10 de mayo del mismo año.

Bibliografía

AAS 26 (1934) 292-296

Bibliotheca sanctorum, t XI col 297

BRETAUDEAU, L., *Un martyr de la Revolution a Vannes*, P. R. ROGEE (Paris 1908)

GUSTAPANE, R., «Martires de la Revolution Francesa», en C. LEONARDI A. RICCA

DI G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 1675-1677

MISERMONT, L., *Le bienheureux*, P. R. ROGEE (Paris 1937)

SANTA TERESA EUSTOQUIO VERZERI

Virgen y fundadora († 1852)

En el norte de Italia, a 40 kilómetros de Milán, se encuentra la preciosa ciudad de Bérgamo, patria de nuestra amiga Teresa. La ciudad tiene dos partes, como toda ciudad bien construida. La parte antigua, «la ciudad alta», está completamente amurallada. Es un estilo a Ávila. Sus puertas, torres y paredes están en un estado de conservación perfecto. Da gusto entrar allí.

Dentro de las murallas hay monumentos maravillosos: la catedral, con un crucifijo del que se cuentan hechos asombrosos, la basílica de Santa María la Mayor, la capilla de Bartolomeo Coleoni, un militar, capitán, que levantó aquel edificio para su enterramiento. Y frente a la catedral, el baptisterio separado del templo. Todo grandioso.

La parte nueva, ya se sabe: industrias y casas de reciente construcción que sirven para vivir. Arriba, el arte y la magia. Abajo, el pan nuestro de cada día.

Y en este precioso conjunto nació nuestra amiga, la santa que recordamos hoy: Teresa Eustoquio Verzeri.

Nació el día 31 de julio de 1801. Era el día de San Ignacio de Loyola. La bautizaron al día siguiente. En su casa aprendió la devoción a San Jerónimo, sacerdote y doctor de la Iglesia. De hecho, a un hermano le pusieron por nombre Jerónimo. Luego fue sacerdote y obispo de Brescia. Ella se añade el nombre de Eustoquio en recuerdo de una virgen dirigida por San Jerónimo.

Llega a la virtud heroica por medio de los sacramentos. Recibe el bautismo al día siguiente de nacer. A los 5 años, recibe la penitencia. A los 10 años, la primera comunión. A la confirmación la prepara el canónigo de Bérgamo, José Benaglio. Siempre

antepuso la voluntad del director espiritual a la suya. Fue obediente en grado sumo.

Era la primera de siete hermanos. El padre se llamaba Antonio y la madre, Elena. Se cuenta de esta mujer que tuvo sus tentaciones de meterse religiosa de vida monástica, franciscana clarisa, pero una tía suya, Antonia Grumelli, de esa misma Orden, le dijo que no se le ocurriera, que iba a ser madre de hijos santos.

Aquella tía parecía tener aires proféticos, porque de hecho ocurrió precisamente eso. Era una familia noble, religiosa y distinguida. El caso es que aquellos padres se casaron, fueron felices y tuvieron hijos. Y nació Teresita para alegría de todos los de casa.

Teresa, desde pequeña, conoció en su hogar los verdaderos valores cristianos. Y por si fuera poco, el canónigo José Benaglio, amigo de la familia, les acompañaba en estas labores catequísticas.

Dicen las crónicas que Teresa iba desarrollándose como una chica inteligente, de corazón abierto y talento claro. Pero todo esto le produjo no pocos disgustos, porque la persona que es tonta no se da cuenta de nada, pero Teresa se daba cuenta de sus propias limitaciones, de sus orgullos, de sus miedos para entregarse del todo a Dios. Así fue buscando el camino de la simplicidad, del desprendimiento de sí misma, de la purificación interior, hasta llegar a buscar por encima de todo la voluntad de Dios. Cosa difícil en todos los tiempos. Llegó a sentir con honda tristeza lo que hoy se llama «la ausencia de Dios». Las palabras de Jesús: «Padre, ¿por qué me has desamparado?», Teresa las entendió muy bien.

Tiene una época de dudas, ansiedades, tormentos del espíritu, arideces, tentaciones, angustias. Todos sabemos que el camino de la vida cristiana puede pasar por un camino de purgaciones, la vía purgativa.

Pasados estos primeros apuros espirituales, entró en el monasterio de benedictinas de la Santa Gracia, en Bérgamo. Pero pronto vio que aquella no era precisamente la voluntad de Dios. Y se salió. Después de salir de este convento funda una escuela en el lugar llamado Gromo. Es el principio de su fundación.

En todo ello, estaba a su lado el canónigo José Benaglio. Feliz él que tuvo a una santa a su lado durante muchos años. Con su ayuda, ella fundó la congregación de las Hijas del Sagrado Corazón, el 8 de febrero de 1831, en Bérgamo, su querida ciudad.

Tendríamos que explicar en qué época vivió nuestra amiga Teresa. Por aquellas fechas (1801) Italia estaba hirviendo. Por no ir más lejos, el Papa estaba desterrado. Fueron años muy duros, con la resaca de la Revolución Francesa. Gracias al invasor Napoleón, que se metía donde nadie le llamaba, la Iglesia se veía amenazada de muerte. Lo que más hubiera querido el señor Bonaparte es que la Iglesia Católica hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Todos los dictadores han tenido siempre los mismos instintos. Para prueba, un botón: hasta el calendario cristiano se lo quitó de encima y empezó a hablar de brumarios y otros meses laicos.

Los tiempos que le tocaron vivir a Teresa fueron muy duros: de iluminismo, de aversión a la Iglesia, de jansenismo y frialdad religiosa. Pero gozaba de una tenacidad poco común. Así, el 14 de mayo de 1841, se aprueba el nuevo instituto en la Sagrada Congregación de Obispos, siendo presidente el cardenal Ángel Mai, natural de Bérgamo.

En medio de tantas persecuciones y revueltas, Teresa dedicó su Instituto al Sagrado Corazón y empezó a trabajar en todos los frentes que se le presentaban, inspirada por la caridad cristiana. Y ahí estaba, en disponibilidad absoluta, al lado de las chicas en peligro, de los hogares deshechos, de los niños sin familia. Y así, asistía a las escuelas públicas, daba catecismo y asistía a los enfermos. Yo no sé qué tienen los santos, que siempre están allí donde más se necesita su presencia. Y, puesta a enseñar, a ser maestra, se destacó en esta vocación como verdadera artista: era guía espiritual, apóstol y pedagoga. Decía:

«Hay que cultivar la mente y corazón de las muchachas mientras sean jóvenes, hay que prevenir los peligros que les puedan llegar mas tarde Hay que evitar que vengan a caer, por inadvertencia, cuando sean mayores»

Una buena educadora siempre ha sido amante de la libertad de sus educandos. Porque nadie puede educarse si no es acep-

tando voluntariamente el buen camino. Se trata de una santa libertad para escoger el bien; éste no debe acogerse como una carga y con violencia. Fomentó la educación personalizada, estudiando los temperamentos, inclinaciones y posibilidades de cada uno. Un estilo de educación que no se usaba en su tiempo. Una renovadora de métodos educativos.

El 6 de febrero de 1831 hace los primeros votos juntamente con sus compañeras Antonia Verzeri, su hermana, Virginia Simoni y Catalina Manghenoni. Se imponen una vida de mucha penitencia. Y todo lo toleran gracias a la eucaristía. Se le unen sus hermanas María, Judit, Catalina y la madre, ya viuda.

Iban muchas chicas, como vocaciones floridas. Y escribe las reglas para la Congregación. En la curia romana toman estas reglas como modelo para otras congregaciones. Sin duda, las escribió bajo la inspiración de Espíritu Santo.

Tiene un momento de graves crisis. El obispo de Bérgamo, Carlos Gritti Morlacchi, que había favorecido mucho al nuevo Instituto, le pone más tarde grandes dificultades. En momentos de serias dudas, piensa unirse a una nueva congregación que había nacido en Francia, la de Sofía Barat, muy encarnada en la devoción al Sagrado Corazón. Pero al fin no se logra esta unión y quedan separadas, aunque sus fines sean muy parecidos.

Su amigo, el canónigo José Benaglio, falleció en 1836, cuando más le necesitaba ella. Y entonces llegó la mejor ocasión para demostrar el coraje de esta mujer. Porque ella sola tuvo que aguantar persecuciones por todas partes, de las autoridades civiles y de las religiosas. Sólo la sostuvo su increíble fortaleza de espíritu y su entrega decidida a que se hiciera siempre en ella la voluntad de Dios.

Teresa murió en Brescia el 3 de marzo de 1852, cuando tenía 50 años cumplidos. Había trabajado como una heroína. Acogió a toda clase de necesitados, dejó aprobada la Congregación, escribió las Constituciones, mandó mas de 3.500 cartas a toda clase de personas. No sé qué tienen los santos, que sacan tiempo para todo. Llevan dentro un fuego abrasador. Les arrastra un motor de un gas incombustible. Y a través de sus cartas podemos apreciar el valor inmenso de esta hermosa mujer. Tenía un rostro alargado, fino, de un estilo real. Por la cara, podría

haber sido reina. Sus ojos eran penetrantes, con ellos horadaba el espacio y los rostros de sus visitantes. Toda su cara rezumaba bondad.

Toda su espiritualidad estaba fundada en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. En sus tiempos, el amor a Cristo se manifestaba por medio de esta devoción, completamente teológica y definitivamente aprobada por los Papas. ¡Que cantidad de actos de amor se han dedicado a este Sagrado Corazón! ¡Cuántas congregaciones de aquel tiempo se han basado en la confianza al Sagrado Corazón de Jesús! ¡Cuántas imágenes! ¡Cuántas entronizaciones! ¡Cuántos desagravios! Y cuánta entrega amorosa hacia los pobres se ha hecho a través de esta hermosa devoción. Si de corazón se trata, hay que pedirle un corazón como el suyo. Y se entregaban a los pobres con una dedicación total.

Ella lo expresaba con mucha claridad.

«Las Hijas del Corazón de Jesús han de tener un corazón como el de Jesús. Deben arder en el mismo fuego que el Corazón de Jesús. Su caridad no ha de tener otra intención que la gloria de Dios y el bien de las almas. Ha de ser una caridad universal que no excluye a nadie y abraza a todos. Una caridad que no rehuye el sufrimiento, no se asusta por la contradicción, sino que crece en la oposición, aumenta en el sufrimiento, conquista las almas por medio de la paciencia»

Las hijas de Teresa, animadas por este amor universal, continúan su misión en Italia, Brasil, Argentina, Bolivia, Camerún, en la India y en Albania. No se asustan por nada. Llegan hasta el fin del mundo. Al contemplar al Corazón de Jesús, se sienten animadas para llegar a cada hombre y cada mujer, sobre todo a los más pobres, buscan la promoción y la dignidad de las personas. La madre Teresa es venerada en la capilla de las Hijas del Corazón de Jesús en Bérgamo, la tierra que la vio nacer.

Como Jesús, fue siempre obediente. Dulce, llena de mansedumbre, buscando siempre la gloria de Dios y el bien de las almas. Sobresalio por la fe, la oración asidua, la devoción a la Eucaristía, al Sagrado Corazón y a la Virgen María. Se mostraba humilde ante Dios y le reveló éste su divina presencia. Veía el rostro de Jesús en los enfermos a los cuales ayudaba material y espiritualmente. Su afán era difundir el Reino de Dios. Apartada

de todo afecto terreno, ejercitaba la pobreza y dedicaba toda su vida a Cristo y a su Iglesia. Se hizo famosa en el cólera morbo, dando su tiempo, su salud y su alma en bien de los enfermos.

Fue canonizada el 10 de junio de 2001 por el papa Juan Pablo II, día de la Santísima Trinidad. Ese día, el Papa animaba a los cristianos a seguir su ejemplo de caridad, cuya fuente es Cristo Jesús. Y recalca que en nuestro tiempo, lleno de dificultades, no podemos llevar una vida cristiana adulta sin oración, sin amor a la Eucaristía y sin devoción a María.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

Bula de canonización: *AAS* 94 (2002) 249ss.

Breve de beatificación: *AAS* 39 (1947) 25ss.

www.vatican.va/news_services/liturgy/saints/

SANTA CATALINA DREXEL

Virgen y fundadora († 1955)

No lo precisan las biografías con adornos de fecha ni de lugar, pero cuentan todas de manera unánime que Catalina María Drexel, siendo sólo una adolescente, hizo un viaje con sus padres al Oeste americano y la imagen de aquella realidad, en la que comprobó cómo vivían y eran tratados los nativos y los negros, se le quedó grabada y nunca más se le borró de la memoria. Incluso, el descubrimiento de aquella pobreza y degradación social marcó y orientó para siempre su vida. Optó, pues, esta mujer fuerte, que casi llegó a centenaria, por los marginados, en este caso —y en aquel tiempo y lugar— por los indios y los afroamericanos. Toda su vida la dedicó a luchar por ellos.

La verdad es que la familia de Catalina Drexel no sólo tenía recursos, sino que era inmensamente rica. Nacida en Filadelfia, en el estado norteamericano de Pensilvania el 26 de noviembre de 1858, era la segunda hija de Francisco Antonio Drexel y de Ana Langstroth, que murió al mes de nacer Catalina. Su padre, un conocido hombre de negocios, poseedor de una gran fortuna, se distinguía por una espléndida generosidad. Cuando se quedó viudo y con dos hijas tan pequeñas —Catalina, recién

nacida; e Isabel, de tres años de edad— el señor Drexel decidió buscar de nuevo esposa, pero sobre todo madre para sus niñas, y la encontró en Emma Bouvier, con la que tuvo otra hija, llamada Luisa. La señora Bouvier, ascendiente de la que sería esposa del presidente Kennedy, Jacqueline Bouvier, era conocida en Filadelfia por el honroso apelativo de «la señora generosa» a causa del dinero, las medicinas y los buenos consejos que repar-tía entre los más necesitados de la ciudad.

La enorme fortuna de la familia Drexel no corrompía sus objetivos de generosidad, que no eran en este caso puros discursos filantrópicos, sino verdadero compromiso de ayuda. Evidentemente, con tan alta posición social familiar, las tres hijas conocieron de primera mano los lujos de la sociedad más potentada, pero también los atavismos con que ésta actuaba o despreciaba a los menos afortunados. Las chicas, Catalina también, vivían rodeadas de afecto familiar, atendidas por profesores particulares en su propia casa, y sobre todo educadas cristianamente con el máximo esmero por unos padres profundamente cristianos. En uno de sus escritos recuerda, por ejemplo, que en casa «la oración era como la respiración», y la caridad, uno de los pilares que sostenían y engrandecían la familia. Las hijas no necesitaban para entenderlo más que mirar a sus padres, empeñados en compartir sus riquezas, que eran muchas, con los más necesitados mediante una red de ayudas institucionalizadas.

Contaba Catalina Drexel, y lo repiten todas sus semblanzas, que sus padres las enseñaron a ella y a sus hermanas que la riqueza no se tenía en propiedad, sino que se nos daba en préstamo, por tanto, debía ser compartida generosamente con los demás. Esta enseñanza la transmitía y contagiaba como una consigna, y alguna vez se oyó su eco entre sus hermanas religiosas. Explicaba Kathleen Kajer, directora de un colegio elemental, que «vivía para la justicia social, para los derechos de la persona; quería que todo niño tuviera oportunidad de una buena educación; y enseñaba que la riqueza no es para uno mismo, sino para los demás».

Murió su madrastra Emma en 1883 y su padre dos años más tarde. Desde aquel momento la inmensa fortuna heredada—se dice que alcanzaría unos 250 millones de dólares de hoy—

se iba a convertir en sostenimiento de muchas obras de caridad, en ayuda a misiones y misioneros de diversos Estados, en atención a los más abandonados de la sociedad americana: los pieles rojas y los afroamericanos. Porque con todos estos recursos patrimoniales había heredado también el espíritu de generosidad y caridad de su padre. Haría suya la causa de estos grupos social, cultural, política y económicamente marginados.

Tomaba cuerpo en sus proyectos de ayuda aquella imagen decepcionante que descubrió en su viaje de adolescente al Oeste, para remediarla con un compromiso netamente cristiano: compartir los bienes y la vida con aquella gente menospreciada para rescatarla y darle educación cristiana. Porque, aún habiéndose decretado en 1865 la liberación de los esclavos negros de los Estados Unidos, lo cierto es que esta población no sólo era objeto de prejuicios raciales sino que estaba sumida en la ignorancia y en la pobreza. Clamaba contra el racismo, contra la explotación laboral de los negros y se propuso la tarea de un cambio de mentalidad en la sociedad norteamericana.

Sentía atracción Catalina Drexel por la vida religiosa, y tenía la convicción de que era llamada a la vida contemplativa para así apoyar con la oración y la penitencia la expansión misionera. La primera fuerte inclinación ya la había descubierto en 1883. Pero ahora, embarcada en esta tarea de apoyar a las misiones, vino a cambiarle la vida o a decidir su cambio una anécdota ocurrida en Roma que se ha convertido en eje de su biografía.

Corría el año 1887, Catalina Drexel viajó a Roma con el deseo de que León XIII la recibiese en audiencia. El motivo principal de esa entrevista era pedir al Papa que le enviase más misioneros para algunas misiones que ella financiaba. El Papa, que escuchaba atentamente sus demandas, se quedó pensativo un instante y la invitó inesperadamente a que se hiciera ella misma misionera. La sorpresa fue mayúscula pues no se esperaba tal respuesta, pero la invitación resultó al cabo inexcusable. El obispo James O'Connor, su director espiritual, la animó a tomar la decisión de hacerse religiosa, misionera, como le había sugerido León XIII.

Dicho y hecho, se unían de esta manera su atracción contemplativa y su compromiso de servicio en favor de los indios y

de los afroamericanos. Consciente de la profunda vinculación entre eucaristía y caridad, soñaba con plantar en tierras americanas un nuevo carisma de vida religiosa femenina pensando en la eucaristía y en la evangelización de los nativos y negros americanos. Para irse acostumbrando a la vida religiosa entró en el noviciado de las Hermanas de la Misericordia, pero con la decidida intención de fundar ella una congregación.

Su fundación, iniciada en 1891, tomó el nombre de Hermanas del Santísimo Sacramento para los Indios y los Negros. La regla recibió la aprobación definitiva de Roma en 1913, con desusada rapidez para lo acostumbrado, y obtuvo, además, un permiso todavía menos frecuente por aquellas fechas, que era poder comulgar a diario. Sin duda esta centralidad eucarística del carisma de la fundación, cuya finalidad consistía en hacer a Cristo presente entre aquellos marginados sociales, fue determinante para actuar con tanta diligencia. Nadie dudaba entonces de que esta obra tan específica fundada por la madre Catalina Drexel venía a dar respuesta cristiana y social a un problema grave de racismo en los Estados Unidos.

Si hubiera que ponerles número y calidad a las escuelas y misiones que fundó en el Oeste y el Suroeste de los Estados Unidos serían no menos de 60, y siempre cuidando la preparación, la actitud de servicio del profesorado y la especial sensibilidad hacia el alumnado indio y afroamericano. La primera de estas escuelas la abrió en Santa Fe, Nuevo México, en 1887.

También promovió y financió la madre Drexel iniciativas de gran trascendencia para la cultura e integración de los aborígenes, como la elaboración por parte de los franciscanos de un diccionario de la lengua de los indios navajo. Pero sobre todo, la cima y joyel de sus esfuerzos en el campo educativo fue la creación de una universidad para católicos afroamericanos que resolviera el problema doloroso de las universidades católicas del sur donde no había estudiantes de color. El centro superior universitario se abrió en 1925 en Nueva Orleans, Estado de Louisiana, con el nombre de Xavier University, y ha sido punto de referencia integrador en la educación norteamericana, primera universidad que acogió a los negros, y expresión práctica de cohesión entre estudiantes.

La siembra que Catalina Drexel fue haciendo por los territorios y rincones menos considerados socialmente la llevó también a ser andariega o, por mejor decir, viajera, clienta de todas las incomodidades del transporte y asidua al ajetreo de los traslados, con los sufrimientos que ello comportaba. Visitaba con frecuencia los centros misionales y las escuelas más alejadas. Ella que había dado toda su fortuna para socorrer las necesidades de los indios y negros, entregaba a diario mucho más dándose a sí misma. «Si Jesucristo —decía— ha dado su vida por mí, es muy justo que yo la dé por él». Su forma de darla fue eligiendo a los pobres, una opción que se recogía incluso en la fórmula de los votos: terminaba comprometiéndose a «ser madre y servidora de los indios y de la gente de color».

Esto suponía una entrega total para educar cristianamente, visitar familias, ayudarlas en sus problemas sociales, acudir a hospitales y prisiones. Y luchar siempre por la justicia social. Fue una luchadora admirable por la dignidad y por los derechos de los nativos y de los negros. No lo tuvo nada fácil. En varios Estados del sur del país se oponía una fuerte resistencia a la integración de los negros, se dificultaba la educación de quienes habían sido esclavos, por lo que las cortapisas y zancadillas a la obra de la madre Drexel eran bastante frecuentes.

Cuando no era la interposición de acciones legales para impedir que Catalina Drexel pudiera comprar un terreno con destino a una de sus escuelas, era una campaña de prensa contra sus proyectos, o incomodidades, amenazas y violencias contra sus propiedades. Su valentía y persistencia, fogueada por una experiencia de la fraternidad cristiana, la convirtió en tenaz denunciadora de las injusticias sociales que sufrían las minorías étnicas en Estados Unidos. Pero sobre todo, en palabras de Juan Pablo II, fue y dejó un «excelente ejemplo de caridad práctica y solidaridad generosa con los menos afortunados».

Los achaques de la edad y serios problemas de salud la obligaron, ya en 1935, a cancelar sus viajes y a renunciar a sus responsabilidades dentro de la congregación y de su comunidad. Una enfermedad crónica y grave la encadenó a una inmovilidad casi absoluta que, sin embargo, no pudo mermar en nada su vida contemplativa. Dedicó su vida, ya sin las fatigas de su acti-

vidad apostólica, a la oración, a la adoración eucarística, pues la eucaristía, que siempre constituyó para ella y para sus religiosas el centro de su espiritualidad, era el corazón de su amor por los pobres y oprimidos. El papa Juan Pablo II recordó esa «unión orante con el Señor eucarístico», fundamento de su «servicio entusiasta a los pobres y a las víctimas de la discriminación racial».

Tras 18 años de vivir abrazada a su grave enfermedad y a una purificadora contemplación, murió la madre Catalina María Drexel llena de días, a los 96 años de edad bien cumplidos, en Cornwells Heights (Pensilvania) Era el 3 de marzo de 1955. Beatificada por Juan Pablo II el 20 de noviembre de 1988, le bastaron solo 12 años para escalar la cima de la canonización celebrada el 1 de octubre de 2000, en la misma ceremonia en que también fueron elevados a los altares Agustín Zhao Rang y 119 compañeros mártires de China y declaradas santas otras dos mujeres, la española María Josefa del Corazón de Jesús Sanchó de Guerra y la sudanesa Josefina Bakhita. El milagro aprobado para la canonización fue la curación de un niño de dos años, sordo de nacimiento, que recuperó el oído en 1994 debido a su intercesión.

Catalina María Drexel, segunda santa nacida en Estados Unidos, apóstol de los indios de América y de los negros americanos, constituye una viva muestra de cómo administrar cristianamente las riquezas, y así lo reconocía el Papa el día de la canonización, pidiendo que «su ejemplo ayude a los jóvenes a apreciar que el mayor tesoro que puede hallarse en este mundo es el de seguir a Cristo con un corazón indiviso y emplear con generosidad los talentos recibidos en el servicio a los demás, con vistas a construir un mundo más justo y fraterno».

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

- JUAN PABLO II, «Homilía en la canonización (1 10 2000)» *Ecclesia* (2000) n 3 018 p 28 30
- MOLINARI, P., «Katharine Drexel» *L'Osservatore Romano* (1 10 2000) 16
- L'Osservatore Romano* (ed en español) (29 9 2000) 11, (6 10-2000) 7 8
- L'Osservatore Romano* (2/3 10 2000) 8 11

SAN ANSELMO DE NONANTOLA

Abad († 803)

Nacido en Cividale o Verona en torno al año 720, era hijo de Wectari y lombardo de nación, y era hermano de Gisetrada, la esposa del rey Astolfo. Tenía el cargo de duque de Friuli, siendo, además, un rico terrateniente y estando bien situado en la vida.

Pero él prefirió la vida religiosa. Abandona hacia el 749 su cargo político y la vida seglar y funda en un terreno donado por Astolfo el monasterio de Fanano y un hospicio para peregrinos, llamado de San Jacopo del Val d'Amola, en el que los atiende con gran caridad. Se trataba de una tierra de paso por donde los peregrinos transitaban en gran número y se hizo famosa la acogida amorosa que en el dicho hospicio se les brindaba. Tras la toma de Rávena por Astolfo en 750, éste le dona el terreno donde edifica Anselmo el monasterio de Nonantola. Aquí él y sus monjes se ponen a trabajar de forma que todo el terreno se vuelva feraz y signifique un despegue económico de la zona.

Creó otros tres monasterios dependientes de Nonantola, siendo más de mil los monjes que integraban aquella federación de monasterios. En todos ellos se llevó adelante una gran labor tanto en los campos como en los escritorios, transcribiendo códices, y acogiendo con mucha caridad a los transeúntes. Desterrado a Montecassino unos años por causas no del todo claras, se preocupó de adquirir códices para su monasterio, al que pudo volver a la muerte del rey Desiderio. En la guerra franco-lombarda procuró ser agente de paz. Sin duda por ello Carlomagno favoreció a Anselmo y a su monasterio. Murió el 3 de marzo de 803.

SANTA CUNEGUNDA

Emperatriz († ca 1039)

Nació hacia el año 980, hija del primer conde de Luxemburgo, Sigfrido, y de su esposa Adesvigis. Educada por sus padres

con esmero, a los veinte años contrajo matrimonio con el duque de Baviera, coronado rey de Alemania en 1002 y coronado asimismo emperador en 1014 y al que se conoce con el nombre de San Enrique II. La tradición, recogida en la propia bula de canonización de esta santa por el papa Inocencio III, es que ambos esposos guardaron castidad perfecta y que éste fue el motivo por el que ambos no tuvieron hijos. Esta supuesta virginidad de Santa Cunegunda estaba recogida también en el *Martirologio romano* de Baronio, silenciándola en cambio el nuevo Martirologio. Pues este tema ha sido objeto de estudios recientes y lo que parece deducirse de las fuentes más antiguas no es que vivieran ambos en castidad perfecta sino que, comprobada la esterilidad de Cunegunda, no por ello Enrique quiso apelar al derecho germánico y repudiarla sino que, habida cuenta de sus virtudes, la retuvo junto a sí como su esposa.

Parece igualmente leyenda la narración, también recogida en la bula de canonización, de que, habiendo sido acusada de infidelidad, Enrique le pidió pasara la prueba del fuego, como así hizo Cunegunda sin padecer ningún daño.

Coronada emperatriz en Roma por Benedicto VIII en 1014 junto con Enrique, llena de piedad y virtud acompañó la obra religiosa de su esposo, interviniendo muy activamente en la edificación de la catedral de Bamberg.

Muerto San Enrique, ingresó en el monasterio de Kaufungen, fundado por ella, luego de haber depuesto con toda formalidad los hábitos e insignias imperiales y haberse vestido de una tela basta, dedicando su patrimonio a obras de caridad y religión. En el monasterio vivió con sencillez y humildad, sin que nada indicara su pasada dignidad. Hacía los mismos trabajos que las demás religiosas y encontraba especial gusto en atender a las ancianas y enfermas. Murió el 3 de marzo de 1039. Enterrada junto a su esposo en la catedral de Bamberg, su culto fue creciendo hasta lograrse su canonización por Inocencio III el 29 de marzo de 1200.

BEATO FEDERICO DE MARIENGART

Presbítero († 1175)

Nació en Hallum (Frisia) en el seno de una modesta familia, no obstante lo cual pudo hacer estudios en Munster. Ya sacerdote, es primero profesor y luego párroco de su propio pueblo natal, cargos que ejerce con dedicación y celo. Su deseo de santidad le lleva a la Orden Premonstratense en la que profesa. A él se debió la fundación de la abadía de Mariengart o Mariengarde, es decir, el Huerto de María. Como abad de este monasterio puso gran empeño en que los ideales de la Orden se cumplieran y para ello empezó por dar gran ejemplo de regularidad. También se debió a él la fundación en Oudberk de un convento de monjas.

Se preocupó mucho por la observancia regular en su Orden y con este fin visitó muchos de los monasterios premonstratenses. Estaba en Bethlehem predicando en un monasterio de monjas cuando se sintió enfermo y decidió volver a su natal Hallum, donde había construido una capilla. Murió con fama de santidad el 3 de marzo de 1175. Su memoria, no incluida en el Martirologio de Baronio, ha sido recogida en el nuevo Martirologio.

BEATO PEDRO GEREMÍA

Presbítero († 1452)

Natural de Palermo, donde nace el 1 de agosto de 1399 en el seno de una familia distinguida, asiste a la escuela que los dominicos tenían en Palermo, los cuales, vista la inteligencia del muchacho, lo estimulan a que estudie derecho en Bolonia.

No había alcanzado aún el doctorado cuando, sin saberlo sus padres, decide entrar en la Orden de Predicadores, y es enviado a Fiésole a hacer el noviciado, siendo San Antonino prior de aquel convento. Pasa luego a Florencia, donde completa sus estudios y se ordena sacerdote, y vuelve a Bolonia. Se decide a trabajar con gran celo por la reforma de la Orden, volviendo a la más estricta observancia regular. Se estaba acreditando como predicador cuando es enviado a Oxford en 1430 en cali-

dad de profesor. Aquí está poco tiempo. Pasa luego al convento reformado de Gaeta como prior y, posteriormente, a Palermo.

Logra inculcar en muchos religiosos jóvenes el ideal de una vida religiosa completamente ajustada a la observancia. Asistió al Concilio de Florencia, en el cual actuó como teólogo y recibió del papa Eugenio IV el encargo de trabajar por la reforma del clero en Sicilia. Cumplió este encargo con gran humildad y fortaleza. Estimado por las autoridades eclesiásticas y los fieles, desarrolló una amplia labor, toda ella encaminada al incremento de la vida cristiana y al mejoramiento de las estructuras eclesiásticas. Murió en Palermo el 3 de marzo de 1452. Su culto fue confirmado el 12 de mayo de 1784.

BEATO JACOBINO DE CANEPACCI

Religioso († 1508)

Jacobino de Canepacci, llamado también de Crevacuore por el pueblo donde nació, fue un hermano lego carmelita que en el convento de Vercelli dio un alto ejemplo de santidad. Fue un tiempo el portero del convento y también fue limosnero en el doble sentido de recoger limosnas y dar limosnas, porque además de andar por la ciudad recogiendo limosnas para su casa religiosa, daba luego generosamente limosnas a los pobres, que acudían a él con confianza, y cuando no tenía nada más que dar, entregaba su propia comida. Su vida de oración fue altísima. Murió contagiado de la peste el 3 de marzo de 1508. Su culto fue confirmado el 5 de marzo de 1845.

BEATOS LIBERATO WEISS, SAMUEL MARZORATI Y MIGUEL PÍO FASOLI DE ZERBO

Presbiteros y mártires († 1716)

El 3 de marzo de 1716 fueron lapidados en Gondar, Etiopía, tres religiosos franciscanos que desde el año 1712 se dedicaban a hacer el bien, dando testimonio de Cristo en medio de los etíopes.

Eran fray Liberato Weiss, natural de Konnesreuth (Baviera), donde había nacido el 4 de enero de 1675, habiendo ingresado en la Orden Franciscana el 17 de octubre de 1693, profesando luego en ella y ordenándose de sacerdote; fray Samuel Marzatti, natural de Varese (Italia), donde nació el 10 de septiembre de 1670 y era igualmente sacerdote; ingresó en la Orden a los 22 años y, llegado a El Cairo en 1701, había intentado inútilmente abrir una misión en la isla de Socotora; fray Miguel Pío da Zerbo, natural de esta población italiana donde nació el 3 de mayo de 1676, era miembro de la provincia de San Diego en Insubria y estaba ordenado de sacerdote, habiéndolo declarado misionero apostólico la Sagrada Congregación de Propaganda Fide el 21 de enero de 1704.

Cuando la Santa Sede encomendó a los franciscanos la misión de Etiopía, los tres se ofrecieron junto con otros religiosos, pero al intentar entrar en Etiopía no pudieron a causa de la guerra civil estallada en el país y entonces se volvieron a El Cairo. Al insistir Roma en que renovasen el intento, salieron hacia el país llevando el P. Weiss el título de prefecto apostólico. Lograron esta vez entrar y así llegaron a Gondar, la capital del país, el 20 de julio de 1712, alcanzando permiso del rey Justos para estar, pero sin entrar en polémicas religiosas. Los tres religiosos se encargaron de curar a los enfermos y se dedicaron a aprender las lenguas locales. Difundidas calumnias contra los misioneros, el clima en torno a ellos se volvió espeso, y el rey, para evitar males mayores, les pidió que se trasladasen a la provincia del Tigré (septiembre de 1715). Pero, a poco, fue destronado el rey y los nuevos amos de la situación hicieron volver a los misioneros a Gondar, donde los sometieron a una parodia de proceso, los condenaron a muerte y los lapidaron por su condición de sacerdotes católicos. Se hubieran podido salvar accediendo a ser circuncidados y a participar en su eucaristía, lo que se les pedía en señal de apostasía del catolicismo, y los misioneros se negaron. Fueron beatificados el 20 de noviembre de 1988.

BEATO INOCENCIO DE BERZO

Presbítero († 1890)

Nació en Niardo (Italia) el 19 de marzo de 1844 y se llamaba Juan Scalvinoni. Era la suya una familia campesina. Habiendo perdido muy pronto a su padre, quedó al cuidado de su madre que lo educó con esmero, estudiando las primeras letras en la escuela de Lovere.

Se decidió por la vocación eclesiástica y, tras ser admitido por el obispo Verzeri, hizo los estudios sacerdotales en el seminario de Brescia, progresando normalmente en sus estudios. Se ordenó el 2 de junio de 1867. Fue coadjutor de la parroquia de Cevo, donde tuvo la suerte de estar bajo un párroco diligente y celoso que lo orientó en sus primeros años de ministerio. Ya entonces se mostró como un sacerdote atento a sus obligaciones, asiduo a la predicación y al confesonario y visitador amoroso de los enfermos. Luego fue destinado a vicedirector del seminario diocesano. Él puso su mejor voluntad en este cargo pero echaba de menos la pastoral directa, y por ello al año era nombrado párroco de Berzo, donde ejerció una notable acción pastoral, siendo muy querido de sus feligreses. Pero en su corazón hallaba la disposición a la vida apostólica enmarcada en una comunidad religiosa.

En 1874 se decidió y pidió el ingreso en la Orden Capuchina, tomando el nombre de Inocencio de Berzo, en recuerdo del pueblo en el que había sido párroco. Estuvo destinado en varios conventos, buscando él siempre tener oficios humildes y dedicarse por entero a la oración y la vida interior. Destinado a predicar, lo hizo con eximia caridad, y fue un excelente director de almas. Creciendo cada día en la vida interior, hizo de la humildad su virtud característica. Murió en Bérgamo el 3 de marzo de 1890, y sus antiguos feligreses lograron llevarlo a enterrar al pueblo. Fue beatificado el 12 de noviembre de 1961.

A) MARTIROLOGIO

1. En Grodno (Lituania), San Casimiro († 1484), príncipe de Polonia **.
2. En Nicomedia de Bitinia, los santos Focio, Arquelao, Quirino y otros diecisiete (s. III-IV), mártires.
3. En Tréveris, San Basino († 705), obispo.
4. En Commachio (Flaminia), San Apiano (s. VIII), monje y luego ermitaño.
5. En el monasterio de Cava (Campania), San Pedro († 1123), obispo de Policastro.
6. En Chambery (Saboya), Beato Humberto III († 1188), conde de Saboya *.
7. En Londres, los beatos Cristóbal Bales, presbítero, Alejandro Blake y Nicolás Horner († 1590), mártires en la persecución de Isabel I *.
8. En Saint-Sauveur-le-Vicomte (Normandía), Beata Plácida Viel († 1877), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas de las Escuelas Cristianas **.
9. En Vicenza, Beato Juan Antonio Farina († 1888), obispo, fundador de las *Maestras de Santa Dorotea Hijas de los Sagrados Corazones* **.
10. En Berezwecz (Polonia), los beatos Miecislao Bohatkiewicz, Ladislao Mackowiak y Estanislao Pyrtek († 1942), presbíteros y mártires *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN CASIMIRO

Rey († 1484)

Cuando nació San Casimiro el día 3 de octubre de 1458 en el castillo de Wawel, en Cracovia, habían pasado setenta y dos años desde que su abuelo, el célebre Jaguelón, gran duque de Lituania, se posesionara del trono de Polonia con el nombre de Ladislao II. Amenazados continuamente por los asaltos de los caballeros de la orden teutónica y por las incursiones de los tártaros y los rusos, lituanos y polacos, aunque tan dispares en lengua y estirpe, habían resuelto, al fin, unir su suerte creando una federación o «república», como entonces se decía, la cual

sería regida por un jefe único, pero conservando ambos estados sus derechos y sus prerrogativas, con ejército, parlamento y cargas civiles propias.

Jaguelón solamente tuvo hijos de su cuarta esposa, la princesa lituana Sofía de Alsenai, entre éstos se encontraba el padre de nuestro santo, llamado también Casimiro, que fue desde 1440 gran duque de Lituania y desde 1447 rey también de Polonia. Casó con la princesa austríaca Isabel de Habsburgo, de la cual tuvo trece hijos, siendo el segundo San Casimiro.

Las familias numerosas son consideradas en los salmos como una bendición: «Tus hijos, como retoños de olivo alrededor de tu mesa». Y a menudo los santos han salido de estas familias con mucha prole, y en la actualidad demuestran las estadísticas que de estas familias salen las mejores vocaciones religiosas y sacerdotales.

Volviendo a nuestro santo hemos de decir que, como sus hermanos y hermanas, tuvo una educación sólida y profundamente cristiana.

Por lo que toca a su madre no puede dudarse. Era una de las princesas más piadosas de su siglo. Pero, además, tenemos un testimonio excepcional. Una carta de la propia Isabel de Habsburgo, escrita en 1502 a su hijo Ladislao, rey de Bohemia y Hungría, en la cual describe minuciosamente cómo deben los padres educar a sus propios hijos. Y sin duda que los sabios consejos que da la madre son sencillamente la exposición de su experiencia personal.

A esta labor básica e insustituible de los padres se juntó la obra de excelentes maestros.

En primer lugar, la del humanista polaco Juan Dlugosz, conocido entre los contemporáneos con el nombre latinizado de *Joannes Longinus senior*. Fue canónigo de Cracovia y consejero del obispo y por su defensa de los derechos de la Santa Sede mereció el destierro, que pronto le levantó el rey Casimiro para encargarle de la educación de sus hijos. Rechazó el arzobispado de Praga y posteriormente aceptó el de Lemberg, en 1479, muriendo antes de ser consagrado. Su fama literaria le viene de haber escrito una *Historia polonica*, en que hermana sabiamente el amor a la patria y a la religión. Pero haber sido preceptor de San Casi-

miro le sigue mereciendo mayores citaciones y probablemente también mayor gloria en el cielo.

Con él compartió la grave responsabilidad de educar a los príncipes el humanista italiano Filippo Bonaccorsi, llamado «Calímaco». En los tiempos de Pío II llegó a ser miembro de la célebre Academia Romana, pero a la muerte del papa Piccolomini, sospechoso de haber tomado parte en la conjuración contra Paulo II, hubo de huir de Roma y refugiarse en el extranjero. Fue bien acogido en la corte polaca, al servicio de la cual perduró treinta años. Calímaco debió enseñar a sus regios discípulos el latín y la retórica y para San Casimiro tuvo el preceptor italiano una frase que lo canonizaba en vida, pues le llamaba *divus adolescens*, joven divinizado. Opinión que concuerda con la del propio Dlugosz, que le definió como «mancebo maravilloso, de raras dotes y espléndida instrucción».

Claro está que ni los cuidados exquisitos de sus padres ni la competencia de sus maestros alcanzaran gran cosa si el príncipe Casimiro no hubiera correspondido generosamente a la gracia. Porque sus otros hermanos, a pesar de haber recibido la misma educación y criarse en circunstancias semejantes, no sólo no llegaron a su mismo grado de perfección, sino que su vida dejó bastante que desear en cuanto a ejemplaridad cristiana.

El primer biógrafo del santo fue otro humanista italiano, enviado a Polonia por León X, a los pocos años de su muerte, con el fin de que recopilara los datos para su vida, por ser tan general la fama de su santidad. Zacarías Ferreri nos describe en la vida de San Casimiro, en un latín de corte clásico, sus virtudes eminentes. Nos habla de su piedad, de su mortificación, de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, y de las cuatro cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza... Hemos de confesar que tal enumeración de virtudes se nos antoja un tanto convencional. Ferreri hizo el esquema y después lo fue aplicando al piadoso príncipe. Pero lo cierto es que los hechos revelan un alma de santidad no común.

El continuo esfuerzo del jovencito de agradar a Dios y estar siempre unido a él denotaba una conducta muy por encima de lo ordinario. Para domar su cuerpo y evadir los peligros de la

corte renacentista, tan poco propicia a la abnegación, se ejercitaba en las mortificaciones más austeras. Usaba cilicio, se azotaba con disciplinas, practicaba el ayuno corporal, dormía en la dura tierra...

De la mortificación de los sentidos no hay que decir. Ni los vestidos ricos, ni los regalos de palacio, ni los pasatiempos frívolos, ni las fiestas mundanas conseguían atraerle. No podía concebirse mayor inocencia, mayor compostura, mayor devoción en tan tierna edad. En el templo, sobre todo, sobrecogía por su actitud piadosa y recogida, olvidado de todo y arrebatado a Dios.

Principalmente fue devoto de la pasión de Cristo.

A lo largo de toda la Edad Media las almas religiosas habían ido penetrando en el misterio insondable de la redención, y una ascética pujante llevaba a los espíritus a conformarse con Cristo crucificado.

Del hieratismo de los crucifijos bizantinos se pasó a la humanización del arte gótico. Fue una exaltación continua de los sufrimientos del Salvador, que llega a su ápice en las tablas de los maestros flamencos y de los primitivos italianos.

Las cruzadas primero y las peregrinaciones después fomentaron el mismo sentimiento de devoción a Cristo crucificado. Los grandes místicos medievales, Santa Matilde, Santa Brígida, Santa Catalina de Siena, San Francisco de Asís, crucifijo viviente, adornado de los sagrados estigmas, Ruusbroec, con los místicos alemanes y más cercanos a nuestro santo, Gerardo Groot y los religiosos de Windesheim... todos exaltan la meditación sobre temas de la pasión de Cristo.

Nuestro joven príncipe se abismaba en la contemplación del Crucificado, y al oír hablar de los dolores y agonías que se le presentaron al Redentor en el huerto, de los escarnios que padeció en el atrio de los sumos sacerdotes, de las befas y ludibrios de la flagelación y la coronación de espinas, así como de las caídas del terrible itinerario y de la crucifixión y muerte a la hora de nona, las lágrimas brotaban de sus ojos compasivos y el corazón se le desmayaba en deliquos amorosos.

Embebido en pensamientos tan divinos, ninguna otra cosa le apetecía, y por su gusto todo su tiempo lo pasara en oración tan sabrosa.

Y no siendo esto posible, por los deberes ineluctables de su alto rango, aprovechaba las noches para tan piadosa ocupación y para visitar las iglesias, pues tan grande como su piedad hacia la pasión de Cristo era su amor al Santísimo Sacramento.

Y como no puede haber amor divino sin caridad para con el prójimo, San Casimiro socorría a manos llenas a los necesitados, amparaba a los débiles, ejercitaba su influencia en favor de los oprimidos, de los prisioneros, de los enfermos y angustiados. Vida tan santa resulta más admirable en una corte del cuatrocientos, en un ambiente poco propicio a la abnegación y a la virtud.

Esta santidad del príncipe Casimiro nos la atestigua su propia madre, en carta que escribe a su hijo primogénito Ladislao. En ella le recuerda el ejemplo edificante de su hermano, como digno de toda imitación. Le presenta como un hombre ocupado singularmente en las cosas divinas, que buscaba en todo la verdad, concluyendo que su memoria perdurará a través de los siglos. Expresiones de este género en la carta de una madre que escribe al hijo que ha sido compañero de juego y testigo de la vida cotidiana de su mismo hermano, deben asentarse en la sólida realidad.

Pero no concluyamos de aquí que Casimiro, entregado a sus devociones, se desentendiese de sus obligaciones de príncipe o rehuyese el trato social.

La historia nos lo presenta como un muchacho alegre y emprendedor, de extraordinarias cualidades para el estudio, sumamente despierto. A los trece años tuvo un breve discurso latino en presencia del legado pontificio, el cardenal Marco Barbo. Dos años más tarde saludaba igualmente en latín al embajador veneciano Ambrosio Contarini.

Pero lo más admirable es la campaña, que emprendió el 2 de octubre de 1471, a los trece años, para la conquista del reino de Hungría.

Los nobles húngaros, cansados del gobierno irregular de Matías Corvino, hicieron gestiones ante el rey de Polonia para que les enviase al joven Casimiro, al cual no faltaban títulos dinásticos por parte de su madre para aspirar a la corona de San Esteban. Al último momento no prevaleció su candidatura, porque Sixto IV intervino para poner paz entre Matías y sus va-

sallos, y porque el peligro turco aconsejaba no fomentar disensiones entre los reyes cristianos.

Sin embargo, San Casimiro continuó titulándose «señor natural por derecho de nacimiento del reino de Hungría», y no perdió las esperanzas de ocupar en la ocasión propicia aquel trono; si bien nunca llegó a realizarse aquel proyecto, que nos habla de las legítimas aspiraciones del valiente príncipe.

Lo que hizo fue asociarse al gobierno paterno, y desde los diecisiete años le encontramos continuamente en viaje, ya con su padre, ya haciendo de lugarteniente suyo cuando se ausentaba.

Así fue como en 1475 se acercó por vez primera a Lituania, a la que tan profundo afecto profesaba su padre, que, después de haber sido por siete años gran duque de aquella provincia, no consintió en ocupar el trono de Polonia sin asegurarse primero que podría conservar íntegramente sus derechos al ducado de Lituania y la libertad de movimiento para acudir a la misma siempre que lo deseara. Desde entonces su hijo, todos los años, pasaba largos períodos de tiempo en Lituania. En 1483, estando en Vilna, se ocupó de la administración del gran ducado.

Por aquella fecha su padre manifestó su voluntad de que contrajese matrimonio con una hija del emperador Federico III. Los cronistas contemporáneos nos refieren que el rey intentaba la boda de su hijo por razones de estado, pero, además, porque según el dictamen de los médicos palatinos, la salud vacilante del príncipe, que por entonces había contraído la tuberculosis, padecería grave riesgo si no se casaba.

Este peregrino consejo de los doctores, que juzgaban ser la vida austera y continente del santo la causa de su mal, no tuvo efecto, pues él prefirió ser fiel a su voto de castidad, aunque ello le acarrease la muerte.

Efectivamente, la enfermedad se agravó y el santo moría de tisis el día 4 de marzo de 1484, a los veinticuatro años de edad, como otros santos que tanto se le parecen: San Luis Gonzaga, San Gabriel de la Dolorosa, Santa Teresita del Niño Jesús.

Que su muerte fue edificante nos lo abona la santidad de su vida, pero también el hecho de que supo esperarla serenamente, habiendo recibido los santos sacramentos, y con sus ojos clava-

dos en la imagen del crucifijo e invocando a su dama, la Virgen María. Testigos hubo que aseguraron haber visto su alma, llena de gran claridad, ascender hasta el cielo, donde era recibida por los coros de los ángeles.

Murió en Gardinas (Grodno), pero su cuerpo fue enterrado en la catedral de Vilna, capital de Lituania, en la capilla de Nuestra Señora, lugar escogido por el santo doncel para ser fiel hasta la muerte a tan buena madre

Cuando ciento veinte años despues, en 1604, fue abierta su sepultura para el reconocimiento de sus reliquias, fue hallado entero y sin corrupción su sagrado cuerpo, así como sus vestidos, a pesar de la humedad del enterramiento. Y sobre el pecho del santo se encontró una copia del himno latino *Omni die dic Mariae meae laudes animae*. No contento con haberlo rezado diariamente, para demostrar así su devocion a la Virgen, quiso el santo llevarlo consigo al sepulcro. Este himno se compone de sesenta estrofas rimadas, de seis versos cada una:

*Cada día,
alma mía,
di a Maria
alabanzas
A sus fiestas,
a sus gestas,
tú les prestas
culto y prez*

Durante mucho tiempo se creyó que el propio San Casimiro había sido el autor de este himno que el juglar de la Virgen cantaba en las iglesias de Cracovia ante sus imágenes. Mas la crítica moderna ha demostrado que se trata de una composición medieval, más de cien años anterior, que algunos atribuyen a San Anselmo de Cantorbery. Con todo, queda el hecho de que el santo fue quien la propagó, y a su gran devoción mariana se debe el que no se perdiera. Por eso hicieron muy bien los monjes de Montserrat, en la reciente decoración del camarín de la Virgen morenita, en poner la efigie de San Casimiro entre los amantes de María, pronunciando las estrofas del *Omni die*

Entre las virtudes de San Casimiro hay que mencionar su celo por promover la fe católica. Tal vez no sea del todo exacta

la noticia de las lecciones del segundo nocturno del breviario, donde se dice que consiguió de su padre una ley prohibiendo a los cismáticos rutenos levantar nuevas iglesias o reparar las ruinas. Esta prohibición estaba ya en vigor cincuenta años antes, desde los tiempos de su abuelo; lo que sí hizo el joven príncipe fue favorecer por todos los medios la extensión del catolicismo y luchar decididamente contra las herejías y movimientos subversivos que en el siglo XV, época de hussitas y wiclefitas, tenían en conmoción al centro de Europa.

Este joven, dulce y amable, es para lituanos y polacos un santo guerrero, algo así como un Santiago del Este, que hace frente a las embestidas moscovitas.

El padre Sarbiewski, famoso latinista, celebró en versos de corte clásico las dos victorias milagrosas que el débil ejército lituano reportó de los rusos en 1518 junto a Polock, y posteriormente en 1654, cuando el general Seremetieff avanzaba con el intento de invadir el gran ducado. San Casimiro se aparece cabalgando un corcel blanco como la nieve y vestido de roja púrpura, dando a los suyos el triunfo.

La canonización de San Casimiro se fija el año 1521, habiendo compuesto su oficio litúrgico el propio Ferreri, su primer biógrafo. Su culto se extendió con rapidez por su tierra natal, congregándose el 4 de marzo millares de fieles junto a su tumba en Vilna. Desde el siglo XVIII se tiene en esta ciudad la mayor feria del año, llamada «kaziukes», corrupción popular de Casimiro. En tal ocasión se vendían hierbas medicinales y golosinas en forma de corazón. De manera tan ingenua la gente sencilla pone bajo la protección de San Casimiro la salud de los enfermos y el amor de los novios.

Los campesinos polacos y lituanos acostumbran a colocar estatuillas de madera del santo para guardas de sus heredades, y son muchas las poblaciones que han puesto su imagen en los cuarteles de su escudo.

La opresión de la época zarista sobre Lituania y Polonia y después el comunismo soviético obligaron a la emigración a masas enormes de los habitantes de ambos países, lo que ha contribuido a extender por todo el mundo el culto a San Casimiro. En Estados Unidos, en Canadá, en Argentina, Venezuela

y aun en Australia hay muchas parroquias, instituciones, organizaciones y círculos de juventudes puestos bajo la protección del glorioso santo. El arzobispo metropolitano monseñor Skvireckas consiguió en 1943 de Pío XII que San Casimiro fuese proclamado patrón principal de la juventud lituana, en «cualquier parte del mundo que se encuentre».

Bien lo necesita el martirizado pueblo lituano. Y San Casimiro no abandona a los suyos. Precisamente, en mayo de 1953 los soviéticos convirtieron la catedral de Vilna y la capilla donde reposaban sus reliquias en museo antirreligioso. Hubo que transportar aquellos restos sagrados a un lugar más modesto, a una parroquia de los suburbios de la capital. Así, en esta hora de prueba, el santo duque de Lituania vuelve en medio de sus hijos más humildes para sostener su fe y su esperanza.

CASIMIRO SANCHEZ ALISEDA

Bibliografía

- FERRERI, Z., *Vita*, en *Act SS Boll*, 4 de marzo
FLORIDI, U. A., si, «San Casimiro e la Lituania» *La Civiltà Cattolica* (1959) 467s
HOWLETT, J. A., art «Abraham», en *The Catholic Encyclopedia*, I
PRILESZKY, *Vita*, en *Acta SS Hungariae*, I (1743) 121s
RIBADENEIRA, P. DE, *Flos sanctorum*, día 4 de marzo

BEATA PLÁCIDA VIEL

Virgen y fundadora († 1877)

Victoria Eulalia Jacobina Viel, la octava hija de los once hijos de un matrimonio de labradores católicos, compuesto por Herveo Viel y Ana La Lande, nació el 26 de septiembre de 1815 en Quettehou (Manche) en la Normandía francesa. Fue bautizada en ese mismo día y, aunque con la instrucción elemental como las demás niñas del mundo rural de su tiempo, destacaba por su fervor y piedad. Después de su primera comunión oraba frecuentemente. En su adolescencia aprendió a coser y cortar vestidos.

En 1833, a los dieciocho años, ingresó en la Congregación de las «Pobres Hijas de la Misericordia», fundada hacía poco

tiempo por Santa María Magdalena Postel (1746-1846), precisamente con el carisma y misión de promover a la mujer en la educación académica y cristiana ya desde niña. Este instituto religioso venía a ofrecer con sus escuelas una educación religiosa y moral para que sus alumnas en el futuro pudieran crear verdaderos «hogares domésticos donde fuera agradable vivir». Estas escuelas eran muy avanzadas en el ámbito pedagógico, pues eliminaban los castigos sustituyéndolos por el trato con las alumnas para razonar con ellas las verdaderas motivaciones en orden a su buen comportamiento.

En el mismo instituto había entrado antes una tía suya, María. Pero fue en la fundadora, Santa María Magdalena, en el Monasterio de Saint-Sauveur-le-Vicomte (edificado en una antigua abadía benedictina en ruinas que había comprado en 1832), en quien Victoria encontró a una verdadera madre que la ayudó a progresar en la fidelidad a la vida religiosa y madurar en la vida de santidad ante los ojos de todos.

Desde ese año este convento se convirtió en la casa madre de la Congregación y, junto a él, las Hermanas fundaron un orfanato, un internado para señoras, un colegio para muchachas y una escuela primaria gratuita para niñas pobres. Éste fue el ambiente donde Victoria se formó en su tiempo de noviciado.

Hizo su primera profesión el 1 de marzo de 1835 recibiendo el nombre de Plácida y emitió su profesión solemne el 21 de septiembre de 1838. Desempeñó distintos oficios en la comunidad, incluso los más humildes, como la administración de la despensa y la cocina. En el Monasterio de Saint-Sauveur-le-Vicomte había también una granja agrícola, llevada por las mismas religiosas, de la que obtenían todo lo necesario para su subsistencia. Trabajaba en ella como una más.

Justamente en este tiempo el Padre Delamare, bajo cuya autoridad había sido puesta la Congregación, hizo que las constituciones de los Hermanos de San Juan Bautista de la Salle fueran adoptadas por ellas y, por eso, se empezaron a llamar «Hermanas de las Escuelas Cristianas de la Misericordia», contrayendo la triple misión de: formar niños y jóvenes pobres, atender a enfermos en los hospitales y mantener una fidelidad directa al Papa.

La fundadora, al conocer de cerca la personalidad y los dones que Dios había concedido a Plácida, decidió ofrecerle, junto a otras compañeras, una mayor formación intelectual y religiosa para asegurar en el futuro su propia sucesión. De distintas edades, una y otra descubrieron los anhelos de santidad como una clara llamada de Dios mutuamente compartida en vocación y en amistad. Por eso María Magdalena envió a Plácida a seguir unos cursos en Argentan para completar su formación inicial que había sido como la de las demás jóvenes del mundo rural.

En 1840 Plácida fue profesora y consejera de la Congregación. Una vez que abrió una escuela para niñas en Avranches, vista su experiencia y su capacidad para educar también en la vida religiosa, a sus veintisiete años, el 1 de enero de 1842 fue nombrada maestra de novicias y al mismo tiempo primera consejera de la Congregación.

En espíritu de obediencia y sacrificio se sometió durante muchos años a largos viajes a pie o en carro para atender a sus hermanas y para recaudar fondos para la institución. A pesar de que era muy tímida, todavía medio derruidos el monasterio, la iglesia y su torre, viajó por distintas regiones para solicitar ayudas en orden a la reconstrucción de la sede de la Congregación. En toda esta experiencia manifestó una serenidad y un espíritu equilibrado de tal forma que recaudó por todas partes, incluso a la misma reina, fondos suficientes para la edificación del templo de Saint-Sauveur-le-Vicomte. Con su esfuerzo se fundó otra casa de la Congregación en París.

Cuando murió la fundadora el 16 de julio de 1846, Plácida fue elegida en el capítulo superiora general aunque no tenía más que treinta y un años. Pero no pudo tomar el pleno ejercicio de sus funciones por causa del impedimento que le hacía su tía María y el capellán, quienes se consideraban más dignos que ella para asegurar la dirección del instituto en razón de la experiencia de su mayor edad. Más que entrar en disputas para tratar de hacer valer sus propios derechos, Plácida Viel se consagró a la extensión de la Orden y a su reconocimiento civil y canónico. Sólo a partir de 1857, después de la muerte de su tía, pudo finalmente dirigir de hecho la Congregación y ejerció el gobierno de

su familia religiosa con sencillez y abnegación, a la vez que con decisión y firmeza.

Llamaba a todas las puertas y recorría los caminos, incluso descalza, para mendigar ante pobres y ricos para su obra, hasta llegar a Colonia y Berlín, donde fue recibida por el rey de Prusia, y Viena. En Frohsdorf se encontró con el rey Enrique V. El 28 de agosto de 1856, el obispo de Luçon consagró el templo de Saint-Sauveur-le-Vicomte. Mientras tanto iban creciendo las vocaciones en su instituto de tal forma que en 1859 fue a Roma y recibió para su congregación el decreto de aprobación pontificia del Beato Papa Pío IX.

Mostró siempre un gran amor a la Eucaristía y a la Santísima Virgen María, viviendo sin otra preocupación que la de cumplir la voluntad de Dios. Al mismo tiempo ejercía la caridad con todos, especialmente con los pobres, enfermos y ancianos.

Durante la guerra de 1870 dio pruebas de un gran ardor apostólico y de caridad heroica recogiendo en sus casas a los heridos y a las víctimas de la guerra. Fiel al espíritu de su santa fundadora, se dedicó a mantener y acrecentar la Congregación con una gran apertura de espíritu.

Nunca quiso aprovecharse de su cargo de superiora general y dormía, como las demás hermanas, en dormitorio común. En una ocasión, cuando un hombre le dio un bofetón, le respondió con toda paz: «Esto se me debe a mí, ¿pero qué me das para esta santa casa?».

Se confiaba en todo a la Providencia de Dios, especialmente en lo que concernía a concretar y aplicar a la vida los valores del carisma, la espiritualidad y la misión de Santa María Magdalena Postel. Mientras Plácida fue superiora general, las casas pasaron de treinta y siete a ciento cinco y las religiosas de ciento cincuenta a más de mil.

Cuando cuatro profesoras alemanas le pidieron entrar en la Congregación, en ello vio una llamada evidente de Dios para realizar el ideal misionero de María Magdalena Postel: «Ir más allá de las fronteras para hacer el bien en el país vecino». Recibió a estas nuevas religiosas el 7 de octubre de 1862, en presencia del obispo Konrad Martin, en Heiligenstadt/Eichsfeld (Alemania). Después, algunas religiosas francesas y otras alemanas

vinculadas a Francia, y con su apoyo, fueron abriendo distintas casas en Alemania.

Amada y venerada como madre de los pobres y de los que sufren, fatigada y avejentada prematuramente por los innumerables viajes y afectada por dolorosas crisis de asma, madre Plácida Viel murió en el monasterio de Saint-Sauveur-le-Vicomte a la edad de sesenta y dos años, el 4 de marzo de 1877.

Su sepulcro, en la casa madre, junto al de su fundadora, comenzó a ser visitado por el pueblo dada la fama de santidad que bien pronto se extendió más allá de la diócesis, como certificó el mismo obispo de Coutances.

El 22 de julio de 1925 se introdujo su causa de beatificación. En 1941 fueron declaradas sus virtudes heroicas por Pío XII, quien la inscribió en el catálogo de los beatos el 6 de mayo de 1951. Su memoria litúrgica se celebra el día 4 de marzo.

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografía

CANUET, L., *La bonne mere Placide* (Coutances 1925)

CRISFNOY, P. DE, *La venerable Placide Viel* (Coutances 1942)

PERL, A., *Pilgerin auf endlosen Strassen* (Stuttgart 1961)

BEATO JUAN ANTONIO FARINA

Obispo y fundador († 1888)

Este gran pastor de la Iglesia que, además de servirla con todas sus fuerzas, fue el instrumento de Dios para el nacimiento de una nueva congregación religiosa, brilla con luz propia en el muy poblado cielo de estrellas de la santidad que es la Italia del siglo XIX. Su obra permanece y se ha extendido a varias partes del mundo, sirviendo a Dios con actividades asistenciales, religiosas y educativas.

Nació en Gambellara, en la diócesis de Vicenza, el 11 de enero de 1803, siendo sus padres Pedro Farina y Francisca Bellame. En su hogar al abrir los ojos lo que vio fue un clima de religiosidad y sanas costumbres. Tenía muy pocos años cuando su padre murió, y su madre viuda junto con sus hijos fue acogida por Don Antonio Farina, un santo sacerdote, hermano del

padre, que asumió con total entrega esta obra de caridad y procuró imbuir al muchacho de los más cristianos principios. En el pueblo no había escuelas públicas, y por ello su tío hizo de preceptor. Le enseñó todo lo que corresponde a la enseñanza primaria y aún fue más allá comenzando a instruir a Juan Antonio en las humanidades.

Don Farina no presionó a Juan Antonio para que este eligiera el camino del sacerdocio, pero la vida diaria de entrega y caridad de su tío le hizo pensar que a nada mejor podía dedicar su vida que al sacerdocio, y por ello, luego de pensarlo y haberlo expuesto a su tío, hizo la formal solicitud de ingreso en el seminario diocesano de Vicenza. Era el otoño del año 1818 y tenía Juan Antonio quince años. El seminario funcionaba bien y había en él buen espíritu. Sus estudios estaban organizados desde las humanidades a la teología y los cánones, pasando por la filosofía. Juan Antonio fue un buen alumno, así en piedad como en letras. Estaba bien dotado para el estudio. Sus notas eran excelentes. A su capacidad unía su trabajo y los resultados eran excelentes, pero, además, los superiores del seminario alababan en él la bondad y la buena conducta. Por otro lado sus contestaciones en las clases hacían ver que no solamente era capaz de estudiar sino que lo era también de exponer lo que sabía, y por ello los superiores tomaron una determinación. En el curso 1824-1825, cuando a él le faltaban aún unos años para terminar su carrera, le pidieron que diera clases auxiliares a los alumnos, lo que hizo a satisfacción de todos. Para entonces ya se perfilaba en él la personalidad que luego se vería en su sacerdocio. Hombre profundo, dado a la oración, pero también muy activo, muy decidido a hacer a su alrededor todo el bien que le era posible. Los superiores decidieron que si, llegado al sacerdocio, se dedicaba a la enseñanza, podría hacer un gran bien a la infancia, y que por ello era oportuno que se preparara a diplomarse como maestro de primera enseñanza. Esto lo conseguiría en efecto a poco de su ordenación sacerdotal.

El 15 de enero de 1827 le llegó la hora del sacerdocio. Con profunda emoción recibió la ordenación sacerdotal y dijo su primera misa, prometiendo a Dios ser un sacerdote entregado por completo a la causa de la salvación de las almas. Juan Anto-

nio no perdería nunca el amor al sacerdocio y a las almas que le prometió a Dios en su primera misa. La fidelidad más exquisita a su vocación de ministro del Señor será característica suya a lo largo de los años de su vida. Estaba muy lejos de saber a qué concretos ministerios lo destinaba el Señor, pero él por su parte estaba disponible para lo que el Señor quisiera pedir de él. De forma muy particular estaba dispuesto a llevar el evangelio a quienes más lo necesitasen.

La obediencia le destina a la parroquia de San Pedro, en la propia capital diocesana, Vicenza. No fue destinado a ella como párroco —era muy joven—, pero ni siquiera como vicario parroquial. Su destino era el de capellán. Tenía que celebrar todos los días allí la santa misa y estar disponible a otros encargos que quisieran hacerle. Estaría en este cargo durante diez años, que no fueron por supuesto años anodinos. Porque el obispo conocía que Juan Antonio era capaz de enseñar, y por ello a muy poco de su ordenación sacerdotal lo llamó a que diera clases en el seminario diocesano. Apenas, pues, lo había dejado como alumno, volvió al seminario como profesor, aunque, como queda dicho, ya el seminario lo conocía en este aspecto pues en sus últimos años de seminarista había dado algunas clases. Lo hizo muy bien y tuvo tanto crédito entre los alumnos y a los ojos de la superioridad que su tiempo de profesor en el seminario fue el de 18 años seguidos. Atrajo a los seminaristas no solamente al estudio de las asignaturas que él explicaba sino también a enamorarse más de su vocación, pues el ejemplo de piedad, bondad y seriedad del profesor Farina ayudaba a los jóvenes a reafirmarse en su decisión de ser sacerdotes.

Pero estaba claro que las clases del seminario no agotaban ni su tiempo ni sus posibilidades. Se le confiaron dos obras parroquiales sumamente necesarias e interesantes. La primera se llamaba la «Pía obra de Santa Dorotea» y la segunda «La escuela de caridad». Juan Antonio se volcó en hacer a través de ellas cuanto bien podía, y de su actuación sacaba la conclusión de la necesidad de una atención prioritaria a la educación y asistencia de las chicas de la ciudad. Por otro lado se le dio una nueva oportunidad de tratar con la infancia y la adolescencia: se le nombró director de la Escuela Pública Primaria y Superior. En

este cargo mostró su capacidad organizativa, su buen hacer como jefe de un grupo de enseñantes y sus dotes de mando, ejercido con suavidad y dulzura y al mismo tiempo con notable eficacia.

Había sonado en su vida la hora del Señor. Iba a ser padre de una nueva congregación religiosa, que nacería, como todas, por la voluntad de respuesta en la caridad a concretas y verdaderas necesidades. Las dos obras que él iba dirigiendo desde hacía un tiempo le dieron a conocer la oportunidad de fundir ambas obras en una y de transformarla en algo más profundo. Un grupo de mujeres jóvenes estaban dispuestas a seguirle por el camino que él empezaba a trazar. En 1831 un grupo de ellas se entregó a servir a Dios en una nueva institución dedicada a la instrucción religiosa y humana de las chicas. La nueva obra empezó a funcionar con acierto y efectividad, y se pudo ver cuán providencial era aquella escuela popular femenina. Juan Antonio lo pensaba: aquella obra solamente sería permanente si las maestras daban el paso de abrazarse a la vida religiosa y configurarse como una nueva congregación. Planteado el tema, las maestras dijeron que sí. Ahora se lleva el asunto al obispo, que igualmente está de acuerdo, y así es como el año 1836 se funda la Congregación de Maestras de Santa Dorotea Hijas de los Sagrados Corazones. Su finalidad la expresó así: «maestras de auténtica vocación, consagradas al Señor y dedicadas por entero a la educación de las niñas pobres».

Pero tras esta inicial dedicación de la congregación a las niñas pobres, otras preguntas surgieron en su interior: ¿acaso no necesitan también educación cristiana las niñas de las clases sociales no pobres?, ¿no pide la caridad cristiana que cuidemos también de los enfermos y los ancianos tanto en su domicilio como en los hospitales o en los asilos? Y decidió que había que ampliar el campo de destino de la congregación, y que sería tanto la enseñanza como la asistencia caritativa el fin de la congregación. Así se reflejó en las constituciones de la congregación, y se le presentó la iniciativa al papa Gregorio XVI. Éste mandó que las reglas redactadas por Juan Antonio fueran estudiadas en la congregación correspondiente y, pasado el examen, el 1 de marzo de 1839 el Papa les daba su decreto de alabanza. La Con-

gregación emprendió magníficas obras: la escuela popular para niñas, pobres o menos pobres, y un sector muy concreto de la infancia tuvo especial acogida en la congregación: las niñas ciegas, las niñas sordomudas, las niñas con deficiencias psíquicas. Las hermanas de Santa Dorotea abrieron a todas ellas sus brazos maternales y comenzaron a acogerlas, a amarlas, a educarlas, procurando que la vida les fuera todo lo mejor posible. Juan Antonio dirigió la marcha y expansión de la congregación con su continua entrega. Mirando lejos, veía que la sociedad tendría algún día que ocuparse de estas criaturas que tan fácilmente pueden ser marginadas, y él quiso adelantarse a los tiempos ofreciendo ya a estas criaturas, de tantos derechos como las demás, un futuro lo más acomodado posible a sus capacidades.

Juan Antonio desarrollaba una admirable labor como sacerdote y como iniciador de una nueva y oportuna congregación religiosa. A Roma no le pasaba desapercibida esta labor ni las capacidades que suponían en tan ejemplar sacerdote. Era claro que las dificultades de los tiempos exigían una muy responsable elección de los candidatos al episcopado. El nombre de Juan Antonio sonó en la Curia romana, se hicieron de él las oportunas investigaciones, y el nuevo papa, Pío IX, aceptó la candidatura del celoso sacerdote de Vicenza y lo nombró obispo de Treviso. Para Juan Antonio fue una gran sorpresa. Su personal humildad le hacía muy ajeno a pensar en esta dignidad, pero comprendió que la llamada venía de Dios y se dispuso a ser tan buen obispo como había sido buen sacerdote. Lo dispuso todo de forma que el 19 de enero de 1851 recibía la consagración episcopal.

Diez años iba a estar en Treviso, diez años de trabajos y también de algunos importantes sufrimientos. Su convicción es que la Iglesia necesitaba un empujón hacia delante. Creía sinceramente que había que vivificar la acción pastoral con nuevos alientos y nuevos métodos y con el establecimiento de aquellas nuevas obras que la salvación de las almas exigiera. Había que sacudir un trasnochado tradicionalismo que paralizaba la acción pastoral. Él lo tenía muy claro: quería un clero instruido y celoso, y para ello era menester que todos los sacerdotes, no importa en qué pequeño pueblo estuvieran, tuvieran afán de forma-

ción, la cual no terminaba con el seminario. Propulsó por ello la formación continua de los sacerdotes. Pero igualmente veía que sin una adecuada formación no habría verdaderos cristianos comprometidos con la causa del evangelio, y por ello hacía un enorme hincapié en la catequesis de niños y de jóvenes, labor que recomendaba a los párrocos como labor prioritaria. Igualmente tenía muy claro que la aliada de los pobres tenía que ser ante todo la Iglesia, y por ello insistía en que en todas las parroquias hubiese asociaciones de atención espiritual y caritativa a las personas más pobres. No quería ninguna parroquia sin ellas.

El obispo Farina encontró el medio natural y espontáneo de ir exponiendo a todo su clero su programa pastoral señalado: la visita pastoral. Pueblo a pueblo visitó toda la diócesis, conoció uno a uno a los sacerdotes, se hizo cargo de la situación real de la pastoral en su diócesis y fue dejando la estela de que sabía muy bien lo que quería. Los sacerdotes lo oyeron insistir en los ejercicios espirituales, las catequesis, las obras de caridad, las homilías bien preparadas, la fraternidad sacerdotal, el ejemplo de vida. Insistió tanto en la atención a los necesitados que empezaron a decirle «el obispo de los pobres». Preocupado por la preparación de los sacerdotes, no podía suponer que aquel joven al que el 18 de septiembre de 1858 imponía las manos en la catedral de Castelfranco y ordenaba sacerdote llegaría a papa y a santo y sería venerado en la Iglesia con el nombre de San Pío X, el cual sería antes de ascender al episcopado canónigo de Treviso, pero para entonces ya Juan Antonio había dejado esta diócesis.

Como luego haría en Mantua en 1888 el futuro San Pío X, celebrando un sínodo diocesano, también monseñor Farina quería celebrarlo en su diócesis, pero tuvo problemas con el cabildo catedral en uno de los típicos rifirrafes canónicos que tantos cabildos catedrales tuvieron con sus respectivos obispos entre Trento y el Vaticano I. El obispo, no sin gran sentimiento, hubo de renunciar a su celebración. Otras iniciativas de su programa pastoral quedaron también paralizadas a cuenta de este conflicto. Juan Antonio manifestó gran caridad y paciencia, sentido exacto de las responsabilidades episcopales, y se ha podido ver que sólo le movía el amor a las almas y a la Iglesia.

Del *impasse* que esta situación conflictiva significaba lo vino a sacar la Santa Sede cuando el 18 de junio de 1860 se hacía público su traslado a la diócesis de Vicenza, a su propia diócesis natal. Se abrían ante él veintiocho años de un fecundo episcopado. No cambió su programa pastoral sino que se dispuso a llevarlo adelante en un medio que le iba a ser más comprensivo.

En primer lugar abordó la visita pastoral, y todos los sacerdotes pudieron ver la vida piadosa, mortificada y activa que llevaba su pastor, ya entonces cercano a los sesenta años. No se echaba atrás si había que recorrer a pie o a lomos de una mula los kilómetros necesarios para alcanzar hasta los pueblecitos más remotos. No quería que se quedara sin visitar ninguna parroquia por pequeña o distante que estuviera. Sus consejos eran los mismos que en Treviso: que cada sacerdote siguiera formándose; que atendiera a crear grupos de fieles dedicados a la caridad y las obras de misericordia para que la prioridad de la Iglesia fuera en todas partes la atención a los pobres; que estuviera bien organizada la catequesis de niños y jóvenes en todas las parroquias; que se fomentara la vida espiritual de los fieles mediante la práctica de los ejercicios espirituales y mediante sólidas devociones, que él centraba en la Eucaristía, el Sagrado Corazón y la Virgen María. Le preocupaba también la situación material de los sacerdotes ancianos y creó para socorrerlos una fraternidad que los atendiera.

Comprendió que el futuro de la diócesis dependía mucho de lo preparadas que salieran las nuevas hornadas de sacerdotes que proporcionaba el seminario diocesano, y por ello se dedicó a una reforma del mismo que afectó tanto al plan de estudios, que él quiso renovado y exigente, como a la disciplina que él trajo a seriedad y rigor, haciendo de ella el estuche para la formación intelectual, moral y espiritual de los aspirantes al sacerdocio. Pudo ver los felices resultados de su reforma.

Pudo celebrar el deseado Sínodo diocesano. El último celebrado en la diócesis se remontaba a 1689, es decir, durante casi dos siglos no había habido sínodos diocesanos en Vicenza. Lo preparó a conciencia y lo celebró con la debida participación del clero, que acordó un programa pastoral adecuado a los tiempos que corrían.

Escuchando la llamada de Pío IX, en diciembre de 1869 acudió a Roma a participar en la celebración del Concilio Vaticano I. En el concilio, y cuando surgió el tema de la infalibilidad pontificia, él se alineó claramente y desde el principio con los partidarios de definirla como dogma de fe. En ello era coherente con la actitud de pleno apoyo a Pío IX que monseñor Farina venía prestando en los años anteriores con motivo, por ejemplo, de la encíclica *Quanta cura* y del *Syllabus*. Llegada la hora votó positivamente y se alegró de que, justo cuando el poder temporal de los papas iba a caer, se reforzara con esta definición la autoridad religiosa del pontífice. El obispo Farina siguió mostrando su adhesión al Papa tras los sucesos de la toma de Roma y reclusión del Papa en el Vaticano. Su testimonio de adhesión al Papa fue limpio e incondicional.

Pasados los años, una parte mayoritaria de su diócesis mostró al obispo su complacencia y gratitud por su dedicación pastoral y por el testimonio de su vida santa. Pero hubo de hacer frente a injustos ataques que le causaron fuertes sufrimientos pero que no alteraron la paz espiritual con que siempre hizo todas las cosas y soportó las dificultades. No se defendió. Optó por el silencio y el perdón y los mejores diocesanos aprobaron la mansedumbre del prelado como propia del verdadero hombre de Dios.

Su declive físico se hizo muy patente en 1886 cuando empezó a aquejarle una grave enfermedad, de la que en realidad no se repuso sino que se fue agravando. Su debilidad se hacía patente a todos hasta que a comienzos de marzo de 1888 le dio un ataque de apoplejía. Recibió los sacramentos y pasó al Padre el 4 de marzo de dicho año.

La beatificación de este pastor de la Iglesia ha hecho ver que no eran exagerados los elogios que se le han dedicado. Con toda razón se ha dicho que no conoció la mediocridad sino que caminó siempre esforzadamente hacia las cumbres de la santidad. Logró contagiar su ejemplo a los sacerdotes formados por él, que fueron misericordiosos y celosos, como era su propio programa de vida. Su virtud principal fue la caridad con los necesitados. Los pobres, los infelices, los abandonados, los que padecían cualquier género de sufrimiento eran objeto de su

preocupación y de su celo. Obispo, visitaba los hospitales, pero no para visitas de cortesía sino para prestar sus servicios a los enfermos, y atrajo a esta conducta a numerosos sacerdotes de la diócesis. Convencido de que todo depende de la educación, promocionaba una educación integral, que él llamaba «la educación del corazón», e insistía en que los docentes deben estar bien preparados y con espíritu de entrega. Insistió en la colaboración entre la escuela y la familia, y manifestaba su convicción de que la reforma de la sociedad donde tiene que gestarse es en la escuela, una escuela abierta a todos, y que la educación no sea privilegio de algunos sectores sino derecho de todos.

Al morir, fue mayoritario el sentimiento de que el obispo Farina había sido un santo. Muy pronto empezó a ser invocado. Su causa empezó en 1990, y en pocos años ha sido sustanciada. El milagro alegado ha sido la curación de sor Inés Torres Córdoba, afectada de un tumor maligno con metástasis. La curación se efectuó el año 1978. El 24 de abril de 2001 se declararon heroicas sus virtudes y, aprobado el milagro ese mismo año, el 4 de noviembre de 2001 era solemnemente beatificado en Roma por el papa Juan Pablo II.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

GALLARO, L., *Mons. G. A. Farina, vescovo di Vicenza, fondatore delle Suore Maestre di S. Dorotea, Figlie dei Sacri Cuori* (Vicenza 1959).

RUMOR, R., *L'Istituto delle Suore Maestre di Santa Dorotea e il fondatore barone G. A. Farina, vescovo* (Vicenza 1978).

Ufficio delle celebrazioni liturgiche del Sommo Pontefice. Notificazione. «Cappella Papale, presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II, per la beatificazione dei Servi di Dio... Giovanni Antonio Farina, vescovo, fondatore delle Suore Maestre di S. Dorotea Figlie dei Sacri Cuori». Piazza di San Pietro 4 novembre 2001.

B) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO HUMBERTO III

Conde de Saboya († 1188)

Nació en el castillo de Avigliana junto a Turín hacia el año 1136, hijo del conde Amadeo III de Saboya, al que sucede en el condado en 1148 cuando tiene doce años. Humberto llegará a

tener hasta cuatro esposas sucesivas, siendo de la última de la que tuvo a su heredero Tomás.

Como gobernante tendió a limitar las autonomías feudales y comunales, lo que le llevará a conflictos con algunos obispos, entre ellos San Antelmo de Belley, que no dudará en excomulgarlo, pero prospera su apelación al papa Alejandro III que le levanta la excomunión. En el conflicto guelfo-gibelino, Humberto intenta una obra de mediación, procurando conservar la amistad tanto del emperador como del papa. Pero no pudo evitar su roce con el emperador y que éste lo citara en vano ante la justicia imperial llegando a declararlo contumaz (2 de septiembre de 1185).

Fue un hombre de acendrada religiosidad y piedad en el que influyó notablemente el Beato Amadeo de Lausana, de cuyos consejos y asesoramiento se sirvió. Se mostró siempre generoso con las iglesias y monasterios, y favoreció a la Iglesia todo cuanto pudo.

Sintió el deseo de abrazar la vida religiosa, pero comprendió que esto le era imposible por necesitarlo sus súbditos al frente de sus Estados. Como compensación no deja de acudir al claustro para vivir con sinceridad tiempos de retiro, integrándose el tiempo que pasaba en los monasterios en la vida de la comunidad. La muerte le llegó cuando estaba en la abadía de Haute Combe, vistiendo el hábito cisterciense, el 4 de marzo de 1188. Su culto fue confirmado el 7 de septiembre de 1838.

“ *BEATOS CRISTÓBAL BALES, ALEJANDRO BLAKE
Y NICOLÁS HORNER*
Martires († 1590)

El día 4 de marzo de 1590 fueron ejecutados como traidores en Londres el sacerdote secular Cristóbal Bales o Bayles, y los seglares Alejandro Blake y Nicolás Horner.

El primero era natural de Coniscliff, había nacido en 1564 y luego de estudiar en Reims y Roma se ordenó sacerdote en 1587. Pese a su tuberculosis volvió a Inglaterra, donde pudo desarrollar un año de apostolado, siendo arrestado en enero de 1590.

El segundo era dueño del hostel Gray's Em Lane en Londres, y era un católico fervoroso al que se le acusó de haber albergado sacerdotes, lo que estaba igualmente castigado con la muerte.

El tercero era natural de Grantley, en Yorkshire, era sastre y tenía residencia en Smithfield. Fue arrestado en 1588 acusado de negarse a prestar el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa de la Reina y de haber hospedado sacerdotes en su casa. Las cadenas con que estuvo detenido en Newgate le provocaron unas heridas tales que hubo de serle amputada una pierna, ocasión en que mostró su gran paciencia.

Cristóbal y Nicolás murieron juntos, pero Alejandro fue ejecutado en la puerta de su hostel para que su muerte sirviera de escarmiento a los católicos. El primero fue beatificado el 15 de diciembre de 1929, los otros dos el 22 de noviembre de 1987.

BEATOS MIECISLAO BOHATKIEWICZ, LADISLAO MACKOWIAK Y ESTANISLAO PYRTEK

Presbiteros y mártires († 1942)

En el bosque de Borek, cerca de Berezwezc (Lituania) fueron fusilados por los ocupantes nazis estos tres sacerdotes el 4 de marzo de 1942. No habían valido las firmas y presiones de los fieles de sus parroquias para salvar sus vidas, que arrostraron el peligro de interceder por ellos con tal de conseguir los dejaran con vida.

El primero, nacido en la región de Vilna el 1 de enero de 1904, era sacerdote desde 1933, estaba de párroco en Pelikany y atendía también la parroquia de Dressa, y fue arrestado el 3 de enero de 1941, siendo llevado a varias cárceles sucesivamente.

El segundo era originario de Sykty (Vilna) y se había ordenado sacerdote en 1939, siendo destinado a la parroquia de Ikazn. Pese a recibir amenazas una vez producida la ocupación alemana, decidió quedarse en el pueblo. Fue arrestado el 3 de diciembre de 1941.

El tercero era natural de Bystra Podhalansa (Vilna) y era sacerdote desde 1940, siendo coadjutor del segundo. Al ser arrestado su párroco fue a interceder e interesarse por él, con el resultado de que fue también arrestado. Fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

A) MARTIROLOGIO

- 1 La conmemoración de San Teófilo († 195), obispo de Cesarea de Palestina
- 2 En Panfilia, San Conon († 250), mártir
- 3 En Roma, en la Via Apta, en el cementerio de Calixto, la deposición de San Lucio I († 254), papa *
- 4 En Sinope (Ponto), San Focas, mártir (s. IV)
- 5 En Cesarea (Palestina), San Adrián († 309), mártir
- 6 En Palestina, junto al río Jordán, San Gerasimo († 475), anacoreta *
- 7 En Saighir, región de Ossory (Irlanda), San Kieran († 530), obispo y abad
- 8 En Arles (Provenza), San Virgilio († 618), obispo
- 9 En Taggia (Liguria), Beato Cristóbal de Milán († 1485), presbítero, de la Orden de Predicadores
- 10 En Nápoles (Campania), Beato Jeremías de Valaquia († 1625), religioso capuchino *
- 11 Igualmente en Nápoles, San Juan José de la Cruz († 1734), presbítero, de la Orden de Menores **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN JOSÉ DE LA CRUZ

Presbítero († 1734)

San Juan José de la Cruz es un santo franciscano italiano que nace el 15 de agosto de 1654 en la bella isla de Ischia (Italia), en el mismo golfo de Nápoles, de padres nobles y piadosos.

Educado cristianamente con los padres agustinos, muy pronto, a los quince años, decidió por inspiración divina ingresar en la Orden de los Franciscanos descalzos reformada por San Pedro de Alcántara, donde tomó el hábito en 1670 en el solitario convento napolitano de Santa Lucía en el Monte.

Contribuyó a su decisión Juan de San Bernardo, franciscano descalzo de esta reforma, venido de España para establecer en Italia la reforma alcantarina. Llegó a Ischia y conquistó el corazón del joven para la causa que predicaba. A partir de ese momento decidió consagrarse enteramente a Dios.

Sus biógrafos hablan elocuentemente de la profundidad y seriedad con que optó por la vida religiosa. Se comentaba la heroicidad en la práctica de las virtudes desde sus tiempos de noviciado, concluido en enero de 1671 con la profesión religiosa.

Al poco tiempo fue mandado con un grupo de hermanos de religión al Santuario de Santa María Occorrevole en Piedimonte de Alife, a los pies de los montes Apeninos, donde por iniciativa suya se construyó un convento y se mandó una comunidad.

A partir de ese momento, su vida transcurrió en medio de la rigidez ascética que le hizo famoso. Para ello contaba con el testimonio, no sólo de su santo fundador Francisco de Asís, sino también del santo franciscano español Pedro de Alcántara, beatificado en 1699.

Ordenado sacerdote el 18 de septiembre de 1677, ya desde entonces al igual que Pedro de Alcántara, tuvo el don de «una admirable penitencia y de una altísima contemplación». Como él, se construyó una celda apartada en el fondo del bosque para dedicarse, sin miradas humanas, a la penitencia que le llevaba a la contemplación de las cosas de Dios.

De la época de su ordenación sacerdotal en 1677 data el *Ceremoniale della messa. Officio et altri atti solenni* editado en Nápoles, compilación y adaptación de diversos usos para la reforma alcantarina.

Su vida se divide entre el cargo de maestro de novicios en Nápoles y guardián del convento de Santa María Occorrevole. Libre del cargo de guardián, fue elegido en 1690 definidor de la orden y a la vez repuesto en el cargo de maestro de novicios, desempeñándolo por espacio de cuatro años en Nápoles y en Piedimonte.

No obstante ser hombre de paz, se vio envuelto en contiendas entre sus propios hermanos, los llamados alcantarinos, hasta que un breve pontificio del 15 de septiembre de 1702 dividía y separaba a los alcantarinos españoles de los italianos, que se quedaron con dos casas. San Juan Jose luchó por defender la provincia italiana, de la que fue nombrado provincial en 1703 y se dedicó a imponer una severa observancia de la regla.

Acabado su mandato se quedó en Nápoles invitado por el arzobispo Francisco Pignatelli para dirigir setenta y tres monasterios y retiros en Nápoles y, posteriormente, en la cercana diócesis de Aversa. De ese modo, se consagraba como padre espiritual, guía de almas y reformador de casas religiosas. A él acudían, como experto director de conciencias, infinidad de personas buscando ayuda espiritual. Incluso le buscó con este fin San Alfonso María de Ligorio.

Fue conocido también por las gracias y milagros que por su intercesión se concedían. Uno de ellos tuvo lugar en Roma, la curación del joven marqués Genaro Spada.

Se dice de sus penitencias que fueron muchas y abundantes, igual que su vida ascética. Su maestro en todo ello fue el crucifijo. Tenía en su celda una cruz larga, guarnecida con puntas agudas. Llegó a hacerse dos iguales que se ponía en la espalda y en el pecho, apretándolas y sujetándolas con fuerza. Dedicaba poquísimo tiempo al sueño. En los últimos treinta años de vida no probó ningún tipo de bebida alcohólica.

El padre Juan José de la Cruz tuvo frecuentes éxtasis místicos, mereciendo el insigne favor de tener al Niño Jesús en sus brazos en varias ocasiones, de modo especial en la noche de Navidad.

Murió el 5 de marzo de 1734, con ochenta años, lleno de amor y aprecio por todas partes. Todos sus biógrafos insisten en que era «admirable por sus penitencias, sus milagros y su austeridad de vida». Gozó de gracias extraordinarias, como la bilocación, la profecía, el don de escrutar las conciencias, éxtasis, apariciones de la Virgen y del Niño Jesús.

Fue canonizado el 26 de mayo de 1839 por el papa Gregorio XVI.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

Acta Gregori XVI, II 314-339

Bibliotheca sanctorum, VI cols 1009-1012

ROSTOLI, J, *Vita di S. Gian Giuseppe* (Roma 1939)

SALVATORE, A. M., *San Giovanni Giuseppe della Croce* (Napoles 1954)

SAN LUCIO I

Papa († 254)

No es mucho lo que sabemos de este papa. A la muerte, en junio de 253, del desterrado papa San Cornelio, Lucio, que era romano, fue elegido el día 26 de aquel mes para sucederle. Pero la furia del emperador Treboniano Galo lo mandó al destierro igual que a su predecesor, mostrándose el Papa paciente y humilde ante la adversidad. Murió el 5 de marzo de 254.

SAN GERÁSIMO

Anacoreta († 475)

Nació en Licia, sin que pueda precisarse más. Fue primero monje y luego anacoreta en su propia región pero luego pasó a Palestina y se estableció en las cercanías del Mar Muerto. Era el tiempo de la gran controversia a la que respondió el Concilio de Calcedonia definiendo la doble naturaleza de Cristo, pero es bien sabido cómo no todos acataron la definición conciliar. Gerásimo, influido por el obispo intruso Teodosio, abrazó el monofisismo. Pero San Eutimio el Grande logró sacarlo de él y devolverlo a la ortodoxia.

Hacia el 455 funda una laura junto al río Jordán, donde debían vivir en comunidad los aspirantes antes de pasar a la vida eremítica. Con gran santidad y prudencia presidió él el monasterio hasta su muerte. Se cuenta de él que cada año acudía en la Cuaresma junto a Eutimio y observaba un riguroso ayuno que solamente interrumpía para recibir la eucaristía. Es muy célebre la leyenda de haber curado a un león sacándole una espina de la pata y que el animal se quedó con él hasta que, muerto el santo, el león se echó sobre su tumba donde murió. Su muerte tuvo lugar el 5 de marzo de 475.

BEATO JEREMÍAS DE VALAQUA

Religioso († 1625)

Juan Kostist nació en Zazo, en la provincia de Valaquia, de la Moldavia inferior, el 29 de junio de 1556. Tuvo la suerte de nacer en una familia católica, que mantenía su fe pese al entorno acatólico en que se hallaba. El muchacho fue criado esmeradamente y mostraba tener un natural pacífico y amable.

A los 18 años decide su vocación religiosa y, buscando un entorno católico, marcha a Italia. Aquí llegó hasta Bari y se sintió un poco desilusionado porque no recibió de todos los católicos el testimonio de vida que esperaba. Estaba ya para volverse a su tierra cuando se sintió llamado a seguir la regla de San Francisco, ingresando en los capuchinos de Nápoles el 8 de mayo de 1578 y tomando el nombre de fray Jeremías de Valaquia.

Cocinero y hortelano de varios conventos, es enviado por fin al de San Eframio Nuovo de Nápoles, donde haría de enfermero durante cuarenta años con increíble caridad. Aceptaba con amor los oficios más fatigosos y se comportaba con celestial humildad. Su santidad no pasó desconocida a los fieles, ya que repartía limosnas a los pobres y daba catecismo a los niños, y se le atribuyeron milagros. Era devotísimo de la Virgen María y difundía esta devoción con mucho celo. Murió el 5 de marzo de 1625. Los fieles, al saber su muerte, acudieron en gran número a venerar su cadáver y el concurso fue tal que su entierro hubo que disponerlo en secreto y de noche. Pero su fama de santidad no dejaba de difundirse. Pero con las vicisitudes de los tiempos su memoria pareció olvidarse hasta que en el siglo XX se decidió reemprender el proceso de beatificación iniciado a poco de su muerte. Fue beatificado el 30 de octubre de 1983.

6 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Tortona (Piamonte), San Marcialino, obispo y mártir (fecha desconocida)

- 2 En Nicomedia (Bitinia), San Victorino, martir (fecha desconocida)
- 3 En Treveris (Francia), San Quiriaco (s IV), presbítero
- 4 La conmemoracion de San Evagrio († 378), obispo de Constantinopla
- 5 En Toledo (España), San Julian († 690), obispo **
- 6 En Sakingen (Suiza), San Fridolino (s VIII), abad
- 7 En Metz, San Crodegando († 766), obispo *
- 8 En Siria, el martirio de cuarenta y dos santos († 848)
- 9 En Barcelona (España), San Olegario († 1136), obispo de Barcelona y Tarragona al mismo tiempo **
- 10 En Viterbo, Santa Rosa († 1252), virgen, terciaria franciscana **
- 11 En Praga (Bohemia), Santa Ines († 1282), virgen, abadesa de la Orden de Santa Clara *
- 12 En Gante (Flandes), Santa Coleta Boylet († 1447), virgen, reformadora de la Orden de las Clarisas **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN JULIÁN

Obispo († 690)

«Nació en la misma ciudad de Toledo, recibió el bautismo en la iglesia catedralicia de Santa María y fue educado en los claustros de dicho templo». Así nos introduce en la semblanza de San Julián el primero de sus biógrafos e inmediato sucesor en la sede metropolitana. De estirpe judía, aunque de padres ya cristianos, su nacimiento vino a ser como flor lozana y fragante que redime de espinas a la zarza en que brotó.

Muy niño, este toledano auténtico fue ofrecido por sus padres para que en calidad de oblato se educase en los claustros de la basílica metropolitana para el servicio del santuario

Allí recibió su formación espiritual y literaria bajo la dirección del preceptor Eugenio, el más distinguido poeta de toda la época y que, después de haber regido como metropolitano la sede toledana, es hoy venerado como santo

Durante el tiempo de permanencia en el atrio episcopal, Julián trabó estrechísima amistad con su compañero Gudila y se resalta el paralelismo de aquellas dos vidas destinadas a ocupar puestos de gran relieve en la administración eclesiástica de su tiempo. Hubo un momento en la vida de ambos en el que de

mutuo acuerdo pensaron seriamente en abrazar la vida monástica, deseosos de mayor perfección, mas, después de pedir ahincadamente la iluminación celestial y el consejo de los prudentes, decidieron continuar en el orden secular, ascendiendo paulatinamente por los grados de la jerarquía.

La personalidad de Julián se abriga cada día más en el candelero enhiesto que era la ciudad real. Fue sobre todo desde la muerte de San Ildefonso cuando descuella y alcanza creciente celebridad en sus ministerios de diácono y presbítero. El conjunto de dotes naturales, la experiencia y maestría reveladas en el cumplimiento de los cargos desempeñados, en la recta gestión de los asuntos, en el trato social, en la digna manera de comportarse, el prestigio de sus virtudes y de su saber hicieron de Julián un dechado que Toledo entero podía admirar y que no podía ocultarse como luz bajo el celmín. Era el «varón de consumada prudencia».

A finales del verano de 679 su alma recibió un golpe durísimo con la muerte de su entrañable amigo, a la sazón arcediano, Gudila. A principios de enero del año siguiente moría también el metropolitano Quirico. La sede-vacante duró breves días, pues los electores unánimemente designaron para ocupar la silla de Toledo al esclarecido clérigo Julián, elegido el 16 de enero del 680 y consagrado el domingo, día 29, en el marco opulento de la basílica de Santa María por el obispo de Játiva.

Alrededor de los sesenta años debía de contar el nuevo metropolitano cuando recayó sobre él la pesada carga del arzobispado de Toledo, que unía a las responsabilidades comunes de los otros prelados las que particularmente se relacionaban con las peculiares de ser obispo de la sede real y metropolitano de la provincia cartaginense, integrada por una veintena de diócesis sufragáneas, con cuyos prelados había de celebrar frecuentes consultas para el mejor resultado de las gestiones pastorales y civiles, someterlos a su propio tribunal, cuando la conducta de éstos así lo exigiera, y convocarles a concilio según las normas canónicas de la Iglesia hispana.

Era tal la amplitud de funciones y de ejercicio de la jurisdicción, que es fácil suponer la actividad del nuevo metropolitano.

En los comienzos del pontificado un hambre horrenda fustigó a España. Las muertes por inanición se multiplicaban por doquier. Con tal motivo Julián hubo de desvivirse para remediar a los necesitados en grado tal, que las fuentes visigóticas, que apenas aluden en ningún momento a la beneficencia, reservan para el metropolitano de Toledo unas frases llenas del mayor encomio:

«No podía ver que nadie estuviera necesitado sin lanzarse inmediatamente en su socorro, y fue tan extraordinaria su caridad, que jamás negaba cosa alguna al que se le acercaba, con tal modo de proceder buscaba hacerse grato a Dios y útil a los hombres»

Un asunto de enorme trascendencia política se produjo cuando apenas llevaba ocho meses ocupando la sede toledana. Traidoramente se había suministrado un narcótico al rey Wamba y durante el sopor producido por el bebedizo, el conde Ervigio, taimado autor de la felonía, hizo llamar al metropolitano a la residencia real y en ella le mostró un documento firmado por el monarca, a quien todos los ajenos a la conjura consideraban gravemente enfermo y sin sentido. En este documento, que el arzobispo vio refrendado por la suscripción real, el rey manifestaba vehementes deseos de morir con la profesión y hábito de penitente público. Engañado con tamaña falacia, procedió Julián a tonsurar al inconsciente monarca, reduciéndole al estado penitencial, por lo que quedaba incapacitado, si recuperaba la salud, para continuar ocupando el trono.

La aña-gaza bizantina de Ervigio para adueñarse del cetro visigótico hizo de San Julián un cómplice inconsciente, pues debe descartarse toda voluntariedad en la farsa, ya que, con posterioridad a ella, a la pluma ágil del metropolitano de Toledo se debe la mejor apología del depuesto monarca.

Por el bien de la paz, el gran ideal de la Iglesia hispana, se aceptó el hecho consumado y el arzobispo se vio compelido por la fuerza de las circunstancias a acatar la elección de Ervigio, reconocido como rey por quienes en la legislación vigente eran los legítimos electores.

Otro incidente serio, con el que se ha querido teñir de antirromanismo cismático la aureola de San Julián, se produjo con ocasión de haberse recibido en España para la adhesión del

episcopado peninsular las actas del Concilio III de Constantinopla, sexto de los ecuménicos. A la expresa aceptación de los obispos españoles, Julián, fogoso teólogo, adicionó un escrito donde se encontraron expresiones que en la curia pontificia parecieron malsonantes, sobre todo en aquella época en la que cualquier impropiedad de léxico podía acarrear tolveneras de polémica. Al conocer el metropolitano la sospecha de heterodoxia, surgida en Roma sobre la pureza de su fe, tuvo una reacción enérgica, redactó otro escrito, avalado con testimonios de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, y lo remitió al Romano Pontífice con sensibles muestras de enojo, deslizando en él palabras duras para los contradictores. Esta nueva explicación, impecable desde el punto de vista teológico, satisfizo plenamente y traducida al griego se hizo llegar hasta el palacio imperial de Bizancio y tanto aquí como en la corte pontificia del papa Agatón mereció los más cumplidos elogios.

Fue durante su episcopado cuando la sede toledana alcanzó su más alto nivel en la jerarquía eclesiástica nacional. Celebrábase en los primeros días de enero del 681 el XII Concilio de Toledo. Tuvo carácter de asamblea nacional de todos los obispos del reino y en él se reunieron treinta y nueve prelados. El hecho de que Toledo fuera la sede metropolitana de la corte y el sistema en uso de la intervención real en el nombramiento de los cargos eclesiásticos inspiró la idea de que, para la mayor rapidez en la terminación de las sedes vacantes, los restantes metropolitanos cedieran en favor del de Toledo sus derechos de examen y confirmación de los obispos electos, quienes únicamente quedaban obligados a presentarse ante su respectivo arzobispo en el plazo de tres meses posteriores a su consagración. Esto, que canónicamente fue una norma de gobierno, acrecentó extraordinariamente la figura jerárquica del metropolitano de Toledo. A partir de «tan singular prerrogativa» —así se la designa en los textos conciliares—, el arzobispo de Toledo adquiere una indiscutible preeminencia sobre todos los prelados del reino. Él sera el primero en estampar su firma en las actas de los concilios y en presidir las sesiones sin guardar para nada el orden acostumbrado de antigüedad en la sede; en los casos de urgencia es él quien resuelve, muy en breve será su provincia la primera en

reunirse para dar la norma a las demás sobre la citada adhesión al concilio ecuménico de Constantinopla, mandando los demás metropolitanos sus representantes al sínodo de Toledo. En pocas palabras, tenemos la primacía de la iglesia toledana surgida canónicamente en los tiempos en que el metropolitano Julián vive el primer año de pontificado. La densa biografía de este insigne prelado, el más preclaro sin duda entre los celebérrimos que ocuparon la sede a lo largo del siglo VII, es difícil de condensar en una breve semblanza.

Hay, sin embargo, un aspecto, el de su producción literaria, que no puede ser pasado por alto. En la nota bibliográfica se hace un elenco de las obras llegadas hasta nosotros. En ellas se atiende a las necesidades presentes y todas manifiestan un clima de madurez, un perfilado estilo literario y una agudeza de pensamiento, que coronan el ciclo intelectual iniciado con San Isidoro a principios de la centuria.

El domingo, 6 de marzo de 690, fallecía San Julián a los diez años, un mes y siete días de haber ocupado la silla toledana. Su cuerpo, como el de sus antecesores, recibió sepultura en la basílica martirial de Santa Leocadia, junto al venerado cuerpo de la santa.

Quien le trató íntimamente durante la vida y le sucedió a su muerte, nos ha dejado el más cumplido panegírico de sus virtudes episcopales.

Fue —escribe— limosnero con exceso, si en ello puede darse exceso, acudiendo prontamente al socorro de los desgraciados y poniéndose en el lugar de los débiles oprimidos.

«En sus intervenciones era discreto, y valiente en la resolución de los negocios intrincados, justo en dirimir los juicios, estuvo siempre inclinado a la aminoración de la pena, y dispuesto siempre a salir por los fueros de la justicia

Uníanse a estas dotes el laudable dominio de sí durante los debates, la fluidez de su palabra y la admirable devoción sentida por la exactitud en el rezo de las divinas alabanzas, estando siempre pronto para salir al paso de la mas leve duda surgida sobre ello

Cuidadoso en extremo de la iluminación de los templos, se mostro eximio en vindicar el derecho de las basílicas, alerta en el gobierno de los subditos y preparado siempre para escuchar a los humildes

Si en el ejercicio de tan alto cargo quiso rodearse de la magnificencia digna de su autoridad, privadamente estaba dotado de una

humildad evangélica y sobresalía por la probidad integral de sus costumbres

Fue tal su misericordia que jamás hubo angustiado a quien no procurase aliviar, y era tan caritativo que nunca negó lo que por caridad se le pedía

De esta forma trabajó por hacerse agradable a Dios en todo y útil a los hombres, consiguiendo siempre agradar a Aquel y, en cuanto le fue posible, satisfacer a estos por Dios

Y si en los dones naturales no fue inferior a ninguno de sus nobles predecesores, tampoco les fue desigual por la abundancia de sus dignos merecimientos»

Tan bella apología, que como una estela laudatoria de su preclara existencia ha llegado hasta nosotros, se centra en torno a las tres grandes virtudes episcopales: celo, justicia y caridad, en las que sobresalió en grado preeminente, aunque la posteridad le estime más por la herencia recibida de su insigne magisterio doctrinal.

J. FRANCISCO RIVERA RECIO

Bibliografía

Act SS Boll, 8 de marzo Biografía de Félix, sucesor de Julian

FELIX TOLFTANUS, *Sancti Iuliani toletani episcopi vita seu elogium* PL 96,44s, ANONIMO

TOLEDANO, *ibid*, col 1 260s

Obras de San Julian PL 96 Algunas han sido publicadas en otras colecciones o revistas

RIVERA RECIO, J F, *San Julian, arzobispo de Toledo (s VII)* Época y personalidad (Barcelona 1944)

SAN OLEGARIO

Obispo († 1136)

El siglo XI conoce una catarata de acontecimientos políticos y religiosos que van a marcar el ser definitivo de España. La reconquista sigue consolidándose y ni la llegada de nuevas oleadas de invasores africanos será capaz de alterar unos movimientos arrolladores que dejan profunda huella sobre todo en la mitad norte de las tierras reconquistadas.

Los sucesos son de muy variado signo y, sin embargo, se nos muestran, en no pocas ocasiones, estrechamente unidos. Junto a la aparición del primer conde de Barcelona en la persona de Ramón Berenguer y los avances expansionistas de Aragón y Casti-

lla, encontramos una magnífica floración de obispos y monasterios que nos parecen decisivos en la configuración de aquellos siglos.

Centrándonos en la región catalana, quedará definitivamente restablecida como cabeza religiosa Tarragona, impulsada desde la propia Barcelona, junto a la creciente aparición de monasterios decisivos en el contexto religioso de la época. A los ya anteriores de San Pedro de Roda en Gerona o San Miguel del Fai en Barcelona, se añaden otros, como Santa María de Montserrat, Santa María la Real, San Miguel de Fluviá, San Juan de la Peña y muchos más en las tierras pacificadas.

Algunos de estos monasterios pasaron enseguida al primer plano de popularidad. Otros, sin embargo, por hallarse en lugares más ignotos y difíciles sólo serán apetecidos por varones ansiosos de soledad y penitencia. Pero como los planes divinos son distintos a los humanos, no debe extrañar que en esas soledades Dios busque hombres providenciales para llevar adelante sus inescrutables designios. Tal es el caso de San Olegario retirado en penitenciales monasterios y alternando con los primeros planos de la política del momento.

Olegario u Olaguer, hijo del caballero ilustre y principal Olaguer y de Guilia, de la mejor ascendencia goda, nace en Barcelona, hacia el 1060, según el P. Flórez. Su situación nobiliar le permite una educación esmerada al lado de los mismos hijos del conde Ramón Berenguer. A pesar de todo, sus padres, fervorosos creyentes, quieren para su hijo una educación preferentemente religiosa y a los diez años entregan al niño al Cabildo de canónigos de la catedral de Santa Cruz de Barcelona en culto a Santa Eulalia, mediante la donación de una heredad y una viña, que tenían en el condado de Vich, en el lugar llamado de San Armengol.

Aquí cursa sus estudios con llamativo aprovechamiento, siendo ordenado sacerdote en 1093 y llegando muy pronto a presidir aquel su cabildo. Pero el alma de tan selecto varón cristiano busca otras metas y muy pronto entra en la comunidad agustiniana de San Adrián de Besós, fundada en conformidad con el de San Rufo de la Provenza por el obispo don Beltrán, quien le había ordenado sacerdote y ahora le impone el santo hábito. Buscando

una mayor perfección y contra los deseos de los canónigos y del mismo Sr. Conde, toma la decisión de marchar al monasterio de San Rufo, también agustiniano. Aquí nuevamente llamó la atención por la ejemplaridad de vida y enseguida, hacia el año 1110, a la muerte del abad que lo había recibido emocionado, es elegido abad por votación de los propios monjes.

Muy pronto los planes de la Providencia iban a intervenir decisivamente cambiando el signo de Olegario. El año 1115 el nuevo conde Ramón Berenguer III ponía cerco a la ciudad de Mallorca, todavía en poder de los moros, liberando a una inmensa multitud de cautivos cristianos. La esposa del Conde, doña Dulce (Dolça), busco a Olegario para que en Barcelona participara de la alegría de la victoria.

En esta situación muere inesperadamente el obispo de la ciudad D. Ramón Guillén. Corría el año de 1116. El pueblo y los obispos provinciales, conociendo su presencia, lo aclaman como nuevo pastor. Al enterarse, Olegario huye precipitadamente y de noche a su retiro de San Rufo, deseoso de sustraerse a tan nueva dignidad.

Empeño imposible, porque la decisión estaba tomada, y salen en su busca, alcanzándole en Perpignán para traerlo definitivamente a Barcelona, donde es consagrado obispo, tras conocerse la aprobación del papa Pascual II, a través de los legados enviados por el propio conde, para obligarlo a aceptar su nombramiento, lo cual se hizo ante el legado cardenal Boson. Tratóse incluso de su consagración que fue realizada por el cardenal, con toda solemnidad, en la catedral de Magalona, no lejos de Montpellier en la misma Provenza.

En Barcelona rige la diócesis con tal acierto que es considerado como una de las figuras más ilustres del episcopado español del momento.

Pastor ejemplar, se vuelca en los más desfavorecidos en una acción caritativa mezclada con lo que es su verdadera vocación, la predicación, para la que se halla especialmente dotado. Unas formas evangélicas que llegan a conocimiento del papa Gelasio II, quien le llama para conocerlo personalmente y porque va a jugar una baza definitiva en la estructuración religiosa de aquella región catalana.

Reconquistada Tarragona a los árabes, provisionalmente se une la ciudad al obispado barcelonés. El conde Ramón Berenguer III solicita de Roma la reinstalación de su categoría de sede metropolitana. Para llevar adelante el empeño es nombrado Olegario. Una fecha histórica: 21 de marzo de 1118. El papa Gelasio II en persona le entrega el palio para regresar a Cataluña el nuevo arzobispo, donde es aclamado fervorosamente. Cataluña dejaba en esos momentos de depender de Narbona. A la nueva sede metropolitana se le conceden la ciudad con todos sus términos como se declara en el Privilegio fundacional, que lleva fecha del año 1117.

La tarea no es nada cómoda porque Tarragona se halla destruida y el nuevo pastor tiene otra vez que demostrar sus fervores caritativos. Una tarea que se mezcla con graves compromisos eclesiales, pues como tal metropolitano debe asistir en 1119 al Sínodo de Toulouse, presidido por el propio papa Calixto II. Luego al de Reims. Y finalmente marcha a Roma donde en 1123 toma parte en el I Concilio ecuménico Lateranense, donde se elaboraron decisiones tan famosas como la cuestión de las investiduras y el celibato de los sacerdotes.

En España nuevamente se compromete, como era costumbre entonces, en las campañas de la reconquista al lado siempre de Ramón Berenguer y con el título de legado pontificio para estas empresas.

Por entonces cumple uno de sus mayores anhelos: visitar la Tierra Santa de Palestina. Incluso llega a Siria y Egipto. El obispo de Trípoli y el patriarca de Antioquía le dispensan entusiasta acogida. Vuelve a Cataluña empujado del fervor que prende en quienes pisan la Tierra de Jesús.

De nuevo en España, tiene que asumir la prueba creada a la muerte del papa Honorio II, cuando aparecen nombrados Anacleto II e Inocencio II. Olegario se inclina por Inocencio, a quien conocía ya de su estancia en Roma, y lo visita en el Sínodo de Clermont, donde se pone fin a la situación creada, excomulgando a Anacleto II como antipapa.

En España nuevamente, marcha a Zaragoza, donde se dirimió el conflicto entre Ramiro II de Aragón y Alfonso VII de Castilla.

En 1131 lo vemos asistiendo a su valedor el conde Ramón Berenguer III en su última hora, quien muere vestido con el hábito de los templarios a los que había logrado atraer a sus tierras. Olegario quedaba como testamentario principal según testamento otorgado el 8 de junio de 1131.

Pocos años les separó la muerte a quienes habían estado tan unidos en vida. Cansado de tan comprometida y azarosa existencia presiente que se halla al final de su estancia terrena. Algunos creen que le fue revelada. Todavía encuentra fuerzas para reunir un sínodo que se prolongó por espacio de tres días. El santo prelado se prepara ejemplarmente para presentarse delante de Dios. El 12 de febrero de 1136 lega sus bienes a la diócesis. Pidió oraciones a todos sus fieles. Recibidos los sacramentos y auxilios de la Iglesia, muere en la tarde del 6 de marzo de ese mismo año de 1136. Aquella tarde murieron juntos el sol que iluminaba las tierras catalanas y el obispo Olegario que las había llenado de vida religiosa.

Su cuerpo se conserva incorrupto en la misma catedral de Barcelona en la antigua Sala capitular, en el lado de la epístola, conocida hoy como capilla de San Olegario y del Santísimo Sacramento. Se halla colocado sobre el sagrario en un magnífico sepulcro barroco con estatua yacente del santo obispo. Aquí también fue trasladado el Santísimo Cristo de Lepanto. Parece como si en este sitio se quisieran dar cita las mejores galas de la religión y de la historia.

El culto a San Olegario fue confirmado el 25 de mayo de 1675, tras el correspondiente proceso de canonización. Su fiesta se celebra el 6 de marzo por ser el día de su muerte.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., *Año cristiano. Marzo* (Barcelona 1862) 87-92.

Enciclopedia Espasa. Tomo letra O, p 993-996.

GARCÍA FRAILE, P. M., «Olegario», en C. LEONARDI-A. RICCARDI-G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 1785-1786.

Gran Enciclopedia Rialp. Tomo letra G.

ORDONEZ, V., *Los Santos. Noticia diaria* (Barcelona 1996) 100-101.

REPETTO BETES, J. L., «Olegario», en J. A. MARTINEZ PUCHF (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2001) 68-71.

SARTHOU, C.-NAVASCUES, P., *Catedrales de España* (Madrid 1996) 55.

SANTA COLETA BOYLET

Virgen y reformadora († 1447)

Nació en Corbie, poblado de la Picardía, al norte de Francia, el año 1381. Murió en Gante en 1447.

Fue hija única de unos padres muy humildes, que la engendraron en edad avanzada, hacia los cincuenta años, creyendo siempre que se debió a la milagrosa intervención de San Nicolás, por lo que agradecidos la pusieron el nombre de Nicolette o Colette.

Desde muy pequeña dio muestras de una especial predilección por los pobres y necesitados siendo ella misma amante de la pobreza. Al morir sus padres, hacia 1399, cuando tenía solamente 18 años, repartió sus bienes entre los necesitados y buscó una especial dedicación a Dios en congregaciones religiosas pobres.

Inicialmente decidió entregarse a Dios en las religiosas llamadas Beguinas, después en las Benedictinas de Corbie, para terminar en las Clarisas de Moncel. Siguiendo los consejos de su confesor Enrique de Beaume, se hizo de la Orden Tercera de Penitencia de San Francisco en Hesdin d'Artois, sin encontrar calmadas sus ansias de espiritualidad ya que las que profesaban este instituto no vivían aún en comunidad. Por eso ella misma terminó por encerrarse en una pequeña celda, cercana a la iglesia de Notre Dame donde oía misa y comulgaba, siempre con la aprobación del abad de Corbie. Aquí pasó cuatro años, ayunando toda la cuaresma a pan y agua, haciendo esto mismo otros muchos días al año. Su cama era un manojó de sarmientos extendidos sobre el suelo.

Posiblemente también aquí recibió un mensaje especial del cielo, donde el propio San Francisco se le apareció para pedirle que se comprometiera en la reforma de la Orden de las Religiosas de Santa Clara. Ella se resiste por su timidez y pobreza y la dificultad del proyecto a que parecía llamada. Quizás por eso de repente se vio muda y ciega como se le había pronosticado, en señal del destino para el que Dios la llamaba. Con tan clara señal se rindió a la voluntad del Señor y al instante recobró la vista y el habla.

Su tiempo conoció multitud de reformas en casi todas las órdenes religiosas, promovidas por humildes personajes. Ella era una de las elegidas.

Aconsejada por fray Enrique de Beaume y convencida de tan especial llamamiento se presentó ante el papa Benedicto XIII en Avignon, a quien entonces tanto España como Francia obedecían como papa verdadero. Le expone con tal unción sus deseos de tomar el hábito de Santa Clara y observar la primitiva regla reformando los conventos de la Orden, que el Papa extendió una bula con fecha del 16 de octubre de 1406 aprobando sus propósitos y eligiéndola como abadesa futura de cuantos monasterios funde.

Coleta hizo un llamamiento a las religiosas que quisieran compartir sus experiencias de reforma y, aunque durante algún tiempo hubo bastante resistencia, terminó por encontrar un grupo de seguidoras, suficientes para permitir la existencia de un primer monasterio en Besançon. Luego vendrían otros también sobresalientes, como los de Auxonne, Poligny, Gante, Amiens hasta un total de dieciocho. En tan ingente empeño la prestaron su apoyo, además de su director espiritual, personajes tan relevantes como la condesa de Ginebra y las duquesas de Borgoña y Baviera. Era realmente la Providencia la que había puesto en marcha una de las más ascéticas reformas de la Iglesia valiéndose de un instrumento tan ínfimo como el de la humilde Coleta.

Nos lo resume el P. Croiset:

«De esta manera se fundó y se propagó por toda Europa, aun en vida de Coleta, la famosa reforma, que fue como segundo renacimiento de la Religión de santa Clara, según el verdadero espíritu de su primitivo instituto. Consérvase en el día de hoy en todo su vigor y se ven resucitados en estos últimos tiempos aquellos grandes dechados de perfección; aquellos insignes ejemplos de inocencia, de fervor y de humildad; aquellos milagros de penitencia, de abnegación propia y de total desasimiento de todas las cosas, que admiramos tanto en los siglos más retirados; y los vemos con asombro renovados en tantas nobilísimas, ilustrísimas y santísimas doncellas, que sin reparar en la ternura de la edad, en la delicadeza de la complexión, ni en el regalo con que fueron criadas observan severísimamente la primitiva regla de santa Clara, y sepultadas en su oscuro retiro se hacen invisibles a las criaturas, aspirando únicamente a que las vean los ojos de su criador [...] Esto es lo que en

parte se debe al infatigable celo, a los gloriosos sudores, y a la eminente virtud de nuestra santa Coleta» (p.86).

Aquella ejemplar siembra con el título de clarisas pobres, perseguía el deseo de una auténtica pobreza real, una renuncia sin límites, una ejemplar austeridad, cual la predicada y exigida por Santa Clara de Asís, un par de siglos antes.

Para conseguirlo redactó unas constituciones que fueron aprobadas por el ministro general de la orden franciscana en 1434 y años más tarde, en 1458, por el papa Pío II.

Coleta también extendió su influjo y deseos de reforma a los Hermanos Menores.

El 6 de marzo de 1447, a los 66 años de edad, con ejemplar resignación, Coleta murió en Gante, cargada de méritos y sacrificios y después de recibir los santos sacramentos.

El proceso de su canonización iniciado a los pocos años de su muerte, en 1472, no fue realidad hasta bastantes años después. Fue beatificada por el papa Sixto IV y Urbano VIII dio licencia para que se celebrase su fiesta en los conventos franciscanos. Pero no fue canonizada hasta el 24 de mayo de 1807 por el papa Pío VII. Su fiesta se celebra en el mismo día de su muerte: el 6 de marzo.

Pero ya antes las señales de un especial destino y su veneración habían comenzado, según relata el P. Croiset:

«Habiendo abierto el año de 1536 por orden y a presencia del obispo de Sarepla, sufragáneo del de Tornay, observó el prelado, y lo hizo observar también a los circunstantes, que chorreando agua la bóveda por todas partes, a causa de su excesiva humedad, no caía ni una sola gota sobre las preciosas reliquias de Coleta, y el paño de damasco blanco en que estaban envueltas se halló tan entero y tan fresco como el día en que se puso» (p.85).

JOSÉ SENDÍN BLAZQUEZ

Bibliografía

- BARONE, G., «Coleta Boyle», en C. LEONARDI-A. RICCARDI-G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, o.c., t.I p 554-556.
- CROISSET, J., *Año cristiano. Marzo* (Barcelona 1862) 82-86
- Diccionario Espasa* Tomo letra C
- Héroes del cristianismo* (Madrid 1901) 6 de marzo

SANTA ROSA DE VITERBO

Virgen († 1252)

Gertrudis von le Fort ha escrito que la verdadera genialidad de la mujer se encuentra en lo religioso, y que el mundo profano no ha dado a la historia nombres comparables a Juana de Arco o a Catalina de Siena. Rosa de Viterbo se halla en la línea de lo genial en el mundo religioso.

El barrio gótico de Viterbo es uno de los lugares más evocadores de la Edad Media. Cuando se habla de aquella época hay que evitar dos escollos: o considerarla como la edad ideal del cristianismo, o fijarse sólo en sus defectos, que los tuvo. Sin embargo, prevalecen los aspectos positivos. En ninguna otra edad de la historia se dejó sentir tan intensamente el influjo del cristianismo en la vida pública y privada, política y social, cultural y artística. Un verdadero y sentido universalismo unió a los pueblos bajo la dirección del Papa y del Emperador. Todos tenían fe, y se sujetaban gustosos al magisterio de la Iglesia, no faltando, naturalmente, las excepciones. ¿Qué otro tiempo puede gloriarse de creaciones como las universidades, las catedrales, las cruzadas, la *Suma* de Santo Tomás y la *Divina Comedia* de Dante? Los héroes que se llevaban las simpatías de todos eran los santos. Santos del calibre de un Tomás de Aquino, de un Domingo, de un Francisco de Asís.

Rosa nació en Viterbo en 1235. Viterbo formaba parte entonces del patrimonio de San Pedro. En 1216 había muerto Inocencio III, a quien se ha llamado el Augusto del pontificado. Con él se llegó a la cúspide de la autoridad de la Iglesia sobre el mundo. Pero, a su muerte, el emperador Federico II estuvo en lucha constante con los papas Gregorio IX e Inocencio IV. De la lucha salieron debilitados los dos poderes, el imperial y el pontificio. Se acercaban días malos para la Iglesia.

Los padres de Rosa eran pobres y excelentes cristianos. Ya en su más tierna infancia todos se dieron cuenta de que Dios tenía grandes planes sobre ella. De verdad que es asombrosa la mezcla de lo natural y de lo sobrenatural en su vida. En vez de entregarse a los juegos propios de su edad, se pasaba largos ratos ante las imágenes de los santos, especialmente si eran imágenes de la Virgen Santísima. Impresionaba la atención con que

oía a sus padres cuando hablaban de cosas de Dios. Desde muy pequeña sintió ansias de vivir en soledad, ansias que casi nunca se realizaron del todo. Y siempre fue una enamorada de la penitencia. Los viterbianos se avezaron a ver por sus calles a una niña que iba siempre descalza y con los cabellos en desorden. Grandes eran sus austeridades en la comida, llegando a pasarse días enteros con un poco de pan. Pan que muchas veces iba a parar a la boca de los pobres, otra de sus santas debilidades. Corría tras los pobres y con cariño inmenso les ofrecía todo cuanto tenía. Si fuera de su casa era caritativa, es fácil imaginar el respeto y amor con que mimaba a sus padres.

En Viterbo había un convento de religiosas, llamado de San Damián. A sus puertas llamó nuestra heroína, pero inútilmente, porque era pobre y porque era niña. Entonces decide convertir su casa en un claustro. Allí se excedía santamente en las penitencias corporales, llegando a disciplinarse hasta perder el conocimiento. Los de su casa intentan apartarla del camino emprendido, pero es tanta la gracia humano-divina que se refleja en toda su persona, que convence a todos. Y las horas de oración se sucedían sin interrupción en su vida.

A los ocho años, víctima de sus penitencias, contrae una gravísima enfermedad, que dura quince meses. Fue milagrosamente curada por la Santísima Virgen, quien le mandó tomar el hábito de la Tercera Orden de San Francisco, hábito que recibió en la iglesia de Santa María. Aquel día empezó su vida de apóstol. Al salir de la iglesia predicó con tal fervor sobre la pasión de Nuestro Señor Jesucristo y los pecados de los hombres, que todos se volvieron compungidos a sus casas, mientras ella regresaba gustosa a su soledad. Día tras día, toda la ciudad, atónita, oyó sus predicaciones. Difícilmente comprendemos hoy el ardor con que las multitudes medievales iban tras el predicador de la palabra de Dios, las conversiones, las públicas reconciliaciones que provocaba, por ejemplo, un San Antonio de Padua. Y si el predicador resultaba ser una niña de pocos años.

No faltaron las contradicciones ni las penas. Los partidarios de Federico II, enemigos de la Santa Sede, enseguida la hicieron objeto de sus ataques. Tras las mofas y las calumnias vino el destierro. Todo ello sirvió para demostrar el temple de aquella

niña, quien, como los apóstoles en otro tiempo, dijo que no podía dejar de predicar la divina palabra. Y la Providencia se valió de la malicia de sus perseguidores para que la semilla de la verdad fructificara en otras partes. Con sus padres tuvo que salir de noche de Viterbo, mientras la nieve barría los caminos. Agotados por el cansancio y el sufrimiento, llegaron al día siguiente al pueblo de Soriano. Sin embargo, todos los sufrimientos físicos se desvanecieron ante el dolor de su alma por la disolución moral de aquellas gentes. Allí continúa predicando, y su predicación se convierte, al cabo de algunos meses, en abundantes conversiones. Acuden también a oírla hombres y mujeres de los pueblos vecinos. A sus oyentes un día les anunció la muerte de Federico II, ocurrida en Fiorentino de Puglia el 13 de diciembre de 1250. Al fin de su vida el emperador se reconcilió con la Iglesia.

Y los pueblos de Vitorchiano, Orvieto Acquapendente, Montefalcone y Corneto, oyeron, extrañados y al fin convencidos, la voz de aquella niña que atraía con su sola presencia, y que, si era preciso, confirmaba su predicación con milagros. Uno de los defectos que se achacan, con razón, a la Edad Media es la excesiva credulidad con que admitía los hechos extraordinarios. Hoy los biógrafos de nuestra santa rechazan algunos de los milagros que se le atribuyeron, pero sin duda ninguna que hizo grandes milagros, porque de otro modo no se explican la polvareda espiritual que su paso levantó por todas partes. Su vida entera era un milagro.

A los dieciocho meses de haber salido de su pueblo natal pudo regresar a él, después de la muerte de Federico II. El pueblo entero salió a recibir a la mujer extraordinaria, contentos todos de recuperar aquel tesoro, que ahora apreciaban más después de haberlo perdido.

A pesar de sus triunfos apostólicos, su alma deseaba la soledad, para entregarse más decididamente a la oración y a la penitencia. Es la constante historia de todos los verdaderos apóstoles. San Bernardo había escrito poco tiempo antes que el apóstol debe ser concha y no simple canal.

Por segunda vez intenta entrar en un convento. Esta vez el monasterio lleva el bonito nombre de Santa Maria de las Rosas.

Pero por segunda vez se le cierran las puertas del claustro. Dios no la destinaba a la vida religiosa.

Y por consejo de su confesor, Pedro de Capotosti, decide de nuevo convertir su casa en el claustro soñado; esta vez, sin embargo, tendrá que preocuparse de la santificación de otras almas. Algunas amigas suyas de Viterbo se unen a ella para guardar silencio, cantar salmos y oír sus exhortaciones espirituales. Ante la constante afluencia de nuevas jóvenes, el confesor de Rosa les compra un terreno cerca de Santa María de las Rosas. Allí floreció una comunidad que tomó la regla de la Orden Tercera de San Francisco.

De nuevo las humanas pequeñeces estorbaron la obra de Dios. Inocencio IV suprimió la obra, a indicación de las monjas de San Damían.

El biógrafo de San Francisco de Asís, Tomás de Celano, dice que «cantando recibió la muerte». Un canto de alegría fue también la muerte de Rosa. Gastada prematuramente por las penitencias y el apostolado, se preparó para salir al encuentro del Esposo de las vírgenes. Al recibir el viático quedó largo rato en altísima contemplación. Cuando volvió en sí se le administró la extremaunción. Pidió perdón a Dios de todos sus pecados y se despidió de sus familiares con la exquisita caridad de siempre. *Jesús, María*, fueron sus últimas palabras. Tenía diecisiete años y diez meses.

Puede fácilmente imaginarse el dolor de los viterbianos. ¡Había sido tan rápido su paso sobre la tierra! Su cuerpo, que despedía un perfume muy agradable, fue sepultado en Santa María

Inocencio IV inició su proceso de canonización, pero la muerte le impidió terminarlo. Entonces nuestra santa se aparece a Alejandro IV, que a la sazón se hallaba en Viterbo, y le indica que traslade su cuerpo a la iglesia de San Damían. Se organizó una magnífica procesión, presidida por el Papa, a quien acompañaban cuatro cardenales, para el traslado de sus reliquias a la iglesia aludida. Desde entonces el monasterio se llama de Santa Rosa.

Nicolás V ordenó al consejo de la villa de Viterbo que en la procesión de la Candelaria tres cirios de cera blanca recordaran

a todos la luz de su apostolado, su amor a Dios y a los hombres, y su blancura virginal.

Calixto III la colocó en el catálogo de los santos. Desde su muerte, el lugar que guarda su cuerpo incorrupto ha sido centro de constantes peregrinaciones. En 1357 ocurrió en Viterbo un gran milagro. Quedó reducida a cenizas la capilla que guardaba sus reliquias, y se quemó la caja que las contenía; el cuerpo santo sólo cambió un poco de color.

Se la representa recibiendo la sagrada comunión junto a un altar, y viendo en sueños los instrumentos de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

¿La lección de Rosa? Yo diría que es una lección de sobrenaturalismo. Nuestro tiempo, escéptico ante lo extraordinario, y excesivamente enamorado de lo humano, conviene recuerde que Dios tiene marcada preferencia por servirse de instrumentos inadecuados para obtener sus victorias. Sobre todo deberían recordar frecuentemente la vida y la obra de Rosa de Viterbo todos los que se dedican al apostolado.

JOSE MARIA CASES

Bibliografía

Act SS Boll, 4 de septiembre

BARASCAUD, D., *Sainte Rose de Viterbe* (Paris 1902).

Historias de la Orden Franciscana, en partic L DE WADDING, *Annales Ordinis Minorum*, 19 vols (Roma 1731-1745), P LEON, *L'aureole seraphique Vie des saintes et des bienheureux des trois Ordres de S François*, III (Paris) 315s

KERVAL, L DE, *Sainte Rose de Viterbe, sa vie et son temps* (Vannes 1896)

MASCARO, A., *Espejo de perfeccion franciscana* (Barcelona 1914)

Vita di Santa Rosa da Viterbo (Viterbo 1929)

— Actualización

PIACENTINI, E M., OFM CONV, *Santa Rosa da Viterbo (biografia critica) La Contromenta, ovvero La fantastoria di Anna Maria Vacca* (Viterbo 1983)

PLENTZ, U., *Vida de Santa Rosa de Viterbo* (Minas Gerais 1998)

SAN CRODEGANDO DE METZ

Obispo († 766)

Nació en Hesbaye, Brabante, hacia el año 715 en el seno de una familia acomodada y recibió su formación en el cenobio benedictino de Saint-Trond. En 737 Carlos Martel lo nombró refrendario del reino de Austrasia, sin que su cargo le apartase de la vida piadosa que le había sido inculcada en el monasterio. Es más, al rey le queda claro que su canciller era hombre de Iglesia y por ello es elegido en 742 obispo de Metz, sin perder de momento su cargo en el reino.

Él se dedicó con todas sus fuerzas a la reforma de la Iglesia y singularmente a la del clero. Su intención era hacer vivir a los sacerdotes diocesanos como religiosos, con vida comunitaria y regla de vida, que él redactó teniendo delante la de San Benito. En esa regla inculcaba a los sacerdotes diocesanos el espíritu de San Benito, al tiempo que les daba normas sobre el desempeño de su quehacer pastoral. Se ha subrayado con razón la influencia de esta regla en la vida del clero en los siglos siguientes y muy concretamente en la institución canonical.

El papa Esteban II en un viaje que el prelado hizo a Roma le dio la categoría de arzobispo aunque no con rango de metropolitano y le concedió el palio. Es claro que Crodegando amaba la liturgia y las costumbres eclesiásticas romanas. Presidió varios concilios en Verneuil, Compiègne y Attigny, siempre en la línea de reforzar la presencia y actividad pastoral de la Iglesia. Volvió a Roma el año 765 y logro que el papa San Paulo I le hiciera donación de las reliquias de varios mártires. En 748 fundó la abadía de Gorza, y fue en ella en la que murió el 6 de marzo de 766.

SANTA INÉS DE BOHEMLA

Virgen y reformadora (1282)

Fue hija de Otocar I de Bohemia y de su esposa Constanza y nace en Praga el año 1202. Fue educada cristianamente y muy pronto aparecen en ella unas tendencias especiales hacia la vida

devota, muy en concreto aspira desde muy joven a consagrar a Dios su virginidad.

Pero por tres veces estuvo comprometida en matrimonio. La primera vez fue prometida al futuro duque de Silesia, Boleslao, y para que recibiera una educación correspondiente a su rango fue confiada a las monjas del monasterio cisterciense de Treinitz. Llevaba tres años en este cenobio cuando el joven prometido falleció. Pero no por ello se vio libre de una nueva promesa de matrimonio hecha por su padre. Prometida al príncipe Enrique, hijo de Federico II, se celebran solemnemente los esponsales, y para que la joven aprendiera las costumbres y lenguas alemanas, es llevada a la corte, donde recibe los honores propios de la prometida del príncipe. Pero ella en su interior seguía sintiendo la llamada a la virginidad consagrada y se decide a hacer el voto de virginidad, dispuesta a cumplirlo costare lo que costare. Sin intervención de ella la boda con Enrique quedó aplazada primero y descartada después. Pero a ella se le ofrece un matrimonio que parecía imposible de impedir: es nada menos que con el propio emperador Federico II, su frustrado suegro, que había quedado viudo. Inés, dándose cuenta del peligro que corría su propósito, recurrió al papa Gregorio IX exponiéndole que había hecho voto de virginidad. Habla ella igualmente con el rey Wenceslao, su hermano, y le expone su caso. Wenceslao sabe que el emperador se enfadará mucho, pero se recurre a hacer ver que Inés no dejaba al emperador terreno por otro monarca temporal sino por el propio Rey de los cielos, y esto logra aplacar la ira del emperador y deshacer el futuro enlace, quedando libre para consagrarse a Dios.

Funda un convento de clarisas con las cinco monjas que la propia Santa Clara le envía desde Asís y en él profesa para vivir la vida del claustro, olvidada por completo de su noble origen. Santa Clara se mostrará siempre satisfecha de esta hija preclara a la que escribe cartas alentadoras. Nombrada abadesa a su pesar, presidió con gran santidad y prudencia el monasterio a lo largo de cuarenta años. Murió el 6 de marzo de 1282. Aprobado el culto de esta santa el 3 de diciembre de 1874, posteriormente se ha procedido a hacerle el adecuado proceso en orden a su canonización y así ha sido canonizada el 12 de noviembre de 1989.

A) MARTIROLOGIO

- 1 La memoria de las santas Perpetua y Felicidad († 203), mártires en Cartago **.
2. Allí mismo, el martirio de los santos Sático, Saturnino, Revocato y Secundino.
3. En Cesarea (Palestina), San Eubulio († 309), mártir.
4. En Quersoneso, los santos Basilio, Eugenio, Agatodoro, Elpidio, Eterioo, Capitón y Efrén (s. IV), obispos y mártires.
5. En la Tebaida (Egipto), San Pablo el Simple (s. IV), discípulo de San Antonio Abad.
6. En Brescia, San Gaudioso (s. V), obispo.
7. En el monasterio de Aniano (Septimania), San Ardon Esmaragdo († 843), presbítero, socio de San Benito de Aniano.
8. En Prusa (Bitinia), San Pablo († 850), obispo, defensor de las sagradas imágenes.
9. En el monasterio de Fossanova (Lacio), Santo Tomás de Aquino, de quien se hace memoria el 28 de enero.
10. En Londres, los beatos Juan Larke y Juan Ireland, presbíteros, y Germán Gardiner († 1544), mártires bajo la persecución de Enrique VIII *.
11. En Florencia, Santa Teresa Margarita Redi († 1770), virgen, carmelita descalza **.
12. En Seúl (Corea), San Juan Bautista Nam Chong-sam († 1866), mártir *.
13. En Sai-Nam-Tho (Corea), los santos Simeón Berneux, obispo, Justo Ranfer de Betenières, Luis Beaulieu y Pedro Enrique Doré († 1866), presbíteros de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París y mártires *.
14. En Vjadka, Beato Leónidas Fedorov († 1934), obispo y mártir *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTAS PERPETUA Y FELICIDAD

Mártires († 203)

Los nombres de las santas Perpetua y Felicitas figuran de antiguo en el canon primero de la misa. Habían muerto en el anfiteatro de Cartago el año 203. En el calendario filocaliano de Roma del tiempo de San Dámaso, aparece su fiesta el 7 de marzo. Después se perdió la memoria de su celebración, que a prin-

cipios de este siglo restauró San Pío X. Fue con motivo de las excavaciones que se realizaban cerca de Túnez, en el emplazamiento de la vieja Cartago. Aparecieron los restos de una basílica paleocristiana y fue hallado el epitafio de estas célebres mártires.

Las Actas auténticas del martirio de las célebres santas es uno de los documentos más realistas y emocionantes que se conocen. Habremos de contentarnos con espigar algunos de sus más bellos párrafos.

Las Actas constan de tres partes, dos autobiográficas y una narrativa. La primera escrita por la pluma de la misma mártir protagonista: Santa Perpetua; la segunda débese a Sáturo, compañero de martirio de la misma, y lo restante —preámbulo y epílogo— corresponde al armonizador de toda la pieza literaria, tal vez Tertuliano, que la debió ofrecer al público en griego y latín.

Como consecuencia del edicto de Septimio Severo contra los cristianos, promulgado el 202, fueron apresados al año siguiente varios cristianos de Cartago, todavía catecúmenos: Revocato y Felicitas, que eran de condición servil, o sea, esclavos, y Saturnino y Secundulo. Con ellos estaba Vibia Perpetua, de ilustre cuna, de exquisita formación, casada con la dignidad de las matronas, a quien vivían sus padres y dos hermanos y un niño de pecho. Tendría como veintidós años.

A estos mártires se les agregó después espontáneamente Sáturo, diácono, que había sido su maestro de catecumenado y fue quien después les sostuvo en la larga lucha. Santa Perpetua nos va narrando los incidentes del proceso. Primero fueron detenidos en una casa particular, con guardias de vista. Allí comenzaron las luchas con su padre, que era pagano. Estando en esta custodia atenuada recibieron el bautismo y a los pocos días fueron metidos en la cárcel pública.

Quien haya visto la cárcel mamertina de Roma puede imaginarse lo que era una cárcel de los tiempos del Imperio.

«Me horroricé —dice Perpetua—, jamas habia sentido sensacion de tal oscuridad ¡Terrible dia!, insoportable estrechez por el hacinamiento, pero mi mayor preocupacion era por el chiquitin»

Entonces intervinieron dos diáconos ante los carceleros y trasladaron a los presos a las celdas del piso superior, desde

donde podía verse el mar. Y dice la santa con una frase muy meridional: «sentimos un refrigerio».

Porque, además, le permitieron tener consigo al niño. «Yo daba el pecho al niño, que estaba esmirriado por no haber mamado nada». Mas la preocupación por su familia no la dejaba sosegar. «Me consumía viendo lo que ellos se consumían por lo que me querían»

Cuando al fin, tras algunas gestiones, logró que le dejaran consigo al niño, «noté como si la cárcel se me hubiese convertido en pretorio», y ya prefería estar allí a ningún otro sitio. Sí, el pretorio era el palacio del procónsul o gobernador, algo equivalente a nuestras capitanías generales.

Aquellos días Santa Perpetua tiene una visión. Sube por una larga escalera, a cuyos lados aparecen innumerables instrumentos de suplicio y cuyo primer peldaño custodia un terrible dragón. El diácono Sáturo la anima y hollando la cabeza del dragón sube hasta lo alto. «Y ante mis ojos —dice— se abrió como un inmenso jardín».

La santa nos hace la más bella descripción del paraíso, llena de alusiones a la representación iconográfica de Cristo en la primitiva Iglesia y a los ritos de la Eucaristía.

«En medio del jardín estaba sentado un hombre alto, como en traje de pastor, y ordeñaba las ovejas. Y a su alrededor, millares de personas vestidas de blanco. Y levantando la cabeza fijó los ojos en mí y me dijo “Bienvenida, hija”. Y pronunciando mi nombre, me dio a comer un bocado de queso que estaba cuajando. Yo lo recibí con las manos juntas y lo comí. Y todos los circunstantes dijeron “Amen”. Al ruido de las voces volví en mí y todavía me quedaba no se que sabor de dulcedumbre»

La santa comprendió que la esperaba el martirio, que no se reduciría exclusivamente a dar la vida por la fe, sino a sufrir antes mucho por el dolor de su padre pagano.

La escena que se desarrolla ante el tribunal, al tiempo del interrogatorio, es de un patetismo conmovedor.

«Subió mi padre a donde yo estaba (el tablado del tribunal) para hacerme cambiar y me dijo “Hija mía, ten compasión de mis canas, ten compasión de tu padre, si es que merezco de ti el nombre de padre. Y, pues he hecho con el trabajo de estas manos que llegases hasta la flor de la edad, e incluso te he mejorado sobre todos tus hermanos, no seas al fin mi baldón a los ojos de los hom-

bres Mira a tu madre, mira a tus hermanos, mira a tu madre y a tu tía materna, mira a tu hijito que no podra sobrevivir a tu muerte No seas empedernida ni la ruina de todos nosotros ¿Quien de nosotros osara abrir la boca con libertad si te cae esta pasion?"

Estas palabras poniale en los labios su corazon de padre Me besaba las manos, se echaba a mis pies, y con lagrimas me suplicaba, llamandome no hija, sino señora suya Yo era la primera en sentir el trance de mi padre, y veia que el seria el unico de toda la parentela que no se alegraria de mi martirio»

La santa le dio ánimos como pudo y el padre se apartó del tribunal entristecido.

Al día siguiente, con motivo del interrogatorio en el foro, en que todos confesaron ante el procurador Hilariano su fe cristiana, el padre volvió a la carga.

«Y como mi padre insistiera para que yo renegase, Hilariano, cansado, mando que le echasen fuera y le golpearon con una vara Senti los varazos como si me los hubieran dado a mi Entonces Hilariano fallo sentencia contra todos nosotros, condenandonos a las fieras Y todos, alegres, bajamos a la carcel

Como ya el niño se habia habituado a tomarme el pecho y sentia placer en estar conmigo, mande aprisa al diacono Pomponio para que se lo pidiese a mi padre Este se nego a darlo Pero gracias a Dios resulto que el niño no tenia mas ganas de mamar, con lo que me senti aliviada al verme libre de la preocupacion del pequeño y de la molestia de los pechos»

Se acercaba el aniversario de Geta, hijo del emperador, en cuyo honor se darían unos juegos, siendo el numero fuerte del programa el martirio de los encarcelados. La víspera les permiten recibir la visita de los parientes, y, por última vez, el padre de Perpetua quiere disuadirla. «Decía tales cosas que ablandarían a los peñascos. A mí me afligía tan infeliz vejez».

La víspera del combate Perpetua volvió a tener otra visión Se encontró en medio del anfiteatro ante la expectación de la muchedumbre. Le tocaba luchar contra un atleta de proporciones ciclópeas, un egipcio de mala catadura. En los escritos primitivos el demonio es representado en tipo de egipcio, quizás por el color negro de la piel. La santa logró vencerle y recibir de manos del presidente del combate un ramo con manzanas de oro, al tiempo que la besaba, diciendo: «Hija, la paz contigo». «En esto desperte. Y conocí que mi lucha acabaría no con las bestias, sino contra el diablo. Pero no dudaba de la victoria» Y

termina así su relación: «Esto lo he anotado yo misma hasta la víspera de la lucha: si alguno quiere, escriba lo que ocurrirá el mismo día del “juego”».

El diácono Sáturo dejó la reseña de otra visión, que venía a confirmar la victoria por el martirio, mas la relación de éste se la debemos a un autor anonimo, a quien todos identifican como Tertuliano.

Él nos refiere cómo Felícitas, la esclava, que estaba encinta de ocho meses y temia no poder acompañar al suplicio a sus compañeros por causa del embarazo, dio finalmente a luz merced a las oraciones de todos los mártires, que unánimemente lo pidieron.

Y como se quejase por los dolores del alumbramiento, díjole uno de los guardianes:

—Pues si ahora sientes esos dolores, ¿qué será echada a las fieras?

—Ahora soy yo la que sufro —replicó ella—, pero allí otro será quien sufrirá por mí, ya que yo sufriré por Él.

Dio a luz una niña, encargándose una hermana, esto es, una cristiana, de su crianza y educación.

Perpetua lleva hasta el último momento la dirección del pequeño grupo. Ella se enfrenta con dignidad con el tribuno de la cárcel, que en los últimos días extrema su rigor con los detenidos. «¿Cómo no miras un poco más por nuestro bien para que aparezcamos lustrosos en las luchas del aniversario del César?».

El tribuno se ruboriza y les permite la visita de amigos y parientes.

La víspera de los juegos se les concede la «cena líbera», como era uso en tales casos. Una comida que ellos convierten en ágape cristiano. Sáturo reprende la curiosidad de los paganos que acuden a la cárcel a contemplar las víctimas del día siguiente. Muchos marchan confusos, otros se convierten a la fe.

Brilla por fin el día del sacrificio. Van todos al anfiteatro «como en viaje al cielo, alegres, con los rostros bañados de satisfacción. Perpetua marcha llena de majestad, como matrona de Cristo, resplandeciente el semblante. Cerca Felícitas, jubilosa por haber dado ya a luz».

Llegadas a la puerta, quieren vestirles con ornamentos que recuerden los juegos paganos: los hombres como los sacerdotes de Saturno; las mujeres como las sacerdotisas de Ceres.

Perpetua se opone al atropello y al fin les ahorran tal injuria.

Tuvieron suerte los mártires en morir de la muerte que habían deseado. Ellos, a zarpazos y dentelladas de las fieras. Perpetua y Felicitas, envueltas en redes, fueron expuestas a las embestidas de una vaca, que las derribó.

Perpetua, digna hasta el fin, «apenas cayó, más preocupada del pudor que del dolor, atrajo la túnica al lado de la rasgadura para tapar el muslo. Después —bello rasgo femenino—, tomando una horquilla, se sujetó los cabellos desordenados, pues no era decoroso que una mártir diera en el momento de su gloria sensación de plañidera».

Los santos mártires no murieron del todo a causa de las heridas de las bestias. Fueron llevados a la puerta sanavivaria, donde antes de recibir el golpe de gracia, «se besaron mutuamente para completar así su martirio con el signo litúrgico de la paz».

Allí todavía Perpetua tuvo que asir la mano vacilante del verdugo y guiarla hacia su propio cuello. «Tal vez una mujer tan varonil y tan temida por el diablo no podía morir de otro modo sino queriéndolo ella». Éste es el relato de la «pasión» de los que Tertuliano llama «fortísimos y bienaventurados mártires». Una página tiernísima de la historia de la Iglesia. Él, contemporáneo del suceso, dice que «estos maravillosos ejemplos de nuestros días, no menos que los antiguos, sirven para edificación de la Iglesia». Ciertamente, y su fondo familiar y humano nos parece recordar hechos de las persecuciones que actualmente ocurren. El heroísmo martirial que sin cesar se repite.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta SS Boll, 7 de marzo.

CABROL, F-LECLERCQ, H., art. en *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*.

D'ALES, A., «L'auteur de la "Passio Perpetuae"»: *Revue d'Histoire Ecclesiastique*

DELEHAYE, H., *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas 1921) 63

MONCEAUX, P., *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne*, I (París 1901) 70s

Passio SS MM. Perpetuae et Felicitatis, ed. L. HOLSTENIUS (Roma 1663), ed H DE VALOIS (París 1664).

PILLET, A , *Les martyrs d'Afrique Histoire de sainte Perpetue et de ses compagnons* (Paris 1885)

RUINART, T , *Acta primorum martyrium sincera* (Paris 1689)

RUIZ BUENO, D , *Actas de los martires* (BAC 75, Madrid 1996) 397s

— Actualizacion

BONET PALUZIE, R , *Santes Perpetua i Felicitat, martirs de Crist hagiografia i poema ex vot, Santa Maria verge i mare de Deu i mare meva de les meves poesies, Panegiric* (Olot 1983)

SANTA TERESA MARGARITA REDÌ

Virgen († 1770)

Es el Carmelo plantel privilegiado de flores tempranas que en tiempo récord exhalan un perfume definitivo. Casos muy notorios son los de Santa Teresa de Lisieux, hoy Doctora de la Iglesia y, muy recientemente, Santa Teresa de los Andes. Las precedio en pleno siglo XVIII otra Teresa, fallecida en el Carmelo de Florencia antes de cumplir los 23 años: Santa Teresa Margarita del Corazón de Jesús Redì, «eximio adorno del jardín carmelitano», como la definió Pío XI. Su primer biógrafo en España, Lucinio del SS. Sacramento (1959), juega bellamente con el nombre:

«Como “Margarita” se parece en todo a esta flor Es sencilla, blanca, escondida, regala su tenue perfume unica y recatadamente a quien se le acerca su existencia es como una sonrisa perenne, en su efimero paso por este mundo su talle se deja ver primaveral, soleado y juvenil, pero silencioso y huidizo»

Creo que el caso se resume muy bien en aquel endecasílabo de San Juan de la Cruz: «Me hice perdidiza y fui hallada». En efecto, a los tres años de su muerte comenzaron los informes para el proceso de beatificación y en toda Italia se desencadenó inmediatamente un fervor e interés incontenibles. La recogida de datos llevó a un abrumador balance muy convincente:

«De no haber sido por la Revolucion Francesa que ya amagaba y que durante unos lustros arrasaria a Europa entera, Santa Teresa Margarita Redì hubiera batido el record de la escalada a la gloria de Bernini, en competencia incluso con su futura hermana Santa Teresa del Niño Jesus»

Fue beatificada, al fin, por Pío XI el 9 de junio de 1929 y canonizada por el mismo Papa cinco años después, el 19 de mar-

zo de 1934. En 1950 el famosísimo autor de espiritualidad Gabriel de Santa María Magdalena publicaba una voluminosa obra sobre la santa, en la que nos ofrece su singular visión:

«Santa Teresa Margarita pertenece a la progenie espiritual sanjuanista mas pura La llama oscura del amor infuso que la abrasa y la consume ilumina y dirige toda su vida, haciendole tocar las cumbres de la vida trinitaria, desde donde se abre y descende hecha cascadas del mas ardiente apostolado contemplativo»

Nació en una ciudad antigua y gloriosa, Arezzo, situada sobre la ladera meridional de los Apeninos, a menos de cien kilómetros de Florencia, a cuya prepotente republica quedó sometida desde el siglo XIV. Nuestra santa, lo mismo que Santa Teresa de Jesús, debió reconocer como principal gracia del cielo el haber tenido unos padres muy cristianos y virtuosos: Ignacio Redi y María Camila Ballati. De los trece hijos que tuvieron, Margarita fue la segunda. Adelantemos el sorprendente balance de esta privilegiada progenie: Gregorio, casado con la condesa Elena Brozzi, de ilustre prosapia toscana; Santa Teresa Margarita, carmelita descalza, otras tres hermanas monjas profesas en la Orden Benedictina, dos hermanos jesuitas, otro hermano religioso teatino. Los cinco restantes murieron muy niños.

Era, desde luego, una familia muy acomodada, hasta tal punto que el padre vivió dedicado a la administración de sus propiedades y a la dirección de su propia familia, cuidando muy directamente de la educación de sus hijos. Fue, por lo demás, una de las muchas familias de Italia preservadas del ambiente descristianizador del momento y marcadas especialmente por la *nueva* devoción al Corazón de Jesús, antes aún de que ésta obtuviera los grandes refrendos oficiales de los Sumos Pontífices. La familia Redi se había consagrado al Corazón de Jesús.

Nació precisamente en el día de la Virgen del Carmen, 16 de julio de 1747, y se celebró su bautismo al día siguiente, con gran solemnidad, en la catedral de San Pedro, recibiendo el nombre de la abuela paterna: Ana María. En clima familiar de gran piedad, su alma se abrió al Señor, «como a la luz del sol se abren las flores».

Dados los abundantes medios económicos, D Ignacio Redi fue encaminando a sus hijos a importantes centros religiosos de formación: el hijo mayor, Gregorio, ingresó interno, a los nueve

años, en el Colegio de los Jesuitas de Prato y, al año siguiente, nuestra Ana María en el de las Benedictinas de Florencia: «Tenía nueve años, cuatro meses y ocho días», anota puntualmente su padre. Se trataba de un colegio que hoy no nos resulta fácil de entender. Muchas comunidades de clausura acogían niñas que recibían la formación bajo determinadas maestras de la misma comunidad. Ni que decir tiene que muchas de estas niñas terminaban profesando las mismas reglas de sus maestras.

Recibió la confirmación el 9 de febrero siguiente a su entrada en el convento y, poco después, la Primera Comunión, que en una primera etapa, siguió recibiendo cada ocho días; algo más tarde se le permitió comulgar, lo mismo que las religiosas, dos veces por semana. Pasarán muchos años hasta que S. Pío X acerque a los niños a la Eucaristía y fomente con decisión la comunión frecuente. Pero no se piense que destacaba en el ambiente con luz excepcional de santidad. En el proceso una de sus propias hermanas nos la presenta como *corrientita*: no sobresalía en el estudio, de genio vivo, algo perezosilla tal vez y con cierta infantil vanidad. Cuando recién fallecida corrió la fama de su santidad, algunas de sus antiguas maestras benedictinas, que la recordaban muy al vivo, expresaron sin miramientos su desconcierto. Salvando cualquier minucia, el juicio definitivo se impone: fue una colegiala ejemplar en todo el período que va de los nueve a los diecisiete años. En las primeras aventuras del fervor espiritual se vio asistida de un buen director espiritual, el sacerdote Pellegrini.

En su corazón comenzaba a fraguarse una gran decisión como el secreto mejor guardado. En su afán de entregarse a Dios del todo, la santa oscilaba entre las benedictinas y las carmelitas. Una amiga de la infancia llegó de Arezzo para ingresar en el Carmelo de Florencia y pasó a visitarla. Fue un encuentro decisivo. Ana María creyó escuchar con claridad la llamada directa de la misma Santa Teresa de Jesús. Su destino iba a ser el mismo Carmelo de Florencia. En 1764 la encontramos en el hogar paterno, madurando en silencio su determinación. Al fin, escribe pidiendo la admisión. La respuesta de la madre priora de Florencia no tarda en llegar. Se fija el 1 de septiembre para su ingreso y Ana parte de Arezzo acompañada de su padre.

El convento al que se dirige tiene ya una gran solera, vinculado muy directamente a los orígenes teresianos. De Malagón partieron en 1590 para Génova las tres carmelitas españolas que fundaron un Carmelo en la capital de la Liguria. Pronto irradió fundaciones carmelitanas por toda Italia; la del de Florencia es del año 1629. En el momento de llegar la futura santa es priora la M. María de Jesús Guadagni, sobrina del papa Clemente XII e hija del marqués de este nombre, y hay monjas que se apellidan Piccolomini, Capponi, Baldocci, Medici-Gherardini..., hijas de senadores y aristócratas. El mismo apellido de nuestra santa hace buen coro con todas ellas. Pero aquí las honras del mundo no cuentan, porque se asumen nombres nuevos y los apellidos se silencian.

Como estaba previsto, entró en el convento el 1 de septiembre de 1764 y comenzó el período de prueba y conocimiento mutuo denominado postulante. Desde el primer momento irradió esa inconfundible alegría que es señal clara de vocación firme y de equilibrio psíquico. Huidiza de toda singularidad, eran evidentes las ventajas que extraía de la formación alcanzada. Había en ella una finísima vena lírica que la enardecía, pudiéndose expresar en solazados versos. La carta en verso que escribe a su padre, terminado el postulante, es una radiografía de su alma desde las primeras estrofas:

«Querido padre: te escribo
desde mi celda, y alabo
a Dios, puesto que al cabo
me dio esta paz en que vivo
Que Jesús reine en tu alma
y quiera darte su amor
y una idea del fervor
que siento en tan dulce calma»

Efectuó su ingreso solemne en el noviciado (todo un ceremonial fastuoso y colorista) el día 10 de marzo: entró en traje de novia y quedó vestida de marrón y blanco. Las campanas tocaron a muerto (¡qué tiempos!) para significar que la señorita Redi había terminado y comenzaba a vivir la hermana Teresa Margarita del Corazón de Jesús.

El 12 de marzo de 1766 emitió sus votos ante la nueva priora, M. Teresa Victoria (Malaspina). No había entonces votos

temporales, así que esta profesión tuvo carácter solemne y definitivo. En los propósitos que redacta estos mismos días, traspasada de amor sponsal a Jesucristo, nos impresiona especialmente su sentido del amor al prójimo:

«Considerando, ¡oh Dios mío!, que mis prójimos son imagen vuestra, hechos a vuestra semejanza, producto de vuestro divino amor, precio de vuestra sangre, nunca sucedera ya mas que yo en adelante deje de mirarlos con aquel ojo de caridad verdadera que Vos me mandais, proponiendooos en este momento de compadecerlos en todas las ocasiones, de ocultar y excusar sus defectos, de hablar siempre con estima y, finalmente, de nunca faltar advertidamente a la caridad contra los mismos, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obras»

La fidelidad a este propósito hasta la muerte está del todo acreditada, con lo que tenemos a mano la piedra de toque de su santidad. Las ilustraciones pormenorizadas de su pobreza, castidad y humildad, vividas en grado heroico, se tiñen de luminosidad con «la soledad sonora» y «la música callada» sirviendo a Dios escondido, en escondido: también aquí son algunos poemas el testimonio que mejor nos ilustra, como el dedicado a la celda, que comienza:

«Oh celda, cielo mío, donde puedo
gozarme en mi Bien en paz alada,
y a mi gusto con El estar sin miedo
a sus pies voladores abrazada»

Su mensaje más actual es el de un silencio fecundo, combinando el verbo *callar* con otros verbos positivos y operantes: «Callar y pensar; callar y sonreír; callar y orar, callar y padecer, callar y trabajar, callar y amar al Señor», etc., etc. Desde esta postura, la estima por las que la rodeaban crecía de día en día, como se refleja en numerosas cartas al P. Ildefonso, su confesor:

«Me apena el pensar que no sirvo para otra cosa mas que para que todas ejerciten la paciencia y otras virtudes, en vista de mis malos ejemplos No se como me aguantan Ando a veces abochornada y ni me atrevo a mirarlas a la cara»

Ya hemos adelantado que en su unión con Cristo vivio de modo especial la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: es una

de las ideas sintéticas que definen a esta Santa. Su biógrafo, P. Lucinio, dice textualmente:

«Esta devoción la llevo hecha apellido y reclamo permanente junto al “nombre nuevo” y peculiar que la quintaesencia y la expresa adecuadamente en el Carmelo Santa Teresa Margarita del Corazon de Jesus es para la historia de esta devocion un documento de doble valor, sea por lo que representa de antigüedad y refrendo historico, sea por lo que ostenta de interioridad teologica, coincidiendo con los momentos mas dificiles y decisivos de la misma»

Conocemos el entusiasmo con que organizó la primera fiesta del Sagrado Corazón en el Carmelo de Florencia el año 1767, en que era sacristana. En sus cartas repetirá el consejo de «encerarse en el corazón de Jesús». Se ha observado que a los elementos genéricos de esta devoción, se sobreponen en nuestra carmelita los que provienen de su intensa vida de oración, sintetizados en la vida eucarística y en el empeño de completar la pasión de Cristo.

Los dos oficios que le tocó ejercitar en su vida de profesa rimaban perfectamente con su fervor eucarístico y su entrega a Cristo en el hermano dolorido: sacristana y enfermera. También aquí abundan las anécdotas tocadas de intención hagiográfica. Pero a todas ellas se sobrepone la lozanía de una carta de 5 de febrero en la que propone una fiestecilla de despedida de su cargo de enfermera, sugiriendo que en dicha fiesta se aluda «a lo que continuamente disfrutaban las monjas gastándose bromas y chanceándose a propósito de que me creen un poco picaresca». ¡Sólo le quedaba un mes de vida! ¿Lo sabía? Hay versos suyos, transidos de ansias ardorosas, que casi son plagio de los de Santa Teresa de Jesús: «Ven, muerte. ». Y hubo algún testigo en su proceso de beatificación afirmando que presentía una muerte muy próxima.

A eso de las siete y media de la tarde del lunes, cinco de marzo, mientras tomaba a solas la colación cuaresmal (había llegado con retraso al refectorio por haber estado atendiendo a las enfermas), sintió unos fuertísimos cólicos... Intentó por sí misma llegar a la celda. Tuvo que gritar pidiendo ayuda y al momento acudieron varias religiosas que la acomodaron en la cama. Fallaron los médicos, que tardaron en percatarse de la gravedad suma. Ha quedado, como documento precioso, la car-

ta de una religiosa, relatando fiel y detalladamente todo lo sucedido: «Llegó el confesor justo, justo para poder darle la absolución. Al administrarle los santos óleos ya tuvimos dudas de si estaría aún viva». Murió el miércoles, siete de marzo de 1770, sobre las cuatro de la tarde. Tenía veintidós años, siete meses y diecinueve días.

Sorprendió a todos la tersura del cadáver, que por momentos se iba tornando bello y sonrojado. Una pintura local lo retrató. Acudió el mismo Arzobispo de Florencia a comprobar la incorrupción con el canciller y varios testigos. Habían pasado dieciséis días y continuaba insepulta, difundiendo suavísimo olor. Al fin se cerró y selló el ataúd. El hecho trascendió y el pueblo comenzó a invocarla como santa. Sin esta circunstancia de la incorrupción de su cuerpo es posible que, como sucedió con tantas religiosas de gran santidad, sólo hubiera quedado su recuerdo en el ámbito del propio convento. La incorrupción y el perfume virginal indujeron a la invocación y a la exhumación de los más leves recuerdos, tejiéndose la relación de su vida santa hasta verse definitivamente inscrita en el catálogo de los santos.

El mismo perfume que exhaló su cuerpo sigue despidiéndolo el puñado de versos que han quedado. Son otras tantas flores, inconfundibles, de un perfumado Carmelo de la Toscana.

JOSE M.^a DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

- GABRIELLE DI SANTA MARIA MADDALENA, *La spiritualita di S. Teresa Margherita del Cuore di Gesù* (Florencia 1950)
LUCINIO DEL SS SACRAMENTO, *Abscondita Santa Teresa Margarita del Corazon de Jesus (Redi), 1747 1770* (Madrid 1959)
PAPASOGLI, G., *Nel fuoco consumante Santa Teresa Margherita Redi del Cuore di Gesù* (Roma 1984)
— ID., *Santa Margherita Teresa Redi* (Milan 1958)

*BEATOS JUAN LARKE, JUAN IRELAND Y GERMÁN
GARDINER*

Mártires († 1544)

El 15 de febrero de 1544 fueron juzgados en Westminster los sacerdotes Juan Larke y Juan Ireland y junto con ellos el seglar Germán Gardiner. Su delito fue su negativa a aceptar la nueva situación religiosa impuesta por el rey Enrique VIII y en la que, al reconocerse al monarca como cabeza suprema de la Iglesia de Inglaterra, se negaba el primado papal y se cortaba la comunión con la Iglesia Católica. A los tres se les condenó como traidores a la corona, pero se les advirtió que se les perdonaría la vida si accedían a reconocer la supremacía religiosa del monarca, negándose los tres, y entonces se les ahorcó y descuartizó en la plaza londinense de Tyburn el día 7 de marzo siguiente.

Juan Ireland había sido el capellán de Santo Tomás Moro, al que sostuvo en su lucha y desgracia, pasó luego a serlo de Guillermo Roper, yerno del mártir, hasta su detención.

Juan Larke había sido rector de varias iglesias y, últimamente, llevaba la rectoría de Chelsea, cargo que le había dado Santo Tomás Moro. Era ya un anciano cuando fue detenido y juzgado.

Germán Gardiner, hombre de estudios, venía ejerciendo el cargo de secretario del obispo de Winchester y no había ocultado su oposición a las novedades religiosas introducidas por el rey. Ireland fue beatificado el 15 de diciembre de 1929, los otros dos el 29 de diciembre de 1886.

SAN JUAN BAUTISTA NAM CHONG-SAM

Mártir († 1866)

Nació en 1810 y vivió en Seúl, con el cargo de camarero del rey. Era una persona muy docta, conocía el chino y, por su familia, era de origen noble. Había desempeñado el cargo de mandarín de forma tan prudente y discreta que se había conciliado el amor del pueblo, a lo que contribuía su humildad y modestia personal. Pero su conversión al cristianismo le hizo mal

visto por numerosos miembros de la corte, los cuales promovieron su captura e interrogatorio, en el cual se le pedía sobre todo que diera los nombres de los cristianos. Al negarse fue primeramente encarcelado y luego atormentado con diferentes formas de tormento. Se negó a apostatar y se mantuvo firme en la fe, por lo que fue condenado a muerte, sentencia que él mismo suscribió. Fue decapitado el 7 de marzo de 1866. Canonizado el 6 de mayo de 1884.

*SANTOS SIMEÓN BERNEUX, JUSTO RANFER DE
BETENIERES, LUIS BEAULIEU Y PEDRO ENRIQUE
DORIÉ*

Presbiteros y martires († 1866)

El 7 de marzo de 1866 fueron conducidos al poblado coreano de Sai-Nam-Tho y decapitados a la orilla del río Hang-gang el obispo Simeón Francisco Berneux y los sacerdotes Justo Ranfer de Betenières, Luis Beaulieu y Pedro Enrique Dorié, pertenecientes todos ellos a la Sociedad de Misiones Extranjeras de París.

Detenido cada uno de ellos en el lugar de su trabajo apostólico, habían sido reunidos en una cárcel de Seúl, donde aprovecharon el tiempo para orar largamente juntos, animarse mutuamente a la perseverancia en la confesión de la fe y a morir por Cristo. Padecieron duros interrogatorios en los que manifestaron no haber ido a Corea a otra cosa que a evangelizar y soportaron terribles tormentos que superaron con gran fortaleza moral.

Los cuatro eran franceses. Berneux era natural de Château-du-Loir y había nacido en 1814. Ordenado sacerdote en 1837, era profesor del seminario cuando sintió la llamada de las misiones e ingresó en la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. Llegó a Tonkín en 1840, pero es arrestado, juzgado y condenado a muerte, salvándolo un comandante francés. Pasó a Manchuria y realizó aquí una excelente labor durante diez años hasta que en 1854 es nombrado Vicario apostólico de Corea. Pudo trabajar diez fecundos años hasta su detención en febrero de 1866.

Ranfer de Betenières había nacido en Chalon-sur-Saone en 1828 y siendo seminarista pasó a la Sociedad de Misiones Extranjeras. Ordenado en 1864 fue destinado a Corea, a la que llega en mayo de 1865 y puede trabajar un año como misionero hasta que el 27 de febrero de 1866 es detenido.

Beaulieu nació en Langon en 1840, pasando del seminario de Burdeos al de Misiones Extranjeras, ordenándose en 1864 y siendo enviado a Corea. Igualmente sólo pudo trabajar un año, pues en febrero de 1866 fue detenido.

Dorié había nacido en Port, La Vendée, en 1839, y pasó desde el seminario de Luçon al de Misiones Extranjeras. Ordenado en 1864, fue destinado a Corea, a donde llega en mayo de 1865. Pero en febrero del siguiente año es detenido.

Fueron canonizados el 6 de mayo de 1984.

BEATO LEÓNIDAS FEDOROV

Obispo y mártir († 1934)

Nació en San Petersburgo (Rusia) en el seno de una familia ortodoxa el 4 de noviembre de 1879. Ya alumno de un seminario ortodoxo, viaja a Roma en 1902 e ingresa en la Iglesia católica, estudiando en Roma, Anagni y Friburgo hasta su ordenación el 25 de marzo de 1911 como sacerdote de rito oriental.

Ingresa luego en la comunidad de monjes estuditas y regresa a su ciudad natal. Arrestado y deportado a Siberia, recobra la libertad y en 1917 es nombrado exarca de la Iglesia católica rusa de rito oriental. Arrestado de nuevo en 1923, pasa diez años de internamiento en el campo de concentración de las islas Solovskí y Vjadka. Muere el 7 de marzo de 1934.

Como sacerdote y obispo había hecho cuanto había podido por la mejor atención pastoral de la comunidad cristiana, desempeñando con gran celo su ministerio y mostrando una gran fortaleza espiritual en medio de las duras condiciones de vida a que fue sometido. Las dificultades no disminuyeron nunca la convicción con que se había unido a la Iglesia católica y mantuvo siempre su comunión con Roma con sacrificio y profundidad. En los campos de internamiento por los que pasó supo dar

un limpio testimonio de fe, de caridad fraterna y de paciencia evangélica. Fue beatificado el 26 de junio de 2001.

8 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1. En Granada (España), San Juan de Dios († 1550), fundador de la Orden Hospitalaria que lleva su nombre **.
2. La conmemoración de San Poncio (s. III), diácono de Cartago, que escribió la vida y martirio de San Cipriano.
3. En Antínoo (Egipto), los santos Apolonio y Fileón († 287), mártires.
4. En Como (Liguria), San Provino († 420), obispo.
5. En Scatterry Island, San Senán (s. VI), abad.
6. En Dunwich (Inglaterra), San Félix († 646), obispo, que evangelizó en el país.
7. En Nicomedia de Bitinia, San Teofilacto († 840), obispo, desterrado por defender el culto a las sagradas imágenes.
8. En Therouanne (Francia), San Hunfrido († 871), obispo y abad.
9. En Tayne (Escocia), San Duthac († 1065), obispo de Ross.
10. En Estella (España), San Veremundo († 1095), abad de Irache **.
11. En Obazine (Aquitania), San Esteban († 1159), abad cisterciense *.
12. En la abadía de Jendrzejew, Beato Vicente Kadlubek († 1223), obispo de Cracovia, que se hizo monje cisterciense *.
13. En Getafe (España), Beato Faustino Míguez de la Encarnación († 1925), presbítero, de la Orden de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, fundador del Pío Instituto Calasancio de Hijas de la Divina Pastora **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN VEREMUNDO DE IRACHE

Abad († 1095)

Tanto en el dilatado calendario monástico-benedictino, como en el no menos fecundo santoral navarro, San Veremundo de Irache ocupa un puesto excepcional en la hagiografía y en la devoción. De él se ha escrito que es el único santo navarro de los

más venerados, que ha sido sepultado en su amada patria y es uno de los que han alcanzado mayor popularidad, firme y duradera. Puede afirmarse con toda certeza que nació en el año 1020, por el contrario, el lugar de su nacimiento es incierto; un velo misterioso cubre la cuna de San Veremundo. A falta de datos históricos al respecto —laguna fácilmente comprensible, ya que en el siglo XI no había archivos parroquiales ni judiciales ni se daba importancia al lugar de nacimiento— dos entusiastas pueblos navarros, Villatuerta y Arellano, mantienen con igual razón la paternidad de San Veremundo y destacan entre los demás pueblos por un culto parigual a su hijo más esclarecido. A falta de datos históricos, ambas villas aportan sus argumentos en pro de su respectiva tradición. Mientras tanto, la historia da su juicio sereno e imparcial y nos atenemos a este juicio, aunque nos parece natural y laudable que ambas villas sostengan con fe entusiasta que nació y se crió en la suya, sin que jamás se hayan dado casos de rivalidad o pependencias. Únicamente rivalizan en obsequios y condescendencias mutuas, por sentirse ligados con lazos de verdadera fraternidad espiritual, sintiéndose contentos de que «su hijo» reciba homenajes fervientes fuera de casa.

Pero si no conocemos con exactitud la cuna de San Veremundo, sí conocemos lo que puede decirse que fue su cuna espiritual. En las estribaciones del histórico Montejurra, a dos kilómetros de Estella, álzase sereno e inmovible el monasterio de Irache. No se conoce ni el año ni el siglo de su fundación. El P. Yepes, historiador benedictino del siglo XVIII, opina que fue fundado en el tiempo de los godos y que no fue destruido en la invasión sarracena. Otros historiadores se inclinan a creer que la fundación de Irache tuvo lugar en el siglo VIII, época del gran florecimiento del monacato. Hasta mediados del siglo X no hay datos de ningún abad. El edificio actual lleva el sello de distintos estilos: románico, gótico, plateresco y herreriano, formando un conjunto artístico y monumental. Irache fue desde un principio una escuela de santidad bajo la Regla de San Benito. De ella salió en el siglo XI un maestro de esa ciencia calificada llamado Veremundo, prototipo y padre espiritual de los monjes venideros.

En los siglos XVII y XVIII Irache fue universidad de la que salieron hombres célebres en todas las ramas de la ciencia ecle-

siástica. Así mismo el monasterio de Irache fue el primero de los cenobios navarros que celebró solemnemente la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Veremundo, que significa «verdaderamente limpio», ingresó muy joven en el monasterio de Irache. El abad Munio, que era tío suyo, y los monjes le recibieron con gran gozo y en aquella mansión de paz Veremundo encontraba gozo y felicidad. Dios lo quería para su divino servicio en Irache y Veremundo quiso ante todo cumplir la voluntad de Dios. Por eso renunció generosamente a otras posibilidades y se hizo monje benedictino y después, santo. Entre San Veremundo e Irache existe la misma relación que entre el rosal y el jardín. El jardín hace florecer al rosal y éste es su mejor adorno. Ni Irache sería todo lo que es y fue sin San Veremundo, ni éste sin Irache. Los dos se ayudaron y completaron mutuamente. Irache prestó a San Veremundo la savia jugosa de la Regla de San Benito que hace florecer las virtudes y Veremundo, hecho santo, devolvió con creces el préstamo recibido, con un censo a perpetuidad de fama, renombre y protección.

Bajo la dirección sapientísima del abad Munio, el monasterio florecía en disciplina, ciencia y santidad. No es extraño que el abad tuviera especial cuidado de modelar escrupulosamente el alma, de suyo docil y buena, de su sobrino. Y así, Veremundo crecía en ciencia y santidad, como flor cuidada con mimo, bien aconsejado y dirigido por su tío y provechosamente aleccionado con el ejemplo de los monjes.

La madurez de juicio y santidad de vida de Veremundo a pesar de sus años jóvenes, hace que el abad Munio, debidamente aconsejado, confíe a su sobrino la responsabilidad de la portería del monasterio. La Regla de San Benito manda que el portero sea monje maduro, experimentado y prudente. Por razón de su cargo se ve obligado a tratar con gentes del mundo. En Irache, además, eran frecuentes las visitas de reyes y príncipes, prelados y magnates, caballeros y nobles, cuyo trato exigía educación fina y porte exquisito.

En el cumplimiento de su cargo, Veremundo destacó rápidamente por la caridad para con los necesitados. Puede decirse que los pobres eran la porción predilecta del portero de Irache.

Al monasterio acudía diariamente un buen número de pobres en busca de una limosna. Siempre llamaron pobres a la puerta de los monasterios benedictinos. En la mente y en el corazón de San Benito entraba de lleno esa obra de misericordia. Y siempre acudieron pobres al monasterio de Irache, pero más y más desde que Veremundo estaba en la portería. ¿Eran mayores las necesidades? ¿O es que conocían el flaco del portero dadivoso y desprendido? Lo cierto es que cada día llamaban a las puertas de Irache bandadas de pobres y desvalidos que recibían, junto con la limosna material, una sonrisa de cariño y unas palabras saludables de labios del portero. Así lo prueba el encantador milagro con el que el cielo vino en su auxilio:

«Un día llevaba Veremundo, para socorrer a los pobres, unos pedazos de pan encubiertos en los hábitos, y como le encontrase el abad, le pregunto que llevaba. Entonces el santo joven le respondió que llevaba unas astillas. Mando el abad que las descubriese y, al manifestar lo que llevaba oculto, se halló que los pedazos de pan se habían convertido en astillas, mostrando Dios por medio de este milagro cuan grata era a sus divinos ojos la profusa caridad que Veremundo ejercía con los pobres. El abad que le había visto salir de la despensa, a la vista del prodigio, dijo: “Hijo, haz cuanta caridad desees, el cielo cuidará de nosotros”»

Los años transcurrían y las fuerzas y la salud del abad Munio comenzaban a declinar. Veremundo fue agregado al gobierno de la abadía en calidad de abad coadjutor, hasta que en 1054, muerto al abad Munio, Veremundo fue elegido para ocupar la sede abacial de Irache. Era todavía joven para el desempeño de ese cargo tan difícil como honroso, pero sus dotes de gobierno suplían con creces la deficiencia de los años. La norma del nuevo abad fue seguir las huellas bien trazadas de su tío Munio y llevar a cabo los planes de su antecesor. En el gobierno de la abadía supo conjugar la rectitud inflexible con la bondad paternal. Aconsejaba a la comunidad la delicadeza en el servicio divino, el exacto cumplimiento de la Regla y el anhelo de perfección. En la mente de San Benito el monasterio es como una ampliación de la familia bajo la dirección del abad. La comunidad de vida y el espíritu de familia son las notas fundamentales de la Orden benedictina. Así concebida la vida monástica, es claro que el abad desempeña el papel de padre. Recto y firme

para alcanzar la máxima observancia y bondadoso y compasivo para hacer agradable y ligero el yugo de la Regla, con el perfumado y suave bálsamo de la caridad.

La santidad del abad Veremundo influyó más que ninguna otra causa en la vida ejemplarmente observante de los monjes de Irache. El ejemplo y las exhortaciones del abad eran el estímulo más poderoso de la observancia de sus monjes. De ahí que el monasterio de Irache fuera tenido por modelo y que a él se agregaran otros monasterios de vida más lánguida

Durante el abadiato de San Veremundo el monasterio de Irache floreció espléndidamente con posibilidades materiales de hacer el bien a los necesitados. Sin que la grandeza material sea, ni muchísimo menos, lo más esencial del monasterio, contribuyó notablemente a cumplir uno de sus fines, que es practicar la caridad con los pobres. Los bienes donados a Irache durante el abadiato de San Veremundo, sirvieron para ampliar la caridad. Además de socorrer a los pobres que acudían a las puertas del monasterio, se atendía a los peregrinos venidos del extranjero, en el hospital levantado junto a la abadía a petición del rey navarro García de Nájera, hacia el año 1045, hecho que contribuyó aún más a estrechar los lazos de amistad entre el rey y el monasterio de Irache. Con San Veremundo el hospital de Irache alcanzó todo su apogeo y en él encontraron franca acogida los devotos peregrinos que se dirigían a Compostela. San Veremundo a imitación del buen samaritano, extendió la caridad y la hizo universal en su hospital de peregrinos. Asimismo, durante su abadiato quedó más patente la vinculación histórica entre el abad de Irache y los reyes navarros. Ya antes de San Veremundo existió esa vinculación, traducida en numerosas donaciones. Los Reyes acudían a los monasterios en busca de protección divina y del sabio consejo de los abades. Así aconteció con los reyes Sancho Garcés, García de Nájera, Sancho el de Peñalén y Sancho Ramírez

Lo mismo que el lugar de nacimiento de San Veremundo, es incierto el año de su muerte. Según los Bolandos, murió el 8 de marzo de 1092 y según el leccionario de Irache el mismo día de 1095. La fama de su santidad y milagros era tan notoria y popular que, luego de su muerte, la Iglesia lo proclamó santo y au-

torizó su culto público. Fue canonizado por el obispo de Pamplona Pedro de Roda, en conformidad con la costumbre de los tiempos. A la muerte de San Veremundo se oyó, clamorosa, la voz del pueblo que le proclamaba santo. Así clamaron los monjes de Irache, que vieron vivir y morir como un santo a su insigne padre abad. Así los magnates que de labios de San Veremundo recibieron saludables consejos. Así los pobres que tantas veces recibieron una sonrisa de sus labios y una limosna de sus manos. Y así los que en los hechos, palabras y semblante de San Veremundo, vieron un reflejo palpable de su santidad. El coro popular de alabanzas al santo abad en el día de su muerte, fue unánime y ferviente. La voz del pueblo llegó a oídos del obispo de Pamplona y le confirmó más y más en su juicio favorable a la declaración pública de la santidad de Veremundo. La voz del pueblo era, en verdad, la voz de Dios. La colocación del cadáver de San Veremundo en el altar mayor, la erección de altares en su honor, la invocación de su nombre en las letanías y la celebración de la misa propia en su honor, son pruebas evidentes de la reconocida santidad de San Veremundo.

Por último, la canonización primitiva de San Veremundo hecha por el obispo de Pamplona según la costumbre de aquella época, quedó ratificada por los romanos pontífices, al conceder indulgencias a los devotos del santo abad.

El pueblo rubricó todas las pruebas de la santidad de San Veremundo, por nadie puestas en duda, con este refrán secular: «Mientras el mundo sea mundo, el 8 de marzo San Veremundo».

En la actualidad y tras el abandono del monasterio de Irache en el año 1839, víctima como tantos otros de la Ley de desamortización, las sagradas reliquias de San Veremundo son guardadas y veneradas con igual derecho y el mismo cariño por las villas de Arellano y Villatuerta, que cada 5 años celebran con extraordinaria solemnidad el traslado de las sagradas reliquias de San Veremundo. En esa fecha hay en una villa adioses amorosos de despedida y en la otra, jubilosa bienvenida y recibimiento entusiasta en los pueblos de tránsito.

Como colofón de todo lo dicho, señalamos el último honor tributado a San Veremundo en su Navarra natal. A petición de

la Asociación «Amigos del Camino de Santiago de Estella», el 20 de febrero de 1969, el entonces arzobispo de Pamplona, cardenal D. Arturo Tabera Aráoz, nombró y declaró a San Veremundo de Irache, ilustre figura del santoral navarro y que tanta vinculación tuvo con los peregrinos a Santiago de Compostela, patrono del Camino de Santiago en Navarra.

JOSE ANTONIO X. PEDROARENA, OSB

Bibliografía

PÉREZ DE URBEL, J., *Semblanzas benedictinas* (Madrid 1925) 95-99

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, P., *San Veremundo* (Pamplona 1991)

SOTO SANDOVAL, M. DE, *Vida del glorioso San Veremundo* (Pamplona 1764)

SAN JUAN DE DIOS

Religioso y fundador († 1550)

Que sin arrebatos de divina locura no se puede llegar a la santidad, es evidente. Los cuerdos, según el mundo, jamás llegarán a la santidad heroica. La vida sin complicaciones, sin exabruptos de generosidad, la vida atiborrada de cálculos egoístas —burguesa—, se opone diametralmente a la de los santos. No hay compatibilidad entre los santos y los que jamás abandonan sus cómodas casillas; lo mismo que no la hay entre el volcán y la llanura esteparia, ni entre los héroes —hombres de arranque— y los adocenados.

Se explica que los santos tengan que ser locos, locos de remate, para el mundo. Porque ¿no es la doctrina evangélica la más disparatada locura de tejas abajo y la sabiduría más sublime para los que están tocados de Dios? Los santos —como los genios o los héroes— rompen moldes, los moldes de la vulgar ramplonería humana, y por eso chocan con la realidad monótona. Tienen dinamita en el alma y su generosidad les hace estallar hacia lo imprevisto e inédito.

Pero, ¿qué hacen sino seguir las huellas de Aquel que dio en la cresta a la sabihonda cordura humana, provocando ante la humanidad el más sonado de los escándalos: el de su muerte en una cruz? No cabe duda, con este hecho comenzó la era de la locura. ¡Bienvenida! En pos de él siguieron legiones de «chifla-

dos»: los que se dejaron descabezar por amor de Dios, los que abandonaron su patria —¡con lo bien que se está en casita!— para difundir el Evangelio entre caníbales, los que maltrataron sus cuerpos hasta convertirlos en piltrafas humanas, los que se abrazaron a los apestados —¡uf, qué asco!—, los que dijeron mil veces *no* cuando todos dicen *sí*, y *sí* cuando la mayoría dice *no*...

Ahondad en la vida de los santos y veréis cómo, bajo las apariencias más normales, existe el contagio. Todos están *tocados* por la locura de la cruz.

San Juan de Dios fue uno de esos locos. La *venada* le dio fuerte. Lo vais a ver.

Era el día de San Sebastián de 1537. En la histórica ermita del santo de la ciudad de Granada predicaba el Beato Maestro Juan de Ávila, que, cual otro Pablo de Tarso, se había hecho célebre por sus infatigables correrías apostólicas por Andalucía. Durante su sermón, atacó duramente contra los vicios y predicó sobre las virtudes y el amor de Dios.

Un hombre de cuarenta y dos años le escuchaba absorto sin perder sílaba. Era conocido en la ciudad por su tenderete de libros, y en toda la comarca, porque lo veían con frecuencia vendiendo libros, estampas e imágenes por los pueblos.

De repente se oyó un grito en la pequeña ermita abarrotada de fieles: «¡Misericordia, Señor!». Todos quedaron pasmados ante el hombre que había gritado, y mucho más cuando le vieron darse cabezadas en el suelo, mesarse las barbas y cejas y dar muestras de un profundo dolor y pesar de sus pecados.

Salió de la ermita y se dirigió precipitado hacia su tenducho. ¡Pobrecito, se había vuelto loco! Sus gestos y sus gritos lo manifestaban bien a las claras. Ya en su casa, rompió cuantos libros de caballerías tenía en venta, distribuyó los devotos entre los curiosos que le habían seguido y se despojó de sus vestidos quedándose con lo imprescindible. ¡Hecho una facha! ¡Le fallaban los cascos! Así pensaba la gente.

Nuestro hombre se confesó, entre lágrimas, con el padre Ávila. Posiblemente, incluso este mismo santo varón sospechó que su penitente estaba perturbado. Pero sus sospechas hubieron de desvanecerse ante las palabras del hombre que tenía

a sus pies. Lo consoló y le animó a seguir las inspiraciones de Dios.

Pero el Beato Maestro Ávila tenía que ausentarse de Granada y aquí tenemos a Juan Ciudad (que éste era el nombre del extraño converso) comenzando una vida nueva.

Los vecinos de Granada vieron que las locuras de Juan Ciudad seguían en aumento: se metía en los lodazales y daba saltos por las calles haciéndose el demente. Quería el desprecio. Deseaba que le tuvieran por mentecato. Y lo consiguió.

Unos días después, Juan Ciudad era internado en el Hospital Real de Granada, donde eran cuidados los que habían perdido el juicio. No podía estar libre por las calles aquel hombre que era la irrisión de chicos y grandes, que le corrían e insultaban gritando: «¡Al loco, al loco!».

En el Hospital Real estuvo algún tiempo. Los loqueros le trataron mal. Incluso quisieron volverle el juicio a base de azotanas. Porque era, por lo visto, un remedio muy socorrido en la época éste de los azotes para curar la locura.

Sobre las flacas carnes de Juan Ciudad cayeron frecuentemente los látigos y los cordeles de los loqueros, si bien veían en él una demencia singular: se alegraba de los malos tratos que le daban, mientras que reprendía severamente a los enfermeros por la dureza con que se comportaban con los pobres dementes. Ciertamente, aquel hombre era un caso clínico sin precedentes...

Años más tarde, toda Granada se conmovería ante la muerte de aquel que fue tenido por loco. Y después de lustros y de siglos, cuantos leyeran la vida de Juan sentirían tal vez que las mejillas se les humedecían ante tanto heroísmo.

Pero queremos interrumpir el proceso de la santa locura de Juan para plantarnos de golpe ante su fase más aguda. Era cuando Juan estaba maduro ya en la santidad y cuando se apellidaba «de Dios». Ya no tenía curación, el amor de Dios y del prójimo se había apoderado totalmente de su ser.

Juan se pasó los últimos años de su vida en medio de la pobreza humana. ¿Quién sino un loco por Dios hubiera soportado lo que él soportó?

Del breve, pero interesante, epistolario del santo entresacamos algunos párrafos que valen más que todas las descripciones.

nes que pudiéramos hacer del ambiente en que derrochaba amor Juan de Dios. Dice en una ocasión:

« En esta casa (en el hospital por el fundado) se reciben generalmente de todas enfermedades y suerte de gentes, así que aquí ay tollidos, mancos, leprosos, mudos, locos, perláticos, tuñosos y otros muy viejos y muy niños »

Y en otra ocasión:

« Cada día se me recresen las necesidades y angustias y en demas hagora y de cada día mucho mas así de deudas como de pobres que vienen muchos desnudos y descalzos y llagados y llenos de piojos, que ha menester un hombre o dos que no hagan mas que escaldar piojos en una caldera hirviendo y este trabajo será de aquí adelante todo el invierno »

Ante estas y otras miserias, que sólo de contarlas dan náuseas, se derretía el alma de Juan de Dios. Y no había privación, dolor, trabajo o humillación que Juan no aceptara contento para remediarlas.

San Juan de Dios fue un santo extraordinario. Comparable a San Francisco de Asís por su sencillez, pobreza y humildad y también por su encendido amor de Dios y del prójimo. Ninguno de los dos fue sacerdote. Y, sin embargo, uno y otro conmovieron profundamente a sus contemporáneos y fueron verdaderos padres de las almas.

Es lástima que no se pueda resumir la vida de nuestro santo en unas breves páginas. Merecería la pena, ya que es hondamente edificante. Sobre todo desde el período de su ruidosa conversión (que rápidamente hemos transcrito), su vida fue una entrega heroica ininterrumpida a Dios y al prójimo. A todos extendía su ardorosa caridad: a los enfermos, a las viudas, a los huérfanos, a los pobres, a los ancianos, a los labradores arruinados por las cosechas, a las mujeres de mala vida, a los obreros sin trabajo, a los soldados que no recibían sus pagas, a los estudiantes que se encontraban en apuros, etc., etc. Se podrían escribir páginas y páginas con un sabrosísimo anecdotario sobre la caridad de San Juan de Dios.

Como botón de muestra de lo que venimos diciendo, queremos traer unas líneas de uno de los primeros biógrafos del santo en las que se nos describe uno de los últimos rasgos de caridad del santo, en el remate ya de su divina locura. Dice así:

«Eran tantos los trabajos en que Ioan de Dios se ocupaba por dar remedio a los de todos, así de caminos y salidas que hacia, en que padecia muchas frialdades, como del trabajo ordinario de la ciudad, que *se desvençyo* (se hizo polvo! dirtamos en nuestra epoca), y de esta enfermedad, como el le hacia poco regalo, padecia gravísimos dolores, y disimulaba cuanto el podia, por no darlo a entender y dar pena a sus pobres en vello malo, mas estaba ya tan flaco y debilitado y sin fuerzas, que no lo podia ya disimular Y sucedio a esta sazón, que el río Genil vino aquel año muy crecido por las grandes aguas que habia llovido, y dixerónle a Ioan de Dios que el río con la corriente traia mucha leña y cepas Y el determinose, con la gente sana que habia en casa, de illa a sacar, porque el invierno era muy fuerte de nieves y frios, para que los pobres hiciesen lumbré y se calentasen De meterse en el río en tal tiempo, cobró tanta frialdad, sobre la enfermedad que tenia, que aquexandole mas gravemente el dolor que solia, cayo muy malo, y la causa de meterse tanto en el río fue que, de la gente pobre que venia a sacar leña, un mozuelo entro incautamente en el río mas de lo que se sufria, y la corriente arrebatolo y llevabalo, y Ioan de Dios, por socorrelle, entro mucho, y al fin se ahogo, que no pudo asille Y desto cobró mucha pena, de manera que su enfermedad se iba agravando cada día mas »

Juan de Dios siguió «desvencijado», como dice su biógrafo, pero infatigable en sus extremadas penitencias y en sus trabajos por los pobres y enfermos. Hasta que le tocó caer en la brecha. Fue el 8 de marzo de 1550. Tenía cincuenta y cinco años

Presintiendo la hora de su muerte, ya en su última enfermedad, pidió que le trajeran el Santísimo Antes se había confesado con gran fervor Comulgar no pudo, por no resistir su estómago ningún alimento. Habiendo llamado a Anton Martín, a quien tiempo atrás había convertido y hecho su colaborador más fiel, le recomendo atendiera en lo sucesivo a sus pobres y enfermos Y viendo que se moría, se levantó de la cama, se puso de rodillas y, abrazando un crucifijo, dijo: «Jesus, Jesús, en tus manos me encomiendo». Momentos después, entregaba su alma a Dios, quedando su cadáver de rodillas, con suma admiración de todos los que estaban presentes a su muerte

Su entierro fue uno de los más solemnes que jamás conociera la ciudad de Granada. El que doce años antes había sido corrido por las calles como loco, era proclamado por todos unánimemente como santo. Pero era igual. ¿No había sido realmente loco, loco por el amor de Dios?

Había nacido Juan en Montemayor el Nuevo, pequeña ciudad de la diócesis de Évora (Portugal) en el año 1495 en el seno de una familia hondamente cristiana. Sus padres, Andrés Ciudad y Teresa Duarte, lo educaron en el temor de Dios. Sus biógrafos aseguran que hubo presagios maravillosos de lo que había de ser, desde el momento de su nacimiento. Aunque la hipercrítica los rechazara, da igual, ya que su vida —sobre todo desde su conversión definitiva— fue un prodigio continuo.

A los ocho años, no se sabe a punto fijo por qué motivos, abandonó la casa paterna para trasladarse a España. Un sacerdote lo atendió en los primeros días hasta que vino a parar a Oropesa, en la provincia de Toledo. Aquí lo prohió un tal Francisco Mayoral, hombre probo y de excelente corazón. En esta ciudad fue durante algún tiempo pastor de los rebaños de su protector. Pasados los años, el carácter de Juan cautivó a su bienhechor, hasta el punto de que quiso casarlo con su hija. Pero él rehusó tal propuesta haciéndose soldado.

Juan comenzaba una vida nueva llena de peripecias y de peligros. Se alistó de momento en las tropas que guerreaban contra Francisco I de Francia. En 1521 se encuentra en Fuenterrabía, que el francés había sitiado. Tal vez se extravió algo entre la soldadesca. Por lo menos de su fervor inicial. Hasta que, salvado por la Virgen providencialmente de la horca, a la que le había condenado uno de sus jefes por haberse dejado arrebatar un botín que a su custodia había sido confiado, decidió cambiar de vida y regresar a Oropesa. Cuatro años estuvo esta vez con su protector, que le había recibido con gran alegría. Hubo nuevas propuestas de matrimonio con su hija, y él huyó de nuevo.

Por segunda vez se alistó en el ejército. Ahora había de luchar por tierras de Austria-Hungría contra el gran turco Solimán II, que había puesto en apuros al hermano de Carlos V, Fernando.

Rechazados los turcos de las cercanías de Viena, Juan regresó a España por mar, desembarcando en Coruña. Desde allí se dirigió a su pueblo natal. Allí se enteró de que sus padres habían muerto, la madre poco después de su salida de Portugal y el padre años más tarde como religioso en un convento. Con honda pena abandonó su tierra pasando a Ayamonte, en cuyo hospital

se dedicó al servicio de los enfermos. Poco después llega a Sevilla, donde se acomodó de pastor durante una temporada.

Poco después se dirige a Ceuta en compañía del caballero portugués D. Luis Almeyda, su esposa y cuatro hijas. La enfermedad postra en cama a casi todos los miembros de esta familia, agotando todos sus recursos económicos.

Entonces, Juan trabaja en las fortificaciones de la ciudad para sostener a aquellos amigos suyos que se encontraban en un duro trance. Iba ya madurando en su alma aquella caridad que no había de conocer límites. Por evitar peligros para su alma con el contacto de los infieles, Juan pasó a la Península quedándose en Gibraltar, donde comenzó su pequeño negocio de venta de estampas y libros piadosos. Aunque más que negocio era apostolado lo que hacía. Su alma estaba cada vez más preparada para dar el vuelco definitivo. Si sus biógrafos aseguran que Juan fue siempre muy buen cristiano, muy sencillo, caritativo y devoto de la Virgen María, hay que reconocer que es en esta época de su vida donde se va viendo más claramente que Dios le iba preparando para lo que sería después. Los historiadores hablan de una aparición del Niño Jesús en forma de pequeño mendigo, el cual, como hubiera sido atendido con inmensa caridad por Juan, le dijo que fuera a Granada, donde tendría su cruz, manifestándosele después como el Hijo de Dios. Lo cierto es que ya había dado pruebas Juan hasta estas fechas de una exquisita caridad.

Hemos hablado un poco de la conversión definitiva a Dios de Juan a poco de llegar a Granada, donde llevaba unos meses dedicado a la venta de estampas y libros piadosos, lo mismo que había hecho en Gibraltar.

También lo hemos visto tenido por loco y recluido en un manicomio. Salíó por fin de allí, habiendo dejado muestras de una humildad a toda prueba y de un espíritu de sacrificio extraordinario.

A partir de este momento encontramos a Juan completamente enloquecido por Dios y soñando únicamente en servirle cada vez mejor. Para ello eligió como director de su conciencia al ya mencionado padre maestro Juan de Ávila, gran santo y gran conocedor de las ciencias teológicas. Habiendo pedido

consejo Juan a este santo varón, le confirmó en sus deseos de entregarse al cuidado de los enfermos. Para ello, después de haber peregrinado a Guadalupe, Juan alquila una casa y la convierte en hospital. Poco a poco va acomodando a cuantos enfermos encuentra, dando muestras, en aquella Granada que le había tenido por loco unos meses hacía, de una santidad extraordinaria.

Juan pedía limosna para sus pobres a todas horas y sin el más mínimo respeto humano, así como recogía y llevaba a hombros a los enfermos más repugnantes para cuidarlos en su hospital. Era frecuente que cambiara sus vestidos por los harapos de los indigentes. De tal modo que, para que en adelante no lo hiciera, el arzobispo de Tuy, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, presidente de la chancillería de Granada, mandó hacerle una especie de hábito religioso, que él mismo le impuso, cambiándole a la vez su nombre de Juan Ciudad por el de Juan de Dios.

Las virtudes que Juan de Dios practicó durante los trece años que vivió a partir de su conversión son admirables. Dios premió su generosidad con hechos extraordinarios. Obtuvo conversiones increíbles y fue mucho mayor el bien que hizo a las almas que a los cuerpos. Sus dos colaboradores más íntimos y primeros religiosos de su Orden fueron dos enemigos irreconciliables que se odiaban a muerte y que fueron subyugados enteramente por las virtudes del santo. Nos referimos a Antón Martín y a Pedro Velasco, que murieron con fama de santidad siendo hermanos de San Juan de Dios.

Fueron también notables los viajes del santo, siempre a pie y descalzo, buscando limosnas para sus enfermos. Uno de sus viajes, ya al fin de la vida, lo hizo a la corte, que se encontraba a la sazón en Valladolid. Felipe II y sus cortesanos quedaron maravillados de la santidad del siervo de Dios.

No es extraño que a este bendito varón le colmara el Señor con toda clase de bendiciones. Una vez se le apareció el mismo Jesucristo en forma de pobre.

Entre los hechos más notables de su vida se cuenta que, habiéndose originado un incendio en el Hospital Real de Granada, estuvo sacando enfermos del mismo en medio del fuego sin que las llamas le tocasen.

Por fin, extenuado por sus innumerables trabajos y penitencias, entregó su alma al Señor, con una muerte envidiable, como hemos visto.

La estela de sus virtudes fue imborrable y este humilde servidor de Jesucristo dejó a la Santa Iglesia una legión de hijos, émulos de sus virtudes, los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios.

Fue beatificado por el papa Urbano VIII, por un breve del 21 de septiembre de 1630 y canonizado por Inocencio XII el 15 de julio de 1691.

Ésta es la historia de Juan de Dios, un «loco a lo divino», como lo han sido todos los santos.

¡Que él y ellos nos contagien de su locura!

FAUSTINO MARTINEZ GOÑI

Bibliografía

- ALARCON CAPILLA, A., *La Granada de oro. San Juan de Dios* (Madrid 1950).
AYUCAR, F. A., OH, *El hombre maravilloso* (Villafranca del Penedés 1950).
CASTRO, FR., *Historia y sanctas obras de Juan de Dios* (Granada 1585).
CRUSET, J., *San Juan de Dios. Una vida iluminada* (Madrid 1977).
GOMEZ MORENO, M., *Primicias históricas. San Juan de Dios* (Madrid 1950; repr. facsímil 1976).
JARDIM DE CASTRO, R., *San João de Deus* (Lisboa 1946).
TOMAS, M., *San Juan de Dios* (Vidas de santos españoles; Madrid 1939).
— Actualización:
MARTINEZ GIL, J. L., *San Juan de Dios, fundador de la Fraternidad Hospitalaria* (BAC maior 71; Madrid 2002).
RIESCO ÁLVAREZ, V. A., *Y Dios se hizo hermano. vida de San Juan de Dios* (Madrid 1994).
SANCHEZ MARTINEZ, J., «*Kénosis-diakonia*» en *el itinerario espiritual de San Juan de Dios* (Madrid 1995).

BEATO FAUSTINO MÍGUEZ DE LA ENCARNACIÓN

Presbítero y fundador († 1925)

El 9 de septiembre de 1869 fue un día fausto para los anales de la población andaluza de Sanlúcar de Barrameda. Nadie aquel día le dio importancia a la fecha, y aun hoy, si se le pregunta a cualquier sanluqueño, no sabría decir por qué fue un día fausto para su pueblo, pero en cuanto se le diga que fue el de la llegada por primera vez del P. Faustino a Sanlúcar estará de acuerdo en que es una fecha que merece recuerdo. La bella ciudad está situada en la desembocadura del Guadalquivir, y a la

hora de la gran epopeya del Descubrimiento de América la tocó ser el antepuerto de Sevilla y despedir desde su playa a tantos hombres ilustres como desde ella se hicieron a la mar. Notable singularmente fue haber salido Cristóbal Colón de ella el 30 de mayo de 1598 en su tercer viaje, y muy notable haber sido el punto en donde se culminó la primera vuelta al mundo, con Sebastián Elcano al frente, el 7 de septiembre de 1522. Era también notable por su benigno clima, sus playas, sus vinos exquisitos, sus hortalizas y sus pescados y mariscos. Sanlúcar se había sentido alborozada a la llegada de una comunidad de escolapios que abrieron colegio en el antiguo convento de San Francisco cerrado en 1835 a cuenta de la exclaustación general. Sanlúcar quería mucho al P. Faustino, y éste se haría merecedor por muchos títulos del amor con que Sanlúcar lo distinguía. Él por su parte quería siempre mucho a Sanlúcar. Iban a ser dos las estancias del P. Faustino en Sanlúcar, una entre 1869 y 1873 y otra entre 1879 y 1888. En la primera se destacaría sobre todo el sabio, y el P. Faustino lo era; en la segunda se destacaría el santo, y el P. Faustino lo era también. Regresaremos a Sanlúcar en nuestra narración, pero ahora sigamos al P. Faustino en el periplo de su vida.

Se llamaba originariamente Manuel Míguez González, y había nacido el 24 de marzo de 1831 en la aldea de Xamirás, en el municipio de Acebedo del Río, a 30 kilómetros de Orense, en la verde Galicia. Era su padre Benito Míguez, labrador y criador de ganado, y su madre María González. Eran personas honradas y cristianas. Le habían precedido tres hermanos: María del Carmen en 1822, Juan Antonio en 1826 y José María en 1828. Bautizado al día siguiente de nacer en la parroquia de San Jorge de Robledo del Río, recibiría el sacramento de la confirmación el 24 de octubre de 1832 de manos del obispo de Orense. Sus primeras letras las aprendió en la escuela municipal y luego pasó con su hermano Juan Antonio a la preceptoría del santuario de Los Milagros, del Monte Maedo en Maceda, donde por cuatro años aprendió latín y humanidades. Su adolescencia estaba ya por ello marcada por la inclinación al sacerdocio. En cuanto fue un jovencito ya ayudaba al párroco a dar catecismo a los niños pequeños. En la preceptoría llevó una conducta aco-

modada al modo de vida que se estilaba en ella, y por la que pasaba gran parte del futuro clero diocesano. Sin embargo, Manuel deseaba no la vida del clero secular sino una comunidad religiosa. Restablecida la Orden escolapia en España por Real Decreto de 27 de febrero de 1845, se abrió el noviciado de la misma en el colegio madrileño de San Fernando y se nombró maestro de novicios al P. Pedro Álvarez del Espíritu Santo. Su hermano pasaría de la preceptoría al seminario diocesano y llegaría a ser sacerdote, párroco sucesivamente de varios pueblos. La vocación le vino de que conoció, estando en la preceptoría, a un escolapio, tío de un compañero suyo. Su padre parece haberle puesto alguna dificultad, que luego apartó, y su párroco dio de él magníficos informes. Fue admitido en el noviciado el 5 de diciembre de 1850. Lo hizo con seriedad y buen espíritu y el 16 de enero de 1853 pronunciaba con emoción los votos religiosos, tomando el nombre de Faustino de la Encarnación. En aquel mismo colegio de San Fernando hizo los estudios de filosofía y teología, y tras recibir las órdenes anteriores oportunamente, se ordenó sacerdote en la parroquia de San Marcos de Madrid el 8 de marzo de 1856. Anotemos que el día de su entrada en el cielo sería también un 8 de marzo. El día 19 siguiente, fiesta de San José, celebró su primera misa cantada en la capilla del colegio, predicándole el P. Provincial. Se le destinó al mismo colegio a regentar la clase de 2.º de primaria.

El gobierno español por un lado y San Antonio María Claret por otro tenían mucho interés en la presencia de los escolapios en Cuba. Aquél por contrarrestar el naciente separatismo con la educación española y el arzobispo por estar convencido de que la escuela cristiana es la base de la comunidad católica. Se le pidió al P. Comisario general de las Escuelas Pías en España enviara religiosos a una fundación que se instalaba en Guanabacoa, en las cercanías de La Habana, como Escuela Normal y a otra que se establecía en Puerto Príncipe. La provincia de Castilla envió al P. Luciano González y a nuestro P. Faustino. Ambos embarcaron en el vapor Velasco y llegaron a La Habana el 10 de enero de 1857. El P. Faustino se dedicó en cuerpo y alma a su labor docente y muy pronto cosechó crédito y notable fruto en su alumnado, que fue el de los chicos mayores, y a los

que explicaba las ciencias naturales, la física y la agricultura. Hubiera estado allí mucho tiempo pero su salud se avino mal al clima de Cuba y los superiores decidieron su vuelta a España.

Salía de Cuba el 12 de febrero de 1860 y el 5 de marzo llegaba a Madrid, al colegio de San Fernando donde estaba de nuevo destinado. Estará el curso 1860-1861 porque tuvo roces con el P. Superior del colegio al parecerle que éste exigía actividades fuera de las constituciones de la Orden. Al sentirse atacado por el mismo, se defiende con un enérgico alegato que muestra que su aparente intolerancia era en el fondo un sincero amor a la justicia y la verdad. Hubo de salir de Madrid y el 29 de septiembre de 1861 llegaba al colegio de Getafe, el pueblo que más tarde sería el de su más larga estancia y el de su santa muerte. Había en el colegio 150 internos y tres clases para externos de la población, y era un colegio en auge que en 1865 sería reconocido civilmente como centro oficial de segunda enseñanza. El P. Faustino estuvo siempre en este colegio destinado a la segunda enseñanza y ocupó las prefecturas del internado hasta que en 1866-1867 desempeñó la dirección general. Su cultura era muy variada, como se puede ver por las asignaturas que llegó a impartir: latín, griego, historia universal, aritmética y álgebra, retórica y poética, trigonometría y geometría, física y química e historia natural. Además de dominar el latín y el griego, dominaba el francés y tuvo suficientes conocimientos de inglés e italiano. Cuando se acercaba a la edad de cuarenta años, en plena edad adulta, no era exagerado decir que el P. Faustino era un verdadero sabio. Lo eran no pocos de sus hermanos en religión, como siempre ha sido propio de las Escuelas Pías.

El crédito del P. Faustino llegó también a las autoridades del Estado, las cuales supieron que no solamente era un hombre cultísimo y un maestro eficaz sino también un sacerdote piadoso y celoso que podía con gran provecho del pueblo fiel desempeñar la tarea episcopal. Y por ello le ofrecieron presentarle al Papa para una mitra, según era entonces lo concordado entre el reino español y la Santa Sede. El P. Faustino no quiso dejar su vida de comunidad y su dedicación docente por ascender a ninguna dignidad. Como él mismo dirá, el amor a su santo hábito le hizo contestar negativamente a la propuesta del episcopado.

Se acordó en 1867 la fundación del colegio de Celanova en un antiguo monasterio benedictino, titulado de San Rosendo. Y a él fue enviado el 3 de agosto de 1868 el P. Faustino, donde estaría solamente un año, porque el 18 de agosto de 1869 se le destinaba al nuevo colegio de Sanlúcar de Barrameda. Aquí además de profesor sería procurador de la Casa y vocal para el capítulo provincial, al que no llegaría a ir por estar entonces preparando su obra sobre las aguas de Sanlúcar, y fue también bibliotecario del colegio. Su fama de hombre sabio corrió enseguida por la ciudad así como las investigaciones que hacía con tanto fruto, y por ello el 5 de abril de 1872 el Ayuntamiento sanluqueño le encargó oficialmente que emprendiese la tarea del análisis de los distintos manantiales de agua del municipio. Provisto de los medios necesarios, cumplió el encargo a plena satisfacción, determinando entonces el mismo Ayuntamiento publicar el resultado, llevando el libro el título *Análisis de las Aguas de Sanlúcar de Barrameda* (Sevilla 1872). En el curso de sus investigaciones descubrió un manantial en el sitio llamado Las Piletas y se mandó colocar por los munícipes en el sitio una lápida de mármol titulado al mismo «Manantial escolapio». Y consignó oficialmente que en adelante consideraba Sanlúcar al P. Faustino como uno de sus mejores hijos. Y se decidió además a estudiar las cualidades terapéuticas de las aguas, y avalando los médicos sus conclusiones, comenzó la gente espontáneamente a consultarle sus dolencias, lo que le haría a él adentrarse en el campo de la medicina y hacerse un experto en homeopatía. Al mismo tiempo el Padre desarrollaba en la iglesia del colegio una magnífica labor como confesor y director de conciencias, pues muchas personas le confiaban sus almas y lo hallaban maestro seguro en el mundo del espíritu, desde la experiencia de su intensa y bien orientada vida interior. Buen maestro, era también buen predicador, y la palabra de Dios era sembrada con fervor en los fieles que acudían a la espaciosa iglesia barroca del colegio.

Pero aquéllos fueron tiempos políticamente difíciles. Estaba España en el sexenio revolucionario. Y llegó el 30 de junio de 1873. A las seis de la mañana la Junta Internacionalista que el día anterior había quedado como poder municipal acudió al colegio escolapio y requirió la presencia de todos los religiosos,

entre ellos el P. Faustino. La turba armada los llevó a la Casa del Cabildo. Entraron todos los religiosos en ella y se hallaron con la sorpresa de que se les intimaba prisión. ¿Irían a la cárcel? El sastre del colegio, Rafael Ortega, tuvo la buena idea de ofrecer su casa como sitio de detención de los religiosos. Esto los libró de peores consecuencias, pues ya se hablaba de fusilarlos. La situación creada no podía ser más dificultosa, pues no se les permitió a los religiosos ir al colegio a recoger las cosas más elementales de su uso ni mandar a por ellas, sino que hubieron de quedar todo el día con lo puesto y no pudieron ni tener siquiera el breviario. Avanzada la noche se acordó dejarlos marchar y a la mañana siguiente pudieron caminar por el paseo llamado La Calzada y dirigirse ocho de los religiosos, entre ellos el P. Faustino, a la playa, donde tomaron un falucho que los llevó a Sevilla. Y de esta forma tan dramática tuvo lugar la salida primera del P. Faustino de su amada Sanlúcar.

Cerrado provisoriamente el colegio sanluqueño, los superiores destinaron al P. Faustino al colegio de El Escorial, donde daría clases hasta 1875. Este colegio, establecido en el famoso Monasterio, le dio la oportunidad de frecuentar su maravillosa biblioteca y parece que pudo compulsar algunos manuscritos referentes a la virtud curativa de las plantas, de lo que asimismo parece que por entonces trató con un profesor italiano. Sea ello cierto o no, lo seguro es que su dedicación a la homeopatía creció por entonces. De El Escorial hubo de salir cuando el Gobierno canceló su compromiso con los escolapios por voluntad real. Y entonces fue destinado como rector al colegio de Monforte de Lemos, entonces de reciente fundación. Este rectorado se le confió porque era necesaria una persona del temple y prestigio del P. Faustino en aquellos primeros años de la institución. Llevó adelante su tarea con plena entrega y sin dejar su continuo estudio del valor medicinal de las plantas. Las cultivaba en el huerto del colegio y logró curaciones muy sonadas. Hubo de defender con fortaleza los intereses y derechos del colegio pues no todos los obligados a su sostenimiento cumplían sus deberes. Su fortaleza dio buen resultado. Pero él era poco apegado a cargos de mando, y por ello presenta nada menos que seis veces la renuncia al mismo. Sólo se le acepta el 7 de septiembre de

1878 al cumplir el trienio reglamentario. No deseaba ser superior sino un padre de la comunidad, dedicado a la docencia, el apostolado y su labor caritativa médica. Recibió permiso para marchar a Buenos Aires a unirse a los religiosos de un colegio escolapio que se había fundado con intención de vivir en plenitud las primitivas constituciones de la Orden. Pero esta licencia no tendrá trascendencia. Y se le destina de nuevo a Sanlúcar de Barrameda, a donde llega en septiembre de 1879. Aquí le aguardaba la providencia de Dios para una obra espléndida.

No bien recibido por todos los religiosos de la comunidad, se elevan quejas contra él, y la superioridad querrá acallar las mismas proponiéndole al P. Faustino cargos honrosos como el rectorado del colegio de Archidona o la maestría de novicios. El Padre no quería volver a un rectorado, ya que había dejado uno voluntariamente, y lo que sucedía es que el Señor disponía que fuera padre y promotor de una obra destinada a los más altos fines apostólicos. El Padre veía con claridad que los beneficios que las Escuelas Pías reportaban a los chicos varones no había una institución que los reportara en Sanlúcar a las chicas del pueblo. No atendía ya por entonces a obligaciones en el internado sino solamente las clases y la iglesia, donde habían vuelto o empezado a ir a su confesonario muchas y escogidas almas que deseaban andar por los caminos de Dios. Su propia religiosidad maciza y firme le hacía ver que tenía tiempo y capacidad para meterse en alguna obra de Dios compatible con su misión escolapia. Entre sus dirigidas estaba Doña Catalina García, que regentaba una escuelita del tipo de las llamadas amigas, que recogían a las niñas y les enseñaban algunos elementales conocimientos de leer, escribir, cuentas, catecismo, labores, etc. Colaboraban con ella dos señoritas, Nicolasa y Pepita, que igualmente se dirigían espiritualmente con el P. Faustino. Visitando esta amiga o escuelita, el Padre tuvo la idea de fundar un colegio para niñas. Estaba entonces de confesor extraordinario del convento de monjas dominicas de Madre de Dios y tuvo la idea de consultar con una religiosa, que era tenida en buena opinión de alma muy espiritual, si debía dedicar su tiempo libre a confesar religiosas o a fomentar una escuela de niñas. La religiosa le dijo sin dudar que la enseñanza de las niñas era mucho más ur-

gente y necesaria. A esto se sumó la visita del Cardenal Ceferino González a Sanlúcar, y su paso por la escuelita. El Padre le contó su propósito y le habló de una asociación de docentes al servicio de la misma. El Cardenal le prometió aprobarla. La fundación tuvo lugar el 2 de enero de 1885 y de ella dio cuenta el *Boletín del Arzobispado*, titulándola Asociación de Hijas de la Divina Pastora, y señalando que su fin era apostólico y docente y que tomaban por norma de vida la Regla de San Agustín y las constituciones de San Francisco de Sales. Se buscó una maestra en Sevilla, se reunieron cuatro candidatas y se alquiló la casa de la calle Carril de San Diego frente a la calle de la Luz. La apertura de las clases tuvo lugar el 9 de abril de aquel año. Se habían obtenido los permisos civil y eclesiástico. Hubo cambios en las personas que comenzaron y por fin el postulante se inició el 5 de junio de 1885, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. El Padre se convirtió en el alma de la casa, pues era él quien infundía cada tarde ánimo y espíritu de perseverancia en una obra que era una planta pequeña y débil. El Padre comenzó a aplicar a esta obra las limosnas que recibía por sus curaciones, lo que no todos en la comunidad escolapia aprobaban. El día 2 de agosto de 1885 se empezaba finalmente el noviciado de la que sería M. Ángeles González y otras cuatro hermanas. Acudió el arcipreste, y las autoridades civiles, y se tuvo una fiesta adecuada. Vestido el hábito, fueron a Sevilla a recibir la bendición del Cardenal. La congregación se tituló Pío Instituto Calasancio de Hijas de la Divina Pastora. Empezaron los trabajos, las dificultades, los contratiempos, y los traslados de casa para adaptarse al crecimiento continuo de la obra, entre otras cosas por la apertura de un internado de niñas. El Padre quiso ante todo asegurarse del buen espíritu, de la entrega generosa a Dios y a su vocación y de su capacidad de sacrificio, poniéndose por completo en las manos de Dios. Fue consciente de que había que luchar pero insistió en que la lucha tenía que ser «sin más armas que la caridad». Su paciencia, fortaleza, firmeza, buen tino, sabiduría espiritual y aguda sensibilidad para captar los dolores y preocupaciones de aquellas almas les brindó en todo momento confortación y aliento. Quedaba lo más difícil: se lograba por parte de los no afectos al religioso y a su obra el traslado del Pa-

dre, que debía dejar Sanlúcar. Él les dijo a sus hijas que la marcha era designio de Dios para que se viera si la obra era divina o no, porque si lo era marcharía bien sin la presencia física del fundador. Y les prometió que si perseveraban verían la recompensa.

Su traslado fue al colegio de Getafe donde ya habia estado y a donde llegó el 30 de agosto de 1888 Desde Getafe él procuró trabajar en lo posible para la consolidación de la obra. Logro se aprobara el primer reglamento, y luego las primeras Reglas, que las aprobaba en 1897 el Beato Marcelo Spínola, arzobispo de Sevilla. Se acordó la profesión en 1890 de las cinco primeras y logró licencia para ir a Sanlúcar a presidirla. Tuvo lugar en la iglesia de Regina el día 2 de agosto. Al irse, el arcipreste, Sr. Rubio Contreras, se prestó a proteger la obra, como en efecto hizo por entonces. Nuevas vocaciones acudían. La obra se extendería. Se llegarían a abrir casas en Chipiona, Villamartín, y Monovar, Getafe, etc. En vida del Padre fundador se obtendría la aprobación de la Santa Sede.

En Getafe continuó su labor curativa y para ello obtuvo las licencias correspondientes. Se puso de acuerdo con los farmacéuticos para que vendieran sus específicos, y muchos enfermos iban a visitarle no solamente de Getafe sino de Madrid y de otros sitios. Los enfermos mejoraban o curaban con estos específicos, sin que faltara quien quisiera atribuir estas curaciones a pretendidos poderes mágicos. El P. Faustino, deseoso solamente de hacer el bien, no hizo caso de críticas malévolas Al principio tenía el laboratorio en su propia celda, pero cuando sus religiosas se establecieron en Getafe, estableció allí el laboratorio que él dirigía. Los médicos se quejaban de que les quitaba clientes. Las enfermedades del hígado, del pulmón y la diabetes eran las que más se remediaban con sus específicos. Se cuenta que entre los enfermos que visitó estuvo el propio rey niño Alfonso XIII.

Los anticlericales hallaron en las actividades curativas del P. Faustino un motivo de ataque a la Iglesia. Algunos periódicos madrileños se cebaron en su persona, levantando contra él toda clase de calumnias a cuenta de una defunción sucedida en su consulta. Él soportó con fortaleza y humildad la campaña em-

prendida contra su persona y actividades. Mucho tuvo que sufrir también con motivo de que el cardenal de Sevilla, algunos eclesiásticos y personas notables de la sociedad pusieron interés en lograr que volviera a Sanlúcar ya que estimaban que era necesario para la buena marcha de la obra que había dejado fundada. Pero cuando estas recomendaciones, en nada iniciadas o alentadas por el P. Faustino, llegaron a los superiores de la Orden, el padre se vio malinterpretado e incluso calumniado hasta el extremo de verse en la necesidad de acudir al P. General de las Escuelas Pías. Y viendo que no era del agrado de sus superiores el que siguiera de director de la nascente Congregación de la Divina Pastora decidió dejar este encargo y así se lo pidió al Sr. Arzobispo de Sevilla, rogando proveyera como estimase conveniente. Pero nunca dejó de destinar a esta obra los ingresos procedentes de las limosnas por sus curaciones, de lo que por tranquilidad de conciencia pediría sanación en raíz más tarde, y les dejaría a sus hijas espirituales la propiedad de sus específicos. Ante la inhibición del P. Faustino en los asuntos de la congregación se hizo cargo de ellos el arcipreste de Sanlúcar hasta que sus ocupaciones en la fundación de un colegio de la Compañía de María le impidieron ocuparse de las hermanas de la Divina Pastora. Posteriormente el mismo P. Faustino volverá a ocuparse de la congregación, velando por sus asuntos y acudiendo varias veces a Sanlúcar a especiales acontecimientos, como profesiones de votos y similares. En 1907 con caridad y firmeza hizo frente a una crisis en el interior del reciente instituto. Comenzó aquel año el generalato de la M. Julia Requena, sustituyendo a la M. Ángeles González de Leon, y este generalato, sostenido por el P. Faustino con su energía y santidad, se tradujo en expansión del Instituto, fundándose las casas de Aspe, Daimiel, Beas de Segura, Martos, Monforte y Belalcázar. Hubo de sacrificarse mucho y sufrir mucho el P. Faustino por el sostenimiento de su obra. La madre general y el padre fundador se entenderán perfectamente y se animarán uno al otro para perseverar en la obra que Dios les encomendaba. El 28 de octubre de 1923 moría la M. Julia. El P. Faustino no podía menos que sentirlo sinceramente. En su larga ancianidad el P. Faustino fue un ejemplo vivo de espiritualidad, celo apostólico, caridad

comprometida y humildad. Solamente la gloria de Dios y el bien de las almas movían todas sus acciones. Su devoción al Sagrado Corazón y a la Virgen María inspiraban sus obras. Y le hicieron crecer cada día en la perfección evangélica. Rodeado de fama de santo murió en Getafe el 8 de marzo de 1925. Fue beatificado el 25 de octubre de 1998.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Breve de beatificación AAS 91 (1999) 1.106.

ÁLAMO, A. DE, SCH.P., *Biografía del siervo de Dios P. Faustino Miguez, escolapio, fundador de la Congregación «Hijas de la Divina Pastora Calasancias»* (Madrid 1975).

OLEA, P. J., *Vida del venerado P. Faustino Miguez, Sch.P.* (Salamanca 1954).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ESTEBAN DE OBAZINE

Abad († 1159)

Nació en el Limusín a fines del siglo XI y, venciendo la escasez de medios, logra ordenarse sacerdote. Deseoso de una vida retirada y contemplativa, luego de haber repartido sus bienes entre los pobres, junto con otro sacerdote se adentró en la selva de Obazine, en la diócesis de Limoges.

Pero se le unieron pronto muchos compañeros deseosos de la vida religiosa y se decidió en 1130 la construcción de un monasterio, al que siguió el de Coyroux para monjas. Tenía ya fundados otros dos monasterios filiales cuando en el capítulo general del Císter en 1147 obtuvo la integración de todos sus monasterios en esta Orden. Posteriormente fundó otros dos monasterios más. Dio siempre un gran ejemplo de virtud y vida interior. Murió en Bonnaigue el 8 de marzo de 1159.

BEATO VICENTE KADLUBEK

Obispo y monje († 1223)

Nació en Kargow, Polonia, en 1150 en el seno de una noble familia. Luego de optar por la vida eclesiástica se doctora en Bolonia y es nombrado director de la escuela catedralicia de Cracovia. Pasa más tarde a la colegiata de Santa María de Sandomierz con el cargo de preboste.

En 1207 aquellos canonigos de Cracovia que deseaban la reforma de la vida eclesial logran obtener mayoría y lo eligen para arzobispo, confirmando la elección Inocencio III y consagrándose obispo al año siguiente. Su línea de actuación fue claramente reformista y se apoyó en algunos otros obispos polacos que deseaban eso mismo, como se vio en el sínodo de 1210.

Llamado por el papa asistió en Roma al IV Concilio de Letrán (1215). Reformó la escuela catedralicia de Cracovia e introdujo mejoras en los cabildos y monasterios de la diócesis. Pero viendo que no lograba todos sus objetivos, presentó la dimisión en 1218 y pudo ingresar en el monasterio cisterciense de Jędrzejów, donde pronunció los votos monásticos y vivió como religioso hasta su muerte el 8 de marzo de 1223. Su culto fue confirmado el 18 de febrero de 1764.

9 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Roma, Santa Francisca Romana († 1440), viuda, fundadora del monasterio de las Oblatas Benedictinas **

2 En Sebaste (Armenia), el martirio de cuarenta militares capadocios en tiempos del emperador Licinio († 320) **

3 En Barcelona (España), San Paciano († 390), obispo **

4 En Moravia, San Bruno de Querfurt († 1009), obispo y mártir, con veintidos compañeros *

5 En Bolonia, Santa Catalina de Bolonia († 1463), virgen, monja clarisa **

6 En Mondonío, Santo Domingo Savio († 1857), adolescente **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

CUARENTA MÁRTIRES DE SEBASTE

(† 320)

La época de las sangrientas persecuciones tocaba a su fin y alboreaba para el cristianismo un período de relativa paz dentro del vasto Imperio romano. En efecto, a principios del año 312 los emperadores Constantino y Licinio publicaron conjuntamente un edicto favorable a los cristianos. Su enemigo Majencio fue derrotado por Constantino, el 28 de octubre del mismo año, cerca del puente Milvio. Con ello quedó Constantino único emperador de Occidente, pactando con Licinio, su asociado en el Imperio y soberano de Oriente, al cual dio a su hermana Constancia en matrimonio. Todo inducía a creer que las persecuciones contra la Iglesia se habían conjurado definitivamente. Constantino mostrábase cada día más propicio a los cristianos, a medida que se familiarizaba con ellos e intimaba con los obispos. Licinio, aunque pagano, quiso que la lucha que sostuvo en Oriente contra Maximino Daia no tuviera el carácter de conflicto armado entre el cristianismo y el paganismo. Pero al ser vencido Daia y quedar Licinio dueño del campo, el ambicioso emperador se quitó la máscara, según frase de Eusebio (*Vita Constantini*, lib.4 c.22), e inició una satánica persecución contra los cristianos sujetos a su mandato.

Un edicto imperial mandaba que los oficiales del ejército que rehusaran sacrificar a los dioses fueran degradados y juzgados como traidores al Imperio. A los soldados se les amenazó con un lento martirio en caso de mostrarse contumaces. Debían ser muchos los cristianos enrolados en el ejército de Licinio, ya que la Iglesia tenía mucho interés en que hubiera gran número de ellos ejerciendo esta profesión, como lo prueba el canon tercero del Concilio de Arlés (314), al dictar sentencia de excomunión contra los que abandonaran la carrera militar en tiempos de paz. Pero mientras Constantino se apoyaba prefe-

rentemente sobre tropas cristianas, Licinio quiso eliminarlas de su ejército.

La defensa del Asia Menor estaba encomendada principalmente a las legiones romanas XII *Fulminata* y a la XV *Apollinaria*. La historia ha conservado la memoria de cuarenta soldados pertenecientes a la legión que tan famosa se hizo en tiempos de Marco Aurelio por la lluvia milagrosa y la victoria conseguida por sus oraciones a causa de haberse opuesto a las órdenes de Licinio, escogiendo el martirio antes de renegar de su fe cristiana. En una traducción latina antigua de las Actas de los mártires se ha conservado el nombre de los cuarenta atletas de Cristo. Según este testimonio, que posee bastantes indicios de ser verídico, los mártires se llamaban: Domiciano, Enoico, Sisinio, Heracleo, Alejandro, Juan, Claudio, Atanasio, Valente, Eliano, Melitón, Endicio, Acacio, Viviano, Helvio, Teódulo, Cirio, Flavio, Severiano, Cirión, Valerio, Clidión, Sacerdón, Prisco, Eutico, Esmaragdo, Filotimón, Aerio, Micalio, Lisímaco, Domno, Teófilo, Euticio, Hancio, Angio, Leoncio, Isiquio, Calo, Gorgonio y Cándido. Se admite que la tradición popular pudo desfigurar algunos de estos nombres, pero no por ello es lícito concluir que deba dudarse de la autenticidad de todos ellos. En contra de la misma se esgrime el argumento de las diferencias que se notan en los distintos documentos escritos y el silencio que sobre este particular han guardado San Basilio y otros Santos Padres.

Enterado el prefecto de que los soldados persistían en su actitud, intentó convencerles de la necesidad de acatar las órdenes del emperador como único medio de evitar un cruel martirio, precursor de una muerte lenta. Pero aquellos soldados, acostumbrados a la vida dura de la milicia, rechazaron decididamente aquella diabólica invitación, diciendo que si hasta entonces habían permanecido fieles al emperador romano y por él habían puesto en peligro sus vidas, ahora, en el trance de decidir entre servir a Cristo o al emperador, preferían oponerse a un soberano temporal antes de renegar de su Rey celestial. Esta postura varonil impresionó hondamente al prefecto, mayormente después de haber comprobado él cómo algunos otros cristianos habían apostatado cobardemente. Entonces, nos dice San Gregorio de Nisa, el prefecto trató de intimidarles,

pero no sabía qué clase de martirio pudiera impresionar a aquellos atletas.

«Si les amenazo con la espada —se decía—, no reaccionaran, por estar familiarizados con ella desde su infancia. Si los someto a otros suplicios, los sufriran generosamente. Tampoco sus cuerpos curtidos por el sol y el aire temeran el martirio del fuego»

Pensó entonces en otro suplicio más molesto y largo.

Era invierno, en cuya estación se deja sentir intensamente el frío en Armenia, mayormente cuando sopla el helado cierzo del norte. Aquel día en la ciudad de Sebaste reinaba un frío tan intenso que, según expresión de San Gregorio, se helaban aun los cabellos. Un riachuelo que descende de las montañas del norte, el actual Murdan-su o Tavra-su, se había helado. El lago (San Efrén) o estanque (San Basilio), alrededor del cual se había construido la ciudad, era duro como una piedra, tanto que los animales y personas transitaban por él sin peligro alguno (San Gregorio). Aprovechando esta coyuntura mandó el prefecto que se despojara a los mártires de sus vestidos y fueran arrojados sobre el hielo del estanque. Lejos de intimidarse ante aquella cruel orden, «la alegre juventud», en medio de juegos y risas, corrió hacia el lugar del martirio. Los circunstantes que presenciaban aquel insólito hecho quedaron pasmados de ver cómo aquellos jóvenes atletas emprendían una veloz carrera para conseguir cuanto antes la palma del martirio.

La permanencia en aquel lugar de torturas se alargaba, pero mientras el hielo entumecía sus miembros y daba un color lívido a sus carnes, crecía el valor de su ánimo. Tiritaban sus cuerpos, sus miembros iban congelándose uno tras otro, la gangrena hacía su aparición. El prefecto esperaba que el tormento doblegara la voluntad de los mártires, invitándoles a abandonar aquel lugar de torturas y entrar en un estanque próximo de aguas termales. Pero ellos se animaban mutuamente a permanecer fieles hasta la muerte con estas palabras que, en cuanto al sentido, nos ha conservado San Basilio:

«Amargo es el invierno, dulce el paraíso, desagradable es la congelación del cuerpo, pero dichoso el descanso que nos espera. Suframos un poco y después seremos confortados en el seno de los patriarcas. A una noche de torturas seguirá toda una eternidad feliz. Por lo mismo, que todos sean valientes, que nadie de oídos a

las voces del demonio. Somos mortales y, por lo mismo, algún día tendremos que morir, aprovechemos ahora la ocasión cuando se nos presenta en perspectiva inmediata la gloria eterna. Unánime era la siguiente oración: «¡Señor!, cuarenta hemos bajado al estanque, haz que los cuarenta seamos coronados. Que no disminuya este número sagrado que Tú y tu profeta Elías santificasteis con el santo ayuno»»

El desaliento se apoderó de uno de ellos, el cual, secundando los deseos del prefecto, salió del estanque helado y buscó refrigerio en el baño caliente, en donde murió al poco de entrar. No quiso Dios que se defraudara la oración de los mártires. El encargado de custodiarlos, favorecido por una visión y movido por la entereza de los mártires, se declaró públicamente cristiano y manifestó su deseo de compartir los tormentos con aquellos mártires, ocupando el lugar que había dejado el apóstata. Despojóse de sus vestiduras y se arrojó al estanque de hielo, muriendo poco después, juntamente con sus compañeros de suplicio. Era el 9 de marzo del año 320.

No es posible aunar y dar crédito al testimonio de los historiadores en cuanto a las particularidades del martirio. Todos convienen en señalar la naturaleza del mismo, pero difieren en algunos pormenores. Por ejemplo, no puede darse crédito a la noticia conservada por Nicéforo Calixto de que, juntamente con los cuarenta soldados, fueron martirizadas sus mujeres, también en número de cuarenta. La Iglesia griega celebra su fiesta el día primero de septiembre. Tampoco convienen los historiadores en la localización del estanque helado, ni todos mencionan la existencia de unos baños termales en las cercanías. Parece incontrovertible que el martirio tuvo lugar en Sebaste, no lejos de la actual villa de Sivas.

Antes de morir, uno de los mártires, en nombre de todos, redactó un testamento, calificado por los historiadores como «pieza hagiográfica única en su género». Durante algunos años se dudó de su autenticidad, pero a últimos del siglo pasado adujo Bonwetsch buenas razones en pro de la misma. Según Leclercq:

«El conjunto del testamento ofrece tales caracteres de sinceridad y supone situaciones tan concretas, que no permite suponer que sea una pieza hagiográfica fabricada como tantas otras»

La finalidad del testamento era impedir que, después del martirio, los cuerpos de los mártires, que habían muerto juntos por defender las mismas santas creencias, fueran dispersados. En su escrito manifestaban su voluntad de ser enterrados en una sepultura común, en un lugar llamado Sarcim, no lejos de la villa de Zela, en el Ponto. San Gregorio dice que el lugar donde reposaron sus cuerpos no estaba lejos de Ibora, a unas cinco horas de camino de Zileh. Las Actas afirman que todos los mártires eran capadocios, pero no es fácil explicar por qué unos mártires muertos en Sebaste escogieron a Zela, en el Ponto, como lugar de su sepultura.

Según San Basilio, los cuerpos de los mártires fueron quemados y el que escapó del fuego fue precipitado en el río. Cuenta el mismo santo Doctor que, al ir a recoger los emisarios del prefecto los cuerpos de los mártires para quemarlos, vieron que vivía todavía el más joven de ellos, de nombre Melitón. Creyendo que cambiaría de parecer, le dejaron en las riberas del estanque, mientras cargaban con los cadáveres de los otros. Al ver la madre del joven la conducta de aquéllos, se acercó a su hijo y le exhortó a perseverar fiel a su fe hasta morir. El joven así se lo prometió con una ligera señal de su mano moribunda. Entonces aquella valerosa mujer cargó con sus propias manos el cuerpo de su hijo en el carro en que iban amontonados los cadáveres de los otros, temiendo que su hijo no fuera partícipe de la corona que se reservaba a aquellos mártires en el cielo.

El martirio de los cuarenta soldados de la legión XII *Fulminata* fue muy celebrado en la antigüedad cristiana por la valentía de los mismos y su constancia en medio de los tormentos. Con su ejemplo demostraban a los jóvenes su desprendimiento al renunciar a una vida larga y a una situación de privilegio por mantener inhiesta la bandera de Cristo. En su vida supieron hermanar sus deberes religiosos con su condición de soldados, pero cuando el poder humano les exigió que renunciaran a sus creencias cristianas no vacilaron un momento en renunciar a todo lo humano con tal de permanecer fieles a Cristo, derramando su sangre por confesarle. Sus reliquias, según San Gaudencio, eran adquiridas a peso de oro. Su gran panegirista, San Gregorio de Nisa, proclamaba desde el púlpito el gran poder de intercesión

de los santos soldados mártires, diciendo que tenía él tanta confianza en ellos que colocaba sus reliquias junto a los cuerpos de sus padres, para que éstos, al resucitar en el último día, lo hicieran juntamente con sus valientes protectores. Su culto se propagó en Constantinopla. Hacia la mitad del siglo V Santa Melania la Joven hizo depositar sus reliquias en la iglesia del monasterio que ella había edificado en Palestina. En Roma, en el Trastevere, existe una iglesia dedicada a los santos mártires de Sebaste, que sirven los Padres Franciscanos de la provincia de San Gregorio, de Filipinas.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

BASILIO, SAN, *In sanctos quadraginta martyres* PG 31,507s

DELEHAYF, H, «The forty martyrs of Sebaste» *American Quarterly Review* 24 (1899) 161s

FRANCHI DE CAVALIERI, P, *Note agiografiche fascicolo 3 °* (Roma 1909) 64s

GREGORIO DE NISA, SAN, en PG 46,749s

La Pasión o Actas del martirio de estos martires constituye el fundamento de todas las noticias de la antigüedad sobre ellos. El texto O. L. VON GEBHARDT (ed.), Acta martyrum selecta (Berlin 1902)

IECLERCQ, H, «Quarante martyrs de Sebaste» *Dictionnaire d'archeologie chretienne et de liturgie*, t 14 col 2003s

SAN PACIANO

Obispo († 390)

De San Paciano tenemos noticia contemporánea: las líneas que le dedicó San Jerónimo en el libro *De viris illustribus*, escrito hacia el año 392

«Pacianus, in Pyrinaei iugibus, Barcinonae episcopus, castigatae eloquentiae (lección mas segura que castitate et eloquentia que dan algunos manuscritos), et tam vita quasi sermone clarus, scripsit varia opuscula, de quibus est Cervus et contra Novatianos. Sub Theodosio principe iam ultima senectute mortuus est» («Paciano, obispo de Barcelona, en las faldas del Pirineo, de correcta elocuencia, y tan esclarecido por su vida como por su dicción, compuso varios opusculos, entre los cuales el Cervus y contra los novacianos. Murio en la extrema ancianidad, bajo el emperador Teodosio»)

Por el mismo San Jerónimo sabemos que Paciano, casado en su juventud, tuvo un hijo llamado Dextro que ocupó altos cargos en la administración imperial en tiempo de Teodosio y de Honorio. Debió de ser, por tanto, Paciano, de familia distinguida. Sus obras denotan una alta cultura literaria, sagrada y profana, y confirman plenamente el elogio que tributa San Jerónimo a su elocuencia. No quedan pormenores sobre su actuación pastoral en el gobierno de la diócesis barcelonesa. Podemos con todo asegurar, así por la indicación de San Jerónimo como por los escritos del santo obispo, que su celo por el bien espiritual de sus diocesanos fue muy activo e ilustrado.

Aunque no se puede determinar con precisión el intervalo de tiempo en que gobernó la diócesis de Barcelona, parece que debió de regirla por largos años, y se le da como sucesor inmediato de Pretextato, que en 347 asistió como obispo de Barcelona al concilio de Sárdica. Como quiera que Teodosio comenzó a imperar en 379, la muerte de San Paciano debe colocarse entre esta fecha y 391, ya que en 392 la conocía San Jerónimo.

San Paciano nos es conocido por sus escritos. Se ha perdido uno de los que cita San Jerónimo, el *Cervus*, de cuyo contenido tenemos no obstante alguna noticia por el mismo Paciano en su *Paraenesis*. Nos quedan, además, sus tres cartas *ad Simpronianum Novatianum* y un *Sermo de baptismo ad catechumenos*. Tampoco se ha conservado, si es que llegó a escribirlo, otro tratado o carta contra los novacianos, a que el mismo santo alude en su tercera carta a Simproniano. ¿Sería el tratado que cita San Jerónimo, o se refiere éste a sus cartas a Simproniano? El conocido investigador dom Germán Morin, OSB, había atribuido a San Paciano otras dos obras: *Ad Iustinum manichaeum contra duo principia et de vera carne Christi*, que en los manuscritos se dice del retórico africano Cayo Mario Victorino, y el anónimo *De similitudine carnis peccati contra manichaeos*. Este último escrito tiene por autor al presbítero Eutropio, como demostró el padre José Madoz, SI; ni son claros los argumentos en favor de la paternidad del primero. Se admiten, pues, como obra de San Paciano, los cinco opúsculos citados.

Estos escritos, aunque breves, dan a San Paciano un lugar apreciable en la patrología del siglo IV, como testigo y doctor de

la doctrina católica en puntos importantes, y por otra parte nos ponen de manifiesto el espíritu religioso y lleno de celo por el bien de los fieles a él encomendados de un obispo santo, conforme al dechado que diseñó San Pablo en sus cartas a Timoteo y Tito.

El escrito perdido *Cervus* (o *Cervulus*, como él dice) era, según él mismo refiere, una celosa diatriba contra los perversos e impúdicos desórdenes que se cometían, aun por algunos cristianos, en una especie de carnaval de primero de año, mala costumbre conocida ya por otros autores eclesiásticos y disposiciones de los concilios de aquella época. Para entregarse la gente más libremente y sin pudor a la maldad, se disfrazaban en figuras monstruosas de animales, las más ordinarias de ciervos, de cabras y de terneras.

El *Sermo de baptismo* es una instrucción a los competentes, catecúmenos ya próximos al bautismo. En ella les quiere enseñar San Paciano «cómo nacemos y nos renovamos en el bautismo». Expone primero el estado de muerte y degradación en que yace el hombre antes del bautismo, explicando con toda precisión, según el capítulo V de la carta de San Pablo a los Romanos, la doctrina del pecado original, en forma interesante para la historia del dogma, ya que atestigua la clara conciencia que de esta doctrina tenía la Iglesia en vísperas de la negación pelagiana y antes de la defensa y ulterior explicación que de ella hizo San Agustín. De esta muerte nos sacó Cristo; tomando la naturaleza humana, redimió al hombre de la esclavitud del pecado y lo presentó puro e inmaculado a los ojos de Dios. Describe el santo con viveza la lucha que sostuvo Cristo en su vida con el demonio y sus ministros hasta la muerte de cruz, a la que siguió la gloria de la resurrección. Esta victoria de Cristo se hace nuestra; porque, así como naciendo en Adán se hizo el hombre pecador, así renaciendo en Cristo se hace santo. Cristo nos engendra en la Iglesia por el bautismo, para que, como Cristo resucitó, así nosotros vivamos vida nueva, a la que fervientemente les invita el santo obispo.

Las tres cartas a Simproniano son más citadas por su importancia en la teología penitencial. Era Simproniano, a lo que parece, un hombre distinguido (San Paciano le llama «clarissi-

mus»), que se había separado de la unidad católica, adhiriéndose al cisma herético de los novacianos, que ya hacía siglo y medio hería a la Iglesia. En la primera carta que Simproniano escribió al obispo de Barcelona, sin declararse claramente novaciano, se oponía al nombre de católica que se da a la Iglesia verdadera, y al perdón de los pecados por la penitencia. Paciano le contesta defendiendo el nombre de católica por el ejemplo de los santos y doctores anteriores, en particular de San Cipriano, cuyas doctrinas se apropia Paciano, y por la necesidad de distinguir con un nombre la Iglesia «principal», en medio de la confusión sembrada por las herejías. Aquí tiene Paciano la hermosa sentencia: *Christianus mihi nomen est; catholicus vero cognomen*, «Cristiano es mi nombre, católico mi apellido». Católico significa, según el santo, unidad y obediencia total de todos, la Iglesia es católica porque es una en todos y una sobre todos: «in omnibus una et una super omnes». El perdón de los pecados por la penitencia lo defiende Paciano con ardiente y sentida elocuencia y una abrumadora serie de testimonios de la Sagrada Escritura.

«Nunca amenazaría Dios al que no hace penitencia, si no perdonase al penitente. Pero diras “Solo Dios puede hacerlo”, es verdad, pero lo que por sus sacerdotes hace es potestad suya»

En la segunda carta responde caritativa pero claramente a las argucias e indicios de poca buena voluntad con que reaccionó Simproniano a la primera del santo obispo.

La tercera, la más larga, un verdadero tratado, es la refutación de los argumentos de los novacianos, expuestos en un escrito que le había remitido Simproniano. La doctrina de este escrito era «que después del bautismo no se puede hacer penitencia; que la Iglesia no puede perdonar el pecado mortal; más aún, que ella misma perece al recibir a los pecadores». Es importante esta precisión con que por San Paciano conocemos el estadio contemporáneo de la doctrina novaciana, que varió mucho en los cuatro o cinco siglos que perduró. Con viveza y elocuente energía rechaza San Paciano los sofismas de los que se llamaban a sí mismos «cátaros», puros, porque no querían admitir a reconciliación a los pecadores penitentes. La historia de Novaciano, su jefe, le proporciona al obispo armas eficaces de combate. La santidad de la Iglesia, en la que pretendían fun-

darse, le da ocasión para explayar en cálidas frases su amor a ella, no sólo virgen y Esposa de Cristo, sino su mismo cuerpo, madre fecunda y llena de compasivo amor hacia sus hijos pródigos, que no se mancha por exhortarlos a penitencia y acogerlos plenamente en su seno después de cumplida la satisfacción, que no era ciertamente cosa de placer. Toda esta refutación de los errores novacianos, rica en textos bíblicos, con que deshace las falsas interpretaciones de los herejes, está impregnada de santa indignación por las argucias con que engañan a sus seguidores, pero también de caridad hacia su corresponsal, a quien invita con el espectáculo de la Iglesia católica en su unidad y universalidad, «la reina vestida toda de oro con matices de varios colores [...], la vid rica en ramos que campean en sus largos sarmientos [...], la casa grande que muestra su opulencia en preciosos vasos de oro puro y tersa plata, pero no se averguenza en servirse también de vasos de barro y madera».

La *Paraenesis, sive libellus exhortatorius ad paenitentiam* nos resarce en parte de la carencia del opúsculo que se proponía escribir San Paciano como complemento de sus cartas a Simproniano. Trata el santo directamente de la penitencia pública que se practicaba por ciertos pecados más graves, pero sus exhortaciones tienen carácter general y son aptísimas para mover al pecador a salir de su estado por la penitencia. Divide el santo su exhortación en cuatro partes. En la primera declara cuáles son estos pecados por los que se imponía la penitencia pública: apostasía, homicidio, adulterio y fornicación, sin que pretenda dar una distinción adecuada entre pecado mortal y pecado venial. En la segunda acosa con celo pastoral a los que por vergüenza no quieren manifestar sus culpas, *post impudentiam timidos, post peccata verecundos, qui peccare non erubescitis et erubescitis confiteri*, «tímidos después de la impudencia, vergonzosos después del pecado, que no os avergonzáis de pecar y os avergonzáis de confesar». La tercera se dirige a los que, manifestadas sus culpas, no tienen valor para sujetarse a las obras penosas de la penitencia pública, semejantes a los enfermos que, declarada su enfermedad, no quieren sufrir la cura dolorosa que el médico juzga necesaria. Por último les exhorta vivamente a la penitencia con la simple representación de los castigos con que la Sagrada Escritura

amenaza a los impenitentes, y con la promesa del perdón para los que con la penitencia se humillan ante Dios, recordándoles una vez más las parábolas evangélicas de la dracma y la oveja perdida y el regocijo de los ángeles por el pecador arrepentido.

El culto de San Paciano no figura en los libros litúrgicos mozárabes. Las primeras menciones de San Paciano son de los martirologios del siglo IX, en los santorales y misales de Barcelona se halla la fiesta del santo el 9 de marzo desde el siglo XII, y actualmente tiene en la diócesis rito doble mayor. Los trabajos emprendidos en el siglo XVI por el obispo de Barcelona don Juan Dimas Loris para hallar los restos del santo, no condujeron a resultados ciertos.

JOSE M. DALMAU, SI

Bibliografía

Act SS Boll 9 de marzo

DALMAU, J. M., «La doctrina del pecat original en S Pacia» *Analecta Sacra Tarraconensis* 4 (1928) 203s

JFRONIMO, SAN y RUFINO, en PL 13,1051s

MORIN, *Un traite inedit du IV siecle Le «De similitudine carnis peccati»* Et Text Dec, t I 18s

NOGUERA, V (ed), *D Paciani episcopi barcinonensis opera quae extant* (Valencia 1780)

TILLEMONT, L. S. DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles*, VIII (Venecia) 539s

SANTA FRANCISCA ROMANA

Viuda y fundadora († 1440)

Francisca nació en Roma a comienzos de 1384 Su padre fue Pablo de Bassi y su madre Giacobella de Roffredeschi, pertenecientes, ambos, a nobles familias emparentadas de cerca con los Orsini, Savelli y los Mellini.

De ingenio despierto y madurez que hoy llamaríamos precoz, la vida de Francisca como cristiana responsable comienza muy pronto. Con muy pocos años su madre la educa en las piadosas costumbres de la época: vida austera, abstinencias, oración, lecturas santas, se hacían cada día visitas a las iglesias en donde se podía ganar las indulgencias y comenzó a demostrar un gran celo por la práctica de aquella costumbre de las estacio-

nes romanas a la manera de los primeros siglos. La iglesia favorita de su madre era Santa María Nuova (más tarde llamada Santa Francisca Romana) confiada a los monjes benedictinos de Monte Oliveto. Allí, Giacobella confió la dirección de su hija al monje Antonio di Monte Savello, dirección que duraría treinta y cinco años; todos los miércoles, Francisca iba a confesarse con él; y le consultaba sobre sus ocupaciones, sus ejercicios religiosos, sus estudios, obedeciéndole exactamente en sus menores avisos. A los once años, Dios la favoreció con gracias extraordinarias, pero sobre todo con un deseo ardiente de servir a los pobres y de hacer el bien a todos.

Francisca sintió pronto inclinación hacia la vida del claustro, pero al comunicárselo a su director, éste para ponerla a prueba, le hizo practicar las austeridades de una de las órdenes religiosas más severas. Inquietos sus padres ante esas prácticas preguntaron a la pequeña qué estaba sucediendo y entonces Francisca les confesó su deseo. No fue del agrado del padre su respuesta pues, según costumbre de la época, ya había prometido su hija como futura esposa a Lorenzo Ponziani, joven de noble familia y todo un caballero en cualidades, carácter y fortuna. El corazón de Francisca desfalleció ante el propósito paterno e intentó inútilmente, con oraciones y lágrimas, conseguir cambiarlo. Su padre permaneció inflexible. Entonces, de acuerdo con su director, la joven dio su consentimiento, y la boda se celebró con gran satisfacción de las dos familias. Francisca fue acogida con alegría y ternura en la casa de su esposo. A pesar de todo, no pudo ocultar su pena íntima a las miradas penetrantes de Vannoza, la mujer de Paluzzo, el hermano mayor de Lorenzo. A esta hermana, a la que le unió un amor y cariño grande hasta la muerte, le confió el secreto de su pena: la de no poder haber sido enteramente del Señor, en la vida religiosa. Recibió los consuelos de su cuñada y éste fue el punto de partida de una amistad que iba a ser, para las dos, fuente de los mayores consuelos en adelante.

Francisca, sin embargo, se manifestó una esposa amante y abnegada. Conformándose a los deseos de Lorenzo, consintió en presentarse en público con todo el decoro de su posición, llevando vestidos preciosos y las joyas que su esposo le prodiga-

ba, aunque algunos sabían que bajo los suntuosos tejidos, junto a la piel llevaba una tosca túnica de estameña. Por otra parte, fiel a sus piadosas costumbres, continuó todos los miércoles sus visitas a Santa María Nuova para confesarse con el P. Antonio, y comulgaba con la misma ferviente devoción. Se levantaba muy temprano, rezaba y hacía su lectura espiritual. Durante el curso del día, si tenía un momento libre, lo aprovechaba para orar o hacer una visita a una iglesia, cada sábado, iba a visitar al dominico, prior de San Clemente, que la instruía en todo lo referente a la doctrina cristiana.

Esta vida austera no gustaba a la gente mundana, por eso comenzaron a criticarla, se la puso en ridículo y pidieron a Lorenzo que le prohibiera esas «excentricidades». No obstante, ni él ni los otros miembros de la familia pusieron el menor reparo a Francisca, a la que todos, en su familia, consideraban un ángel de paz.

De pronto la joven cayó enferma y se puso en peligro de muerte. Fueron grandes los temores en los padres, familiares y amigos que vieron en esta enfermedad un castigo divino, el padre, sobre todo, se reprochaba interiormente haberse opuesto a la vocación de su hija. Sólo Francisca estaba tranquila, poniendo su vida en manos de Dios. La gravedad de la enfermedad se mantuvo un año entero. Cuenta ella que San Alejo, el del Aventino, se le apareció dos veces, preguntándole la primera vez si deseaba curarse y en la segunda le dijo que Dios quería que permaneciera en este mundo para glorificar su nombre. Entonces San Alejo echando sobre ella su manto, desapareció dejándola completamente curada. Francisca se levantó a toda prisa para dar gracias a Dios, y sin despertar a los sirvientes, fue a contar su visión a Vanozza: «Ahora que esta amaneciendo, añadió, démonos prisa en ir las dos a Santa María Nuova y a la iglesia de San Alejo, en acción de gracias». Cuando volvieron a casa, todos miraban a Francisca como una recién resucitada.

La enfermedad hízola meditar profundamente sobre los planes de la Providencia, y junto con Vanozza se propusieron llevar una vida más concorde con el evangelio. Se pusieron de acuerdo en renunciar a las diversiones inútiles para consagrar más tiempo a la oración y a las buenas obras. En una especie de

gruta que tenían al final del jardín pusieron un oratorio; establecieron ciertas horas del día para las obras de caridad, como era visitar el hospital del Santo Espíritu, cuidar a los enfermos, distribuir limosnas a los más necesitados, etc. Pero el director no quiso permitirles que abandonaran las ropas espléndidas de las mujeres de su rango, aunque las autorizó a llevar bajo sus magníficos vestidos un tosco vestido de lana, y poder practicar secretamente diversas austeridades corporales.

El pueblo de Roma llegó pronto a considerarlas como dos santas y otras nobles damas atraídas por su ejemplo tomaron la resolución de seguir sus pasos. El maligno, por su parte, emprendió una serie de pertinaces agresiones para dificultar el progreso de estas almas heroicas, con tentaciones, sufrimientos y terribles percepciones espectrales. Una de estas trampas fue la de sugerir a Cecilia, su suegra, la idea de que la vida ascética necesariamente alteraba su salud; de ahí, las dificultades que comenzaron a ponerles a sus prácticas caritativas y de devoción, tratando de que, por intervención de sus maridos, las abandonasen. Un día, en julio de 1399, Francisca y Vanozza habían ido a San Pedro del Vaticano; se ensimismaron en la oración y no salieron de la Basílica hasta pasado el mediodía. Se lanzaron presurosas a través de las calles menos frecuentadas para llegar pronto a su casa; en el camino se acercaron un momento al Tíber para refrescarse con un poco de agua; al inclinarse sobre el río, Francisca recibió un golpe violento, de una fuerza invisible, que la lanzó al agua. Vanozza, por ayudarla, también cayó con ella; y mientras la fuerte corriente se las llevaba abrazadas sin dejarles entrever un medio de salvación, clamaron a Dios en su angustia, y al instante se encontraron sanas y salvas en la orilla.

Por aquel tiempo, Francisca recibió del cielo el favor de tener, en su ángel de la guarda, un auxiliar temible que la reprendía de las faltas más ligeras. A la menor imperfección, antes incluso que ella tuviera tiempo de echárselo en cara ella misma, sentía el golpe de una mano misteriosa, y el ruido de este golpe invisible podía ser oído por los que estaban a su alrededor. Una vez que se había abstenido, por respeto humano, de interrumpir una conversación demasiado frívola, el golpe «angélico» fue dado con tal fuerza que llevó la marca durante varios días. Le

vino la tentación de esconder a su director las gracias y favores de que era objeto, o al menos de no darle a conocer más que una parte. La primera vez que fue a confesarse después de este suceso, se abstuvo de mencionar esta gracia. Al instante, fue echada por tierra por mano de su celeste vigilante; confeso entonces a su director, con viva contrición, la falsa humildad que la había engañado, y le reveló, con perfecta franqueza, todas las gracias pasadas y presentes de Dios para con su alma. Desde aquel momento siempre le expuso todo a su confesor con total sencillez y candor infantil.

En el año 1400 tuvo su primer hijo, que fue inmediatamente bautizado en la Iglesia de Santa Cecilia «in Trastevere» (margen derecho del Tíber), recibiendo el nombre de Juan Bautista; Francisca quiso darle el pecho ella misma, y, para prodigarle todos sus cuidados, no dudó en sacrificar algunas prácticas de caridad y de devoción. Lo educó, corrigiendo sus ataques infantiles de terquedad, obstinación, y cólera, enmendó sus defectos sin ceder nunca a sus lágrimas y a su impaciencia. Un año después del nacimiento de Juan Bautista, Francisca perdió a su suegra, y aceptando la voluntad de toda su familia, se encargó de gobernar la casa de los Ponziani. Lo hizo con tanta disposición e inteligencia que todos tenían tiempo para cumplir sus deberes religiosos, pues la salvación de sus almas era la primera de sus preocupaciones. No podía tolerar que Dios fuera insultado en su casa, y aunque era la más dulce y la más tímida de las mujeres, supo desplegar en esas ocasiones la mayor firmeza. Si alguno de la casa caía enfermo, era ella su enfermera, y la última de sus criadas era atendida por ella como una madre y una hermana; y si el mal presentaba algún peligro iba a buscar un sacerdote, incluso a altas horas de la noche. Se cuenta que estando su cuñada Vanozza seriamente enferma y no pudiendo tomar ningún alimento, quiso comer un pescado que no se le podía proporcionar, Francisca rogó a su Señor que le consiguiera aquel pescado con una fe ardiente y una ingenua simplicidad, y su oración fue escuchada, y Vanozza, habiendo comido de este pescado, recobró la salud.

Cuando una hambruna y la peste se abatieron doblemente sobre Roma, Francisca se mostró de una gran liberalidad en so-

correr a los pobres. Su suegro se alarmó, pues ya había vendido todas las provisiones que no eran indispensables para su uso y el de sus hijos. Es más, sobreponiéndose a toda falsa vergüenza, Francisca y Vanozza se hicieron mendicantes para socorrer a los pobres; se las vio estacionadas en las puertas de las iglesias, llamar a las puertas de los palacios, seguir a los ricos en las plazas públicas, recibir con alegría sus limosnas, y también los rechazos y las palabras hirientes. Un día, cediendo a una inspiración repentina, Francisca dijo a su cuñada y a una sirvienta: «Venid conmigo al granero, a ver si con suerte encontramos entre la paja algunos granos de trigo para los pobres». De rodillas, durante varias horas, cribaron la paja y a fuerza de trabajo recogieron unos kilos de trigo que se llevaron gozosas. Lorenzo, el marido, llegó en aquel momento al granero, y en lugar de la paja amontonada, vio como unas cuarenta fanegas de trigo tan dorado y tan brillante que se hubiera dicho madurado en el paraíso y recogido por los ángeles. El mismo prodigio se produjo al querer llevarles un poco de vino, cuando fue recogido por Francisca lo poco que quedaba en un tonel, se comprobó que al instante volvió a estar lleno del vino más exquisito. Una especie de temor reverencial se adueñó de Lorenzo a la vista de estas maravillas y desde entonces dejó a su esposa completamente libre para ordenar sus obras y disponer de su tiempo. Francisca, con el permiso de su director, puso, pues, por obra un deseo largamente esperado: vendió sus ricos trajes, sus joyas, sus adornos, y distribuyó el dinero entre las familias pobres; en adelante no se vistió sino con ropas sencillas y colores poco vistosos. Sus mortificaciones aumentaron; sin embargo, continuó ocupándose de sus hijos, del arreglo de su casa, de ir a visitar los hospitales y a los pobres enfermos en sus domicilios, y de frecuentar las iglesias por la mañana y por la tarde.

A los veinte años de edad dio a luz a su segundo hijo, Juan Evangelista, que fue bautizado el mismo día en que nació. Fue un niño dotado maravillosamente por el cielo, pues a los tres años, ya tenía la facultad de leer y pronosticar el futuro de los hombres. Predijo a su padre que sería peligrosamente herido, lo que sucedió cuando Roma fue invadida por las tropas de Ladislao Durazzo. Tres años después de Evangelista, nació su her-

mana Inés, que era en todo muy parecida a su hermano. La madre, pensando que quizá un día podría ser religiosa, empezó a cuidarla con más cuidado y atención que a sus hermanos.

En 1400 dos mujeres piadosas, Rita Celli y Lucía Aspalli, se unieron al grupo de Francisca y Vanozza. Asistían a los sermones que los franciscanos y los dominicos predicaban algunas veces en la iglesia de *Ara coeli*. Su director espiritual les había permitido comulgar varias veces por semana, práctica considerada en esta época como un privilegio. Uno de los sacerdotes de Santa Cecilia, donde comulgaban habitualmente, escandalizado de esta frecuencia entre mujeres casadas, persuadido de que no podían tener las disposiciones requeridas se aventuró a darles una forma no consagrada. Dios reveló a Francisca aquel fraude e informó a su director. El P. Antonio desveló al culpable el secreto que le había sido confiado y éste, asombrado, confesó su culpa, implorando perdón a Dios y a Francisca.

En esta época de su vida, permitió Dios que el maligno pudiera asaltar a Francisca con violentas y aparatosas manifestaciones, mas estos asaltos fueron siempre vencidos por la gracia y la serenidad de Francisca. Contó que una vez, durante algunos minutos estuvo suspendida por los pelos sobre un precipicio; ella, sin asustarse, se encomendó a Jesús y al instante se vio sana y salva en su casa, este caso tuvo como consecuencia que Francisca se cortase su hermosa cabellera en reconocimiento a Dios que la había salvado del infernal enemigo.

Unos años más tarde, en 1409, comenzaron tremendas calamidades temporales para Roma. Por haber defendido la causa de la Iglesia, Lorenzo Ponziani, como le había predicho su pequeño Evangelista, fue traidoramente herido por un tremendo golpe y se le dio por muerto. Su esposa al llevarse la noticia pareció un instante abrumada por el dolor, pero reponiéndose, levantó los ojos al cielo, perdonó al asesino e hizo el sacrificio de la vida de Lorenzo y de la suya propia. Entonces saliendo al encuentro de los que traían el cuerpo de su marido, observó en él algunos síntomas de vida y envió a buscar a un sacerdote y un médico; inspiró a Lorenzo, en el entretanto, palabras de perdón para sus enemigos y sobre todo para su asesino. Le infundió una firme confianza en Dios y a fuerza de cuidados pudo de-

volverle a la vida. Sin embargo, en estas contiendas el conde de Traya descargó su venganza contra las familias afectas al Papa, siendo una de ellas la de los Ponziani; hizo arrestar al marido de Vanozza, quiso tomar como rehén al joven hijo de Lorenzo, de ocho años, y juró que en caso de no cumplir sus órdenes daría muerte a su tío Paluzzo. Francisca no sabía qué partido tomar; consultar a Lorenzo en aquellas circunstancias podía producirle la muerte, y por otra parte no podía entregar a su hijo. Pensó entonces en esconderlo. El P. Antonio, con el que pudo ponerse en contacto, le ordenó, sin embargo, que llevara al niño al Capitolio; obedeció, sabiendo bien que aquello era como entregar su hijo al tirano. Sin pensarlo más, se fue a la iglesia del *Ara coeli* (que está en el Capitolio, junto a la residencia del antiguo gobernador romano) y prosternada en el interior de la basílica ante la imagen de la Virgen, le pareció oír estas palabras: «No temas nada, estoy aquí para protegerte». Llegó, entonces, a la puerta el conde de Traya, mandó recoger al niño, le hizo subir sobre su caballo y quiso llevárselo; pero la cabalgadura rehusó andar y moverse de aquel sitio. Asustado el conde por tal anomalía, devolvió al niño a su madre que no había dejado de rezar ante el altar.

Después de la muerte de Alejandro V, en 1410, Ladislao vino sobre Roma por segunda vez; engañando al Papa recién elegido, simulando que venía en son de paz, tomó Roma entregándola al pillaje. Aconsejaron a Lorenzo que huyese enseguida y Francisca se vio expuesta a los más grandes peligros, al quedarse sola, sin protección, con sus dos jóvenes hijos Inés y Evangelista. Bien pronto la muerte le arrebató a este último. El palacio devastado fue transformado temporalmente en un hospital en el que Francisca y Vanozza recogían los niños y los enfermos, curando a muchos y convirtiendo otros. Pero los recursos faltaban, y las dos caritativas damas tuvieron que volver a mendigar para sus huéspedes. Se vio a Francisca ir a la pequeña viña que poseía cerca de San Pablo «extra muros» y recoger haces de leña y ramas secas, colocarlo todo sobre un asnillo y atravesar la ciudad, parándose ante las casas de los pobres para repartirles el fruto de sus trabajos. Estos actos de caridad fueron acompañados de muchos milagros en los que los muchos enfermos recobraron la salud.

Un año después de la muerte de Evangelista, su querido hijo se apareció a su madre para revelarle la gloria que gozaba en el cielo, y anunciarle la próxima muerte de Inés. Murió en efecto también su hija y la virtud y fortaleza de Francisca en la fe se vio recompensada con poder tener siempre a su lado —visible sólo para ella— a su pequeño Evangelista. Hacia 1414 cayó enferma de peste, y casi todos la abandonaron temiendo el contagio. Sólo Vanozza se quedó a su cabecera. Tranquila en medio de sus sufrimientos, Francisca cumplía sus obras de devoción en cuanto sus fuerzas se lo permitían. Dios no consintió que muriese y después de varios meses de largos sufrimientos, súbitamente quedó restablecida en perfecta salud. Finalmente, a la muerte de Ladislao, quedó restablecida la paz en Roma.

También terminaron los sufrimientos de los Ponziani que pudieron regresar del exilio, siéndoles devueltas sus propiedades. Lorenzo y Bautista, el único hijo que les quedaba, volvieron a su palacio; Francisca, a fuerza de oraciones, obtuvo de su marido que se reconciliara con su enemigo. Lorenzo, renunciando a la vida pública, se entregó casi enteramente a las prácticas de perfección, Francisca por su parte ejercía fuera un apostolado verdaderamente fecundo, convirtiendo de su descarrito, incluso, a un monje benedictino.

Por aquella época la obediencia de Francisca fue recompensada con un hecho prodigioso. Ella y Vanozza pidieron permiso a su director para visitar la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén; el director se lo concedió, con la condición de que, durante la peregrinación, no levantaran ni una sola vez los ojos para mirar a su alrededor. Cuando pasaban, de este modo, cerca de San Juan de Letrán, oyeron gritos de terror pues un toro se había escapado y, asustado por los gritos, iba chocándose con todo lo que encontraba. Las dos mujeres continuaron andando tranquilamente, los ojos fijos en la tierra; el toro, a su vista, se paró, permaneció tranquilo y no volvió a su carrera hasta que ellas hubieron pasado. Ellas, al parecer de todos, ni se dieron cuenta de lo acontecido.

Con el casamiento de su hijo Bautista, volvieron las pruebas sobre la familia pues la nuera no debía ser muy devota, sin embargo, gracias a las oraciones de la suegra se la pudo atraer y ponerla en el buen camino. Francisca puso al frente de la casa a la

esposa de su hijo y ella pudo, por fin, entregarse sin reservas al servicio de los pobres y de los hospitales. Fue entonces cuando se empezó a gestar la obra que la convertiría en fundadora de una orden religiosa. Lorenzo le dio completa libertad de acción, poniendo como única condición que viviese en casa y no dejara de guiarle por el camino de la santidad.

La iglesia de Santa María Nuova, cerca del Foro, estaba atendida desde hacía unos cincuenta años por los benedictinos del Monte Oliveto, congregación fundada en 1319 por el Beato Bernardo Tolomeo. La congregación que fundó Francisca quedó constituida sobre este modelo. En sus visitas a esta iglesia, Francisca había encontrado, a menudo, otras mujeres, sus amigas y cooperadoras. Una tarde, saliendo de sus rezos, les habló de la Orden de San Benito, de la santidad de su fundador, de las virtudes y buenas obras de sus miembros, y de las facilidades que tendrían en poder participar de sus méritos y de sus privilegios. Acogieron ellas de buena gana estas ideas. El P. Antonio, al que se le habló del proyecto, se mostró favorable, y así se formó la Asociación de las Oblatas de María, admitidas a participar en los sufragios y en los méritos de la Orden de San Benito. El 15 de agosto de 1425, nueve damas romanas junto con Francisca se ofrecieron al servicio de Dios y de la Santísima Virgen, mediante la misma fórmula que utilizan los monjes benedictinos, afiliándose sencillamente a la Orden pero sin emitir votos solemnes. Así se dio comienzo a la Comunidad de la que Francisca fue madre y fundadora. En los primeros tiempos, su director, el P. Antonio, no les asignó ninguna ocupación especial; sólo les recomendó la sumisión más escrupulosa a los mandamientos de Dios y de la Iglesia, moviéndolas a tener siempre una tierna devoción a la Madre de Dios, a la participación en los sacramentos, al ejercicio de todas las virtudes cristianas, y a darse a algunas obras de caridad. Vivían cada una en su casa y sus reuniones tenían lugar cuando, en las fiestas de la Virgen, todas acudían a Santa María Nuova para participar en la misa, comulgar y escuchar la cálida palabra de Francisca a las que todas aceptaban como a su madre en las cosas espirituales, de modo que sus más simples deseos eran para ellas órdenes, sirviéndolas en su conducta como ejemplo a seguir.

En el verano de 1426, Francisca, Vanozza y Rita peregrinaron a la tumba de San Francisco de Asís; se convino en hacer este viaje al estilo evangélico: a pie, sin dinero, sin provisiones y sin las cosas más necesarias. Lorenzo y Paluzzo que habían consentido en la peregrinación, dudaron antes de aceptar esas condiciones. Francisca rogó al Señor para que las dejaran ir pobremente, al final les dijeron: «Id en paz, hacedlo según creáis conveniente, pero rogad por nosotros». De esta peregrinación cosecharon gracias extraordinarias, pero a la vuelta una dura prueba las esperaba: el P. Antonio, su director espiritual, había muerto en su ausencia. Esto causó una pena profunda en Francisca; este docto monje que la había guiado desde su infancia le faltaba en el momento en que ella tenía más necesidad para su fundación. Sin perder ánimo, oró con fervor para tomar otro nuevo guía espiritual y su elección recayó en Juan Mattiotti, párroco de Santa María «in Transtévere», con el que ella se había confesado varias veces. Era éste un hombre de carácter irreprochable y de gran piedad, pero de disposiciones inestables e irresolutas, algo difícil de conciliar para ser un buen director. Su actuación puso a prueba la virtud de Francisca, pero la obediencia y sumisión paciente de ésta, apoyadas en ocasiones en gracias extraordinarias, salvaron todos los obstáculos, para mayor gloria de Dios. Dos nuevas pruebas aparecieron en su camino: el superior mayor de los olivetanos recibió quejas acerca de la nueva afiliación de oblatas y la muerte se llevó a Vanozza, la entrañable amiga y casi hermana de Francisca con la que todo lo había compartido en el camino de la santidad. Como contrapartida, desde aquel momento aumentaron las gracias extraordinarias. Un día oyó una voz dulce y melodiosa que le dijo:

«Tu camino esta sembrado de espinas, varios obstaculos se han puesto para que tu pequeño rebaño pueda ser reunido Pero recuerda que el granizo no sigue siempre a la tempestad, y que el mas brillante sol resplandece a menudo aun en medio de las mas sombrías nubes»

Animada por estas palabras, estudió los medios de establecer su Congregación, y aprovechando unos días en que estaba ausente su marido, reunió a las oblatas en su casa y les expuso su plan para formar una comunidad. Después de diferentes in-

dagaciones, encontró no lejos de Santa María Nuova un edificio al lado de la antigua torre llamada «Torre de los Espejos» (*Tor di Specchi*) cuya adquisición hizo hacia finales de 1432. Francisca, obligada a quedarse con su marido, no pudo unirse a ellas pero se ocupó de redactar las constituciones y las reglas comunitarias; las nuevas normas comenzaron a tratarse y discutirse «capitularmente» con sus piadosas compañeras. Y como no llegaran a ponerse de acuerdo en todo, convinieron en pedir ayuda al cielo. Se cuenta que Francisca tuvo varias visiones en las que la Virgen, San Juan Bautista y San Pablo le «revelaron» cómo debían establecerlo todo. El resultado fue la serie de normativas que, todavía hoy, observan en su conjunto las *oblatas benedictinas de Tor di Specchi*.

El 25 de marzo de 1433, las oblatas en número de diez, después de haber escuchado la santa misa y comulgado en la iglesia de Santa María «*in Trastévere*», marcharon en procesión a la casa que debían habitar. Se vistieron el hábito que prescribía la regla y comenzaron una vida de oración y de caridad, no sin ser blanco de murmuraciones y críticas. El papa Eugenio IV confirmó la regla en 1444. Francisca, comprometida como estaba a permanecer junto a su esposo, no pudo seguir a sus hermanas. Estableció una superiora en la casa, y, en el curso de sus frecuentes visitas-estancias entre ellas, no quiso nunca ser objeto de distinción alguna. No ahorrándose ni siquiera de pedir la bendición a la superiora, Inés de Sellis, al llegar y al marcharse del convento.

Tras cuarenta años de matrimonio, pudo asistir final y amorosamente a Lorenzo durante su larga y penosa enfermedad, y cuando le cerró los ojos, con el permiso de sus familiares, se presentó en Tor di Specchi, no como fundadora, sino como una humilde postulante que solicitaba su admisión: al pie de la escalera, se quitó su ropa negra, su velo de viuda, sus zapatos, y se puso una cuerda al cuello; entonces, de rodillas, besó el suelo, y recitando en voz alta el «yo pecador» en presencia de todas las oblatas, pidió permiso para quedarse entre ellas como la más humilde de sus sirvientas. La abrazaron todas al recuperarla, y la vistieron con el sencillo hábito de la Orden y luego la llevaron a la capilla para dar gracias a Dios. A continuación, en el capítulo,

la superiora Inés de Sellis renunció en seguida a su cargo y todas la pidieron que lo aceptase ella; como Francisca se resistiese a aceptarlo, el director Don Juan tuvo que intervenir para ordenarla que lo aceptara.

El 3 de marzo de 1440 recibió el aviso de que su hijo Bautista estaba enfermo y fue inmediatamente al palacio Ponziani. Al llegar encontró a su hijo mucho mejor, no obstante, consintió en quedarse aquel día con su familia. Pero aquella misma tarde Francisca empezó a encontrarse tan débil que apenas podía tenerse de pie, persistió, sin embargo, en volver a pie al convento. Se detuvo durante el camino en la iglesia de Santa María «in Trastévere», y encontrando al párroco y su director en la capilla de los Ángeles le pidió su bendición. Don Juan al ver su palidez y su agotamiento, la exigió por obediencia que volviera inmediatamente al palacio Ponziani para pasar la noche. Fue para ella una dura prueba: presentia que si no volvía ahora a *Tor di Specchi*, no volvería a ver su monasterio. Obedeció no obstante. Durante la noche se le declaró una violenta fiebre y por la mañana Francisca envió a buscar a su director y dar aviso a sus hijas espirituales. Cuatro de ellas acudieron y comprendieron que su partida de esta tierra no tardaría mucho en llegar. La enferma las consoló dulcemente y las despidió al atardecer; sólo quedó con ella Agustina, que permaneció para velarla y fue testigo de un éxtasis. Nuestro Señor se apareció a su fiel servidora, y le anunció que, en siete días, moriría y recibiría en el cielo su recompensa. Durante los dos días que siguieron, sufrió mucho, pero no dejó escapar ninguna queja. Pidió los sacramentos, se confesó, comulgó, y recibió la unción de los enfermos. Piadosas jaculatorias, y aspiraciones al cielo era lo único que salía de sus labios.

En la mañana del 9 de marzo las oblatas vienen a recibir sus últimas instrucciones. Una sola faltaba, Francisca dei Veroli, retenida en cama por una grave enfermedad. Las últimas palabras de Francisca a sus hijas fueron conmovedoras y consoladoras:

«Amaos las unas a las otras y sed fieles hasta la muerte. Satan os atacara como me ha atacado a mí, pero no temais nada, le venceréis por la paciencia y la obediencia, ninguna prueba sera demasiado dolorosa si estais unidas a Jesus»

Después dio las gracias a su director, Don Juan, en su nombre y en nombre de la Orden. En aquel momento, su hijo Bautista entró en la habitación. Echó sobre él una mirada escrutadora y le dijo: «¿Será posible que te hayas peleado con los pobres pastores y que hayas cambiado la gloria de Dios por un trato con el infierno?». Las lágrimas y los signos de arrepentimiento de Bautista ante su madre probaron a los asistentes que no estaba delirando; el hijo confesó ante todos que había consultado en secreto a una bruja para saber si su madre se curaría. Ninguno conocía tales manejos, por lo que la censura de la moribunda cayó sobre él como un reproche directo de Dios y como una advertencia solemne para el resto de sus días.

Al final del día, Francisca estaba ya muy débil. «¿Qué dices?», le preguntó su director, en un momento en que la vio mover los labios. «Rezar las Vísperas de la Santísima Virgen», repitió con voz muy débil. Desde su infancia había tenido la piadosa costumbre de hacer este acto litúrgico en honor a María y quería mantenerla hasta su muerte. Después su rostro se volvió resplandeciente y luminoso. Su confesor le preguntó por última vez qué veían aquellos ojos tan brillantes y vivos: «Veo el cielo abierto —murmuró—. Han llegado los ángeles y el mío ha concluido su tarea; está de pie delante de mí y me indica que le siga». Fueron sus últimas palabras. Una sonrisa maravillosa brilló sobre su rostro y su alma dejó la tierra.

Francisca Romana ha dejado constancia escrita de noventa y siete visiones que ella misma dictó a su confesor. Se encuentra el texto latino de estas narraciones en los bolandistas, *Acta sanctorum*, en el día de su muerte, 9 de marzo.

Muchos milagros siguieron a la muerte de Francisca: una muchedumbre de romanos fueron al palacio de los Ponziani para orar junto a su cuerpo y para intentar llevarse algunas reliquias; siguiendo el deseo por ella manifestado, su cuerpo fue enterrado en Santa María Nuova. Cuando el cortejo pasó cerca de *Tor di Specchi* donde se encontraba la oblata enferma, Francisca dei Veroli, ésta pidió que la sacasen fuera de casa y le dejaran llegar hasta el cuerpo de Francisca; quedó curada con sólo tocarlo.

Aunque desde el primer momento se hicieron indagaciones y se recogieron datos sobre la vida de Francisca y se trabajó

para que fuera canonizada, esto no ocurrió hasta dos siglos más tarde bajo el pontificado de Paulo V en 1608. Interrogado sobre la oportunidad de este acto, el santo cardenal Bellarmino manifestó: «La proclamación de la santidad de Francisca aprovechará de un modo admirable a muy diversas clases de personas: a las vírgenes, a las mujeres casadas, a las viudas, a las religiosas». Después de la canonización la iglesia de Santa María Nuova comenzó a ser llamada «iglesia de Santa Francisca Romana», tal como hoy se la conoce. *Tor di Specchi* sigue albergando a sus hijas, las oblatas benedictinas, con la nota curiosa de ser, en esa sola casa, comunidad y Orden entera, al mismo tiempo.

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

- BALDOT, J CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des Saints et des bienheureux* , III (Paris 1941) 197 211
CROISSET, J, SJ, *Año cristiano Marzo* (Barcelona 1862) 144 151
LEAL, J, SJ, *Año cristiano* (Madrid 1946) 252 256
MORALES, T, SJ, *Semblanzas de testigos de Cristo para los nuevos tiempos Marzo* (Madrid 1944) 91 97
PEREZ DE URBEL, J, *Año cristiano, I Enero Marzo* (Madrid 1940) 392-394

SANTA CATALINA DE BOLONIA

Virgen y religiosa († 1463)

Una serie de coincidencias nada comunes van a hacer de esta santa una de las más populares de nuestro martirologio, cuando su vida fue normalísima aunque muy atractiva por vivirla en entrega heroica. Esas coincidencias tienen que ver con la renovación de las religiosas clarisas, sus escritos místicos y el perfume de su cadáver.

Para formarnos una idea del personaje ante el que nos hallamos nos basta repasar la *Chronica seraphica*, que ya en el año 1719, en su quinta parte, bajo el título de la «Vida Admirable de la gloriosa Santa Catalina de Bolonia, Virgen de la esclarecida Orden de Santa Clara», le dedica 158 páginas, escritas a dos columnas.

La enumeración de los capítulos sin más es suficiente para comprender la vida de tan especial mujer santa: nos hablan

de la terrible desolación de espíritu, que padeció la Sierva de Dios por espacio de cinco años. De sus conflictos y tribulaciones. De su profunda humildad, paciencia, obediencia, altísima pobreza, alentada confianza, castidad angélica, rigurosa penitencia, fe obsequiosa, esperanza ardiente, encendida caridad, abrasado celo por la gloria de Dios y de las almas, milagrosa caridad, prodigiosa misericordia, amor tiernísimo al Niño Jesús, ardiente devoción a la Eucaristía y a Cristo Crucificado, milagros con que ya en vida se vio favorecida, singulares favores recibidos...

Y cuando ya nos tiene deslumbrados, el autor serafico pasa a la narración de los hechos históricos y biográficos de la Santa, donde se ponen de manifiesto una amplia serie de acontecimientos, incluso milagrosos, realmente deslumbrantes, de los que forman también parte enfermedades, pruebas, cargos, escritos... verdaderamente deslumbrantes.

Cuesta trabajo, por lo tanto, intentar condensar una vida con tan excepcionales dimensiones en lo divino más que en lo humano.

Catalina nació en Bolonia el 8 de septiembre de 1413, en el seno de una familia de la más exquisita nobleza italiana. Su padre Juan era gentilhomme de Ferrara, de la ilustre familia de los Vigneri. Su madre Benvenuta Mammolini, de la familia de los Accomini de Bolonia. Muy pronto se traslada a Ferrara, la patria de su padre. A los catorce años fue nombrada dama de honor de la princesa Margarita de Este, hija de Nicolás III, pasando entonces a vivir en la corte, donde recibe una esmerada formación acorde con los sentimientos de aquellos instantes que ya se barruntaban como renacentistas. Catalina aprende latín, música y pintura.

Muy pronto, en 1426, se casa la princesa Margarita y Catalina se aleja de la corte. Se une a un grupo de unas cincuenta damas con el objetivo de formar una congregación piadosa dirigida por Lucía Mascheroni, tomando como sede la casa de ésta. El experimento no cuaja y después de cinco años se fracciona el grupo y Catalina con algunas otras crean una nueva comunidad adheridas al espíritu de las religiosas clarisas. Es el monasterio llamado *Corpus Domini*, también de la Tercera Orden de San Francisco.

En 1432 hace sus votos solemnes y es nombrada maestra de novicias, como reconocimiento a su modélico comportamiento. En 1456 Catalina pasa a una nueva fundación en su ciudad natal, un monasterio con idénticos aires renovadores y conocido con el mismo nombre *Corpus Domini*. Fue acogida con gran deferencia por el legado de la Santa Sede cardenal Besarión, por el arzobispo, las autoridades y el pueblo en masa. Aquí, ahora abadesa, va a imprimir a la fundación un ejemplar aire de reforma. Ella misma se adentra en un especial ascetismo y contemplación hasta llegar a una auténtica unión mística con Dios, de la que son exponente sus escritos místicos.

En esta situación su alma ya plenamente madura es llamada por Dios para unirse definitivamente a Él. Con sólo cincuenta años de edad muere el 9 de marzo de 1463, día de su fiesta.

Las últimas palabras con que se despidió de sus religiosas son realmente admirables por su ternura: «Amadas hijas mías de mi corazón, no lloréis más sobre mí, desperdiciando lágrimas: llorad sobre vosotras y sobre las penas de nuestro Esposo Jesús, para que tenga vuestro llanto mejor y más debido empleo. Su voluntad santísima, movida de solos sus méritos, bondad y misericordia, quiere que hoy salga mi alma de la cárcel del cuerpo a tomar la posesión de la Gloria, entrando en ella por las puertas precisas de la muerte [...] La caridad, con que por la gracia de Jesús os he amado en esta vida, debéis creer que levantará mas vigorosa y más perfecta llama en la otra y hara que mis ojos estén siempre sobre vuestras necesidades y mi corazón dentro de vuestros corazones».

Pero es después de su muerte cuando comienzan los hechos que van a dar singularidad a tan ilustre santa, patrona actual de Bolonia.

Hoy están todos de acuerdo en que Catalina de Bolonia en Italia como Coleta en Francia, han sido instrumentos elegidos por Dios para la renovación de las religiosas clarisas de San Francisco.

Su ascensión hasta la declaración definitiva de su santidad, inicialmente fue un camino difícil y, también, prolongado, porque su ejemplo y su memoria fue vista con desinterés por sus paisanos, por motivos ajenos a la vida de la religiosa. Tienen

que pasar casi dos siglos para ser reconocida santa de forma solemne, realidad que no llega hasta el año 1712. Hay una obra italiana de Boesch Gajano y Sebastiani que trata y esclarece todo el asunto referente a su canonización.

La primera biografía fue publicada muy pronto hacia 1469 por la religiosa Illuminata Bembi, sólo seis años después de su muerte. A partir de la celebridad creada por su obra *Las armas espirituales* se repetirán muchas más a comienzos del siglo siguiente, una de ellas en latín para formar parte de las *Acta sanctorum*.

El segundo hecho, del que no hablan muchos de sus biógrafos, está referido a una situación posterior a su muerte.

Al morir Catalina, antes de ser enterrada, de su cuerpo brotó un perfume exquisito, que llegó a todas las religiosas presentes. A pesar de todo, el cadáver fue depositado en el hoyo correspondiente sin caja alguna, cubierto por un pobre sudario blanco y una tabla. Quizás fuera el deseo propio de la pobre abadesa y quizás también por eso la propia Providencia quiso demostrar que aquella pobreza de los hombres no se correspondía con la riqueza donada por el cielo. Cuantos se acercaban hasta allí sentían el mismo perfume penetrante que en el momento de su muerte.

En los capítulos 33 y 34 de la *Chronica seraphica* se narran una serie de maravillas que acompañaron a su cuerpo muerto.

«Apenas la sepultaron, cuando rompieron el sepulcro, a pesar de las tinieblas, resplandecientes rayos de luz al modo que los suele despedir el sol en el ocaso

Para ilustrar sepulcro tan glorioso le enviaba el Cielo sus luces en hermosas estrellas, que, tocandole, inmediatamente le servían de antorchas [] En testimonio de que al Señor no eran desagradables tales demostraciones, dio repentina salud a todas las monjas enfermas»

Con permiso del confesor, «a los diez y ocho días después del entierro de la Santa [...] colocaron el cadáver incorrupto en una caja de madera». Cuando lo estaban desenterrando, como el cementerio se hallaba en un campo sucedió que cayó un terrible aguacero que amenazaba con inundar todo el convento e incluso los restos de la santa. Pero por la oración de una de las monjas asistentes cesó la lluvia inmediatamente.

«Oh Cielo, de parte de Dios te mando que te pongas claro y sereno, si es tu voluntad que el cuerpo de esta fiel esposa tuya tenga la veneracion que merece»

El cadáver «quiso Dios que, después de muerta, no tuviese su rostro mácula, ni ruga, sino que fuese toda hermosa, como verdadera Sunamitis».

Pero el momento culminante llegó

«apenas quedo el santo cuerpo delante del Altar Mayor, cuando a vista y con estupendo asombro de toda la comunidad, se incorporo en la caja, como si estuviese vivo, y abriendo los ojos, juntando las manos sobre el pecho e inclinando tres veces la cabeza, adoro al Santísimo Sacramento [] Hechas las tres adoraciones al Santísimo Sacramento, volvió a acomodarse en la caja, como antes estaba, apagandose al mismo punto los incendios del rostro y retirandole del todo la celestial fragancia y el licor que despedia»

Cuando colocaron nuevamente el cadáver en un ataúd, a pesar de que parte de su rostro había estado comprimido por la tabla y la tierra, cuando le cambiaron el hábito

«comenzo a sudar un genero de licor oloroso, tan extraordinario, que a veces era rojo como sangre viva, otras cristalino como agua, y otras blanco y encarnado como una leche rociada de sangre Fue tan copioso que calo toda la toca»

Pensaron las religiosas que todas estas maravillas eran una acusación contra las limitaciones del primer enterramiento. Por eso, como desagravio, dejaron sus restos expuestos durante algún tiempo a la veneración pública, porque el pueblo se amotinaba pidiendo a gritos conocer el prodigio.

La noticia se había propagado por toda la ciudad y no sólo los boloneses sino Italia entera acudía a contemplar el milagro. A la santa no se la pudo devolver a la tierra sino que se la mostró sentada en un sillón con su cuerpo momificado.

El tercero de los hechos referidos a Santa Catalina son sus escritos. Se agrupan en tres apartados:

- *Las siete armas para la batalla espiritual.*
- *De algunas particulares revelaciones.*
- *Rosario métrico de la vida de la Virgen María y de los misterios de la pasión de Cristo.*

La más celebrada es la primera, pues se refiere a las armas que puede emplear el alma en esta vida hasta llegar a Dios.

Esas armas son la diligencia, la desconfianza de uno mismo, la confianza en Dios, la situación de nuestra peregrinación hasta la muerte, la memoria de los bienes que nos esperan y la memoria de la Santa Escritura

Podíamos acompañar estas afirmaciones con las propias palabras de la santa, que tienen toda la frescura de su sencillez y vivencia. Pero es en la última, la Sagrada Escritura, donde se detiene la santa demostrando a ejemplo de Jesús que aquí tenemos todos los medios necesarios para llegar a Dios, con el ejemplo de Cristo y las virtudes que aparecen en su vida evangélica, formando parte importante de este itinerario la ayuda que nos presta la Eucaristía y el perdón de los pecados. Utiliza con tanto aplomo las palabras evangélicas que parecen más bien propias de un especialista.

La obra se propagó inmediatamente por todas partes gracias a las copias ofertadas por sus religiosas. La primera impresa ya se conoce en 1475. Luego se tradujo a todas las lenguas europeas importantes.

Hoy es reconocida como una de las grandes figuras de su siglo. Incluso hasta los pintores de Bolonia la han elegido como patrona, ya que dominó perfectísimamente la técnica al menos de la miniatura. Pasó muchas horas iluminando su personal breviario de rezos.

La *Chronica seraphica* introduce la vida de Santa Catalina con estas palabras, que a nosotros nos sirven de epitafio laudatorio:

«Entre estos —frutos de santidad y virtudes— goza uno de los primeros lugares la Ilustrísima y Prudente Virgen Santa Catalina de Bolonia decoroso lustre de la esclarecida Orden de Clarisas y del Templo de la Universal Iglesia Lampara refulgente toda crista les por la Caridad Serafica, toda resplandores por las Heroicas Virtudes de su prodigiosa Vida En ella la veremos caminar con firme planta y hermosos pasos a la remontada cumbre de la perfeccion, hasta llegar a reclinarse en brazos del Amado»

JOSE SENDIN BLAZQUEZ

Bibliografía

Diccionario Espasa Tomo letra C, p 447

GONZALEZ, E., SJ, *Chronica seraphica*, Quinta parte (Madrid 1719) c I XLI p 297 455

SPANON, S., «Catalina de Bolonia», en C. LEONARDI A. RICCARDI G. ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 448-449

SANTO DOMINGO SAVIO

Adolescente († 1857)

Alumno de San Juan Bosco, nació en Riva de Chieri, provincia de Turín (Italia), el 2 de abril de 1842, y ese mismo día fue bautizado. Su padre era herrero y se llamaba Carlos; su madre, costurera, y tenía por nombre Brígida Agagliate; ambos muy buenos cristianos, deseosos de que sus hijos se educaran en la religión y las letras. Niño superdotado, a los cinco años sabía ayudar a misa y a los siete se le admitió a la primera comunión, a pesar de que la costumbre común no la permitía antes de los doce. De su talento son pruebas los «propósitos» que tomó ese día:

«Primero, me confesare con frecuencia y comulgare todas las veces que me lo permita el confesor, segundo, santificaré los días de fiesta, tercero, mis amigos serán Jesus y Maria, cuarto, antes morir que pecar»

¿No son un patrimonio para las juventudes de todos los tiempos?

A los doce años su padre se lo presentó a Don Bosco. Éste, después de sondearle, le dice: «Me parece que hay buena tela». «¿Para qué puede servir esta tela?» —responde el hijo del herrero y de la costurera—. «Para hacer un buen traje y regalárselo a Nuestro Señor». «Entendido: pues yo soy la tela y usted el sastre, hagamos ese traje». Y así entró Savio en el colegio de Don Bosco, llamado «el Oratorio».

A la entrada del despacho vio un letrado que decía: *Da mihi animas, cetera tolle*. Con el poco latín que ya sabía y la ayuda de Don Bosco, sacó su traducción: «Dadme almas y quedaos con lo demás». «Comprendo —dijo Savio—; es un negocio de cielo, no de la tierra; quiero entrar en él». Y con esas disposiciones entró en el colegio.

Poco después oyó una plática en que el director decía a sus alumnos que: Primero, *es voluntad de Dios que todos nos hagamos santos*; segundo, que como Dios no manda cosas imposibles y, además, ayuda, *es fácil hacerse santo*, aunque no sea de altar; tercero, que *hay grandes premios para quien se hace santo*. Esto confirma a Domingo en sus ideas y propósitos. Decidió hacerse santo. Y

por primera medida escogió un confesor fijo y director de espíritu, eligiendo al mismo Don Bosco. Tenía una idea un poco errada de la santidad, creyendo que era necesario macerarse el cuerpo a fuerza de ayunos y penitencias. Su confesor y director le enseñó que «la esencia de la santidad está en hacer la voluntad de Dios y en servirle con santa alegría». A ciertos reparos del chico, el director le enseñó que «la penitencia que de él quería Dios —pues que no le dispensaba de ella— era: combatir las propias pasiones cuando se desordenen, conservar la paz y alegría de espíritu, sobrellevar con paciencia las molestias del prójimo y las inclemencias y variedades del tiempo, convirtiendo así en virtud voluntaria lo que es necesidad, cumplir alegremente el propio deber y, sobre todo, trabajar por la salud de las almas, ejerciendo apostolado especialmente entre los propios compañeros y en el ambiente en que se vive».

Domingo tomó con todo empeño el desarrollo de este programa de santidad, tan práctico y relativamente tan fácil. Tenía su geniecito: un día que un compañero le gastaba unas bromas demasiado pesadas, Domingo le dio unos arañazos que le hicieron sangre. Quedó tan apesadumbrado, que se propuso refrenarse a costa de cualquier esfuerzo, y lo logró tan perfectamente, que otro día respondió a un bofetón de otro compañero iracundo con estas palabras: «Mira, podía hacer otro tanto contigo, pero no lo hago; ahora, no lo hagas con otros compañeros, que te podría ir muy mal».

Tuvo su pequeña crisis. La lucha y las naturales dificultades, la misma edad, le infundieron cierta melancolía. Su sabio director le advirtió que, «en medio de la turbación, no se puede oír la voz de Dios»; y le repitió la consigna: «Serena y constante alegría; perseverar en el cumplimiento de los deberes; empeño en la piedad y el estudio; participar siempre en los recreos de los compañeros, porque también el recreo puede y debe santificarse; hacerles todo el bien que pueda».

Tan bien comprendió la lección, que se consagró en alma y cuerpo al apostolado, tanto en el internado como en el oratorio festivo, del que era catequista, y en las calles y en el colegio a que iba a recibir las clases de bachillerato, pues el oratorio aún no las tenía, empleando acuciosidad, prudencia, amabilidad,

celo, sonrisa, servicios de toda clase. Dice Don Bosco que «Savio llevaba más almas al confesionario con sus recreos que los predicadores con sus sermones».

Un día dos compañeros del instituto se enfadaron tanto el uno contra el otro, que se desafiaron «a muerte»: las armas eran piedras, y el campo, la explanada de la ciudadela, la hora, una en que nadie pudiera estorbarlos. Domingo lo supo, los acompañó al «campo del honor» (!) y allí, a riesgo de su propia salud, logró amistarlos y hacerlos confesar.

Savio amó el deporte y practicó el canto. Tenía una voz hermosísima. Fue uno de los solistas del oratorio, en las iglesias y el teatro. No sin razón Su Santidad Pío XII lo ha nombrado patrono y modelo de los *Pueri Cantores* del mundo entero. En sus cantos ponía la mayor rectitud de intención: agradar sólo a Dios. Un día que había cantado un solo en la catedral y recibido muchas felicitaciones, le sorprendieron llorando. Preguntado por la causa, respondió: «Mientras cantaba, sentía cierta complacencia; ahora me felicitan..., así pierdo todo el mérito». En la clase se distinguió siempre entre los primeros, siendo esto parte del buen ejemplo que daba a sus compañeros. Sabía que «cada minuto de tiempo es un tesoro».

La caridad entre sus compañeros la practicó de mil maneras: ayudándoles en los estudios y trabajos, avisándoles de sus defectos e irregularidades para evitarles castigos, socorriéndoles en las necesidades, dándoles buenos consejos, consolándoles, intercediendo por ellos y hasta prestándose a sufrir castigos por ellos. En un invierno muy crudo, regaló a un compañero sus guantes, aunque él mismo tenía sabañones. Durante una epidemia de cólera morbo, que azotó la ciudad, se prestó, con otros compañeros, a servir a los apestados.

No podía oír una palabra malsonante y mucho menos una blasfemia sin repararla con una jaculatoria, y frecuentemente avisando al mal hablado; y lo hacía con tanta gracia y caridad, que, lejos de llevárselo a mal, se esforzaban por enmendarse. Cierta vez que compañeros malos llevaron una sucia revista y los chicos se entretenían mirándola, Savio se la arrancó de las manos y la hizo mil pedazos, afeándoles su malsana curiosidad. Otra vez que un corifeo de las sectas trataba de sembrar sus

perversas doctrinas entre los chicos, Savio lo apostrofó, y como no se alejara, le quitó todos los oyentes. No tenía el menor respeto humano, al contrario, era valiente y franco en la profesión de la fe, en la práctica de la oración y en el cumplimiento exacto de todos los deberes del buen cristiano.

Secundó a su maestro en practicar y difundir la más tierna y práctica devoción a María Santísima y a Jesús Sacramentado. En los días en que Roma se preparaba para la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, vibraba de entusiasmo, se preparó a la novena con la confesión general y el día de la fiesta estuvo rumiando en su interior algo especial para honrar a su dulce Madre y Señora. Don Bosco vino en su ayuda y así instituyó y perfiló esa admirable «Compañía de la Inmaculada», que pervive en todos los colegios y escuelas salesianas, haciendo un bien incalculable, y cuyo principal objetivo es santificar a sus socios mediante la exactitud en los deberes, el culto a la Santísima Virgen y a la Eucaristía, y el ejercicio activo del celo apostólico. Cuando rezaba el Ángelus y el Rosario parecía un ángel.

¿Y qué decir de su amor a Jesús Sacramentado? Apenas despertaba, su corazón volaba al sagrario. Oía la santa misa como si asistiera a la última cena y a la muerte del Señor en el Calvario. Era feliz cuando podía ayudarla. Ya a los pocos meses de estar en el oratorio su director le dio permiso de comulgar diariamente y hacíalo como pudieran los serafines. Durante el día, y especialmente durante los recreos, hacía frecuentes visitas «al prisionero del altar», ya solo, ya acompañado de muchos discípulos.

Fiel alumno de Don Bosco, otra de sus grandes devociones era la del Papa. Lo amaba tiernísimamente, viendo en él al vicario y representante de Jesús. Oraba por él, hablaba de él, narraba sus hechos, secundaba, como podía, sus disposiciones y deseos. Antes de morir, le dio a su director el encargo de saludar al Papa y contarle una visión que había tenido, en la cual le había visto portando el Santísimo a través de un país nebuloso, el cual se iluminaba a medida que avanzaba; y que ese país era Inglaterra.

Nuestro Señor premió tanto amor con gracias y carismas singulares. Un día, durante la misa, después de comulgar, quedó

en éxtasis hasta las dos de la tarde, en que Don Bosco lo sorprendió detrás del altar mayor elevado del suelo y con la mirada fija en la parte que daba al tabernáculo. Despertado, preguntó si ya había terminado la misa. Las dulzuras que en estos raptos disfrutaba no se pueden expresar con palabras.

En sus visitas y en sus comuniones recibía, a veces, mensajes para el Papa, las autoridades, el mismo Don Bosco. Un día, durante el cólera, le sacó urgentemente de su despacho y lo llevó a través de unas callejas, hasta una buhardilla, donde, sin que nadie se hubiera dado cuenta, agonizaba una enferma, la cual así pudo ser asistida en su muerte. Preguntado cómo lo había sabido, miró indefiniblemente a su director y se echó a llorar. Este respetó su silencio.

De pronto, una enfermedad misteriosa empezó a minar su salud. Consultado el médico, que era una celebridad, Tomás Vallauri, diagnosticó: «A esta perla de muchacho, tres limas le están royendo contemporáneamente las fuerzas vitales: la precocidad de su inteligencia, la debilidad causada por su rápido crecimiento y la tensión de espíritu». Ésta provenía de su intensa aplicación al estudio —pues deseaba ser un sacerdote sabio y santo—, de la diligencia permanente de excogitar medios de ayudar a sus compañeros y salvar almas, especialmente en las misiones, y el fervor en la oración mental, que había llegado ya a ser contemplación.

En la enfermería ayudaba al enfermero a servir a los otros enfermos.

A pesar de sus deseos de morir en el oratorio, como todos, incluso los médicos, tenían esperanza de que los aires nativos y el reposo le devolvieran la salud, tuvo que marchar a Mondonio, hermoso pueblecito en las rientes colinas del Monferrato. Los primeros días hubo alivio. Según costumbre de entonces para curar la pulmonía, se le practicaron diez sangrías, que él miraba con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón: se unía a su Jesús.

Sintiendo acercarse la muerte, pidió los santos sacramentos, y luego a su padre que le rezara las letanías de la buena muerte, como se hace en el oratorio, y poco antes de terminarlas, abrió los ojos, levantó las manos y dijo: «¡Qué cosas hermosas estoy viendo! ¡La Santísima Virgen viene a llevarme! ¡Adiós, papá!

¡Valor!». Y así expiró. Era el 9 de marzo de 1857. Poco después se apareció a su padre y a Don Bosco, radiante de gloria y al frente de una multitud de niños y de personas mayores. Pío XI lo declaró Venerable en 1938, Pío XII lo elevó al honor de los altares como Beato el 1 de junio de 1950 y como Santo el 12 y 13 de junio de 1954.

Cuatro aspirantes de Acción Católica han hecho de él esta semblanza:

- «1) Fue siempre el primero en todo, por amor de Cristo Rey
2) Vivio de Jesus 3) Entrego su corazon a la Virgen 4) Fue alegremente obediente 5) Fue heroicamente leal 6) Fue eucarísticamente puro 7) Fue siempre alegre 8) Fue apostol 9) Amo al Papa 10) Amo a la patria»

RODOLFO FIERRO, SDB

Bibliografía

- CAVIGLIA, A, *Studi di pedagogia salesiana e di spiritualita S Domingo Savio nel ricordo dei contemporanei* (Turin 1957)
FIERRO, R, *Santo Domingo Savio Modelo de juventudes* (Madrid 1954)
JUAN BOSCO, SAN, *Vida de Santo Domingo Savio*, ult ed cast, revisada por E CERIA y el P ALCANTARA (Barcelona ¹¹1955)
RAGUCCI, R M, *Floreccio el hrio* (Buenos Aires)
— Actualizacion
BOSCO, T, *Santo Domingo Savio* (Madrid 1983)
GONZALEZ VINAGRE, A, *Domingo Savio* (Madrid 1995)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN BRUNO DE QUERFURT

Obispo y martir († 1009)

Se llegó a diferenciar a Bruno y a Bonifacio de Querfurt como dos personajes distintos, pero hoy está claro que fueron uno solo, que se llamó sucesivamente Bruno por su bautismo y Bonifacio por su profesión monacal.

Nació en Querfurt hacia el año 974 en el seno de una noble familia sajona. Tras estudiar en la escuela catedralicia de Magdeburgo, ingresó en la corte de Otón III en la que llegó a capellán, al que acompañó en 998 en su viaje a Italia, y recibió también una canonjía en la catedral de Magdeburgo. Pero en Italia optó

por la vida monástica y profesó como monje en la abadía romana de los Santos Bonifacio y Alejo. Luego conoció a San Romualdo y entonces se decidió por vivir junto al gran fundador, yéndose al desierto de Pereio, junto a Rávena, y tomó el nombre de Bonifacio.

Habiendo escrito la vida de San Adalberto, a la muerte del emperador Otón en 1002 se sintió llamado a continuar la obra del gran misionero y evangelizar a los prusianos. Consagrado obispo y recibido el palio de manos del papa Juan XVIII, comenzó a evangelizar entre los magiares junto con varios compañeros. Pasó luego a Kiev y de ahí fue al encuentro de las tribus prusianas, entre las que encontró la muerte al ser martirizado con 18 compañeros el 9 de marzo de 1009 en Braunsberg.

SANTOS PEDRO CHOE HYONG Y JUAN BAUTISTA CHONG CHANG-U

Mártires († 1866)

Mártires coreanos, naturales ambos de la ciudad de Seúl y ambos tipógrafos de profesión, lo que aprovecharon para la edición de libros cristianos. Ambos eran casados y padres de familia, teniendo el primero 57 y el segundo 55 años de edad al tiempo de su martirio. Los dos colaboraban en la catequesis y tenían licencia del obispo San Simeon Berneux para administrar el bautismo.

Detenidos, juzgados y atormentados a causa de su fe, permanecieron firmes en ella, siendo ambos decapitados en el poblado de Nei-Ko-Ri el 9 de marzo de 1866. Fueron canonizados el 6 de mayo de 1984.

10 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Apamea (Frigia), los santos Cayo y Alejandro (después del 171), mártires

2 En Africa, San Victor, mártir (fecha desconocida).

- 3 La conmemoracion de San Macario († 325), obispo de Jerusalen
- 4 En Roma, San Simplicio († 483), papa *
- 5 En Paris, San Droctoveo († 580), abad
- 6 En Bobbio, San Atala († 626), abad *
- 7 En Glasgow (Escocia), San Juan de Ogilvie († 1615), presbitero, /
de la Compañia de Jesus, martir bajo el rey Jacobo I **
- 8 En Paris, Beata Maria Eugenia Milleret de Brou († 1898), virgen,
fundadora de la Congregacion de Hermanas de la Asuncion **
- 9 En Cortazar (Mexico), Beato Elias del Socorro Nieves († 1928),
presbitero, de la Orden de San Agustin, martir **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN JUAN DE OGILVIE

Presbitero y martir († 1615)

En el otoño de 1613 desembarcaba en el pequeño puerto de Leith, a pocas millas de Edimburgo, un apuesto oficial de treinta y tres años, que decía llamarse capitán Watson. No era capitán, ni se llamaba Watson, sino Juan de Ogilvie, jesuita disfrazado, audaz, alegre y agudo. Año y medio más tarde, el 10 de marzo de 1615, después de mil peripecias, ofrecían al joven sacerdote, en matrimonio, a la hija del arzobispo hereje Jacobo Spottiswood en una escena que superaba a toda fantasía. O boda, o muerte: la proposición se hacía en diálogo con la multitud vociferante, desde lo alto de un tablado, al pie de la horca. Minutos más tarde el verdugo tiraba de las piernas del jesuita, para ayudarle gentilmente a dar el último suspiro. Probablemente la joven desdeñada se alegraba en su corazón de no recibir a un marido cojo, con la médula de los huesos reventada en las torturas de los últimos días. Pero la Iglesia, esposa de Cristo, se alegraba todavía más, porque tenía en el cielo a un nuevo mártir de la fe, del primado romano y de la castidad sacerdotal. He aquí cómo ocurrieron las cosas.

En 1572, a la muerte del sacerdote apóstata y dos veces casado, Juan Knox, amigo de Calvino en Ginebra y cabecilla de la Reforma en Escocia, quedaba ya firme y sangrientamente asentado el presbiterianismo en todo el país. Según sus doctrinas, algunos hombres están absolutamente predestinados para el cielo y los mas, irremisiblemente predestinados para el infierno. La

Iglesia sólo es la reunión de los elegidos. ¿Quién sabe, pues, quiénes son los miembros verdaderos de la Iglesia? En el sacramento de la Cena del Señor, el pan y el vino no se cambian en el cuerpo y la sangre de Cristo, que está sólo en el cielo. No hay distinción entre obispos y sacerdotes. No es el Papa el que tiene autoridad sobre la Iglesia. En el orden administrativo, la dirección reposa sobre un órgano mixto de seglares y «ancianos», llamado presbiterio. En el orden legislativo, la única autoridad es Cristo personalmente: por eso ningún rito ni ceremonia es legítimo, si «Dios no lo ha mandado con palabras expresas». De ahí que, como Cristo no lo ordenó explícitamente, en las iglesias presbiterianas no hay altar, ni baptisterio, ni crucifijo, ni velas, ni imágenes, ni, hasta hace muy poco tiempo y sólo en algunos sitios, órgano. La oración no tiene fórmulas fijas, sino que queda totalmente a la iniciativa del pastor, el cual predica incansablemente llenando con sus palabras el vacío del culto. Es rigurosísimo el reposo «sabático» del domingo, porque fue mandado por Dios, pero no existe ninguna fiesta litúrgica. La censura de las costumbres es severa y el tono y continente humano de los presbiterianos es sombrío y austero. ¿Quién sabe quién se salvará?, parece preguntarse siempre adustamente el puritano escocés, a quien la aterradora incógnita no le deja lugar para ninguna clase de expansión artística. Del centenar de monasterios que florecían en Escocia no quedó ninguno. Las catedrales fueron desmanteladas como «monumentos de la idolatría y de la arquitectura», ambas cosas igualmente aborrecibles. Knox definió a la Iglesia de Roma como «la última bestia» y al Papa como «anticristo». El Parlamento escocés ordenó en 24 de agosto de 1560 que «nadie dijera misa, ni la oyera, ni estuviera presente a ella bajo la pena de confiscación de todos sus bienes y el castigo corporal a discreción de los magistrados». Knox afirmaba que «una misa era para él más temible que si diez mil enemigos armados desembarcaran en cualquier parte del reino».

En este ambiente nació en 1580 Juan de Ogilvie, de familia noble, donde la madre había conservado la fe católica, pero el padre era uno de los comisarios encargados de descubrir y apresar jesuitas. El pobre hombre temblaba pensando que su mujer pudiera hacer de Juanito un «papista», y tratando de evitarlo le

envió al continente, para que hiciera en Europa sus estudios, en cuanto el chico cumplió trece años. No podía imaginarse que a los dieciséis años sería católico y a los diecinueve ingresaría en la Compañía de Jesús.

Tiempos de formidable transformación del mundo los de la juventud de nuestro héroe. Cuando él nace comienza Rusia la conquista de Siberia (1581), se hace la reforma gregoriana del calendario (1582), desde la América que los españoles exploran penosamente se introduce en Europa la patata (1584), se inventa el microscopio, que abre una ventana hacia el fondo de la naturaleza (1590), se edita la *Vulgata clementina* (1592), se fija la primera tarifa postal en Alemania (1599), Shakespeare puebla de personajes los escenarios del teatro inglés (hacia 1600), Galileo descubre las leyes de la gravitación y del péndulo (1602), los españoles luchan en Flandes mientras *Don Quijote* hace por la pluma de Cervantes su primera salida (1605)... Descubrimientos de tierras, esplendor de las bellas artes, nacimiento de las ciencias exactas, transformación del comercio. Las universidades hablan un lenguaje común y facilitan el trasiego de las ideas y de los estudiantes desde un rincón al otro de Europa.

Juan de Oglvie había sido puesto bajo la protección de buenos amigos de su padre. Pero ¿quién cierra las puertas al viento y corta el paso a las ideas que llegan hasta un estudiante despejado? Se instruye en la fe en Lovaina, pasa de allí a Ratisbona, luego a Olinutz y más tarde a Viena, donde se hace jesuita. El padre Claudio Aquaviva, a la sazón general, le envía sucesivamente a París y Rouen. Es entonces cuando el contacto renovado con los emigrantes y viajeros de su tierra, cargados de noticias de amigos, de mártires, de peligros, de proezas, le agujonea para que pida a sus superiores la difícil misión de predicador clandestino. Y ya tenemos en Edimburgo a nuestro capitán Watson, si no acaudillando soldados, sí dispuesto a decir misas, esas terribles misas que para el hereje Knox equivalían a diez mil enemigos desembarcados en la costa.

Las leyes abiertamente injustas no obligan en conciencia: si para obedecer a Dios es preciso burlar reglamentos humanos, para el misionero no cabe opción. Entre dejar de instruir, bautizar y decir la misa o celebrar para todo ello reuniones clandesti-

nas, usar disfraces y fingir apellidos, Juan de Oglvie opta decididamente por la vida ilegal, bajo la constante amenaza de los guardias y de los soplones. En febrero de 1614 le encontramos en Londres consultando en la corte de Jacobo I un proyecto de tregua religiosa. Por Pascua visita París para tratar con su provincial, y el resto del tiempo tan pronto se halla en Edimburgo como en Glasgow, lo mismo en el piso de una viuda, convertido en capilla, que en el corredor de una cárcel a donde ha logrado introducirse fraudulentamente.

No podía faltar la traición, y al cumplirse el año justo de su arriesgado juego con la boca del lobo, una falsa cita le hizo caer en la trampa del arzobispo Spottiswood.

Fue entonces cuando el jesuita dio toda la medida de su valor humano: cabeza fría y clara, respuesta contundente, chanza en los dolores, energía en el mantenimiento de los derechos humanos y divinos contra la letra de la ley y la arbitrariedad. Son notables sus salidas con jueces y verdugos. Al obispo, no legítimamente consagrado, le dijo: «Lego sois y no tenéis más jurisdicción espiritual que la que pueda tener vuestro báculo». La tortura del «quebrantapiernas» consistía en unos anillos que se cerraban sobre la pantorrilla. Por entre ellos y el hueso se introducían cuñas a golpe de martillo, hasta que el hueso oprimido se rompía y la medula se desparramaba. Cuando le amenazaron con el quebrantapiernas, Oglvie se rió y dijo: «No estimo más mis piernas que vosotros vuestras ligas». Y como los verdugos insistieran en amedrentarle, prosiguió: «No se me da más de las amenazas de todos vosotros que del graznar de otros tantos gansos». Uno de sus guardianes le asegura que le quemarían vivo y Oglvie replicó: «Pues ningún tiempo más a propósito, porque estoy muerto de frío».

No era cinismo ni bravuconería hueca; en el tribunal no quiso delatar a nadie, se negó a jurar como reo decir la verdad, afirmando su derecho a ser tenido por inocente mientras no se demostraran sus pretendidos delitos, no por confesión propia, obtenida por la coacción y la tortura, sino por pruebas exteriores. Rechazó la autoridad del rey en materia religiosa y defendió el primado del Papa; y lo hizo con una agudeza y una precisión apenas concebibles en quien llevaba nueve noches y ocho días

consecutivos en que no se le había permitido dormir un solo minuto. Fue providencial que un preso católico de una celda vecina pasara diariamente al padre Ogilvie algunas hojas de papel y las recogiera otra vez por debajo de la puerta, una vez que el mártir había escrito su diario. Conocemos así un relato de todas sus aventuras, lleno de humor y de sobrenatural heroísmo.

Al fin fue condenado a muerte: pero, como suele ocurrir, el tribunal tuvo exquisito cuidado en que la sentencia no pareciera recaer sobre opiniones religiosas, sino sobre delitos civiles: se le condenaba por traición al rey y por violación de las leyes del Estado. Y aquí vino la jugada maestra del audaz jesuita, que no se resignaba a morir como un contrabandista vulgar, falsificador de pasaportes, sino que quería ser un mártir.

Sabiendo lo que ganaba el protestantismo con la adquisición de aquella energía y de aquel talento, el ministro Scott prometió al reo, camino del cadalso, la mano de la hija del arzobispo y una buena prebenda si abjuraba. Fingiendo ceder, pero querer seguridades, el jesuita le dijo ante la multitud ávida del espectáculo de su horca: «Repetidme esa oferta con testigos». Repetida que fue, siguió preguntando el jesuita: «Entonces, ¿no se me perseguiría por traición?». «No», contestó el ministro, coreado por miles de voces que gritaban: «¡Baja del cadalso!». «¿Sólo es mi apostasía del catolicismo lo que importa?» —remachó el jesuita, mientras los católicos temblaban de pena y de inquietud entre el público—. «Solo eso» —replicó la multitud—. «Entonces, muero como mártir» —concluyó Juan de Ogilvie—. Y dejó alegremente, encomendándose a la Virgen, que izaran con el nudo corredizo su cuerpo joven de treinta y cinco años. El alma voló al cielo.

Fue beatificado el 22 de noviembre de 1929 por el papa Pío XI y canonizado por el papa Pablo VI el 17 de octubre de 1976.

JESUS IRIBARREN

Bibliografía

- ADDIS, W E ARNOLD, M A, art «Presbyterian, Scottish», en *The catholic dictionary* (Londres 1951)
ANTONELLI, G, *Il B Giovanni Ogilvie* (Isola del Liri 1929)
ATTWATER, D, art «John Ogilvie», en *A dictionary of saints* (Londres 1958)

Autobiografía impresa en Douai en latín, en 1615, fue utilizada por los antiguos biografos J E NIEREMBERG, SI, *Varones ilustres de la Compañía de Jesus* (Bilbao 1890) 151s

BROWN, W E, *John Ogilvie* (Londres 1925) Aprovecha y reproduce documentos del proceso

FORBES, J, *L'Eglise catholique en Ecosse a la fin du 16 siecle Jean Ogilvie ecossais* (Paris 1901)

— Actualización

St John Ogilvie SJ 1579 1615, an illustrated history of his life, martyrdom and canonisation (Glasgow 1979)

BEATA MARÍA EUGENIA MILLERET

Virgen y fundadora († 1898)

La figura y el mensaje de María Eugenia Milleret es de sorprendente y palpitante actualidad por el contexto de su vida, por el proceso de maduración que la llevó a la santidad y por la originalidad de su proyecto apostólico.

Sorprende, ante todo, en su biografía, y es causa de profunda admiración, la certeza de que Dios actuaba poderosamente en su alma, y esto de forma inesperada.

Lo más frecuente en la vida de los santos es que florecen en el ambiente propicio de una familia cristiana. Santa Teresa de Lisieux, en su total entrega, tuvo la ayuda inestimable de la extraordinaria fe de sus padres y el testimonio ejemplar de sus hermanas que la precedieron y acompañaron en el Carmelo.

No fue éste el caso de la pequeña Ana Eugenia Milleret de Brou. Nació el 25 de agosto de 1817 en la ciudad provinciana de Metz (Lorena francesa), en el seno de una familia poco o nada cristiana. Su padre era un descreído volteriano, y su madre, Leonor de Brou, sin grandes convicciones religiosas, pero mujer atractiva y enérgica, rica de cualidades humanas. El padre, Jacques Milleret, recaudador general de impuestos, había heredado el ilustre apellido, de origen italiano, Miglioretti, que tuvieron sus antepasados, servidores de Francisco I.

Disfrutó de excelente posición económica, con tres bancos de su propiedad y una hermosa finca en Peisch, entre Metz y Luxemburgo. Allí, en la capilla del castillo, recibió ella el bautismo, por seguir una tradición familiar, y en ese paisaje transcurrieron los años de su infancia.

Desde 1829, acude a un colegio de inspiración católica en Metz, dentro de las corrientes liberales. Con escasa preparación, la noche de Navidad de ese mismo año, a los 12 de su edad, recibe por primera vez la eucaristía, en la Misa de gallo, acompañada por su madre. Tuvo entonces una experiencia íntima, rápida, inexplicable e inolvidable. Ella misma, ya de mayor, contaba así esa honda vivencia fugaz:

«Me sobrecogió la infinita grandeza de Dios y mi extrema pequeñez. Era como sentirme en la presencia de Dios. Fue un instante, pero no lo olvido»

El Señor le dio a entender que perdería a su madre, pero que él mismo sería más que una madre para ella, y serviría a la Iglesia que aún no conocía. Fue un presagio de su futura vocación.

A los 13 años, una grave enfermedad la obligó a interrumpir los estudios escolares, que más tarde hubo de continuar ella sola. Se abre un camino que irá descubriendo progresivamente para vivirlo cada vez con mayor entrega hasta su muerte, en 1898. Numerosas pruebas la van asociando a la pasión y resurrección de Cristo: la temprana desaparición de sus hermanos Carlos e Isabel, el hundimiento y la ruina completa del patrimonio familiar en la revolución de 1830, hasta vender la casa de Metz y la finca de Peisch.

El matrimonio no se entiende, y el fracaso llega a la dolorosa separación que tanto afecta a los hijos. Ana se va con su madre a París donde, para colmo de males, ésta fallece víctima del cólera en 1832. Duro golpe. Su padre no la lleva consigo, la confía a unos amigos. Y María Eugenia, a sus quince años, queda en absoluta soledad.

El ambiente mundano de la familia que la acogió en Chalons, envuelto en frivolidad y, más tarde, en París, la compañía de sus primos, poco practicantes, la sumieron en honda crisis de tristeza, perdida en la barahúnda de la gran ciudad. Estos terribles sufrimientos interiores hicieron más hondos sus angustiosos interrogantes sobre el sentido de la vida y de la muerte, predisponiéndola a escuchar la voz de Dios: «Mis pensamientos son un mar agitado que me cansa y me pesa».

Entonces —primavera de 1836— es cuando le llegan al corazón las Conferencias cuaresmales del famoso predicador do-

minico, P. Enri Lacordaire, restaurador de la orden en Francia, predicadas en la catedral de Notre-Dame. Más tarde ella misma escribe:

«Su palabra respondía a todos mis pensamientos, me infundía una generosidad nueva, una fe que por nada debía vacilar. Yo estaba realmente convertida y había concebido el deseo de entregar todas mis fuerzas, o mas bien toda mi debilidad, a la Iglesia, que era la única, de ahora en adelante, que tenía el secreto y el poder del bien»

Por eso repetirá una y otra vez: «Mi vocación viene de Notre-Dame». Allí sintió la llamada de Dios y allí le abrió sus puertas. Pero, ¿cómo realizarla?

Preparada como estaba por la vida, con la energía y las cualidades humanas heredadas de su madre, la plena apertura a las necesidades sociales de su tiempo admiraba vivamente a los católicos que habían tomado conciencia de los cambios y signos de la época: Lamennais, Montalembert, Ozanam, Cazalès, Veuillot. En sus notas nos dice: «Soñaba en ser un hombre para ser profundamente útil como ellos».

Ante la mediocridad y el egoísmo de su propio ambiente, quería inventar nuevas estructuras de libertad, de justicia y de fraternidad, colaborando así con el catolicismo social del siglo XIX, después de la tormenta revolucionaria despegándose de las frecuentes y anacrónicas actitudes eclesiales, nostálgicas del pasado.

Al año siguiente, 1837, en la iglesia de San Eustaquio, escucha la predicación ardiente del abate Combalot, un sacerdote rebotante de celo, que estaba entre los discípulos del tan discutido Lamennais y el grupo de L'Avenir. Combalot proyectaba una nueva congregación religiosa para transformar la sociedad por medio de la educación de la mujer; juzgó que Ana Eugenia era la persona que estaba buscando para ponerla en marcha, y así se lo propuso cuando conoció, a través de la dirección espiritual, las excepcionales condiciones de su penitente.

Después de varios intercambios y dudas, Ana Eugenia se decide a iniciar la obra, y así, el 30 de abril de 1839, se reúne con su primera compañera para comenzar la vida de comunidad. Meses más tarde se les unen otras dos, organizándose una especie de noviciado, primero, en las benedictinas de la calle

Santa Genoveva, en París, y más tarde, en el Instituto de las visitandinas, Côte de St. André, en el Delfinado. Éstos fueron los comienzos de la nueva congregación religiosa, consagrada a Ntra. Señora de la Asunción. Sus miembros unirían la contemplación a las tareas educativas de la juventud femenina, principalmente de la buena sociedad, de la aristocracia liberal, tan necesitada.

Ana Eugenia fue perfeccionando su formación con estudios de teología dogmática y moral, Sagrada Escritura y pedagogía.

Combalot hizo en 1841 un esbozo de regla. Era un predicador ardiente, pero un tanto inestable; carecía del vigor y de la tenacidad serena que necesita un buen organizador. Pronto surgieron los conflictos que por su autoritarismo se multiplicaban, hasta que él mismo pidió que eligieran entre Ana Eugenia y él. Todas se agruparon en torno a ella. Combalot marchó a Roma y fueron confiadas al arzobispo de París, Mons. Affre. La Providencia les deparó el apoyo luminoso del que iba a ser fundador de los PP. asuncionistas, el abate Alzón.

La autoridad eclesiástica manifiesta recelos ante un proyecto que no parecía realista. La joven fundadora, buscando solución a la crisis, escribe al arzobispo y le explica la urgente necesidad del proyecto y la eficacia esperanzadora de las nuevas pedagogías, y obtiene el permiso para continuar la obra y abrir el primer colegio en París, al llegar la primavera de 1842. Afluyen numerosas alumnas hasta que se instalan en Auteuil, donde continúa aún la casa generalicia.

El día de Navidad del 1844, las cuatro primeras madres emitían los votos perpetuos, y Ana Milleret tomó el nombre de María Eugenia de Jesús.

El pequeño árbol que había sido necesario dejar morir, comentaba Pablo VI en la homilía de la beatificación, echa muy pronto raíces fuera de Francia y se extiende hasta África del Sur, en Inglaterra, en España, en Italia y en Oceanía, en las Islas Filipinas y América Latina, adquiriendo desde sus comienzos dimensiones internacionales.

La Congregación, después del «Decreto de alabanza», 2 de abril de 1855, obtuvo de León XIII la aprobación definitiva de las constituciones el 11 de abril de 1888. La regla armoni-

za orgánicamente la vida de contemplación con las obras de apostolado.

Dado el objetivo principal de la Congregación, se les pide a sus miembros especial preparación intelectual en las materias de su enseñanza, la recitación del Oficio divino, plegaria oficial de la Iglesia, y centrar su vida de apostolado en Cristo Eucaristía.

La madre María Eugenia de Jesús gobernó a sus hijas con sabiduría y prudencia hasta su santa muerte, el 10 de marzo de 1898, en Auteuil (París). Al encontrarse con el Señor, pudo repetir el lema de toda su vida, que llevaba grabado en el anillo: «Señor, tú sabes que te amo».

La causa de beatificación y su proceso se inicia el 17 de abril de 1940; y el 25 de julio de 1962, Juan XXIII proclamó la heroicidad de sus virtudes. Pablo VI la beatificó el 9 de febrero de 1975, primera de las beatificaciones de aquel Año Santo. En esa fecha la Congregación contaba con 1.800 religiosas, en 30 países, y 200 comunidades; 44 casas en España, con 300 religiosas.

El Papa, en su homilía, no sólo presentó la ejemplar y extraordinaria figura de la fundadora, sino también la actualidad y la originalidad específica de las religiosas de la Asunción. Suyos son estos textos finales:

«Ha llegado ya el momento de contemplar de frente la originalidad de esta familia religiosa. La Madre María Eugenia se preocupa extraordinariamente de lo que considera como los dos ejes esenciales: la adoración y la educación, y que resumirá posteriormente en dos lemas: “Laus Deo” y “Adveniat regnum tuum”.

Ella da una explicación de esto: “Las religiosas dedicadas a la educación tienen más necesidad que otras personas de reconfortarse en la adoración”. Coincide en esto con Teresa de Ávila: “¿No constituirá una pretensión absurda querer regar un jardín dejando de captar las aguas del pozo o del arroyo?”. “Al buscar cuál debe ser la nota más característica de nuestro Instituto —continúa nuestra beata— me encuentro siempre detenida ante este pensamiento: que en todo y de todas formas debemos ser adoradoras y defensoras de los derechos de Dios”.

Tú eres hija de la Asunción. Este misterio que pertenece más al cielo que a la tierra, es un misterio de adoración... Si en alguna ocasión ha existido una adoradora en espíritu y en verdad ésta ha sido, indudablemente, la Santísima Virgen. Fe, silencio, oración, unión, son palabras que se repiten espontáneamente en sus confidencias y en sus directrices. Y, siguiendo su ejemplo, un verdadero ejército

de adoradoras da testimonio de que Dios es lo máximo, y busca en la oración prolongada el significado y la fecundidad de su acción.

En suma, la madre Milleret, que ha hecho converger hacia sí y hacia sus hijas la espiritualidad de San Benito, de San Juan de la Cruz y de San Ignacio, quiere una familia religiosa apasionada por continuar el misterio de Cristo que ora y que enseña». (*Ecclesia* [1975] p. 307-311).

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

Breve de beatificación: *AAS* 67 (1975) 244-255.

CHIERETTI, L., *Maria Eugenia di Gesù (Anna Milleret de Brou)*, en *Bibliotheca sanctorum*, t VIII col.1.064-1.065.

PABLO VI, «Homilía en la beatificación de María Eugenia Milleret (9 de febrero de 1975)»: *Ecclesia* (1975) n.1731 p.307-311.

POINSENET, M. D., *Fuego verde al final de un siglo* (París-Friburgo 1971).

QUIROS, A., «Beata María Eugenia Milleret», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Marzo* (Madrid 2001) 111-117

ELÍAS DEL SOCORRO NIEVES

Presbítero y mártir († 1928)

Elías del Socorro Nieves Castillo nace el 21 de septiembre de 1882 en la minúscula isla de San Pedro, ayuntamiento y laguna de Yuriria, estado mexicano de Guanajuato. Y muere mártir el 10 de marzo de 1928 en la carretera que une La Cañada de Caracheo y Cortázar, no lejos de la ciudad de Celaya. Ramón y Rita, sus padres, católicos practicantes ellos y de sanos principios, eran humildes agricultores tirando, más bien, a hogar pobre que a familia de posibles. Elías viene al mundo con dificultades a las seis de la mañana, en vista de lo cual, y puesto que se debate entre la vida y la muerte y se teme lo peor, se le bautiza una hora después en la iglesia de la parroquia, ceremonia que oficia el sacerdote diocesano secular don Pablo Juárez, vicario parroquial, con licencia del párroco agustino Blas Enciso, más tarde preconizado obispo de Linares y muerto a comienzos de 1885, antes de haber sido consagrado.

El sacramento de la confirmación llega el 1 de septiembre de 1883 por las manos del arzobispo michoacanense José Ignacio Arciga; actúa de padrino Manuel Guzmán. El día de San

José de 1890, frisa ya la criatura los ocho, recibe la primera comunión de manos del entonces párroco Fray Rafael Villafuerte en la ermita de Santa María, primer templo construido por los agustinos cuando asentaron sus reales en Yuriria (apócope de Yuririapúndaro), ciudad que a la llegada de los españoles en 1522 contaba con unos 6.000 habitantes: tarascos, otomíes y chichimecas. Cuentan las crónicas de familia que el pequeño Mateo Elías (nombres bautismales: había nacido el día de San Mateo) dijo entonces que de mayor quería ser como el padre que le había dado la primera comunión.

Fueron los agustinos, en efecto, quienes hicieron de Yuriria un pueblo cristiano, laborioso y próspero: hubo que sanear sus terrenos pantanosos, reconvertir su potencial hidráulico y estimular sus múltiples posibilidades. Pronto alzaron allí los hijos de San Agustín convento e iglesia adyacente, majestuoso complejo religioso-cultural desde el que siempre atendieron solícitos a los lugareños. De hecho, nunca llegarían a abandonar Yuriria, ni siquiera después de conseguida la independendencia, y supieron en todo momento guardar entre aquellas buenas gentes un difícil equilibrio conciliador cuando las fuerzas de «carrancistas» y «villistas» estuvieron enfrentadas entre 1912 y 1918.

A la formación del pequeño Mateo Elías contribuyeron tres importantes factores: la familia, la escuela y la parroquia. Los tres le ayudaron a forjar un temple fuera de lo común, puesto muy pronto a prueba por la tuberculosis aguda que lo tuvo al borde de la muerte, hasta tal punto que en la Nochebuena del año 1894 se le administró la unción de los enfermos y el viático, crisis que él superó sereno, con elevación de espíritu y una extraña seguridad de sí mismo, convencido de que saldría bien librado de aquélla, pues «tenía que ser sacerdote». La trágica muerte de su padre vendrá un año después a curtir aún más su corazón sufrido, ya que, de momento, da al traste con las ilusiones vocacionales: a sus trece años no tiene más remedio que aparcas los estudios y ponerse a trabajar para sacar adelante a toda la familia. De su atractiva sencillez brotó generoso el perdón hacia los asesinos del papá, como en su tiempo había hecho con los de su esposo Santa Rita, cuyo nombre ahora llevaba su madre.

El año de 1900 se abrió para la familia con el traslado a Celaya, ciudad a la que habían sido invitados por el primo hermano agustino Adeodato Castillo. Mateo Elías trabaja como braceró y su hermana de costurera. Habrá que agarrarse a un clavo ardiendo, a lo que sea, con tal de ganar honradamente unos dineros que permitan a la familia salir adelante. Dentro de una extrema pobreza saben conjugar maravillosamente el verbo compartir, lo que permite ir paliando no pocas necesidades surgidas en el seno familiar, sensiblemente incrementado con la incorporación de algunos parientes.

Pero el paso de los años no consigue apagar la llama de su vocación. De modo que se las agencia como puede y se aplica hasta bien entrada la noche para estudiar, a la melancólica luz de un quinqué, algunos libros comprados de segunda mano para irse abriendo camino llegada la hora del ingreso. Le ayuda en el latín un tío suyo franciscano, Antonio, aunque por muy breve tiempo, ya que, como las desgracias, según dice el refrán, nunca vienen solas, el pájaro negro de la muerte no tarda en cobrarse las preciosas vidas, en menos de una semana, del tío Antonio y de su mamá Rita. Diríase que cada golpe demoledor de aquéllos, lejos de arredrar al joven, le reafirmaba más y más en sus convicciones. El nuevo caso de tan contradictorio signo se presenta al alba del siglo XX: el 1 de enero de 1901, en efecto, fiesta de la dedicación del Santuario de la Preciosa Sangre, su primo hermano el padre Adeodato, al recibirle en el atrio de la iglesia donde fuera bautizado de niño, se le descuelga con este imprevisto comentario, decepcionante como una ducha de agua fría: «Elías, quítate esa idea de la cabeza. ¿Cómo vas a ser agustino y sacerdote, si no podrás con el colegio?».

Y, sin embargo, pudo. Venciendo múltiples obstáculos, es cierto; esforzándose contra viento y marea, faltaría más, pero pudo. Su biografía trae a la memoria, en este aspecto, estampas bíblicas del Nuevo Testamento, diáfanas de fe, ungidas de esperanza, calientes de amor como la del ciego de Jericó suplicando a Jesús poder ver: Mateo Elías, en efecto, de puro haber tenido que estudiar en precarias condiciones, muchas veces a la tímida luz del quinqué, sin comer apenas, falto de vitaminas, había terminado perdiendo prácticamente la vista. Pero Dios se le allega

corazón adentro con inspiraciones de lo alto y mediaciones humanas que lo ponen en manos de buenos médicos. En adelante, eso sí, tendrá que usar lentes de por vida. Las oraciones a la Virgen del Socorro y la ayuda material de doña Soledad Orozco hicieron esta vez el «milagro». Tampoco aquí las reiteradas negativas, como en el caso de Santa Rita, pudieron doblegar la voluntad ni detener el entusiasmo por abrazar la vida agustiniana. Cosa que ocurrió el 19 de enero de 1910, pontificado de San Pío X. Ese día toma el santo hábito de la Orden de San Agustín junto a sus paisanos Rafael Díaz y Raimundo Pardo.

Será Raimundo quien atestigüe más tarde acerca del recogimiento y espíritu piadoso, de la radical obediencia, de la prontitud en aceptar las correcciones, en resumen, de su acabado ejemplo de fraternidad agustiniana para todos. Al año justo de noviciado, 20 de enero de 1911, emite la profesion religiosa de votos temporales ante su provincial, Miguel Zamudio Martínez. Toma entonces como nombre Elías del Socorro, en honor de la advocación de su Virgen y Madre del Socorro, a la que tanto había recurrido en momentos de zozobra. De manera que Mateo Elías pasa a llamarse y firmar en adelante: Elías del Socorro Nieves, como queriendo significar que nace a la vida religiosa de las manos de María, bajo el título del Socorro, que los agustinos por doquier propagan y que, en su caso, tiene muy claros matices biográficos.

Era entonces Elías, al decir de su provincial, sencillo, fervoroso y jovial. La alegría con que vivía la vocación religiosa iluminaba diariamente su rostro de profeso agustino entregado en Aguascalientes, ciudad a la que se le envió para completar en el seminario los estudios eclesiásticos de filosofía y teología. La convivencia esos años con seminaristas seculares, futuros pastores de almas, será de impagable ayuda con el correr del tiempo en el ministerio de la parroquia. Por otra parte, las notas que saca son cada vez mejores: su inteligencia va despejándose poco a poco, lo que viene a probar que los estudios, a medida que se opera en él ese progresivo desarrollo de sus encogidas aunque reales facultades, le van abriendo a más anchurosos horizontes. Los problemas que se le plantean a la Iglesia en México durante estos años de formación seminarística irán asimismo desple-

gando las velas de su inquieto corazón para cuando llegue la borrasca.

Elías profesa de solemnes en 1914. Siguen poco después los otros pasos hacia el sacerdocio: órdenes menores, subdiaconado y diaconado. Hasta que llega, por fin, el tan ansiado día: aquel 9 de abril de 1916, en efecto, ya en el pontificado de Benedicto XV, con 33 años a las espaldas, es ordenado de presbítero en la iglesia parroquial de San José de Aguascalientes por la imposición de manos del obispo Ignacio Placencia y Moreira. Pasados tres meses, así era entonces la costumbre, concretamente el 2 de julio de 1916, canta su primera misa en la iglesia parroquial de Yuriria. Él mismo había elegido ese día por ser fiesta de la Visitación y, en consecuencia, memoria de la advocación mariana del Socorro. Predicó en tan solemne circunstancia el agustino Fulgencio Villagómez, párroco entonces de Yuriria, tomando como lema del sermón el Salmo 46: «Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo».

La Providencia dispuso que el primer destino fuera precisamente su parroquia natal, con las más de treinta rancherías a la redonda. En noviembre de 1916, Adeodato Castillo pide al provincial que su primo Elías le eche una mano como vicario en San Nicolás de los Agustinos. Esta vez no hay ducha de agua fría: el año de ministerio compartido basta para evidenciar al primo el error de su diagnóstico años atrás: «Pos mira tú, diatiro, me equivoqué cuando te decía que apenas servirías para el otro arado y que en este de Cristo se te quebraría la reja [...] Pero ni siquiera te salen los surcos chuecos...».

En noviembre de 1917 le reclama el confesonario de Aguascalientes. Será la plataforma desde la que demostrar sus excelentes dotes como maestro de espíritu. Era la suya, en verdad, alegría contagiosa que le permitía hacerse cercano y cordial entre los fieles. Iba directo a la Palabra de Dios, con finura de forma y hondura de espíritu, y el Evangelio por brújula y bandera de puro llevarlo siempre en el corazón. Los testimonios orales y escritos que de entonces se conservan, gracias no sólo a sus cartas, sino a las referencias de contemporáneos, destacan en nuestro bienamado P. Nieves una obediencia, una sencillez y una bondad admirables.

A finales de 1919 vuelve a Yuriria de vicario. Tiempo, éste, de hondas pruebas interiores por haber sido víctima de celos, envidias y calumnias, producto de pasional rencor y de imprevistas neurosis en el cercano entorno. Salíó inocente de todo, sí, mas no sin haber sangrado antes su corazón sensible hasta ponerse la suave y tersa piel del alma en carne viva. Es lo cierto, por lo demás, que una madurez así acrisolada facilitó el primer destino como vicario fijo en Peñicuaró, junto al estado de Michoacán, pueblo con muchos indígenas, donde puso en marcha la catequesis con grupos parroquiales de niños, jóvenes y adultos. Los testimonios del nuevo destino revelan su generosa entrega a los pobres, su austeridad de vida y su absoluto abandono a la oración.

Tras sucesivos servicios pastorales en ciudades y pueblos, llega el nombramiento que va a ser en él definitivo: a partir del 2 de diciembre de 1921 ejercerá, hasta su muerte, de «vicario fijo» en La Cañada de Caracheo, pueblo bastante mal comunicado con la sede municipal, sin luz eléctrica, ni escuela, ni médico, de tres mil habitantes no más, mil de los cuales, aproximadamente, diseminados por las rancherías. Era entonces el «vicario fijo», en realidad, un coadjutor dependiente de la parroquia central, pero con demarcación territorial propia y jurisdicción de cuasipárroco. Lo primero que tendrá que hacer el P. Nieves no bien haya llegado a la parroquia será rematar las obras del templo, avanzadas ya, es cierto, pero inconclusas todavía, cosa que ocurre en noviembre de 1923, pontificado de Pío XI. En 1925, como recuerdo de aquel Año santo jubilar, costea y coloca un reloj, con carillón, para propagar la hora de Dios por el pueblo y las montañas. Todavía hoy es llamado «el reloj del Padre Nieves».

Los testimonios de sus parroquianos de entonces podrían reducirse a esta declaración de José Sierra Vera: «Dio ejemplo de mansedumbre, de paciencia y de celo por el cumplimiento de sus deberes sacerdotales. Dio pruebas de mucha confianza en Dios». A ejemplo de Jesús en el Evangelio, también él conocía a sus ovejas por el nombre y por la voz (cf. Jn 10,3-14), lo que muchas veces cristalizó en solicitudes de éstas para resolver problemas y remediar necesidades, cuando no en prontitud por

su parte a la limosna para atajar casos desesperados. Amigo y aliado de los pobres, también los niños se dejaban ganar por su bondad: a veces una golosina, en ocasiones una caricia, de cuando en cuando una estampita, siempre cercanía y cariño, en todo momento ternura y amor. Todo su afán consistía en procurar que sus parroquianos fueran hombres de Iglesia, de sacramentos, de oración personal y comunitaria.

Pero en su México lindo iban a soplar sin tardanza vientos huracanados a causa de las revueltas de «agraristas» y «cristeros», y de la persecución del presidente Calles. Pasado el vendaval, se irá comprobando que la vorágine se ha llevado por delante muchas vidas humanas y la persecución religiosa habrá tronchado en flor un sinfín de plantas en el exótico jardín mexicano: una de ellas, preciosa de veras, la del P Nieves. Entre otras disparatadas determinaciones, ordenó el Gobierno que los sacerdotes se concentraran en la capital, abandonando sus parroquias rurales. El episcopado aconsejó a los sacerdotes atender en lo posible a los fieles privadamente, y de ese modo mantener a salvo sus vidas: no querían obligar a los sacerdotes rurales a permanecer en sus puestos, dada la heroicidad de semejante decisión, pero tampoco prohibir, a quien lo prefiriese, la clandestinidad: los sacerdotes así podían celebrar en las casas o en las cuevas y algunos fieles cristianos llevar la comunión a los enfermos. Como es lógico, eran severamente perseguidos donde estuvieran, no ya sólo por impedirles el ejercicio del ministerio, sino también para apresarlos y llevarlos a México capital. Muchos, por desdicha, fueron vilmente asesinados, sin juicio previo, sin defensa posible, con la ferocidad y el sadismo propios del odio salvaje contra la fe. Fue el caso de nuestro Beato.

El temporal de la persecución descargó sobre La Cañada cuando caía la tarde del 7 de marzo de 1928, miércoles de la segunda semana de Cuaresma. Elías del Socorro llevaba viviendo catorce meses en una cueva de los montes cercanos. Quince días antes, el 22 de febrero, había celebrado a escondidas la misa parroquial e impuesto la ceniza. Gracias a Dios, su celo pastoral había conseguido mantener a sus feligreses apartados cuando la furiosa reacción armada de los «cristeros» contra las

represivas disposiciones gubernamentales. El culto público, eso sí, estaba prohibido. Así que el capitán del destacamento militar del Regimiento de caballería que se apoderó del pueblo, Manuel Márquez, mostró pronto interés en detener al religioso. En ese tira y afloja de unos soldados en su busca por el pueblo y alrededores, y de él hallando refugio aquí y allí entre los parroquianos más generosos o por los riscos más inhóspitos y mejor a reparo de posibles pesquisas, nuestro agustino sopeso pros y contras de si adelantarse o esperar, salir al encuentro como Cristo en el Huerto de Getsemaní (cf Mt 26,46, Jn 18,4), o aguantar prudentemente en el escondite, como tantos santos y dignísimos pastores en la historia de las persecuciones. Él, en cualquier caso, estaba dispuesto a todo y tenía bien asumido que «el buen pastor da la vida por las ovejas» (Jn 10,11).

La hora del prendimiento sonó a media mañana del 9 de marzo, de paso él, como un lugareño más, por el rancho San Pablo y cuando el pelotón de soldados de refuerzo acordonó de pronto los alrededores. Aunque de paisano entre los rancheros, sus gafas delataban sin querer la pinta de cura. El diálogo fue breve:

—«Usted es el cura».

—«Sí, soy sacerdote».

—«Pues dése por preso».

Lo demás, los parroquianos con él apresados, el diálogo que siguió, el interés de los feligreses por salvarle la vida pagando en oro a los captores, las vicisitudes de aquellas horas trágicas, tal y como la historia ha sido narrada por testigos oculares, es digno de las más antiguas actas martiriales. Fusilados y rematados los Sierra tras haberse confesado con él, Manuel Márquez, el capitán, se le adelanta pistola en mano: «Ahora le toca a usted. A ver si morir es como decir misa».

La respuesta prueba que el Espíritu Santo se encargó de refrendar también aquí la promesa de Jesús, poniendo en sus labios palabras llenas de sabiduría: «Has dicho verdad, hijo, porque morir por la Religión es sacrificio agradable a Dios».

El Gólgota le aguardaba junto a un poste de teléfono, cerca de un puente sobre el camino real, a medio camino entre Las Fuentes y Cortázar, apenas dos kilómetros distante de esta po-

blación, en un paraje denominado El Llano. Nervioso ante la serenidad del religioso que había dicho estar listo para el sacrificio, el capitán le pregunta la hora. El P. Nieves entonces alarga con sus manos el reloj y su cobija al capitán, diciéndole: «Aquí tiene este reloj y esta cobija, por si un día pueden servirle».

Quiso dar su bendición en señal de perdón a los soldados, quienes se arrodillaron para recibirla. Pero el capitán pasaba de bendiciones y de gestos rituales: «Yo no necesito bendiciones de curas, me basta mi pistola».

Sonaron varios disparos y el P. Nieves empezó a desplomarse mientras trazaba la señal de la cruz, musitando entre los estertores de la muerte: «Dios te perdone, hijo mío. ¡Viva Cristo Rey!».

El despiadado capitán tuvo aún sangre fría para acercarse a darle el tiro de gracia. Perpetrado el crimen, salió con la tropa a galope tendido, como alma que lleva el diablo, cual si quisiera huir de los remordimientos que, en feroz carrera persecutoria, le seguían a la grupa como jauría de mastines. Un pastorcillo se encargó de avisar en La Cañada, una vez descubierto el cadáver. Luego, una especie de silencio cómplice se extendió por el lugar a manera de sudario, como queriendo acallar el grito desgarrador de la tragedia. Todo había ocurrido a las tres de la tarde. Igual que a Jesús en el Gólgota. Ese 10 de marzo, el P. Nieves, que no había podido celebrar, pudo así cantar la misa solemne con la Pascua de su propia vida.

Los restos mortales fueron depositados al día siguiente en un lugar del Panteón municipal de La Cañada de Caracheo. Allí reposaron hasta el 18 de noviembre de 1935, fecha del traslado a la iglesia parroquial, junto al altar del Sagrado Corazón. La fama de mártir corrió celérica por los más remotos rincones del país. Su mismo verdugo Márquez, que treinta años después conservaba todavía la cobija y lentes del P. Nieves, no cesó de repetir en diferentes entrevistas concedidas entre 1957 y 1958 que lo que había comunicado en el parte «es la mentira oficial, porque así acostumbramos nosotros», pero el «Padre Nieves murió como un héroe y como un santo».

Gran capacidad de trabajo la suya. Tenaz en sus propósitos, sincero, jovial, enemigo de la mentira, de natural tímido, pro-

fundamente piadoso, desprendido ante las necesidades ajenas, humilde recibiendo las reprensiones, sin asomo de resentimiento contra sus ofensores, agustino de corazón inquieto, sacerdote íntegro, celoso pastor de almas, profundamente mariano, contemplativo de vocación y de acción, entrañable con sus feligreses, radicalmente identificado con la cruz de Cristo, mártir a carta cabal. La santa Madre Iglesia así lo entendió el 12 de octubre de 1997 con la solemne beatificación por el papa Juan Pablo II, quien titula el breve de la misma con palabras de San Agustín comentando el Evangelio de San Juan: «En cuanto los mártires [= *Quatenus martyres*] derramaron su sangre por los hermanos, no hicieron más que dar lo que recibieron de la mesa del Señor» (*In Io. Ev. tr.* 84,2), fino detalle si tenemos en cuenta que, junto a los beatificados ese mismo día, estaba también la madre María Teresa Fasce, durante muchos años abadesa agustina del convento de Santa Rita de Cascia.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

- CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Morelien. Beatificationis seu declarationis martyrii Servi Dei Eliae a Succursu Nieves, O.S.A., in odium fidei uti fertur interfecti. Positio super martyrio* (Roma 1993).
- ID, *Relatio et vota Congressus peculiaris super martyrio* (Roma 1996).
- ID, *Decretum super martyrio* (Roma 1996)
- JUAN PABLO II, Breve de beatificación: «*Quatenus martyres*»: *AAS* 91 (1999) 153-156
- LLAMAS, J., OSA, «Nuestro mártir el P. E. del S. N. agustino»: *VerAg* 1 (1928) 305-307
- MARTIN ABAD, J., *Elías del Socorro Nieves 1882-1928. Agustino, pastor y mártir. Ilustraciones de Dante Ricci* (Roma 1997)
- Martyrologium romanum*, o.c., 174, n 9, 736
- MEYER, J., *La Cristiada* 1: *La guerra de los cristeros* (Mexico-Madrid 1973), 2: *El conflicto entre la Iglesia y el Estado 1926-1929* (Mexico-Madrid 1973), 3: *Los cristeros* (Mexico-Madrid 1974)
- NAVARRETE, N., *El Viacrucis de un agustino. Semblanza biográfica del Siervo de Dios R. P. Fr. Elías del Socorro Nieves, O.S.A. (1882-1928)* (México 1960; reimp. 1978)
- ORDUÑA, T., «Un mártir agustino de Cristo Rey, R. P. Fr. Elías del Socorro Nieves» *Archivo Historico Agustiano* 34 (1930) 142-147.
- ROJO, F., «Bto. Elías del Socorro Nieves (1882-1928)», en: ID (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustina* (Roma 2001) 273-274.

SAN SIMPLICIO

Papa († 483)

Simplicio fue elegido papa el 3 de marzo del 468 a la muerte del papa Hilario y hubo de hacer frente a muy serias dificultades tanto en Oriente como en Occidente.

En Oriente se encontró con que obispos monofisitas alcanzaban las históricas sedes de Antioquía, Alejandría y Jerusalén, y ello preparaba el que el emperador Basilio mostrara su complacencia hacia los monofisitas con un decreto que los favorecía. El papa protestó en vano, y la cosa siguió adelante hasta el extremo de que el siguiente emperador Zenón, a instancias del patriarca Acacio de Constantinopla, dio el edicto de unidad llamado *Henotikon* que quería ser una componenda entre la ortodoxia y el monofisismo, eludiendo Calcedonia. No sirvieron tampoco las protestas del Papa, pero quedó claro que éste cumplía su deber y salía siempre en defensa de la fe verdadera.

En Occidente hubo de ser el Papa testigo de la completa invasión del Imperio occidental por los bárbaros y de la supresión del propio imperio con la deposición del último emperador, y tuvo que ver a Odoacro dueño de Italia. Pese a ello, el Papa siguió mostrando su preocupación por las iglesias, y prueba de ello es el nombramiento del obispo Zenón de Sevilla como vicario papal en España. Reparó en Roma las iglesias arruinadas por los bárbaros y reorganizó el servicio de las basílicas. Murió el 10 de marzo de 483.

SAN ÁTALA

Abad († 626)

Natural de Borgoña y de noble familia, se educó bajo la guía del obispo de Gap y hubiera desembocado en las filas del clero diocesano si no hubiera sentido la vocación religiosa y marchado al monasterio de Leríns.

Este famoso monasterio no llenó sus deseos de perfección y se fue al de Luxeul, donde la regla de San Columbano sí colmó

las ansias de vida austera y recogida que él ansiaba, poniéndose por completo bajo la guía del gran santo. Cuando éste es expulsado por Teodorico de Austrasia de su monasterio y tiene que irse a Italia, Átala se fue con él, y con él se establece en Bobbio.

Al morir San Columbano, es elegido Átala abad (año 615). Hizo frente a la división producida a la muerte de Columbano: unos querían mitigar el rigor monástico del difunto, otros, y Átala entre ellos, querían conservar el camino de vida trazado por él. Átala fue firme pero paciente y logró que los descontentos terminasen volviendo e integrándose en la regla del monasterio. No puede decirse sino que gobernó santamente mostrando mucho amor a sus monjes y mucha serena fortaleza que le dio una gran autoridad. Murió el 10 de marzo de 626.

11 de marzo

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Esmirna (Asia), San Pionio († 250), presbítero y mártir
- 2 En Laodicea (Siria), los santos Trofimo y Tales (s. IV), mártires
- 3 En Escocia, San Constantino (s. VI), rey y mártir
- 4 En Leon (España), San Vicente († 630), abad de San Claudio *
- 5 En Jerusalén, San Sofronio († 639), obispo **
- 6 En la abadía de St Vaast, San Vindiciano († 712), obispo de Arras-Cambrai
- 7 En Milan, la deposición de San Benito († 725), obispo
- 8 En Tallaght (Irlanda), San Oengo el Cúldeo († 824), monje y hagiógrafo
- 9 En Córdoba (España), San Eulogio († 859), presbítero y mártir. Su memoria la celebra la Iglesia española el 9 de enero **
- 10 En Cupramontana (Italia), Beato Juan Bautista de Fabriano Righi († 1539), presbítero, de la Orden de Menores *
- 11 En York (Inglaterra), Beato Tomás Atkinson († 1616), presbítero y mártir bajo el rey Jacobo I *
- 12 En Clonmell (Irlanda), Beato Juan Kearney († 1656), presbítero, de la Orden de Menores, mártir bajo Oliver Cromwell
- 13 En Hung Yen (Tonkin), Santo Domingo Câm († 1859), presbítero y mártir *
- 14 En Sai Nam The (Corea), los santos Marcos Chong U1 bac, caequista, y Alejo U Se yong († 1866), mártires *

SAN SOFRONIO

Obispo († 639)

A una de las grandes figuras de la antigüedad lo conocemos mejor por sus escritos que por detalles concretos de la propia vida. Y nos hallamos ante una figura estelar elegida por Dios para poner coto a los herejes monotelitas, que defendían la existencia de una sola energía, una sola voluntad en Cristo. Creían que era la manera de satisfacer a los monofisitas y a los católicos. Una doctrina que según Sergio, patriarca de Constantinopla y patrocinador de la doctrina, servía de fórmula común para los católicos que defienden las dos naturalezas en Cristo y para los monofisitas que sólo aceptan una. La doctrina llegó a entusiasmar al propio emperador Heraclio, que quiso obligar a todos a aceptarla como fórmula de concordia.

Es entonces cuando surge la figura del monje palestinese Sofronio, que llegó a enfrentarse al propio Sergio e incluso llevó su doctrina hasta Roma, porque inicialmente el papa Honorio no estuvo debidamente informado sobre la gravedad del asunto. Al final resplandecería la doctrina de Sofronio, con tal grandeza de exposición que su misma carta se incluyó en las actas de la XI sesión del III Concilio de Constantinopla, VI de los universales.

Muy poco podemos decir de la vida de este monje al margen de sus continuos viajes obligados para defender la verdadera doctrina de la Iglesia.

Sofronio, con toda probabilidad, nació en Damasco de Siria el año 550 y murió en Jerusalén en 638 o 639. A juzgar por sus escritos debió tener una esmerada juventud, con clases de retórica y teología. Muy pronto se hizo monje basilio de San Sabas, pero enseguida marchó a Palestina para conocer los monasterios, famosos en aquellos tiempos, como enclaves de sabiduría y ascetismo. Le llamó la atención el solitario Juan Mosco del monasterio de San Teodosio, diócesis de Jerusalén, y por eso pidió ingresar en él. La amistad entre ambos llegó a tan perfecta identificación que en adelante se convirtieron en compañeros inseparables de sus diversas correrías apostólicas.

Viajeros incansables, conocen los lugares más llamativos de los cristianos como Egipto y el Sinaí, volviendo después a Palestina, y tras visitar Antioquía marchan nuevamente a Egipto donde el patriarca de Alejandría les encomendó luchar contra los monofisitas, herejía que estaba haciendo profundos estragos en su comunidad al negar nada menos que en Cristo hubiese dos naturalezas, la divina y la humana.

De aquí pasaron a Roma para visitar al Papa hacia el año 614, pero muy pronto moriría Juan y Sofronio en 619 busca consuelo volviendo a la paz de su monasterio de San Teodosio. No por eso cesó su lucha contra los monofisitas. Su esfuerzo se vio recompensado con el nombramiento de patriarca de Jerusalén en el año 633 o 634. Fue en esta situación cuando conoció la nueva herejía del monotelismo o monoenergismo, pretendiendo concordar la tan dispar doctrina de los monofisitas con la de la Iglesia afirmando que en Cristo si había dos naturalezas pero una sola energía o voluntad.

Sofronio se vio inmerso en otra más grave confrontación doctrinal y entonces más que nunca reunió en el 634 un sínodo de obispos de su provincia donde se esclareció con nitidez la verdadera doctrina resumida en las actas sinodales con una clara refutación de los errores monotelitas y la exposición neta de la doctrina católica, enviando a Roma la famosa carta que pasaría a las actas del Concilio III de Constantinopla por los años de 680-681. El monotelismo estaba definitivamente condenado. A las dos naturalezas distintas, divina y humana, corresponden igualmente dos fuerzas agentes distintas.

Aún ahora la doctrina allí contenida exhala una claridad deslumbradora, donde al mismo tiempo se desvela el misterio de María en el plan redentor de los hombres como Madre de Dios:

«En cuanto a la Encarnación, yo creo que Dios Verbo, el Unigénito del Padre que ha nacido antes de todos los siglos y de todos los tiempos, en la impassibilidad del mismo Dios y Padre, lleno de piedad, en su amor por los hombres, por nuestra naturaleza caída, por su libre decisión, por la voluntad de Dios que lo ha engendrado, y con el divino consentimiento del Espíritu, sin abandonar el seno de su Padre, descendió hasta nuestra bajeza. Según la voluntad común del Padre y del Espíritu, y según su naturaleza y su ser infinito, no sufriendo ninguna limitación, ignorando nuestras infi-

delidades sucesivas, obrando por naturaleza de forma totalmente divina, ha penetrado en el seno completamente resplandeciente de virginal pureza de Maria, la Santa y Radiante Virgen, llena de una divina sabiduria, y exenta de toda mancha del cuerpo, del alma y del espiritu. Se encarno, El, el incorporeo tomo nuestra forma, El, que, segun la esencia divina, era exento de forma en cuanto al exterior y a la apariencia tomo un cuerpo como el nuestro, Él, el inmaterial, y se convirtio en verdadero hombre, sin dejar de ser reconocido como Dios. Se le ve llevado en el seno de su Madre, a El, que esta en el seno del Padre Eterno, El, el inmortal, recibe un comienzo en el tiempo, todo esto, no sin motivo, sino antiquilandose verdadera y realmente por completo, por la voluntad de su Padre y la suya, y asumiendo toda nuestra miseria humana, tomando una carne consustancial a nosotros, un alma racional, semejante a la nuestra, un espiritu identico al nuestro, puesto que es en esto en lo que consiste el hombre. Y El se ha convertido en verdadero hombre por la sublime concepcion de la Virgen Santisima. Pues El ha querido hacerse hombre para purificar lo semejante por lo semejante, salvar al hermano por el hermano, iluminar lo identico por lo identico. He aqui por que una Virgen Santa es elegida. Ella esta santificada en su alma y en su cuerpo, y al ser pura, casta e inmaculada, Ella se convierte en la cooperadora de la encarnacion del Creador»

Después de llevar adelante tan reconfortantes jornadas, ya hacia el final de su vida, pudo contemplar con inmenso dolor cómo Jerusalén caía en manos de los musulmanes por obra del Califa Omar. El santo pastor hizo cuanto pudo por aliviar la suerte de los cristianos, pero Dios quiso llamarlo a su lado. Era el 11 de marzo del año 639. Había muerto uno de los hombres más sobresalientes de su siglo, cuya vida se puede resumir en dos palabras: santidad e integridad doctrinal.

Las obras que hoy conocemos de San Sofronio son las siguientes:

— *Cuatro homilias.*

— *Elogio y milagros*, (70), de los mártires egipcios San Ciro y San Juan.

— *Vida de Santa María Egipciaca.* (Hay dudas de su autenticidad).

— *Discursos sobre la presentación de Jesucristo en el Templo.*

— *Troparios, himnos y cantos diversos.* Algunos dentro de las liturgias orientales e incluso romanas, como los viejos tropos que

se cantaban en latín hasta hace muy poco durante la adoración de la Cruz el Viernes Santo: «Popule meus».

JOSE SENDIN BLAZQUEZ

Bibliografía

- LLORCA, B., SJ, *Manual de historia eclesiástica* (Barcelona 1942) 204ss
MARTINEZ PUCHE, J. A., «San Sofronio de Jerusalén», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano Marzo* (Madrid 2001) 132-135
VARALDA, P., «San Sofronio», en C. LEONARDI-A. RICCARDI-G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 2083-2084

SAN EULOGIO DE CÓRDOBA

Presbitero y mártir († 859)

San Eulogio es el gran padre de la mozarabía, el renovador del fervor religioso entre la cristiandad cordobesa y andaluza en medio de la lucha que hubo de sostener con las autoridades islámicas durante el siglo IX. Conocemos su figura por sus propios escritos: las cartas, el *Memorial de los mártires*, el *Documento martirial*, y por la biografía que de él escribió su amigo Álvaro Paulo. Aunque estuvo empeñado en una lucha porfiada con el Islam, su nombre no aparece en las historias hispanoárabes, cuyos autores miraron con la mayor indiferencia la gran epopeya martirial.

Nacido hacia el año 800 en el seno de una de las más rancias familias de Córdoba que, en medio de la apostasía general, había conservado fielmente las prácticas de la vida cristiana, recibió en el hogar los primeros rudimentos de la educación religiosa. Su primer maestro fue un abuelo, que llevaba el mismo nombre que él y que cada vez que oía la voz del almuédano anunciando la hora de la oración a los musulmanes, rezaba de esta manera: «Dios mío, ¿quién puede compararse a ti? No calles ni enmudezcas. He aquí que ha sonado la voz de tus enemigos y los que te aborrecen han levantado la cabeza». Se le confió después, en vista del atractivo que tenía para él el estudio de los libros santos, a la comunidad de sacerdotes de la iglesia de San Zoilo, bajo cuya dirección dio los primeros pasos en el ejercicio de la piedad y de la ciencia sagrada. Juntóse a esto la in-

fluencia del más famoso de todos los maestros cristianos de Córdoba, el piadoso y sabio abad Esperandeo, que gobernaba el monasterio de Santa Clara, cerca de Córdoba. Allí conocí a otro alumno que había de ser su biógrafo, Álvaro, y allí estreché con él una amistad que había de durar mientras viviese

Alvaro fue el amigo perfecto, el partícipe de sus santos ideales, el colaborador leal en todas sus empresas, apasionado como él de la ciencia isidoriana, y como él, inquebrantablemente asido a las viejas tradiciones patrias. Él, a su vez, ve en el descendiente de los magnates de la *civitas patricia* la cifra de todas las perfecciones: un alma grande encerrada en un cuerpo fino y delicado, irresistible en el trato, una suave claridad en el semblante, el brillo del abolengo, la agudeza del ingenio, y en las costumbres, tesoros de gracia y de inocencia. Pero lo que no puede olvidar es aquella mirada bañada en un fulgor ultraterreno. Si Álvaro es el hombre impulsivo, Eulogio tiene una naturaleza inclinada al reposo de la contemplación. Pasados los umbrales de la juventud, se entrega a las actividades de la vida clerical, y entra a formar parte del colegio de sacerdotes que servía la iglesia de San Zolito. No tarda en darse a conocer por su inflamada elocuencia y por la integridad de su vida

«Todas sus obras, dice el biógrafo, estaban llenas de luz, de su bondad, de su humildad y de su caridad podía dar testimonio el amor que todos le profesaban, su afán de cada día era acercarse más y más al cielo, y gemía sin cesar por el peso de la carga de su cuerpo»

Sólo él estaba descontento de cuanto hacía.

«Señor, decía más tarde, yo tenía miedo de mis obras, mis pecados me atormentaban, veía su monstruosidad, meditaba el juicio futuro y sentía de antemano el merecido castigo. Apenas me atrevía a mirar al cielo, abrumado por el peso de mi conciencia»

Para aminorar el tormento que le causaba este sentimiento de su indignidad pensó tomar el báculo de peregrino y hacer a pie el viaje a Roma. Esto era entonces una cosa casi imposible en Andalucía, y así se lo dijeron cuantos le rodeaban. Álvaro nos lo dice con estas palabras: «Todos resistimos aquella tentativa, y al fin logramos detenerle, pero no persuadirle». Tal vez Eulogio cedió, porque entre tanto las circunstancias le obliga-

ron a hacer otro viaje, que no era menos difícil, pero que estaba justificado por una necesidad familiar: el deseo de saber noticias de dos hermanos a quienes los azares de la vida comercial habían llevado al otro lado de los Pirineos, y según se rumoreaba negociaban en las ciudades del Rhin. Era el año 845. Por más que hizo Eulogio no pudo salir de España. En Cataluña encontró los pasos cerrados por las luchas entre los hijos de Ludovico Pío. Retrocedió hasta Zaragoza y desde allí subió hasta Pamplona, donde le dieron las peores noticias de lo que pasaba al otro lado de Roncesvalles. Se acercó, sin embargo, a Gascuña, pero no pudo pasar el puerto. Para no perder completamente el viaje, decidió visitar los monasterios del país, Seira, Siresa, San Zacarías, etc., donde le regalaron libros preciosos, que se llevó como un botín a Córdoba. Eran obras de Porfirio, de Avieno, de Horacio, de Juvenal, de San Agustín. Los discípulos del abad Espeirandeo habían emprendido la noble tarea de restaurar en El Ándalus la cultura isidoriana, sofocada por la invasión, y al frente de todos ellos estaba Eulogio. Fomentar los estudios, crear escuelas, formar librerías era para él defender la religión de sus padres y resucitar el sentimiento nacional.

«Cada día, dice su amigo y biógrafo, nos daba a conocer nuevos tesoros y cosas admirables desconocidas. Diríase que las encontraba entre las viejas ruinas o cavando en las entrañas de la tierra [] No es posible ponderar debidamente aquel afán incansable, aquella sed de aprender y enseñar que devoraba su alma. Y, ¡oh admirable suavidad de su alma!, nunca quiso saber cosa alguna para sí solo, sino que todo lo entregaba a los demás, a nosotros, los que vivíamos con él, y a los venideros. Para todos derramaba su luz el siervo de Cristo, luminoso en todos sus caminos luminoso cuando andaba, luminoso cuando volvía, límpido, nectareo y lleno de dulcedumbre»

Por el prestigio de su sabiduría y de su santidad el maestro de San Zoilo se había convertido en jefe del grupo más ferviente de la cristiandad cordobesa, sacerdotes celosos, fieles fuertemente apegados a sus creencias, ascetas de la sierra, monjes y monjas de una veintena de monasterios que había en la ciudad o en sus alrededores. La opresión musulmana, que a muchos los llevaba a la apostasía, había producido en ellos una reacción de amor exaltado a sus creencias. Es verdad que no había persecución propiamente dicha, pero la misma ley hacía la vida inso-

portable para un cristiano, y a la ley se juntaba el fanatismo popular, más intolerante tratándose de monjes y sacerdotes, cuya presencia en la calle daba lugar con frecuencia a escenas desagradables. A fines del reinado de Abd al-Rahman II la intolerancia se hizo más violenta, y en los primeros meses del año 850 empezaron los martirios y las decapitaciones: primero un sacerdote, después un mercader. Los cristianos más fervorosos protestaron presentándose ante el cadí para declarar la divinidad de Jesús y las imposturas de Mahoma. Inmediatamente eran torturados y degollados. Son ufanas doncellas, vírgenes admirables educadas desde la niñez en los monasterios, anacoretas encanecidos en la penitencia, soldados y gentes del pueblo. Algunos que habían renegado del Evangelio en un momento de debilidad, aprovecharon aquel procedimiento para lavar su culpa. Otros, que eran cristianos ocultos, cuando la ley los obligaba a ser musulmanes, fueron arrastrados ante el juez por sus propios parientes.

El sultán, no sabiendo qué medida tomar contra aquellos hombres que se reían de los tormentos, acudió al arzobispo de Sevilla, Recafredo, y le dio orden de que anatematizase a los mártires e hiciese callar a sus defensores y panegiristas. Pareció al principio que esta medida iba a detener aquellos entusiasmos, pero hubo un grupo numeroso, que rechazaba todo pacto con la infidelidad, que fue a parar en el calabozo. Al frente de ellos estaba el maestro de San Zoilo, que, lejos de someterse a las imposiciones del metropolitano, empezó a escribir un libro intitulado *Memorial de los mártires*, en que se proponía dar una historia de sus combates y una defensa de su heroísmo. Ya le tenía casi terminado, cuando un día de otoño de 851 se presentó en su casa la policía, y entre los lamentos de su madre y de sus hermanos lo llevaron a la cárcel. Aquel encierro le llena de alegría, porque le permite convivir con los otros prisioneros, instruirles y alentarles. Un día le dicen que dos jóvenes encerradas en un calabozo cercano están a punto de desmayar, vencidas por los sufrimientos y las amenazas. Inmediatamente se pone a escribir un libro, al cual dio el título de *Documento martirial*. Destinado a sostener el ánimo de estas dos vírgenes llamadas Flora y María, tuvo un éxito completo. Al mismo tiempo lee, reza, predica y

escribe. Escribe su larga carta al obispo Vilesindo, de Pamplona; y con un detenido examen de los poetas clásicos, descubre las reglas de la prosodia latina, que se habían olvidado en España después de la invasión árabe.

Recobra la libertad a los pocos meses, pero sin renunciar a su culto admirativo por los confesores de la fe. La persecución arrecia cuando el emir Muhammad sucede a su padre Abd al-Rahman. Muchas iglesias fueron destruidas y muchas comunidades disueltas. El catálogo de los mártires se aumentaba cada día, y Eulogio aumentaba al mismo tiempo las páginas de su *Memorial*. Su escuela había sido clausurada, pero él seguía siendo el oráculo de la religión perseguida. Unas veces anda huido por la ciudad, otras se esconde entre las fragosidades de la sierra. Responde a los detractores de los héroes sacrificados con una obra, intitulada el *Apologético*, notable por su estilo, lleno de sinceridad y elegancia. Diez años duró aquella lucha épica, contra los musulmanes y los malos cristianos, diez años que fueron para él de un heroísmo continuado, tenso y jovial.

No obstante, Eulogio estaba triste al ver que iban muriendo y triunfando sus amigos, y que él estaba en pie. Su renombre era tal que, cuando en 858 murió el arzobispo de Toledo, el clero y los fieles de la sede primada de España eligieron para sucederle al humilde sacerdote de San Zoilo. Pero era necesaria la aprobación del emir, que le impidió salir de Córdoba. Por lo demás, Dios quería poner sobre su cabeza aquella corona del martirio, por la cual él había suspirado tanto.

Había en Córdoba una joven llamada Lucrecia, a quien la ley condenaba a ser musulmana por ser hija de padre musulmán. Sin embargo, ella creía en Cristo, lo cual le acarreaba continuas amenazas y malos tratamientos. Huyendo de la venganza de los suyos, se refugió en la casa de Eulogio, el cual la recibió, sin temor a las leyes, que la condenaban a ella a perder la vida por su apostasía, y a él al tormento por el crimen de proselitismo. La policía se puso en movimiento. Entre tanto Eulogio rezaba, y hacía que la joven cristiana se refugiase en la casa de unos amigos. Al poco tiempo los dos fueron detenidos. Acusado de haber apartado a Lucrecia de la obediencia que debía a sus padres y al Islam, Eulogio contestó que no podía negar su

consejo y su enseñanza a quien se la pedía, y que, según los principios mismos de los perseguidores, era preciso obedecer a Dios antes que a los padres. Llegó, incluso, a proponer al juez que le enseñaría el camino del cielo demostrándole que Cristo es el único camino de salvación. Irritado por estas palabras, ordenó el cadí que preparasen los azotes. «Será mejor que me condenes a muerte, dijo el mártir al verlos. Soy adorador de Cristo, hijo de Dios e hijo de María, y para mí vuestro profeta es un impostor».

Al proferir estas palabras, Eulogio no era ya solamente un proselitista, sino también un blasfemo, incurso en pena de muerte. Sin embargo, el juez no se atrevió a cargar con una responsabilidad como aquella. El primado electo de Toledo, el sacerdote más respetado por los cordobeses, debía ser juzgado por el consejo del emir. Se le llevó al alcázar y allí se improvisó un tribunal, formado por los más altos personajes del gobierno. Uno de los visires, íntimo de Eulogio, compadecido de él, le habló de esta manera:

«Comprendo que los plebeyos y los idiotas vayan a entregar inútilmente su cabeza al verdugo, pero tu, que eres respetado por todo el mundo a causa de tu virtud y tu sabiduría, ¿es posible que cometas ese disparate? Escuchame, te lo ruego, cede un solo momento a la necesidad irremediable, pronuncia una sola palabra de retractación, y después piensa lo que más te convenga, te prometemos no volver a molestarte»

Eulogio dejó escapar una sonrisa de indulgencia y de agradecimiento, pero su respuesta fue firme:

«Ni puedo ni quiero hacer lo que me propones. ¡Oh, si supieses lo que nos espera a los adoradores de Cristo! ¡Si yo pudiese trasladar a tu pecho lo que siento en el mío! Entonces no me hablarías como me hablas y te apresurarías a dejar alegremente esos honores mundanos»

Y dirigiéndose a los miembros del consejo, añadió:

«Oh principes, despreciad los placeres de una vida impia, creed en Cristo, verdadero rey del cielo y de la tierra, rechazad al profeta que tantos pueblos ha arrojado en el fuego eterno»

Condenado a muerte, fue llevado al lugar del suplicio. Al salir del palacio, un eunuco le dio una bofetada. Sin quejarse por

ello, Eulogio le presentó la otra mejilla. Ya en el cadalso, se arrodillo, tendió las manos al cielo, pronunció en voz baja una breve oración, y después de hacer la señal de la cruz en el pecho, presentó tranquilamente la cabeza. «Éste —dice Álvaro— fue el combate hermosísimo del doctor Eulogio; éste su glorioso fin, éste su tránsito admirable. Eran las tres de la tarde del 11 de marzo». El 15 fue decapitada Lucrecia

Los fieles de Cordoba recogieron los sagrados restos y los sepultaron en la iglesia de San Zoilo. El 1 de junio del año siguiente, 860, fueron solemnemente elevados, y en ese día empezó a celebrarse la memoria de los dos santos mártires. En 883 fueron trasladados de Cordoba a Oviedo. Su urna se conserva todavía en la Cámara Santa de esta ciudad. Los escritos del santo: *Memorial o Actas de los mártires* en tres libros, *Documento martirial*, *Apologético* y varias cartas fueron publicados por Flórez en los tomos X y XI de la *España sagrada*, de donde pasaron al volumen CXV de la *Patrología latina*.

JUSTO PEREZ DE URBEL, OSB

Bibliografía

Act SS Boll, 11 de marzo

DOZY, R P, *Historia de los musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides*, II (Madrid 1877) 130s

FLÓREZ, E, *España sagrada*, t X y XI *Obras de San Eulogio*, de *Alvaro de Cordoba*, del *Abad Esperandeo*, etc

GARCIA VILLADA, Z, *Historia eclesiastica de España*, III (Madrid 1934)

MADOZ, J, «El mundo mozarabe», en G DIAZ PLAJA (dir), *Historia de las literaturas hispanicas I Desde los orígenes hasta 1400* (Barcelona 1949) 264s

PFREZ DE URBEL, J, *San Eulogio de Cordoba* (Madrid 1942)

SIVONET, F J, *Historia de los mozarabes en España* (Madrid 1897 1903)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VICENTE

Abad († 630)

El nuevo *Martirologio romano* recoge la memoria de San Vicente, abad de San Claudio, de León, sin darle el apelativo de mártir ni asociarlo a la memoria de San Ramiro y otros monjes igualmente mártires. Conserva así la memoria del abad San Vi-

cente, claramente atestiguada incluso en su inscripción sepulcral, pero prescindiendo de la narración del martirio que nos llega en una pasión tardía y legendaria. Desde luego en el siglo XI, cuando sus reliquias ya habían sido llevadas a Oviedo, ya ostentaba el título de martir. Y la memoria de este santo junto a la de San Ramiro y compañeros la sigue celebrando la Iglesia de León el 11 de septiembre. La fecha de su muerte es el año 630.

BEATO JUAN BAUTISTA DE FABRIANO RIGHI

Presbitero († 1539)

Nació en Fabriano, de la provincia italiana de Ancona, en 1469 en el seno de una familia acomodada. Recibe una esmerada educación que desemboca en su tierna vocación a la vida religiosa, eligiendo la Orden franciscana en su rama observante. A esta vocación lo despertó la lectura de la vida de San Francisco. Ingresó en el convento de Forano, donde hizo el noviciado, la profesión religiosa y los estudios necesarios.

Ordenado sacerdote, es enviado al convento de Cupramontana, entonces Massaccio, donde perseverará hasta su muerte. Su labor pastoral en el púlpito y el confesonario atrajo a él innumerables fieles, que se edificaban, además, con su ejemplo de vida austera y pobre, con su humildad y modestia y su exquisita caridad con todos.

Se ha subrayado, con razón, la extrema austeridad de vida de este santo, al que se ha comparado con los padres del desierto. Ayunaba con extraordinario rigor, pasándose semanas enteras a pan y agua. Asiduo estudioso de los Santos Padres, nutría de ellos su vida espiritual y su altísima oración, en la que a veces pasaba la noche entera, y de la doctrina de los Padres nutría igualmente su predicación y sus consejos en el confesonario.

Murió el 11 de marzo de 1539. Enseguida se le tuvo por santo y comenzaron los fieles a venerar su sepulcro. Su culto fue confirmado el 7 de septiembre de 1903.

BEATO TOMÁS ATKINSON

Presbitero y martir († 1616)

Nació en Yorkshire hacia 1546. Decidido por el sacerdocio marchó a Douai donde hizo los estudios y se ordenó sacerdote en Laon el 11 de junio de 1588, regresando en noviembre de aquel año como misionero a Inglaterra.

El Señor le concedió poder trabajar apostólicamente durante veintiocho años en su mismo condado natal, trabajo acompañado de peligros y fatigas. Solía ir a pie a todas partes y a veces por mayor seguridad viajaba de noche, y por ello se rompió una pierna que, mal curada, le obligó a ir en adelante a caballo. Mostraba una extremada caridad con los pobres. Atrajo a numerosos protestantes a reintegrarse en la Iglesia Católica y confirmó en la fe a muchísimos católicos que persistieron en la fe a pesar de la hostilidad oficial y de la horrorosa persecución con que intentaba la corona inglesa acabar con el catolicismo.

Estaba acogido en una casa católica en Willtoft cuando fue arrestado junto con Mr. Vavaser, que era quien le hospedaba. Era ya un anciano de setenta años. Ni negó ni reconoció ser sacerdote, porque deseaba salvar de represalias a la familia que lo había hospedado, pero se le encontró un rosario y una lista de indulgencias concedidas por el papa que él llevaba consigo. Y ésta fue la prueba suficiente para ser declarado traidor. Sobrellevó con gran paciencia su prisión y se mostró fuerte y animoso a la hora del martirio. Fue ahorcado y descuartizado en York el 11 de marzo de 1616. Beatificado el 22 de noviembre de 1987.

SANTO DOMINGO CÂM

Presbitero y martir († 1859)

Nació en Cam-Chuong (Tonkín) en 1800 en una familia pagana, pero en la adolescencia se convierte al cristianismo, tomando en el bautismo el nombre de Domingo e ingresando en la Orden Tercera de Santo Domingo.

Los misioneros lo prepararon al sacerdocio, que recibió con mucha alegría y lo ejerció con celo y entrega a lo largo de mu-

chos años, incluyendo los de la persecución iniciada en 1851, en los cuales trabajó en la clandestinidad con gran eficacia por mantener a los cristianos en la fe. Vivía escondido, pero sabía dejar oportunamente su escondite para administrar los sacramentos y atender pastoralmente a los fieles.

Su presencia fue denunciada al mandarín de la provincia, que mandó buscarlo y logró arrestarlo en Ha-Lang el 29 de enero de 1859. Fue llevado a Hung-Yen, capital de la provincia, y acusado de profesar una religión prohibida. Con gran entereza dio testimonio de su fe y se negó a abandonarla. El juez quería salvarlo pero no pudo dada la claridad con que el mártir se declaraba cristiano. Pasó varios meses en la cárcel, en la que pudo recibir visitas animando a todos en el camino de la perseverancia. Por fin fue condenado a muerte. Fue decapitado el 11 de marzo de 1859. Canonizado el 19 de junio de 1988.

SANTOS MARCOS CHONG UI-BAE Y ALEJO U SE-YONG

Seglares y mártires († 1866)

Son dos mártires coreanos, de los cuales, el primero, Marcos, había nacido de noble familia el año 1794. Se hizo maestro, se casó y enviudó sin tener hijos, y entonces asistió al martirio de dos sacerdotes, hecho que le impresionó vivamente y le movió a interesarse por el cristianismo. Llegó a la fe, se bautizó y mereció la confianza de los misioneros que le encargaron de la catequesis y de la atención a los pobres. Volvió a casarse y adoptó un niño. Al arreciar la persecución, ayudó a muchos cristianos a escapar y ocultarse pero él permaneció en su puesto y fue arrestado el 25 de febrero de 1866.

El segundo, Alejo, era un joven de 19 años, que pertenecía también a una familia rica y que, habiendo oído hablar del cristianismo, hizo un largo viaje para encontrar al obispo San Simeón Berneux. Éste se lo encomendó a Marcos para que lo instruyera y oportunamente se le dio el santo bautismo. Dejando a su familia se fue a vivir con Marcos y empezó a ayudarlo en la traducción de libros religiosos. Pero el 1 de enero de 1866 fue detenido y acusado de ser cristiano. Alejo renegó del cristianis-

mo y enseguida lo soltaron Pero se arrepintió de su debilidad, visitó en la cárcel al obispo Berneux y le confesó su apostasía, recibiendo la absolución Cuando se supo que había vuelto al cristianismo lo arrestaron otra vez, pero ahora se mantuvo firme, pese a las torturas.

Marcos y Alejo fueron decapitados el 11 de marzo de 1866, no sin que antes sus propios familiares les hubieran reprochado su fe. Fueron canonizados el 6 de mayo de 1984.

12 de marzo

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Tebaste (Numidia), San Maximiliano († 295), martir
- 2 En Nicomedia (Bitinia) los santos Migdón, presbitero, Eugenio, Maximo, Domna, Mardonio, Pedro, Esmaragdo e Hilario († 303), martires
- 3 En el mismo sitio, San Pedro, martir, junto con los Santos Doroteo y Gorgonio († 303), tambien martires *
- 4 En Roma, la deposicion de San Inocencio I († 417), papa *
- 5 En Saint-Pol-de Leon, San Pablo Aureliano (s VI), obispo
- 6 En Roma, la deposicion del papa San Gregorio Magno, cuya memoria se celebra el 3 de septiembre (cf ** 3 de septiembre)
- 7 En Sigriano, la deposicion de San Teofanes el Cronografo († 817), monje, muerto en el exilio por su defensa de las sagradas imagenes *
- 8 En Winton, San Elfego († 951), obispo
- 9 En San Geminiano (Toscana), Beata Fina († 1253), virgen *
- 10 En Recineto (Italia), Beato Jeronimo Gherarducci († 1369), presbitero, de la Orden de San Agustin *
- 11 En Arezzo (Toscana), Beata Justina Francucci Bezzoli († 1319), virgen, de la Orden de San Benito *
- 12 En Guiyang (China), San Jose Zhang Dapeng († 1815), martir *
- 13 En Cracovia (Polonia), Beata Angela Salawa († 1922), virgen **
- 14 En San Romulo (Liguria), Beato Luis Orione († 1940), presbitero, fundador de la Pequeña Obra de la Providencia **

BEATA ÁNGELA SALAWA

Virgen († 1922)

Nació el 9 de septiembre de 1881 en Siepraw, población situada a 18 kms. de Cracovia, siendo la undécima hija de Bartolomé Salawa y Eva Bochenek, su segunda esposa, una familia piadosa de escasos recursos económicos que vio morir alguno de sus pequeños de corta edad. Eran tan pobres que pasaban hambre, levantándose en muchas ocasiones de la mesa con el estómago vacío. La madre, por su parte, exhortaba a sus hijos a llevar una vida de buena conducta: «Enseñándonos a comer poco, trabajar mucho y rezar». Así creció, sutil, pequeña de estatura y de aspecto enfermizo. Bien pronto comprenderá su « inutilidad », que Dios eligió para convertirla en un sacrificio agradable, para que fuera útil. «Y como había pensado, así lo hizo», aceptando todo con gran mansedumbre. Es posible que a sus 8 años de edad, como contó una vecina, no deseara otra cosa que poder estar siempre con Dios.

Al cumplir 16 años se trasladó a Cracovia, empleándose de sirvienta hasta el final de sus días, imitando a su hermana mayor Teresa, que la había precedido.

En 1899 profundamente conmovida por la serena aceptación de la muerte de parte de su hermana, e impulsada interiormente por una llamada especial, tomó la firme voluntad de buscar la santidad en este tipo de vida, humilde y pobre, consagrándose virginalmente a Dios. Durante toda su vida permaneció firme en la creencia de haber venido a este mundo a servir, como Cristo, llevando una vida llena de renunciaciones, sacrificios y humillaciones. Un oscuro y silencioso apostolado entre las numerosas mujeres dedicadas al servicio doméstico en aquella importante ciudad polaca, a quienes ayudaba, instruía y dirigía espiritualmente, reuniéndolas fuera del horario de sus labores cotidianas.

Un activo apostolado debido a su ejemplar vida, alimentada con la oración para fortalecerse en su ímprobo trabajo que amaba para parecerse más a Cristo, pobre y humilde. A pesar de su débil salud se mostraba a todos siempre alegre y sociable.

Su devoción a la humildad se caracterizaba por su condición de sierva voluntariamente elegida por Dios, a quien encomendó esta misión, aceptada, además, con el sufrimiento inherente a ese servicio, sin reserva alguna, por amor a Dios. Su existencia estaba totalmente dedicada y dominada por el amor exclusivo al Señor, para la expiación de los pecados del mundo y la salvación de todos los hijos de Dios. Un auténtico itinerario espiritual que la condujo a la santidad, despacio, lentamente, pues, como decía: «Al cielo, sí, pero sin prisa, sin prisa», dejando libre el arduo camino de fe trazado por Dios en su vida, recorriéndolo con el ritmo adecuado, fundamentado sobre los deberes cristianos del trabajo, renunciando a todo y convirtiéndose fielmente a los deberes cristianos día a día, lentamente, abandonándose en la voluntad divina y ayudada eficazmente por la gracia de Dios. Renunció a sí misma entregándose al Señor en cuerpo y alma, quien no tiene límites sino el infinito amor, ardiendo en un deseo siempre colmado de conocer mejor a Cristo para amarlo aún más.

La cruz llegó también cuando, fatigado su cuerpo por el trabajo y llena de gozo espiritual, experimentó la soledad del abandono por parte de sus compañeras. Pero con ella andaba también el Señor. Creció en el deseo de sacrificarse por amor a Dios y al prójimo, reconociéndose como víctima propiciatoria «pronta a aceptar todo sufrimiento, ofreciendo a Dios su vida, su muerte y la eternidad». Con el sufrimiento se siente próxima a Dios, conforme a su Señor, a quien tiene como modelo y a quien ama totalmente su alma. Se ofreció al Padre en amor total, y puesto que nunca pudo lograr por diferentes motivos entrar en el claustro, supo reconocer en este hecho la voluntad de Dios que quería santificarla en la vida propia y peculiar del laicado. Para ello tuvo que corresponder a la llamada divina con un elevado grado de perfección cristiana. Su vida, de este modo, se convirtió en un ejemplo admirable de vivir en el mundo sin ser del mundo. Fermento en la masa mediante el ejercicio de sus obligaciones bajo la guía del espíritu evangélico.

Su vida de perfecta caridad, a pesar de no ser una persona consagrada por los votos, la elevó a un estado de consagración especial. Al escoger voluntariamente la condición de «sierva»,

unido a su voto privado de castidad perpetua y el acto de ofrecerse a Dios como víctima por la salvación de los hombres son expresión ciertamente heroica de vida cristiana que pone el Reino de Dios por encima de todas las cosas terrenas.

Además, para participar mejor de los frutos del espíritu quiso profesar la Regla de la Tercera Orden de San Francisco, inspirándose en el admirable ejemplo del fundador de la Orden Seráfica. Una experiencia espiritual en donde destaca una dimensión mística que se manifiesta en su vida llena de la acción de los dones del Espíritu Santo, de la oración y contemplación, y otros dones extraordinarios, con particulares hechos de purificación y sufrimientos expiatorios. Su vida fue una absoluta entrega a la voluntad de Dios: «Vivo porque tú lo has querido, moriré porque tú lo quieres, sálvame porque tú lo puedes», de modo que su vida ha estado «donde Dios me ha llamado desde mi infancia», rebosando su corazón al término de su vida al pensar que su sacrificio había sido aceptado por Dios, y que pronto estaría con Aquel de quien no había rehusado nunca nada.

Renunció al matrimonio, no por temer la condición de vida conyugal, sino por desear entrar en un convento, pero al no tener dote nunca pudo acceder al claustro. Espontáneamente decidió hacer voto de castidad perpetua y consagrar a Dios su virginidad, una decisión que el padre Estanislao Mieloch, SJ, aceptó y consintió. Voluntariamente renunció a cualquier fortuna que se le ofrecía, para escoger a Dios como única felicidad.

A ojos del mundo era, simplemente, una empleada doméstica, pero su alma se elevaba continuamente a Dios. Su ingreso en 1901 en la «Unión de las servidoras domésticas católicas» o «Asociación de Santa Zita» le produjo un gran beneficio espiritual, pues los jesuitas estaban al frente de la misma, fomentando la lectura espiritual junto a una tierna devoción a la Virgen María, a quien profesó un amor excepcional. En 1903 se relacionó con los redentoristas, eligiendo al padre Estanislao Chochlenski como confesor, a quien le encomendó su crecimiento espiritual.

Descartada la profesión religiosa, cae en la cuenta de la «fortísima inclinación al sufrimiento y a la pobreza» que la acompañaban desde niña, pudiendo ser una gracia del Señor. Y así lo quiso. «Por eso he elegido voluntariamente la condición de sier-

va, he elegido ser una sierva». Estaba convencida de haberla escogido Dios por el camino de la humillación y no quiso seguir otro camino para encontrarse con él en la vida cotidiana. A partir de 1905 entró a trabajar en casa del abogado Edmundo Fischer, donde permaneció durante diez años, en las mejores condiciones que una sirvienta podía soñar. Unos años durante los cuales Dios le concedió un período de servicio tranquilo, para demostrar que en el más humilde trabajo y la ocupación menos reconocida se puede pretender alcanzar la perfección con alegría. Cumplir sinceramente la voluntad divina con buena intención, porque el lugar que ocupa cada uno es indiferente, y es posible salvarse porque el Señor lo quiere.

Aplicada en el servicio diligente en sus deberes, asistía diariamente a la santa misa, conciliando sus obligaciones con las prácticas religiosas. Seguía sus deberes con exactitud y fidelidad para servir a Cristo, uniéndose espiritualmente con él: «La obediencia vale más que la devoción». Su diligencia en el trabajo, su prudencia y solicitud, la honestidad en las cuentas y el respeto que demostraba a sus patronos, consiguieron que la señora a quien servía compartiera con ella confidencias y conversaciones sobre «las cosas de Dios», despertando en ella una gran admiración por su doméstica. Los singulares dones de su sirvienta despertaron el ánimo de la señora, entablándose una gran amistad entre ambas. Esta confianza llegó al punto de concederle el gobierno de toda la casa, disponiendo de una gran suma de dinero que administraba con exquisita discreción y tacto.

Su tempestuoso temperamento fue vencido con más ardor en el reconocimiento de sus errores, sin excusarse nunca, soportando todo por Jesús y «aún mucho más». Humillada ante Dios se reanimaba a buscarle y a superar sus propias imperfecciones, aceptando y recordando a cada paso por quién trabajaba y a quién quería complacer: «Mi alma arde en deseo de correr hacia Dios». En la iglesia de los franciscanos, próxima al hogar donde servía, acudía diariamente a la primera misa, y por la tarde, concluidas las tareas, participaba en las funciones religiosas, adorando al Santísimo Sacramento durante largo rato con gran recogimiento, hablando «a mi Señor y amigo con la simplicidad de una niña, con el respeto de una sirvienta».

Al llegar a casa anotaba aquellas frases que la habían llenado durante la predicación de la Palabra divina, llegando a tener su humilde estancia en su última etapa de vida llena de estas notas. Los libros de mística que leía ejercieron una gran influencia en sus actos de virtud, dedicándose a su lectura concluida la tarea diaria. Además, en los momentos libres de la jornada anotaba párrafos de los libros que leía para memorizar o meditar posteriormente, con el fin de perseverar en el camino de la humillación, confiando en la misericordia divina

Dios llenaba siempre su alma y a él ofreció con alegría toda su vida, amándole de todo corazón, y amando al prójimo, deseándole la felicidad que sólo el amor de Dios puede dar.

Los pobres de Cracovia conocían su afable corazón y acudían a su notable caridad en demanda de comida o limosnas. Con gran solicitud se encarga por encontrar un trabajo a las nuevas jóvenes que llegaban a Cracovia como sirvientas, siendo considerada por su comportamiento y pureza de corazón «como si no fuese de este mundo». Instruida en las verdades de la fe más que otras personas cultas, paciente, piadosa, humilde y llena de bondad, «hablaba con mucha delicadeza», afirmando sus compañeras que había adquirido la virtud de la paciencia hasta el heroísmo. Renunciando a sí misma se llenó de Dios mortificando sus deseos y pasiones en recuerdo de la Pasión del Señor, que meditaba con asiduidad «muriendo cada día» Dios la iba guiando por el camino del sufrimiento, preparándola para la gran prueba «de la hipocresía, la falsedad y la vileza».

El período de purificación interior comenzó en el verano de 1911 y duró algunos meses. Dolores agudos de estómago la impedían dedicarse diligentemente a su trabajo, y su madre, pensando que no necesita nada, la deshereda. Su señora enferma gravemente, y después de pedirle consejo a su sirvienta ejemplar pidió los sacramentos, falleciendo el 15 de septiembre de 1911. Su madre, cuatro días más tarde. Se vio privada del amor familiar y del afecto de un corazón amigo. En su nuevo domicilio el abogado le prohibió que recibiera a sus compañeras, a las que aconsejaba e instruía fuera del trabajo. Se quedaba sola. Pero Dios aún deseaba que, abandonada de todos, sufriendo por amor, se ofreciese a él como víctima.

En 1912 el padre redentorista que la confesaba tomó la decisión de no atenderla espiritualmente más, haciendo caso a las denuncias presentadas injustamente por algunas personas envidiosas de sus largas confesiones, que impedían participar a otros penitentes. En estos actos refería sus experiencias y dificultades espirituales, gracias a visiones extraordinarias que recibía, alargándose el tiempo en demasía. El P. Chochlenski le prohibió que volviera a confesarse con él públicamente, humillándola con grandes voces: «¿No has comprendido que no quiero oírte en confesión?», con gran complacencia de quienes envidiaban su virtud. «Me ha dejado sola [...], ¿y qué haré ahora? [...] ¿adónde iré?». Las calumnias hicieron perder la paciencia al confesor y lo indujeron a amonestarla vergonzosamente.

Ahora estaba verdaderamente sola en el mundo, injustamente tratada y ofendida. Comenzaba el sufrimiento a causa de la injusticia, confiando en que Dios lo permite todo por nuestro bien a pesar de nuestra incompreensión. ¿Por qué se debe sufrir tanto? Dios permite que el sufrimiento y el dolor sean el último acto de purificación de las almas elegidas para que progresen en la perfección espiritual. Por esa razón estaba «pronta a sufrir sin preocuparme de dónde venga o de quién».

En el verano de 1916 fue despedida, después de once años de lealtad, sin aviso previo, con la acusación de haberse apropiado de diversos bienes de su antigua señora, aunque la razón provenía de la situación irregular en que vivía el abogado con una divorciada, pasando a servir a otra familia, pero su estado comenzó a empeorar y en 1917 se retiró.

A partir de 1920 su confesor jesuita, lleno de amor por Polonia, su patria, deseaba la justa prosperidad para sus tierras, sugiriéndole que ofreciera su sufrimiento y oraciones por la patria que recuperaba la independencia, después de largos años de servidumbre impuesta por las guerras. Aceptó la propuesta y el 8 de septiembre de 1922 escribió de su puño y letra el acto de su sacrificio, ofreciendo su sufrimiento, la vida y la muerte por la gloria de Dios en Polonia. De noviembre de 1921 hasta finales de enero de 1922, en que falleció, soportó con gran entereza las vejaciones diabólicas que la atormentaron.

El agravamiento de su enfermedad aconsejó que fuera trasladada al hospital de Santa Zita, donde falleció santamente el 12 de marzo de 1922. Pronto comenzaron sus compañeras a recoger noticias y palabras de esta admirable mujer, produciéndose también las primeras gracias extraordinarias obtenidas por su intercesión. En 1948 el Cardenal Adam Stephano Sapieha abrió el Proceso Ordinario informativo y el 13 de mayo de 1949 sus restos fueron trasladados a la basílica de San Francisco, introduciéndose la causa de canonización el 30 de marzo de 1981.

Juan Pablo II la proclamó Beata el 13 de agosto de 1991, en la plaza del Mercado de Cracovia, refiriendo en su homilía:

«[] deseo hacer resonar sus propias palabras “Deseo que Tu seas adorado tanto como eres destruido”, reconociendo que “Dios tenía para mi alma grandes proyectos creandome a su imagen” Estas palabras de nuestra beata permanecen en nuestra mente y en nuestro corazón. Vivio una parte notable de su vida en Cracovia. Esta ciudad fue el ambiente de su trabajo, de sus sufrimientos y de su maduración en la santidad, mostrando una sensibilidad insolita ante la acción del Espíritu Santo. Los escritos que nos dejó dan testimonio de ello»

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

- Angela Salawa (1881-1922) Il Diario* (Roma 1985)
Bibliotheca sanctorum (Roma 1992), cols 1212 1213
Index ac status causarum, o c , 518
Martyrologium romanum, o c , 163
L'Osservatore Romano (16 y 23 8 1991)
WOJTCZAK, A , OFM CONV , *Angela Salawa (1881 1922)* (Roma 1984)

BEATO LUIS ORIONE

Presbitero († 1940)

Luis Orione nace el 23 de junio de 1872 en Pontecurone, diócesis de Tortona en el Piamonte italiano. Es el cuarto hijo de una familia humilde. Su padre, Víctor Orione, trabaja de picapedrero y peón caminero, de ideas antipapales y muy afecto y admirador de Garibaldi. No es practicante, pero tolera la religiosidad de su mujer, Carolina Feltri, hija de braceros y analfabeta, pero honrada y de gran personalidad, enérgica e incansable en

las faenas domésticas y agrícolas, que ayudo mucho a la formación del carácter y de la fuerte personalidad de su hijo. Se preocupará asimismo de ir formándole en la fe y en la caridad, enseñándole la compasión al necesitado, el respeto a los demás y la constancia en el trabajo. Él la calificará mas tarde de «una gran madre desde todo punto de vista».

La pobreza de la familia le hizo experimentar a Luis, ya desde niño, la inseguridad, la injusticia y el sufrimiento, tanto que tuvo que interrumpir sus estudios para ayudar a su padre en el trabajo y experimentar, entre los diez y trece años, la vida dura de obrero recogiendo pasto, que una vez seco se vendía, ayudando así a la débil economía familiar.

Solicitó el ingreso en el convento de los franciscanos de Voghera, y después de muchas dudas, en septiembre de 1885 fue aceptado por ellos, lo que le lleno de inmensa alegría. Pero en abril del año siguiente, y mientras se está preparando para recibir el hábito, una aguda broncopulmonía pone en peligro su vida, y aunque mejora algo, los frailes deciden enviarlo a su casa. Él se vuelve a su familia llorando, pero grabado por el ideal franciscano de pobreza y de entrega a los más pobres, necesitados y desvalidos, que le va a marcar ya para toda su vida.

Y si Dios cierra aparentemente una puerta abre otra de inmediato. Y así, tras una breve estancia en su casa, el joven Orión ingresa el 4 de octubre de 1886 en el Oratorio salesiano de Valdocco, en Turín. Aquí tiene la suerte de conocer personalmente a San Juan Bosco, se confiesa y dirige espiritualmente con él y recibe y acepta sus consejos. Empieza a experimentar la presencia de Dios, el cariño a la Virgen y el amor al Papa. Termina los estudios necesarios y cuando se decide a ingresar en el Oratorio salesiano, y haciendo ya los ejercicios espirituales para empezar el noviciado, decide, tras un consciente discernimiento, dejar el Oratorio e ingresar, en octubre de 1889, en el seminario de su diócesis de Tortona, donde es aceptado para iniciar los estudios de teología.

La providencia de Dios lo va sosteniendo siempre y ayudando a sacar el bien y la experiencia necesaria para su vida futura en donde aparentemente sólo hay fracaso y derrota. Del con-

tacto con Don Bosco aprendió el compromiso futuro con el mundo de los jóvenes.

Como era pobre y carecía de medios económicos para pagar el seminario, durante los tres años de los estudios de teología aceptó el pesado oficio de custodio de la catedral. Vivía en un cuartito humilde del templo y aquí reunió un grupo de muchachos ocupándose de su formación cristiana y religiosa. El obispo, Mons. Higinio Bandi, le cedió el jardín del obispado, y allí fue donde nació, en 1892, el Oratorio de San Luis. Es el inicio de la congregación orionista.

Su temple de apóstol se reafirma con la presencia de tantos jóvenes que encontraban en él un amigo, un protector y un guía, y bajo la protección del obispo de Tortona, el clérigo Orione abre su primer instituto para muchachos pobres el 15 de septiembre de 1893. Para ello ha de alquilar una casa en el barrio de San Bernardino en la periferia de la ciudad, donde usa los mismos medios que aprendiera de los salesianos. Es la providencia divina quien le ayuda a pagar el alquiler gracias a la aportación generosa de una mujer desconocida.

El 13 de abril de 1895 es ordenado sacerdote. Ve colmados sus deseos y se entrega ya totalmente a extender su obra de la «Divina Providencia». El *lema* de toda su vida será, como en San Pablo, «instaurar todas las cosas en Cristo». Su *grito de acción*: «almas, almas». Siente el ardor y la necesidad de conseguir almas para Cristo. Sus grandes *amores* serán, ya para siempre: Jesús, María, la Iglesia, la Eucaristía, la Cruz y el Papa. Aprendió de Santa Catalina de Siena el gran amor y fidelidad apasionada a la Iglesia y al Papa. Llega a afirmar que «el Papa es la razón de nuestra vida», «somos totalmente del Papa...», «el Papa es nuestro credo», expresiones todas que si no vinieran de un alma tan recta, entregada y santa, rozarían el fanatismo.

Italia se ve sacudida por las primeras y violentas reivindicaciones sociales en el año 1898, donde hay violencia y muertes. El corazón de padre de Don Orione tiene que intervenir con su amor y formación cristiana para solucionar tantos problemas. Para evitar estas situaciones en el futuro, necesita formar cristianamente a los jóvenes más necesitados. Les ofrece asilo y calor de familia con escuelas y colonias agrícolas. Para atender esta si-

tuación humana da vida, en julio de 1899, a los «Eremitas de la Divina Providencia», bajo la regla benedictina y su lema *Ora et labora*. Este cuerpo especialmente contemplativo será, dice Don Orione, «como los pelotones que corren detrás del celeste Capitán coronado de espinas...».

El 10 de enero de 1902, Don Orione expone al papa León XIII la finalidad de su Instituto. El Papa le anima y bendice y al mismo tiempo le aconseja que trabaje en favor de la unidad ecuménica de la Santa Iglesia, consejo que él convierte en mandato y que nunca olvidará. Y por fin, en marzo de 1903, el obispo de Tortona concede a la Congregación de la «Pequeña Obra de la Divina Providencia» la primera aprobación canónica diocesana.

San Pío X sucede a León XIII en el gobierno de la Iglesia en 1903. Este Papa lo rodea de afecto y estima, y es con él con quien Don Orione va a intensificar especialmente su entrega a la obra de la evangelización, su laboriosidad caritativa con los más pobres, necesitados y los damnificados y huérfanos durante los terremotos de Regio Calabria y Mesina en 1908, y su adhesión y la de sus seguidores al magisterio de la Sede Apostólica. Empieza en Roma, por indicación del Papa, su actividad parroquial en el barrio Appio, «la Patagonia romana», como la definió el mismo Papa, y en la iglesia de Santa Ana, cerca del Vaticano. En junio de 1909 el Papa lo nombra Vicario general de la diócesis de Mesina, en Sicilia, y aquí está durante tres años.

Finalizado este servicio y en una audiencia privada, Don Orione emite sus votos perpetuos en manos de Su Santidad y prepara ya la primera expedición de sus misioneros al Brasil, lo que se llevará a cabo en 1913.

Su caridad no tiene medida ni su corazón un momento de sosiego, porque a él le preocupan todos los problemas y desventuras de todos los hombres. Y en enero de 1915 Don Orione lleva a cabo en Avezzano los mismos gestos de heroísmo y caridad que ya realizase en Mesina durante el terremoto que asoló la Marsica.

Todos sus seguidores de entonces eran pocos ante tantas necesidades y tantas peticiones de ayuda que había que socorrer. Por eso la divina providencia le sugirió la idea de iniciar, en

junio de 1915, la fundación de la familia religiosa de las «Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad», a las que confía principalmente el servicio de los enfermos, de los más pobres y de los jóvenes en peligro moral. Para ello da vida a los «Pequeños Cotelengos»:

Son «verdaderos pararrayos de las grandes ciudades —escribira el—, sobre cuyas alas atraen, con el apostolado del sufrimiento y de la oracion, las bendiciones del cielo [] La puerta del Pequeño Cotelengo no pregunta a quien entra si tiene un nombre, una religion, sino tan solo si tiene un dolor, porque nuestra caridad no cierra las puertas [] Los pequeños, los pobres, los ciegos, los afligidos, los huérfanos, los enfermos son mi sueño, el cántico que resuena en mi alma »

Desde Brasil lo llaman sus primeros misioneros, a los que en dos ocasiones ha enviado y que ya han fructificado y se han extendido por varios lugares del país. En agosto de 1921 viaja a Brasil, los alienta en las iniciativas existentes y los exhorta a emprender otras. Viaja también a Argentina, donde el Secretario de la Nunciatura le invita a predicar y a conocer las muchas necesidades humanas y espirituales por las que están pasando sus paisanos italianos residentes allí.

Los diez años que van de 1924 a 1934 señalan la llegada de la «Pequeña Obra» a varias naciones del extranjero. Entran nuevos misioneros en Brasil y Argentina, llegan otros a Uruguay y Chile. Ante tanta necesidad es urgente la «colecta de vocaciones» que le asegurará en el futuro muchos sacerdotes y religiosos que seguirán extendiéndose por todo el mundo. Tal vez por ello necesita una nueva institución que le asegure la oración continua por estas vocaciones. Por eso en 1927 funda la rama femenina contemplativa de las «Hermanas Sacramentinas Ciegas», que habrían de secundar la labor *Ora et labora* de sus «Hermanos Eremitas». Decía Don Orione: «Tengo pocas ambiciones, pero ésta la tengo: de ser el sacerdote de las vocaciones». Siempre, al hablar e instruir a los jóvenes, los orientaba hacia la entrega absoluta al Señor, y si era a través de la vocación religiosa o sacerdotal, mejor.

Continúa la extensión de nuevas fundaciones en Europa y Oriente: en Inglaterra, Albania, Rodas, Palestina y sobre todo en Polonia, tan agredida y atribulada y por él tan querida.

Extiende también su acción misionera a Oceanía y a América del Norte.

El año 1934 emprende su segundo viaje a América del Sur que le va a llevar tres años de mucho trabajo. Viaja en el «Conte Grande» a Argentina para participar en el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, al que asiste con el Cardenal Pacelli, futuro Pío XII, que lo hace en calidad de legado pontificio del mismo. En el cono sur de América estuvo tres años que dedicó a animar a sus misioneros y a lanzarlos a instalar allí nuevas instituciones, como: casas de caridad, colonias agrícolas, orfanatos y escuelas, fundó también nuevos «Pequeños Cotelengos». Visita varias veces Chile, Argentina, Brasil y Uruguay, siempre prestando ayuda y dando esperanza a sus hermanos. Todo este extenso campo se le hace pequeño para su inmenso corazón.

Regresa a Italia, desembarcando en Nápoles el 24 de agosto de 1937. Esta gran actividad desarrollada en América lo fatigó sobremanera. Pasara sus tres últimos años de vida en Tortona dedicado a robustecer el ánimo de todos sus hijos, a confesar y predicar. Se le nota agotado, pero no quiere ceder a la dura realidad.

«Quiero morir de pie, mirando al cielo y trabajando», repite a todo el que le aconseja que ceda un poco en su impulso misionero.

Tras sufrir un infarto, unido a la diabetes y al cansancio general, se teme por su vida. Pide y recibe el viático y la santa unción de enfermos el 9 de febrero de 1940. Los médicos aconsejan que sea llevado a un lugar tranquilo y es ingresado en la villa de Santa Clotilde, en San Remo, el 9 de marzo de 1940. Sólo estará aquí tres días, ya que muere el 12 de marzo suspirando: «Jesús, Jesús, Jesús... Voy...»

En su último viaje, desde San Remo a Tortona, alrededor de sus restos mortales se suceden indescriptibles manifestaciones de llanto y dolor por parte de todos sus hijos, de las autoridades civiles y religiosas, eclesiásticos y de la multitud en todos los lugares por donde hubo de pasar el cortejo fúnebre. Su cuerpo fue sepultado el 19 de marzo en la cripta del santuario de la Virgen de la Guardia, mandado construir por él en

Tortona, en el barrio de San Bernardino e inaugurado el 29 de agosto de 1931.

El papa Pío XII lamenta su muerte, definiéndolo como «Apóstol de la caridad, padre de los pobres y bienhechor de la humanidad dolorida y desamparada»

El 26 de octubre de 1980 fue proclamado Beato, en la plaza de San Pedro, en Roma, por el papa Juan Pablo II, quien hizo de Don Orione este perfil espiritual y apostólico, diciendo entre otras cosas:

«Don Orione se nos ofrece como una maravillosa y genial expresión de la caridad cristiana. Fue una de las personalidades más eminentes de este siglo por su fe cristiana abiertamente profesada, y su caridad heroicamente vivida [] Se ha dejado siempre guiar por una lógica henchida de amor amor inmenso y total a Dios, a Cristo, a María, a la Iglesia, al Papa, y amor, igualmente absoluto, al hombre, alma y cuerpo, y a todos los hombres [] con particular bondad y ternura a los que sufren, los marginados y desesperados [] Cristo viene llevando sobre su corazón a la Iglesia y en las manos las lágrimas y la sangre de los pobres, la causa de los afligidos y de los oprimidos, de las viudas y de los huérfanos, de los humildes y abandonados [] Tuvo el temple y el corazón del apóstol Pablo, tierno y sensible hasta las lágrimas, infatigable y valiente hasta la extenuación, tenaz y dinámico hasta el heroísmo, enfrentando peligros de todo tipo, iluminando a hombres sin fe, convirtiendo pecadores, siempre recogido en constante y confiada oración, a veces acompañada de grandes penitencias [] Admirable es Dios en sus santos y Don Orione queda para todos como ejemplo esplendente y consuelo en la fe» (cf. *Acta Apostolicae Sedis* 72 [1980] 187-188)

Creo que es el mejor resumen que se puede hacer de la vida del Beato Luis Orione.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

AAS 73 (1981) 477ss

CONFERENCIA ESPAÑOLA DE RELIGIOSOS, *Una luz multicolor* (Madrid 1987) 200-203

D'ANGELO, A., «Luis Orione», en C. LEONARDI A. RICCARDI G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 1521-1523

SANTAMARÍA, F., «Beato Luis Orione», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano Marzo* (Madrid 2001) 138-147

VENTURELLI, Juan, FDP, *El Beato Don Luis Orione Padre de los pobres*. Folletos «Con El» Testimonios y testigos, núm. 99

SANTOS PEDRO, DOROTEO Y GORGONIO

Martires († 303)

Nos llega por Eusebio de Cesarea la noticia del martirio de estos santos, que sucedió durante la estancia de Diocleciano en Nicomedia. El mortal enemigo del cristianismo se encolerizó al saber que en la propia casa imperial había cristianos. Entonces mandó que toda su servidumbre sacrificara a los dioses. Pero los cristianos se negaron y el primero en hacerlo fue el mayordomo Pedro. Desnudado, se le azotó sin piedad, luego se le suspendió en el aire y se le siguió dando azotes hasta que se le vieron los huesos, y a continuación se le echó vinagre y sal en las heridas. Pedro permanecía impávido. En vista de ello se le hicieron cortes, se le pisoteó y finalmente se le tiró al fuego donde se tostó y murió. Otros dos cristianos confesaron su fe intrépidamente en aquella ocasión: Gorgonio y Doroteo, a los que se dio muerte tras tormentos similares a los de Pedro. Era el 12 de marzo de 303.

SAN INOCENCIO I

Papa († 417)

Era, según el *Liber Pontificalis*, natural de Albano en el Lacio y pertenecía al clero romano, que lo eligió papa el año 401 a la muerte de San Anastasio I, del que era como un hijo.

Fue papa durante dieciséis años y tuvo clara conciencia de su dignidad papal y del puesto que la sede romana ocupa en el concierto de la Iglesia Universal. Escribió a numerosos obispos sobre asuntos eclesiásticos, defendió el celibato sacerdotal y apoyó a San Juan Crisóstomo cuando éste fue depuesto y exiliado. Cuando los obispos africanos condenaron el pelagianismo en los concilios de Cartago y Mileto, escribieron al papa Inocencio que confirmó sus acuerdos, y fue entonces cuando San Agustín dijo su famosa frase de «Roma locuta, causa finita».

Durante dos años Alarico cercó Roma, y la ciudad carecía de defensas suficientes frente a la bien nutrida tropa goda. El

partido pagano levantaba cabeza dentro de la ciudad con la clásica afirmación de que la ruina de Roma era resultado del abandono del culto a los dioses. Pudo el Papa concertar una tregua con Alarico, que le permitió marchar a Rávena a obtener del emperador tierras en Italia para los godos. Y en efecto, acompañado de algunos senadores, partió Inocencio para Rávena. Pero estando el papa en esta ciudad pidiendo ayuda al emperador Honorio, los godos saquearon Roma en 24 de agosto de 410 y obligaron a sus habitantes a entregarles un fuerte tributo. El papa volvió a Roma el año 412. Inocencio murió cargado de méritos el 12 de marzo de 417.

Se ha señalado con razón la importancia de las cartas que de este pontífice se conservan, y de las que más de treinta son suyas sin duda, habiendo otras cuya autenticidad se discute. En todas ellas aparece clarísima la conciencia de la dignidad primordial de la Iglesia de Roma, con la que deben convenir todas las iglesias particulares, cuyas decisiones tienen que ser siempre —dice Inocencio— sin perjuicio de lo que establezca la Iglesia romana.

SAN TEÓFANES EL CRONÓGRAFO

Monje († 817)

Este insigne monje murió víctima de la persecución que el emperador iconoclasta León el Armenio suscitó contra quienes persistían en la doctrina y la praxis de la Iglesia de venerar las sagradas imágenes. Bien merecería el título de mártir.

Nace en una noble y riquísima familia. Su madre, viuda, lo educa esmeradamente, y se concierta el casamiento del joven con una princesa. Pero ambos aspiraban a la vida religiosa, y por ello se separaron, ingresando cada cual en un convento. Él ingresó en el de Sigriano y a poco edificó uno en la isla Calomio con su propio peculio. Pero luego volvió a Sigriano, donde edificó otro monasterio del que fue elegido hegúmeno. El año 787, e invitado por el patriarca San Tarasio, asistió al II Concilio de Nicea, en el que quedó definida la licitud de las sagradas imágenes.

En su monasterio llevaba una rígida vida ascética, dedicado a la oración y al estudio, componiendo una crónica de la historia del mundo, de verdadero mérito y por la que se le llama el Cronógrafo. Pero León el Armenio quiso que el prestigioso monje apoyara su campaña iconoclasta y lo llamó a la corte. Acudió el santo y se negó en redondo a abandonar la fe ortodoxa. Fue entonces detenido, encarcelado, azotado y abandonado en una inmundicia cárcel a lo largo de dos años. Muy enfermo ya fue enviado a la isla de Samotracia, donde murió a poco de llegar, el 12 de marzo de 817.

BEATA FINA DE SAN GEMINIANO

Virgen († 1253)

Fina nace en San Geminiano, Toscana, y su vida es un acto continuado de paciencia en medio de grandes enfermedades. Parálitica desde los diez años, llena de llagas y huérfana, acepta su situación con plena entrega a la voluntad de Dios, uniéndose a los dolores de Cristo.

Edificó a toda la comunidad cristiana con su admirable paciencia, con su vida de continua oración y se convirtió en un ejemplo de las más eximias virtudes cristianas. Madura para el cielo, el Señor la llamó a sí el 12 de marzo de 1253. El pueblo la tuvo enseguida por santa y comenzó a darle culto.

BEATO JERÓNIMO GHERARUCCI

Presbítero († 1369)

No hay muchas noticias acerca de este bienaventurado. El papa Pío VII en 1804 concedió a la diócesis de Recanati misa y oficio propios de él, viniendo así a oficializar el culto que desde su muerte venía recibiendo en dicha iglesia particular.

Fue un sacerdote de la Orden de Ermitaños de San Agustín y que vivió y murió en el convento de Recanati (Italia). Sobresalió por sus esfuerzos en pro de la paz y la concordia entre las gentes y los pueblos. Por ejemplo compuso las diferencias entre los vecinos de Fermati y los de Ascolani. Murió el 12 de marzo

de 1369, y su tumba fue objeto de culto enseguida, acompañando de fama de milagros. En Recanati se elegían todos los años siete hombres y siete mujeres que hicieran en nombre del santo obras de caridad y buscasen la reconciliación entre las personas enemistadas.

BEATA JUSTINA FRANCUCCI BEZZOLI

Virgen († 1319)

Nació en Arezzo y en la adolescencia siente la vocación religiosa, ingresando y profesando en el monasterio benedictino de San Marcos, de su pueblo natal. Luego pasó a otro convento benedictino de su ciudad, el de Todos los Santos.

Pero sentía la llamada a la vida solitaria y entonces decide unirse a una mujer piadosa que vivía como reclusa cerca del castillo de Civitella. Aquí perseveró un tiempo, pero muerta su compañera, consideró mejor volver a un monasterio y unirse a la vida de la comunidad. Fue recibida en el monasterio de San Antonio, donde llevó vida ejemplar y dejó fama de santa cuando murió el 12 de marzo de 1319. Se le comenzó a dar culto que fue finalmente confirmado por el papa León XIII el 14 de enero de 1891.

SAN JOSÉ ZHANG DAPENG

Seglar y mártir († 1815)

José Zhang Dapeng (o Tchang Ta-Pon) nació en Tou-yu-fou (China) en el seno de una familia pagana en el año 1754.

Persona muy religiosa desde joven, su inquietud espiritual le llevó del budismo al taoísmo. Muy joven marchó a vivir a la capital de su provincia, Guiyang, donde se colocó con un mercader de seda, llamado Ouang. Un hijo del mercader se hizo cristiano en Pekín y a su vuelta logró convertir a algunos amigos, interesando a nuestro futuro santo en la religión, de cuya verdad le convenció finalmente un catequista. Pero tenía ya dos esposas y esto era un obstáculo para su bautismo. Por fin se se-

paró de la segunda, de la que tenía un hijo, la dotó convenientemente y la casó con otro cristiano.

Pero un tío del hijo del comerciante denunció a ambos como cristianos y Ouang se vio precisado a comprar a la policía para obtener su libertad. Y entonces prohibió practicar la religión en su casa

Esto obligó a Zhang a establecerse por su cuenta. Hizo el catecumenado, recibió el bautismo en 1800 con el nombre de José y en 1802 la primera comunión. Acusado por su familia y producidos algunos arrestos, José huyó pero volvió pronto. Fue nombrado catequista e hizo un exitoso apostolado. Volvió a huir cuando arreció la persecución en 1811, negándose su hijo a denunciar su paradero, lo que costó al joven el destierro, donde murió al cabo de un año. Llamado por el obispo retorno a su pueblo y continuó el apostolado, siendo arrestado en 1813. No se logró su apostasía. Fue condenado a muerte, sentencia confirmada por el emperador en enero de 1815. Fue ejecutado en Guiyang el 12 de marzo de aquel año. Canonizado el 1 de octubre de 2000.

13 de marzo

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Nicomedia (Bitinia), los santos Macedonio, presbítero, Patricia, su mujer, y Modesta, su hija, martires (fecha desconocida)
- 2 En Hermopolis (Egipto), San Sabino (s IV), martir
- 3 En Persia, Santa Cristina († 559), martir
- 4 En Poitiers (Aquitania), San Plencio (s VI), obispo
- 5 En Sevilla, San Leandro († 600), obispo, cuya memoria celebra la Iglesia española el 13 de noviembre (cf ** 13 de noviembre)
- 6 En Novalesa (Italia), San Eldrado († 840), abad *
- 7 En Cordoba (España), los santos Rodrigo, presbítero, y Salomón († 857), martires *
- 8 En Camerino (Italia), San Ansovino († 868), obispo
- 9 En el monasterio de Cava, Beato Pedro Segundo († 1208), abad
- 10 En Oxford (Inglaterra), Beato Agnelo de Pisa (s XIII), presbítero, de la Orden de Menores **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATO AGNELO DE PISA

Presbítero († 1236)

Francisco de Asís, seguidor apasionado y apasionante de Jesucristo, atraía a las almas con poderosa fuerza. Y uno de los primeros en sentir este atractivo y dejarlo todo para seguir con Francisco al Señor fue el joven Agnello Agnelli. Era natural de Pisa, pertenecía a una rica familia, y educado en la fe y la moral del evangelio, era un joven de sana religiosidad y limpias costumbres que, a sus 17 o 18 años, no había dado, sin embargo, señal alguna de que aspirara a la vida religiosa. Pero el Serafín de Asís pasó por Pisa el año 1211. Agnello lo escuchó, y la palabra de Francisco penetró como una tea incendiaria en su corazón y lo convirtió en una hoguera de entusiasmo religioso por Cristo y su evangelio. En aquel punto decidió abandonarlo todo para irse con Francisco y ser así uno de sus doce primeros discípulos. Agnello se ofrece a Francisco y éste, viendo la sinceridad profunda con la que el joven pide ser agregado a la Orden Franciscana naciente, lo admite entre los suyos y en la propia ciudad de Pisa, donde Francisco funda un convento, le da el hábito tosco y pobre, distintivo de la vida evangélica que abraza.

Pasan unos años que son de maduración espiritual de Agnello pero al mismo tiempo de incremento del fervor con que vive su vida franciscana, y llega a comprenderla tan bien que muy pronto el mismo San Francisco se da cuenta de que en Agnello tiene un instrumento apto para la difusión del franciscanismo, porque es claro que Agnello se empapaba cada día más del más genuino espíritu de San Francisco de Asís. Éste decide que Agnello reciba las órdenes sagradas, y para la fecha de 1217 cuando iba a tener lugar el capítulo general de la Orden, Agnello era ya diácono. En este capítulo se decide el envío de frailes a diferentes sitios del mundo para la predicación del evangelio y la implantación del franciscanismo y uno de los sitios decididos

fue Francia, donde la Orden estaba destinada a echar firmes raíces. Agnelo es asignado al grupo que debe ir a Francia y es nada menos que el propio Francisco el que decide ir como líder del grupo. Pero el Cardenal Hugolino, futuro papa Gregorio IX, convence a Francisco de que se quede en Italia, y entonces Francisco a su vez decide que el jefe del grupo que va a Francia sea el diácono Agnelo.

Revestidos de su atractiva humildad y con su ejercicio fervoroso de la pobreza los franciscanos emprenden su camino a pie y descalzos, sin medios humanos para hacer valer su propósito pero firmes y seguros en que Dios está con ellos y las oraciones de Francisco les acompañan, y así llegan a París, la noble capital del reino francés, donde los descendientes de Hugo Capeto tenían su trono. París era una grande y activa ciudad, en la que la política, el comercio y la cultura tenían sólido asentamiento. Pero a Agnelo y su grupo lo que de verdad les importaba era que había muchas almas a las que llamar a la perfección de la vida cristiana y muchos pecadores a los que atraer a la penitencia y la vuelta a Jesucristo

¿Quién les acogería? Los acogió caritativamente un monasterio, el famoso monasterio de San Dionisio, cuyo abad, viendo claramente en los recién llegados a verdaderos siervos de Dios, les proporcionó una casa donde residir y desde la que irradiar sobre el pueblo de Dios su palabra y su ejemplo. El pueblo de Dios, conforme los conoció, los amó muy pronto. Agnelo se encontró con que los fieles enseguida se sintieron tocados a favorecer a aquellos religiosos venidos de Italia y que, en contraste con tantas otras instituciones, vivían en la mayor simplicidad y austeridad y predicaban a Cristo desde un limpio testimonio de vida. Comenzaron a llegar las vocaciones. Jóvenes franceses y no franceses que vivían en París comenzaron a pedir seguir ellos también el camino de Francisco, y Agnelo, reconociendo el dedo de Dios en esta afluencia de vocaciones, no dijo no a ninguno que vio apto para la causa del reino y se encontró muy pronto con que la primera casa era incapaz de albergar a todos los religiosos. Así comenzó la fundación de casas filiales por los alrededores de París, donde fueron quedando instalados los nuevos frailes, y cada una de ellas se convirtió a su vez en llama-

da para la aparición de nuevas vocaciones. El pueblo seguía emocionado la difusión del franciscanismo en el área parisina y proporcionaba a los frailes sus limosnas con generosa voluntad, mostrándose a través de estas limosnas la Providencia de Dios prometida a Francisco.

Pero Agnelo se da cuenta de que si entre los hermanos había algunos a los que debía promoverse a las órdenes sagradas era imprescindible prepararlos culturalmente. Ello exigía la apertura de una casa dedicada a los frailes estudiantes que cursaran sus estudios en la ya floreciente universidad parisina, una casa toda ella ordenada al seguimiento adecuado de los estudios. Pensó Agnelo que no se avenía a esto la misma casa donde estaban los demás religiosos y por ello abrió un segundo convento en París. Se abrió así una activa y fecunda relación entre la orden franciscana y la universidad parisina. Por ella pasarán Alejandro de Hales, San Buenaventura y tantos otros insignes maestros franciscanos.

Agnelo había mostrado suficientemente en París su capacidad organizativa, su carisma como líder. Y San Francisco pensó que el hombre que había sido apto para introducir tan bien la Orden en Francia lo sería igualmente para su introducción en el reino de Inglaterra y decidió que Agnelo, acompañado de ocho frailes, marchara a la Gran Bretaña y trabajara allí por la implantación de la Orden. Agnelo recibió con docilidad la voluntad de Francisco, al que seguía teniendo una extrema adhesión. Entre sus ocho acompañantes varios eran ingleses, y uno de ellos, Ricardo de Ingworth, era ya sacerdote. Marcharon a la costa y fueron acogidos por los monjes de Fécamp, los cuales, además, extremando su generosidad, les pagaron el pasaje para Inglaterra, y así cruzaron el Canal de la Mancha, desembarcando en el puerto de Dover el 10 de septiembre de 1224. Una vez en Dover resolvió Agnelo que su primer destino sería Canterbury, la ciudad arzobispal, donde entonces era prelado Esteban Langton. También como en París necesitaron de la caridad para ser acogidos luego de llegar descalzos y vestidos de su tosco sayal tras haber andado desde el puerto de su desembarco. Y la casa que los acogió era propio que los acogiera. Se trataba de la «Casa de los Sacerdotes Pobres», una institución que no andaba

muy sobrada de medios, pero que les dio lo que tenía: una adjunta escuelita, donde de día se daba clase a los niños y, cuando caía la tarde, se convertía en habitación de los frailes franciscanos, los cuales estaban hacinados en una muy pequeña habitación durante el día. En esta habitación no era posible encender un fuego. Había que esperar al atardecer para poder ocupar la escuela y entonces sí era posible intentar calentarse con un fuego. El temprano invierno inglés hizo pasar a los hermanos ya en octubre una vida incómoda. Pero Agnelo y sus frailes no exhalaban una queja, no buscaron un mejor alojamiento, y se conformaron humildemente con aquella pobre morada al tiempo que se limitaban a comer mendrugos de pan y un poco de cerveza aguada. Todo ello llevado con tanta naturalidad y alegría que enseguida el favor del pueblo comenzó a señalarlos como verdaderos discípulos de Cristo e incluso el arzobispo no dudaba en decir, a quien quisiera oírlo, que lo que acababa de llegar a Inglaterra era la Orden de los apóstoles, pues los franciscanos estaban llenos —decía— del verdadero espíritu apostólico. El director de la «Casa de Sacerdotes Pobres» tuvo un rasgo de caridad cristiana con los franciscanos. Viéndolos tan mal acomodados les ofreció un terreno de su propiedad, que tenía el inconveniente de ser cenagoso y no contar, además, con alcantarillado. Pero Agnelo lo aceptó porque significaba la independencia de la comunidad. No puso a los frailes a construir en el terreno una casa cómoda; se limitó a la construcción de unos cobertizos o chozas, donde la comunidad viviría nada menos que medio siglo, dando un ejemplo admirable de sencillez y pobreza.

Establecido Agnelo y su grupo en Canterbury, él pensó enseguida en otros dos centros ingleses en los que habría que tantear el establecimiento de la presencia franciscana, y éstos fueron Londres y Oxford. A Londres mandó al citado hermano Ricardo con otros tres religiosos, y a su llegada fueron acogidos por los dominicos que ya estaban en la ciudad. Pero muy poco después los franciscanos alquilan una casa en Cornhill, donde se establecen y comienzan sus actividades. Abierta la casa, el hermano Ricardo se va a Oxford a intentar igualmente abrir allí un convento, y cuando Agnelo tiene noticias de que está abierta

una casa en la ciudad de Londres se traslada a esta población. Agnello encontró poco adecuada la fría casa de Cornhill a lo que tenía que ser el convento y busco una casa algo mayor, a la que se mudaron en 1226 y que fue en Stinking Lane. En 1229 esta casa hubo que agrandarla porque, igual que en Francia, en Inglaterra se produjo enseguida una afluencia de vocaciones buscando la vida franciscana. Y parece que éste fue el inicial propósito de la casa de Oxford, proporcionar vocaciones procedentes de la juventud estudiantil allí tan abundante, pero muy pronto, igual que en París, la casa de Oxford hubo de ser centro de preparación cultural de numerosos frailes. Esta casa de Oxford estaba llamada a dar figuras tan grandes como Roger Bacon, Duns Scoto o Guillermo de Ockham. Posteriormente los franciscanos pasarían también a Cambridge, el otro gran centro universitario inglés.

A Agnello no le importó solamente la difusión de la Orden sino que ésta permaneciera en su espíritu original. Él lo conservó fielmente en sí mismo, llevando una vida de pobreza suma, de asidua oración y de gran celo apostólico. Su humildad, como a Francisco, le impedía pasar del diaconado al sacerdocio, pero un capítulo general de su Orden así lo estableció y él obedeció. Lo apreciaba mucho el rey Enrique III, que lo aceptó como mediador para hacer las paces tras la rebelión del Conde de Marshall. Nunca tuvo muy buena salud y por ello cuando solamente frisaba en los cuarenta años de edad falleció en Oxford el 13 de marzo de un año no determinado, 1235 o 1236. Su culto inmemorial fue confirmado el 4 de septiembre de 1892.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

- CORDOBA, G DE, *Del solar franciscano* (Madrid 1957)
 LITTLE, A G, *The Gray Friars in Oxford* (Oxford 1892)
 MARIOTTI, C, *Il Beato Agnello da Pisa* (Roma 1895)
 MOORMAN, J R H, *The Franciscans in England* (Londres 1974)

SAN ELDRADO

Abad († 840)

Hijo de una rica familia de Provenza, heredó una gran fortuna que administraba bien, destinando una parte de ella a obras de caridad, como el hospital que él mismo edificó y costeaba.

Pero se sentía llamado a vivir la pobreza evangélica y decidió desprenderse de sus bienes, dando una parte de ellos a la Iglesia y otra parte distribuyéndola entre los pobres. Buscando un austero monasterio en el que profesar eligió el de Novalesa en Italia.

Fue un monje observante y ejemplar, siéndole confiado el cuidado de los jóvenes monjes. Elegido abad años más tarde, fue un abad celoso que procuró en todo el bien del monasterio, levantando nuevas iglesias, revisando el salterio y abriendo hospicios en los pasos de Mont Cenís y Lautaret. Murió en el año 840. Su memoria es el 13 de marzo.

SANTOS RODRIGO Y SALOMÓN

Mártires († 857)

Rodrigo era un sacerdote de la ciudad de Egabro, hoy Cábria, en Andalucía, fervoroso en el cumplimiento de sus deberes sacerdotales.

Tenía dos hermanos, uno de los cuales había abrazado el Islam y por ello discutía frecuentemente con el otro que perseveraba cristiano. Una vez ambos hermanos llegaron a las manos y Rodrigo intervino queriendo poner paz, pero en medio de la reyerta quedó gravemente lesionado hasta el punto que se temió por su vida. El hermano musulmán, aprovechándose de la situación de Rodrigo, sin sentido ya y como en agonía, difundió la especie de que el sacerdote se había convertido en musulmán.

Recuperado Rodrigo, cae en la cuenta del peligro que significaba dejarse ver en público, toda vez que si daba signos de cristianismo se le tendría por apóstata del Islam. Marchó, pues, a un pueblo de la serranía y allí pudo vivir cinco años hasta que al cabo de ellos fue un día a Córdoba. Se topó con su hermano

musulmán y éste entonces lo denunció como apóstata. Arrestado y llevado ante el cadí, puntualizó que siempre había sido cristiano y que nunca se había convertido al Islam, por lo que no podía ser acusado de apóstata. El juez intentó con blandas palabras atraerlo al Islam y hacerle renegar de la divinidad de Cristo, pero el sacerdote se mantuvo firme en su confesión de fe. El juez enojado con la negativa lo mandó a la cárcel común para que estuviera entre los condenados a muerte. El siervo de Dios conservó la calma y se dispuso al martirio.

Aquí, en la cárcel, encuentra a Salomón, del que no da otros detalles San Eulogio, que es quien nos narra este martirio, sino que un tiempo había sido musulmán pero se volvió al cristianismo y estaba por ello acusado de apóstata y condenado a muerte. Dice también que era distinto en dignidad y origen respecto a Rodrigo, lo que da a entender que era seglar. Ambos confesores de la fe establecieron ayudarse mutuamente con palabras y oraciones a ser fuertes y abordar con generosidad la muerte por el nombre de Cristo. Irritado el juez de la santa familiaridad de ambos mártires mandó separarlos y a poco los hizo comparecer de nuevo ante su presencia, instándoles en vano a que abrazasen el Islam. Una orden del emir los condenó a muerte.

Al salir para el lugar de la ejecución, ambos mártires se dieron el beso de la paz y se volvieron a animar a dar la vida por Cristo. Llegados al sitio de la ejecución, volvió el juez a tentarles, pero volvieron los mártires a adherirse a Cristo y a no separarse de su confesión. A orillas del río Guadalquivir ambos fueron decapitados, pero la cabeza de Salomón no llegó a desprenderse del todo de su tronco. San Eulogio y otros más acudieron a ver los cuerpos de los mártires, los cuales por la tarde, atados sus pies a unas piedras, fueron arrojados al río. Pero ambos cuerpos aparecieron poco después y pudieron los cristianos darles digna sepultura. El martirio tuvo lugar el 13 de marzo de 857.

BEATA FRANCISCA TRÉHET

Virgen y martir († 1794)

Nació en Saint-Mars-sur-la-Futaie (Francia) el 8 de abril de 1756 en el seno de una familia de granjeros. Llegada a la juven-

tud ingresó en la Congregación de Hermanas de la Caridad, que se dedicaban a la enseñanza de la niñez y a obras de misericordia y a las que por su hábito gris las llamaban las «Hermanas Grises». Fue destinada a Saint-Pierre-des-Landes, y se acreditó muy pronto por sus virtudes. Era de carácter enérgico y organizaba muy bien las cosas.

Llegada la Revolución, una ley del 17 de abril de 1791 impuso que todos los maestros y maestras tenían que jurar la constitución civil del clero. Francisca se negó, y perdió su cargo de maestra. Pero continuó ejerciendo como catequista y siguió visitando a los enfermos. En la escuela tenía como compañera a la Beata Juana Véron, que sería martirizada poco después que ella. Ambas fueron detenidas a finales de febrero de 1794 y llevadas a Ernée. Francisca pasó a la cárcel y Juana al hospital por estar gravemente enferma. El día 13 de marzo siguiente compareció ante la Comisión revolucionaria formada por los representantes del pueblo en el departamento de «La Mayenne», la llamada Comisión Clément por el nombre de su presidente. La sesión pública tuvo lugar en Ernée en el «templo de la Razón», un 23 ventoso del año II de la República. Las acusaciones fueron tres: haber acogido a sacerdotes refractarios, haberse negado a jurar fidelidad a la patria y haber alimentado y protegido a los «chouans», es decir, a los soldados vandeanos. Francisca rechazó dar vivas a la República y dijo que como cristiana ella ayudaba a todos, porque todos eran sus hermanos en Cristo. Fue condenada a muerte y guillotínada aquel mismo día. Fue beatificada el 19 de junio de 1955.

14 de marzo

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Pidna (Macedonia), San Alejandro († 390), mártir
- 2 En Milan (Italia), San Lázaro (s. V), obispo
- 3 En Cahors (Francia), San Leobino († 557), obispo
- 4 En Quedlinburg (Sajonia), Santa Matilde († 968), reina *
- 5 En Fulda (Alemania), Santa Paulina († 1107), religiosa

- 6 En Lieja, Beata Eva de Monte Cornillon († 1265), reclusa *
- 7 En Palermo (Sicilia), el Beato Santiago Cusmano († 1888), presbitero, fundador de los Siervos y Siervas de los Pobres **
- 8 En Roma, Beato Placido Riccardi († 1915), presbitero, de la Orden de San Benito *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATO SANTIAGO CUSMANO

Presbitero y fundador († 1888)

Una cualidad cristiana, nada fácil por cierto, es ver el rostro de Jesús en la cara de los desgraciados. Una persona puede ser piadosa, justa, cariñosa, es una buena persona. Pero eso de leer despacio el evangelio de Mateo, el juicio final, y aplicarlo todos los días a la propia vida, eso es difícil. Y si no, ya lo estamos viendo.

Se está hablando en la Iglesia, por activa y por pasiva, de la opción por los pobres. Los más parlanchines de nuestros ambores se ponen de puntillas para hablar de la caridad. Los pobres por aquí y los pobres por allá.

Pero esos mismos vocingleros no aparecen nunca cuando hay que llevar a un pobre, que duerme en invierno en la calle, a dormir a una casa decente. No es fácil. Ven a un pobre durmiendo en la acera y llaman corriendo a Cáritas o al Ayuntamiento diciendo que se lo lleven cuanto antes. Podían meterlo en su casa, digo yo, pero no se les ocurre.

Y es que la caridad, vivida como Santiago Cusmano, es una virtud heroica. Y en ello estamos cuando recordamos a este personaje ilustre, llamado Santiago Cusmano.

Por esta razón, las crónicas de su beatificación empiezan así:

«Vea el rostro de Cristo en la cara de los pobres, lo veía como si se tratara de una eucaristía. Los pobres, para él eran el sacramento de la presencia de Dios entre los hombres»

Había nacido en Palermo el 15 de mayo de 1834, hermosa ciudad italiana que pertenece a la provincia de su nombre, la cual linda con la provincia de Mesina y el mar Mediterráneo. Tiene 5.000 kms. cuadrados de extensión. La ciudad de Paler-

mo está a orillas del Mediterráneo, al fondo del golfo que lleva su nombre. Tiene un importante puerto, industria y comercio muy activos, una hermosa catedral, universidad, un observatorio astronómico, un museo de arqueología y un jardín botánico, que es uno de los mejores de Europa. O sea, no es una ciudad cualquiera. Palermo se hizo famosa en 1282, pues allí comenzaron aquellas matanzas de franceses que son conocidas con el nombre de «vísperas sicilianas». La ciudad la habían fundado los fenicios. Luego fue dominada por Cartago y, después de varios vaivenes, cayó en poder de Roma el año 254 a.C.

Volvamos a nuestro amigo Santiago. Sus padres eran ricos en piedad, bienes y origen. Cuando Santiago tenía solamente tres años, muere la madre. Y lo cría su hermana mayor, Vicenta. Desde niño le enseñaron el amor a los pobres, de tal forma que, siendo pequeño, daba a los pobres lo que él ahorra con sus infantiles ayunos. Estudió en el Colegio Máximo de los padres jesuitas.

Es preciso describir ahora cómo estaba el ambiente de la calle en Italia, porque también Santiago lo vivió. Las cosas estaban así.

Cuando Santiago tenía doce años, Pío IX sube al trono pontificio (1846-1878). Y a los tres años de hacerse Papa, Víctor Manuel II se convierte en rey de la futura Italia (1849-1878). Son dos vidas casi opuestas. El sueño de la calle era la unificación de Italia. Cosa muy natural en nuestros días, pero fuerte pretensión en aquel entonces. Y se forman dos bandos: los que quieren la unidad a toda costa y sin Papa, y los que buscan la unidad con el Papa al frente de todos los Estados.

Pío IX quiere ganarse a todos, lo cual es la mejor forma de no quedar bien con nadie. Se tiene que refugiar en el Quirinal y por fin huye a Gaeta (2-2-1849). El Papa está secuestrado y se proclama la república italiana. Entre tanto, Francia, Austria y España, que defienden al Papa, organizan una guerra y consiguen que vuelva a Roma en abril de 1850. Así pasan veinte años. El 20 de septiembre Víctor Manuel II entra en Roma. Reconoce al Papa su inviolabilidad; le concede una renta anual de 3 millones y medio de liras, le otorga los palacios del Vaticano, de Letrán y Castel Gandolfo. El Papa rechaza todo esto y queda

como preso en el Vaticano. Toda esta situación se solventará de una vez por todas con el Tratado de Letrán, que firma Pío XI en 1929.

Éste es el ambiente en que vive Santiago. Pero poco a poco se va despegando de todas las preocupaciones políticas y se centra en el servicio a los más pobres. Dejó la idea de la unidad italiana y pensó marchar misionero, con horizontes más grandes. Pero alguien le recomendó que se dejara de misiones y que se dedicara a trabajar en la tierra que le había visto nacer. Le convencieron y se fue a la Universidad de Palermo con la idea expresa de hacer medicina y ayudar a los enfermos más pobres.

Terminó la carrera y ejerció medicina durante cuatro años (1855-1859). Como médico era maravilloso; como negociante, un desastre, porque, además de no cobrarles nada a los enfermos, les repartía el dinero que llevaba encima. Una ruina personal. Enseguida se dio cuenta de que la peor enfermedad de los seres humanos es el pecado. Y decidió dedicarse a curar las almas, siendo sacerdote. Un amigo, Domingo Turano, le ayudó a tomar estas decisiones.

Siempre se ha dicho que un buen amigo es un tesoro; y para tomar serias decisiones en la vida, el buen amigo es un regalo de oro puro. Con ese amigo contó Santiago para decidirse a ser sacerdote. Ojalá hoy fuera tan fácil seducir a los jóvenes para ir al seminario y hacerse sacerdotes.

Se hace sacerdote el 21 de diciembre de 1860. Seis años antes, el Papa había declarado el dogma de la Inmaculada Concepción (8 de diciembre de 1854). A los diez años justos, Pío IX publica el *Syllabus*, que era una exposición condenatoria de todos los errores modernos: liberalismo, socialismo. Y empieza el Concilio Vaticano I (1869-1870). En este concilio, el paso más llamativo será la proclamación de la infalibilidad pontificia. Después de muchísimas discusiones, se llega a un acuerdo casi unánime (533 obispos que sí y 2 que no). En esto, estalla la guerra franco-prusiana y los obispos tienen que salir corriendo de Roma, dejando la continuación del Concilio hasta que lleguen mejores días (20 de octubre de 1870). Esos mejores días nunca llegaron, y así la continuación de este concilio tomó otro nombre: Vaticano II.

En este ambiente tan revuelto, Santiago se dedica con cuerpo y alma a dar catequesis, predicar la palabra de Dios y curar a los enfermos, sobre todo a los que estaban en peligro de muerte. Y empieza la aventura: abre una casa para dar de comer a los pobres; deja de pensar en sí mismo y funda una congregación en beneficio de los más necesitados que se llamará «el bocado del pobre». Todo se desarrolla con mucha sencillez, pero encauzado.

De esa congregación formarán parte sacerdotes y seglares. Tratan de recoger colectas, distribuir las limosnas, dedicarse a los niños huérfanos, a las chicas en peligro, a los ancianos necesitados y a los enfermos. Funda casas «de la misericordia». La lista de sus fundaciones se puede fijar así:

—Congregación de las Siervas de los pobres, en 1880.

—Congregación de los Hermanos de los pobres, en 1884.

—Congregación de los Misioneros Siervos de los pobres, en 1887. Esta institución se va extendiendo por toda Sicilia; más tarde llega al resto de Italia, África y América.

En la actualidad se encuentran en México, en la ciudad de Chihuahua, en un asilo de ancianos llamado «El bocado de los pobres». Por ellos sabemos algunas de sus actividades y conocemos el espíritu de su fundador, Santiago Cusmano:

«A través de cuatro hermanas Siervas de los pobres, auxiliadas por otras diez personas, les ofrecen a los 65 ancianos un apoyo integral que abarca los aspectos físico, moral y espiritual

»Les dan un hogar, comida, servicios de salud, así como el cariño que todo individuo necesita, ya que incluso han recogido a gente que andaba en la calle sin alimento, es ahí donde entra la ayuda que requieren para recobrar la esperanza, la fe, la dignidad y sobre todo, el sentido de su vida

»La atención médica que reciben esta en manos del doctor Juan Cruz Baca, quien de manera gratuita acude diariamente a revisarlos, recetarles medicamentos y si es necesario canalizarlos con otros médicos o llevarlos al Hospital central según la enfermedad que presenten

»La mayoría son personas con enfermedades crónicas y tratamiento de por vida. Las hermanas Siervas de los Pobres se valen de limosnas, ya que se trata de gente de muy escasos recursos»

El lema de Santiago era: «caridad sin límites». Y quería emplear siempre la dulzura de San Francisco de Sales. Pío XI apro-

bó la congregación, afiliándola a las obras de San Vicente de Paúl y a la Tercera Orden de San Francisco. El mismo Santiago Cusmano atendía a los enfermos, los acariciaba, los besaba, no tenía ningún escrúpulo para acercarse a los más enfermos.

Murió muy joven. Estas vidas, entregadas del todo, pueden acabarse pronto y éste fue el caso de nuestro amigo Santiago. El 14 de marzo de 1888 entregaba su alma a Dios, cuando tenía 54 años. Había dicho: «Mi misión ha acabado». Y murió.

Su fama de santo era enorme. El proceso de beatificación se inicia el 24 de mayo de 1961. En 1982 se produce un milagro debido a su intercesión y el 30 de octubre de 1983 es declarado Beato por Juan Pablo II. Fue beatificado juntamente con Domingo del Santísimo Sacramento y Jeremías de Valachia.

Gloria de los sacerdotes que se entregan totalmente a servir a los pobres. Ejemplo de todos los seglares que por medio de Cáritas y otras organizaciones humanitarias, llegan a buscar la salud del cuerpo para elevar la vida del espíritu en el enfermo. Llamada impetuosa a los médicos de nuestro tiempo para que sigan los pasos de este médico insigne que buscó la salud del enfermo en toda su realidad corporal y espiritual.

FELIX NUÑEZ URIBE

Bibliografía

Breve de beatificación AAS 77 (1985) 112ss
www.giacomocusmano.org
www.neomedia.it/associazione/giacomocusmano/
www.online.com.mx/el-heraldo/fraterno/20010725/1.html

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTA MATILDE

Viuda († 968)

Nació en Engern, Westfalia, hacia el año 895 en el seno de una noble familia. La educó su abuela paterna, que era abadesa en el monasterio de Erfurt.

Llegada a la edad adecuada, fue dada en matrimonio a Enrique, un hijo del duque Otón de Sajonia, al que por su afición a

la caza se le conoce con el sobrenombre de «el Pajarero». Enrique sucedió primero a su padre en el ducado sajón y en 919, al morir sin hijos el rey Conrado, accedió al trono alemán. Matilde y Enrique se entendieron perfectamente y ella aprovechó esta buena inteligencia para llevar el género de vida devota y caritativa que deseaba y obtuvo licencia para emplear sus bienes en la fundación de varios monasterios. El matrimonio tuvo cinco hijos: Otón, el futuro emperador; Enrique, el predilecto de su madre, Bruno, futuro arzobispo de Colonia y santo; Gerberga, que llegaría a ser reina de Francia, y Eduvigis, que fue madre de Hugo Capeto.

Muerto Enrique en 936, Matilde comenzó enseguida a vestir con modestia renunciando a la pompa real. El sucesor era Otón, pero Matilde hizo lo que pudo por favorecer la candidatura de Enrique, el cual, elegido su hermano, organizó una rebelión y, derrotado, fue perdonado a instancias de Matilde y convertido en duque de Baviera. Ambos hermanos se pusieron después en contra de su madre acusándola de manirrota y ella se vio obligada a retirarse de la corte. Pero la mujer de Otón salió en su favor y pudo volver. Enrique volvió a sublevarse contra su hermano y los disgustos no terminaron sino con la muerte del príncipe. Otón le confió a su madre la regencia durante su viaje a Roma para ser coronado emperador.

Matilde empleó su tiempo en buenas obras. Su paciencia, caridad y humildad le atrajeron la fama de santa con que la rodeaba el pueblo. Tuvo el dolor de conocer la muerte de su hijo San Bruno en 965. Retirada al monasterio de Nordhausen, no profesó en la Orden benedictina, de la que sólo fue oblata. Su muerte tuvo lugar en Quedlinburg el 14 de marzo de 968.

BEATA EVA DE MONTE CORNILLÓN

Virgen († 1265)

Eva nació a comienzos del siglo XIII y su amistad con Santa Juliana de Monte Cornillón la indujo a consagrarse al Señor como reclusa junto a la iglesia del monasterio de San Martín de Lieja, del que era priora Juliana. En la celda recibía la

visita de Juliana y allí ésta se refugió cuando hubo de dejar su convento.

Convencida por Juliana de la utilidad de una fiesta del Corpus Christi, se unió a ella en los trabajos por conseguirla y en ellos siguió tras la muerte de su amiga. Ella convenció al obispo de Lieja, Enrique de Gueldre, para que intercediera ante el papa Urbano IV, el cual instituyó esta festividad para la Iglesia universal en 1264. Eva murió al año siguiente. Su culto fue confirmado el 1 de mayo de 1902.

BEATO PLÁCIDO RICCARDI

Presbitero († 1915)

17

Nació en Trevi (Umbría), en el seno de una familia acomodada, el 24 de junio de 1844 y recibió en el bautismo el nombre de Tomás. Hechos los estudios primarios en el Colegio Lucarini, nada indicaba que tuviera vocación religiosa, aunque era un joven honesto y piadoso que se hizo terciario franciscano.

En 1863 marcha a Roma y en Santa María sopra Minerva estudia filosofía con los dominicos. Le tocaba hacer el servicio militar pero, como estaba en Roma, pensó que podía zafarse y, alegando los estudios, escribió en este sentido a las autoridades de su zona natal. Luego de visitar Loreto y pensarlo bien ante Dios en unos ejercicios espirituales, decide su vocación monástica e ingresa el 12 de noviembre de 1865 en la abadía de San Pablo Extramuros, de Roma, haciendo la profesión religiosa el 19 de enero de 1868, tomando el nombre de Plácido.

A poco de la toma de Roma por el gobierno del Reino de Italia es detenido como desertor del servicio militar que no había hecho y es enviado a Livorno a cumplirlo en infantería. Pero en febrero de 1871, considerando las autoridades militares que su salud era escasa, pudo volver al monasterio y hacer en marzo la profesión solemne. El 25 del mismo mes y año recibía la ordenación sacerdotal.

Permaneció en la comunidad dando un alto ejemplo de observancia religiosa, dedicado a la enseñanza y dirección de los jóvenes alumnos. Confesaba en la basílica a los fieles e iba también a confesar a las monjas de Santa Cecilia «en Trastévere».

Cuando fue menester restaurar la observancia religiosa en el monasterio femenino de San Magno en Amelia fue enviado él como vicario abacial. Con paciencia y mucha caridad se dedicó al logro del objetivo. En 1885 debió intervenir en el asunto de las supuestas revelaciones que recibía un novicio, y que el maestro de novicios y otros más en el monasterio consideraban auténticas. Don Plácido logró demostrar la impostura y por ello hubo de reemplazar al maestro de novicios, que quedó muy desautorizado con el caso.

En 1894 fue enviado al monasterio de Farfa «n Sabina» como rector y allí estuvo hasta 1912 dando un alto ejemplo de espiritualidad y mostrando un gran celo apostólico. Vivio con dos hermanos legos en la granja de Sanfiano y cumplió su misión lo mejor que supo, dando a todos un ejemplo de vida santa, austera y pobre, y llena al mismo tiempo de una inmensa alegría. Mucha gente, incluyendo eclesiásticos, lo buscaban como confesor y director espiritual.

Cuando le dio un ataque de parálisis el 17 de noviembre de 1912, fue llevado a San Pablo Extramuros, y pese a las fiebres y a la debilidad de su parálisis procuro en todo observar la regla monástica, pero ya no podía hacer nada sin ayuda ajena, y hubo entonces de echar mano de mucha paciencia, que demostró a lo largo de esos últimos años de vida. Murió el 14 de marzo de 1915 dejando una estela de santidad que movió a su monasterio a promover su causa de beatificación. Fue beatificado el 5 de diciembre de 1954.

15 de marzo

A) MARTIROLOGIO

- 1 En el Helesponto, San Menigno († 250), batanero, martir
- 2 En Roma, San Zacarias († 752), papa *
- 3 En Cordoba (España), Santa Leocricia († 859), virgen y martir *
- 4 En Burgos (España), San Sisebuto († 1086), abad *
- 5 En York (Inglaterra), Beato Guillermo Hart († 1583), presbitero y martir bajo Isabel I *

6 En París (Francia), Santa Luisa de Marillac († 1660), viuda, fundadora del Instituto de Hijas de la Caridad **

7 En Viena (Austria), San Clemente Maria Hofbauer († 1820), presbítero, religioso de la Congregación del Santísimo Redentor **

8 En Przemysl (Polonia), Beato Juan Adalberto Balicki († 1948), presbítero *

9 En Viedma (Argentina), Beato Artemides Zatti († 1951), religioso de la Congregación de San Francisco de Sales *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA LUISA DE MARILLAC

Viuda († 1660)

A finales del siglo XVI la situación religiosa en Francia era bien lamentable.

Mientras en Alemania cedía el protestantismo por obra de la Contrarreforma, en España la mística alcanzaba sus más altas cimas y en Italia se apagaba la bacanal del Renacimiento con una floración de nuevos santos, la iglesia de Francia tuvo bastante con sobrevivir a las guerras de religión, sin tiempo para aplicar las reformas y remedios propuestos por el Concilio de Trento.

Al subir al trono francés Enrique IV, consigue la paz, aunque fuese a costa de igualar los derechos de hugonotes y católicos por el edicto de Nantes

Bajo el vigoroso impulso de este monarca y de su ministro Sully, el país va a conocer una era de prosperidad insospechada. En el reloj de la historia ha sonado la hora de Francia, no sólo en lo político, artístico y literario, sino también en lo religioso.

Llegan a París de España e Italia las Órdenes nuevas: jesuitas, carmelitas, capuchinos y oratorianos. Francia asimila rápidamente las nuevas formas de espiritualidad, dándoles un tinte propio, además de la santidad de los claustros intentará proporcionar a los cristianos que viven en el mundo los medios de perfección.

París, la antigua Babilonia, ¿se convertirá en una equivalencia de la Ginebra protestante?

Una eclosión de fervor despierta en la gran ciudad. La mística invade los salones y los círculos piadosos hacen competencia a las tertulias del gran mundo.

Alrededor de un director espiritual se juntan las damas de la aristocracia. Se leen las obras de los místicos alemanes, los escritos de los carmelitas españoles, del obispo de Annecy y del cardenal de Bérulle.

Esta piedad no se reduce a la devoción interior, sino que se ejercita en las más variadas obras de misericordia: limosnas de alimentos y vestidos a los pobres, visitas de hospitales y cárceles, socorro a los menesterosos.

Sí, París es ahora un *carrefour de saints*, una encrucijada de santos, en que coinciden madame Acarie, en el Carmelo, sor María de la Encarnación, Francisco de Sales y Juana Francisca, San Vicente de Paúl y Luisa de Marillac.

Vicente de Paúl, a quien todos llaman familiarmente monsieur Vincent, quiere llegar a grandes metas. Pretende hacer de la caridad individualista un movimiento arrollador que acuda al remedio de todas las necesidades. Su vida está llena de aventuras tan fabulosas que parece una novela.

Emprende la carrera eclesiástica ya mayor. Estudia en Zaragoza y en Toulouse. En un viaje por mar, desde Marsella a Narbona, cae en poder de piratas turcos, que matan a todos sus compañeros, menos a él, que es vendido como esclavo en Túnez. Después de dos años de cautiverio, huye con su propio amo, al que logra convertir. Va a Roma y desde allí a la corte de Enrique IV. Después de pasar por varios cargos eclesiásticos, es nombrado preceptor de los hijos de la familia Gondi. Entonces se percata de las circunstancias difícilísimas por que atraviesa el país y decide entregarse de lleno a las obras de caridad, fundando asociaciones de damas que socorran a los pobres, y para evangelizar a los aldeanos funda la Congregación de la Misión.

En estas circunstancias es cuando conoce a Santa Luisa de Marillac, viuda a los treinta y cuatro años, quien, por consejo de su director, San Francisco de Sales, se pone a disposición de San Vicente. Desde ahora los dos grandes santos irán asociados al más generoso esfuerzo que se haya hecho para atender a los pobres.

Santa Luisa nació el 12 de agosto de 1591. Era de la segunda nobleza. En la más tierna edad quedó huérfana de madre. Su padre, el señor de Marillac, hombre de extraordinaria inteligencia y de gran virtud, no omitió medio para que su hija recibiera una educación esmerada. Literatura, arte, filosofía e incluso el latín, fueron la base de sus estudios. Al mismo tiempo se ejercitaba en los oficios propios de su sexo.

A los quince años se entregó con gran fervor a la oración y quiso ingresar en el convento de capuchinas, pero su constitución física, muy delicada, no se lo consintió, disuadiéndola el padre Champigny, provincial de los capuchinos: «Hija mía —le dijo—, yo creo que son otros los designios de Dios».

A esa misma edad perdió también a su padre. No pudiendo entrar en religión, ni permanecer sola en el mundo, accediendo a las instancias de sus parientes se desposó con Antonio Le Gras, secretario de la reina María de Médicis, celebrándose el matrimonio en San Gervasio, de París, el 5 de febrero de 1613, fijando su residencia en la capital francesa.

Los testigos del proceso de su beatificación declaran:

«Luisa de Marillac fue un dechado de esposas cristianas. Con su bondad y dulzura logro ablandar a su marido, que era de carácter poco llevadero, dando el ejemplo de un matrimonio ideal, en que todo era comun, hasta la oración, que hacían juntos»

Bendijo Dios su matrimonio con el nacimiento de un hijo. El amor que la señora Le Gras tuvo a su hijo no conoció límites. San Vicente le escribiría más tarde: «Jamás he visto una madre tan madre como usted, apenas parece usted mujer en otra cosa».

Y en otra carta le decía:

«¡Oh que dicha el ser hijo de Dios! Pues este Señor ama a los suyos con afecto aun mas tierno que el que usted tiene a su hijo, con ser este amor tan grande que apenas he visto cosa igual en ninguna otra madre»

Estas experiencias maternas, valiosísimas, servirían a Santa Luisa para derrocharlas en la fundación a que el cielo la destinaba.

Porque el señor Le Gras murió santamente, en brazos de su esposa, el 21 de diciembre de 1625. Entonces ella no pensó más

que en consagrarse del todo a Dios y a las buenas obras. «¿No es razón que me entregue a Dios —diría— después de haber sido tanto tiempo del mundo?».

En lo de haber sido del mundo Santa Luisa exageraba. Los directores de su espíritu declararon a su muerte que era un alma angelical, que no había perdido la inocencia de su bautismo. Pero, ciertamente, estando desligada ya de compromisos familiares, la viuda Le Gras va a ser la colaboradora efficacísima de monsieur Vincent. Ella sabrá poner la nota femenina en sus obras de caridad. Será el ama de casa, providente y buena, que solucione con tacto femenino los conflictos que surjan a cada paso en la organización del bien.

San Vicente había fundado ya las «Caridades», asociación de damas o señoras al servicio de los pobres a domicilio, especialmente en los pueblos y aldeas, donde las dejaba como fruto de sus misiones. Pero sin conexión con el fundador, tales obras languidecían pronto. Santa Luisa se ofrece a visitar las «Caridades» y el santo la anima con estas palabras:

«Parta usted, vaya en nombre del Señor Ruego a su Divina Bondad la acompañe, que El sea su consuelo en el camino y su fuerza en el trabajo, y finalmente nos la devuelva con perfecta salud y llena de buenas obras»

Las palabras de San Vicente no eran pura retórica. Los viajes en aquellos tiempos eran por demás penosos y peligrosos. Malos vehículos, malos caminos, malas comidas, malos alojamientos...

Su primer biógrafo nos ha descrito aquellas correrías, que recuerdan las de Santa Teresa.

«Solía llevar consigo gran cantidad de lienzos y medicinas, y sus viajes y limosnas eran siempre a sus expensas. Apenas llegada al lugar, reunía a las mujeres de la cofradía de la Caridad, las imbuía en el espíritu de la obra, animaba su fervor con el fuego de sus alocuciones y hacía por aumentar su número. Luego visitaba ella misma a los enfermos y era tanta su gracia y actividad, que a su marcha todo quedaba renovado»

Al compás del apostolado su alma crecía en ardores místicos. El 5 de agosto de 1630, aniversario de su boda terrena, escribió sus impresiones después de comulgar: «Parecióme

que Nuestro Señor me inspiraba la idea de recibirle por esposo de mi alma, considerando aquel acto como una especie de esponsales».

Aquellas visitas le hicieron ver otra enorme deficiencia: el abandono de las niñas y jóvenes en punto a instrucción y educación, y también atendía con sus pláticas y esfuerzos a proveer a tan gran necesidad

Entretanto, desgracias familiares pesan terriblemente sobre ella. Su tío, el mariscal Marillac, cae en desgracia del rey y es ajusticiado públicamente en París. Su tía muere de pena, otro pariente cercano desfallece en la prisión. Empero nunca sintió que se hablase mal de Luis XIII ni del cardenal Richelieu, causantes de tantas desgracias.

Su alma se va afinando y acerando para las cosas de Dios. Y bien lo necesitaba aquella Francia de comienzos del XVII. En un informe al Parlamento se aseguraba que era tanta la miseria de ciertas regiones, «que los aldeanos se ven obligados a pacer la hierba de los campos a la manera de las bestias»

Para remediar tales males no bastaban las «Caridades» fundadas por San Vicente, porque, siendo las damas señoras de la buena sociedad, se desdeñaban de descender a los servicios más humildes y necesarios. Había que pensar en «sirvientas de las Caridades», en viudas y jóvenes que se entregaran al servicio exclusivo de ellos. La primera que colaboró con Santa Luisa en tan bella obra fue Margarita Naseau, natural de Suresnes, a diez kilómetros de París, aldeana que había aprendido a leer sola, conduciendo su rebaño y preguntando a los caminantes por el significado de las letras de su abecedario.

Otras muchas jóvenes siguieron los pasos de Margarita, y en 1633 recibía Luisa a las cuatro primeras hermanas, hasta convertirse en un verdadero noviciado al cabo de algunos meses. Santa Luisa pensó en que formularan sus votos, pronunciando los primeros en la fiesta de la Anunciación del año 1634, la fecha en que renuevan anualmente los suyos las Hijas de la Caridad de todo el mundo.

A partir de entonces la bola de nieve que decía San Vicente se transforma en alud arrollador. Resulta imposible, en tan breve reseña, seguir paso a paso a los dos santos fundadores en la

obra portentosa que emprendieron en favor de sus señores los pobres, como ellos respetuosamente les llamaban.

Realizaron visitas a los hospitales, tan espantosamente abandonados, que los enfermos se resistían a la fuerza a ingresar en ellos. Baste el dato de que la escasez de camas obligaba a juntar a tres y cuatro en el mismo lecho. Donde más actividad desplegaron, con éxito rotundo, fue en el hospital de Angers, del que se hicieron cargo en 1639.

Luego vendrían las obras en el mismo París, como la asistencia y cuidado de los niños expósitos. Más de cuatrocientos eran recogidos cada año en la gran ciudad y muchísimos fallecían por falta de atenciones.

También hubo fundaciones en el arrabal de Saint Denis, con la gran basílica de San Dionisio, mausoleo de los reyes de Francia. Después en Nantes, a donde llega Santa Luisa acompañada de ocho hermanas, recibéndolas una multitud inmensa que acude de todas partes para aclamarlas.

De 1649 a 1652 la guerra asola las provincias de Champaña, Picardía y Lorena. Los moribundos yacen abandonados a lo largo de los caminos, las religiosas huyen de la soldadesca, las iglesias son profanadas.

San Vicente envía al campo de operaciones a las Hijas de la Caridad, para cuidar a los enfermos, distribuir alimentos, procurar refugio a las jóvenes arrojadas de sus hogares. Se multiplican los casos de heroísmo, pero nuevas hermanas acuden a reemplazar a las que mueren en el cumplimiento del deber.

En 1658 es Flandes el escenario de nuevos horrores bélicos. La reina ruega a San Vicente que las hermanas se hagan cargo de los hospitales militares y establecen un ambulatorio en Calais.

Pero ya no es Francia solamente el campo de sus actividades. Luisa María de Gonzaga, hija del duque de Nevers, visitadora asidua con las damas de la Caridad del hospital de París, conoce bien a Santa Luisa y su espíritu. La Providencia la levanta a reina de Polonia, y desde allí escribe a los santos fundadores que manden hermanas, por hallarse el país sumido en guerras y catastrofes.

En 1653 surge otra obra nueva, un asilo de pobres de ambos sexos, gracias a la limosna de cien mil francos que donó un

caballero parisiense. Santa Luisa funda un establecimiento modelo. A los hombres los ocupa en diversos oficios, a las mujeres las dedica a hilar. Busca materias primas, cáñamo, lana, mobiliario. La alegría y el trabajo reinaban en el gran asilo general para todos los mendigos de París. Posteriormente otro establecimiento, «Las Casitas», acoge a locos y enfermos mentales.

No hay dolencia, desgracia o miseria, material o espiritual, que no haya sido remediada por Santa Luisa y su obra.

Y a todo esto, los santos fundadores, absorbidos por su trabajo de organización, ni se habían preocupado en dar forma canónica al nuevo instituto. Al fin, en 1655, después de veinte años, San Vicente y Santa Luisa presentan una instancia al arzobispo de París, que erige la congregación de las Hijas de la Caridad el 18 de enero de aquel año.

El 30 de mayo reúne San Vicente a sus hijas y, después de haberles leído las reglas, les dice: «De hoy en adelante, llevaréis el nombre de Hijas de la Caridad. Conservad este título, que es el más hermoso que podéis tener».

Santa Luisa, de constitución débil, tiene un espíritu fuerte. Su actividad no conoce cansancio. Su humildad es profundísima. Jamás consintió en tener capilla ni que se dijera misa en ninguna de sus casas. «Quizá —como dice uno de sus biógrafos— temiera que fuera en detrimento del cuidado de los enfermos y cayeran sus hijas en la tentación de hacerse religiosas».

Ya en 1647 decía San Vicente: «La señora Le Gras debiera haber muerto hace diez años; al verla se diría que sale de la tumba: tan débil está su cuerpo y tan pálido su semblante».

Y, sin embargo, hasta 1660 no entregó su alma al Creador, tras una enfermedad penosa, que comenzó por gangrenarle un brazo. No tuvo el consuelo de que San Vicente la acompañara, pues también enfermo, le envió este sencillo recado: «Usted va delante, pronto la volveré a ver en el cielo». Falleció mientras le rezaban las preces de los agonizantes, el día 15 de marzo, lunes de Pasión, entre las once y las doce de la mañana.

Parodiando a fray Luis de León al hablar de Santa Teresa, podríamos decir que a Santa Luisa de Marillac la podemos conocer por sus escritos y por sus hijas.

Asombra pensar que tuviera tiempo de escribir cientos de cartas, resumir numerosas conferencias de San Vicente, que luego se encargaba de hacer circular, hacer extractos de sus meditaciones y ejercicios espirituales, hasta formar tres volúmenes de 1.500 páginas sus obras completas

Consejos, alientos, normas y avisos, todo se desliza en su correspondencia familiar. Parece que asistimos al crecimiento de la congregación. No caeré en la ingenuidad de citar párrafos devotos. Quizá éste retrate mejor a la fundadora:

«Me han dicho que sor Marta se ha puesto tan gruesa que casi no se la conoce ¡Oh Dios mío! ¡Cuanto temor me dan los establecimientos en donde se esta con mas comodidades de lo que a nuestra condicion conviene! Os encargo que procureis que este ocupada lo mas que pueda y en trabajo muy fuerte ¿No teneis enfermos en los pueblos vecinos?» (Carta a sor Isabel Turgis, en Chars)

Las Hijas de la Caridad son en la actualidad unas 24.500, extendidas por todo el mundo, en más de noventa países (datos de 2003), encontrándose en París, en el número 140 de la Rue du Bac, la casa madre, en cuya capilla, la misma de las apariciones de la Virgen Milagrosa a Santa Catalina Labouré, está el sepulcro de Santa Luisa.

Contrariamente a lo que ha ocurrido con otras comunidades, las Hijas de la Caridad siempre han permanecido al servicio de los pobres, en hospitales, asilos, orfanotrofios, manicomios, casas de beneficencia

Su espiritualidad se funda en la caridad, generadora del celo, en la humildad personal y en la sencillez, que repugna todo lo falso o afectado. Aunque aplicadas a las obras exteriores, llevan una vida interior sustentada por prácticas de devoción repartidas a lo largo del día. Se levantan a las cuatro, y toda la vida es común: dormitorio, comidas, recreo. Sus votos son anuales y se renuevan el 25 de marzo.

Sí, Santa Luisa de Marillac no ha muerto. Todavía sentimos el tintineo de su largo rosario cuando cruzan junto a nosotros las tocas blancas de alguna Hija de la Caridad.

Santa Luisa de Marillac fue beatificada por el papa Benedicto XV el 9 de mayo de 1920 y su canonización tuvo lugar el 11 de marzo de 1934 por el papa Pío XI. El 10 de febrero de 1960

el papa Juan XXIII la proclama «celestial patrona de los que se dedican a la acción social cristiana».

CASIMIRO SANCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Art «Filles de la Charite», en *Catholicisme*

CASTANARES, P, *Cartas y escritos de Santa Luisa de Marillac*, 3 vols (Madrid 1945)

COSTE, P, *S Vincent et les Dames de la Charite* (Paris 1917)

— ID, *Les Filles de la Charite de S Vincent de Paul* (Paris 1923)

ECHARRI, M DE, *Santa Luisa de Marillac* (Vida popular) (Madrid 1943)

— Actualización

DIRVIN, J O, CM, *Santa Luisa de Marillac* (Salamanca 1981)

CHARPY, E, *Vida de Santa Luisa de Marillac* (Madrid 2000)

Santa Luisa de Marillac correspondencia y escritos (Salamanca 1985)

SAN CLEMENTE MARÍA HOFBAUER

Presbitero († 1820)

Cierto día, en una taberna de Varsovia, entra un sacerdote pidiendo limosna, un jugador, al verle, le insulta y le escupe en la cara. El sacerdote saca el pañuelo, se limpia y dice blandamente: «Caballero, esto es para mí, ¿puede darme ahora alguna cosa para los huérfanos del Niño Jesús?». Aquel hombre se sintió vencido y se hizo amigo de quien así le respondía. Al verle desaparecer por la puerta de la taberna, todos se preguntaban quién podía ser aquel cura de manteo descolorido, que tenía tal dominio.

Era un santo, y se llamaba Clemente María Hofbauer. Nove-
no de los doce hijos de un carnicero, había nacido en Tasswitz
(Moravia), en 1751. A los siete años, y en plena guerra, muere
su padre. Desde ese momento tendrá que ir haciéndose la vida
casi solo. Solo, no, después del entierro, su madre le lleva delan-
te de un crucifijo y le dice: «Mira, hijo, en adelante éste será tu
padre. Guárdate de afligirle con un pecado».

Quiere ser sacerdote, pero la vida le obliga a mudar seis ve-
ces de ruta, a los treinta años consigue estudiar teología, gracias
a la generosidad de unas señoras, a las que más tarde el santo
sabrà agradecer; solo a los treinta y cuatro llega a ser sacerdote,

en Roma, cuando entra en la Congregación de los Redentoristas.

En 1785 vuelve a Viena. El emperador José II está en el apogeo de sus reformas, con lo que se llamó el *josefinismo*, queriendo someter la Iglesia al Estado, y acaba de suprimir centenas de casas religiosas. Clemente marcha con su compañero a Polonia, para trabajar en la iglesia de San Bennón, de Varsovia. Los comienzos fueron duros; no tenían nada; dormían sobre una mesa, porque la humedad entraba por todos los lados. El aspecto de la ciudad era malo: el jansenismo y el regalismo atenazaban toda la vida católica; la masonería se había apoderado, sin trabajo, de las clases altas; los alemanes, que formaban la colonia más numerosa, preferían ir a las capillas protestantes antes que a las iglesias polacas.

Poco a poco, la iglesia de San Bennón se convierte en un centro de irradiación religiosa, llegando nuevas vocaciones para el trabajo. Cinco veces al día se renovaba la asistencia, llenándose la iglesia, que tenía capacidad para unas mil personas; había diariamente tres sermones en polaco y dos en alemán; tres misas solemnes, a veces con orquesta, viacrucis, visita al Santísimo Sacramento y oficio parvo, oración de la mañana y de la noche, con meditación. El santo no perdonaba gasto ninguno para el esplendor del culto, que era una gran atracción, incluso para incrédulos y judíos, siendo el comienzo de muchas conversiones. A pesar de las influencias jansenistas, las comuniones ascienden a 104.000 por año.

Clemente presiente y utiliza los métodos del apostolado moderno. Mantiene gratuitamente una escuela de primera enseñanza y profesional, para trescientos niños y doscientas niñas, a los que enseña a ser apóstoles de sus familias. Abre un orfanato; para mantenerlo se ve obligado a mendigar por casas y tabernas; un día se le vio llamando a la puerta del sagrario. Funda un colegio-seminario de vocaciones sacerdotales. Organiza una asociación de laicos, hombres y mujeres, con algunas características de los actuales institutos seculares; tenían días de retiro, círculos de estudio y apostolado; después de un año de prueba, hacían el voto de fidelidad a la Iglesia y al Papa, y la promesa de edificar el reino de la gracia en los prójimos. Al mismo tiempo

piensa en el establecimiento de su Congregación; funda personalmente seis casas, pero ve con tristeza que apenas levanta el pie, la fundación desaparece; dos tentativas en los Balcanes y Ucrania no tuvieron mejor éxito; los redentoristas que están bajo sus órdenes tienen que buscar diez casas sucesivas en once años; los gobiernos protestantes o regalistas los echan de una diócesis a otra, el mismo Clemente, por este motivo, estuvo preso.

En 1808, Napoleón, el amo de Europa, desde Bayona, expulsa a los redentoristas de Varsovia, gloriándose en el decreto de haberlos expulsado de otras ciudades. El 17 de junio un batallón de militares rodea la iglesia; el Santísimo estaba expuesto; San Clemente tuvo que bajar del púlpito y los otros padres interrumpir las confesiones. Después de una prisión de un mes, fueron dispersados por cuatro naciones. Para el santo fue el mayor dolor. Su fe es fuerte y no se desanima: «Nos abandonamos al querer de Dios... Que Él sea glorificado».

Buen caminante, después de ser preso dos veces más y de pasar por el peligro de ser fusilado como espía, llega a Viena, que lo recibe con cuatro días de cárcel, como a un ladrón. Se encuentra otra vez en el comienzo, como hacía veinte años. Pero ve una gran claridad: «Todo lo que a nosotros nos parece contrario, nos conduce donde Dios quiere».

Sus caminos se han terminado. Exteriormente su vida tiene un marco muy oscuro; desde 1813, capellán de las monjas ursulinas. A pesar de que el Gobierno mantiene sus reformas, que atan meticulosamente las actividades apostólicas, y a pesar de que la situación de Europa central es, según la frase del santo, peor que en los tiempos de Lutero, Santa Úrsula se transformará en un fermento de vida católica. Después de predicar el primer domingo a media docena de personas, las monjas ven, admiradas, que el siguiente la iglesia está llena. Aquella predicción era un acontecimiento en la ciudad. Se predicaba de la caridad y del cristianismo universales, pero San Clemente habla precisamente de lo que los otros callan: de la Iglesia católica, del papa, de la Virgen, de la redención, de los sacramentos. Es un atrevimiento que cada día le trae un auditorio mayor. El grupo más numeroso, después del pueblo sencillo, es el de los estu-

diantes, artistas y profesores de la universidad. Toda su vida predicó sencillamente, dando la sensación de que era como un testigo que había visto y palpado las cosas. No era el gusto de oírle, era volver a casa transformado. Sus argumentos no admitían réplica; cuando habló sobre los sacramentos, había dicho una mujer: «¿Qué diría la gente si la vieja del herrero comulgase muchas veces?». Otro día alude San Clemente desde el púlpito: «¿Y qué diría la gente si la vieja del herrero fuera al infierno?». Quien no faltaba a sus sermones era la policía, que le dio el mayor disgusto de la vida: le prohibió predicar.

El confesionario y los moribundos nadie se los podía quitar; le veían de noche, envuelto en su viejo manto y con una linterna en la mano, entrar por los barrios más apartados; solía decir que si tenía tiempo para rezar un rosario en el camino, el éxito era seguro. Cierta noche, insultado y rechazado, se clavó en la puerta, diciendo con una calma glacial: «Veo la muerte que llega y he visto morir a muchos que se salvaban; ahora quiero ver cómo muere un condenado». El moribundo se confesó. Los pobres tampoco se los quitaban, y a su entierro, entre una multitud de ellos, asistió un buen grupo de viejos soldados que los gobiernos abandonaban después de estropearlos en las guerras. Hasta las mismas monjas sintieron frecuentemente su caridad; en cierta ocasión se les presentó con un cordero bajo el manto.

La obra más bella de estos años fue el trabajo con la juventud de Viena. Fue como el comienzo de una Acción Católica. Reunió un grupo grande de escritores, estudiantes y artistas de toda clase. El romanticismo católico fue acunado por San Clemente. Uno de los más destacados fue Federico Schlegel, convertido del protestantismo y verdadero iniciador de la escuela romántica; junto a él podríamos poner una lista de celebridades, como Muller, Werner, Veit, Rauscher, más tarde cardenal, el poeta Brentano y muchas personas de la nobleza austríaca. El movimiento de conversiones fue grande, especialmente entre protestantes, judíos y católicos tibios. Algunos de éstos fueron a Roma, donde se formó otro centro unido a Clemente y donde maduraron muchas conversiones, como la del pintor Overbeck. Con intuición alegre de sus necesidades y aspiraciones, les dirigía personalmente y les daba una formación seria y seguridad

contra el racionalismo, les acostumbraba a la pobreza, a la humildad, a la frecuencia de sacramentos, se preocupaba de sus necesidades materiales, los llevaba a pasear por las calles de Viena, haciéndoles perder el respeto humano. Les metía un rosario en el hueco de la mano y les mandaba ser apóstoles

La influencia de estos jóvenes era como un contagio de Cristo. Fundaron un colegio para las clases dirigentes. En la universidad protestaban contra los errores de los profesores; el de Derecho llamó a la policía, que echó la culpa a Clemente, «pues trastornaba la cabeza de los estudiantes». La mayor parte eran escritores y bajo la inspiración del santo fueron los primeros que atacaron a los enciclopedistas franceses y filósofos alemanes; fundaron varios periódicos y revistas de arte y filosofía, siendo los iniciadores del periodismo católico. A la sombra del santo fue naciendo el partido romántico católico, cuya influencia político-religiosa se notó en el Congreso de Viena, 1814, donde se quería reorganizar Europa y donde varios de sus discípulos tomaron parte. Estrechamente vigilado por la policía, el santo tenía contacto directo con el nuncio y con muchos de los congresistas, que le buscaban en su propia casa, como el príncipe heredero, Luis de Baviera. Se consiguió, y no fue poco, que la Iglesia no quedase parcelada en iglesias nacionales, como muchos congresistas y eclesiásticos querían.

San Clemente era el hombre de la Iglesia, a la que amaba apasionadamente, sintiéndose totalmente feliz como hijo de ella, y para ella pensaba en todos los medios de apostolado. Era un auténtico genio católico y Zacarías Werner decía que las tres fuerzas de su tiempo eran Napoleón, Goethe y Clemente.

En noviembre de 1818 le obligan a escoger el destierro, por ser religioso. Y en los siete meses en que suspenden la sentencia y en que los treinta años de trabajo parecen una cadena de fracasos, sigue esperando, aquí está la grandeza del santo: estar seguro de Dios. Y Dios le prepara la contradicción más bella. En 1819 el emperador Francisco II es recibido en Roma. De tal manera le habla el Papa sobre Clemente, que desde Italia da una orden que muda totalmente su suerte. El santo, aunque sabe que no verá el triunfo en la tierra, prepara sus futuros novicios, eran treinta y dos. Su salud va decayendo y el 6 de marzo de

1820 termina su último sermón exhortando a pensar «porque el árbol, del lado que caiga, así quedará por toda la eternidad».

El 16 llega el decreto imperial autorizando la Congregación y es depositado junto al cadáver del santo. Había muerto el día anterior, al toque del Ángelus. Fue canonizado en 1909.

GREGORIO MARTINEZ ALMENDRES, CSSR

Bibliografía

- DESURMONT, A, *Saint Clement Marie Hofbauer, redemptoriste (1751 1820)* (Paris 1909)
HOFER, J, *Der heilige Klemens Maria Hofbauer ein Lebensbild* (Paderborn 1921)
HOSP, E, *Der heilige Klemens M Hofbauer* (Viena 1951)
LASILLIER, G, *Un apôtre precursor saint Clement Hofbauer* (Paris 1909)
RAMOS, T, *Vida de San Clemente Maria Hofbauer* (Madrid 1909)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ZACARÍAS

Papa († 752)

Nació en el seno de una familia griega en San Severino, Calabria, y era hijo de Policronio. Entró en las filas del clero romano, y aparece firmando como diácono en las actas del concilio romano del año 732, sucediendo al papa Gregorio III en diciembre del 741. Para su consagración no se pidió consentimiento alguno al emperador o a su exarca de Rávena, pero cuando mandó noticia de su elección al emperador bizantino, no dejó de pedirle cesara en su enemiga a las sagradas imágenes.

Fue un hombre de paz, que la intentó repetidamente en Italia, procurando que Luitprando desistiera de la toma de Rávena, para lo que no dudo en entrevistarse con el monarca. Apoyó la obra misionera de San Bonifacio, cuya espléndida siembra del evangelio no podía menos que merecer el aliento del papa. Estuvo de acuerdo en que Pipino se declarara rey puesto que lo era de hecho, concluyendo así la dinastía merovingia. Celebró dos concilios en Roma, y mostró gran preocupación por el buen orden en el interior de la Iglesia. Restauró numerosas iglesias romanas. Y para que fuera conocido el libro en Oriente tradujo al griego los *Dialogos* de San Gregorio Magno. Se mostró

firme adversario del comercio de esclavos. Murió en Roma el 15 de marzo de 752.

SANTA LEOCRICIA

Virgen y marur († 859)

Era hija de noble familia cordobesa musulmana. En la niñez una parienta suya, llamada Liliba, la había hecho bautizar y en secreto la educaba cristianamente infundiéndole los principios de la religión cristiana, a los que la jovencita se mostró enseguida receptiva.

Conocida por sus padres su religión, trataron de devolverla al Islam, primero con palabras y razonamientos, que nada consiguieron, y luego apelando a los azotes y castigos, sin tampoco conseguir nada. Duraba ya un tiempo esta situación cuando ella acudió a pedir consejo a San Eulogio y a su hermana Anulo. Eulogio la aconsejó huir de la casa paterna. Se vistió sus mejores galas, simuló que iba a una boda musulmana, y se refugió junto a San Eulogio y su hermana que la enviaron a casa de unos cristianos donde estaba bien oculta. Los padres, viéndose engañados, acudieron al cadí, el cual no dejó de molestar a diferentes familias, incluyendo sacerdotes y religiosas, intentando averiguar el paradero de Leocricia. Para guardar el secreto San Eulogio la cambió varias veces de morada. Ella, por su parte, vivía entregada a la oración y al ayuno, pidiendo a Dios la necesaria fortaleza.

Pero, deseando ver de nuevo a Anulo, la visitó y pasó con ella la noche. A la mañana siguiente no apareció la persona que tenía que acompañarla a su escondite y no pudo por ello abandonar la casa de Eulogio. Y sucedió que de pronto la casa del santo se vio rodeada de soldados, lo que hizo imposible toda huida. Eulogio y Leocricia fueron arrestados y llevados ante el cadí. Eulogio no negó que él había instruido a Leocricia en el cristianismo a petición de ella, y confesó que era ésa su obligación como sacerdote. Esto le costó la vida al glorioso presbítero, que fue decapitado. Y en vano se le pidió a Leocricia la apostasia con halagos y amenazas. Ella perseveró firme y fue a su vez decapitada el 15 de marzo de 859.

SAN SISEBUTO

Abad († 1086)

No consta su patria ni el año de su nacimiento ni el de su ingreso en la vida monástica. Aparece en la historia como abad del monasterio de San Pedro de Cardaña en el que había profesado como monje, pero sin que se sepa tampoco la fecha exacta en que comenzó a ejercer la dignidad abacial, pero se suele dar la del año 1056. Entre ese año y 1086 aparece como tal abad en *numerosos documentos del monasterio*.

Participó en la fundación del monasterio de Santa María la Mayor de Valladolid, donde puso monjes bajo su misma regla de San Benito. Alcanzó gran esplendor bajo su mandato el monasterio, que se vio favorecido por los reyes, la nobleza y el pueblo.

Se identifica a Sisebuto con el abad Sancho que acoge al Cid Campeador y toma la tutela de la mujer e hijas del gran guerrero durante su destierro. Fue amigo de otros santos abades de su tiempo: Santo Domingo de Silos, San Íñigo de Oña, y San García de Arlanza. Murió el año 1086 y su memoria se celebra el 15 de marzo. En 1835, cuando la exclaustación decretada por el gobierno de la regente María Cristina, las reliquias del santo fueron llevadas a la catedral de Burgos, en cuya diócesis se celebra su memoria el 9 de febrero.

BEATO GUILLERMO HART

Presbitero y martir († 1583)

Nació en Wells, en el condado de Somerset (Inglaterra), en 1558. Era el hijo mayor de una mujer que se había pasado al anglicanismo.

Estudió primero en el Lincoln College de Oxford hasta que, decidido por el sacerdocio, marchó a Douai y de ahí pasó a Reims cuando el colegio inglés se trasladó a esta ciudad. Se sometió a una operación quirúrgica para que le extrajeran una piedra, ocasión en que demostró un enorme valor y gran resistencia. Marchó luego a Roma y acabó los estudios y se ordenó allí de sacerdote.

En mayo de 1581 volvió a Inglaterra y trabajó en Yorkshire, teniendo gran atención a los presos católicos a los que llevaba los sacramentos y aliviaba cuanto podía. Era una persona de evidente simpatía y encanto, de trato agradable, elocuente, muy caritativa.

Luego de un intento fallido de arrestarlo, pudieron por fin hacerlo en Navidad del 1582 y fue encarcelado en el castillo de York. Condenado a muerte por traidor el 9 de marzo de 1583, pasó los días que quedaban para su ejecución en ayuno y oración. Se le acercaron, incluso estando ya en el patíbulo, varios ministros protestantes proponiéndole abandonar la fe católica, pero él replicó: «Tened conmigo la cortesía de dejarme en paz el poco tiempo que me queda de vida». Fue ahorcado y descuartizado en York el 15 de marzo de 1583. Beatificado el 29 de diciembre de 1886.

BEATO JUAN ADALBERTO BALICKI

Presbitero († 1948)

Nació el 25 de enero de 1869 en Staromiesce, junto a Rzeszów, en la Polonia meridional, en el seno de una familia modesta, muy religiosa, e ingresa en 1888 en el seminario diocesano de Przemyśl, ordenándose sacerdote el 20 de julio de 1892.

Es destinado como vicepárroco a la parroquia de Polna, donde ya mostró su celo apostólico y donde está un año. Pasó luego a Roma como alumno del Pontificio Colegio Polaco y se doctoró en teología en la Universidad Gregoriana el año 1897.

A su regreso fue profesor de dogmática y prefecto de estudios en el seminario diocesano durante muchos años, hasta que en 1928 fue nombrado rector del mismo, cargo que desempeñó ejemplarmente. Pero su larga estancia en el seminario no le impidió desarrollar actividades de pastoral directa, como la atención al confesonario y la dirección de almas así como la predicación de misiones populares, ejercicios espirituales y numerosas conferencias. Fue también censor de libros y se le pidió el servicio un tiempo de hacer de juez en el tribunal diocesano. Estuvo igualmente encargado de la atención religiosa a los enfermos del Hospital Civil. Aquí tuvo ocasión de encontrar muchas jó-

venes que habían extraviado su camino en la vida. Para ofrecerles una respuesta abrió un centro de acogida para ellas, cuyo sostenimiento le costó numerosos sacrificios y sinsabores y alguna que otra calumnia.

Terminado su servicio en el seminario a causa de su mala salud y poca vista, se dedicó a su ministerio preferido, el de la confesión y dirección espiritual, para el que estaba magníficamente dotado y en el que hizo un bien inmenso a innumerables almas. Durante la II Guerra Mundial, tuvo oportunidad de socorrer a numerosos prófugos y perseguidos, entre ellos un buen número de judíos. Enfermo de tuberculosis, murió el 15 de marzo de 1948 en Przemyśl. Fue beatificado el 18 de agosto de 2002.

BEATO ARTÉMIDES ZATTI

Religioso († 1951)

Nació en Boretto (Italia) el 12 de octubre de 1880 en una familia pobre que por ello hubo de emigrar a Argentina, estableciéndose en Bahía Blanca. Tenía Artémides 17 años.

Frecuentó la parroquia de los salesianos y de ahí le vino su vocación religiosa, ingresando entre ellos en abril de 1900, pero contrajo la tuberculosis y hubo de volver a su casa. Poco después, junto con Ceferino Namuncurá, fue enviado a Viedma, al Hospital de San José. Pidió la curación a María Auxiliadora y la obtuvo. Pudo así concluir su noviciado y emitir los votos religiosos como coadjutor el 11 de enero de 1908.

Destinado a dicho hospital, llevó primero la farmacia, y luego fue enfermero, administrador y vicedirector, extendiendo su acción benéfica a los enfermos de los alrededores. Sobresalió en el desempeño de estos encargos con evidentes virtudes y celo apostólico y sobre todo con una eximia caridad hacia los más necesitados. Acusado de haber acogido a un preso fugitivo, pasó cinco días en la cárcel, saliendo de ella, cuando fue absuelto, en olor de multitud. Se le declaró un cáncer de hígado, y sobrellevó su enfermedad con ánimo y fortaleza hasta que murió el 15 de marzo de 1951. Fue beatificado el 14 de abril de 2002.

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Aquileya, los santos Hilario, obispo, y Taciano, martires (fecha desconocida)
- 2 En Seleucia (Persia), San Papas (s IV), martir
- 3 En Anazarbo (Cilicia), San Julian (s IV), martir
- 4 En Hamay (Francia), Santa Eusebia († 680), abadesa *
- 5 En Colonia (Alemania), San Heriberto († 1021), obispo **
- 6 En Vicenza (Italia), Beato Juan Sordi o Cacciafronte († 1181), obispo y martir *
- 7 En York (Inglaterra), los beatos Juan Amias y Roberto Dalby († 1589), presbiteros y martires bajo Isabel I *
- 8 Entre los hurones del Canada, San Juan de Brebeuf († 1649), presbitero de la Compañia de Jesus, martir *, cuya memoria liturgica se celebra el dia 19 de octubre con los demas martires del Canada (cf ** 19 de octubre)

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN HERIBERTO DE COLONIA

Obispo († 1021)

Heriberto nacio en Eirichgau de Alemania hacia el año 970. Era hijo de los condes de Eirichgau, Hugo y Tietvides, de los que varios de sus hijos fueron obispos. Ademas de Heriberto, llegaron a tan alta dignidad Enrique, obispo de Wurzburg, y Gezmann, de Eichstatt, y que sucederia a su hermano Heriberto.

A los siete años Heriberto fue confiado a la escuela catedralicia de Worms, siguiendo la costumbre nobiliar de la epoca de confiar los hijos a las escuelas catedralicias por el prestigio de su enseñanza y la seguridad de su formacion religiosa.

En Heriberto prendieron profundamente las raices de lo religioso y muy joven marchó al monasterio de Gorze, que en aquellos momentos gozaba de un singular prestigio por haber aceptado la reforma. Pero el obispo de Worms, que conocia perfectamente al joven, antes de que emitiera sus votos lo llamó junto a sí haciendolo canonigo de su catedral, aun sin haber re-

cibido la ordenación sacerdotal. En esta misma situación pasó a la capilla real de la corte de Otón III, siendo ordenado sacerdote en 995.

Otón, luego coronado emperador en Roma por Gregorio V, se dio cuenta enseguida de los valores que atesoraba aquel joven sacerdote y lo nombró en 994 su canciller para Italia. Más tarde, en 998, lo sería también de Alemania.

Recién ordenado sacerdote en el año 995, fue designado para regir la diócesis de Wurzburg, pero renunció generosamente en favor de su hermano Enrique.

Hacia el 999 fue aclamado por arzobispo de Colonia. Al morir Evergero, los fieles de la ciudad se habían dividido en dos bandos para elegir sucesor, y no hubo más solución de concordia que elegir al canciller real. Una delegación de nobles marcha a Italia para conseguir la aprobación del emperador y del papa. Heriberto, que se oponía tenazmente a su propia elección, tuvo que terminar por aceptarla, siendo consagrado en la propia catedral diocesana.

Dicen que en la ceremonia de la ordenación el libro de los evangelistas quedó abierto por este pasaje: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido de su Espíritu y me ha enviado a evangelizar a los pobres». Al leerlo Heriberto lo toma como una profecía y lo acepta como lema de su pontificado arzobispal.

Quedaba así ligado a la persona del emperador, quien le siguió encomendando importantes misiones diplomáticas y le dispensó su confianza hasta su muerte. Lo acompañó a Italia y allí sería testigo del envenenamiento de su emperador, tiene que imponerse a los italianos y luego regresar a Alemania con el cadáver de su señor.

El sucesor de Otón III, Enrique II, que llegó a la dignidad imperial impuesto por la fuerza, no dispensó a Heriberto la misma confianza, pues se había opuesto a su sucesión en favor del duque Hermann de Suabia. Solamente en casos puntuales pidió su apoyo, como fue en la pacificación de Luxemburgo.

Pero como se trataba de dos santos, pues Enrique II e incluso su esposa Cunegunda de Luxemburgo también figuran en el catálogo de los santos, llegó el momento de la reconciliación.

En realidad entre ellos no existía animadversión personal sino solamente discrepancias políticas.

El momento de la reconciliación el P. Llanos, en *El desfile de los Santos*, lo ha descrito lujosamente.

«Delante de toda la corte Enrique abraza al santo arzobispo y le da tres besos en honor de la Santísima Trinidad Mas aquello no le parecio suficiente, a la noche, cuando el arzobispo se encontraba en su oratorio, llama a su puerta y en la misma entrada Enrique, santo emperador, se arroja a sus pies, fundiendose ambos en la mejor estampa de lo que significaba el Sacro Imperio»

Podría parecer que un arzobispo con una vida tan complicada en asuntos de Estado no habría tenido tiempo para la labor de pastor diocesano. Nada más inexacto, porque en vida fue conocida su entrega a los necesitados y pobres de Colonia. Incluso su personal espíritu en privado siguió siendo el mismo que respiró en inicial entrega monástica, hasta el punto de que fundó muy cerca de él el monasterio de Deutz, donde al morir quiso ser enterrado. Propició la creación de otros más, pues los monasterios significaban la mejor traducción de las concepciones de la época como centros de estudio, oración, retiro y servicio a las causas de los hombres.

El 16 de marzo de 1021 murió en Colonia, a donde llegó embarcado por el Rhin. La fiebre le había sorprendido visitando su diócesis. Aún tuvo tiempo de legar todos sus bienes a los pobres. Sus restos descansan dentro de un relicario en el monasterio de Deutz por él fundado.

«Fue modelo de todas las virtudes y pastor incansable en el arreglo de su rebaño y de las costumbres publicas del imperio, tan relajadas en aquel siglo Despues de una laboriosa vida consagrada al bien de la religion y de la Humanidad, murio en Colonia»
(J Croisset)

En la actualidad es invocado para pedir la lluvia, ya que en la biografía del santo, escrita por su mayordomo, se recuerda como muy popular un milagro referido a la lluvia.

Durante una gran sequía que asolaba la región, organizó una procesión penitencial desde la iglesia de San Severino hasta la de San Pantaleón. Heriberto convocó al pueblo y les exhortó fervorosamente para que oraran e hicieran penitencia. El pue-

blo congregado en la iglesia de San Severino escuchaba conmovido. Algunos incluso estaban viendo una paloma blanca volando cerca de su cabeza. Al terminar el sermón el arzobispo bajó y se arrodilló al frente de su pueblo humillándose casi hasta tocar la tierra. Así pasó un espacio largo de tiempo con su pueblo expectante alrededor. Un ruido llegado desde la calle le hizo levantarse entre los sollozos y murmullos de su pueblo. Llovía a raudales en el campo y en la ciudad. La cosecha se había salvado. Desde entonces Heriberto es invocado para pedir la lluvia.

JOSE SENDIN BLAZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J, SJ, *Año cristiano Marzo* (Barcelona 1862) 271-272

Diccionario Espasa Tomo letra H, p 1 178

HAARLANDER, S, «Heriberto», en C LEONARDI-A RICCARDI G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 1019-1020

LLANOS, J M^a DL, *El desfile de los Santos* (Madrid 1956) 250 253

MARTINEZ PUCHE, J A, «San Heriberto de Colonia», en J A MARTINEZ PUCHE (dir), *Nuevo año cristiano Marzo* (Madrid 2001) 197 199

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTA EUSEBLA DE HAMAY

Abadesa († 680)

Nace hacia el año 655, es hija de Santa Rictrudis y de su esposo Aldabaldo. Muerto el padre, Rictrudis decide hacerse monja en Marchiennes-sur-la-Scarpe y se lleva consigo a su hija. Pero la abadesa Gertrudis, pariente suya, reclama a la jovencita que es enviada al monasterio de Hamay-sur-la-Scarpe, donde es iniciada en la observancia regular de las monjas.

Muerta Gertrudis y no obstante su poca edad, Eusebia es elegida abadesa. Su madre insiste en reclamarla, pero Eusebia sentía el atractivo de Hamay y pese a los castigos de su madre huía nuevamente a su querido monasterio, en el que por fin la madre accedió a que se quedara. Ella rige santamente la comunidad hasta su temprana muerte el 16 de marzo de 680, como parece, no sin haber exhortado a las monjas a vivir en unidad y caridad fraterna.

BEATO JUAN SORDI

Obispo y mártir († 1181)

Nació en Cremona en el seno de una noble familia. Muerto su padre, volvió a contraer matrimonio la madre con Adán Cacciafronte, y por ello Juan fue también conocido con ese apellido ya que el padrastro lo adoptó y lo quiso como un hijo.

A los 16 años decidió su vocación monástica, ingresando en San Lorenzo de Cremona donde profesó la regla benedictina. Acreditado como monje por sus virtudes, fue primero prior del convento filial de San Víctor y luego abad de San Lorenzo. Al ser contestada la elección de Alejandro III por el emperador con la promoción de un antipapa, Víctor IV, el abad de San Lorenzo trabajó para que la ciudad desoyese las voces de sirena del emperador y se mantuviese fiel al legítimo pontífice. Esto trajo consigo que el emperador lo desterrase. Acogido por el papa, éste le encargó el gobierno de la diócesis de Mantua, tras la deposición de su obispo, y cuando se hizo la paz entre el papa y el emperador, volvió el depuesto a Mantua y el papa nombró a Juan como obispo de Vicenza.

Juan gobernó su diócesis con sabiduría y fortaleza, y ello le valió la muerte, pues un cierto Pedro, excomulgado por él, acechó su paso y lo asesinó el 16 de marzo de 1181. Enseguida fue tenido por santo y comenzó el pueblo a darle culto que fue confirmado el 30 de marzo de 1834.

BEATOS JUAN AMIAS Y ROBERTO DALBY

Presbíteros y mártires († 1589)

Juan Amias era natural de York y había estado casado. Cuando enviudo se decidió por el sacerdocio y marchó a Reims en cuyo colegio hizo los estudios y se ordenó sacerdote el 25 de marzo de 1581, volviendo después a Inglaterra donde pudo ejercer su ministerio a lo largo de siete años hasta su arresto.

Por su parte, Roberto Dalby había sido ministro protestante y, convertido al catolicismo, marchó igualmente al colegio inglés de Reims donde recibió la ordenación sacerdotal y volvió a

Inglaterra en 1588. Pero no hizo más que desembarcar en Scarborough cuando fue arrestado y encarcelado.

Ambos mártires fueron juzgados juntos y condenados por traidores al haberse probado el crimen de ser sacerdotes católicos. Su ejecución tuvo lugar el 16 de marzo de 1589 a una milla de distancia de York. Llegaron ambos mártires y se pusieron de rodillas para orar. El sheriff llamó a Amias, que se levantó serenamente y besó el patíbulo, y comenzó a decirles a los presentes que su muerte no se debía a traición sino a religión, pero fue interrumpido. Entonces hizo una oración encomendando su alma a Dios y otorgando perdón a los responsables de su muerte. Seguidamente fue ejecutado. Su compañero estuvo mientras tanto en oración y una vez llamado se entregó mansamente a la acción del verdugo. Ambos fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929

SAN JUAN DE BREBEUF

Presbitero y martir († 1649)

Nació en Condé-sur-Vire, Normandía, el 25 de marzo de 1593. Ya con algunos estudios ingresó en la Compañía de Jesús en 1617. Deseaba ser hermano coadjutor pero los superiores lo destinaron al sacerdocio. Una vez ordenado, fue enviado a la misión de Quebec y empezó su apostolado entre los hurones en la aldea de Toanché y pudo comprobar cuán difícil era la conversión de aquellos hombres a la fe del evangelio.

En 1628 volvía a Quebec llamado por la obediencia y tras la capitulación de los franceses al mando de Champlain vuelve a Francia. Pero la paz de Saint-Germain de 1633 le permite volver con los hurones. Su trabajo halló muchas dificultades, su vida llegó a estar en peligro, pero la misión de Ossossane, fundada por el P. Brebeuf, florecía en conversiones y, ello no obstante, el misionero sólo deseaba ser sustituido como director de la misma, lo que consiguió en 1638, quedando él bajo la obediencia del nuevo superior. Tras romperse una clavícula marcha a Quebec para reponerse y con el encargo de procurador de la misión. Vuelve a ella en 1644, pero al poco tiempo es puesto al frente de la Misión de San Ignacio, que comprendía, además, la

aldea de San Luis. Aquí se encontraba con el P. Lalemant cuando fue hecho preso de los iroqueses que le infligieron una muerte dolorosísima. Le arrancaron las uñas, le clavaron leznas ardientes, le pasaron ascuas por las partes más sensibles del cuerpo, le cortaban trozos de carne que se comían ante su vista, le desollaron el cráneo y le cortaron los pies. Un hurón renegado le echó agua hirviendo sobre la cabeza en remedo del bautismo y otro, por fin, le hundió en la cabeza un hacha. Durante el martirio el sacerdote perdonaba a sus verdugos, y con esta oración murió. Era el 16 de marzo de 1649. Fue canonizado el 29 de junio de 1930.

De los mártires del Canadá hay una biografía extensa el 19 de octubre.

17 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Down (Irlanda), San Patricio († 461), obispo, evangelizador de esa nación **.

2 En Alejandria la conmemoracion de los martires que en tiempos de Teodosio fueron asesinados por los adoradores de Serapis († 392)

3 En Chalons-sur-Saone, San Agricola († 580), obispo *

4 En Nivelles, Santa Gertrudis († 659), abadesa *

5 En Chipre, San Pablo († 770), monje, martir por la defensa de las sagradas imagenes

6 En Molfetta (Apulia), Beato Conrado († 1154), ermitaño

7. En Olomuc (Moravia), San Juan Sarkander († 1620), parroco de Holleschau y martir **

8 Entre los hurones del Canada, San Gabriel Lalemant († 1649), presbitero de la Compañia de Jesus, martir * Su memoria liturgica se celebra el 19 de octubre con los demas martures del Canada (cf ** 19 de octubre)

SAN PATRICIO, APÓSTOL DE IRLANDA

Obispo († 461)

La labor y la vida del apóstol de Irlanda recuerdan las hazañas y la santidad de los grandes profetas del Antiguo Testamento. La razón no es difícil de encontrar si consideramos las circunstancias históricas que rodean su trabajo en aquella isla. El Imperio romano, al extenderse a Francia y a las Islas Británicas, dio lugar a la penetración del catolicismo en aquellas regiones, pero la fe, que había avanzado con las legiones, tuvo que retirarse juntamente con ellas y el paganismo llegó a dominarlas otra vez mediante la invasión de los bárbaros. La divina Providencia eligió nuevos apóstoles para aquellos países, apóstoles dotados de todos los carismas necesarios para la lucha contra las fuerzas primitivas del mal. Por eso las vidas de aquellos misioneros se llenaban de milagros que nos recuerdan las escenas en Egipto cuando Moisés se enfrentó con los magos de Faraón o cuando Elías retó a los sacerdotes de Baal.

El futuro apóstol de Irlanda nació en 372, pero no se sabe con exactitud el lugar de aquel acontecimiento. Algunos lo ponen en Inglaterra, otros en Francia o Escocia. Sin embargo, sabemos algo de sus padres. Su madre, Concessa, pertenecía a la familia de San Martín, obispo de Tours, mientras su padre, Calfurnio, fue oficial del ejército romano, de buena familia. Ambos fueron cristianos. En el bautismo el niño recibió el nombre de Succat —el nombre de Patricio le fue dado mucho más tarde por el papa Celestino, juntamente con la misión de predicar el Evangelio en Irlanda—. De todas maneras, nosotros le llamaremos Patricio desde ahora para evitar confusiones.

En el año 388, cuando tenía dieciséis años, unos piratas le hicieron prisionero, llevándole a Irlanda, donde fue vendido como esclavo a Milcho, jefe de Dalraida, en el norte de la isla. Según sus *Confesiones*, que escribió más tarde, pasó la vida de esclavitud cuidando de las ovejas de su amo. La divina Providencia utilizó esta etapa de su vida para prepararle para su futura misión, porque, en el silencio de las montañas, Patricio se dedicó a la oración muchas veces de día y de noche, de tal manera

que podemos afirmar sin reparo que este período de su esclavitud llegó a ser también el principio de su santidad.

Un día, durante sus oraciones, Dios le mandó un ángel para consolarle en su miseria y para revelarle la futura gloria de Irlanda. Al mismo tiempo, el ángel le mandó escapar de su dueño y dirigirse a un puerto lejano donde encontraría un barco que le llevaría a la libertad. Patricio obedeció este mandato divino y, efectivamente, al llegar a su destino al sur de la isla, encontró el barco tal como le había dicho el ángel, pero el capitán negóse a ayudarle en su propósito de escapar. Sin perder sus esperanzas, Patricio se puso a rezar y, de repente, el capitán cambió de parecer, le mandó subir al barco y le llevó a Francia.

Una vez conseguida la libertad, Patricio se refugió con su pariente, San Martín, quien le recibió en un monasterio cerca de Marmoutier. Allí el obispo había construido pequeñas casas para algunos de sus monjes, mientras otros vivían en cuevas cercanas. En estas condiciones de vida ermitaña el joven pasó casi treinta años en preparación para su misión de apóstol. Los monjes vivían separados, reuniéndose solamente para rezar en común dos o tres veces al día según la costumbre de los monasterios orientales. En este ambiente de tranquilidad Patricio empezó el estudio de las Sagradas Escrituras, empapándose cada día más en la doctrina evangélica. Aquí también recibió otra visita angélica en la cual Dios le dio el mandato de convertir a la verdadera religión al pueblo de Irlanda. Al mismo tiempo oyó la voz de un irlandés llamándole para que volviese como misionero al país de su esclavitud.

Cuando murió San Martín, otro santo, Germán de Auxerre, tomó a Patricio bajo su protección de tal manera que se puede decir que, bajo la tutela de él, Patricio empezó la verdadera preparación para su misión. Primero se hizo monje, luego sacerdote y después se fue a la isla de Lerins, aislado del mundo, donde continuó su vida de eremita. Atraídos por la fama de su santidad, muchos otros monjes quisieron reunirse con él, y muy pronto Lerins llegó a ser uno de los más famosos monasterios del mundo. Sin embargo, Patricio se dio cuenta de su obligación de prepararse cada día más para la misión que Dios le había

confiado; por lo tanto se marchó a Roma para continuar sus estudios en el Colegio de Letrán.

San Germán le llevó consigo a Inglaterra para ayudarle en su labor de apostolado, pero, después de unos años, Patricio volvió a Roma y recibió del papa Celestino la comisión de ayudar a Paludio en su misión de convertir a Irlanda. Saltó con verdadera alegría, pero, antes de marcharse de Italia, recibió las noticias de la muerte de Paludio y otra vez fue a ver al Papa, quien le mandó recibir la consagración como obispo, juntamente con los poderes necesarios para su misión. Le consagró Máximo de Turín en Eboria, la moderna Ivrea, en el año 432, en la presencia del papa Celestino, quien le dio el nombre de Patricio. El nuevo apóstol de Irlanda salió para empezar su apostolado cuando tenía sesenta años.

Unos meses más tarde llegó a Irlanda, y como la gente del pueblo de Bray no quisiera recibirle ni oírle, se marchó otra vez al condado de Meath. Allí convirtió a su primer irlandés, bautizándole con el nombre de Benigno. Este joven llegó a ser el sucesor de Patricio en el arzobispado de Armagh. Después de predicar unos meses en Meath, pasó al condado de Down, más al norte, y fue entonces cuando empezó aquella serie de milagros que nos recuerdan las escenas más famosas del Antiguo Testamento.

El jefe de una tribu de Down, un tal Dichu, quiso asesinar a Patricio, pero, en el momento de clavarle su espada, el santo le paralizó el brazo derecho, convirtiéndole luego a la fe con muchos de sus súbditos. De Down viajó otra vez hacia el norte, llegando al territorio de su antiguo dueño, Milcho, quien le había tenido como esclavo, mas éste, en vez de recibirle, se mató, después de haber prendido fuego a todas sus posesiones. Pero sus hijos se convirtieron con mucha gente de la región. Era ya Pascua de Resurrección del año 433. Patricio había estado en Irlanda solamente un año; sin embargo, el éxito de su misión estaba casi seguro. Pero ahora iba a enfrentarse con la prueba más dura de todas.

Todos los años, en aquellas fechas, los sacerdotes druidas tenían la costumbre de reunirse en Tara con el rey Laeghaire para la ceremonia del fuego sagrado. En este acto Patricio vio la

oportunidad para enfrentarse de una vez con aquellos sacerdotes paganos que tenían en esclavitud el alma del pueblo entero. Para ello, cuando estaban reunidos todos para encender el fuego sagrado, apareció Patricio con sus sacerdotes en una montaña de Tara, al otro lado del valle, y allí encendió el fuego del Sábado de Gloria. Nada más ver aquellas llamas, los sacerdotes acudieron presurosos al rey Laeghaire para decirle que, si aquel fuego sacrílego no era apagado enseguida, sería imposible apagarle ya nunca.

A pesar del mandato real y de todos sus esfuerzos los paganos no consiguieron apagar el fuego que había encendido el santo, ni tampoco matar a Patricio, quien, al día siguiente, fue a entrevistarse con el rey, rodeado de sus sacerdotes. Los druidas hicieron todo lo posible para vencer al apóstol mediante sus artes mágicas, pero no contaron con el poder milagroso de Patricio. Delante de todos cubrieron el cielo con una nube que convirtió el día en noche, pero no pudieron disiparla cuando les retó Patricio, quien, con una oración, hizo salir el sol. El jefe de los sacerdotes se hizo levantar en el aire por magia, pero después de otra oración de Patricio, fue lanzado contra las rocas, con tal fuerza, que murió en el acto. Así, en un ambiente que recuerda las famosas hazañas de los profetas del Antiguo Testamento, el cristianismo triunfó en Irlanda. El rey Laeghaire dio al santo permiso para predicar con toda libertad en la isla y muy pronto se verificó la profecía de los druidas, porque Patricio encendió el fuego de la fe entre los habitantes de Irlanda, de tal manera, que no ha sido nunca apagado desde entonces. Poco a poco consolidó la victoria ganada en Tara. En 444 construyó la iglesia de Armagh y desde allí viajaba constantemente por todas las provincias, construyendo iglesias, consagrand o obispos y fundando monasterios. Según una tradición bien fundada, cuando murió había consagrado a 350 obispos y ordenado a más de 2.000 sacerdotes.

Sin embargo, como sabemos por su libro *Confesión*, escrito por el mismo Patricio, el éxito de su misión no se consiguió sin mucho trabajo y sin pasar por muchos peligros. Una docena de veces fue hecho prisionero por los secuaces de los sacerdotes druidas, escapando por milagro; otras veces trataron de matarle

y en una ocasión se salvó por el coraje de un sacerdote fiel, quien, sabiendo el peligro, ocupó el lugar de Patricio, sacrificando así su propia vida para salvar la del santo. Peor todavía fueron las luchas con el demonio, quien hizo todo lo posible para mortificarle e impedir su labor. El santo tenía la costumbre de retirarse del mundo a veces para rezar y meditar. En una ocasión se retiró durante cuarenta días, como Moisés, en una montaña que se llama hoy día Croagh Patrick en su honor. Esta vez la razón de su ayuno y oración fue conseguir de Dios ciertos beneficios para el pueblo irlandés. Los demonios le atacaron con más furia que nunca, sabiendo algo de sus propósitos. Después de una lucha feroz, el santo les venció y, según la tradición, dejaron al país y sus habitantes en paz durante siete años.

Pero ahora, como Jacob, tuvo que luchar con Dios mismo para conseguir lo que quería. Continuó ayunando y rezando hasta que, por fin, el ángel se le apareció para decirle que Dios le había concedido lo que pedía. Según la tradición, los favores especiales obtenidos por el santo en aquella ocasión fueron los siguientes: muchas almas se librarían del purgatorio mediante su intercesión, el que, en espíritu de verdadera penitencia y arrepentimiento, rezase su himno antes de morir, conseguiría la bienaventuranza eterna, los bárbaros no vencerían nunca su iglesia; siete años antes del fin del mundo, el mar cubriría la isla para salvar a sus habitantes de las tentaciones y males del anticristo; San Patricio mismo tendría el privilegio de juzgar, juntamente con Cristo, a todos los irlandeses en el juicio final.

Su vida estaba llegando ya a su fin. Una vez afirmada la posición de la Iglesia en Irlanda, el santo empezó a prepararse para la muerte, habiendo recibido de Dios una revelación diciéndole el día y la hora en que iba a salir de este mundo para recibir el premio de sus trabajos. San Tassack le dio los últimos sacramentos, y el día 17 de marzo del año 461 murió en la ciudad de Saul, siendo enterrado en el sitio donde hoy día está la catedral de Down.

Ahora vamos a examinar su apostolado, para ver cómo consiguió en tan poco tiempo la conversión de toda la isla de Irlanda y de una manera tan duradera. Dejando aparte la divina Providencia, fuente de todo éxito sobrenatural, el se-

creto de su triunfo está en el hecho de que encontramos en la labor de San Patricio un modelo del verdadero espíritu misionero.

En primer lugar, nunca estuvo contento con dejar el trabajo a sus subordinados, sino lo hizo, cuando pudo, personalmente. En todas las regiones de la isla se puso en contacto primero con los jefes de las tribus, haciendo todo lo posible para convertirlos a la fe, o por lo menos, conseguir su amistad y permiso para predicar en el territorio de ellos. La ventaja de este procedimiento se ve claramente, porque así consiguió reducir al mínimo la oposición oficial a su labor. Pero la conversión de los reyes o jefes de tribu siempre tuvo como objeto principal llegar con más facilidad al pueblo. De la misma manera, en vez de acudir a sacerdotes extranjeros para ayudarle en su trabajo, dio la sagrada ordenación a indígenas. Entre estos sacerdotes muchos fueron hijos de los jefes de tribu y alguno había sido antes sacerdote druida. Patricio fundó colegios especiales para los futuros sacerdotes y nunca ordenó a nadie sin asegurarse primero de su conocimiento de la fe y de su santidad moral. Pero quizá las dos cosas que conducían más que nada al éxito de su misión fueron su manera de predicar la fe y su revisión sabia de las leyes del país.

Predicó de una manera muy sencilla y directa, empleando imágenes y ejemplos tomados de la naturaleza y perfectamente adaptados al espíritu poético de la nación irlandesa. Quizás el más famoso es su empleo de la hoja de trébol para demostrar la Trinidad y la Unidad de Dios. Sus temas predilectos fueron la naturaleza y los atributos de Dios, la divina providencia, la redención y sus frutos, la penitencia por los pecados, las responsabilidades que siguen como consecuencia del bautismo, la necesidad de la oración y, sobre todo quizá, la señal de la cruz. Él mismo hacía la señal de la cruz cien veces cada día y noche. Entre las oraciones que compuso para el uso de su pueblo, la más famosa, sin duda, es la que se llama *La coraza de San Patricio*. Es larga y sencilla. Bajo muchas figuras tomadas de la naturaleza insiste en la presencia de Dios en el mundo, sus atributos, y, sobre todo, su especial providencia, cuidando siempre del cristiano fiel.

Otro elemento de su apostolado que ayudó muchísimo para consolidar la fe en Irlanda fue la sabia reforma de las leyes civiles hecha por el mismo Patricio. Al estudiar la constitución civil y política de la isla, encontró un fondo muy bueno y sabio, mezclado con elementos paganos contra la ley divina o natural. Con mucha paciencia reformó aquella constitución, de tal manera, que dejó intacto lo bueno, cambiando solamente aquella parte que era pagana y falsa. Así la jurisprudencia irlandesa dio lugar al *Sanchus Mor*, el código irlandés de leyes civiles y religiosas. De aquí nació, un poco más tarde, todo el sistema penitencial de los celtas. Quizá este mismo espíritu de adaptación le llevó a determinar, como fecha para Pascua de Resurrección, una fecha distinta de la del resto de Europa, tanto como el uso de la tonsura celta, adoptada por los monjes irlandeses, y, sin duda, de origen druida. También es digno de notar que en Irlanda, bajo el mando de San Patricio, el obispo de la diócesis fue, casi siempre, abad de un monasterio, un hecho que deriva de la constitución civil de las distintas regiones de la isla. Gran parte del éxito del apostolado de San Patricio se debe a esta adaptación del paganismo a la verdadera religión.

Los escritos del santo, especialmente su *Confesión* y la *Epístola ad Coracticum*, nos permiten ver con bastante claridad el carácter y la personalidad del apostol de Irlanda. Un hombre sencillo, con gran espíritu de humildad y de pobreza, demuestra al mismo tiempo un celo en su apostolado y una fortaleza que recuerdan los apóstoles de Jesús y los profetas del Antiguo Testamento. Cuando no está ocupado con el apostolado activo, se dedica a la oración y a la penitencia. Cariñoso y bondadoso, insistiendo siempre en el perdón del enemigo, se revela al mismo tiempo temible en la represión del mal, especialmente contra los enemigos de la fe. Debido a esta firmeza, el nestorianismo nunca logró penetrar en el catolicismo de Irlanda, pero sí el pelagianismo, quizá por razón del origen celta de su autor. La prueba de la eficacia de su labor y apostolado se encuentra en el hecho de que el catolicismo de la nación irlandesa sigue siendo, aún hoy día, una de las estrellas más brillantes en la corona de la Iglesia de Dios.

- Sobre el nos informan, ante todo, su *Confesion* (cf *Analecta Bollandiana* 26 [1907] 340s), y algunos otros escritos suyos y diversas *Vidas* o *Relaciones* medievales
- BUTLER, L., *Life and legend of St Patrick* (Dublin 1949)
- (ed), *Works of St Patrick* (Westminster, MD 1953)
- BURY, J. B., *The Life of St Patrick and his place in history* (Londres 1905)
- MORRIS, W. B., *Life of St Patrick, the apostle of Ireland* (Londres 1898)
- MULLER, K., *Der heilige Patrick* (1931)
- RIGUET, *Saint Patrice* (Paris 1911)
- RYAN, J., *Irish Monasticism* (Londres 1931) 59s
- Actualización
- OSBORNE MCKNIGHT, J., *Una leyenda celta historia de San Patricio de Irlanda* (Barcelona 2001)

SAN JUAN SARKANDER

Parroco y mártir († 1620)

En Olomuc y al aire libre, bajo una lluvia torrencial, era canonizado el 21 de mayo de 1995, en presencia de medio millón de personas, el sacerdote Juan Sarkander. En la cárcel de aquella ciudad morava, actual República Checa, había muerto el 17 de marzo de 1620 este mártir, a quien Juan Pablo II calificó en su homilía como un orgullo para los moravos, un protector «en las horas más penosas» de su historia que brilla «con luz excepcional» cuando lo encarcelan y recibe la gracia del martirio. Y añadió, además, este otro significativo juicio: «En una época de turbulencias, él se reveló como señal de la presencia de Dios, de su fidelidad en medio de las contradicciones de la historia».

El Papa Wojtyla visitaba una geografía particularmente amada, un territorio muy sensible en la historia religiosa de Europa central. Había hecho el viaje a la República Checa con la finalidad principal de canonizar a este mártir del siglo XVII, una víctima de las guerras de religión. Evidentemente esta decisión no fue del agrado de amplios sectores de la Iglesia luterana, que la criticaron con dureza. Pero el Papa rodeó el momento de nuevo sentido y le dio una significación superadora de aquellas turbulencias. De hecho, publicaba pocos días después su encíclica *Ut unum sint* y en la ceremonia de canonización de Juan Sarkander —junto con Zdislava de Lemberk, esposa y madre de cuatro hijos— ensalzaba los méritos de este «sacerdote sencillo y gene-

roso» que al final de su vida ofreció «un raro ejemplo de paciencia y de constancia».

Quiso también el Papa explicar el alcance de aquel solemne acto.

«Acaso —dijo— hoy mas que nunca, despues del Concilio Vaticano II y en los umbrales del tercer milenio cristiano, nos es permitido comprender la misteriosa consigna de Juan Sarkander para la Iglesia en Europa y en el mundo», y aclaro despues «esta canonizacion no debe, en modo alguno, abrir de nuevo las dolorosas heridas que en el pasado han marcado en estas tierras el Cuerpo de Cristo»

Fue en este preciso momento cuando Juan Pablo II pidió con solemnidad y humildad perdón, un histórico perdón que encontraba en aquel lugar y ceremonia una verdadera proyección ecuménica. Dijo:

«Hoy yo, el Papa de la Iglesia de Roma, en nombre de todos los catolicos, pido perdon por los daños infligidos a los no catolicos a lo largo de la historia turbulenta de estas gentes, y, al mismo tiempo, garantizo el perdon de la Iglesia catolica por el daño que han padecido sus hijos. Ojala que este día pueda marcar un nuevo comienzo en el esfuerzo comun de seguir a Cristo, su Evangelio, su ley de amor, su anhelo supremo por la unidad de los creyentes en el *Que todos sean uno* (Jn 17,21)»

Es decir, que la proclamación de santidad del sacerdote y mártir Juan Sarkander llegaba no sólo reconociendo su inquebrantable firmeza, su fiel entrega al deber hasta la muerte, sino también pidiendo perdón y otorgándolo, pues en la biografía de este santo, torturado a muerte por los mandatarios protestantes de Olomuc, se entreven las turbulencias de la epoca, el torturado mapa que vivía Europa al comenzar la Guerra de los Treinta Años.

Nació Juan Sarkander el 20 de diciembre de 1576 en Skoczów (Silesia), que entonces formaba parte del reino de Bohemia y hoy es territorio de Polonia. Fueron sus padres Gregorio Matías Sarkander, bohemio, y Elena Górecka, polaca, casada en segundas nupcias. Era Juan un chico de trece años cuando murió su padre y se trasladó con su madre y hermanos a Pribor en Moravia, donde estaba de cura un hijo de Elena, nacido de su primer matrimonio. Allí frecuentó Juan la escuela parroquial e

hizo los estudios primarios; en 1593 ingresó en el colegio de los jesuitas de Olomuc —que tuvo que cerrar a causa de la peste— de tal manera que en 1599 continuó con los estudios en el colegio de Praga. En esta misma ciudad hizo el bachillerato y obtuvo el título de *magister* en filosofía en 1602. Se matricula después en la facultad de teología de Graz, pero la abandona en 1604 para buscar una colocación civil. Cuando se disponía a casarse en 1606 con una joven luterana llamada Ana Platska, se le murió la novia. Esta experiencia quebró tanto su ánimo y le produjo tal trauma que orientó de nuevo su vida al estudio de la teología y al sacerdocio.

Recibe Juan Sarkander la ordenación sacerdotal el 22 de marzo de 1609, en la ciudad de Brno, a los 33 años de edad, y desempeña sucesivamente la cura de almas en varias parroquias de la diócesis de Olomuc. Se estrenó en Jaktar ayudando a su hermano Nicolás, que era el párroco, y poco después desempeñó las funciones de coadjutor en Unicov. Ya en este medio tiempo conoció los sinsabores de la prisión, pues corrió idéntica suerte que su hermano, arrestado por sospechoso contra el imperio. Pero Juan salió absuelto de aquel trance al no encontrarse pruebas contra él, sino sólo suspicacias propias de una situación tan conflictiva.

Superado este problema, recibió en 1611 el nombramiento de párroco de Charvaty, una pequeña población aldeaña a Olomuc, aunque tampoco allí duró más de un año, pues se opuso, contra la opinión de su feligresía, a que se cantaran los himnos en lengua vernácula. Los parroquianos presentaron sus quejas al cardenal Dietrichstein, quien se mostró comprensivo con las exigencias del pueblo, motivo por el cual Juan Sarkander se tuvo que ir de la parroquia. En 1612 fue trasladado a Zdounky donde permaneció tres años dando muestras de una actividad y un celo apostólico tan reconocido que el obispo acaba encomendándole la feligresía de Boskovice, una ciudad de mayor población y donde le esperaban nuevas y más arduas responsabilidades, pues allí existía una floreciente comunidad protestante de hermanos moravos. Su última parroquia fue Holesov, una pequeña ciudad situada en Moravia del sur, para la que fue nombrado el 15 de mayo de 1616. Allí tenía su sede Ladislav

Popel de Lobkovic, lugarteniente de Moravia, de quien el nuevo párroco iba a ser consejero y confesor.

Las tareas pastorales emprendidas en su parroquia de Holesov tratando de renovar la vida católica no fueron nada fáciles, más bien lo contrario, sobre todo en la cresta de aquella hoguera, de aquella bronca situación en la que ya había prendido la guerra religiosa. Poco faltaba para la llamada Guerra de los Treinta Años. Las muchas dificultades que encontraba el párroco Sarkander se acrecentaron y complicaron tras la insurrección de los nobles de Bohemia —en su mayoría protestantes— contra el imperio de Austria.

Lógicamente, en esta tesitura, cayó en desgracia el lugarteniente moravo Lobkovic, que acabó siendo degradado, destituido del cargo y recluido en prisión. Supo Juan Sarkander, y entendió, que no venían buenos tiempos, y tomó precauciones por lo que pudiera ocurrir. Eligió una solución reflexiva y devota. Bien podía emprender una peregrinación al santuario de Jasna Góra, en Czestochowa, que era un modo de esperar a que pasara la racha, y al mismo tiempo buena ocasión para armarse espiritualmente ante la dificultad que al parecer se avecinaba. En efecto, acudió en julio de 1619 al santuario mariano y se quedó en las cercanías de Raciborz, en territorio de Polonia, hasta el mes de noviembre del mismo año. Cinco meses de ausencia que se cortaron al recibir una carta de Lobkovic, ya liberado, con la que trataba de convencerle para que volviese a la parroquia. Y lo consigue, de tal manera que dentro del mismo mes de noviembre ya está de nuevo el párroco en Holesov.

Al sacerdote Juan Sarkander no le dio ningún buen resultado su estadía polaca, pues fue interpretada por sus enemigos como un viaje de calculada conspiración. Los hechos históricos nos cuentan que, en febrero de 1620, el rey Segismundo III de Polonia entró con la caballería cosaca en territorio de Moravia para apoyar al emperador austríaco Fernando III contra la rebelde aristocracia protestante de Bohemia. Y ocurrió que los soldados cosacos no atacaron ni saquearon Holesov, se dice que porque Sarkander organizó una solemne procesión eucarística con sus parroquianos, se puso al frente de ellos y salió al encuentro de las tropas para dificultarles el paso. Este gesto hizo

desistir a los soldados polacos, aunque no faltan críticos que lo toman por leyenda.

Sea como fuere, el respeto de los soldados por la ciudad de Holesov era un argumento más que avalaba la sospecha de los nobles moravos contra Sarkander: que lo tenían por conspirador con los polacos, y lo tachaban de espía del rey Segismundo III. Una vez que las tropas se alejaron del territorio, el nuevo juez supremo de Moravia, protestante, Wenceslao Bitoosky, dio orden de detener a todos los sacerdotes, pero Sarkander, que trató de ocultarse en el castillo de Tovacov, en su errática huida por los bosques cercanos fue localizado el 12 de febrero de 1620, detenido y encerrado después en la cárcel de Olomuc. La acusación lo llamaba traidor a la patria y causante de la intervención de las tropas polacas. Este carácter político de la acusación sólo era un pretexto, porque en realidad el desarrollo de todo el proceso y el trato dado al sacerdote Sarkander durante los interrogatorios tenían su causa en actitudes de persecución religiosa.

Durante seis días, del 13 al 18 de febrero de 1620, el párroco de Holesov, Juan Sarkander, fue acosado por cuatro largos, intensos y dramáticos interrogatorios, en los que no faltaron las torturas. La fundamental acusación que le hicieron durante el proceso fue que, siendo confesor de Lobkovic, había conocido los planes de invasión militar del ejército polaco sobre Moravia mediante la confesión. Le bastó a Sarkander oír esta insidia para responder con absoluta convicción que ninguno de esos planes ni nada parecido le había sido confiado en el sacramento de la confesión. Y añadió con admirable contundencia que, aun en el caso de que hubiese sabido cualquier cosa por confesión, nunca la revelaría aunque le amenazasen con cortarlo a trozos.

Y el sacerdote, acusado de traicionar a la patria y al pueblo, defendía su inocencia; pero después, cuando lo torturaban, daba muestras de admirable silencio. Durante los angustiosos interrogatorios lo sometieron a tormentos físicos de extraordinaria crueldad, entre ellos el potro, antorchas encendidas contra su cuerpo, así como también dándole una bebida repugnante. Fue tan intenso el deterioro físico que lo abandonaron maltrecho e inconsciente en una celda de la prisión de Olomuc. Uno

de los jueces dejó escrito, como testimonio, que «al fin de la tortura, sus venas estaban todas cortadas y sus costados abrasados por el fuego, de suerte que se le veían sus entrañas entre las costillas».

En aquellas condiciones de humedad y de oscuridad esperaba la muerte, que no tardaría en llegar, y para la que se preparaba entre grandes sufrimientos, que él aceptaba «con alegría inefable» como dijeron los fieles que lo acompañaron y consolaron en sus últimos días.

Pese a los terribles dolores que sufría, el sacerdote Sarkan-der mantuvo hasta el fin de sus días una fidelidad a toda prueba a sus deberes sacerdotales. Cuentan las actas del proceso que nunca abandonó el rezo del breviario, pero como no se podía valer por sí mismo para pasar las páginas, pedía ayuda a los presentes para que se las pasaran. Y cuando estaba solo y nadie le podía auxiliar, acercaba el libro a su boca con gran esfuerzo y él mismo pasaba las páginas con la lengua.

Tras un mes de sufrimientos, como consecuencia de los suplicios recibidos durante los interrogatorios, Juan Sarkan-der murió en la cárcel de Olomuc el 17 de marzo de 1620, a los 44 años de edad.

La noticia de su muerte se difundió con rapidez por toda Moravia, Silesia y las demás regiones del antiguo imperio austriaco, y enseguida despertó una veneración nunca eclipsada entre la comunidad católica, siempre considerado mártir de la fe, de la fidelidad al servicio ministerial y particularmente al secreto del sacramento de la confesión. Muy pronto se habló de milagros debidos a su intercesión y no tardó en pensarse en su proceso de beatificación, que fue introducido en 1715, pero circunstancias históricas poco favorables alargaron su conclusión. El papa Pío IX lo proclamó beato en una solemne ceremonia celebrada en la basílica de San Pedro de Roma el 6 de mayo de 1860. Nuevas dificultades históricas, como las dos guerras mundiales, la ocupación nazi y la persecución comunista, impidieron la continuidad del proceso de canonización hasta que en julio de 1981 fue reemprendido. La curación de un sacerdote que padecía una «pancreatitis aguda hemorrágica» fue el milagro aprobado por la Causa de los santos en 1993 y el que abrió

las puertas de la canonización, celebrada en la República Checa, en la ciudad de Olomuc, donde Juan Sarkander recibió la gracia del martirio.

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 89 (1997) p 81ss

L'Osservatore Romano (18 5 1995) Suplemento especial, 15 18

L'Osservatore Romano (22/23 5 1995) 8-9, 12 13

L'Osservatore Romano (ed en español) (9-6 1995) 10, 13 14

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AGRÍCOLA

Obispo († 580)

Nació el año 498 de una familia senatorial y recibe una esmerada educación. Fue elegido obispo de Chalons-sur Saone el 532 y durante medio siglo presidió ejemplarmente esta diócesis.

Llevaba un género de vida muy austero y era muy celoso de la continua transmisión del evangelio, predicando con unción y celo. Puso interés en dotar a la comunidad cristiana de los edificios religiosos oportunos para el cuidado pastoral de los fieles. San Gregorio de Tours elogia sus cualidades y su actividad. Participó en varios concilios de Orleáns y en los de Clermont, París y Lyon. En 579 hubo un concilio en su propia ciudad episcopal. Murió el 17 de marzo de 580.

SANTA GERTRUDIS DE NIVELLES

Abadesa († 659)

Nació hacia el 626, hija de Pipino de Landen, mayordomo de palacio de la corte de Austrasia, y de Ida, su esposa, tan llena de sentimientos religiosos como él, y fue aquella una familia de santos. Educada con esmero, la joven respondió que deseaba consagrarse a Cristo cuando le fue ofrecido un ventajoso matrimonio.

Cuando murió su padre, Gertrudis siguió a su madre a la vida religiosa e ingresó en el monasterio de Nivelles, fundado por aquélla. A los siete años su madre le dio el cargo de abadesa y muy pronto se granjeó la estima de la comunidad por su prudencia y habilidad en la conducción del monasterio pero también por su insigne caridad con los pobres y peregrinos. Acogió a los santos Filán y Ultano, echados de su monasterio por el rey de Mercia. Ellos fundan un monasterio bajo la protección de Ida y Gertrudis y fueron sus consejeros. Perseveró en la conducción del monasterio hasta que le falló la salud y entonces puso de abadesa a una sobrina suya. Llena de méritos murió el 17 de marzo de 659. Su culto ha sido muy popular.

SAN GABRIEL LALEMANT

Presbítero y mártir († 1649)

Nace en París en 1610. En su juventud decide su vocación religiosa ingresando en la Compañía de Jesús, a la que ya pertenecían varios familiares suyos. Profesó en 1632 y se ofreció para las misiones de Nueva Francia. Ordenado sacerdote, fue destinado primero al colegio de La Flèche, luego al de Moulins y más tarde al de Bourges.

Enviado después, en 1646, a Nueva Francia, su deseo de trabajar entre los hurones no se vio colmado de momento. Por fin, en agosto de 1648 fue asignado como auxiliar al P. Brebeuf, el superior de la misión. Su trabajo fue breve pero su celo y su virtud admiraron a todos. Estaba en la aldea de San Luis con dicho padre cuando asaltaron los indios la misión y los apresaron, dándoles a ambos un terrible martirio. Les arrancaron las uñas, hundieron en sus carnes leznas candentes, pasaron ascuas por las partes más sensibles de su cuerpo... Murió el P. Brebeuf el 16 de marzo y los indios siguieron atormentando al P. Lalemant que no expiró hasta la mañana siguiente, el 17 de marzo de 1649. Fue canonizado el 29 de junio de 1930.

De los mártires del Canadá hay una biografía extensa el 19 de octubre.

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Jerusalén, San Cirilo († 386), obispo y doctor de la Iglesia **
- 2 En Cesarea (Palestina), la conmemoración de San Alejandro († 250), obispo de Jerusalén y mártir *
- 3 En Luca (Toscana), San Frigidiano († 588), obispo
- 4 En Tours (Francia), San Leobardo († 593), recluso
- 5 En Zaragoza (España), San Braulio († 651), obispo **
- 6 En Wareham (Inglaterra), San Eduardo († 978), rey y mártir *
- 7 En Mantua (Lombardia), San Anselmo († 1086), obispo de Luca **
- 8 En Cagliari (Cerdeña), San Salvador de Horta († 1567), religioso de la Orden de Menores **
- 9 En Lancaster (Inglaterra), Beatos Juan Thules, presbítero, y Rogero Wrenno († 1616), mártires bajo Jacobo I *
- 10 En Saint-Sauveur-le-Vicomte (Normandía), Beata Marta Le Bou-teller († 1883), virgen, de la Congregación de Hermanas de las Escuelas Cristianas de la Misericordia *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN CIRILO DE JERUSALÉN

Obispo y Doctor de la Iglesia († 386)

A Cirilo de Jerusalén, lo mismo que a otros grandes obispos del siglo IV, le tocó vivir una de las épocas más difíciles de la historia de la Iglesia. Las controversias teológicas sobre la divinidad del Verbo, que exigían, ciertamente, una precisión suma en la formulación de los conceptos que se discutían, habían llegado a ser en aquellos días encarnizadas y poco edificantes. Cirilo, suave por temperamento, las aborrecía; quería permanecer neutral en la lucha, prefería estar alejado del campo de batalla, deseaba instruir más que polemizar, y por eso su figura adquiere el porte de un apóstol y de un obispo pacificador.

Nació en Jerusalén o en sus cercanías, hacia el 313 o 315. Fue uno de aquellos jóvenes ascetas que, sin retirarse al desierto, hacía una vida de santidad y continencia perfecta. Tal vez fuese más verídico afirmar, con un sinaxario griego, que desde

joven se retiró a un monasterio, en donde pasó la juventud consagrado a la ciencia y al conocimiento de la Escritura. Su buena preparación le hacía un candidato seguro al sacerdocio, y por eso, alrededor de sus treinta años San Máximo de Jerusalén le ordenó de presbítero.

En 348 era ya obispo. Sobre su consagración episcopal se cierne una sombra un tanto oscura. San Jerónimo nos dice que Acacio de Cesarea, metropolitano palestinese, en acción común con otros obispos arrianos, habrían ofrecido a Cirilo la sede episcopal jerosolimitana, a condición de que repudiase la ordenación sacerdotal que había recibido de San Máximo. Cirilo, prosigue el Solitario de Belén, habría aceptado y, después de permanecer algún tiempo como simple diácono y haber depuesto los obispos arrianos a Heraclio, nombrado por San Máximo para sucederle, habría recibido cual recompensa la sede de Jerusalén. Rufino de Aquileya parece insinuar lo mismo

Observamos, sin embargo, que Jerónimo, al hablar de San Cirilo, transluce una información deficiente, que le lleva en muchos casos a afirmaciones erróneas; su testimonio, por tanto, es poco aceptable. Ofrece más garantía Teodoreto cuando dice que Cirilo, por su valiente defensa de la doctrina apostólica, mereció ser colocado al frente de la diócesis de Jerusalén a la muerte de San Máximo. Los Padres del Concilio I de Constantinopla (381), en carta al papa Dámaso, además de afirmar que Cirilo fue obispo de Jerusalén y que había sido ordenado canónicamente por los obispos de la provincia eclesiástica, le presentan como un atleta, que había luchado en varias ocasiones contra los arrianos. Hilario de Poitiers fraternizó con él en Seleucia y San Atanasio le trataba como amigo

Los primeros años de su episcopado los pasó Cirilo consagrado a una intensa actividad episcopal. La aparición de una luminosa cruz en el cielo de Jerusalén el 7 de mayo de 351 reforzó la actuación espiritual del obispo y fue un motivo poderoso de entusiasmo y fervor, tanto para él como para sus fieles. Cuando, en 357, Basilio el Grande visitó la iglesia de Jerusalén, nos asegura que estaba muy floreciente y nos informa también de que un gran número de santos le habían acogido y venerado.

De estos primeros años apacibles de su episcopado datan las principales obras de San Cirilo. En la Cuaresma del 348 predicó a los fieles de Jerusalén, de una manera sencilla, sus famosas *Catequesis*. Dieciocho de ellas, dirigidas a los catecúmenos, las tuvo en la Basílica de la Resurrección, erigida por Constantino en el emplazamiento del sepulcro del Señor. En ellas habla del pecado, de la penitencia, del bautismo y les comenta el Símbolo, artículo por artículo. Otras cinco, llamadas mistagógicas, las predicó a los neófitos, en la capilla particular del Santo Sepulcro, durante la semana de Pascua de aquel mismo año. Comenta el santo, en un lenguaje íntimo y mas cordial, las ceremonias del bautismo e instruye a los recién bautizados sobre la confirmación, la Eucaristía y la liturgia. Son verdaderas obras maestras en su género. Por ello le considera la Iglesia como el príncipe de los catequistas.

Después de diez años de paz e intenso apostolado se inicia una vía dolorosa para el santo obispo de Jerusalén. Por la interpretación del canon séptimo del concilio de Nicea, Cirilo se vio envuelto en una controversia, triste por los resultados, con el metropolitano de Cesarea, Acacio. Este canon séptimo reconocía a la sede de Jerusalén un primado de honor que Cirilo justamente reclamaba y que Acacio, antinicensino por convicción, rechazaba de plano. Un conflicto de orden puramente jurisdiccional degeneró en polémica doctrinal. Cirilo veía en Acacio un obispo arriano y Acacio en Cirilo un defensor de las decisiones de Nicea. Durante la discusión el metropolitano de Cesarea citó al obispo de Jerusalén a comparecer en su presencia. Cirilo, con sobrada razón, se negó a ello. Acacio reunió un sínodo en 357 o 358 y lo depuso, según decía él, por contumaz. Cirilo, con pleno derecho, apeló a un concilio superior e imparcial, apelación que fue aceptada por el emperador Constancio, pero antes de llevarse a cabo, Cirilo tuvo que ceder a la fuerza y salir de su diócesis camino del destierro. Las intrigas de Acacio se habían impuesto a los principios de la legalidad.

El obispo de Jerusalén se dirigió a Antioquía, cuya sede estaba vacante por muerte del titular. Prosiguió entonces su viaje hacia Tarso, donde el obispo Silvano le acogió benévolamente y le permitió ejercer las funciones episcopales, singularmente la

predicación. Como Silvano era partidario del grupo arriano de los homeousianos, le puso en relación con los gerifaltes de este partido. Junto a ellos aparece Cirilo en el Concilio de Seleucia del 359 y gracias al apoyo de este grupo y sus enérgicas reclamaciones recobró su silla. Pero al año siguiente (360), Acacio se vengó de él en el sínodo de Constantinopla, teniendo que iniciar Cirilo otro destierro, sin que sepamos ni el lugar ni las circunstancias del mismo.

A finales del 362, Cirilo entró de nuevo en su diócesis. Por esta época Juliano el Apóstata había dado órdenes a los judíos de reconstruir el antiguo templo jerosolimitano. El santo obispo, en medio de su pena, predijo el fracaso de tan impía empresa, como así efectivamente aconteció.

Por los años 365-366 había quedado vacante la sede de Cesarea, por la muerte de Acacio. Cirilo nombro un sucesor en la persona de Filumeno. Desconocemos si por muerte o depuesto por los arrianos, el caso es que la diócesis de Cesarea volvió a quedar sin obispo. Eligió entonces Cirilo para esta sede metropolitana a su sobrino Gelasio, un sacerdote recomendado por su ciencia, por la pureza de la fe y también por su santidad. La elección no fue del agrado de los arrianos, que con sus intrigas le depusieron, y el mismo Cirilo tuvo que salir de su diócesis por tercera vez, camino del nuevo destierro, que duro once años (367-378) y del que nada sabemos.

Con la subida de Graciano al trono del Imperio, Cirilo pudo volver a su iglesia jerosolimitana, a finales del 378. Parece que durante su ausencia se habian dado cita en Jerusalén, con permisión, naturalmente, de los obispos intrusos, todos los errores dogmáticos. El santo encontró a sus fieles excitados y divididos. A esta división había seguido una relajacion grande en las costumbres. En los ocho años que todavía permaneció al frente de su diócesis cumplió con la misión de un gran pastor para devolver a su iglesia el antiguo fervor. La historia nos dice que consiguió unir con la Iglesia católica los macedonianos de Jerusalem y que obtuvo asimismo la sumisión de cuatrocientos monjes partidarios de Paulino de Antioquía. Murió en 386, a la edad de 70 o 72 años, después de unos veintisiete de episcopado y dieciseis de destierro. En 1882 fue declarado Doctor de la Iglesia.

Los dolores físicos de San Cirilo, inherentes a un destierro de dieciséis años, se vieron todavía aumentados con sufrimientos morales. Ya en sus días se polemizó en torno a su ortodoxia. Por sus relaciones con el partido arriano de los homeousianos se le ha considerado arrianizante por lo menos. Por otra parte, San Cirilo, en sus escritos, no habla ni una sola vez de Arrio ni de los arrianos, no usa nunca la palabra *omousios* ni otros términos que se prestaban a discusión.

Estos hechos ciertos han sido maliciados por los adversarios del santo obispo. Lo que era en San Cirilo un acto de prudencia lo convirtieron sus enemigos en motivo de escándalo. Si bien es cierto que San Cirilo comunicó con los homeousianos, es todavía más seguro que nunca varió en su fe, que fue la de la Iglesia de Roma. Porque quiso desde un principio el obispo jerosolimitano observar la mas estricta neutralidad entre los partidos, por eso evita toda palabra, frase, fórmula que pueda enturbiar la convivencia o acrecentar la división. Un temperamento suave como el suyo y un auditorio sencillo, como eran sus fieles, explica satisfactoriamente que no utilizase nunca la palabra *omousios*; una catequesis dada a quienes todavía no eran cristianos, no se prestaba ciertamente para altas discusiones teológicas. Ante aquel auditorio hubiesen resultado cuestiones bizantinas. San Cirilo, con gran espíritu sacerdotal, quería instruir y no polemizar. Ni dejemos de observar que si sostuvo a los homeousianos fue en lucha con los homeos, que representaban la facción intransigente de Arrio. También San Hilario de Poitiers les apoyó. Muchos de los homeousianos en el fondo eran completamente ortodoxos.

Es indiscutible que sus enseñanzas son de una ortodoxia in-censurable y que, a pesar de que evita deliberadamente la palabra *omousios*, combate, sin embargo, con decisión la doctrina de Arrio. En las obras del obispo jerosolimitano la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía se halla más claramente que en todos los Padres anteriores a él. Hermosa es también la insinuación que hace a sus fieles de cómo han de acercarse a recibir la sagrada comunión:

«Haced de vuestra izquierda —les dice— como un trono en que se apoye la mano derecha, que ha de recibir al rey Santificado luego vuestros ojos con el contacto del cuerpo divino y comulgad

No perdais la menor partícula Decidme si os entregasen pajuelas de oro, ¿no las guardaríais con el mayor cuidado? Pues mas precioso que el oro y la pedrería son las especies sacramentales»

No deja de ser un gran mérito de San Cirilo de Jerusalén haber expuesto unas enseñanzas tan claras, antes de que estuviesen en circulación las obras de los grandes escritores eclesiásticos.

San Cirilo no es un teólogo como otros escritores de su tiempo, es un catequista que enseña. No es original ni como pensador ni como escritor, pero es un testimonio acreditado de la fe tradicional. Sus *Catequesis* son eso: una exposición sencilla y popular de la fe cristiana. Su mejor elogio es el odio de los arrianos. Los arrianos le odiaban porque veían en él un enemigo temible. Por odio tuvo que salir tres veces desterrado de la ciudad santa y por mantener sus creencias se vio obligado a recorrer las ciudades del Asia Menor, cual peregrino errante que sufre por amor a Cristo. Pero al fin sus penas recogieron el triunfo. Pocos años antes de su muerte pudo asistir al concilio ecuménico de Constantinopla, que definía como verídicas las enseñanzas de San Cirilo y de otros muchos obispos que, como él, habían sostenido una violenta lucha contra el arrianismo. El sueño de San Cirilo de ver apaciguados los espíritus entraba en su fase inicial y así entregaba su alma a Cristo, por quien tanto había sufrido.

URSICINO DOMINGUEZ DEL VAL, OSA

Bibliografía

Act SS Boll, 18 de marzo

Las Catequesis Trad castell por A ORTEGA (Madrid 1945)

DE LACROIX, G, *Saint Cyrille de Jerusalem, sa vie et ses oeuvres* (Paris 1865)

LE BACHELET, X, «Cyrille de Jerusalem», en *Dictionnaire de theologie catholique*, t III, cols 2 527 2 577

MADER, J, *Der heilige Cyrillus Bischof von Jerusalem* (Einsiedeln 1891)

Obras de San Cirilo PG 33 Lo encabeza una disertación de DOM TOUTTÉ sobre su Vida

TILLMONT, L S DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles*, VIII (Venecia) 428s, 779s

Veanse asimismo las obras generales de *Patrologia* O BARDENHEWER, B ALTANER,

SAN BRAULIO
Obispo de Zaragoza († 651)

Hacia el penúltimo decenio del siglo VI nace Braulio, quien más tarde habría de ser obispo de Zaragoza y el más ilustre prelado, después de San Isidoro, en la primera mitad del siglo VII de la España visigótica

Aunque ignoramos el nombre de la madre y el del lugar de su nacimiento —ciertos indicios y alusiones de sus cartas parecen apuntar hacia Gerona, en tanto que otros orientan hacia Zaragoza—, nos es conocido, por San Eugenio de Toledo, el de su padre, Gregorio; y por San Ildefonso y el mismo Braulio, el de otro hermano suyo mayor, Juan, que habría de ser su predecesor en la sede zaragozana. El propio Braulio nos habla, además, en la dedicatoria de la *Vida de San Millán*, de otro hermano, Fruminiano, abad de cierto monasterio, y en sus cartas, de dos hermanas: Pomponia, abadesa, y Basila, acogida en la flor de su juventud y temprana viudez al mismo monasterio de Pomponia, superando así, como dice el ya citado San Eugenio, con el brillo de sus méritos el lustre de su linaje.

Los nombres de los miembros todos de la familia revelan claramente el origen hispano-romano de ésta, y como el mismo padre, Gregorio, terminó siendo obispo, según parece indicarlo un himno de San Eugenio, de una diócesis no identificada —¿tal vez de Osma?—, se nos ofrece aquí un ejemplar no raro en aquella época —baste recordar el del mismo San Isidoro, con dos hermanos obispos, Leandro y Fulgencio, y una hermana abadesa, Florentina— de una familia ilustre, de probada ortodoxia y religiosidad, con fácil y casi hereditario acceso a las altas jerarquías eclesiásticas.

La primera formación piadosa y cultural la recibió Braulio de su hermano mayor, Juan, a quien llama su *maestro en la vida común, en la piedad y en la doctrina*, verosíblemente, en la escuela aneja al monasterio de Santa Engracia, en la misma Zaragoza, del que debió de ser abad dicho Juan, antes de su promoción al episcopado.

De otro pasaje de las cartas de San Braulio parece deducirse que tampoco fue ajeno a aquella formación su hermano Fruminiano.

San Ildefonso nos habla del docto magisterio de Juan en las sagradas letras y de su pericia en el cómputo eclesiástico y en la liturgia, para la que hubo de componer algunos himnos y otras piezas elegantes; y San Eugenio lo celebra como distinguido en toda clase de disciplinas, y *a quien la misma Grecia se inclina*; frase esta última que parece aludir a su formación humanística.

Con tan competente maestro logró Braulio adquirir aquella perfecta y amplia formación, de la que tan gallarda muestra nos dejó particularmente en su epistolario, no sólo en todo el ámbito entonces explorado de las ciencias eclesiásticas, sino también en las letras clásicas y aun en la poesía y la música, ya que también Braulio, como su maestro Juan y su discípulo Eugenio, llegará a componer la letra y la melodía de himnos sagrados, que fueron incorporados a la liturgia de la iglesia visigótica.

Pero la plenitud y madurez de esta formación hubo de cuajar en la escuela y al lado del gran San Isidoro de Sevilla. Empujado por la sed, nunca apagada, de aprender y atraído por el prestigio de este gran doctor de la Iglesia española, se traslada Braulio a Sevilla, donde, sin que podamos precisar fechas, debió de hacer prolongada estancia o pasar parte de su juventud.

De esta permanencia de Braulio al lado de Isidoro, más aún que en plan de discípulo y maestro en plan de compañerismo íntimo y aun de colaboración, data aquella profunda, tierna y nunca entibiada amistad entre ambos hombres de cultura y siervos de Dios, teñida, en todo caso, por un discreto matiz de protección paternal de parte del anciano y renombrado arzobispo hacia el joven arcediano y más tarde obispo de Zaragoza, que tan deliciosamente se revela en la mutua correspondencia.

De regreso ya Braulio en Zaragoza y nombrado arcediano de la misma, probablemente al ser promovido el año 619 a la sede episcopal su hermano Juan, le escribe Isidoro *llamándole carísimo y dilectísimo hermano. Señor en Cristo y amadísimo hijo*; le manda algún libro y le pide otro; le ofrece como obsequio y signo de amistad un anillo y un manto; y hace votos por volver a verle alguna vez, para que, *al que contristaste alejándote, de nuevo le alegres presentándote*. Corresponde Braulio con grandes demostraciones de cariño y admiración al que llama *el más grande de los obispos y el más excelso de los hombres, luminar esplendoroso e inextinguible*; expre-

sa, a su vez, vehementes anhelos de volver a encontrarse; le pide las actas de cierto sínodo y, sobre todo, le ruega con insistencia el envío del libro de las *Etimologías*, al que se cree con especial derecho, por la promesa que Isidoro le tiene hecha, y por haber sido escrito a ruegos del mismo Braulio.

Promovido éste, por muerte de su hermano Juan, el año 631, a la sede episcopal de Zaragoza, de nuevo escribe al arzobispo de Sevilla una larga carta, llena de elegancia y de humor, en la que simulando unas veces enfados, otras quejas doloridas, ya actitudes agresivas, ya súplicas rendidas y humildes, trata con todo ello de obtener el envío, tan deseado y aún no conseguido, del libro de las *Etimologías*.

Esta vez el insaciable bibliófilo obtiene su ferviente aspiración, puesto que recibe de Isidoro, junto con otros códices, los de las *Etimologías*; aunque no como él los deseaba y había pedido, *íntegros, enmendados y bien dispuestos*, sino, precisamente, para que llevase a cabo la enmienda —y ello es prueba del concepto que Braulio merecía a Isidoro—, que el propio autor, por falta de salud, dice no poder terminar. En toda esta correspondencia entre ambos siervos de Dios se advierte como una puja de mutua estima y de deferencias, de respetos y de confianzas, de caridad y de humildad, de piadosa devoción y de anhelos sobrenaturales, que encanta y edifica.

La presencia de ambos en el IV Concilio de Toledo, del anciano Isidoro en el cenit de su prestigio y autoridad, como presidente de la asamblea, y del recién nombrado y aún poco conocido obispo de Zaragoza —apenas si llevaría dos años en tal puesto—, debio de ser el último encuentro de los dos grandes amigos. Pero al fallecer, tres años más tarde, el arzobispo de Sevilla, Braulio viene a recoger, como por natural sucesión, la herencia moral y el prestigio de aquél, y a constituirse en la primera figura de la Iglesia española.

Ya en el V Concilio de Toledo, tres meses apenas después de la muerte de San Isidoro, parece haber sido nuestro santo quien dirige las deliberaciones y redacta los cánones, ordenados casi exclusivamente a la elección pacífica y seguridad de los reyes. Pero es, sobre todo, en el concilio siguiente, el VI de Toledo, donde el prestigio del obispo de Zaragoza se impone y

resplandece Sin ser él metropolitano, y a pesar de hallarse presentes cinco de estos: el de Narbona, el de Braga, el de Toledo, el de Sevilla y el de Tarragona, San Braulio es el comisionado para contestar, en nombre de la asamblea que reunía obispos, como rezan las *Actas, de las Españas y de las Galias*, a la queja del papa Honorio I contra los obispos españoles, por supuesta negligencia o sobrada lenidad en la defensa de la fe.

Esta queja del Papa, motivada al parecer por una defectuosa información, tal vez por una interpretación inexacta del canon LVII del Concilio IV de Toledo, en el que se censuraban las conversiones de los judíos obtenidas por la coacción, es rechazada por el portavoz de los obispos, con gran decisión y apostólica libertad, a la vez que con respetuosa y filial veneración al Pontífice, e inequívoco reconocimiento del primado de la cátedra romana. Por causas que ignoramos, San Braulio no asistió al VII Concilio de Toledo, que fue presidido por su antiguo discípulo y arcediano, ahora arzobispo de la sede primada, Eugenio, de quien él había hecho un teólogo, un poeta y un santo. Las señaladas posición e influencia preeminentes de San Braulio en la iglesia visigótica española perdurarán ya hasta su muerte. A él acudirán de todas partes y personalidades las más ilustres en busca de consuelo o de consejo y en demanda de soluciones para sus dudas o cuestiones teológicas, escriturarias, canónicas o litúrgicas.

Entre otros: San Eugenio de Toledo, discípulo y arcediano que había sido, como ya hemos dicho, de San Braulio, y a quien éste, que tal vez le preparaba para sucesor suyo, cediera para la sede primada, forzado tan sólo por las presiones del rey Chindasvinto; y San Fructuoso, el legislador del monacato en la España visigótica y promovido más tarde a la sede metropolitana de Braga. Por una frase de San Braulio, respondiendo a éste, se ha querido deducir una relación de parentesco entre ambos. Si ello fuera verdad, tendríamos a San Braulio emparentado con la familia que dio un rey, Sisenando, al trono de Toledo. Los mismos reyes, como Chindasvinto y Recesvinto, reciben de nuestro santo consejo o lo solicitan en asuntos de Estado los más importantes. Al primero le sugiere San Braulio la conveniencia, para prevenir posibles perturbaciones en la elección de

un sucesor en la corona, de asociar ya en vida, como así se hizo, en el trono a su hijo Recesvinto. Éste, más tarde, le encarga con insistencia la revisión de un códice —probablemente el proyecto del *Fuero Juzgo*, presentado en su día al VIII Concilio de Toledo— en el que el rey tenía gran interés, y de cuya laboriosa corrección por el prelado zaragozano le queda muy agradecido.

Para satisfacer a toda esta correspondencia y al intercambio y copia de codices, a cuya búsqueda y adquisición, por donde quiera que averiguase o sospechase su existencia, se dedicó toda su vida con verdadera pasión de bibliófilo, hubo de organizar nuestro santo un *escritorio*, en el que, a veces, como él mismo dice, escaseaban los materiales o pergaminos.

Ejemplo de esa pasión bibliófila es su correspondencia con el célebre abad Tajón, quien habría de sucederle en la sede zaragozana. Éste, que había acudido también a Braulio con una consulta teológica, y dejó escrito del mismo: *¿Hay en nuestra época hombre mas elocuente, más sabio, más familiarizado con los secretos de la ciencia?*, había logrado traer de Roma algunos escritos de San Gregorio Magno, aún no conocidos en España, y nuestro santo se apresura a rogarle, con gran encarecimiento, se los deje para copiarlos. Por cierto que aquí hubo de echar en olvido, y aun compensar con las mas deferentes y afectuosas expresiones, las un tanto agrias con que, tiempo atrás, se había visto obligado a responder a alguna intemperancia del mismo Tajón, y de las que pueden ser muestra las siguientes líneas, en las que se revela la cultura clásica del obispo de Zaragoza:

«Tambien yo, si quisiera, podria replicar, [] que tambien yo, como dice Flaco, aprendi letras, y tuve que sustraer con frecuencia la palma al azote de la ferula, y tambien a mi se podria aplicar lo de *huye lejos, que lleva beno en el cuerno*, y aun aquello de Virgilio *tambien nosotros, padre, manejamos con diestra fuerte los dardos y el hierro, y tambien de las heridas que hacemos brota sangre* [] Pero soy siervo del amor y no quiero perder el tuyo, ni quiero poner en mis palabras cosa de burla o desagradable, como aconseja Ovidio, ni hacer, como dice Apio, alarde de *facundia canina*, [] antes, imitando la humildad del Maestro y Señor Cristo, queremos seguir a aquel que dice *ofreci mi espalda a los azotes y mis mejillas a las bofetadas* »

Siempre en la correspondencia del santo aparece, por encima de todo, la mas exquisita cortesía, la delicadeza, la humildad

—el encabezamiento ordinario de sus cartas es el de: *Braulio, siervo inútil de los santos de Dios*—, la caridad, la bondad servicial, un gran sentido de humanismo indulgente y un equilibrio ejemplar de consejo y de conducta.

La carta que cierra el epistolario es la dirigida al abad San Fructuoso, en respuesta a las cuestiones escriturísticas que éste le había propuesto, y viene a ser como un pequeño tratado de exégesis bíblica, en el que se pone de manifiesto el gran conocimiento en nuestro santo de la patrística, del texto griego y de la *verdad hebrea*. Hacia el final de esta carta, se lee como una especie de presentimiento de su cercana muerte.

Ya en sus últimas cartas anteriores venía hablando con frecuencia el obispo de Zaragoza de la debilidad de sus fuerzas, de su inutilidad, de sus preocupaciones y contrariedades, compañeras inseparables del cargo pastoral, pero que se hacen más sensibles cuando las energías corporales van perdiendo su poder de resistencia, de sus achaques, en especial de su falta de vista, cansada, sin duda, en la lectura asidua de códices envejecidos y de letra difícil; pero en la última carta nos dice algo más concreto: *esperando estoy cada día el fin de mi doliente condición mortal*.

Y este presentimiento, que para el santo era una esperanza, se cumplió el mismo año de 651, fecha de la muerte de San Braulio.

Su mejor elogio fúnebre pudo ser el que en su carta le dirigía el mismo San Fructuoso, y que no era sino la expresión del común sentir de la Iglesia visigótica contemporánea:

«Damos gracias incesantes a nuestro Creador y Señor, que en estos últimos tiempos ha hecho que seais tal y tan grande pontífice, que en el mérito de la vida y el don de la doctrina sigais en todos los ejemplos apostólicos, digno de alcanzar la inefable gloria de la patria suprema, junto con aquellos cuya vida incontaminada imitais en este tempestuoso mundo»

FIDEL GARCIA MARTINEZ

Bibliografía

Act Ss Boll, 26 de marzo

LAMBERT, A., «La famille de Saint Braulio et l'expansion de la règle de Jean de Biclar» *Revista Zurita* 1 (1933) 65-80

LYNCH, C. H.-GALINDO, P., *San Braulio Obispo de Zaragoza (631-651)* *Su vida y sus obras* (Madrid 1950), ed orig *Saint Braulio, Bishop of Zaragoza, his life and writings* (Washington 1938).

MABILION, J.-D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, I (París 1668) 205s

MADOZ, J., *Epistolario de San Braulio de Zaragoza* (Madrid 1941)

PÉREZ DE URBEL, J., art. «Braulio», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique*, t.X p 441-453.

VAZQUEZ DE PARGA, L., *Sancti Braulionis Caesaraugustani Episc. Vita de S. Emiliani* (ed crítica) (Madrid 1943)

SAN ANSELMO DE LUCCA

Obispo († 1086)

A San Anselmo de Lucca le han llamado también Anselmo II, seguramente por ponerle en relación con el primer gran Anselmo, el de Canterbury, Doctor de la Iglesia. O es posible que fuera por haber tenido un tío padrino suyo, pronto obispo de Lucca, Anselmo I, convertido poco después en el papa Alejandro II. Nuestro Anselmo no es doctor, ni tiene grandes aspiraciones; pero sus escritos, casi desconocidos, figuran en las más conocidas patrologías latinas. Otros ni lo nombran. Pero ya lo advierte la pequeña doctora de Lisieux: «Nadie puede asegurarnos que los santos canonizados sean mayores que los que no lo están». Ambos, monjes benedictinos, son de primera categoría, ambos muy santos, pero el primer Anselmo ha desarrollado mucho más la verdadera sabiduría; el nuestro murió joven, y los dos fueron obispos. Tenemos muchos Anselmos.

Anselmo de Lucca nació en Baggio, no lejos de Milán, de una noble familia. Un tío suyo, Anselmo como él, es canónigo en la catedral de Milán, al parecer canónigo primero. Su tío pronto fue nombrado obispo de Lucca, en 1050, cuando el niño contaba diez años, y el 1 de octubre ya es Papa, con el nombre de Alejandro II. Ha hecho una de las carreras más brillantes de la historia de la Iglesia. Se trata siempre de un hombre culto, religioso, incluso ve con buenos ojos la reforma que va surgiendo en la Iglesia; pero no olvida al sobrino, y ésa va a ser su gran debilidad, el nepotismo.

Ha surgido en Milán un movimiento reformista denominado Pataria, movimiento encabezado por dos clérigos, Landulfo

y Arialdo (1057), y va a influir en la reforma del clero. Se reúnen en el barrio milanés de los patareros, barrio no de la nobleza, y trafican sus habitantes con ropas usadas. De aquí su nombre de Pataria. Alejandro II ve con simpatía aquel movimiento de patarinos. Asaltan las casas de los clérigos concubinarios y arrojan de allí a las mujeres sospechosas. El movimiento de los patarinos reformistas se ha extendido por todo el norte de Italia, y el Papa lo favorece.

Entre tanto nuestro santo ha cursado en Milán la gramática, la retórica y la dialéctica, adquiriendo una cultura nada común en su tiempo. Ha conseguido una refinada cultura, y ha pasado al estado eclesiástico. Cerca del tío, su espíritu se nutre de ideas reformistas. Cuando aquél es nombrado obispo de Lucca, trata de enviar al sobrino nada menos que a la abadía de Bec, en las Galias, donde se hallan los grandes monjes-maestros, dirigidos por Lanfranco. Ya por entonces escribe una carta Berengario de Tours (1059) denunciando esa ambición del papa por tener cerca al sobrino. En efecto, se había reservado siendo Papa el obispado de Lucca.

Y aquí viene el momento decisivo de nuestro Anselmo. Parece que no opta por ir al Norte de Europa a estudiar, ya que parece ser que entra por entonces en el monasterio de San Benito de Polirone, cerca de Mantua. Allí completó su formación espiritual, teológica, e incluso jurídica. Pero pronto el Papa lo nombra su vicario en la diócesis de Lucca. ¿Y la reforma? Ya la lleva Anselmo incommovible en el espíritu. El tío no le deja descansar, y manda al sobrino a recibir del emperador Enrique IV la investidura «per annulum et baculum». Pero Anselmo, llegado a Germania, se opone a la investidura, acompañado del cardenal Meinardo de Santa Rufina. No quería hacer un gesto inútil. Enrique IV se enfada, sintiéndose ofendido y despreciado en sus derechos. Y cuando regresa Anselmo a Roma, ya había fallecido Alejandro II, su tío, en mayo de 1073.

Ha sido elegido Papa el santo abad de San Pablo Extramuros de Roma, quien antes lo había sido de Santa María del Celio, del Aventino, y más adelante del mismo Cluny. Elegido abad del Monasterio de San Pablo Extramuros de Roma, inicia la reforma de las costumbres monásticas del célebre monasterio, y el

papa León IX lo envía a las Galias a hacer lo mismo. Por entonces la simonía reinaba por todos los campos, y más aún el nicolaísmo de los clérigos, que ya era un escándalo público. Por eso, llegado a la sede de Pedro, no duda en imponer el celibato al clero. Sus decretos desencadenaron las querellas de la investidura. Aquel abad intrépido, nacido en la Toscana hacia 1015 de muy humilde familia, fue consejero de seis Papas, y al morir Alejandro II, rápidamente el conclave lo hace Papa (1073).

Cuando el torturado obispo-vicario de Lucca regresa de Roma, corre a aconsejarse del nuevo Papa, quien a voz en grito le dice que se abstenga de caer en la tentación. Es impresionante el encuentro de estos dos hombres de Dios, monjes benedictinos, Gregorio VII, papa, y Anselmo de Lucca, nuestro joven obispo (MGH t.XII, 1-35 et saepe; cf. BS t.II p.26, *Diccionario ilustrado de los santos*, p.38).

Dejamos por un momento la biografía tan sorprendente del obispo-monje de Lucca, haciendo un parentesis necesario.

Los más modernos no están conformes, e ignoran si acaso Anselmo frecuentó la escuela de Bec o no; ven improbable que el santo «entrara en aquella época en el monasterio de San Benito de Polirone, dado que no tienen indicios históricos».

Para no mancharse con el pecado de simonía, se negó a ser investido por las manos del soberano, y su investidura oficial quedó aplazada por el nuevo papa Gregorio VII hasta que el emperador fuera absuelto de la excomunión (abril, 1074). Habiendo recibido la investidura, Anselmo se retiró a la abadía cluniacense de Saint-Gilles. Pero el Papa lo reclamó a su sede, recibiendo una nueva consagración episcopal, con la facultad de vestir su santo hábito.

Siguiendo, pues, a los críticos modernos, San Anselmo de Lucca continúa una estrecha relación con Gregorio VII y Matilde de Canosa. Tras una embajada a Milán, *su ciudad natal*, enviado por el Papa (1077), para reconciliar a la iglesia ambrosiana con la romana, se va a dedicar a la reforma del clero en su diócesis de Lucca. Promueve la vida común canonical, y la disciplina de la pobreza evangélica, aunque sólo le sigue una parte del clero, sobre todo los del condado de Matilde de Canosa, en Lombardía. Es cuando Gregorio VII excomulga a los canóni-

gos rebeldes de Lucca por su obstinación en seguir la política del emperador, y por atentar contra la vida de Anselmo, su obispo (1080). Y desde el exilio en Mantua, San Anselmo se hace el paladín de la reforma gregoriana en aquella Italia septentrional, nombrado vicario suyo por el Papa y apoyado por la condesa Matilde. Aquí fue extensa su acción de reformador, dedicándose ya a escribir y a dar ejemplo, incluso después de la muerte del papa Gregorio VII, quien murió en Salerno, exiliado, el 25 de mayo de 1085. Anselmo, al fin, murió en Mantua sin ocupar la sede de Pedro, como Gregorio lo deseaba. Junto a su lecho se hallaban presentes Matilde y muchos obispos, aquel final del 18 de marzo de 1086, tan solo un año después del gran Gregorio, el de la reforma eclesiástica. Por intervención de Bonizone de Sutri, fue enterrado en la catedral, en calidad de obispo, a pesar de que había expresado el deseo de reposar en el Monasterio de Polinore, ya que era monje cluniacense.

Así concluye la vida de este inquieto monje y obispo, que no quiso someterse ni a los halagos del tío Papa, ni a la rudeza del terco emperador de Germania. Pero ya en su juventud se le encuentra preparado para seguir los mismos pasos de Jesús, de quien decían sus familiares: «¿A dónde quiere ir éste?... ¿Se ira a países lejanos a enseñar a otros?» (Jn 7,4). Sus escritos, como vamos a ver, brillarán algún tiempo en ediciones rápidas recogidas por los monjes de Cluny, cuando ya la Edad Media comenzaría a declinar pronto ante la fuerza de la *devotio moderna*. Nos quedan restos de sus maravillosos escritos. El papa Víctor III proclamó su santidad al año siguiente de su muerte. En 1392 se realizó un reconocimiento, en el que su cuerpo fue hallado «en buen estado de conservacion», y trasladado a la derecha del altar mayor de la catedral de Mantua. Desde 1565 se halla colocado debajo del mismo altar.

Si seguimos paso a paso la difícil trayectoria de este singular hombre, descubrimos los grandes valores evangélicos que había aprendido de los monjes, a los que no renunciara jamás. Por otra parte sorprende siempre su figura sencilla, más bien oculta, constante en todo lo que ha rumiado en su oración, cara a cara con los Evangelios. Desplegó en cada ocasión aquella espiritualidad recibida, que mantendrá incólume hasta la muerte en el

destierro. Sus enemigos habían sido únicamente los eclesiásticos desviados. Su última luz, el deseo de un santo Papa, monje como él, quien le confiará los más delicados legados de la Iglesia. El los realizó fielmente, en cuanto pudo, pues tenía frente a frente las corrientes políticas del emperador, y los vicios mundanos del clero de su amada Lucca, ese clero que él amaba «reverenter», con veneración. Inmediatamente después de la muerte del santo, la condesa Matilde ordenó a un anónimo una *Vida* de Anselmo en prosa. Este anónimo lo identificaron con el presbítero Bardón, pero no era tal, de modo que la obra figura como del «seudo Bardón».

Este «anónimo» nos va a contar por qué el gran Gregorio VII había diferido la nueva consagración episcopal de Anselmo de Lucca, esperando que Enrique IV pidiera la absolución de su excomunión. Entonces mandaría a Anselmo a recibir la investidura para que, vuelto a Roma, recibiera de nuevo la consagración; pero no como vicario suyo en Lucca, sino como verdadero y único pastor de aquel rebelde rebaño. El Papa lo amaba en gran manera, admirado de la madurez espiritual, su cultura teológica y jurídica, y la gran prudencia ante las realidades (cf. *Registrum Gregorii VII*, I-II, Epist. a Beatriz y Matilde de Toscana, 1073). Mientras Anselmo permaneció en Roma, sostuvo con el Papa encuentros de gran intimidad, dentro de su común realización de los ideales de la reforma. El Papa no deseaba una nueva redacción canónica adaptada a las necesidades del tiempo, sino una que fuera la base jurídica de la reforma y como soporte de su actuación. Entonces Anselmo comenzó su *Collectio canonum*, que un código dice estar impreso «Iussu et mandato Gregorii VII» (cf. PL 11,483-534).

En el sínodo romano de febrero de 1075 promulga el Papa el decreto en el que se prohibía toda investidura laical, bajo pena de excomunión, con suspensión de oficio. Entonces, tanto Gregorio como Anselmo deploran la investidura imperial recibida por Anselmo con asentimiento del mismo Papa.

Anselmo, con grandes preocupaciones, dejó su diócesis y quizá se refugió en las Galias; pero fue llamado por el Papa para visitar su diócesis y conocer personalmente a su clero, interesándose por su formación espiritual. Dio a todos ejemplo con

una vida extremadamente austera, en la oración y el estudio y una densa actividad pastoral. Obtuvo de Beatriz y Matilde de Toscana bienes con que sostener la mesa episcopal, la catedral y otros beneficios de la iglesia. En marzo del 1080 en un nuevo sínodo romano, en el que el Papa renovó la excomunión de Enrique IV y sus legados, se encuentra también Anselmo, quien gira la dirección de su acción como consejero político y espiritual de Matilde de Toscana, que se encontraba en medio de un abandono total de los príncipes y los obispos, y permanecía en la Italia centro-septentrional como el baluarte mejor de Gregorio. Dice el «anónimo»: «Ella ejercía la potestad; él gobernaba; ella daba órdenes, y él aconsejaba». Una armonía perfecta en aquellos tiempos entre una condesa y un obispo. Ambos dignos de admiración.

Por entonces hubo un intercambio de escritos polémicos con el antipapa Clemente III, y Anselmo se preocupó de mantener, junto con Matilde, contactos con los que apoyaban a Gregorio. Y cuando Enrique IV bajó a Italia en la primavera de 1081 para sostener a los lombardos rebeldes y oprimir al Papa, Matilde trató de enfrentarse, evitando la bajada. Y no cesó ante la primera embestida. A mitad de noviembre de 1083, Gregorio VII, refugiándose en el Castillo de Sant'Angelo, convocó un concilio en Roma, en vistas a una eventual paz. Pero Enrique IV quiso poner impedimentos, haciendo arrestar a muchos obispos, entre ellos al mismo Anselmo. Por eso el Papa no tuvo más remedio que reafirmar una vez más su voluntad de aguantar en la lucha ya emprendida.

En mayo de 1084 Roberto el Guiscardo puso en libertad a Gregorio, quien abandonó Roma para fijar su morada en Salerno. Anselmo regresó a Lombardía, donde gran parte de la diócesis se hallaba privada de legítimos pastores, quienes trataban de librarse de las cargas del legado permanente, que era Anselmo. Éste se estableció en Mantua, posesión de la casa de Toscana, y desde allí dirigió su obra reformadora, guiando y sosteniendo a todos cuantos del clero y del pueblo habían permanecido fieles al Papa. Mantua se convierte en el centro popular de la vida religiosa de Lombardía. Anselmo cambia el modo de pensar de muchos, confunde a otros, y comienza a realizar

numerosas ordenaciones, procurándoles una iglesia. Sin embargo, lo que no ocurre con otros legados del Papa, no existe correspondencia entre Gregorio y Anselmo, lo cual nos demuestra que Anselmo tiene la mas plena libertad en su trabajo de reforma. Se ha escrito que hasta el 1079 no había sido creado cardenal. Pero no estamos seguros. El 25 de mayo de 1085 moría en Palermo Gregorio VII.

Antes de morir, invitado a designar a quién creía digno de ser su sucesor, pronunció los nombres de Anselmo, de Odón de Ostia y de Lugo de Lión (cf. Hugo de Flavigny, *Chronicon*). Al ser elegido abad de Montecasino un tal Desiderio, Anselmo, con la autoridad y prestigio que tenía entre los partidarios de la reforma, invitó a los obispos de las Galias a bajar a Roma para rendir homenaje al nuevo Papa, admitiendo su autoridad y facilitando de este modo el resurgir de la paz.

Anselmo murió en Mantua, asistido por Matilde y el obispo Ubaldo, que había sido curado por él milagrosamente. Era el 18 de marzo de 1086. Murió sin testamento, pues nada tenía que dejar, ya que siempre vivió en la pobreza y austeridad extremas. Sus últimas palabras, a imitación del papa Gregorio, fueron: «He amado la justicia y odiado la impiedad» (Sal 44,8), por eso muero en el destierro. Y nosotros añadiríamos este epitafio: «Casi dieron conmigo en la tumba; pero yo no abandoné tus decretos» (Sal 118,87).

Finalmente, debemos hablar un poco de las obras de este monje-obispo. Todos se hallan de acuerdo en que su obra máxima, inspirada en los deseos del Papa, fue su *Collectio canonica*, dividida en 13 capítulos y que, recogida por los maurinos, pasa a la PL (t.11, p.485-534). Esta obra la denominan también *Apologeticum*; defiende el primado de Roma, y en consecuencia al pontífice Gregorio VII. Implicaría tan sólo los 10 primeros capítulos (ed. F. Thaner, 1905-1915). Nos legó además la carta *Contra Wibertum antipapam...* (PL CDLIX, 445-476). Pero al ser recogidas por MGH, se las denominará todavía «polémicas». Una posterior figura del santo, lo representa como un luchador en defensa de la Iglesia, lo cual no cabe duda que lo fue. Pero ya no se trata del pseudo-Bardón, que lo describe como escritor eclesiástico prolífico del siglo XI, cuando está plagado de obras de la

devotio moderna, tan fecunda. No, nuestro santo se nutrió más bien de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres de la Iglesia, latinos o griegos. Por eso la innovación de MGH y otras colecciones simultáneas nos parece necesaria, sin olvidar las fuentes de que se nutren.

Anselmo es venerado como patrón de Mantua desde el siglo XIV, donde su culto obtuvo un gran impulso gracias a los Gonzaga. Es recordado también en Lucca, San Miniato y los benedictinos. En otras localidades lo confunden con el gran Anselmo de Canterbury (n. 1033). Su iconografía tan sólo consta a partir del siglo XV, lo que por otra parte es explicable. Se le representa como obispo en su sede, con capa, báculo y mitra, con un ejército que huye de él. Pero Anselmo había sido muy pacífico y misericordioso.

PLACIDO MIGUEL GIL IMIRIZALDU, OSB

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t II p 26-38

Collectio canonum, ed Fr THANER (Innsbruck 1905-1915)

HUGO DE FLAVIGNY, *Chronicon*, en *Mon Germ Hist Script* (MGH), t VIII, p 466

NOCENTI, S, «Anselmo de Luca», en C LEONARDI A RICCARDI-G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 212 214

PL 11,438-634

SCHAUBER, V-SCHINDLER, H M, *Diccionario ilustrado de los santos* (Barcelona 2001)

Vita Anselmi episcopi Lucensis auctore Bardone presbytero, ed R WILMANS, en MGH t XII, p 1ss

SAN SALVADOR DE HORTA

Religioso († 1567)

Santo franciscano español, nacido un domingo de diciembre de 1520 en el pueblo de Santa Coloma de Farnés, provincia y diócesis de Gerona, de una familia oriunda de Cerdeña. Huérfano de padre desde su más tierna infancia, se dirigió al santuario de Nuestra Señora de Montserrat, a cuya sombra y guiado por sus monjes benedictinos, aprendió los rudimentos de la vida espiritual. Más adelante, lo encontramos en los alrededores de Barcelona trabajando de payés. En torno a los veinte años decide hacerse religioso, concretamente fraile franciscano, en el

convento de Santa María de Jesús de Barcelona, donde ingresa un 3 de marzo de 1541.

Su formación dejó una profunda huella impresa en su espíritu: su intenso amor por la ascesis y la penitencia, de las que él siempre fue fiel y asiduo.

Los diversos trabajos que ejerció le hicieron amar los distintos oficios que se le habían encomendado. Fue hortelano, cocinero, sacristán, portero, enfermero y portero. Buscó siempre trabajos humildes y apartados en los conventos por los que pasó.

De Barcelona sería trasladado al convento de Santa María de Jesús de Tortosa, donde creció su fama de alta virtud e incluso de milagrero, lo que habría de propiciar su traslado, como ya había ocurrido antes en Barcelona. En esta ocasión fue destinado al convento de Bellpuig en Lérida, de donde, por idénticos motivos y con la misma sencillez y confianza en la voluntad de Dios, pasó al de Lérida. Sus biógrafos dicen de él que «era como un apóstol que predicaba más con el ejemplo que con la palabra». Ponía en práctica con veracidad la religión y la fe católica en su pureza, además, se dedicaba a la devoción a la Virgen y a la frecuentación de los sacramentos.

La fama de santidad de fray Salvador y las gracias que se obtenían por sus oraciones, llevaron a las puertas del convento tal número de personas que querían verle y encomendarse a él, que los padres vieron en esta afluencia continua un peligro para la paz del claustro y del mismo fraile. Se multiplicaron los signos y los hechos extraordinarios en torno a su persona. En consecuencia, se pidió al padre provincial que lo enviase a otro convento. Y fue trasladado de nuevo, esta vez a Nuestra Señora de los Ángeles de Horta de San Juan, diócesis de Tortosa, donde llegó, según sus biógrafos, antes de 1547.

Los diez años de permanencia en Horta le proporcionaron fama de santidad, narrando sus biógrafos abundantes milagros. Tanto fue así, que el provincial, haciendo visita a la casa, le instó en capítulo y, tras darle una disciplina pública, le mandó partir definitivamente para el convento de Reus con cartas de presentación del mismo provincial para el guardián de la casa, en las que se le prevenía sobre este fraile, considerándole como disco-

lo, atrevido y turbulento, y estimando que con sus milagros había tenido revuelto al convento de Horta. Sin embargo, su fama de santidad llegó también al nuevo destino, donde la gente terminó por buscarle, produciéndose de nuevo sólo con su palabra y bendición las mismas curaciones que en otros lugares. Esto propició un nuevo traslado, ahora a la ciudad de Barcelona, pero pasando por el santuario de Montserrat, donde se dice que realizó curaciones extraordinarias que él atribuyó a la Santísima Virgen.

En Barcelona le aguardaban nuevas pruebas y también nuevos honores. Tras doce años de ausencia volvía al convento de Santa María de Jesús en el que había hecho su noviciado y emitido su profesión. Era el octavo traslado. Esta vez tuvo que vérselas directamente con el tribunal de la inquisición. Ante las acusaciones de su provincial, él respondía: «Yo no hago milagros, es Dios quien los hace. Yo no los hago, porque soy un hombre pecador». Ante una indicación de los mismos inquisidores, el santo realizó dos curaciones extraordinarias, lo que motivó que ellos mismos pidieran al padre provincial que lo dejara transitar libremente por la ciudad «para que muchos pudieran beneficiarse de los milagros que Dios hacía por su mano».

Su fama llegó incluso al rey Felipe II que lo mando llamar a la Corte, llegando probablemente a Madrid en el mes de mayo de 1560. Tuvo con el rey una conversación tan profunda que hizo llorar al monarca. Las crónicas refieren que pasó varios días en la Corte en agradable conversacion con los reyes. De allí pasó a Valencia, donde la obediencia le había mandado ir para participar en el capítulo provincial presidido por el padre general Fr. Francisco de Zamora que queria conocer de cerca a nuestro santo. Una vez allí, se multiplicaron sus prodigios hasta el punto de que no podía moverse por las calles dada la fama que había tomado.

Una vez en Barcelona partió para Cerdeña. No se sabe si lo hizo voluntariamente o fue forzado a aceptar ese destino. En la isla formó parte del grupo de franciscanos que se estableció en Cáller para implantar y dar vida a la observancia franciscana en el mes de noviembre de 1565. También allí se multiplicaron los

prodigios y curaciones de todas clases que sin cesar se le atribuían. Las crónicas insisten en que gozaba del don de profecía y de escrutar las conciencias.

El 12 de marzo de 1567 sintió fiebre alta, muriendo la tarde del viernes 18 de marzo a las tres en punto, abrazando el crucifijo y repitiendo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum* y repitiendo los nombres de Jesús y de María. Tenía 47 años de edad y hacía 27 que había profesado en la orden franciscana. Su cuerpo estuvo tres días expuesto en la iglesia del convento, pasados los cuales se le hicieron solemnes funerales.

El año de 1600 comenzaron las investigaciones sobre las virtudes heroicas y los milagros que se contaban de él. Se nombró un comisario, Juan Tomás Caldentey, que en nombre del arzobispo de Cállers recorrió toda Cataluña y Cerdeña recogiendo informaciones sobre el santo. Ese mismo año se hizo la primera exhumación y revisión del cadáver, que se encontró incorrupto, haciéndose una segunda revisión en 1627. El mismo Felipe III mandó a Roma todo el proceso que contenía un sumario de la vida y milagros pidiendo su canonización, renovando Felipe IV dicha petición. Con fecha de 13 de septiembre de 1710 la Sagrada Congregación de Ritos elaboró el decreto de la aprobación del culto, aprobado por el papa Clemente XI el 19 de enero de 1711. Un decreto de 1724, aprobado por el papa Benedicto XIII, concedía el permiso para decir misa y oficio del beato en toda la orden franciscana y en las ciudades más importantes donde había transcurrido su vida: Horta, Santa Coloma de Farnés y Cállers. La canonización no llegaría hasta el 17 de abril de 1938 en la basílica de San Pedro del Vaticano por el papa Pío XI.

Un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos lo declaraba el 5 de julio de 1939 patrón de la provincia franciscana de Cataluña.

Su cuerpo reposa en la iglesia de Santa Rosalía de la ciudad de Cállers, dado que durante los disturbios políticos en Cerdeña fue demolido totalmente el convento de Santa María de Jesús y las reliquias del santo, escondidas. Las crónicas populares siguen contando maravillas de quienes se acercan a venerar sus sagradas reliquias.

Fue considerado el gran taumaturgo del siglo XVI. A pesar de su resistencia a los fenómenos extraordinarios, las crónicas están llenas de ellos. Estos fenómenos le acarrearón la hostilidad de sus superiores e incluso un proceso en la Inquisición que no supo pronunciarse. Hacia él corrieron las multitudes en busca de salvación en todos los sentidos, lo que motivó sus continuos traslados. No le importaba. Su paz interior le mantenía sereno en su larga y humillante peregrinación, contento con su trabajo y ferviente oración. Dios se sirve siempre de personas humildes para grandes obras.

El decreto de heroicidad de virtudes dice de él que era «austero consigo mismo, jovial y afable con los demás, hombre de gran pureza y simplicidad. Mereció recibir de Dios la gracia de hacer milagros, especialmente de curar enfermos y de ayudar a los pobres y necesitados».

En San Salvador de Horta encontramos la sencillez hecha virtud y la virtud hecha heroicidad.

Un humilde fraile se convierte en atracción de masas. Algunos de los relatos que de él se cuentan nos hacen volver la vista hacia Jesús de Nazaret rodeado de multitudes en Palestina. Lo que éstas veían en el Hijo de Dios encarnado, lo contemplaban cuantos se acercaban a San Salvador, que no hizo otra cosa más que orar con y por los necesitados y su oración hizo el milagro. Como Cristo y a imitación suya, nuestro santo realizó maravillas por medio de su oración e intercesión. Fue un don de Dios para atraer hacia Él a multitudes que buscaban consuelo y ayuda, don que se repite en la Iglesia de ayer y de hoy.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

AAS 30 (1938) 389 400

COLLELL, J, *Vida del beato Salvador de Horta* (Gerona 1906)

DIOTALLEVI, F, *Vita di san Salvatore da Horta, fratre minore* (Cagliari 1938)

FOGUET, J, *El taumaturgo catalan Beato Salvador de Horta* (Vich 1927)

SAN ALEJANDRO DE JERUSALÉN

Obispo y martir († 250)

Nació en la segunda mitad del siglo II en el seno de una familia pagana y su inquietud espiritual le llevo a probar diversos sistemas filosóficos, después de lo cual se interesó por el cristianismo y se convirtió. Fue alumno de la Escuela de Alejandría, donde oyó a Panteno y a Clemente, y en la persecución de Septimio Severo padeció cárcel.

Obispo hacia el año 212 de una sede capadocia, pasó después a Jerusalén como coadjutor de San Narciso en la sede jerosolimitana, en la que le sucedió. Fundó en la Ciudad Santa una biblioteca y una escuela. Fue amigo y protector de Orígenes, al que ordenó de presbítero. Era ya muy anciano cuando sobrevino la persecución de Decio, en el curso de la cual fue encarcelado y de las penurias de la prisión murió en la cárcel el año 250. Su memoria la recoge el *Martirologio romano* este día 18 de marzo.

SAN EDUARDO

Rey y martir († 978)

Hijo del rey Edgar y de su primera esposa, fue bautizado por San Dunstano. Al morir su padre, intentó su madrastra entronizar a su propio hijo Etelredo, pero San Dunstano estuvo por la legitimidad de Eduardo.

Éste, muy joven, comenzó su gobierno bajo la guía del arzobispo, que no pudo impedir se formalizase un complot que acabó con el asesinato del monarca en Wareham, según unos por iniciativa de los partidarios de Etelredo y según otros a instigación de la madrastra que quería a su propio hijo en el trono. Eduardo tenía unos dieciséis años cuando fue asesinado. El pueblo lo tuvo por mártir al haber sido tan injusta su muerte y comenzó a hablar de sucesos sobrenaturales en su tumba. La muerte fue el año 978.

Juan Thules era natural de Whalley (Inglaterra) y nació en 1568. Marchó a Douai donde se preparó para el sacerdocio y se ordenó en Roma en marzo de 1592. Vuelto a Inglaterra, fue arrestado pero pudo escaparse y siguió trabajando apostolicamente en Essex y Lancashire. Cuando fue arrestado y llevado a la cárcel de Lancaster halló allí a un católico, Roger Warren, llamado corrientemente Wrenno, el cual era de profesión tejedor, y había sido arrestado bajo la acusación de prestar asistencia a los sacerdotes católicos.

Ambos lograron escaparse de la cárcel pero, desorientados en la noche, en vez de alejarse de la ciudad, dieron vueltas en torno a ella y fueron localizados y devueltos a la prisión al día siguiente. En el juicio confesaron la fe con valentía, siendo condenados a muerte el uno por ser sacerdote católico y el otro por su ayuda prestada a los misioneros. Se les ofreció la vida y la libertad si prestaban el juramento de fidelidad al rey como cabeza suprema de la Iglesia inglesa, pero ambos rehusaron. Se les dio el acostumbrado martirio de ahorcamiento y descuartizamiento. Al ahorcar a Roger se partió la cuerda y él cayó pesadamente a la hierba. Repuesto del golpe, se arrodilló y se dedicó a rezar y volvió a rechazar la propuesta de prestar un juramento contrario a su conciencia. Seguidamente fue descuartizado. Era el 18 de marzo de 1616. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

BEATA MARTA LE BOUTEILLER

Virgen († 1883)

Ana Le Bouteiller nació en Percy (Francia) el 2 de diciembre de 1816 en el seno de un hogar cristiano que le brinda una apropiada educación.

Decidida a seguir la vocación religiosa ingresa en la comunidad de las Escuelas Cristianas de la Misericordia, fundada por santa María Magdalena Postel. Contaba entonces 25 años. Con el hábito, recibido el 14 de septiembre de 1842, recibió también

el nombre de Marta. Enviada al santuario de Nuestra Señora en La Chapelle-sur-Vire, se lastimó las piernas en una caída durante su noviciado y llevó con gran paciencia la dificultad de andar.

Una vez profesó en 1844, estuvo empleada como cocinera, jardinera y dispensera. Alejados los niños, fue dedicada la casa a hospital de soldados durante la guerra franco-prusiana y aquella fue una gran oportunidad en la que mostró su gran caridad con los heridos. Fue una religiosa cumplidora, llena de humildad y modestia, que en el trabajo de cada día y con una gran vida interior, dio a todos un gran ejemplo de virtud y estela de santidad evangélica en cuantos la conocieron. Fue reconocida su humildad, su paciencia y su laboriosidad. Había tenido una relación filial con la Beata Plácida Viel, segunda superiora general de la congregación, y sufrió con ella las dificultades que padeció la M. Plácida, no siéndole permitido acudir a su lado cuando la santa religiosa estaba en el lecho de muerte. Murio en Saint-Sauveur-le-Vicomte el 18 de marzo de 1883. Fue beatificada el 4 de noviembre de 1990.

19 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 Solemnidad de San Jose, esposo de la Bienaventurada Virgen Maria y Patrono de la Iglesia universal **

2 En Espoleto, San Juan de Pinna (s VI), abad

3 En Pavia, Beato Isnardo de Chiampo († 1244), presbitero, de la Orden de Predicadores *

4 En Siena (Toscana), Beato Andres Gallerani († 1251), fundador de la Hermandad de la Misericordia *

5 En Camerino, Beato Juan Buralli de Parma († 1289), presbitero, de la Orden de Menores *

6 En Pavia, Beata Sibilina Biscossi († 1367), virgen, reclusa *

7 En Vicenza, Beato Marco de Marchio de Montegallo († 1496), presbitero, de la Orden de Menores *

8 En el campo de concentracion de Dachau (Baviera), Beato Narciso Turchan († 1942), presbitero, de la Orden de Menores, martir *

9 En Mauthausen (Austria), Beato Marcelo Callo († 1945), militante de la JOC, martir **

SAN JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA

Emprendemos el estudio de San José con veneración, con respeto, casi sin ruido, dispuestos a escuchar el callado rumor de un alma que embelesa. No es la suya una vida que se deslíe en el tiempo. Si nos limitásemos a ver al Santo Patriarca únicamente tras los tenues y velados acaecimientos de la historia, no sabríamos comprender el significado de su paso por la tierra. El perfil de su figura perdería peso, quedaría apenas dibujado de no ampliar nuestro horizonte hasta más allá de lo visible. Hay vidas que aturden por el estruendo de sus hechos de un día. Son simple anécdota, emoción fugitiva. Otras, en cambio, se deslizan con levedad, con la gracia apacible de un remanso. A primera vista parecen decir muy poco, pero si ahondamos, si sabemos deletrear su sublime abecedario, nos quedamos absortos ante el deslumbramiento. Tal es la vida del humilde artesano de Nazaret. En ella, con murmurio de colmena, el hervor resuena dentro.

San José es un abismo de interioridad. Mientras su cuerpo reluce como dechado de templanza, su alma, preparada para recibir comunicaciones divinas, se nos presenta como un trasunto del paraíso, como un reino de armonía, semejante a una lira pulsada por la mano de Dios. Respira cielo. Vive en la cumbre de todas las elevaciones. No en vano tuvo a Jesús en sus brazos, le meció cuando pequeño, se oyó llamar padre por la Sabiduría y sintió el derretimiento producido por la contemplación de aquel Niño en cuyas manos había florecido la pluralidad del universo. Por algo bebió durante una treintena de años en los ojos, en la sonrisa de su Hijo adoptivo el agua transparente que salta hasta la vida eterna. ¡Misterio inenarrable! No podemos llegar hasta nuestro Santo con las manos vacías. Para entenderle tenemos que llenarnos de perfecciones, afinar nuestros sentidos espirituales y añadir una nueva vibración a nuestro lenguaje. A su lado nos sentimos muy pequeños. Pero su amabilidad, reflejo angélico, nos anima, nos atrae, nos alienta con una ternura acogedora. Lleguémonos, pues, a la orilla de su vida con amor, con

el mismo amor con el que los evangelistas, los doctores, los teólogos nos hablaron, nos siguen hablando de él.

Desde que San Lucas y San Mateo nos delinearon los trazos definidores de la figura del Patriarca, los Santos Padres, los escritores eclesiásticos, los predicadores se han ido acercando paulatinamente al Santo con un afán cada vez más firme de intuir el misterio de su vida sencilla. Los primeros siglos dejaron un tanto en la penumbra el nombre de San José, atraídos por la luz irradiante de Jesús y de su Madre. Así lo exigía la realidad de entonces. Pero a medida que avanzaba el tiempo, la semilla de las Escrituras, las lecciones de San Jerónimo, de San Ambrosio, de San Agustín y de otros santos fructificaron de tal suerte a través de San Bernardo, de San Alberto Magno, de Santo Tomás de Aquino, que las generaciones de fines de la Edad Media y de las épocas siguientes pudieron entregarnos el valioso depósito de sus enseñanzas en libros llenos de entusiasmo y de doctrina. Así empezó a cobrar la vida de San José nuevo color y calor nuevo. Por momentos se iba interpretando más y mejor el río de su alma y día a día se agigantaba su personalidad adquiriendo dimensiones de amplitud teológica que sobrepasaban los límites de una simple hagiografía. De este modo surgió una literatura josefina prestigiada con los nombres de Gersar, Holano, San Francisco de Sales, Bossuet, el cardenal Vives, Lépiciér, Sauvé, Renard, Michel y tantos más que descubrieron en la vida del Patriarca facetas de una magnitud insospechada. Por su parte Faber, verdadero poeta en prosa, supo extraer, con profundidad y maestría, un exquisito panal de belleza escondido entre los pliegues de Belén, centro de la humildad más encantadora y humana.

En este concierto de voces jubilosas, la aportación de España tuvo una especial transcendencia. Los dominicos con San Vicente Ferrer, los franciscanos con fray Bernardino de Laredo, los jesuitas con los padres Suárez y Rivadeneyra, los sacerdotes seculares con San Juan de Ávila, ensalzaron las virtudes sobrenaturales del santo en un alarde de confortadora agudeza. Y esto sin olvidar a los poetas, sin dar de lado el lirismo de Valdivielso, de Lope, de Antonio de Mendoza, de González Carvajal, ni el valor dramático de Guillén de Castro en su comedia ennoblecida con el título de *El mejor esposo*.

¿Cómo iban a callar quienes podían oír en la vida del santo artesano las notas estremecidas de un celeste poema? Todo se renovaba gradualmente en torno suyo. Fue, sin embargo, la espiritualidad carmelitana la que dio el toque definitivo, la que hizo triunfar, dentro y fuera de nuestras fronteras, la devoción al humilde Patriarca. Santa Teresa fue la moldeadora del prodigio. Ella tomó a San José por abogado, cantó sus excelencias, comenzó bajo su protección las *Fundaciones* y puso al cobijo de su nombre los primeros *portalitos*. Belén resplandecía. Los conventos teresianos aprendieron de su fundadora a confiar en el patrocinio del santo más bondadoso. ¡Está tan cerca de la fuente de la bondad! A partir de este instante los escritores carmelitas aquilataron hasta lo más fino su juicio y ganaron en penetración y en altura al analizar con moroso y amoroso detalle las prerrogativas del padre nutricio de Jesús. Díganlo, si no, las idílicas descripciones de fray José de Jesús María y el acabado estudio del padre Jerónimo Gracián, digno de conservarse como un precioso legado.

No podía detenerse en nuestros días este impulso ascensional. Una trayectoria tan fecunda en trabajos de primera línea necesitaba conservar indemne su juventud, su vigor teológico. Así ha sucedido. La bibliografía se ha visto incrementada con las obras del obispo de Oviedo Luis Pérez, del padre Bover y de otros especialistas hispánicos cuyas investigaciones han venido a enriquecer con valores nuevos y nuevos eslabones la cadena áurea de tratados aderezada con el broche singular de la *Teología de San José* escrita por el P. Llamera.

Pero no es esto todo. Aún podemos agregar, como síntoma esclarecedor de este grato clima, el ejemplo del fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, colocando sus instituciones a la sombra del Santo de Nazaret, y la aparición de la revista de *Estudios Josefinos*, mantenedora del fuego de un amor siempre en hoguera.

Con tales antecedentes no es extraño que el culto de San José haya llegado a alcanzar proporciones inusitadas. Lo pedía el clamor de las naciones. Pronto recogieron y encauzaron con sabia mano esta devoción los romanos pontífices, nombrando a San José Patrono de la Iglesia universal por el decreto *Quemad-*

modum Deus de Pío IX, proclamándole abogado de los hogares cristianos en la jubilosa encíclica *Quamquam pluries* de León XIII y presentando al Patriarca como modelo de las familias pobres y trabajadoras en el «Motu proprio» *Bonum sane* de Benedicto XV. Fijémonos en que siglos antes Nueva España se había visto favorecida con una bula pontificia dirigida a premiar el buen espíritu de los vecinos del Yucatán y que, en 1679, Inocencio XI confirmaba sus letras apostólicas al patronazgo de San José sobre todos los dominios españoles. Esta España nuestra ha tenido la virtualidad de entronizar a San José en lo más entrañable de los hogares con el cariño de quien forma parte de la misma familia.

Una tradición tan amplia y persistente debía responder a un hondo fermento y afirmarse en sólidos motivos. No se explicaría de otro modo su universalidad. Algo bulle en San José que lo acerca a nosotros, que lo humaniza, que nos permite gustar como una golosina el sabroso regalo de los santos. Algo vive también en el fondo de su alma que lo eleva, que nos arrastra hasta regiones donde no llega el planear de las águilas. Dispongámonos a seguir el hilo de su vida en el tiempo y el ritmo de su alma allí donde calla el rumor de las cosas. Penetremos en el *sancta sanctorum* de una existencia tejida por entero con copos blancos. Preparemonos, en suma, a aprender con San José, en su silencio, un idioma ecuménico, idioma ultraceleste, formado por una palabra única, la *palabra*, pronunciada junto a una cuna la noche inenarrable de Belén.

Las dos únicas fuentes inspiradas, canónicas, que nos dan a conocer con veracidad absoluta la persona y la vida del Santo Patriarca son los evangelios de San Mateo y de San Lucas. Dirigido el primero a convertir el alma de los judíos, y el segundo, discípulo de San Pablo, a atraer el corazón de los gentiles, ambos se presentan constelados por narraciones de insólita belleza. San Mateo parece que siente una llamada especial por los episodios dramáticos, movidos, a veces suntuosos. Es el evangelista de la congoja de San José, de los Magos cargados de ofrendas, de la huida a Egipto en medio de asechanzas. Pero en San Lucas encontramos la escena más esencial, la que puede calificarse como piedra clave del Evangelio de la Infancia: infor-

mado por testigos presenciales, habiendo oído probablemente de labios de la misma Madre de Jesús el relato conmovedor de los misterios de Dios hecho Niño, sólo en las páginas de San Lucas podemos saborear el celeste cuadro de la noche navideña. San Lucas es como el pintor de las pinceladas luminosas, líricas, musicales. Su evangelio de los días niños es una eclosión de cánticos, de himnos, de cromatismo translúcido. Nos alucina con la escena de la Anunciación, blanca como el ala de un ángel. Nos mece con la luz indefinible de la noche santa. Nos transporta con la himnodia del *Magnificat*, del *Gloria in excelsis*, del *Nunc dimittis*, del *Benedictus*. Nos lleva de la mano al templo los días de la Circuncisión, de la Purificación de Nuestra Señora, del Niño gozosamente encontrado. ¿Quién como él ha podido sorprender el silencio de aquella casita de Nazaret, recostada al pie de una colina? Alma de poeta y de artista, San Lucas ha immortalizado las dos aldeas mas familiares, la que sirvió de cuna al Rey de los Reyes y aquella otra en la que fue creciendo, como hombre, en gracia y en sabiduría delante de Dios. Al socaire de su relato, Belén y Nazaret adquieren una luminosidad ultraterrena. En el fondo de estas estampas evangélicas plenas de delicia, no falta nunca la noble presencia del Patriarca bienaventurado.

Veamos ahora lo que nos dice el acendrado poema de su vida. Nada conocemos de sus primeros días, de su infancia, de su adolescencia, de sus ensueños. Ignoramos hasta el lugar de su nacimiento. El mutismo de los sagrados textos es aquí total. Podemos, sin embargo, pensar que, aun oriundo de Belén la real, su cuna se meció en Nazaret, que tenía nombre y aroma de flor. Lo que sí sabemos con certeza, a través de la genealogía de Jesús, puntualizada por San Mateo y San Lucas, es la prosapia y el nombre de nuestro Santo. Procedía del linaje de David, como la Virgen, y, al igual que el patriarca del Antiguo Testamento, figura suya, se llamó José, nombre que anunciaba con acento misterioso un creciente brote de virtudes y de dones en el niño que acababa de nacer.

Pasan después los años, muchos años, alrededor de cuarenta, sin referencia alguna, en la mayor oscuridad. Pero como el gusano en su capullo, la paloma preparaba ya sus alas. Llega,

por fin, el día en que San José se incorpora a la historia y le vemos pasar cumpliendo su misión excelsa en camino o en reposo, en oración o en trabajo, siempre junto al Niño, siempre al lado de la Esposa, siempre humilde, callado siempre, dándonos una lección perenne de amable, de acogedora santidad.

Su vida se desenvuelve desde ahora en la verdeante Nazaret, entre canciones de aguas y olores de pinos, en una región de viñas y terebintos, al amparo de aquella pequeña aldea que, muy en su punto, se adornaba con un nombre tan fragante. Allí trabajaba el descendiente de reyes en su modesto oficio de carpintero. Allí se desposó con la flor más bella a quien rendían acatamiento todas las azucenas del mundo. Difícil sería enumerar los merecimientos de aquella virginal doncella. Más limpia que el rayo de luna, más blanca que la nieve incontaminada de las cumbres, María era un reino de dulzura, de humildad, de ensimismamiento. Los angeles la servían y aprendían de ella mientras meditaba el misterio de la Encarnación, absorta al contemplar dentro de sí aquel Niño, futuro Enmanuel, anunciado por el arcángel.

San José se miraba en aquella mirada que tenía la insondable serenidad de un lago. Leía el libro de la perfección en aquellos ojos. Era feliz.

Fue entonces cuando experimentó la primera y no esperada congoja. Es que Dios prueba a sus amigos en fuego de tribulación hasta darles el mejor temple. Y a excepción de Nuestra Señora, ¿quién más preparado que José para gustar estos sabrosos sinsabores? El que iba a ser padre nutricio de un Niño después crucificado necesitaba probar de antemano el acíbar del Calvario. ¿Cómo analizar la magnitud de aquel sufrimiento? ¿Cómo medir la grandeza de esa aflicción? El Eterno sabe acendrar hasta el último cuadrante el alma de sus santos. Por el dolor se sube al amor. Por el fuego del infortunio se asciende a la llama clarificada de la visión divina. Sufría la Virgen. Sufría José. Pero ambos pusieron en Dios su confianza, la delicadeza y el silencio fue la norma de su conducta y no tardó en llegar la hora del íntimo gozo, la hora del blanco mensaje. Un ángel trajo el anuncio: «No temas recibir a María [...] porque lo que en ella ha nacido viene del Espíritu Santo». La faz de San José se iluminó con arrobo, su alma se llenó de gratitudes.

A partir de este momento la vida de San José adquiere rasgos cada vez más definidos y se afirma y se pule con una espiritualidad que tiene el hontanar en el fondo de su alma. Una triple misión se le asigna: la de ser imagen del Padre, custodio de la Sagrada Familia y artesano diligente en su taller. ¡Y con qué decisión lo cumple entre gozos y congojas que le perfeccionan! Leer las jornadas de su peregrinación es como abrir un libro sabio en enseñanzas. Sufre el dolor humilde del pesebre, la aflicción de la sangre vertida, la amargura de la profecía, los temores de la huida, las tribulaciones del Niño no encontrado en tres días. Y en otro aspecto, ¿quién podrá medir la altura y la profundidad de sus gozos? Alegría celeste, mensajes angélicos, voces y cánticos de pastores, presencia del Niño, candor de la Madre y amor divino fueron su acompañamiento glorioso. Junto al dolor, la felicidad de una mirada con destellos de la eterna hermosura. Así se forjan las grandes almas. Para ganar el premio es preciso merecerlo. Y San José se llenó de merecimientos. En su vida se equilibraron la acción y la contemplación. Parco en palabras, fue largo en obras. Le contemplamos en tensión de camino, en tensión de trabajo. Cuando Augusto César dispone el empadronamiento, camina. Cuando Herodes busca a Jesús para matarle, camina. Cuando el ángel le anuncia que retorne, camina. Cuando el Niño se queda en el templo, camina también. Una decisión, un vigor inquebrantable nimba su vida. Siempre alerta en Belén, en Egipto, en la apacible Nazaret, vive cumpliendo su misión de padre adoptivo. ¡Cuántas veces en el silencio de las noches, a la sombra de las palmeras o en las montañas de la verde Galilea, le animaría una voz inefable que le hablaba desde la excelsitud de su reino!

¿Y qué decir de la fatiga amarillenta del desierto? Mientras avanzaba entre arenales, con peligro de fieras y de bandidos, huyendo de los lazos de una persecución cruenta, nuevos méritos de incalculable trascendencia se engarzaban en la corona del heroico Patriarca. El desierto que le circundaba tenía su réplica en el desierto interior de los temores de su alma atenta a defender de enemigos la dulce familia que caminaba bajo su tutela. Se ha dicho que no pueden entrar fácilmente en el cielo los que no caminan por este desierto. Muy cerca de la patria eterna debía

de sentirse entonces San José. El desierto era la desolación y la congoja. Pero también el impulso y el gozo de la misión bien llevada. En medio de las arenas, a su lado, caminaban dos tesoros. El Santo se veía como rey de una creación nueva. Ante esta contemplación el desierto se le transformaba en un paraíso y los rumores temibles de la noche se le convertían en gorjeos. ¡Qué prodigiosamente sabe Dios llenar de bienaventuranzas las almas que suben por la tribulación hasta los umbrales de su trono!

La leyenda vino a añadir nuevas tintas al cuadro. La imaginación popular, los apócrifos, la devoción de todos los siglos no se limitó a seguir la sencillez de las escenas evangélicas, antes al contrario, acumuló efectos sorprendentes cuyo contenido no hemos de puntualizar. Baste decir que allí donde la Sagrada Familia pasa, el perfume de la leyenda deja su rastro. El naranjo, la palmera, el trigo, el salteador, se humanizan, guardan al Niño, lo defienden en presencia de San José. Los pájaros se enternecen. El agua recibe una virtud nueva. Es el tributo de las criaturas, que quieren, a su modo, agradecer. Al fin y al cabo las más bellas leyendas nacen del amor.

Llegan los últimos años. La vida de San José se desliza en Nazaret con la levedad de una poesía a lo divino, callada, oculta, sin rumores exteriores. Le vimos aparecer en el silencio. Le veremos marcharse en el silencio. ¿Cuándo? Debió de morir antes que Jesús comenzara su predicación, quizá a la edad de setenta años. No vuelve a sonar su nombre ni en Caná, ni en Siquem ni en Cafarnaúm. Tampoco en el Calvario. Probablemente el Hijo quiso llevarse antes de esas horas a su anciano Padre adoptivo, para evitarle el último dolor. Su misión era la de acompañar, sustentar, defender a la Sagrada Familia en los años niños y formativos, y la llenó de manera inigualada. Cumplida su obra, sólo le quedaba morir. Morir para nacer. Morir para recibir cuanto antes la palma del triunfo eterno; para inundar de luz sus ojos con la visión beatífica, para anegarse en la divina Sabiduría cuyos celajes había columbrado en la mirada del Niño. ¿Resucitó, como admiten Suárez y San Francisco de Sales, el mismo día que el Salvador? ¿Subió al cielo en cuerpo y alma? Es posible. Pero lo cierto es que, guiado por la sonrisa del Hijo, por la mi-

sericordia de la Madre, nos mira, nos alienta, nos guarda como un ángel y nos prepara el gran día en que nuestra alma sabrá definitivamente lo que es nacer.

¡Qué sobreabundancia de caridad, de primores, de cuidado puso Dios al moldear el alma de San José, al crear su cuerpo, al formar aquellas manos de artesano que le iban a sustentar, aquellos brazos que se extremarían en delicadezas al dormirse, aquel entendimiento arrebatado por la consideración de los misterios divinos, aquel corazón que se adelgazaba como una llama en el amor del Niño más hermoso! Dios rodeó con sus misericordias el espíritu y la vida de José. Cuando labraba su alma, cuando tallaba su cuerpo, cuando infundía la luz en la mirada de su nueva criatura, la misericordia velaba allí. Cuando preveía *ab aeterno* las virtudes del futuro Santo, la misericordia extremaba su obra. Y cuando lo soñaba para esposo de María, para padre adoptivo de su propio Hijo, para guardián de la Sagrada Familia, la misericordia envolvía en luminosidad esta creación portentosa. Era una luz que reflejaba los esplendores de la luz eterna. El Señor le concedió particulares privilegios que bastarían para llenar de admiración el cielo y la tierra. ¿Cómo no acercarnos a él? Como escribe bellamente fray Bernardino de Laredo, las armas de su genealogía son el Niño y la Virgen. Jamás un blasón semejante se había dado ni se podía dar en el mundo.

El Santo Patriarca tiene la gracia de la flor que sabe entregarnos con caridad su aroma. A su lado florece la bondad, arraiga la dulzura, fructifica el sosiego. No es el santo de una época ni de un siglo. Es el Patriarca de todos los milenios, de ayer y de mañana, de hoy y de siempre. Pasa enseñando el valor de la vida remansada. Nos invita a contemplar la belleza de los seres humildes. A su lado nos sentiremos más niños y oiremos de nuevo dentro de nosotros la callada resonancia de un lenguaje aprendido la noche de Belén.

LUIS MORALES OLIVER

Bibliografía

Act SS Boll, 19 de marzo

BOURASSÉ, J., *Histoire de Saint Joseph* (Tours 1871)

DUBOIS, L. E., *Saint Joseph* (Paris 1927)
 FILAS, F. L., *The Man nearest to Christ* (Milwaukee 1944)
 HOLZMEISTER, U., SI, *De sancto Joseph quaestiones biblicae* (Roma 1944).
 LEPIECIER, A. H. M., *Tractatus de Sancto Iosephi* (Paris 1908).
 LLAMERA, B., OP, *Teologia de San Jose* (BAC 108; Madrid 1953)
 LUCOT, P., *St Joseph: étude historique sur son culte* (Paris 1875).
 MERCIER, V., SI, *Saint Joseph... d'après l'Écriture sainte et la tradition* (Paris 21895).
 RICART, *Saint Joseph, sa vie et son culte* (Lila 1893)

BEATO MARCELO CALLO

Seglar y mártir (1945)

«Creció en una familia modesta pero trabajadora. En ella aprendió a amar a Dios, alabarle, observar sus leyes y mandamientos; a amar al prójimo, respetar los derechos de la persona, practicar la solidaridad; dominar su carácter y el ardor de su temperamento».

Presentada la cuna de Marcel Callo. A cargo de Juan Pablo II. En la histórica mañana otoñal romana. Domingo, 4 de octubre de 1987. Cuando en Roma, rebotante de mitras y púrpuras, la dedicación oficial de la Iglesia jerárquica se centraba en las reuniones sinodales enmarcadas en la temática «Vocación y misión del laico en la Iglesia y en el mundo a los veinte años del Concilio».

El joven bretón compartía con las militantes italianas Pierina Morosini y Antonia Mesina la piadosa atención pontificia en la homilía de la triple beatificación.

«Los tres son laicos, son jóvenes, son mártires»...

Subrayaba el Papa, cuya voz rejuvenecida, emocionada y emocionante, flotaba en el ambiente sacro, perfumado de incienso y espesado de fervor e ilusión, de la basílica vaticana.

También acentuaba:

«Hijos de nuestro siglo [...] Perlas preciosas que el divino Agricultor ha cultivado en nuestro tiempo a través de la familia, a través de las asociaciones —especialmente la Acción Católica y la Juventud Obrera Católica—, a través del hogar y de la fábrica, a través del martirio...».

E insistente:

«Jóvenes intrépidos [...] Ciudadanos de la Iglesia y del mundo, hermanos de una humanidad nueva, constructores pacíficos de

una civilización plenamente renovada, signo profético de la Iglesia en el tercer milenio »

Fue la semblanza, compartida, del mártir beato Marcel Callo. En labios del papa Juan Pablo II.

Marcel Callo estalló a la vida en Rennes. En el noroeste francés. En la rocosa y verde Bretaña, de pasado celta, rica en folclore, mitos y leyendas; geografía de monumentos megalíticos y de *calvarios*; tradicional y católica.

Nacido el 6 de diciembre de 1921 y bautizado, transcurridas tan sólo veinticuatro horas, en la iglesia parroquial de San Albino. Recibió por primera vez la Eucaristía el 26 de mayo de 1932. Y confirmado en fecha 25 de junio del año siguiente.

Llegado segundo a la mesa familiar. Detrás aún vendrían otros siete hijos de Dios. Todos llovidos como un regalo del cielo en el cristianísimo hogar.

Sobre el que los bienes materiales precisamente no se prodigaban en proporción a la generosa fecundidad matrimonial. Los brazos paternos no sólo no daban para comodidades y posibles caprichos. Es que ni aún llegaban a cubrir la gama de necesidades personales y domésticas de la humilde familia obrera, con nueve personas en la mesa.

Marcel figurará entre los chavales listos y aprovechados de la clase. Unas dotes intelectuales, una aplicación y un interés escolar lastimosamente abortados.

Alumno brillante. Pero socialmente uno de tantos menudos ciudadanos. Un chaval normal. En casa, en la escuela, en los ambientes propios de la vida infantil urbana... Eso sí, con una marcada inclinación piadosa, sobre todo maternalmente estimulada, que, a los siete años, todas las mañanas le llevará a la parroquial de San Albino y le pondrá de monaguillo en el altar.

Total, pues, una infancia como tantas; una infancia normal. Pero normalidad en el adivinable y comprensible marco de privaciones e indigencias. Ellas, como hemos escrito, precisamente culpables del precoz recorte en la formación escolar y en el esparcimiento del adolescente que, en el otoño de 1934, sin haber cumplido los trece años, no seguiría cursos.

El día primero de octubre iniciaba andadura laboral. Aprendiz de tipógrafo en un taller de Rennes. Moviéndose entre lino-

tipias, mecanografiando textos, componiendo galeradas, respirando plomo, ensuciando manos y ropa. Pero, a la par, cultivando la ilusión de los cielos abiertos. Bosques, ríos y montañas le apasionaban locamente. Hasta tal punto que reservaba los ocios de final de semana y festivos para el escultismo, formalizando asociativamente su dedicación deportiva en las Navidades de 1933. Imprevisible que otro ideal pudiera arrastrarle más...

Es verdad que no siempre las previsiones se corresponden con la realidad. Y en este caso no se hubieran correspondido. Pues, justamente, casi de inmediato, terciaron otras inquietudes. Brilló la ilusión apostólica despertada por el admirable movimiento católico obrero de paternidad belga, y en propagación europea, arribado a Francia. Y el muchacho inicialmente compartiría ideales. Pero llegó un momento en que el atractivo de la *Jeunesse Ouvrière Chrétienne* fue mayor y Marcel plegó las velas del ocio. Total que, en 1936, sustituye el deporte por la militancia apostólica.

En cuestión de semanas dedicación exclusiva. Miembro activo, excelente militante y modelo de dirigentes. Pues, entre otras responsabilidades, presidirá la agrupación parroquial de San Albino.

Vivencia personal cristiana aparte, a través de la querida JOC local, el activo militante de Rennes se da de lleno a la proyección evangélica sobre los ambientes laborales a su alcance. Es un proselitismo dinámico. Arrollador...

Cauce abierto al apóstol que nace, precoz en su madurez humana y cristiana. Al que sus compañeros familiarmente apodan *Jesucristo*. Radical en la fidelidad a los compromisos bautismales. Con una intensa y viva piedad eucarístico-mariana contagiada maternalmente.

«Recuerda, Madre mía, —era una de sus jaculatorias— que soy tuyo, guardame y defiendeme como bien y posesion que te pertenecen»

Y abriéndose apostólicamente al prójimo individualmente y en el marco del asociacionismo católico. Atento, solícito, animoso, extremadamente servicial... Formidable compañero, amigo fiel.

Se la merecía. Y, veinteañero, dio con ella. Con una muchacha hecha a su medida. Sencilla, buena, piadosa, también apóstol... La soñaba esposa y madre de sus hijos. Mantenían la ilusión de una familia netamente cristiana. Enamoradísimos ellos... En 1942 formalizaron relaciones. Un noviazgo casto. Modélico. Pero que no florecería. Arrastrado, al año siguiente, por la ola expansionista nazi extendida sobre la geografía francesa.

En marzo de 1943 Marcel Callo, como tantos otros jóvenes del país, es enrolado en el «Service du travail obligatoire», con la consiguiente e inmediata deportación a Alemania. Brazos forzosos para la potenciación de la industria bélica hitleriana.

Mutilada la limpia relación amorosa. Pero no el apóstol, que viajó con afanes proselitistas en la maleta: «Voy no como obrero —anunciaba en sus ambientes antes de partir— sino como misionero. Y: «Ejerceré al máximo el apostolado».

Realmente protagonizará una labor entusiasta y eficaz entre la juventud gala castigada, arrancada del hogar, desatendida religiosamente, en circunstancias difíciles, en el campo de trabajo de Zehla-Melhis, auténtico purgatorio nazi en la ondulada superficie de Turingia. A partir del 24 del mismo mes.

Incansable, resistente a las penalidades personales, el bravo militante católico bretón descubre ocasiones y modos de sembrar consuelo, ánimos y fortaleza espirituales entre sus compañeros de desventura. Cumple con sus prácticas de piedad, con el precepto dominical, confiesa, comulga semanalmente. Se prodiga con los enfermos y se desvive por cualquier necesidad, prescindiendo de creencias y simpatías. Todos son hermanos. Llega incluso a formalizar la Acción Católica y organiza una especial celebración del mes de mayo.

Pero aquel proselitismo incontenible pinchó. Era demasiado osado, muy dinámico para no reventar la clandestinidad. Aguantó unos meses y desbordó. Alarmante... La solución, traslado. De mal en peor. A la prisión de Gotha, antigua capital del condado homónimo, también geografía de Turingia. Ahora recortados los horizontes. Enclaustrado.

Antes sufría castigo sin murallas, al sol, a la luz de la libertad. Y era una disciplina no tan inhumana, más llevadera.

Y enclaustrado, en fecha 19 de abril de 1944, bajo una curiosa acusación. Textualmente: «demasiado católico». Que conste...

Pese a todo, el prisionero seguiría sin poner freno a sus ansias apostólicas. Que los obstáculos sólo le sirven para vivir más heroicamente la fe que, por supuesto, no habrá quien se la robe. Y para sembrarla con mayor bravura y creciéndose en ilusión. Medio año de cautividad...

... Y suma y sigue: reclusión en Mauthausen.

Cayó en el infierno de Mauthausen. Le empujaron. El 4 del inmediato mes de octubre. Una fortaleza medieval, en la pequeña población agrícola del valle del Danubio, pegada al río. Tristemente célebre campo de exterminio, con entrada pero sin otra salida... que la chimenea. La chimenea por donde respiraban los hornos crematorios. Materialmente, una gran explanada amurallada. Con espesor de piedra, de alambre; de vigilancia eléctrica, canina y policial. Y, en el recinto terriblemente cerrado, la plaza del recuento; de las interminables, repetidas y terribles formaciones matutina, vespertina y de circunstancias. Y los barracones y el horno crematorio y las cocinas y los edificios administrativos... El terror.

Al ingreso seguían de inmediato la formación inicial, la confiscación de la ropa y de todo tipo de objetos personales, la rasura capilar y la ducha colectiva. Inhumanos chorros de agua fría que borran nombres y apellidos, quedando los presos convertidos en simples números; carne humana con matrícula. Tatuada y vestida, de más o de menos, no raramente con andrajos y suciedad...

La primera noche... La primera y la siguiente y la otra. Todas. Noches eternas con final, aún a oscuras, a las cuatro de la madrugada. Noches de infierno, con veinte centímetros de litera compartida por individuo y una manta pequeña para cubrir hasta cinco cuerpos. Con los inevitables y mortificantes pisotones sobre piernas, brazos, barrigas, cabezas, rostros... buscando, en la oscuridad, el espacio momentáneamente ahuecado para el inevitable repetido alivio del cuerpo en los lejanos rudimentarios servicios, por supuesto a la intemperie...

Nada extraño. De una cena a base de pura agua sucia con sabor a nabo, no podía esperarse otra reacción corporal. Rigor

no sólo en la dieta nocturna. Puesto que un simulacro de café matinal más un maloliente gazpacho vegetal, apuntalado con una triste rebanada de pan y escasos gramos de salchicha, partiendo la jornada, completaban el diario cupo de calorías recibidas por los maltratados cuerpos humanos condenados a trabajos forzosos.

Empujados, en el mejor de los casos, a las fábricas de armamento. Arrastrados, en peor condición, a la pedrera. La encumbrada pedrera de Mauthausen, un gran negocio estatal y la más rentable de todas las anejas a los campos de exterminio, ofrecía losas a las calles de Linz y de Viena y alimentaba los sueños de grandeza paranoica hitleriana. Pero, sobre todo, era un matadero.

Auténtico matadero humano.. ¡La difícil, cuando no imposible, resistencia de doce horas efectivas laborales, entre caminata y caminata —matutina y vespertina—, con el cuerpo desnutrido, aguantando chubascos, frío, nieve y sarcasmos, empujones y latigazos! ¡El calvario de la escalera de Mauthausen! Exactamente ¡187! peldaños o desniveles, de desigual altura y superficie. Terrible el descenso con la carga auestas, discutiéndose el imposible equilibrio entre quince y veinte kilogramos de mole granítica y la castigada espalda de los bárbaramente arreados hombre-bestias...

Y la muerte. En las cámaras de gas o por asfixia acuática o mediante descarga eléctrica o con inyección cardíaca de gasolina o en el paredón o en la horca... Siempre porque el frío, el calor, el hambre, el agotamiento, los golpes, los latigazos, la desatención médica, la incomunicación absoluta con el exterior, el terror... no habían acabado prematuramente con la víctima...

Circunstancias inevitablemente favorables al desespero. No rara, por consiguiente, la autoelectrocución. Corría el consejo: «Si te lanzas a las alambradas agarra un cable con cada mano. Así la muerte será más rápida». .

Marcel Callo sufrió en carne viva tanta barbarie. Pero sin desesperanza, sin pérdida de la paz interior. Y aún intentando levantar ánimos, estimulando y sembrando consuelo. Incomprendiblemente hizo llegar una nota escrita, de fecha 6 de julio de 1944, a manos de un hermano, futuro sacerdote, merece-

dora del recuerdo papal en la proclamación homilética de referencia.

Escribió:

«Afortunadamente Jesucristo es un amigo que no me abandona un solo instante y me sostiene y me consuela. El me torna soportables la pena y el dolor de las horas amargas. ¡Cuanto le agradezco las circunstancias del momento! [] Todos mis dolores y sufrimientos los ofrezco por vosotros, padres y hermanos, por mi prometida, por Juan, para que sea fecundo su apostolado sacerdotal, por mis compañeros. ¡Cuan dulce y agradable resulta sufrir por las personas que amamos!»

Y, tras la experiencia de Mauthausen, Gusen.

Gusen bautizaba una ampliación de Mauthausen. Unos cinco kilómetros más allá. En la margen izquierda del Danubio. Donde ahora se levanta una moderna urbanización ajardinada. Se le ha descrito como uno de los campos de concentración más criminales. Uno de los más terribles centros de exterminio humano. Urbanísticamente doce barracones penitenciarios mas otra docena de instalaciones de almacenaje y administrativas. Total, veinticuatro construcciones pintadas de negro sobre cuatrocientos metros de superficie, siempre enfangada, bordeando la carretera...

El heroico militante jocista francés había llegado el 7 de noviembre de 1944. Débil, envejecido, exhausto; con el cuerpo roto, las energías destrozadas, hecho una piltrafa humana. Por eso vino, como todos, en calidad de víctima. Destinado al sacrificio... Que, eufemismos aparte, Gusen era el final. Al forzoso visitante no le esperaba más que la muerte. No raramente, adelantada, llegaba en el vehículo azul, el camión fantasma, durante el breve trayecto iniciado en Mauthausen. Servida con gas. Descargado el cadáver, pasaba ya directamente al crematorio.

O, también, final gaseado. En las simuladas, traidoras salas de ducha. Donde, a través de la pequeña mirilla acristalada, los verdugos podían contemplar el espeluznante espectáculo de los cuerpos desnudos y en promiscuidad, desesperados, enloquecidos, dándose de cabeza contra las paredes o absurdamente vengándose con uñas y dientes mutuamente o hundiendo los dedos en la garganta intentando aliviar las dificultades respiratorias...

Hasta derrumbarse, paulatinamente, unos sobre otros, sumando cadáveres verdosos.

Diferente la muerte en la barraca número 32, que ofrecía duchas de verdad. Repetidas, persistentes —tres, cuatro diarias; entre media hora y tres cuartos de duración—, que combinaban chorros de agua fría e inmersión, empujones, estacazos y zambullida forzosa... Los raramente resistentes a tanto martirio eran hundidos, aplastados por la cabeza, hasta ahogarse.

Cuando no venida, lentamente, dándole la mano la desnutrición y el hambre. Hambre derivada en antropofagia, terrible degradación humana.

Se daba.

Espeluznante testimonio directo:

«Si salí con vida de Gusen fue gracias a haberme alimentado con carne humana [] El olor a carne asada que venía de los crematorios despertaba el apetito y era tanta el hambre que realmente muchos de nosotros la hubiéramos comido »

Ignoramos la puntilla que acabó definitivamente con los veinticuatro años de Marcel. Años que hubieran podido ser hermosos y aparecían ajados. Allá, en la verde y legendaria Bretaña, llorados, añorados y esperados en el seno familiar y en el hogar de una muchacha enamorada... Pero sabemos que, en la mañana festiva del 19 de marzo de 1945, el bravo militante católico vertió su postrera sangre en el océano de la barbarie nazi. Vísperas de primavera sobre Gusen.

¡Estupendo muchacho!

«Marcel —admirará un coronel del campo— tenía la mirada de un santo...».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 79 (1987) 1 337 1 342

BENSALOM, I, *Auschwitz Los campos de exterminio* (Barcelona 1993)

Bibliotheca sanctorum Appendice prima, p 240

JEGO, J B, *Marcel Callo, témoin du Christ* (Rennes 1966)

— ID, *Un exemple Marcel Callo, 1921 1945* (Rennes 1948)

«Martires del nazismo», en C LEONARDI A RICCARDI-G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 1 688-1 691

ROIG, M, *Els catalans als camps nazis* (Barcelona 2001)

BEATO ISNARDO DE CHIAMPO

Presbitero († 1244)

Natural de Chiampo, junto a Vicenza, como dote humana recibió una gran corpulencia. Marcha en su juventud a estudiar a Bolonia, donde conoce a Santo Domingo de Guzmán, a quien le pide el hábito, seguramente en el año 1218.

Al año siguiente es enviado a Milán con el Beato Guala y, ordenado sacerdote, será exactamente un gran predicador de la palabra divina. Enviado en 1230 a Pavía a fundar un convento de su Orden, gracias a su amistad con el obispo Redolbado pudo cumplir el encargo, estableciendo el convento junto a la iglesia de Santa María de Nazaret. Isnardo permaneció allí dedicado a la siembra del evangelio. Murió el 19 de marzo de 1244. Su culto fue confirmado el 12 de marzo de 1919.

BEATO ANDRÉS GALLERANI

Seglar y fundador († 1251)

Nació en Siena hacia el año 1200 y elige la profesión militar. Habiendo asesinado a un hombre, recibe como pena el destierro.

Cumplido el tiempo de exilio vuelve a Siena pero deja la profesión militar y se dedica a hacer penitencia por su crimen y a ejercer la misericordia con los pobres. Fundó con un grupo de amigos la Hermandad de la Misericordia, dedicada a obras de caridad. Sus componentes eran seglares, no haciendo ningún género de votos religiosos, pero viviendo unidos por el deseo de hacer el bien y la práctica continua de la misericordia cristiana, atendiendo a los enfermos, socorriendo a los pobres y a las viudas, acudiendo al lado del que sufre. En estas santas obras perseveró hasta su muerte el 19 de marzo de 1251. Su culto fue confirmado el 13 de mayo de 1798.

BEATO JUAN BURALLI DE PARMA

Presbítero († 1289)

Nace en Parma el año 1208. Era ya maestro de lógica cuando con 25 años decide su ingreso en la Orden franciscana.

Hechos los estudios y ordenado presbítero, enseñó y predicó en Bolonia, Nápoles y Roma. Producida en el seno de la Orden la discusión acerca de la pobreza, Juan mostró un punto de vista moderado, aunque los más radicales entendían que estaba de su parte. Convocado capítulo general en Lyon por orden del papa Inocencio IV, el anterior general no compareció, y en su lugar fue elegido Juan, que procuró tomar medidas para impedir que ninguno de los grupos dejara la Orden. Puso las propiedades de la Orden a nombre de la Santa Sede, no considerando a la Orden sino como administradora, siguiendo con ello la sugerencia papal. Como tal ministro general, visitó los conventos de Inglaterra, Francia, Borgoña, Provenza y España. Convocó capítulo general en Metz en 1249 e insistió en la observancia general de las Constituciones.

Aquel mismo año, el citado papa lo mandó a Constantinopla como parte de la embajada romana que gestionaba la unión con los orientales. Volvió al cabo de dos años y continuó rigiendo su Orden con mansedumbre y espíritu de caridad. Cuando pensó que ya no tenía la confianza de Roma dejó el cargo en 1257 y se retiró al eremitorio de Grecchio.

Dolido porque los griegos se alejaban de la unión firmada, en 1274 quiso ir a dialogar con ellos pero murió en Camerino el 19 de marzo de 1289. Su culto fue confirmado el 1 de marzo de 1777.

BEATA SIBILINA BISCOSSI

Virgen († 1367)

Nace en Pavía en 1287 y al quedar huérfana en la infancia, se gana la vida como criada, pero a poco queda ciega y entonces la acogen unas dominicas terciarias que vivían en comunidad. Ella toma el hábito de terciaria seglar y se recluye a vivir en una capilla adjunta a la iglesia de los dominicos, donde los fieles por

caridad le proporcionaban comida. Allí persevera en la oración y la penitencia durante muchos años, dando buenos consejos y exhortaciones a quienes se acercaban a visitarla. Murió el 19 de marzo de 1367. Su culto fue confirmado el 17 de agosto de 1854.

BEATO MARCO DE MARCHIO DE MONTEGALLO

Presbitero († 1496)

Nace en Fonditore, junto a Montegalloy (Italia) y tras estudiar en Perugia y Bolonia se doctora en leyes y medicina. Ejerce la profesión de médico en Áscoli y contrae matrimonio. Pero al año de estar casados ambos deciden su vocación religiosa, ingresando ella en las clarisas y él en los franciscanos.

A poco de haber profesado es nombrado guardián del convento de San Severino, pero él se sentía inclinado a ejercer el ministerio de la predicación. Es lo que hará una vez ordenado sacerdote, sembrando la palabra de Dios por toda Italia y predicando la paz y la concordia en un tiempo de grandes banderías y divisiones. Se cuidó mucho de la suerte de los pobres y promovió los montes de piedad y los bancos populares. Fue un tiempo provincial de Las Marcas.

Su vida personal fue ejemplar por su altísima espiritualidad y notable austeridad y penitencia. Murió en Vicenza el 19 de marzo de 1496. Su culto fue confirmado el 20 de septiembre de 1839.

BEATO NARCISO TURCHAN

Presbitero y mártir († 1942)

Nació en Biskupice (Polonia) el 19 de septiembre de 1879 en el seno de una familia acomodada. Luego de hacer el bachiller ingresó en la Orden franciscana, rama de los reformados, en Galizia (Austria) el 8 de septiembre de 1895, pero cuando profesó, reformados y observantes ya se habían unido en una sola provincia.

Terminados los estudios teológicos y hecha la profesión solemne, se ordenó sacerdote el 21 de junio de 1906 y trabajó como vicario parroquial, catequista, predicador y confesor. Separadas de nuevo las provincias, volvió a la suya original y fue guardian del convento de Stopnica hasta 1923, pasando luego al de Pilica y, posteriormente, a otros, siendo elegido en 1936 guardián del convento de Wloclawek. Aquí estaba cuando la Gestapo lo arrestó el 6 de noviembre de 1940, siendo llevado un año mas tarde al campo de concentración de Dachau, donde, a consecuencia de las miserias del mismo, murió el 19 de marzo de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999

20 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 La conmemoración de San Arquipo, colaborador del apostol San Pablo

2 En Antioquia (Siria), los santos Pablo, Cirilo y otros, martires (fecha desconocida)

3 En Metz (Francia), San Urbicio († 450), obispo

4 En Braga (Portugal), San Martin de Dumio († 580), obispo **

5 En Lindisfarne, San Cutberto († 687), obispo *

6 En Fontenelle (Francia), San Vulframo († 700), obispo de Sens y misionero

7 La conmemoracion de San Nicetas († 733), obispo de Apolonia, desterrado por defender las sagradas imagenes

8 En la Laura de San Sabas (Palestina), ciento veinte monjes, martirizados a manos de los sarracenos († 797)

9 En Siena (Toscana), Beato Ambrosio Sansedoni († 1287), presbitero, de la Orden de Predicadores *

10 En Praga (Bohemia), San Juan Nepomuceno († 1393), presbitero y martir **

11 En Mantua (Lombardia), Beato Bautista Spagnoli († 1516), presbitero, de la Orden del Carmen *

12 En Florencia (Toscana), Beato Hipolito Galantini († 1619), fundador del Sodalicio de la Doctrina Cristiana **

13 En Ernee (Francia), Beata Juana Veron († 1794), virgen y martir *

14 En Tarragona (España), Beato Francisco de Jesus, Maria y Jose Palau Quer († 1872), presbitero, de la Orden del Carmen Descalzo, fundador de las Carmelitas Misioneras **

15 En Lvov (Ucrania), Beato Jose Bilczewski († 1923), obispo *

16 En Bilbao (España), Santa Maria Josefa del Corazon de Jesus Sancho de Guerra († 1912), virgen, fundadora de la Congregacion de las Siervas de Jesus **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN MARTÍN DUMIENSE

Obispo († 580)

San Martín Dumiense debe su sobrenombre a Dumio, lugar próximo a Braga, capital que era, ésta, del reino de los suevos. A él se atribuye la conversión al catolicismo de este pueblo bárbaro, establecido desde comienzos del siglo V en la parte noroeste de la Península, y como apóstol de los suevos es conocido en la historia por antiguos y modernos. Entre los antiguos aduzcamos ya el testimonio de San Isidoro de Sevilla, su contemporáneo algo posterior

«Habian —dice San Isidoro— permanecido muchos reyes suevos en la hereja arriana, hasta que subio al trono Theudemiro. Este, por celo y esfuerzo de Martin, obispo del monasterio de Dumio, hombre esclarecido por su fe y su ciencia, volvio a los suevos a la fe catolica»

Al importante hecho se le asigna la fecha de 560

Pero ni los suevos ni su apóstol son originariamente hispanos. ¿Cómo vinieron unos y otro a España? ¿Cómo se encontró el apóstol con los que, ante Dios y ante la historia, serían su gloria y su corona?

Si abrimos un mapa clásico de la antigua Germania, entre las mallas de las arterias que forman el Elba con las aguas venidas de los montes Sudetes, hallamos en grueso trazo el nombre de *Suebi*. El mapa mismo, con el confuso cruzarse y entrecruzarse de los nombres de pueblos, nos da la impresión de un hormiguero humano, aprisionado entre sus bosques, ríos y montañas por el *limes* romano, el Danubio aquí, el Rhin más allá, las legiones por dondequiera. Los suevos, en alguna de las

ramas en que aparecen ya fraccionados a comienzos del siglo I, hubieron de ser mas de una vez el terror de Roma. En los dias de Marco Aurelio, cuados y marcomanos están frente a Roma (166-180), y fue tal el pánico de la urbe que el emperador estoico no halló en el Imperio adivinos bastantes a quienes consultar, ni víctimas suficientes que sacrificar para asegurar el éxito de la guerra. Pero a la larga, la frontera romana se resquebrajaba por todas partes. En lo que ahora nos interesa, los últimos días del año 406, bandas de vándalos, alanos, cuado-suevos y una fracción de vándalos silingos atraviesan, por Maguncia, el Rhin, que acaso estaba helado, e inician por tierras del Imperio la marcha que, a través de la Galla, habia de llevarlos a nuestra Península.

«De un solo empujon —dice, resumiendo penalidades infinitas, San Isidoro— alcanzaron el Pirineo, llevandose a los francos por delante *Francos proterunt directoque impetu ad Pyrenaeum usque perveniunt*» (*Hist. Goth.* c 71). Pero no lo atraviesan entonces. Aun sufren una derrota romana y solo el año 408 o 409 irrumpen por las provincias de España. Hasta el año 411, estos pueblos devastan las tierras por donde pasan. El 411 hubo un reparto de tierras en nuestras provincias. Los barbaros —dice Idacio—, inclinados por la misericordia divina al camino de la paz, se reparten a la suerte las regiones de las provincias para habitarlas. Los vándalos y los suevos ocupan la Gallaecia, sita en la extremidad occidental del mar oceano » (*Chronicon*, c 47).

Estos suevos que de un magnífico salto han venido de las orillas del Rhin a las del Miño, rompiendo por entre las lanzas de francos y romanos, eran paganos de religión. Todavía su rey Rékhila, que llevó sus armas victoriosas hasta la Bética y conquistó Sevilla, muere gentil el año 448. En este momento nos da Idacio esta noticia: «Al gentil Rékhila sucede inmediatamente en el reino su hijo Rekhario, católico» (*Chron.*, c.137). A la conversión del rey sigue la de su pueblo. A qué y a quién se debiera esta conversión de rey y pueblo, es punto oscuro en la historia —de la historia de este pueblo suevo, que tantos puntos oscuros tiene.

Lo cierto es que cuando, a los pocos años, otro rey suevo se hace arriano, el pueblo se pasa también al arrianismo (si no hay, más bien, que pensar que el pueblo fuera ajeno a estos cambios de decoración religiosa). Y es que estas conversiones religiosas,

nota bien un moderno historiador, eran característicamente actos políticos. El nuevo rey arriano, Remismundo, de complicada historia política, aparece dueño único del reino suevo por el año 465. Está en relaciones con el poderoso rey godo Teodorico, con cuya hija se casa. La conversión, pues, fue también ahora acto político. El catequista fue un tal Áyax, gálata de nación, enviado, sin duda, por Teodorico. Las palabras de Idacio respiran indignación:

«Áyax, galata de nacion, que, viejo ya, se habia hecho arriano, alzase entre los suevos a combatir, con el auxilio de su rey, la fe catolica y la divina Trinidad, propagando el virus pestifero del enemigo del genero humano, que habia traído de la region de las Galias, habitada por los godos» (*Chron*, c 232)

Si aceptamos para la conversión del pueblo suevo al catolicismo la fecha antes notada de 560, el arrianismo habría durado desde 465 a dicha fecha: un siglo aproximadamente. Y este siglo es justamente de total oscuridad histórica por silencio de las fuentes. Se duda, incluso, sobre el nombre del rey suevo que pasó con su pueblo al catolicismo: Kharriarico, según San Gregorio de Tours, o Theudemiro, según San Isidoro en texto anteriormente citado. Vamos a prescindir de la cuestión de nombres. Según San Gregorio de Tours (538-594), el rey suevo arriano habría enviado una embajada al sepulcro de San Martín, suplicando la curación de un hijo enfermo. La embajada fracasa. Envía otra con grandes ofrendas. Los enviados reciben ahora las reliquias del santo, que, de paso, libera a los presos de la ciudad. Con próspero viento llegan, por mar, a Galicia. El hijo del rey, milagrosamente curado, sale a recibir aquel tesoro. .

«Entonces llegó también de lejanas regiones, movido de divina inspiración, un sacerdote llamado Martín [] El rey con toda su casa confeso la unidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo y recibió el crisma. El pueblo quedó libre de la lepra hasta el día de hoy y todos los enfermos fueron sanos [] Y aquel pueblo arde ahora tanto en el amor de Cristo, que todos irían gozosos al martirio si llegasen tiempos de persecución» (*De miraculis S. Martini*, I,11)

Este texto de Gregorio de Tours, contemporáneo de los hechos que narra, siquiera sobre ellos deje indefectiblemente caer el polvillo irisado del oro de la leyenda, pone finalmente en

contacto a San Martín Dumiente con el pueblo de que va a ser apóstol. No es inverosímil suponer que fue éste el momento en que, movido de divino impulso —*divinis nutitibus actus*, como dirá él mismo—, se determinó a dejar las Galias y pasar a la remota Galesia, dominada por un pueblo arriano, pero dispuesto a recobrar la fe ortodoxa. La perspectiva, para un alma de temple apostólico, no podía ser más halagueña. Y también aquí pudo haber tenido parte la política. Los francos eran católicos desde fecha remota —Clodoveo se bautizó el 25 de diciembre de 498 o 499— y, sin duda, se disputaban con los godos la influencia sobre el pueblo suevo. Por otra parte, Martín no era un desconocido en el reino franco. Venancio Fortunato, peregrino también del sepulcro de Martín de Tours, monje primero y obispo luego de Poitiers, inspirado poeta, fue amigo suyo y le exalta con alta inspiración en uno de sus poemas, que es bien citar aquí.

Por el nuevo Martín salvada, Galicia aplaude,
de esturpe apostólica fue este varon para ti.
Por virtud a Pedro, por doctrina a Pablo, igualara.
De Santiago y Juan la proteccion te trajo.
De Panonia vino, segun dicen, de *parte Quirinis*
Y fue más bien la salud la Galicia sueva

Gregorio de Tours, amigo también de Venancio Fortunato, hace del Dumiente este lapidario elogio: *Nulli secundus illis temporibus habebatur* (*Hist. Franc.* V,38: PL 71,352). Acaso conoció también el monasterio y la regla de San Cesáreo de Arlés. Estas estrechas relaciones con las grandes lumbreras eclesiásticas del reino franco suponen una estancia algo prolongada en él. Cabe, pues, imaginar que fue de Francia, acaso de la tumba misma del taumaturgo homónimo suyo, de donde San Martín Dumiente vino a España. Nada impide tampoco suponer que se agregara a la expedición regia que llevaba a Galesia las reliquias del Turo-nense. Ello sería por los años de 550-560.

Pero Martín no era franco ni galorromano de nación, y si la embajada piadosa del rey suevo le halló junto a la tumba de San Martín de Tours era simplemente una de tantas estaciones en una vida de largo peregrinar por tierras extrañas. Sólo en Galesia justamente hallará reposo. Él mismo nos dice en el epitafio

que, con ejemplar previsión, se compuso para su tumba en hexámetros virgilianos: «Nacido en Panonia, atravesando los anchos mares y movido por impulso divino, llegué a esta tierra gallega, que me acogió en su seno...».

San Martín Dumiense es, consiguientemente, de la misma patria lejana, la actual Hungría, muy hacia el Oriente, que su glorioso homónimo San Martín de Tours, de reciente memoria (relativamente reciente, pues San Martín muere el año 397) y cuyos milagros atraían a su tumba gentes de toda procedencia y categoría. El Dumiense hubo de nacer hacia el 510-520. De su juventud no se sabe nada. Apuntemos sólo que un siglo antes (después de 414) había muerto por sus tierras del Danubio un escritor notable, Nicetas de Remesiana, cuyas obras hubo de leer antes de emprender sus peregrinaciones. Acaso la primera de éstas le llevó a Palestina, donde se hizo monje y aprendió el griego. El monacato era entonces algo muy móvil. Martín puede seguir peregrinando; pero de Palestina se trajo el espíritu monacal que instaurará en tierras de Galicia y dos preciosos opúsculos: *Verba seniorum* y *Sententiae Patrum Aegyptiorum*, que serán la regla de su futuro monasterio dumiense. La visita de Roma era inevitable. De Roma pasaría al reino franco, donde le hemos hallado junto al sepulcro de San Martín y hemos supuesto que, desde allí, por mar, se dirigió al reino suevo, donde había de hallar término a su peregrinación y ancho campo a su celo apostólico. Éste sería el momento de su gran obra: la conversión del rey y el pueblo arriano a la ortodoxia católica. Ni San Isidoro ni San Gregorio de Tours nos dicen en qué consistió la acción del Dumiense en la conversión del rey y pueblo suevos. Acaso fue obra del prestigio de su fe y de su saber. El hecho es que en el primer Concilio de Braga, el año 561, San Martín desempeñaba el mismo papel que San Leandro en el tercero de Toledo. La conversión había sido tan entera que no fue menester lanzar nuevo anatema contra el arrianismo y los ocho obispos que firman sus actas se limitaron a leer la decretal del papa Vigilio y extractar de ella su canon quinto, que manda administrar el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Que la conversión hubo de estar relacionada con los milagros de San Martín de Tours lo prueban los versos del Du-

miense que figuraban en la basílica de Dumio, consagrada al taumaturgo turonense:

«Admirando tus prodigios, el suevo ha conocido el verdadero camino, y, para sublimar tus meritos, ha levantado estos atrios, construyendo a Cristo un templo venerable, donde tu repartes tus gracias y el derrama sus plegarias»

Pero Martín, que hubo de frecuentar la corte y mezclarse entre las muchedumbres populares y presidir un concilio para la obra de conversión, era en el fondo un monje que se había traído de Palestina la nostalgia de la soledad, del silencio y la quietud, de la gloria de la oración lejos de todo mundanal ruido, aun del que trae consigo toda obra de apostolado (y éste es acaso el brazo más pesado de su cruz). Así, y apoyado, sin duda, por el poder regio, pronto funda el monasterio de Dumio, cerca de Braga, el primero de Galicia y acaso también de toda la España visigótica. Luego seguirán otros, de los que quedan escasas noticias. Lo cual no era abandonar la obra de conversión, sino asegurarla. Acaso Martín comprendió que no hay medio de cristianizar un pueblo como esos focos de intensa vida sobrenatural, que, como el fuego su calor, la irradian luego en torno suyo, sin estruendos pero con infalible eficacia. No sabemos como se llevó a cabo la fundación y se formó en torno a Martín ese vasto mundo aparte que era una abadía medieval. Lo que sí sabemos es que muy pronto el abad de Dumio es creado obispo —*Dumiensis monasterii sanctissimus pontifex*, le llama San Isidoro—. Su jurisdicción debió de limitarse a la *familia servorum* del monasterio y acaso a la corte. Se supone que conoció la regla de San Cesáreo de Arlés († 27 de agosto de 543) y acaso también la de San Benito († ca.547). Pero en Dumio, Martín fue, sin duda, la regla viva. Y como fuente de inspiración para la formación de sus monjes, allí estaban los dos opúsculos que se trajera de Oriente: *Las palabras de los ancianos* y *Las sentencias de los padres egipcios*. Este último, que nos parece menos interesante, lo tradujo por sí mismo. Del primero encomendó la traducción a su discípulo Pascasio, quien antepone a su labor un breve prólogo dirigido «al señor venerable padre Martín, abad y presbítero» Este prólogo nos interesa, como todo rastro que de sí deje un alma, pues Pascasio, monje de Dumio, puede representar el ideal de cultura

que San Martín señalaba a sus monjes. Pascasio emprende su trabajo, para él insólito, para obedecer a su padre santísimo. Él sabe —y es un saber precioso— que nada puede jamás leerse, escribirse o imprimirse, si el ingenio o el corazón con su íntima voz lo prohíben. Se acuerda de Sócrates y, como él, sabe que no sabe nada. Ha leído muchos libros elocuentísimos, aun por incitación de su abad, y si su version latina no lo es tanto, no se le inculpe a él, sino al mal manuscrito de que dispone. Le pide a su abad la ayuda de su oración y si halla, en fin, su trabajo digno de ser copiado, él se digne pulirlo con su buen estilo. El buen Pascasio termina: «No sabría que mi trabajo te ha agradado, si no veo algunas cosas que te hayan disgustado». La obrita es un tesoro de doctrina ascética, con la ventaja de ofrecérsenos no en tratados abstractos o en áridas sentencias, y menos en un código de imperativos, sino en narraciones, anécdotas y palabras vivas de los Padres del yermo. Son la flor de aquellas soledades en su mejor primavera de santidad. Son zumo sabroso de unos frutos de experiencia ya secular. Es difícil resistir a la tentación de transcribir aquí algunas de esas palabras de los viejos del yermo, no sólo por su perfume y su jugo, sino porque si no son obra de San Martín, por él llegaron a Occidente y él antes que nadie hubo de sentir su hechizo y modelar por ellas su espíritu y el de sus monjes. Tomemos el postrer capítulo.

«Se reunen doce anacoretas y se conviene entre ellos que cada uno diga en que piensa y medita El primero dijo “He puesto un muro entre mi y el mundo exterior y solo me miro a mi mismo y espero la esperanza de Dios” El segundo “Desde que renuncie a la tierra, me dije hoy has empezado a servir a Dios” El tercero “Por la mañana subo a Dios y le adoro ” El cuarto “Yo me imagino estar en el monte Olivete con el Señor y sus discipulos y me digo a mi mismo no conozcas a nadie segun la carne” El quinto “Yo estoy continuamente esperando mi fin y le digo a Dios preparado esta mi corazon ” El sexto “Yo me imagino oir que el Señor me dice a la continua trabajad por mi y yo os dare el descanso ” El septimo “Yo pienso continuamente en la fe, la esperanza y la caridad” El octavo “Yo miro como el diablo esta dando vueltas buscando a quien devorar ” El noveno “Yo procuro vivir con mi mente en el cielo y cuanto hay en la tierra lo reputo ceniza y estiercol” El decimo “Yo miro continuamente al angel que me acompaña ” El undecimo “Yo hago de las virtudes personas y me las imagino acompañandome por todas partes ” El duodeci-

mo “Vosotros, padres, sois hombres celestes o angeles terrenos y por ello pensais en el cielo Yo bajo todos los dias al infierno y me digo a mi mismo estate con los que mereces, pronto te contaras entre ellos ”»

Recojamos alguna deliciosa narracioncilla. San Martín recomendaba a sus monjes el desprendimiento de las cosas con este ejemplo:

El abad Macario sale un dia de su celda A la vuelta halla a un ladron que estaba cargando su jumento con los enseres del monje Macario se hace el extranjero, le ayuda a cargar la bestia y le acompaña diciendo «Nada trajimos al mundo y nada nos llevaremos de el»

Vaya esta otra por lo breve:

«Un viejo le dice a otro “Yo estoy muerto al mundo” El compañero le responde “No confies en ti mismo hasta que hayas salido de tu cuerpo, pues si tu estas muerto, el diablo no lo esta, y sus artes son incontables”»

Una sentencia de oro: «Todo trabajo sin humildad es vano...».

Contra la fácil tentación de soberbia que acecha al monje como elegido y predestinado, San Martín contaba a los suyos: El abad Silvano fue arrebatado en éxtasis en su celda. Vuelto del éxtasis, lloraba. Importunado por su discípulo, dijo finalmente:

«He sido arrebatado al juicio, hijo mio, y he visto a muchos con habito de monjes ir a los suplicios y a muchos laicos subir al cielo»
(*Sententiae Patrum Aegyptiorum*, 48)

Y así fuera grato continuar.

Pero no eran sus monjes de Dumio la sola solicitud de San Martín. Para regular la vida del clero, recopiló, tradujo y ordenó una colección de cánones, tomados «de los sínodos de los antiguos Padres orientales», pero también de concilios españoles y africanos. Colección, sin duda, del mayor interés para el conocimiento de la organización y vida de la Iglesia y aun de las costumbres en general de aquellos tiempos. San Isidoro nos dice haber leído él mismo —*ego ipse legi*— un volumen de cartas en que «el obispo santísimo del monasterio dumiense exhortaba a la enmienda de la vida, al fervor en la oración, a la largueza en la limosna y, sobre todo, al culto de las virtudes y a la piedad».

Estas cartas se han perdido y su pérdida es bien de lamentar, pues ellas nos hubieran acaso guardado lo mejor del alma del abad de Dumio.

Al rey Miro, sucesor de Theudemiro, le dirige San Martín el opúsculo *Fórmula de la vida honesta*. El tratado hubo de ser pedido al santo por el rey mismo, que siente —dice Martín en el prólogo— sed ardentísima de la sabiduría y quiere ir a saciarla en las fuentes de donde manan los ríos de la ciencia moral. Si esta sed la suscitó, como es de suponer, el apóstol en sus conversos, ello sería gloria suya y de ellos. La *Fórmula* es un tratado de ética natural de corte e influencia senequista. San Martín Dumicense, de origen no hispano, es nuestro primer senequista. Hasta tal punto se penetra del estilo y pensamiento del cordobés, que la Edad Media nos ha transmitido la *Formula vitae honestae* bajo el nombre de Séneca. La nueva patria le prestó acaso también algo de su espíritu. A Séneca suena esta sentencia: «¿Qué importa que no estés en tu patria? Tu patria es el lugar donde has encontrado el bienestar, y la causa del bienestar no radica en el lugar, sino dentro del hombre mismo». Lo mismo se diga del tratado *De ira*, que recuerda otro del mismo título de Séneca.

Objeto, en fin, de la solicitud del abad obispo de Dumio era el pueblo humilde de los campos, imbuido aún de supersticiones paganas, célticas y germánicas. El tratado *De correctione rusticorum*, a par de un resumen de las verdades cristianas, da noticias de las supersticiones de las gentes del campo del reino suevo (y hay que suponer que de toda España). Para desacreditar la idolatría, San Martín apela a la teoría demoníca. Muchos de los demonios expulsados del cielo presiden en el mar, en los ríos, fuentes y bosques, y los hombres que ignoran a Dios les dan culto como a dioses. En el mar los llaman Neptuno, en los ríos, Lamias, en las fuentes, Ninfas, en los bosques, Diana. En realidad, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno fueron hombres pesimos entre los griegos. Notable cruce, pues, de la teoría demoníca y del evemerismo (y notable también que aún haya quien crea hoy el aire poblado de demonios...). San Martín no quiere que se den a los días de la semana los nombres de los dioses gentiles y es admirable que los portugueses le hayan obe-

decido. Citemos, en fin, por lo curioso, el culto a los ratones y a las polillas. Su hartazgo a principios de año era presagio de abundancia en la casa visitada por tan incómodos huéspedes.

Sólo podemos ya citar por su mero título otras obras del santo: *Pro repellenda iactancia*, *De superbia* y *Exhortatio humilitatis*, que tienen más sabor evangélico. Los opúsculos sobre la Pascua y *De trina mersione* responden a cuestiones muy debatidas en su tiempo.

San Martín fue también poeta, o, por lo menos, sabía manejar diestramente los hexámetros virgilianos. Se le han señalado influencias del poeta galorromano Sidonio Apolinar († 480-90). En el refectorio del monasterio de Dumio había una inscripción tomada casi a la letra de San Apolinar (cf. PL 72,52 y PL 58,722). En hexámetros virgilianos está compuesto por él mismo su epitafio, con que cerramos esta semblanza:

«Nacido en Panonia, atravesando los anchos mares y movido de impulso divino, llegue a esta tierra gallega, que me acogio en su seno. Fui consagrado obispo en esta iglesia tuya, oh glorioso confesor San Martín, restaure la religion y las cosas sagradas y, habiendome esforzado en seguir tus huellas, yo, tu servidor Martín, que tengo tu nombre, pero no tus meritos, descanso aquí en la paz de Cristo»

Este descanso lo alcanzó el año 580. Cinco años más tarde moría también, bajo las armas victoriosas de Leovigildo, el reino suevo. San Isidoro le puso el epitafio: *Regnum autem suevorum deletum in Gothis transfertur, quod mansisse CLXXVII annis scribitur*, «Fue borrado el reino suevo que pasó a los godos y se dice haber durado ciento setenta y siete años». La obra, sin embargo, de San Martín no quedó borrada. Sólo unos años más tarde, España entera será católica y esta fe católica de España entera será la gran fuerza que la salvará, en lucha secular, de la suprema prueba que la historia le reservaba.

DANIEL RUIZ BUENO

Bibliografía

Act SS Boll, 20 de marzo

BARLOW, C W (ed), *Martini Episcopi Bracarensis Omnia* (New Haven 1950)

FLOREZ, E, *España sagrada*, t IV p 151s

GREGORIO DE TOURS, SAN, *De miraculis Sancti Martini*, p 1 c 11 ASIMISMO VENANCIO
FORTUNATO PL 88

MENÉNDEZ PELAYO, M., *Historia de los heterodoxos españoles*, I (BAC 150, Madrid
1998) 257s

PÉREZ DE URBEI, J., *Los monjes españoles en la Edad Media*, I (Madrid 1945) 203s

Véanse las *Historias de la literatura cristiana* o *Patrologías* de B. ALTANER, O. BARDFENH
WER, etc., en sus pasajes sobre San Martín

SAN JUAN NEPOMUCENO

Presbítero y mártir († 1393)

Es curiosa la persistencia que las leyendas, sea cualquiera su signo, logran frente a la historia mejor fundada. Hoy conocemos ya con absoluta certeza cuál fue, en realidad, la vida de San Juan Nepomuceno, cuáles las vicisitudes de su culto y los fundamentos documentales de todo orden en que puede apoyarse. Y, sin embargo, mientras esto ocurre, nos encontramos con que todavía la leyenda persiste con toda su fuerza.

Y subsiste en primer lugar la leyenda de tipo negativo. En 1835 un protestante alemán llamado Abel, con la intención que puede suponerse, dio suelta a su imaginación y presentó la historia de San Juan Nepomuceno como un tardío intento, improvisado por los jesuitas, para conseguir borrar en el pueblo bohemio el recuerdo de Juan Hus. Como los husitas negaban la confesión sacramental, se había insistido por parte de los jesuitas en hacer del fantástico santo un héroe de la misma confesión. Todavía el 7 de marzo de 1945 un filósofo de la talla de Benedetto Croce pronunciaba una conferencia sobre *Italia y Bohemia* en la que se hacía eco de semejante teoría:

«De aquel Juan Nepomuceno, el legendario mártir del secreto mantenido frente al rey sobre la confesión de la reina, con cuyo nombre se procuro borrar y sustituir el tenaz recuerdo popular que los bohemios conservaban todavía de otro Juan, de su héroe Juan Hus»

La teoría era completamente absurda por la obvia razón de que, cuando se pretende que ocurrieron estos hechos, sólo personas muy eruditas conocían a Juan Hus, y muy pocos bohemios habrían leído alguno de sus escritos. La verdad es que cuando los jesuitas llegaron a Bohemia el culto a San Juan Nepomuceno es-

taba ya sólidamente establecido y sumamente difundido entre el pueblo fiel. Pero no importa que la hipótesis protestante fuera absurda. La leyenda subsiste, y continuará con tenacidad.

Dígame lo mismo desde el punto de vista piadoso. Tengo a la vista, mientras escribo, los dos *Años cristianos* más difundidos en Italia, editados en los años 1952 y 1958. En ambos se recoge la leyenda, puesta en circulación y difundida por el jesuita Balbín, que hoy está fuera de duda, pues carece de fundamento crítico. Se trata del clásico esquema de vida medieval de santo: nacimiento de madre ya avanzada en edad, llamas maravillosas sobre su cuna, milagro en su favor durante la niñez por intercesión de la Virgen... Y así hasta el maravilloso resplandor que rodeó su cuerpo arrojado por orden del rey al río.

Frente a todo esto, frente a la insidia protestante, a la que los mismos benedictinos de París parecen dar algún valor, y la deformación piadosa que todavía corre, quisiéramos decir algo de su admirable vida ateniéndonos a lo que acerca de él nos enseña la historia.

Nos encontramos en el siglo XIV. Rige la extensa diócesis de Praga, con más de mil quinientas parroquias, el célebre arzobispo Juan Jenstein, que habría de morir en Roma y ser sepultado en Santa Práxedes. Era un hombre doctísimo, de vida santa, defensor incansable de la verdadera reforma de costumbres. Él fue quien se opuso en más de una ocasión a las injustas pretensiones del rey de Bohemia Wenceslao, hijo del «Padre de la Patria», el emperador Carlos IV.

Junto a esta insigne figura de la historia eclesiástica encontramos la de Juan Nepomuceno. Había nacido en Nepomuk o Pomuk, en las cercanías de Zelená Hora, alrededor del año 1345. Ya en el año 1370 era notario de la Curia arzobispal. Ordenado sacerdote en 1379, le encontramos como párroco de San Gall, en Praga, simultaneando sus cuidados pastorales con el estudio del derecho eclesiástico en aquella célebre universidad, en la que obtiene el bachillerato. En 1382 el arzobispo le envía a Padua, donde se doctora en derecho canónico en 1387, volviendo luego a Praga. Allí es nombrado canónigo de la iglesia de San Gil. Permanece en ella sólo dos años y pasa luego a la iglesia colegiata de Vysehrad, en la capital de Bohemia. El 25 de

agosto de 1390 conmutó la parroquia de San Gall con el arcedianato de Zatec, oficio importantísimo que llevaba consigo el título de canónigo honorario en la catedral de San Vito, en Praga. Había sido nombrado ya vicario general de aquella amplísima archidiócesis.

Fue entonces cuando ocurrió el suceso que dio pie para que el rey actuara contra él. En la abadía de Kladruby había sido elegido un nuevo abad, llamado Olen, como sucesor del fallecido abad Racek. Como nadie había presentado objeción alguna a tal elección dentro del plazo establecido, el vicario general Juan Nepomuceno confirmó el nuevo abad. Pero tropezó con las pretensiones del rey Wenceslao, que quería suprimir la abadía para erigir una nueva sede episcopal y conferirla a un miembro de su corte, al parecer a Juan Nanko, preboste de Lebus, en la Silesia. Contrariado en sus planes, intentó presionar sobre el vicario general y, al no conseguirlo, dio orden de arrojarlo al río Vitava. Era el año 1393. Esta fecha, que sabemos está atestiguada por el abad agustino de Zahaní en Silesia, Lodolfo Loserth, que había hecho sus estudios en Praga en el año 1372, nos ofrece las máximas garantías. Por otra parte, el obispo Juan de Jenstein, en una amplia relación que envió a Roma, testimonia el martirio de su vicario general. Y el biógrafo del mismo obispo, escribiendo en el año 1401, habla del martirio y de los milagros que se han obtenido por intercesión de Juan Nepomuceno.

Sin embargo, podra extrañar que no hagamos alusión a la tradición que enlaza el martirio de San Juan Nepomuceno con la guarda del sigilo sacramental. Uno de los más insignes historiadores bohemos, Palacky, comentando la decisión del rey Wenceslao, sugiere ya algo cuando dice: «Había también otros motivos por los que el rey odiaba a este pío sacerdote».

¿Qué motivos eran éstos? Tomás Ebendorfer de Haselbach, que fue enviado al concilio de Basilea para tratar con los bohemos en los años 1433-1435, nos va a proporcionar un dato precioso. En su crónica, escrita años después, hacia 1450, indica abiertamente la existencia de una sólida tradición local sobre el sigilo sacramental como causa del martirio de San Juan Nepomuceno. Es más: la verdad de esta tradición no es negada ni por los mismos husitas, a pesar de la parte activa que en el martirio

tuvo el rey, protector de su naciente partido. Años después el historiador Pablo Zidek, en su célebre *Zpravovna* dedicada en 1471 al rey Jorge, repite la misma noticia y describe la tumba de Juan Nepomuceno en la iglesia de San Vito, donde el pueblo fiel veneraba el cuerpo del mártir como el de un santo. El historiador bohemio Pekar no se atreve a negar la posibilidad de que San Juan hubiera sido confesor de la reina.

No puede admirar, sin embargo, que no exista un testimonio inmediato. ¿En qué cabeza puede caber que el rey declarara expresamente que mandaba matar a Juan Nepomuceno porque tenía celos de su esposa y deseaba cerciorarse de la verdad obligándole a declararle lo oído en confesión? Evidentemente, esto sería absurdo. Lo lógico era buscar un pretexto cualquiera, el de su firmeza al defender los derechos de la Iglesia, para mandarlo matar. Luego la tradición se encargaría de conservar la memoria de lo que verdaderamente había ocurrido.

Y, en efecto, el culto a San Juan Nepomuceno tomó desde los primeros tiempos una gran fuerza. Así nos encontramos con muchísimos testimonios, no sólo arqueológicos, sino también literarios, en forma de canciones y poesías que nos testimonian el amor que el pueblo conservaba hacia el Santo y el fervor con que le tributaba culto.

Hacia el año 1541, sin embargo, ocurrió un hecho que ha venido a turbar durante tiempo la historia de San Juan Nepomuceno. El cronista Václav Hájek Libocan, escribiendo sobre una fuente histórica en la que la fecha del martirio aparecía fijada en 1383, dio como cierta tal fecha. Y cuando el jesuita Balbín y los dos canónigos de San Vito, Dlouhvesky y Pesina, promovieron la gran campaña en favor de la canonización de San Juan, trabajando sobre la crónica anterior, se encontraron con dos fechas para el martirio. Para salvar la dificultad y armonizar los datos escritos con los de la tradición supusieron que había habido dos Juanes: uno martirizado en 1383 por el sigilo sacramental y otro en 1393 por la cuestión de la independencia de la Iglesia. Únicamente aparecía una tumba, pero para este hecho se buscaron varias explicaciones. Y así la vida de Balbín, basada en la leyenda y partiendo del principio de este doble Juan, escrita en 1680, pasó a los Bolandistas y de ellos a la misma constitu-

ción apostólica de canonización. Balbín escribía con datos muy limitados, sin tener acceso al archivo capitular de Praga y sin conocer la vida del arzobispo Juan de Jenstein. Hoy sabemos la verdad que entonces apareció oscura, y nos parece absurdo pensar por un momento en dos mártires, que los dos se llaman Juan, los dos han nacido en Nepomuk, los dos han sido arrojados al río por orden del mismo rey, y, sin embargo, son diferentes. Es muchísimo más sencillo admitir el error, ya comprobado, en la fecha del martirio.

La campaña emprendida por Balbín y sus dos amigos canónicos obtuvo un éxito resonante. El papa Inocencio XIII declaró el 25 de junio de 1721 al mártir Juan Nepomuceno Beato, aprobando el documento del arzobispo de Praga, que atestigua la autenticidad de su culto inmemorial. Las cartas de los emperadores, de los obispos, de las Órdenes religiosas, de las Universidades de Viena, Praga y Bratislava, de la Facultad de Olomuc, pidieron a Roma la apertura del proceso de canonización, que el mismo Papa concedió el 18 de julio de 1722. Fueron examinadas las declaraciones de cincuenta y cuatro testigos. Se examinaron también los milagros que se atestiguaban. Y ocurrió entonces algo que pocas veces ha sucedido en una causa de esta clase.

El 27 de enero de 1725 la comisión presidida por el arzobispo de Praga, compuesta por dignidades eclesiásticas y civiles, de profesores de medicina y de dos cirujanos, examinó la lengua del mártir, que fue encontrada incorrupta, pero seca, y de color gris. De pronto, en presencia de todos, empezó a esponjarse y apareció rosa, como si se tratara de la de una persona viva. Todos se pusieron de rodillas, y este milagro, realizado en circunstancias tan solemnes, fue el cuarto de los que sirvieron para la canonización. Esta tuvo lugar el 19 de marzo de 1729, por Benedicto XIII, en la basílica de San Juan de Letrán. Desgraciadamente, el acta de la canonización se hizo eco de la teoría de Balbín acerca de la existencia de dos Juanes. Pero, evidentemente, esto no estorba para nada la realidad que hoy conocemos: hubo un solo Juan, el vicario general de Praga, canónico, mártir del siglo sacramental, a quien Benedicto XIII canonizó, aunque accidentalmente recogiera la opinión, entonces imperante, de la existencia de otro Juan. Y esto es todo.

San Juan Nepomuceno ha sido considerado siempre como el patrono del siglo sacramental, y también, por cierta evidente conexión, como el patrono de la fama y el buen nombre. Sus biógrafos nos cuentan maravillosos ejemplos en los que ha brillado con claridad la eficacia de tal patronazgo.

Es también patrono secundario de la Compañía de Jesús. Y ejerce su patronato sobre la Bohemia y Moravia. El culto de San Juan Nepomuceno ha sido, a través de los siglos, como el punto de cita del sentir religioso y nacional de estos dos pueblos. El altar del santo mártir, con sus sagradas reliquias en la iglesia metropolitana de San Vito, era el imán que atraía todos los años el 16 de mayo hacia Praga innumerables peregrinos bohemos, moravos y eslovacos. Cuando iba desapareciendo en las escuelas la lengua materna, oprimida por la lengua alemana, los peregrinos de Praga oían con gozo hablar su propia lengua. La fiesta de San Juan Nepomuceno era el estímulo para la vida de la nación. Como escribía el 12 de abril de 1925 en una carta pastoral monseñor Carlos Kaspar, obispo de Hradec Králové: «El culto de San Juan Nepomuceno suscitaba la lengua bohema a nueva vida. No sé si, sin San Juan Nepomuceno, se oiría aún esta lengua en las regiones de nuestra amada patria».

Una providencia especial pareció velar siempre sobre sus reliquias. Se vieron libres primero de las profanaciones de los husitas, y después de las de los luteranos, en 1618. Su casa natal fue transformada en iglesia, y un altar señala el lugar de su nacimiento. En Praga, en el lugar donde fue tirado al río, en el puente que une las dos partes de la ciudad, se conservaba una imagen ante la que los habitantes de la ciudad tenían la piadosa costumbre de orar siempre que pasaban. No es raro encontrar imágenes semejantes en puentes de Alemania y Alsacia. Su culto se extendió también por influjo de la Compañía de Jesús a otros muchos países.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

- JAUGEY, J B, «Jean Nepomucene», en *Dict appol de la foi cath*, t 2 col 1210
PASSI, B, *La historia della vita, del martirio e dei miracoli di S Giovanni Nepomuceno* (Roma 1729)

BEATO HIPÓLITO GALANTINI

Seglar y fundador († 1619)

Florenia es uno de los lugares que destacan en el mundo por la riqueza de su arte y por ser cuna de excepcionales genios en las distintas ramas del saber humano. Siempre será una ciudad sobresaliente en el mundo. Pero muchas veces estos criterios de los hombres hay que ampliarlos a otras coordenadas donde los hitos vienen marcados claramente por valores espirituales en no pocas ocasiones nada coincidentes con nuestras selecciones y que, sin embargo, dejan profundas huellas de lo divino. Es el caso de algunos santos.

Cuando Florenia se hallaba en el apogeo de su grandeza en los siglos XV y XVI y volvía los ojos de su extremada admiración a sobresalientes escritores y artistas, Dios dirigía también su especial mirada hacia seres que nos parecían irrelevantes, por sencillos, honestos y de humildes cunas. Es el caso de Hipólito Galantini.

Nuestro santo nació en la misma Florenia el 12 de octubre de 1565. Sus padres, trabajadores muy normales, no pudieron darle otro futuro que el de tejedor de paños, oficio artesanal muy arraigado en la vieja ciudad. Inicialmente delicado de salud, su propia curación maravillosa cuando aún tenía doce años dejó una profunda huella en su corazón juvenil, cambiando sus pensamientos para entregarse por completo a Dios. Asociado con otros compañeros de profesión, igualmente sencillos y con las mismas inquietudes, en sus horas libres se dedicaron a la educación religiosa de los jóvenes, especialmente de los que ellos llamaban muchachos de la calle.

Fue tal la aptitud y entrega a este trabajo voluntario, que hasta el propio cardenal Alejandro de Médicis, más tarde papa León XI, le nombró maestro de la doctrina cristiana para la archidiócesis de Florenia asociándolo a la iglesia del Prato de Lucía. Allí pudo dar rienda suelta a sus fervores apostólicos hasta el punto de dividir su tiempo entre su trabajo de tejedor y la instrucción religiosa de niños y adultos pobres.

Ansioso de una mayor perfección quiso ser admitido entre los religiosos capuchinos, pero, por su mala salud, no pudo realizar ese sueño, volviendo a sus trabajos en las dos vertientes

anteriores: la artesanal al lado de los suyos y la apostólica. No le faltaron opositores envidiosos, a los que él venció con admirable paciencia. Fueron muchos más los que se pusieron de su lado y sus propios conciudadanos le donaron un oratorio donde tomó el hábito de terciario franciscano. Sería allí donde el 14 de octubre de 1602 fundó la Congregación de San Francisco de Asís para la Doctrina Cristiana.

Con la experiencia adquirida en Prato de Lucia experimentó su propio método pedagógico, dividiendo a sus alumnos en quince clases distintas, atendiendo a la edad y conocimientos de los asistentes. Al frente de cada una de ellas un responsable elegido entre sus propios seguidores.

Infatigable en su trabajo, su fama llegó hasta los florentinos ricos y pudientes que le permitieron ayudar a los pobres y extender su congregación a Volterra, Lucca, Pistoia, Módena y otros lugares donde él mismo permanecía por algún tiempo para que siguiera adelante su propósito.

Pero, como sucede siempre, también siguieron creciendo los enemigos, envidiosos de sus éxitos, quienes lo persiguieron con violencia y maldad hasta el punto de ser acusado de compartir errores afines a los de Lutero y de introducir nuevas reglas y reformas fuera de lo común. Incluso uno de sus hijos espirituales lo acusó ante el papa y el duque magnífico Cosino, por la excesiva severidad de sus reglas. Todo inútil. Salió con mayor fortaleza pues todos coincidieron en que su obra estaba destinada a la mayor gloria de Dios y bien de los hombres. Recibió incluso especiales ayudas del propio Duque. En su Congregación ingresaron personajes de alto rango social, movidos por el deseo de aprender sus métodos catequísticos y docentes.

Su profunda espiritualidad se nutría de la comunión frecuente, diaria, en una época en que esto todavía no se estilaba ni entre las almas buenas.

La inquietud de su vida lo llevó a visitar Loreto para poner su fundación bajo el patronazgo de la Virgen. Fue casi un viaje de despedida. Hipólito moriría muy poco después en la misma Florencia, a los 54 años de edad, purificado por los sufrimientos añadidos a los que ya le deparaba su obra. El día de Viernes Santo, 20 de marzo de 1619, con un Crucifijo entre las manos,

descanso placidamente en el Señor. Se ponía fin a 14 años de sufrimiento que soportó con gran espíritu de sacrificio y resignación.

Todos lloraron su desaparición. Pero quedaba muy en marcha su obra y su ejemplo. Por eso desde los primeros instantes el sepulcro del humilde catequista Hipólito se convirtió en meta de peregrinaciones al que acudían a llorar su desaparición y a pedirle favores porque Dios, por su intercesión, los derramaba en abundancia.

Los estatutos de su Congregación, los escritos y trabajos ascéticos del santo fueron aprobados por Benedicto XIV en 1747, quien luego lo declaró venerable en 1756. Definitivamente confirmados por el papa León XII mediante un decreto especial con fecha de 17 de septiembre de 1824. El mismo Papa lo beatificó solemnemente el 13 de mayo de 1825. Su fiesta se celebra el 20 de marzo.

JOSE SENDIN BLAZQUEZ

Bibliografía

BALDOCCI NIGETTI, D, *Vita del b. servo di Dio Hippolito G., fondatore della Congregazione di S. Francesco della dottrina cristiana* (Roma 1657)

Butler's lives of Saints New full edition, rev. por T. RODRIGUES (Minnesota 1998) 208
Bibliotheca sanctorum

BEATO FRANCISCO DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ PALAU Y QUER

Presbitero y fundador († 1872)

El florecimiento religioso producido en España en la segunda mitad del siglo XIX está marcado, en buena medida, por la acción pastoral de los religiosos exclaustrados en 1835. Trece, al menos, de las congregaciones femeninas que datan de esta época fueron fundadas por exclaustrados: capuchinos, dominicos, carmelitas, mercedarios, benedictinos, cistercienses, oratorianos... De todos ellos es el carmelita descalzo Francisco Palau y Quer el que ya ha alcanzado la beatificación. Es una figura radiante del inconfundible sentido eclesial de la Doctora del Carmelo, la que después de haber escrito tantas páginas sublimes lo resumió todo en aquellas sus últimas palabras a punto de expi-

rar: «Al fin muero hija de la Iglesia». Él fue todavía más explícito, viendo llegar la muerte a los 61 años: «Cuán dulce, cuán agradable, cuán deleitable debe de ser el reposo en los brazos de una Madre virgen y tan pura cual es la Iglesia triunfante».

Su vida fue un itinerario de fe —«sin otra luz y guía, sino la que en el corazón ardía»— jalonado por cambios sucesivos que supusieron una permanente desinstalación: el paso del seminario al Carmelo, del Carmelo a la calle, de la Península al destierro, y el trueque del carmelita teresiano por el fundador del Carmelo Misionero. Una vida polifacética de contemplativo, predicador, escritor fecundo, organizador, que nos recuerda la del probadísimo Jerónimo Gracián, el famoso confesor de Santa Teresa de Jesús, cuya beatificación tanto se ha dejado desear.

Nació en Aytona (Lérida) el 29 de diciembre de 1811, el segundo de una humilde familia campesina, hijo de José Palau Miarnau y María Antonia Josefa Quer Esteve. El mismo día recibió el bautismo, y a los seis años —11 de abril de 1817— el sacramento de la confirmación. Cuando él llega a los 13 años su hermana mayor contrae matrimonio y se traslada a Lérida, acogiendo a Francisco en el nuevo hogar, que así puede proseguir sus estudios cuatro años más. A los 17 años ha madurado en él la vocación sacerdotal e ingresa en el seminario de Lérida, donde estudia tres cursos de humanidades y filosofía y uno de teología. El camino estaba ya expedito para ser un buen sacerdote diocesano, pero una santa inquietud no le ha dejado y ahora, a sus 21 años, quiere consagrarse a Dios en pobreza, castidad y obediencia. ¿Qué orden religiosa elegir? El 23 de octubre de 1832 ingresa en el convento de Carmelitas Descalzos de Barcelona, iniciando el noviciado días después, el 14 de noviembre, con el nombre de Francisco de Jesús, María y José. Los tiempos que se avecinan son terribles, y él lo sabe, sin arredrarse. Evocará, años más tarde, el momento de su profesión con estas palabras:

«Cuando hice mi profesion religiosa —15 de noviembre de 1833— la revolucion tenia en su mano ya la tea incendiaria para abrasar a todos los establecimientos religiosos, y no ignoraba yo el peligro apremiante a que me exponia ni las reglas de prevision para sustraerme a el Me comprometi, sin embargo, con votos solemnes a un estado, cuyas reglas creia poder practicar hasta la muerte, independiente de todo humano acontecimiento»

De 1833 a 1835 cursa en el mismo convento de San José los estudios de teología, y el 22 de febrero de 1834 es ordenado diácono, lo que lo sitúa ya en los umbrales del presbiterado. Pero acaeció lo temido: el 25 de julio de 1835 se produjeron los asaltos incendiarios de los conventos de Barcelona.

Los carmelitas tuvieron que huir precipitadamente, dejando el convento en llamas. Salió ileso, pero pronto se vio recluso con otros religiosos en la prisión de La Ciudadela. Pocos días después, obtenido un salvoconducto y vestido de seglar, se traslada a su pueblo natal, y se va convenciendo de que la deseada vuelta al convento se convertía en un sueño imposible. Pero vive el ideal carmelitano combinando la soledad y el silencio con sus servicios de diácono en la parroquia nativa, siempre en contacto epistolar con sus superiores. Un día le llega una carta con la indicación expresa de que se prepare para la ordenación sacerdotal. El 2 de abril de 1836 la recibe en Barbastro de manos del obispo Santiago Fort y Puig. Desde ahora es un carmelita exclaustro arrojado por la Providencia a un mar de circunstancias adversas. Él se pone a disposición de los obispos de Cataluña —encuadrada entonces en los dominios carlistas— dispuesto a ofrecer a las almas los frutos de la contemplación: de 1837 a 1840 se dedica principalmente a dar misiones populares, viéndose reclamado de todas partes. ¿Sería delito el haber actuado tanto y hacerse famoso en *territorio carlista*?

Por delante tiene el destierro a Francia que se prolongará durante once años. También aquí están suprimidos los Carmelitas, pero mantiene el fervor teresiano dando rienda a la soledad. Trabaja, ante todo, con los muchos españoles que también sufren el destierro, primero dos años en la diócesis de Perpignan y los siguientes en la de Montauban, cobijándose junto al santuario mariano de Livron. Vive como anacoreta en una de las grutas de Mondéser: allí acuden curiosos y almas selectas y desde allí se desplaza a ayudar a los párrocos de las cercanías. En torno a él se producen brotes de vida comunitaria. Empieza la cosa a tomar forma y hasta llega a pensar en nacionalizarse en Francia. Emulaciones, envidias y malentendidos tejen en torno de él una red complicada que en vano trata de deshacer con las armas de la paciencia y la disuasión. La desinstalación sigue

siendo su signo y regresa definitivamente a España a finales de abril de 1851. Poco antes se había firmado el Concordato entre España y la Santa Sede. La situación de la Iglesia había mejorado, aunque todavía en España eran pocas las posibilidades de una pronta restauración de la vida conventual, en vista de lo cual se pone a disposición del obispo de Barcelona, José Domingo Costa y Borrás, que lo había conocido siendo obispo de Lérida y ahora le nombra director espiritual del Seminario.

A la sombra de los exclaustrados nacieron en España instituciones encaminadas a la formación de los cristianos. La más famosa y conocida de todas fue la «Escuela de la Virtud», debida a Francisco Palau. El proyecto debió de traerlo de Francia ya muy madurado, porque la «Escuela de la Virtud» se inauguró solemnemente el 16 de noviembre del mismo año de 1851. Pronto quisieron implantarla en otras diócesis y, desde luego, su irradiación en todos los campos culturales de Barcelona fue enorme. El acoso de los sectores anticlericales y revolucionarios no se hizo esperar. Sin que de nada sirvieran sus protestas y aclaraciones, sino al dictado de la calumnia, se decretó la supresión de la «Escuela de la Virtud» el 31 de marzo de 1854. Una semana después el fundador se embarcaba desterrado para Ibiza, solo y carente de todo recurso. Sus biógrafos anotan con tristeza que «amigos y colaboradores de la *Escuela* renunciaron a todo apoyo. Francisco Palau llegó a Ibiza calumniado, perseguido y vigilado».

Su destierro en Ibiza dura seis años, hasta la amnistía general concedida por el gobierno central de Madrid el 1 de mayo de 1860. En la isla encuentra el lugar retirado que tanto ansía el contemplativo que lleva dentro: un rincón junto al mar, cercano al pueblecito de San José. Los vecinos le toman cariño y hasta le ceden un pedazo de tierra en el que se fabrica una vivienda sencillísima, donde explaya su vocación de soledad y silencio; recorre los contornos, conversa con la buena gente y tiene tiempo para escribir muchas cartas reanudando contactos.

A Ibiza vienen a parar los antiguos discípulos, la vivienda se amplía y surge una nueva capilla. La imagen de Nuestra Señora de las Virtudes que presidía la «Escuela de la Virtud» de Barcelona es traída a este lugar, que se convierte en centro irradiador

de piedad para toda la isla: todos sus rincones fueron evangelizados por Francisco Palau. A Mallorca hubo de acudir varias veces a predicar, cada día más solicitado de todas partes. Tanta popularidad se le hace incómoda y termina por buscarse como refugio el islote del Veldra. «Aquel inmenso y pétreo vigía —dice bellamente E. Pacho— se convierte en su Patmos apocalíptico y revelador».

En la primera quincena de noviembre de 1860 se encuentra predicando en la ciudad menorquina de Ciudadela. Es aquí donde tuvo la iluminación mística que le hace comprender la misión que Dios le confía para el resto de su vida: predicar a los pueblos que la Iglesia es infinitamente bella y amable: «Éste es el objeto de mi misión, y tú, Iglesia, eres los próximos formando en Dios una sola cosa».

Esta visión lo dinamiza por entero: se entrega con renovado ardor a la predicación tanto en grandes ciudades —Barcelona, Madrid...— como en otras localidades, en continuos y penosos desplazamientos, sin ceder ni al frío, ni al hambre ni al cansancio. Se multiplica en dar misiones populares en varias diócesis. Sus afanes fundacionales se reanudan en Menorca (1860-1861) con su Carmelo Misionero en las dos ramas masculina y femenina. La obra recibe consistencia con las fundaciones de Barcelona. Aquí la casa de Santa Cruz de Valldufera (*Els Penitents*) será el centro de su obra tanto para las Hermanas como para los Hermanos. La obra se extiende pronto por Cataluña y Aragón. Pocos meses antes de morir ve plenamente legalizada su obra y puede entregar a sus hijos e hijas espirituales las correspondientes Constituciones.

No debe silenciarse el punto más conflictivo de su vida. En su dedicación a enfermos incurables observó situaciones de muy difícil diagnóstico. ¿Esquizofrénicos agudos? ¿Desquiciados psíquicos? En algunos casos tuvo la certeza de hallarse ante posesos o endemoniados, y recurrió, por imperativo de conciencia, a la práctica de los exorcismos. La actitud del obispo de Barcelona fue contraria, aunque vio con buenos ojos que se dirigiese a Roma y expusiera al Papa sus ideas y actividades. Allí permaneció de diciembre de 1866 a marzo de 1867, aprovechando la estancia para regular su obra fundacional. Parece evi-

dente que en Roma no se halló rechazo a sus planteamientos, porque al regresar comenzó la publicación del semanario *El Ermitaño*, en cuyas páginas propugnó repetidamente la conveniencia de establecer el exorcistado como ministerio permanente de la Iglesia. Tan convencido estaba de ello que en los primeros meses de 1870 volvió de nuevo a la Urbe para presentar su proyecto a la consideración de los Padres conciliares del Vaticano I.

Francisco Palau se hizo sospechoso a las autoridades de Barcelona. Se le acusó de practicar la medicina de forma fraudulenta, y fue encarcelado con sus colaboradores el 28 de octubre de 1870. Después de un año de prisión, el juez decretó sentencia absolutoria. Le quedaban dos años escasos de vida y los llenó a tope: prolongados espacios de contemplación, dirección de sus hijos e hijas espirituales, largos viajes y visitas a las casas de sus fundaciones... El 10 de marzo de 1872 llega agotado y herido de muerte a Tarragona, a la casa de su última fundación. Y ahí fallece santamente, rodeado de sus carmelitas misioneras y de algunos otros carmelitas exclaustros. Fue beatificado en Roma por Juan Pablo II el 24 de abril de 1988.

«Francisco Palau, carmelita de cuerpo entero, contemplativo y apóstol en una pieza, abrió en el Carmelo Teresiano un canal nuevo y fecundo de espiritualidad eclesial que, a distancia de un siglo, sigue alimentando sueños y esperanzas» (E. Pacho)

Como ya queda apuntado, Francisco Palau fundó una congregación de varones y otra de mujeres. Aquélla, denominada inicialmente «Hermanos Eremitas Carmelitas» y, posteriormente, «Hermanos Carmelitas de las Escuelas», sobrevivió con dificultades tras la muerte del fundador y terminó por desaparecer cuando la persecución a la Iglesia durante la guerra de 1936. La fundación femenina se dividió en dos ramas: «Carmelitas Misioneras» y «Carmelitas Misioneras Teresianas». Ambas congregaciones reconocen al Beato Francisco Palau por su fundador.

JOSE M.^a DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

GIL DE MURO, E., *Yo, Francisco Palau y Quer* (Burgos 1986)

PACHO, E., *Francisco Palau y Quer: tipología y experiencia de Iglesia* (Burgos 1994)

PASTOR MIRALLES, J., *Francisco Palau, O.C.D. · la libertad del amor* (Madrid 1988)

VIOLA I GONZALEZ, R., *Una vida d'amor a l'Església. biografia del P. Francesc Palau i Quer* (Barcelona 2002).

SANTA MARÍA JOSEFA DEL CORAZÓN DE JESÚS SANCHO DE GUERRA

Virgen y fundadora († 1912)

La fundadora de las Siervas de Jesús de la Caridad, Madre María Josefa del Corazón de Jesús Sancho de Guerra, es la primera mujer vasca que ha sido canonizada. Así lo recordó el papa Juan Pablo II en la homilía de aquella solemne celebración, el 1 de octubre del año jubilar 2000, ante una inmensa muchedumbre, con estas palabras que diseñan su retrato espiritual:

«En la vida de la nueva santa, primera vasca canonizada, se manifiesta de modo singular la acción del Espíritu. Éste la guió al servicio de los enfermos y la preparó para ser madre de una nueva familia religiosa. Santa María Josefa vivió su vocación como apóstol auténtico en el campo de la salud, pues su estilo asistencial buscaba conjugar la atención material con la espiritual, procurando por todos los medios la salvación de las almas. A pesar de estar enferma los últimos 12 años de su vida, no ahorró esfuerzos y sufrimientos y se entregó sin límites al servicio caritativo del enfermo en un clima de espíritu contemplativo, recordando que la asistencia no consiste sólo en dar las medicinas y los alimentos al enfermo; hay otra clase de asistencia y es la del corazón, procurando acomodarse a la persona que sufre» (*Ecclesia* [2000] p.1577).

A continuación, tuvo el Papa la gentileza y valentía de hablar en euskera aludiendo a la terrible plaga del terrorismo que azota a nuestra patria, con estas enérgicas y emotivas palabras:

«Que el ejemplo y la intercesión de Santa María Josefa del Corazón de Jesús ayuden al pueblo vasco a desterrar para siempre la violencia, y el País Vasco sea una tierra bendita y un lugar donde siempre se respeten los derechos de todas las personas y nunca más se derrame sangre inocente» (ibid.).

María Josefa Sancho de Guerra nació en Vitoria el 7 de septiembre de 1842, en una familia pobre y humilde, siendo la mayor de tres hermanas. Sus padres, Bernabé Sancho, artesano, y

Petra Guerra, buenos cristianos, al día siguiente de su natalicio la llevaron a bautizar en la parroquia de San Pedro.

Cuentan sus biógrafos que apenas contaba tres años cuando cayó de un banco, se fracturó las dos piernas y quedó tullida. Sus padres la llevaron al santuario de San Miguel «in Excelsis» y quedó curada en el acto.

Contaba ocho años cuando de nuevo el dolor llama a sus puertas con el fallecimiento de su padre, en 1850. En adelante, con verdadero heroísmo, su madre asumió, ella sola, la orientación y educación de sus hijas transmitiéndoles sus hondas convicciones de fe y confianza en la Providencia, más con el testimonio de su ejemplo que con las palabras.

Desde la más temprana edad mostró María Josefa una explícita y decidida afición a la soledad. No le agradaba la compañía bulliciosa y juguetona de las otras niñas. Incluso, por esta razón, le resultaba difícil y fastidiosa la necesidad de acudir todos los días a la escuela pública.

Una vez que aprendió a leer, escribir y contar, prefirió, de acuerdo con su madre, el aprendizaje y el ejercicio de las tareas propias de la mujer en su época.

A los diez años, en 1852, recibe por primera vez la sagrada comunión, a la que la preparó el dominico P. Villanueva. Hablando años más tarde a las religiosas les decía confidencialmente: «El Señor, desde niña, me robó el corazón».

A los quince años deja la provinciana y tranquila Vitoria para irse a Madrid a completar su formación humana en casa de unos familiares. Ya había ido madurando por el sufrimiento y el trabajo, los ejemplos de su madre y por su mismo temperamento proclive a la reflexión.

Los tres años en la gran ciudad, la enriquecieron sin duda y fortalecieron su espíritu para tomar decisiones, las más importantes de su vida. En 1860, vuelve a Vitoria decidida plenamente a hacerse religiosa. Siente que Dios la llama y quiere responder generosamente a esta elección. Pero no sabe qué congregación o instituto elegir. Su madre la ayuda con espíritu de fe, a pesar de que tanto la necesitaba.

El P. Mariano de Estarta, de la orden de San Francisco, conociendo su inclinación al retiro, le aconseja las Concepcionis-

tas de Aranjuez, fundadas y reformadas por ~~Sor~~ **Sor Patrocinio**, la Monja de las Llagas.

Cuando ya estaba admitida, no llega a ingresar por una grave afección de fiebre tifoidea que la puso al borde de la muerte, hasta recibir los últimos sacramentos. Los cuidados de su madre lograron la plena recuperación de su salud y el aliento para seguir soñando en realizar su vocación.

Vuelve a Madrid, a la calle de Hortaleza, donde vive su pariente Sinforosa. Cerca de allí, en la calle de Santa Engracia, estaba la casa de las Siervas de María, fundadas en 1851 por la Madre Soledad Torres Acosta y el sacerdote Miguel Martínez.

El 3 de diciembre de 1865, María Josefa entra en el noviciado que las Siervas de María, ministras de los enfermos, tienen en la plaza madrileña de Chamberí. El padre agustino Ángel Barra, su confesor, testificó que empezaba su vida religiosa con el alma «limpia como una patena».

La Congregación crecía. El momento era favorable. Ella se entregó totalmente. Apreciando sus dotes, la madre Soledad llega a ponerla como superiora, siendo todavía novicia, al frente *de una nueva fundación, la del colegio de Huérfanos «Sagrado Corazon de Jesús»*. La actividad es absorbente.

Pronto surgieron las vacilaciones y las dudas ante la inminente profesión. No la acaba de llenar la vida y la regla de las Siervas, aunque sí la satisface el ideal de atender a los enfermos. Siente la necesidad de pedir consejo.

El confesor jesuita, P. Victoriano Medrano, considera que no debe profesar en la congregación de las Siervas, que no es ésa su verdadera vocación. Llega a decirle que si ella fuera hermana suya no la dejaría profesar.

Con total transparencia, la novicia expone a la madre Soledad su situación y sus dudas. Entre ambas deciden consultar al arzobispo Antonio María Claret, confesor de la Reina. Después de tres días de reflexión y oración, celebrada la misa del Espíritu Santo, les dio una respuesta clara y tajante:

«En nombre de Dios le mandaba profesar en el Instituto de Caridad al que pertenecía, porque Dios la reservaba para obras grandes que ahora no podía entender. Le aseguro que se santificaría de un modo muy alto y tanto que, muriendo el primero, la esperarían en el cielo, donde estarían juntos cerca del trono de Dios»

Sólo después de este dictamen, con el alma serena hace su profesión y emite sus votos el 15 de febrero de 1867, esperando y confiando en las palabras del santo.

Vuelve a su colegio de niños del Sagrado Corazón y más tarde al hospital de Medina del Campo, y a la asistencia domiciliar de los enfermos.

Con esos años de experiencia activa, vuelven y crecen las dudas. Sus más hondas aspiraciones a mayor recogimiento y a una vida de comunidad más intensa, estaban insatisfechas.

Algunas de las otras compañeras piensan lo mismo y lo exponen a la madre Soledad. Sólo después de maduras reflexiones y múltiples consultas, ve con claridad que tiene que buscar otro camino. Pide la dispensa de los votos temporales al arzobispo de Toledo y la separación del Instituto. Obtenidos los debidos permisos, por fin abandona la Congregación de las Siervas de María. Sale, de acuerdo con los superiores, no para dejar la vida religiosa sino para abrir otro camino, el que bulle en su corazón.

Con ella salió Mercedes Eguren, y se fue con su familia esperando acontecimientos. Unos días más tarde, Florencia Miguel y Mansilla y Juana Dávila. Por fin, la quinta del grupo, Joaquina Galarraga. Reunidas las tres, María Josefa, Florencia y Juana, echan los cimientos de una nueva congregación. Va a tener la misma finalidad de atender a los enfermos, especialmente en sus propios domicilios, pero con mayores exigencias en la vida de piedad y en el rigor de la disciplina, donde reside su originalidad. Un sacerdote bendice y les impone los hábitos elegidos y adoptan los nombres nuevos: María del Corazón de Jesús, María Sacramento y María Concepción.

Resulta curiosa y sorprendente a la vez la elección de lugar, entre Madrid, Barcelona, Bilbao, para la primera fundación. Han oído que un abogado bilbaíno, Vicente Martínez, está buscando una comunidad que se haga cargo de los enfermos. Se deciden, sin embargo, por Barcelona. Pero, antes de ponerse en viaje, piden al sacerdote José Domingo Retolaza que celebre una misa del Espíritu Santo. Él, que desconocía totalmente el proyecto del viaje, terminada la misa les sorprende con la noticia de que durante la celebración del santo sacrificio ha tenido la inspiración de que Dios las quiere en Bilbao.

Y allá se dirigen en tren. Cuando llegan a Burgos, María Josefa se siente incapaz de seguir tan fatigoso viaje cual si fuera una temeridad imprudente. La animan sus compañeras y llegan a Bilbao la tarde del 24 de julio de 1871.

Providencial e inopinadamente las espera en la estación Lina, una mujer que tiene una hermana colaboradora del párroco de San Antón, Don Mariano Ibarguengoitia, y las lleva a su casa de Artecalle donde pasan la noche. En la mañana del 25, fiesta de Santiago, visitan al abogado Vicente Martínez que, sorprendido gratísimamente al ver ante sí la realización de sus sueños de atender a los enfermos en sus propios domicilios, las pone en contacto con su amigo D. Mariano, el párroco.

Era éste un sacerdote cabal y toma en serio el proyecto comenzando por unos ejercicios espirituales de diez días en el colegio de las Hijas de la Cruz. El mismo se los predica, y en ese clima de oración busca el discernimiento de lo que Dios quiere de ellas. El abogado les busca alojamiento en una buhardilla de la calle de la Esperanza y medios para poder vivir de su trabajo, cosiendo para varios comercios de la ciudad.

Bilbao empezaba un crecimiento prodigioso con la expansión industrial: los Altos Hornos, los astilleros, las minas. La necesidad de atender a los enfermos en sus propias casas era urgente porque las nuevas estructuras sociales lo estaban exigiendo. Era el momento propicio para la nueva fundación.

Pero necesitaban la aprobación del obispo de la diócesis, entonces el de Vitoria. El 18 de agosto de 1871, María Josefa y sor Sacramento van a entrevistarse con el obispo, D. Mariano Diego Alguacil, en su ciudad natal, donde había fallecido ya su madre el año anterior. El obispo las acogió con benevolencia y las puso oficialmente bajo la dirección del párroco, D. Mariano Ibarguengoitia, les dio tiempo de prueba y les exigió un mínimo de cinco candidatas.

María Josefa llamó a Joaquina Galarraga y a Mercedes Egueren, quienes, con los mismos ideales, respondieron con prontitud y alegría. Todas se sienten unidas junto a María Josefa que las aglutina por las singulares cualidades que Dios le había dado: claridad, firmeza y dulzura, propias de una fundadora.

Al año de llegar a Bilbao, cuando ya habían pagado a sus bienhechores, cambiaron de domicilio a la calle de la Ronda 23, donde pudieron instalar un pequeño oratorio y ampliar la comunidad con nuevas aspirantes.

La fundación se afianzó con verdaderos heroísmos por parte de las Hermanas en las circunstancias más adversas en plena guerra carlista que estalló en 1874. Hambres, epidemias, heridos, inseguridad. Hubieron de refugiarse en las afueras, en el convento de la Concepción, porque el casco urbano era objetivo preferido de las bombas. Dormían en el suelo, comían apenas, se multiplicaban las urgencias durante la epidemia de la viruela.

Pero salieron de la prueba con holgura. El obispo las felicitó y con la ayuda de D. Mariano Ibarguengoitia se redactaron las constituciones y reglas del Instituto que obtienen la aprobación diocesana el 9 de junio de 1874, permitiéndoles organizar el noviciado y hacer los votos a su término. Les dio el nombre de Siervas de Jesús de la Caridad.

Seis años más tarde llega el decreto de alabanza, el 31 de agosto de 1880, y la aprobación definitiva de la Santa Sede, el 8 de enero de 1886.

La fundadora, elegida superiora general en 1875, desempeñó este cargo hasta su muerte, entregándose plenamente a Dios y a extender la congregación, formando a las hermanas directamente en el noviciado y también por medio de numerosas cartas y frecuentes visitas a las comunidades.

La expansión comenzó por Castro-Urdiales, poco tiempo después, Valladolid, Burgos, León, Gijón, Logroño, Alicante, Murcia, etc. Recorría la madre Josefa en sus viajes la geografía española respondiendo a las peticiones de obispos, ayuntamientos y personas particulares. Antes de su muerte se habían abierto ya cuarenta y dos casas, una de ellas, con gran ilusión allende el Atlántico, en Chile.

La clave de esta prodigiosa fecundidad está sin duda en su profunda vida interior. Su espiritualidad, tal como se refleja principalmente en las constituciones, en los directorios y sobre todo en la abundante correspondencia epistolar, consiste en el profundo amor a Dios y a los prójimos, en especial a los enfer-

mos, en los que veía al mismo Cristo. Se distinguía también por su tierno amor a la Virgen y a los Santos.

Irradiaba la bondad mas atractiva con un encanto que rodea como un halo su figura y se comunica ahora en cuantos se acercan a su biografía, tan sencilla en apariencia pero tan llena de correspondencia a la gracia y de gozoso rendimiento a la voluntad de Dios.

A finales de 1898 comenzó a padecer una insuficiencia cardíaca prolongada y progresiva que la obligó a pasar los últimos catorce años de su vida inmóvil en un sillón, sin poder hacer el menor esfuerzo físico. Esta situación límite probó los quilates de su paciencia y de su madurez espiritual. Desde allí gobernó sabia y prudentemente su congregacion siempre en crecimiento. Una de sus hijas, Sor María Iciar Elguea Isasi, describe así los últimos momentos de esta preciosa vida que llega a su ocaso en este mundo para enlazar en la eternidad:

«En 1912 su insuficiencia cardiaca se complica con bronquitis, hipertension y completa inmovilidad Su dieta se reduce a solo un poco de leche, pero su mente y su corazon estan tan despiertos y agiles como en sus mejores dias Siente que se acerca su fin y escribe a todas sus religiosas una carta de despedida, su “testamento espiritual”, en la que recomienda el amor mutuo, la caridad con los enfermos, la continuidad en la obra empezada

»Sentada en su sillon de enferma, sin poder apoyar la cabeza, del mismo modo que habian transcurrido todas las noches los catorce ultimos años de su vida En una oblacion total y generosa a Dios, de su vida y su obra, a las siete menos cinco de la mañana del dia 20 de marzo de 1912, entregaba al Señor su alma Los hilos de su vida se han parado definitivamente, el tapiz esta concluido y aparece ante los ojos de todos

»La noticia de su muerte recorrio la ciudad de Bilbao en un abrir y cerrar de ojos Habia muerto una santa Todos estaban seguros Una multitud inmensa que la casa no lograba contener, llegaba pidiendo ver a “nuestra Madre”, venerandola ya desde este momento

»Los funerales fueron tambien multitudinarios Gentes de todas las condiciones que se sentian beneficiadas por ella, no conseguian apartarse de su feretro, y las campanas de las exequias eran los primeros tañidos de una llamada a gloria» (cf *Nuevo año cristiano*, 260)

Sepultada en el cementerio de Derio, sus restos fueron trasladados en 1926 a la iglesia de la casa madre de las Siervas de Je-

sús en Bilbao. Al hacerse el reconocimiento se encontró su cuerpo incorrupto.

Creciente la fama de santidad, y pasada la guerra civil española, de 1936-1939, se inició el proceso de canonización en 1951, en la recién creada diócesis de Bilbao. En Roma se desarrolló desde el 7 de enero de 1972 hasta culminar, después de la aprobación de las virtudes heroicas y de los milagros (1976 y 1984), en la solemne beatificación el 27 de septiembre de 1992

Juan Pablo II afirmó en aquella memorable jornada que «la beatificación de estos tres hijos predilectos de la Iglesia de España es motivo de profunda acción de gracias a Dios». Se refería al Hermano trapense Rafael Arnáiz y a la fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia, Madre Nazaria Ignacia March Mesa, elevados al honor de los altares juntamente con la Madre Josefa, cuyo carisma propio señaló certeramente el Papa con estas palabras:

«Tocada íntimamente por la afirmación del Señor, “Estuve enfermo y me visitasteis [] Cuanto hicisteis a uno de esos hermanos míos mas pequeños a mí me lo hicisteis” (Mt 25,36-40), fundó las Siervas de Jesús de la Caridad, confiándoles el descubrir el rostro de Cristo en tantos hermanos y hermanas, solos y enfermos, y aliviándolos con el unguento del amor fraterno

El amor preferencial de la Iglesia por los que sufren en el cuerpo o en el espíritu es el carisma que la Madre María Josefa ha dejado a las Siervas de Jesús de la Caridad, pero también a cuantos quieran dedicar su vida a enjugar las lágrimas de nuestros hermanos mas necesitados» (*Ecclesia* LII [1992] 1301)

El mismo Juan Pablo II la canonizó solemnemente el 1 de octubre de 2000.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

- ALDEA, Q., «Sancho de Guerra, María del Corazón de Jesús», en Q. ALDEA VAQUERO T. MARIN MARTINEZ J. VIVES GALETÍ (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España*, IV (Madrid 1972) 2173-2174
- Cartas de la Madre María Josefa Guerra* (Burgos 1976)
- ELDEA ISASI, M. I., «Santa María Josefa del Corazón de Jesús Sancho de Guerra», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano Mayo* (Madrid 2001) 347-362
- FERNANDEZ ALONSO, J., «Sancho de Guerra, M. G.», en *Bibliotheca sanctorum Appen dice prima* (Roma 1987) 1222-1223

GARCIA FRAILE, P. M., «Maria Josefa del Corazon de Jesus», en C. LEONARDI A. RICCARDI G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 1612 1613
JUAN PABLO II, «Homilia en la canonización » (1 10 2000) *Ecclesia* (2000) n 3 018 p 1577 1579 (28 30)
NEBRED, E., *Una heroína de caridad, la Madre Maria Josefa del Corazon de Jesus Sancho de Guerra* (La Coruña 1951)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN CUTBERTO

Obispo († 687)

Cutberto era de familia anglosajona y debió nacer hacia el 634, no se sabe con certeza el sitio, pero parece que en Nortumbria.

Se cuenta que siendo pastor vio subir al cielo el alma de San Aidano y seguramente por ello comenzó a pensar en la vida religiosa y pidió su admisión en el monasterio de Melrose, del que era abad San Eata. Acreditado como un buen monje, fue destinado a la nueva fundación de Ripon como encargado de la acogida de los huéspedes.

Elegido prior de Melrose, combinó la vida monástica con la predicación por los pueblos y la atención a los necesitados. En 664 acompañó a San Eata a Lindisfarne y no cejó en su trabajo apostólico por esta nueva zona. Entre 676 y 684 se dice que llevó vida solitaria en la isla de Farne.

Elegido obispo de Hexham, cambió su sede con San Eata, que era obispo de Lindisfarne, y se dispuso a ser un buen obispo, predicando y enseñando, creando nuevas iglesias, fomentando la vida monástica masculina y femenina, dotando de buenos párrocos a los pueblos y cuidando de los pobres, mientras llevaba personalmente su antigua vida de profunda oración y severa austeridad. Pero su episcopado fue breve. Aureolado por la fama de austeridad y milagros murió en Farne el 20 de marzo de 687.

BEATO AMBROSIO SANSEDONI

Presbitero († 1287)

Nació en Siena en 1220. En 1237 ingresa en la Orden de Predicadores y es enviado a París a estudiar, y allí tiene por maestro a San Alberto Magno y por condiscípulo a Santo Tomás de Aquino. Ordenado sacerdote, se le destina a la predicación, que ejerce con fruto por Italia, Francia y Alemania. La Santa Sede le encomienda diversas embajadas. Fue maestro del Sacro Palacio. Murió de un derrame cerebral mientras predicaba en Siena un sermón contra la usura el 20 de marzo de 1287. En 1620 se le permitió a la Orden de Predicadores la celebración de su misa y oficio

BEATO BAUTISTA SPAGNOLI

Presbitero († 1516)

Nace en Mantua el 17 de abril de 1447, hijo de Pedro Modover, al que por su origen cordobés llamaban Spagnoli.

Cursaba estudios brillantemente cuando, con sorpresa de todos, deja el mundo y se hace carmelita en 1463. Profesa al año siguiente y prosigue los estudios en Bolonia, alcanzando el grado de maestro en 1475. Ordenado sacerdote, recibe muy pronto encargos de confianza en la Orden.

Es prior de Parma en 1471 y de Mantua en 1483. Fue Vicario general en 1483 y en 1513 prior general de la Orden. Participó en el Concilio de Letran de 1513 y el papa León X le encomendó una misión de paz entre el rey de Francia y el duque de Milán. Escribió numerosas obras, mostrándose atento a los problemas de su tiempo. Por su fino estro poético ha sido llamado el Virgilio cristiano, y se ha señalado también que sus críticas a los fallos eclesiales de entonces dieron argumentos a Lutero y a los protestantes. Admiró a todos por sus esclarecidas virtudes y brillantes cualidades morales e intelectuales. Murió en Mantua el 20 de marzo de 1516. Su culto fue confirmado el 17 de diciembre de 1885.

BEATA JUANA VÉRON

Virgen y mártir († 1794)

Nació en Quelaines (Francia) el 6 de agosto de 1766. Educada cristianamente, al llegar a la juventud quiso dedicar su vida a Dios y a su causa, y para ello ingresó en la Congregación de las Hermanas de la Caridad, llamadas las «Hermanas Grises», dedicadas a la enseñanza de los niños y al cuidado de los enfermos.

Estuvo destinada en Quelaines, Noyen-sur-Sarthe y, por último, en Saint-Pierre-des-Landes o Dompierre, donde desarrolló con gran celo su labor, haciendo mucho bien a niños y enfermos.

Cuando el 17 de abril de 1791 se hizo obligatorio el juramento de fidelidad a la constitución civil del clero a todos los maestros, ella se negó a prestarlo y por ello fue despedida de la escuela. Se redujo entonces a su labor de atención a los enfermos y daba catecismo a los niños. Junto con la beata Francisca Tréhet es arrestada pero en vez de ser llevada a la cárcel, es llevada al hospital pues su salud se hallaba muy deteriorada. El 20 de marzo de 1794 debió comparecer en Ernée ante la comisión revolucionaria. Se negó firmemente a prestar el juramento que se le pedía y por ello fue condenada a muerte. Los motivos alegados para la condena fueron haber apoyado a los sacerdotes refractarios, negarse a prestar el juramento pedido y haber auxiliado a los soldados vandeanos. Fue guillotinado ese mismo día. Beatificada el 19 de junio de 1955.

BEATO JOSÉ BILCZEWSKI

Obispo († 1923)

Nació en Wilamowice (Polonia) el 26 de abril de 1860 en una familia campesina. Ingresó en 1880 en el seminario de Cracovia y se ordenó sacerdote el 6 de julio de 1884, continuando estudios en Viena, Roma y París, doctorándose en teología y especializándose en arqueología cristiana.

En 1891 comenzó su actividad como profesor de la Universidad Juan Casimiro de Lvov, en la que fue decano de teología y

rector. El 18 de diciembre de 1900 fue nombrado arzobispo de Lvov. Tenía ante sí una misión difícil, que se hizo aún más en la I Guerra Mundial, en el curso de la cual procuró ayudar a todos, como igualmente en la guerra polaco-ucraniana de 1918-1919. La invasión bolchevique subsiguiente significó un período de muchos sufrimientos, con la pérdida de numerosos sacerdotes. El obispo Bilczewski supo ser padre de todos y estar a disposición de todos, defendiendo los derechos y la dignidad de cada uno. Murió en Lvov el 20 de marzo de 1923. Fue beatificado el 26 de junio de 2001.

21 de marzo

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Egipto, San Serapion, anacoreta (fecha desconocida)
- 2 La conmemoración de los mártires alejandrinos sacrificados el Viernes Santo († 339)
- 3 En Lauconne, San Lupicinio († 480), abad
- 4 En Irlanda, San Endeo († 542), abad
- 5 En Monte Casino el natalicio de San Benito († 547), abad, cuya memoria se celebra el 11 de julio (cf ** 11 de julio)
- 6 En Constantinopla, Santiago el Confesor († 824), mártir por defender las sagradas imágenes
- 7 En Valence (Francia), San Juan († 1145), abad de Bonnevaux y obispo de Valence *
- 8 En Ranft (Suiza), San Nicolas de Flue († 1487), ermitaño **
- 9 En Dorchester (Inglaterra), Beato Tomas Pilchard († 1587), presbítero y mártir *, con el cual se conmemora al Beato Guillermo Pike († 1591), carpintero, mártir, también bajo Isabel I
- 10 En York (Inglaterra), Beato Mateo Flathers († 1608), presbítero y mártir, bajo el reinado de Jacobo I *
- 11 En Sicuan (China), San Agustín Zhao Rong († 1815), presbítero y mártir *
- 12 En Ronco (Liguria), Santa Benita Cambiagio Frasinello († 1858), fundadora del Instituto de Hermanas Benedictinas de la Providencia **.

SAN NICOLÁS DE FLUE

Seglar y ermitaño († 1487)

Todas las naciones aspiran a poder simbolizar su espíritu nacional en alguna gran figura histórica. Sencillamente cada nación tiene un genio. El de Francia es Juana de Arco, jefe y símbolo de la guerra. El de Suiza lo es Nicolás de Flue, consejero y símbolo de la paz.

Dichosos los católicos, dichosas simplemente las naciones que tienen un santo como suprema encarnación de su espíritu. Los valores humanos en que éstos han inspirado su conducta nunca se desviarán. Pero a sus conciudadanos les queda una indiscutible responsabilidad ante la historia.

Los franceses y suizos, conscientes de su dignidad nacional, reconocen —y esto les une— que ellos también han recibido de Juana de Arco o de Nicolás de Flue una impronta temporal.

En Suiza los católicos no son mayoría dentro de su población total y, por tanto, no son ellos quienes caprichosamente pueden elegir un príncipe temporal como patrono y protector. Para hacer realidad este sueño tendría que cambiar su Constitución. Por eso, cuando los católicos, y con ellos el Soberano Pontífice, saludan a San Nicolás de Flue como «el patrono y protector de Suiza», no piensan en el poder político, en un patrono o protector terrestre. Piensan, sobre todo, en un patrono y protector que está en los cielos, donde el amor y la oración del santo pueden socorrer los deseos de su amor y de su oración.

Nicolás de Flue —señala Pío XII— es el santo de los católicos suizos «no solamente porque él salvó a la Confederación en un momento de crisis profunda, sino también porque él trazó para vuestro país las grandes líneas de una política cristiana».

La Suiza alemana del tiempo de Nicolás de Flue, la de los siglos XIV y XV, está toda empapada de corrientes ascéticas y místicas «favorables a la manifestación de una vida de ascesis y de visiones».

En el siglo XIV aparece en Estrasburgo el grupo de «los amigos de Dios». En Egelberg se forma un movimiento semejante. Uno de los miembros de este grupo, Matías Hattinger —vene-

rado en vida por la población—, habita en una ermita cerca de Wolfenschiessen, el pueblo natal de la madre de Nicolás.

Y estas corrientes de misticismo no quedan reducidas al clero y los monasterios. Se extienden a través de la enseñanza oral hasta llegar a los laicos, que también ocupan un lugar importante dentro de la mística alemana. Muchas de las notas de la vida espiritual de Nicolás de Flue son las características de la vida mística de su tiempo. Por ejemplo, «su ardiente reverencia y devoción por el venerable sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo». La misma contemplación de los distintos episodios de la pasión del Salvador —que Heim am Grund, su párroco, le enseña a sincronizar con la sucesión de las horas canónicas— había sido la devoción preferida de Juan Ruusbroeck y de Enrique Suso. El alto conocimiento del misterio de la Trinidad que había profundizado en sus visiones y la misma manera admirable como él quiso explicarle, pueden encontrar algunos antecedentes en los místicos de la época. Ni el hecho de un ayuno milagroso era la primera vez que sorprendía.

La idea de los grandes místicos que se mezclan en las complicadas actividades de la vida política no extraña tampoco después de los grandes ejemplos de San Bernardo, de Santa Catalina de Siena, de Santa Brígida, y, sobre todo, después de la epopeya, destinada a permanecer eternamente única, de Juana de Arco.

San Nicolás de Flue representa la suprema encarnación del genio de Suiza por ser el salvador y pacificador de la patria, el fundador de la Confederación y el primer patriota confederado. Pero al mismo tiempo es un santo, y un santo de la Iglesia católica. Y por eso nos pertenece a los católicos de todo el mundo.

Es curioso observar cómo ya en el siglo XVI tanto protestantes como católicos reclaman su patronazgo, aunque, naturalmente, por razones distintas. Zuinglio cree que lo más admirable de Nicolás son las recomendaciones hechas a los suizos para que se mantengan dentro de sus fronteras, sin mezclarse en alianzas extranjeras y en la política europea. Los protestantes quieren ver en la interpretación de Nicolás de la imagen de la Trinidad una caricatura del anticristo y del Papa.

Los católicos de aquel tiempo —precisamente como contrarreacción a la propaganda protestante— promueven la canonización oficial. En 1591 se abre el protocolo del primer proceso de canonización. Veintiún años más tarde de que San Carlos Borromeo, después de celebrar la misa ante la tumba de Nicolás de Flue, diese su juicio: «Éste ha sido verdaderamente un santo». Con todo, la canonización no llegará antes de los cuatrocientos años después de su muerte. Esto mismo le sucedió a Juana de Arco. Aquí se unen la necesidad y la contingencia. Y es que la santidad, antes de ser oficialmente reconocida, está sujeta a unas contingencias históricas.

El emperador Maximiliano —que desea el apoyo de los suizos en su guerra contra Venecia— no cumple la promesa de interceder ante el Papa para obtener la canonización. En tiempo de Julio II no se introduce la causa porque el comportamiento político del cardenal Schiner y de los confederados no va de acuerdo con la doctrina enseñada por Nicolás. En tal situación es inoportuno despertar su recuerdo.

Se sabe que en 1648 Roma reconoce la existencia del culto inmemorial profesado en su país al siervo de Dios. Y que a partir de 1689 son los obispos quienes apoyan las peregrinaciones y ordenan oraciones públicas en los lugares que han tenido mayor significado en la vida de Nicolás.

Dos curaciones obtenidas en 1937 y 1939 son los milagros que aprueba la Congregación de Ritos para su canonización. Del tercero dispensa.

El decreto de canonización es Pío XII quien lo promulga el día de la Ascensión de 1947. Y desde ese día el «padre de la patria suiza» pasa a ser el santo de la Confederación.

Lo que más sorprende en la vida de Nicolás es que se puedan unir así en una misma persona lo ordinario y admirablemente perfecto con lo extraordinario y evidentemente divino. Uno, siguiendo los pasos de su vida, se da cuenta que hay hechos y conductas que trascienden el tiempo dando lecciones perdurables.

Y no cabe la duda frente a lo que aparentemente se puede quedar en pura leyenda. De San Nicolas de Flue existen biografías cargadas de esas notas que previenen las cuestiones y ase-

guran la confianza del lector. Para éste queda el salvar la distancia que separa el escrito de la vida, el signo de la realidad. Para ello basta manejar los espléndidos testimonios conservados.

Nicolás de Flue nace exactamente en 1417. El mismo año en que el Concilio de Constanza puso fin al gran cisma de Occidente con la elección de Martín V.

Para sus compañeros de infancia —como ellos, trabajaba en el campo— es «un joven casto, bueno, virtuoso, piadoso y sincero». Ellos se dan cuenta de que Nicolás busca espontáneamente la soledad y la oración al regreso del trabajo. Saben también que se impone ayunos severos —aunque lo disimula— cuatro días a la semana.

Hacia los treinta años contrae matrimonio con la joven de dieciséis Dorotea Wyss. Veinte años de unión matrimonial. Diez hijos. De ellos sabemos que uno frecuenta la universidad y que su hijo primogénito llega a ser presidente de la Confederación.

De las viglias pasadas en oración nos hablan su mujer y su hija Hans.

A los tres años de matrimonio tiene que intervenir en la liberación de Nuremberg. Durrer ha encontrado su nombre en la lista de los 699 suizos que forman la expedición. Interviene, además, en toda la vieja guerra de Zurich y en la guerra de la Turgovia contra Segismundo, duque del Tirol. Más tarde, Segismundo fundará una misa en la capilla de Ranft y regalará un cáliz en una de sus visitas.

El gran amigo de la paz no puede tomar parte en la guerra más que por orden de sus superiores. Pero a la hora de combatir por su patria, no puede permitir tampoco que por su falta de coraje triunfe la insolencia de sus enemigos.

A la edad de cincuenta años se retira a la vida eremítica, estableciéndose en la garganta del Ranft, donde vive entregado a la meditación y a las más duras penitencias. Y se retira con el consentimiento de su mujer y sus hijos. Desde entonces, sólo se verán cuando ella venga con el hijo pequeño a la capilla de Ranft o cuando él pase por delante de su antigua casa para ir a la iglesia parroquial de Sachseln los domingos y días de fiesta. Según Méatius, fueron sus mismos conciudadanos quienes

construyeron a Nicolás su ermita. Éste sería el primer gesto y signo de la extraña y misteriosa solidaridad que unirâ al santo con todos los hombres de su nación.

El amor conyugal no ha perecido en esta separación, sino que se ha transformado un poco anticipadamente en ese amor que está destinado a tener en el cielo. Es el mismo, pero más bello y sin la exigencia carnal.

Es en Ranft donde hay que descubrir la indiscutible personalidad de Nicolás. Es en Ranft donde él resuelve la aparente contradicción que existe entre lo infinito y lo finito, entre lo poco que nosotros somos y la inmensidad del amor divino. En esa celda de dos ventanas pequeñas. La una daba al interior de la capilla. Así el asceta podía ver oficiar al sacerdote. La otra se abría a la naturaleza dulce y grandiosa del país de Unterwald. Así, Nicolás podía adorar a Dios en sus obras. Esta capilla, consagrada en 1469 por el obispo de Constanza en honor de la Virgen, de Santa María Magdalena, de la exaltación de la santa cruz y de los diez mil mártires, se convertirá en el centro espiritual de Suiza. Nicolás verá acudir a ella peregrinaciones y verá fomentarse el mismo culto litúrgico que aprueba Inocencio X y la Congregación de Ritos. Allí es donde descubre los motivos que le obligan a creer en los destinos de su país. Y allí es donde ocurre ese milagro que nadie ignora en Alemania. Para prevenir toda incredulidad están también los testimonios de los suizos contemporáneos y el del obispo de Constanza, que observa atentamente su vida y costumbres. Un día someterá a prueba la obediencia de Nicolás ordenándole romper el ayuno. El carácter milagroso de este ayuno es reconocido ya en tiempo de Alejandro VII, antes que Benedicto XIV sometiese a discusión y estudio el problema de los ayunos prolongados, precisamente a propósito de éste de Nicolás. Su único alimento durante estos años fue la Eucaristía. Se dice que duró veinte años porque esta abstinencia total fue el resultado prolongado de un ir suprimiendo poco a poco su alimento corporal hasta llegar a la abstinencia suma.

«Si durante veinte años —dice Pío XII— el no se alimento mas que del pan de los angeles, este carisma fue el cumplimiento y la recompensa de una larga vida de dominio de sí mismo y de mortificación por amor de Cristo»

El ayuno de Nicolás se nos revela simplemente como un esplendor exterior de una santidad interna, misteriosa, secreta. Ésta es la única explicación razonable que puede coordinar los datos de la historia y los de la psicología.

El retiro del mundo no señaló para Nicolás, como lo esperaba, el fin, sino el inicio de una obra histórico-política.

Nicolás fue juez y consejero de su cantón. Diputado en la Dieta federal de 1462 y rechazó el cargo de jefe de Estado. Su influjo en los asuntos federales aparece ya evidente en el tratado de paz perpetua con Austria en 1473. Sin embargo, su obra pacificadora importante comienza a partir de 1478.

La Confederación, a raíz de la guerra contra Carlos el Temerario, duque de Borgoña (1474-1477), vio surgir la división entre los cantones-ciudad y los cantones-campaña, a causa de la admisión de Fribourg y Soleure en la Confederación y de la repartición del botín de guerra. Nicolás trabajó por allanar dificultades y realizó con la Dieta de Stans el milagro de la reconciliación de unos ánimos totalmente exacerbados. Desapareció el peligro de la guerra civil y Fribourg y Soleure fueron recibidas en la Confederación con la firma del pacto de Stans, que —a pesar de la escisión religiosa— constituyó, hasta 1798, el derecho público de la Confederación. Otras muchas son las actuaciones públicas de Nicolás, pero esta de hacer nacer de nuevo la unidad de Suiza le valió el título de «padre de la patria» Título que se funda también en esa superabundancia y fecundidad de una vida que siempre había querido situarse fuera de toda política. Fue el fundador de la Confederación y fue el primer confederado. Fue un hombre integralmente fecundo.

Es cierto que la historia de la Edad Media está llena de intervenciones de los santos, de los solitarios, de los reclusos, que en las horas trágicas han llegado a salvar a sus ciudades. Recordemos, por ejemplo, a San Francisco de Asís y a San Bernardino de Siena. Pero lo que distingue a San Nicolás de Flue, comparándole con los demás, es que constituyó en alguna manera una obra política técnicamente, haciendo prevalecer práctica y teóricamente la idea de una común patria suiza, individida y capaz de desbordar las preocupaciones e intereses cantonales.

Pero volvamos a Ranft, en donde aún tenemos que copiar otro capítulo importantísimo de su vida. El más íntimo y el más profundo. Y, desde luego, el más impresionantemente divino. No podremos menos de reconocer otra vez que la grandeza de Nicolás consiste en haber afirmado abiertamente la primacía de la vida interior —él, que tuvo una vida pública tan fecunda y trascendente—, en haberse dejado poseer paulatinamente por los valores eternos. Porque sólo éstos son capaces de equilibrar los temporales.

Las visiones divinas son para Nicolás la explicación de los misterios de la fe. Para todos serán el esquema de una enseñanza popular de toda la visión grandiosa de la teología. El arte suizo —el retablo de la iglesia parroquial de Sachseln y la portada de la primera edición del *Tratado del peregrino* de Strasburgo— nos ha conservado esta concepción grandiosa del misterio trinitario, que Nicolás saboreó gozosamente. El contenido de estas visiones lo conocemos por el registro parroquial de Sachseln y por un manuscrito descubierto en Lucerna por el padre Adalbert Wagner. Gracias a ellas podemos entender la doctrina espiritual del bienaventurado.

Cinco visiones menores que él cuenta a Heim am Grund, el cura de Stans. Desde el seno materno vio una estrella que, como su vida, ilumina al mundo entero, una roca tan firme como su decisión ante las dificultades, su bautizo en Kerns pasando por Ranft, la puerta y los cuatro candelabros que descenden del cielo para ser colocados sobre el lugar de su futura ermita y capilla. Es un anticipo de todo lo que será su vida.

Las tres visiones de las invitaciones divinas están llenas de sabor local, de advertencias y de presentimientos. La tercera, en la que se le aparece ya la Trinidad, por su amplitud, por su simplicidad y por su fuerza preludia a las tres grandes visiones del manuscrito de Lucerna. Son una invitación al renunciamiento, no solamente de lo superfluo, sino también de lo necesario.

La visión de Liestal es el origen del milagro de su ayuno. En ella descubre Nicolás que la voluntad divina es que vaya a Ranft.

Las tres grandes visiones de la encarnación redentora. Se puede asegurar que para Nicolás son la visión de la divinidad. Tres visiones que están sin nombre. La primera se puede titular

el «Cristo peregrino»; la segunda, «La fuente de la vida»; la tercera, «El hombre que presta servicio al Hijo de Dios». Las tres ilustran el gran tema dogmático del Creador, que desciende hasta los hombres para mendigar su amor. Las tres ofrecen un carácter de plenitud, de madurez, de universalidad. Para nosotros son de un precio inestimable, porque nos permiten entrar en el corazón del pensamiento de la ermita y porque muden el clima de su contemplación. Son una expresión de la articulación indiscutible que existe entre las cosas del cielo y las del mundo. Y son, además, el criterio que nos hace ver la amplitud y la grandeza de la ortodoxia de su fe.

El decreto de beatificación o canonización —tengámoslo en cuenta— no recae más que sobre lo esencial, esto es, sobre la santidad del servidor de Dios.

Sí, Nicolás ha pasado el Jordán. Ha pasado al otro lado de las cosas. Ahora ya puede dejarlas venir hasta él. Y vendrán no para entretenerle, sino para ser elevadas. Después que ha decidido prescindir de ellas, son ellas las que han entendido que no podrán pasar sin él. Porque Nicolás, ante todo, ha sido un titán de la oración. La vida de Nicolás se cierra con una terrible enfermedad cargada de dolor y de sufrimiento. Pero hasta el último día la paciencia es de la misma medida que la pobreza. Después de ocho días de intenso dolor recibe el cuerpo y la sangre de Cristo, para unirse definitivamente con él.

Hay un testigo a la hora de su muerte. Su discípulo Ulrich, nombre que probablemente se identifica con el autor anónimo del *Tratado del peregrino*. Nicolás había recibido frecuentemente sus visitas en el desierto, confiándole cosas íntimas. Entre ellas la fecha de su muerte. Cuando ésta se aproxima, ruega a Nicolás le permita habitar en una celda próxima a la suya. De esta manera puede ver morir y llorar al amigo tan admirado: 21 de marzo de 1487.

La noticia de la muerte de Nicolás se extiende enseguida por Austria, Milan, Alsacia, Bohemia y por toda la Europa central. Ahora sólo nos queda el acompañar a la mujer, a su esposa, que está rezando sobre su tumba.

Mientras, seguimos pensando que el milagro de esta vida es haber unido en ella maravillosamente el amor de lo infinito y el

amor de lo finito, la inquietud de lo espiritual y la de lo temporal, la inquietud del reino que no es de este mundo y el servicio generoso a una patria terrestre.

«Nicolás de Flue —dice Pío XII— encarna, con una plenitud admirable, la unión de la libertad terrestre y de la libertad celeste».

JOSE FRANCISCO FONTECHA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 21 de marzo. Buen comentario histórico.

ANDREY, A., *Le Saint vivant* (Ginebra 1939)

BELLOC, J., *Le bienheureux Nicolas de Flue*.. (París 1889).

DURRER, R., *Die ältesten Quellen über... Nikolaus von Flue, sein Leben und seinen Einfluss*, 4 vols. (Sarnen 1914-1921).

JOURNET, C., *Saint Nicolas de Flue* (París 1947).

LAVAUD, B., *Vie profonde de Nicolas de Flue* (Friburgo 1942).

PIO XII, «Discurso en su canonización», 15 de mayo de 1947.

— Actualización

BAUD, P., *Nicolas de Flue* (París 2002)

BAUD, P., *Nicolas de Flue (1417-1487): un silence qui fonde la Suisse* (París 1993).

SANTA BENITA CAMBIAGIO FRASINELLO

Fundadora († 1858)

El 19 de mayo de 2002, Juan Pablo II, al canonizar a Benita Cambiagio Frasinello, afirmó que en ella «la Iglesia nos muestra un ejemplo de Santa que fue esposa, madre, religiosa y fundadora». Fue una mujer sencilla de pueblo, que se entregó a empresas arriesgadas, con una apertura fiel a la llamada de Dios y con una fe firme en su Providencia, que de manera desconcertante, como él suele, fue guiando sus caminos.

Los apellidos de Benita delatan su origen italiano, ligur para más señas; viene, pues, al mundo en Langasco, cerca de Génova, el 2 de octubre del 1791; sus padres se llamaban José y Francisca, que la bautizaron a los dos días de nacer. Era la cuarta de cinco hijos, los tres primeros varones y una hermana más pequeña, de nombre María, de carácter delicado y enfermizo. Sus padres, pequeños granjeros, de fe sencilla y genuina, la educaron en una fe cristiana, a veces rígida, pero dentro de un ambiente de afecto y de cariño; de aquí su carácter voluntarioso y perseverante.

Benita era una niña alegre y bonita, de una vitalidad desbordante, que invadía la casa, transmitiendo a todos la alegría de vivir; todos coinciden en resaltar su belleza de siempre. Sus padres sentían por ella una predilección especial, porque tenía algo que la distinguía de sus hermanos; era de carácter más expresivo y dinámico y se interesaba por las mil cosas de la vida hogareña.

La niña Benita lleva una vida apacible en el campo, ajena a los ajetreos políticos de la época y de la región, la revolución francesa y los movimientos de unificación italiana, que provocara aquélla. Sin embargo, en la delicada edad del paso de la niñez a la adolescencia, su vida se vio turbada de repente. Napoleón se anexiona la Liguria, y su ejército invade de pronto aquellas tierras; la más negra tragedia llama inexorablemente a la puerta de los campesinos de la comarca. Hambre, desolación, tristeza y muerte caen sobre la comarca, y muchos ligures se ven forzados a emigrar a otras tierras para ganarse la vida con más seguridad.

Los Cambiagio se enrolan en este movimiento migratorio. Venden la poca tierra que tienen y se dirigen hacia el Piamonte, donde se dice que la vida era más segura. Se detienen en la Lombardía, y en Pavía prueban suerte, compran una casa y ponen una tienda de frutas y verduras. A Benita la situación no la arredra, se enrola decididamente en el negocio familiar con una actividad desbordante, sin descuidar los más pequeños problemas de la tienda.

Se sabe muy poco de la instrucción escolar de Benita, sin embargo, como era de una mente viva y despierta, le gustaba mucho leer, lo que le sirvió para corregir las deficiencias que pudiera tener en este sentido. Su afán por la lectura, siempre dentro de un ambiente piadoso, la había llevado a leer unos textos del Evangelio, que después aprendió de memoria y que se le grabaron en su mente de adolescente, asumiéndolos como una interpelación apremiante dirigida a ella personalmente. Desde muy joven siente una imperiosa llamada a la oración, a la penitencia y a la soledad. Es precisamente en el ambiente de ajetreo, que rodea su trabajo en la tienda, cuando se decide a tomar en serio esta llamada, y un día huye de casa y se retira a una cueva,

que convierte en ermita, después de una semana de búsqueda, suponemos, angustiosa, la encuentra su madre y la retorna al hogar, tomando el hecho como fruto de su fantasía juvenil.

Pero Benita persiste en su deseo de vida de oración y de penitencia, animada por su director espiritual, Santiago de Filippi, canónigo regular de Somasca y párroco de San Miguel de Pavía, en cuyo distrito vive la familia Cambiagio. Como las chicas —Benita y su hermana María— son atrayentes y guapas, tienen pretendientes. María se había enamorado de un chico de Vigévano, Cristóbal Vignoli, con quien pocos años después, en 1812, se casará, a los tres años de matrimonio, su marido la repudia por enferma de un cáncer intestinal, que a no mucho tardar la llevará a la muerte.

A Benita la pretendía otro chico, Juan Bautista Frasinello, quien vivía en el mismo pueblo que su cuñado, pero que había nacido en Ronco Scrivia, cerca de Génova, dos años antes que Benita. También su familia es labradora y él un excelente carpintero, pero sobre todo, como demostrará después, un cristiano cabal. La solicitud del chico y los consejos de los padres, que veían en esta proposición el final de las veleidades de su hija, doblegaron la voluntad de Benita para contraer matrimonio con él.

El repudio de su hermana María provoca la boda de Juan Bautista y Benita, que se casan, el 7 de febrero de 1816, en la basílica de San Miguel de Pavía; se dedicarán los dos especialmente al cuidado de la hermana enferma. El nuevo matrimonio abre también una tienda de frutas, de la que especialmente se cuida Benita. A los dos años de casados y al ver que no tienen familia, Benita pide a su esposo que secunde el deseo que ha tenido toda su vida de consagrarse totalmente al Señor, y los dos, ante el obispo de Pavía, Mons. Tosi, que tendrá a partir de este momento decisiva importancia en su vida, hacen voto de castidad, a imitación de la familia de Nazaret. Ambos esposos van a desarrollar una maternidad y una paternidad espirituales, en la fidelidad a su amor esponsal sublimado.

Con la muerte de María, parece que su objetivo de estar en el mundo ya se ha cumplido, y los dos deciden entrar en la vida religiosa, Benita no es aceptada en las capuchinas de Génova y la admiten, sin embargo, en julio de 1826, en las Ursulinas de

Capriolo (Brescia), donde se había reunido un grupo bastante heterogéneo de religiosas, provenientes de los conventos suprimidos por Napoleón. Él ingresa, como hermano lego, en los Somascos, en diciembre del mismo año; ambos tienen la aprobación del obispo. En el convento, encuentra Benita lo que buscaba de oración y soledad y se entrega a la vida religiosa y al servicio de las hermanas con decisión y energía.

Sin embargo, poco duró la perseverancia de Benita; siempre los caminos aparentemente desconcertantes de su vida; Benita siente una imperiosa llamada interior, de carácter sobrenatural, a dedicarse al apostolado de las jóvenes en peligro. En Pavía se había dejado impactar por el ambiente en que vivían las adolescentes y jóvenes de los pequeños pueblos de los alrededores que venían a la ciudad, abandonadas de sus padres y entregadas a la prostitución.

Las hermanas la quieren disuadir, pero ella se empeña; consultan al obispo, quien no ve inconveniente en que deje el convento. Al caer enferma, tiene que abandonar definitivamente el convento, y vuelve a casa de sus padres. San Jerónimo Emiliani, fundador de los Somascos, se le aparece, la cura casi repentinamente y le pide que se dedique a la salvación de las jóvenes y adolescentes abandonadas de Pavía.

Con la presencia de Benita fuera del convento, Mons. Tosi, preocupado por el grave problema de las jóvenes e incluso adolescentes, que se prostituían en las puertas mismas de la universidad, vio los cielos abiertos, y lanza a esta empresa a Benita, que se entrega con cuerpo y alma a la atención de estas muchachas; Benita comprende, por fin, que aquí está su vocación. Con solicitud maternal y mendigando de puerta en puerta, empieza esta obra de asistencia a las chicas pobres, acogiéndolas en la misma casa de sus padres, algo que ellos no toleran y que impiden casi con violencia.

En estas circunstancias, el obispo, pensando en la necesidad de un hombre al lado de Benita y dado que su padre no se prestaba, saca del noviciado a Juan Bautista, para que esté al lado de su esposa en esta labor que les encomienda. Juan Bautista deja su convento el 14 de septiembre de 1826 y a los pocos días y ante el obispo, el matrimonio renueva públicamente el voto de

castidad que ya habían hecho con anterioridad. Juan Bautista será la sombra callada, prudente, laboriosa y eficaz al lado de Benita, cual un cuadro tradicional de la Sagrada Familia. Con siete jóvenes y algunos adultos, entre ellos nobles y adinerados y, acompañada de su marido, Benita emprende la obra de Pavía, echando las bases humanas y también espirituales de su futura obra apostólica.

En esta empresa, no sólo tiene en cuenta el aspecto educativo-religioso sino también el moral y cívico. Su ideal era formar buenas cristianas que, aprendiendo las habilidades del propio estado, las ejerciten, e instruidas en todo trabajo útil y doméstico, sean un día verdaderas madres de familia y, al mismo tiempo, de provecho para sí mismas y para los demás. En 1831 llegan a un centenar las chicas acogidas y varias personas se le ofrecen para ayudarla. Redacta unas normas para la vida y la labor de educadoras y de educandas; esta casa de Pavía se puede considerar como un primer esbozo de la familia religiosa que fundará después.

Benita fue la primera y hasta entonces la única mujer, en la ciudad y en la provincia, que se preocupó por la educación de las niñas pobres; su obra responde a una necesidad social vivamente sentida en aquella época, la instrucción primaria, ajustándose a los programas oficiales de las escuelas elementales. La obra de Benita la asumieron los políticos como portadora del bien social; el gobierno austriaco, del que dependía entonces la región, autorizó el funcionamiento de la escuela interna, aprobó a las maestras y otorgó el título de «Promotora de la instrucción pública».

Pero Benita tiene que pasar por el crisol del sufrimiento y de la cruz; es el sello que da autenticidad a toda obra de Dios, como ocurrió con Jesús. Benita es objeto de las más graves y absurdas calumnias, la tildan de ladrona y asesina, en una campaña bien organizada que empieza en febrero de 1837; ella lo acepta todo con paciencia, espíritu de oración y entrega a sus jóvenes. El 1 de abril de 1837 lo cede todo a Catalina Bonino, para que la obra que había emprendido no desaparezca con ella. Catalina era una distinguida señora que desde hacía tiempo la ayudaba a llevar adelante su servicio a favor de las chicas; en los momentos de prueba esta amistad le sirvió de consuelo.

El golpe de gracia se lo dio el mismo obispo, que la había llamado para la empresa, la invitaba a que dejara la obra y abandonara la ciudad. El 16 de julio de 1838, lo deja todo en manos del obispo. Ese mismo año, el obispo, ante el deterioro de su propia salud, había delegado el gobierno de la diócesis en un equipo, entre los que se encontraban jansenistas y josefinistas, movimiento, este último, eclesial, separatista y austriaco, todos se unen a la persecución sorda y tenaz contra Benita y su obra. Los doce años de trabajo en Pavía terminan en el descrédito y la calumnia. Benita ve en todo ello la mano providente de Dios. Sus sentimientos los expresa en esta frase:

«Esperando siempre en Dios, y persuadida de que vale mas un bendito sea Dios que la fuerza de cien demonios, me dedique con mayor ahinco a perseverar en la empresa y a afrontar cualquier dificultad»

Y comienza el éxodo de Benita, siempre en compañía de su marido. Cinco maestras del centro se le unen y quieren compartir con ella su suerte. Se dirige a su Liguria natal, para volver a empezar. Dos sacerdotes la habían indicado un pueblecito, Rivarolo, donde podría abrir una escuela; se dirige allí, pero se detiene, para descansar, en Ronco Scrivia, patria de su marido; aquí encuentra niñas sin escolarizar y jóvenes sin instrucción y funda una escuela primaria y gratuita.

Después de los primeros ensayos, crea, en 1840, una escuela pública, abierta a alumnas con haberes, propone a sus compañeras hacerse religiosas y solicita, para ello, la autorización del arzobispo de Génova, nace el Instituto de las Religiosas Benedictinas de la Providencia. El arzobispo aprueba la obra y las normas redactadas por Benita. Conjunta la enseñanza catequética con la formación al trabajo, quiere transformar las chicas en «modelos de vida cristiana» y asegurar así la formación de las familias. Desarrolla el carisma de Pavía, ampliando a todas las jóvenes la educación, la instrucción y la formación cristianas, con su inconfundible espíritu de ilimitado abandono y confianza en la divina Providencia, y dentro de un clima de afecto maternal, entrega y olvido de sí.

Para las hermanas escribe una Regla y unas Constituciones, que ya no contemplan una comunidad, como la de Pavía, sino

una Congregación, más allá de los estrechos límites de Liguria. Se las llamó Benedictinas de la Divina Providencia, por la protección de San Benito, que sentían sobre ellas; sin embargo, su carisma es muy distinto del benedictino. En la Regla, muy estrechamente relacionada, por otra parte, con las reglas monásticas, inculca la obediencia, el espíritu de arrepentimiento, la humildad, la oración, el cultivo de la vida interior, el abandono incondicional a la Divina Providencia y sobre todo un gran amor a las niñas y a las jóvenes.

El sagrario y el crucifijo fueron la escuela y la fuente donde Benita bebía sus energías para trabajar incansablemente. Ya en Pavía adapta una capilla, para colocar estos dos tesoros. El primer reglamento de aquel Centro se cifraba en «Hacer todo para agradarle» y «Hacer todo por amor de Dios». Fue una verdadera contemplativa en la acción, sus experiencias místicas se repiten, sobre todo en las fiestas litúrgicas, sin distraerla de sus ocupaciones intensas. Su amor a las niñas llega hasta los mayores sacrificios, hasta perder sus bienes y su fama; fue singular su capacidad de desprendimiento.

La obra de Benita se desarrolla rápidamente. En 1847 funda en Voghera, en el Piamonte, con dos hermanas de sangre, de aquellas que la acompañaron desde Pavía. La ocasión surge porque tienen que cuidar de su padre enfermo y de una hermana ciega. No se limitan a esto, sino que se ponen a trabajar con chicas marginadas, como tenían costumbre; siempre con el cuidado y atención de la Madre, fundan un centro educativo. Cuarenta años más tarde, esta comunidad se escinde y nace otro Instituto, que se siente creación de Madre Benita y que se llamará Hermanas Benedictinas de la Providencia de Voghera.

Las HH. Benedictinas de la Providencia trabajan en la actualidad en Italia, España, África y América Latina. Su actividad se dirige particularmente a la educación de las jóvenes, a la enseñanza, a las actividades caritativas en hospitales y casas de reposo, y también a la obra misionera. La casa madre está en Ronco Scrivia (Génova).

En 1851, Benita es llamada de nuevo a Pavía, a donde retorna, acompañada de su marido y de otras religiosas, pero el proyecto no cuaja. Hasta más de mediados del siglo XX no vol-

verán a Pavía las Benedictinas de la Providencia. Desde Pavía llaman de nuevo a Benita, esta vez para fundar en San Quirico, Génova, y allá se dirige. La enfermedad, su débil corazón, la detiene en Ronco Scrivia, de donde ya no saldrá; es octubre de 1857.

Son casi seis meses de enfermedad grave, con sus altibajos, sigue pendiente de la fundación de San Quirico, que encarga a otras hermanas. Sus días en esta tierra terminan, de una manera simbólica, el día 21 de marzo de 1858, en que se celebraba antiguamente la fiesta de su patrono y protector San Benito; también en este último momento sigue acompañada de su marido. Tenía 67 años de edad y falleció en el día y la hora predichos por ella. Dios eligió a Benita para ofrecer a las jóvenes pobres y abandonadas educación y formación cristianas, como el Buen Pastor, como la mujer fuerte del libro de los Proverbios, fue para ellas «madre, maestra y guía».

Benita se dejó llevar siempre por la mano de la Providencia que la iba guiando, sin saber muchas veces por dónde. Desde la mente e intención de Dios es una trayectoria lineal, pero a nosotros nos suele dar la impresión de que es verdad que Dios escribe recto con renglones torcidos. No se privó de ningún sacrificio y sufrió toda clase de pruebas para llevar adelante su obra, en la que colaboró asiduamente su marido, aceptando la misión de su esposa y cooperando con ella en la entrega total a las jóvenes pobres y abandonadas.

Benita y Juan Bautista, éste más a la sombra, vivieron su matrimonio en la perspectiva del Reino de los cielos, lo que ha constituido tradicionalmente el objetivo de la vida celibataria de los religiosos. Despiertan, sin saberlo tal vez, perspectivas nuevas, en la construcción de la nueva humanidad, para lo que quedan configurados por el sacramento de matrimonio, que los consagra como pareja, al misterio pascual de Jesús y a su proyección al mundo. Es un valor profético, que puede hacer pensar a los cristianos del siglo XXI.

En esta vida ejemplar, en el pleno sentido de la palabra, todos los cristianos, además de los esposos, pueden encontrar un aliciente para vivir su vida cristiana en las actitudes más fundamentales: apertura a la voluntad de Dios, escucha, confianza en

el Dios que rige nuestra historia y entrega incondicional, con todo el ser, al servicio de los hermanos, con predilección especial a los más pequeños y a los más pobres.

AGUSTIN ROMERO, OCSO

Bibliografía

- HERMANAS BENEDICTINAS DE LA PROVIDENCIA, *Madre Benita* (Palencia 2002).
MEDICA, G. M., *Beata Benedetta Cambiagio Frasinello, educatrice, catechista, formatrice, madre di due Famiglie Religiose* (Leumann, Turin 1988).
VASCONI, R., *Una luz en la niebla. Beata Benita Cambiagio Frasinello* (Madrid 1982)
VINTURINI, G., *Benedetta Cambiagio Frasinello* (Génova 1986).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JUAN DE VALENCE

Abad y obispo († 1145)

Fue primero canónigo y, tras hacer un viaje a Santiago de Compostela, pidió el hábito cisterciense en el propio Cîteaux. Acreditado como monje ejemplar, fue designado para la fundación de la abadía de Bonnevaux, de la que en 1117 fue el primer abad, siendo él quien dio la profesión monástica al futuro Beato Amadeo de Lausana.

Tras ser depuesto el obispo de Valence en 1141, fue elegido Juan para ocupar dicha sede, lo que hizo con dignidad y ejemplaridad. Murió el 21 de marzo de 1145. El culto que se le venía dando fue confirmado por el papa San Pío X el 1 de diciembre de 1903.

« BEATOS TOMÁS PILCHARD Y GUILLERMO PIKE

Mártires († 1587, 1591)

Tomás nació en Battle, del condado de Sussex, en Inglaterra, en 1557. Estudia en Oxford y consigue el grado de Maestro en Artes. Pero decidida su vocación sacerdotal marcha a Reims, donde hace los estudios y se ordena sacerdote en Laon en 1583,

volviendo después a Inglaterra. Arrestado y expulsado del país en 1585, regresa dos años más tarde, pero fue arrestado muy pronto, llevado a juicio y condenado a muerte por su condición de sacerdote católico, siendo ahorcado y descuartizado en Dorchester el 21 de marzo de 1587.

Con la suya, se celebra la memoria del también mártir Guillermo Pike. Éste era carpintero, y fue delatado por haberse reconciliado con la Iglesia Católica y por ello mismo condenado a muerte. Su conversión se debió al Beato Tomás Pilchard, al que en el juicio Guillermo llamó su maestro y dio testimonio de él diciendo que era un dignísimo sacerdote. Guillermo fue condenado a muerte y ejecutado también en Dorchester. El *Martirologio romano* dice que se ignora el día de su martirio, pero en la *Positio* en orden a su beatificación se señala el 22 de diciembre de 1591. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

BEATO MATEO FLATHERS

Presbitero y mártir († 1608)

Nació en Weston, junto a Otley en el Yorkshire (Inglaterra) en 1560. Estudia en Oxford, y permanece seglar y sin contraer matrimonio hasta los cuarenta y cuatro años de edad, momento en el que decide su vocación sacerdotal y marcha a estudiar a Douai, en cuyo colegio ingresa el 18 de agosto de 1604, ordenándose sacerdote el 25 de marzo de 1606 en Arrás y regresando a Inglaterra como misionero.

Arrestado y expulsado del país, vuelve bajo el seudónimo de Major y trabaja apostólicamente en el Yorkshire hasta que es nuevamente arrestado y detenido en el castillo de Upsall. Juzgado y condenado a muerte como traidor, se le ofreció la libertad y la vida si prestaba el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa de la corona. Al negarse, fue ahorcado y descuartizado en York junto a la puerta de Mickel Bar el 21 de marzo de 1608. Primero se le ahorcó, pero por muy breve tiempo, de modo que al caer a tierra estaba aún vivo, en cuya situación empezó a ser, con toda crueldad, descuartizado. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987.

SAN AGUSTÍN ZHAO RONG

Presbitero y martir († 1815)

Agustín Zhao Rong (o Tchao-Suong) nació en Kweichow (China) el año 1746 en el seno de una familia pagana. Era guarda comunal de Wu-Chuan cuando tuvo que vigilar a algunos cristianos detenidos entre los que estaba el P. Mei, quien daba fervorosas pláticas a los cristianos compañeros de prision, animándolos a perseverar en la fe. Y esas pláticas llevaron al joven guarda al cristianismo. Se bautizó el 28 de agosto de 1776 tomando el nombre de Agustín.

Pidió entonces ser admitido al sacerdocio, que recibió el 5 de mayo de 1781, resultando ser un excelente predicador y confesor. Destinado a la región de Yunnan, ejerció en ella su apostolado durante años, pero, cuando volvía de administrar los sacramentos a un enfermo, fue arrestado. Tras su arresto fue cruelmente torturado en orden a conseguir su apostasía, pero el mártir perseveró firme en medio de la tortura. Entonces se le dejó languidecer en la cárcel, donde murió no se sabe el día y mes del año 1815. El *Martirologio romano* lo conmemora el 21 de marzo. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000.

22 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 La conmemoración de San Epafrodito, colaborador del apóstol San Pablo.

2 En Narbona (Francia), San Pablo (s III), obispo y martir

3 En Galacia, los santos Calinico y Basilisa, martires (fecha desconocida)

4 En Ancira (Galacia), San Basilio († 362), presbitero y martir

5 La conmemoración de Santa Lea († 383), viuda romana *

6 En Osimo (Italia), San Bienvenido Scotivoli († 1282), obispo *

7 En Londres, San Nicolas Owen († 1606), jesuita y martir **

8 En Angers, Beato Francisco Luis Chartier († 1794), presbitero y martir *

9 En el campo de concentracion de Stutthof (Polonia), los beatos Mariano Gorecki y Bronislao Komorowski († 1940), presbiteros y martires *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN NICOLÁS OWEN

Religioso y martir (1606)

Las palabras del apóstol: «Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir a lo fuerte» (1 Cor 1,27) tuvieron su pleno cumplimiento en la vida heroica y el martirio de este humilde hermano coadjutor de la Compañía de Jesús. Su azarosa biografía toma a veces aires de novela, de novela policíaca o de espionaje; pero lo cierto es que la fuerza de Dios se manifestó plenamente en este pequeño *Juanito*, *Little John*, como le llamaban cariñosa y familiarmente, aunque su verdadero nombre fuera Nicolás. Tanto se afianzó en él la fuerza de Dios que ha merecido el justo elogio de que pocos católicos han trabajado mas y mejor en la viña del Señor en Inglaterra, en los duros tiempos que le tocó vivir, que este hermano jesuita. En la isla, antaño tan devota y cercana a la Sede de Pedro, firme en la unidad católica, que desgajó de la comunión universal la pasión y el despotismo de Enrique VIII, iniciador cruel de la persecución contra los cristianos ingleses y galeses que permanecieron fieles a quien preside en la caridad las iglesias de Cristo y es el maestro supremo de la verdad salvadora.

Nicolás era probablemente uno de los cuatro hijos de Walter Owen, carpintero de Oxford. De su padre aprendió el oficio que combinó con el de constructor y maestro de obras. El mayor de sus hermanos se dedicó a la imprenta y se distinguió como celoso impresor católico. Otros dos hermanos fueron sacerdotes. Nicolás trabajó desde su juventud con los jesuitas. Era bajo de estatura y, además, sufrió un accidente al ser golpeado por un caballo que le dejó cojo. Cabe precisar, empero, que muy poco sabemos de su vida hasta que ingresó, secretamente, en la Compañía de Jesús el año 1580.

Reinaba entonces en Inglaterra y Gales Isabel I, continuadora por motivos políticos y religiosos de la dura persecución contra los católicos que iniciara su padre Enrique VIII. La ocupación principal del hermano Owen era la de proyectar y construir escondites en las casas de nobles católicos para proteger y salvar a correligionarios suyos frente a sus perseguidores. Salvó de la horca a muchos sacerdotes, que le pudieron agradecer la vida y la continuación de su ministerio. Salvó asimismo a muchas familias católicas de la confiscación de sus bienes.

En 1581 ya fue encarcelado, con otros tres compañeros, por defender de traición y proclamar la inocencia, con sumo coraje, del P. Edmund Champion, después que éste fuera martirizado. Las condiciones de la prisión que sufrió eran tan duras que uno de los encarcelados murió sin que los carceleros sacaran su cadáver. Fue torturado para que denunciara el escondite de los sacerdotes que él mismo había construido; no consiguieron sacarle ni una pista. Lo dejaron libre al fin porque un señor católico pagó por su liberación.

Desde 1586 a 1606 estuvo al servicio del P. Henry Garnet, provincial de los jesuitas. Durante 26 años viajó por toda Inglaterra dedicándose a su profesión de construir escondites con suma habilidad. Los edificaba en las casas de los señores de tal forma que sólo el dueño conocía la entrada y que nadie más era capaz de descubrir. A nadie hablaba de las obras que llevaba entre manos. De día simulaba trabajar en la casa haciendo reparaciones, por las noches, con sumo esfuerzo a pesar de su menguada salud y débiles fuerzas, emprendía los más duros e ingeniosos trabajos de albañilería para construir con suma habilidad los escondites para los católicos perseguidos. El refugio reunía unas mínimas condiciones de habitabilidad, a pesar de sus diminutas medidas. Mientras tanto, en su labor incansable, llevaba una intensa vida de piedad y oración. No empezaba su arduo trabajo antes de recibir la comunión eucarística, oraba continuamente mientras realizaba su oficio. De esta fuente espiritual y sacramental, sacaba fuerzas para derribar muros, trasladar grandes piedras, trabajar sin descanso, pese a su débil complexión y salud.

En 1594 viajó a Londres para acompañar al P. Juan Gerard, que acudió a la capital con el fin de adquirir una casa. Cuando

hubieron concluido la operación, un criado de la familia Wiseman los traicionó denunciando su nuevo domicilio. El P. Gerard y el hermano Nicolás fueron arrestados inmediatamente y encarcelados por separado. Nicolás y un compañero de prisión, Richard Fulwood, fueron torturados pero no les pudieron arrancar confesión alguna. Owen fue liberado otra vez porque alguien pagó su rescate. El P. Gerard fue confinado en la Torre de Londres, de la cual el hermano Nicolás, con artimaña singular, logró sacarlo y, proporcionándole una cabalgadura, facilitarle la huida.

A la muerte de Isabel I, en 1603, le sucedió en el trono Jaime I, que ya reinaba en Escocia desde 1567. Indeciso de carácter, tuvo un comportamiento vacilante entre anglicanos y católicos; con unos y otros se enfrentó durante su reinado. En 1605 estalló el complot o conjuración, llamado de la pólvora, instigado por católicos.

Las sospechas de conspiración recayeron especialmente sobre los jesuitas. La represión, ordenada por el rey, fue durísima. El hermano Nicolás Owen, con otros tres jesuitas, los P. Garnet y Olcorne y el coadjutor Ralph Ashley, buscaron refugio en Hindlip Hall en Worcestershire. Los verdaderos conspiradores fueron detenidos y ejecutados. El secretario de Estado, Robert Cecil, conocía el escondite de los cuatro jesuitas pero no los denunció hasta que los reos pagaran el complot con sus vidas. Después de la ejecución, Cecil denunció al juez local, sir Henry Bromley, el refugio de los religiosos. Hasta cien hombres armados salieron a capturarlos, pero todo fue en vano. Durante una semana buscaron el escondite. Al fin se presentó Nicolás Owen y se entregó suplicando que dejaran libres a sus tres compañeros. No atendieron sus ruegos sino que los prendieron a todos. El P. Olcorne y el hermano Ralph Ashley fueron ahorcados y descuartizados en Worcester. El P. Garnet y el hermano Nicolás fueron trasladados a Londres. En mayo de 1606 el P. Garnet fue juzgado y ajusticiado.

A Nicolás lo encarcelaron en la Torre de Londres para torturarlo y hacerle declarar en qué lugares había construido los escondites. A pesar de los crueles suplicios, y de padecer una terrible hernia, los esbirros trataban de mantenerlo vivo

para que declarara. Ante sus torturadores, Nicolás sólo invocaba los nombres de Jesús y de María. Nada más pudieron sacar de sus labios aquellos verdugos. Al fin su cuerpo extenuado por la tortura y la hernia reventó. El martir falleció tras terrible agonía el 22 de marzo de 1606. Los torturadores propalaron la calumnia de que el valiente confesor de la fe se había suicidado; pero el carcelero reconoció luego que había muerto en manos de quienes lo torturaban. También el embajador de Venecia ante Su Majestad británica, al día siguiente del martirio, comunicó a su gobierno el fin heroico del hermano jesuita y la calumnia divulgada por sus encarnizados torturadores.

El papa Pío XI, el 15 de diciembre de 1929, beatificó al siervo de Dios junto a 136 compañeros mártires, sacerdotes, religiosos y laicos que en Inglaterra, por espacio de cerca de 150 años, despreciando toda clase de amenazas, prefirieron la miseria, los destierros, las cadenas, los tormentos y hasta la misma muerte antes que separarse de la Iglesia católica romana. Algunos de los sacerdotes beatificados se habían formado en los colegios españoles de Valladolid y Sevilla, y en otros de Roma y de Francia, colegios que fueron, según expresión del Beato Tomás Maxfield, «fuente de mártires». El Beato Nicolás Owen ocupaba el lugar nonagésimo del elenco de los beatificados.

El 25 de octubre de 1970, el siervo de Dios Pablo VI canonizó a cuarenta mártires de Inglaterra y Gales en San Pedro del Vaticano. San Nicolás Owen fue nombrado en el lugar trigésimo cuarto. Entre los nuevos santos, había sacerdotes seculares y regulares, religiosos de diversas Órdenes, laicos nobles y de modesta condición, mujeres, esposas y madres. En su homilía, Pablo VI afirmó que «nuestro tiempo necesita santos». Recordó las palabras del supremo mártir: «Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13).

«Lo que caracteriza al hombre —predico Pablo VI—, lo que posee de mas vivo e intimo en su personalidad, es la capacidad de amar, de amar hasta el fondo, de darse con aquel amor que es mas fuerte que la muerte y que se prolonga por toda la eternidad. El martirio de los cristianos es la expresion y el signo mas sublime de este amor»

Continuó el papa afirmando que los santos mártires ingleses y galeses fueron émulos dignos de los mártires de los tiempos

antiguos: por su gran humildad, intrepidez, simplicidad y serenidad. Fueron leales a la patria que amaban, fieles súbditos del poder real que reconocían legítimo en el orden civil y político. Su drama consistió en que esta lealtad a la autoridad civil chocó con su fidelidad a Dios desde su conciencia, iluminada por la fe católica, para mantener especialmente su adhesión a las verdades reveladas sobre el sacramento de la Eucaristía y sobre las prerrogativas del sucesor de San Pedro. Estos heroicos hijos de Inglaterra y Gales tomaron en serio su fe: la aceptaron como única norma de su vida, bebiendo de ella una gran serenidad y una profunda alegría espiritual.

PERE-JOAN LLABRES Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 22 (1929) 9 19, 62 (1970) 745 753

Bibliotheca sanctorum, t IX cols 1 327 1 328

Butler's lives of Saints New full edition, rev por T RODRIGUES (Minnesota 1998) 221 223

TESTORE, C, *I martiri gesuiti d'Inghilterra e di Scozia* (Isola del Liri 1934) 323 324

TIGAR, C, *Forty martyrs of England and Wales* (Londres ²1970) 55 56

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA LEA

Viuda († 383)

Conocemos su vida por San Jerónimo. Era una dama romana del siglo IV que, muerto su esposo, decidió consagrarse al Señor. Muy amiga de Santa Marcela, frecuentaba la casa de esta santa en el Aventino y, siguiendo los pasos de la amiga, se retiró con su servidumbre y algunas vírgenes a un campo suyo cerca de Ostia, donde empezó a llevar una vida ascética dedicada, por tanto, a la oración y la penitencia, en un modo enteramente semejante a la vida de los monjes. Humilde y caritativa, dio gran ejemplo de santidad. Murió el año 383. El Martirologio la conmemora el día 22 de marzo.

SAN BIENVENIDO SCOTIVOLI

Obispo († 1282)

Nació en Ancona (Italia), no se sabe exactamente la fecha. Muy joven se decidió por la vocación eclesiástica. Estudió derecho en Bolonia bajo la dirección del canónigo Silvestre Gossolino. Ordenado sacerdote, fue arcediano de su diócesis nativa.

En 1263 fue nombrado administrador apostólico de Osimo. Era un cargo delicado, pues esta diócesis, cuyo obispo y clero se habían adherido al partido de Federico II, había sido en castigo unida a la de Umana por el enérgico papa Gregorio IX. En esta administración apostólica le había precedido un eclesiástico de la familia Colonna, el cual había querido arreglar las cosas a golpe de excomuniones. Bienvenido usó una política de mayor tolerancia, procuró serenar los ánimos y no dejó de decir que lo propio era restablecer la diócesis para una completa reconciliación.

Satisfecho de la gestión llevada a cabo por Bienvenido, el papa Urbano IV restableció la sede de Ósimo, y el 13 de marzo de 1264 lo nombraba su obispo, cargo que desempeñó fielmente procurando la reforma de costumbres en el clero y en el pueblo. Cuidó la buena administración de los bienes de la Iglesia, cuya venta prohibió en el sínodo que celebró en febrero de 1273. Igualmente, reformó el cabildo de su catedral, al que dotó de nuevas normas en orden a la mejor celebración de los divinos oficios así como a la vida personal de los canónigos.

El siguiente papa, Clemente IV, le dio pruebas de su estima personal y de que apreciaba sus cualidades de gobernante y por ello le encomendó el gobierno de la Marca de Ancona. Tuvo también la confianza del santo papa Gregorio X.

Vivió ejemplarmente, entregado a su ministerio pastoral, con gran austeridad de costumbres y una intensa vida interior. Murió el 22 de marzo de 1282. Se ha dicho que profesó como franciscano antes de ser consagrado obispo, de lo que no hay constancia segura, como tampoco la hay de que lo canonizara Martín IV. El nuevo Martirologio subraya que con espíritu franciscano quiso morir sobre la tierra desnuda.

BEATO FRANCISCO LUIS CHARTIER

Presbitero y martir († 1794)

Nació en Marigné (Francia) el 6 de junio de 1762. Sintió la llamada del Señor y optó por el sacerdocio. Fue nombrado párroco de Soeudres.

Al ser promulgada la constitución civil del clero se negó a jurarla. Arrestado, confesó que había escondido el cáliz de la parroquia y no pensaba entregarlo y que había ejercido clandestinamente el ministerio y señaló que la constitución civil se oponía a la verdad de la Iglesia. Fue condenado a muerte y guillotinado en Angers el 22 de marzo de 1794. Beatificado el 19 de febrero de 1984.

BEATOS MARLANO GORECKI Y BRONISLAO KOMOROWSKI

Presbíteros y martires (1940)

El Viernes Santo del año 1940, día 22 de marzo, en el campo de concentración de Stutthof fueron fusilados estos dos sacerdotes de la diócesis de Gdansk.

El primero había nacido en Poznam, el 21 de mayo de 1903 y se había ordenado presbítero el 1 de julio de 1928, ejerciendo diversos cargos parroquiales hasta que se le confió la parroquia polaca de Nuestra Señora de Czestochowa de Gdansk-Nowy Port, destinada a los muchos fieles polacos. Arrestado y torturado el 1 de septiembre de 1939, fue llevado al dicho campo de concentracion donde siempre fue tratado brutalmente, haciendo él gala de una ejemplar paciencia.

El segundo había nacido en Barlozno, el 25 de mayo de 1889 y se había ordenado sacerdote el 29 de mayo de 1914. Estuvo diez años en la parroquia de San Nicolás de Gdansk, y luego se le encomendó la parroquia personal polaca de San Estanislao, cuya constitucion no pudo llevarse a cabo por la protesta de los sectores alemanes de la poblacion. Pero ello no impidió que continuara trabajando en el sector polaco con gran celo. Arrestado el 1 de septiembre de 1939, fue llevado al dicho

campo de concentración. Ambos fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

23 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1. En Saña (Perú), Santo Toribio de Mogrovejo († 1606), arzobispo de Lima **.
2. En Cornualles, San Fingar († 460), mártir.
3. La conmemoración de los santos Victoriano, procónsul de Cartago, y otros mártires, sacrificados en la invasión de los vándalos († 484).
4. En Pontoise, San Gualterio o Walter († 1095), abad *.
5. En Ariano, San Otón († 1120), ermitaño.
6. En Gubbio, Beato Pedro († 1306), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
7. En York, Beato Edmundo Sykes († 1587), presbítero y mártir, bajo el reinado de Isabel I *.
8. En Naas (Irlanda), Beato Pedro Higgins († 1642), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir en el reinado de Carlos I *.
9. En Barcelona (España), San José Oriol († 1702), presbítero **.
10. En Cemmo (Lombardía), Beata Anunciada Cocchetti († 1882), virgen, superiora del Instituto de Hermanas de Santa Dorotea *.
11. En al-Dahr (Líbano), Santa Rebeca (Rafqa) Ar-Rayés de Him-laya († 1914), virgen, de la Orden Libanesa de San Antonio de los Ma-ronitas **.
12. Metodio Domingo Trcka († 1959), presbítero, de la Congrega-ción del Santísimo Redentor, y mártir *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO

Arzobispo († 1606)

La sensación que se produce al ponerse en contacto con esta figura excepcional de la historia eclesiástica es de auténtico asombro. Resulta increíble lo que, sin embargo, está maravillo-samente documentado. Santo Toribio de Mogrovejo puede muy bien parangonarse, sin temor alguno, con las más egregias figu-

ras de la historia eclesiástica universal. No es una impresion nuestra exclusivamente. Hace años que un especialista en historia eclesiástica de los más famosos, el padre Leturia, escribía así:

«Nada de cuanto hasta ahora he manejado en el Archivo de Indias me ha impresionado mas vivamente que este ilustre metropolitano, gloria del clero español del siglo XVI, quien por su apostolado directo e infatigable en las doctrinas de indios, por su legislacion canonico-misional en los concilios de Lima, por sus relaciones y contiendas de subidísimo valor historico y misional con las grandes Ordenes evangelizadoras, por la firme, digna y confiada majestad con que se opuso a ciertas rigideces centralistas de su insigne admirador y protector el monarca Felipe II, y, sobre todo, por su afan indomable y eficaz en mantener —por encima de los virreyes y del Consejo de Indias— el contacto inmediato y constante con la Santa Sede, proyecta en la historia de las misiones americanas su multiple y procer silueta, digna de coronar [] el mismo Archivo de Indias de Sevilla»

Como ha escrito el señor arzobispo de Valladolid:

«La epopeya homérica de los conquistadores halla un paralelo digno, y aun superior por sus fines y objetivos espirituales, en la labor inmensa del gran arzobispo. A él se debe en grandísima parte la rápida y profunda cristianización de la América española, y el éxito de su apostolado, y el florecimiento de sus maravillosas “doctrinas” de indios, la exuberancia del clero y de catequistas durante su fecundo pontificado, explican la supervivencia del espíritu y de la vida cristiana en aquellas dilatadas regiones, a pesar de las posteriores crisis y de la tremenda escasez actual de operarios evangélicos»

Sin embargo, triste es tener que reconocerlo, Santo Toribio continúa siendo prácticamente para la gran masa de los fieles, incluso españoles y americanos, un desconocido. Y hasta entre los mismos historiadores pesa más el tópico consabido de quienes dieron pie a la leyenda negra que la labor maravillosa realizada por este arzobispo, el mejor de los regalos que España hizo a su América.

Pasemos casi sobre ascuas por su niñez y juventud. Nacido en Mayorga, en las montañas de León, ya en las estribaciones de los Picos de Europa santanderinos, en noviembre de 1538, su niñez fue la que correspondía a un muchacho de casa hidalga en aquellos tiempos. Hasta los doce o trece años estudia en el mismo Mayorga. Después marcha a Valladolid, donde hace sus estudios de humanidades, lo que hoy llamaríamos bachillerato, y

los de derecho. Son los años de 1550 a 1560. En 1562 le encontramos ya en Salamanca, donde había de permanecer largo tiempo, hasta 1573. Hay, sin embargo, un paréntesis significativo: su tío, Juan de Mogrovejo, que luego había de morir canónigo de la catedral de Salamanca, le llamó junto a sí a Coimbra, donde él se encontraba entonces de profesor, y juntos, tío y sobrino, prepararon para la imprenta, durante los años 1564-1566, las lecciones de don Juan. Es el más extenso de los autógrafos de Santo Toribio que conservamos: cuatrocientos cincuenta y un folios de escritura preciosa y limpiísima. No parece, sin embargo, que llegara a matricularse como alumno oficial en Coimbra. En cambio nos consta históricamente que en septiembre de 1568 acudió a Santiago de Compostela en peregrinación a pie, y aprovechó esta peregrinación para graduarse en aquella universidad. Por aquel tiempo la economía familiar tuvo un serio revés y Toribio se vio en la triste necesidad de ir enajenando, para ir viviendo, parte de la espléndida biblioteca que de su tío Juan había heredado. Se le ofreció ocasión de opositar a una beca en el Colegio mayor del Salvador de Oviedo. Hizo las oposiciones, triunfó con limpieza y brillantez, y continuó sus estudios con vistas al doctorado en derecho. Otros eran los planes de la divina Providencia, y Toribio no llegaría nunca a graduarse de doctor.

Eso sí, nos consta de toda su vida de estudiante la admirable santidad que ya entonces presentó. Cuando, después de su muerte, el Colegio mayor de Oviedo se dirigía a Su Santidad el Papa pidiendo la beatificación, diría: «Todavía rezuman las paredes, después de tantos años, el suavísimo olor de santidad de que esta casa quedó como consagrada con la vida en ella de este alumno divino». Y los testimonios de sus antiguos compañeros de colegio le acompañarían también en el mismo proceso de beatificación, proclamando el concepto de rectitud y de absoluta limpieza de vida en que entonces se le tuvo. Parece cierto que pensó en retirarse a la Orden cisterciense. Y no es improbable que la misma Santísima Virgen y San Bernardo intervinieran de manera milagrosa para enderezar sus pasos por otro camino. Al menos en el Museo provincial de Salamanca se conserva algún testimonio arqueológico que parece indicarlo.

Recibido en el Colegio mayor el 3 de febrero de 1571, llega de manera imprevista, en una noche de diciembre de 1573, su nombramiento como inquisidor de Granada. Inmediatamente comienzan los trámites, no pequeños, para incorporarse a tan importante destino, y en agosto de 1574 le encontramos ya tomando posesión e incorporado a sus difíciles tareas. Conservamos las actas de las reuniones de los inquisidores y los resultados de una visita, que, como correspondía a su cargo, hizo por diversos pueblos de la región granadina. Por lo que puede apreciarse, su prestigio debía de ser extraordinario, cuando tan joven se le dio un puesto de esta importancia, y el mismo Consejo supremo le trató siempre con una consideración que incluso no se encuentra en sus relaciones con inquisidores mucho más antiguos y avezados.

Por lo que podemos conjeturar, sus planes eran enteramente modestos. Simple tonsurado, como lo fue toda su vida su tío el canónigo y tantos otros letrados eclesiásticos de aquel tiempo, Toribio no parece que llegara a pensar en pasar a Indias o en llegar a difíciles cargos de gobierno eclesiástico. Pero otros eran los planes de Dios. El mismo antiguo colegial de San Salvador de Oviedo, don Diego de Zúñiga, que había conseguido su nombramiento para la Inquisición granadina, logró ahora que el rey le presentara para la más importante de las sedes de Indias: el arzobispado de la Ciudad de los Reyes, que hoy llamamos Lima. Y, en efecto, Felipe II accedió a solicitar del Papa que fuera nombrado para ese cargo aquel joven inquisidor, de treinta y nueve años de edad, que aún no había recibido ni una sola de las Órdenes menores. En junio de 1578 fue la elección. Tras mil vacilaciones y angustias, en agosto acepta. Pero antes era necesario que, al menos, fuera subdiácono para que se pudiera proceder al nombramiento. Y aquí tenemos a un arzobispo electo recibiendo, por sus tiempos, de una en una, sin querer dispensa, las diversas órdenes menores. Se hace la presentación oficial, el proceso de idoneidad, y, por fin, el 9 y 16 de marzo el nombramiento consistorial. El arzobispo, ya nombrado, recibe el diaconado y el presbiterado, realiza un viaje a su pueblo natal y a la corte, y por fin, en agosto de 1580, sin que sepamos la fecha exacta, ni el nombre del consagrante, ni ningún otro detalle

(cosa muy curiosa, pero no rara en aquellos tiempos), recibe la consagración episcopal en Sevilla y se dispone a pasar a las Indias. Aún no había cumplido sus cuarenta y dos años.

«La desmembración actual en pequeñas repúblicas nos aleja del concepto unitario de aquella primera organización política de sus reinos en los virreinos del Perú para el Sur y de Méjico para el Norte», ha escrito muy justamente Rodríguez Valencia. Entonces era Lima la más importante de las metrópolis de América, como cabeza de jurisdicción en lo civil y en lo eclesiástico, puesto que la provincia eclesiástica comprendía casi todos los obispados del Continente hasta Nicaragua. «Los obispos coprovinciales —decía el Cabildo de Lima a Felipe II— tienen por ley lo que se hace en el arzobispado de Lima». Y la influencia religiosa y misional de Lima rebasaba incluso los mismos límites del virreinato, extendiéndose al Brasil, a Filipinas y en parte también a Méjico. Lima era, por otra parte, una ciudad hermosa: «parece otro Madrid», escribía el virrey don García Hurtado de Mendoza. Ciudad cortesana a la europea, con su Universidad de San Marcos, con su Cabildo catedral, con sus hospitales y su puerto de El Callao.

A Lima, pues, llega el 11 de mayo de 1581 el nuevo arzobispo. Y la ciudad le recibía con extraordinaria pompa y esplendor. Era una ceremonia prácticamente nueva para los limeños, pues la anterior entrada episcopal había tenido lugar hacía cuarenta años, en los comienzos del desarrollo urbano de la población. Cuando, rendido por el trabajo de aquel larguísimo viaje desde la Península, primero por mar y después por tierra, y de las interminables ceremonias de la entrada, terminaba don Toribio de cenar, dio orden a su paje de que le llamara muy de mañana al día siguiente. «Y ¿ha de ser esto así, siendo tanta la fatiga?», dijo su hermana doña Grimanesa. «Sí, hermana —contestó el santo—, hemos de empezar a trabajar muy de mañana, *que no es nuestro el tiempo*».

El duelo que iba a establecerse no era el duelo individual de un santo frente a un mundo. Contaba ya con unos principios de evangelización y una organización eclesiástica; contaba con el apoyo eficiente del Patronato español, con amplia generosidad de medios; contaba con su propia preparación jurídica, muy

completa, y contaba con un grupo excepcional de colaboradores. Allí está, junto a él, su cuñado don Francisco de Quiñones, que con tal lealtad le ha de servir a lo largo de los años, dando muestras de heroica fidelidad, está Sancho Dávila, su fidelísimo compañero desde los tiempos de Granada, que tantas noticias de su vida nos había de proporcionar, está don Antonio Valcázar, espléndido colaborador en materias jurídicas y pastorales, y el padre Acosta, y todos los jesuitas, que tanto le ayudaron. Y, sobre todo, su hermana doña Grimanesa. Es ella la que alzarán su voz contra el exceso en las limosnas («Andad presto —dirá el arzobispo a unos pobres a quienes ha dado su mejor camisa—, mirad que no venga mi hermana»), quien urgirá que cuide algo de su salud, quien atenderá a las cosas materiales de aquella casa. Así, rodeado de un equipo excepcional, acomete su tarea.

Tarea ciclópea. En primer lugar como legislador. Sus tres concilios y sus diez sínodos diocesanos suponen el planteamiento legislativo de toda la organización eclesiástica de la América del Sur. Durante siglos, hasta el concilio plenario de América Latina que se tendrá en Roma a principios del siglo XX, América se regirá por las leyes que ha dado Santo Toribio. No importa que el Patronato ponga estorbos a la celebración de los concilios, como estaba mandado. El cumplirá la ley y allá los señores del Consejo de Indias si impiden que los concilios no lleguen a promulgarse. Pero su éxito más fabuloso será el del primero de los concilios que reúne. Es algo increíble: unos obispos que se pelean durante meses, que se envuelven en una maraña de pleitos... saben, sin embargo, sobreponerse, que así eran los hombres de aquella época, a todas esas miserias humanas y proceder de común acuerdo a la hora de dictar las leyes eclesiásticas. El arzobispo pasa por las mayores humillaciones. Casi se lee hoy con lágrimas en los ojos la historia de aquellos días. Pero no le importa. Lo sufre todo a trueque de sacar adelante aquellas leyes que introducían, con fuerza y decisión, la reforma tridentina en las tierras de América.

El concilio se tuvo, y con el apoyo del rey, y con la aprobación de Roma, se aplicó inflexiblemente. A los pocos años un clero reformado emprendía una tarea pastoral maravillosa. El arzobispo, incansablemente, superaría nuevas cimas, y al final

de su vida la fisonomía de la diócesis limeña y de la provincia eclesiástica habría cambiado por completo. Sólo Dios sabe a trueque de cuántas lágrimas, dificultades y disgustos.

Pero no bastaba dictar leyes. La experiencia estaba hecha. Su antecesor, Loaysa, había legislado también admirablemente y sus leyes habían quedado incumplidas. Santo Toribio quiso hacer más y ponerse en contacto inmediato con las duras realidades.

Y empezó su gigantesca visita. En una geografía atormentada, que iba desde las más deliciosas planicies hasta las cumbres de los Andes, sin caminos unas veces, las más, a pie, y otras en mula, soportando una diferencia de clima que ponía a prueba la salud de los más robustos, Santo Toribio recorrió aproximadamente cuarenta mil kilómetros. Nótese bien, cuarenta mil kilómetros de aguas y nieves, de subitas crecidas, de los ríos, de caminos jamás transitados, llegando hasta tribus que jamás habían visto un español, cuánto menos un obispo. Al final de su vida en un cálculo exacto —pues, anticipándose a las tendencias de ahora, Santo Toribio llevó siempre cuenta rigurosa de lo que llamaríamos hoy datos de sociología religiosa— Santo Toribio pudo calcular que había administrado el sacramento de la confirmación a ochocientas mil almas. La mayor parte de su pontificado transcurre en las doctrinas, en contacto con los indios y con sus párrocos. En este sentido su testimonio acerca de las cosas de aquellas tierras es excepcional. Únicamente un virrey, Toledo, que había cesado en su cargo al iniciar Santo Toribio el pontificado, hizo algo parecido, pero no en esta medida. El material de sus libros de visita, inconcebiblemente menospreciado por muchos historiadores, nos dice algo más e infinitamente más cierto y más seguro que las fantasías de otros muchos que escribieron sobre las Indias.

Es emocionante el anecdotario de la visita. Pero también inagotable. Jamás dejó de visitar a un solo indio, por pobre y alejado que estuviera. Baste un ejemplo por el que nos podemos hacer idea de lo que era aquello. Se les había hecho de noche en la margen del río. Decidió acampar y esperar la normalidad de las aguas al día siguiente, pues el río había subido de repente. Los demás lo habían atravesado ya. Quedaron con él

sus dos capellanes y el negro Domingo que le servía. No había para cenar sino un pan que llevaba el negro. El prelado lo partió en cuatro partes, para los cuatro comensales, y con un poco de agua del río hicieron su cena. Rezo sus horas canónicas y se acostó al sereno. No habían descansado hora y media cuando sobrevino un aguacero muy terrible que duró hasta el amanecer y no les dejó conciliar el sueño. Al llegar el día el río continuaba crecido. Rodeado por la cuesta sin caminos ni posibilidad de cabalgadura. Llegaron al pueblo por el puente del río a las ocho de la mañana. Sin desayunar se dirigió a la iglesia, hizo oración y predicó a los indios. Oyó misa y volvió a predicar durante ella. Se puso a confirmar y terminó a más de las dos de la tarde. A eso de las tres se sentaba a comer, «bien cansado y trabajado». Preguntó al doctrinero si faltaba alguno por confirmar. El padre, que conocía de lo que era capaz, respondió con evasivas. El arzobispo insistió y el religioso no tuvo más remedio que declararle que a un cuarto de legua había un indio enfermo. El arzobispo se levantó de la mesa y fue allá. Llevaron el pontifical. El indio estaba en un altillo «que si no era con una escalera no pudieran subir». Consoló al indio, le instruyó y le confirmó con la misma solemnidad pontifical que si se tratara de un millon de personas. Volvió a comer. Y encargó mucho al cura dominico que cuidase de él, le consolase y mimase, y le dejó una limosna. Se sentó a comer a las seis de la tarde. «Bendito sea Dios que se ha confirmado este indio —decía—, y no irá ya por mi cuenta a morir sin este sacramento».

Ocasión hubo en que Dios selló con milagros un celo tan extraordinario. Así, por ejemplo, cuando hizo lo que entonces llamaban «una entrada» hasta rincones a los que no había llegado jamás ningún español. Era tierra de infieles caribes y le salieron al encuentro «cantidad de ellos con sus armas. Y Su Señoría les habló de manera que se arrojaron a sus pies y le besaron la ropa». Sus acompañantes testificaron el milagro: el intérprete que llevaba no les entendía, pero el arzobispo «miró al cielo diciendo: “Dejad, que yo los entiendo”», y volvió a hablarles en la lengua española, que en su vida habían oído, y en latín, del Santo Evangelio, y fue entendido de todos. Ellos, a su vez, le respondieron en su lengua, entendiéndoles el arzobispo, con que

se verificó este milagro, aunque él lo quiso ocultar por su mucha virtud y santidad».

Su gran amor fueron los indios y los negros. Por ellos padeció persecución, y bien recia, en tiempos de don García de Mendoza. En favor de ellos luchó con tenacidad para que se les admitiera a la Eucaristía. No es posible recoger los mil rasgos que de él se conservan en este aspecto. Les predicaba, se detenía con ellos en la calle, les invitaba a su mesa, les trataba con un cariño paternal, les recibía a cualquier hora. Es una epopeya emocionante de amor, entrega y afecto. Refugiémonos una vez más en la anécdota:

Ocurrió que entre la servidumbre de su casa arzobispal enfermó de gravedad un negro bozal de su caballeriza. A las dos de la madrugada entró un sacerdote a confesarle, y se retiraba ya a descansar. El arzobispo, que apenas dormía, le vio desde su ventana y le preguntó el objeto de su visita a estas horas. El sacerdote le explicó el caso y cómo lo había confesado ya. El arzobispo dijo era conveniente administrarle el viático. El sacerdote respondió que el negro era demasiado bozal e incapaz de recibirlo. Insistió el arzobispo que le instruyese y le hiciera capaz, y sin esperar más bajó de su habitación y se fue con el cura a la del enfermo; se sentó en la cama y, con palabras de consuelo y de ternura, comenzó a instruirle. Consiguio que el negro distinguiese suficientemente el pan eucarístico; levantó a los de su casa, limpiaron la habitación, entró en la catedral, sonaron las campanas, y bajo palio, con algunas personas que acudieron al toque de campanas, el sacerdote portó el viático seguido del arzobispo. Recibió el negro la comunión, volvió el arzobispo a la catedral acompañando al Señor. Reservado el sacramento, el prelado fue de nuevo a la habitación del negro para consolarle, supo que no estaba confirmado, pidió el pontifical y le administró la confirmación. Le exhortó a que pidiese la extremaunción. Lo hizo el negro. Se la administró el arzobispo y en estos ministerios llegó el alba. Inmediatamente el arzobispo emprendió su jornada ordinaria.

Esto no es más que una anécdota. Como éstas conservamos a millares. A cuál más edificante. Como edificantes sus relaciones con el clero secular, sus luchas por sacar adelante el semina-

rio, su amor y veneración hacia las Órdenes religiosas, su firmeza y su sentido profundo de respeto hacia la autoridad civil. No hay lugar a recogerlo todo. Durante cinco años interminables recibió un trato durísimo por parte del rey, que, inexplicablemente, se fiaba de las relaciones que enviaba don García Hurtado de Mendoza, quien en alguna ocasión no retrocedió ante la misma calumnia. Mucho tuvo que sufrir, hasta lo increíble. Nos consta, sin embargo, que jamás salió de sus labios una queja, sino, antes al contrario, tuvo explicaciones para todo. «No será como dice», decía siempre que en su presencia murmuraba alguno. Y cuando, con ocasión de un memorial en el que se le denunciaba por haber atacado el Patronato, la reprensión del rey llegó a extremos realmente increíbles, la contestación de él tiene una dignidad y un estilo que transparentan por completo la santidad:

«No sé —dice— con que conciencia pudo persona alguna hacer relacion a Vuestra Majestad [] tan siniestra y contraria a la verdad [] Tendra su conciencia gravada y onerada para poder satisfacer a la buena fama y opinion y honra de la persona del prelado y dignidad pontifical que se tenia en estas partes [] Su Divina Majestad tenga misericordia de el, y le perdone y atraiga a conocimiento de su yerro, maldad y pecado, y a que satisfaga enteramente como esta obligado Dios Nuestro Señor me tenga en su mano, y me de fuerzas para trabajar en esta viña y poder descargar la conciencia de todos, no queriendo otro premio sino a El»

Aun hablando humanamente, y prescindiendo del aspecto sobrenatural, Santo Toribio fue un hombre realmente excepcional. Su salud, que sólo por milagro pudo resistir la increíble austeridad de vida y aquellos trabajos interminables; su inteligencia prócer, que se proyecta en la claridad extraordinaria de todos sus escritos; su estilo literario, de impresionante majestad, su propio dominio, aun en las circunstancias más difíciles, le elevan a una altura inconmensurable.

Murió como correspondía a un luchador de su talla: en pleno combate. Se sintió enfermo, y continuó, sin embargo, la visita. Le pedían y le suplicaban sus acompañantes que se cuidara un poco. Fue todo en vano. Continuó trabajando hasta el último momento. Había llegado a Saña medio muerto, con ánimo de consagrar allí los óleos. Le derribó la fiebre, y con todo, por

rigor de ayuno del tiempo (era Semana Santa), «no comió carne hasta tres o cuatro días antes de morir, por mandato del médico, lo cual fue mucha parte para apresurar su muerte, por no haberse dejado regalar estando enfermo». Allí, lejos de su iglesia catedral, rodeado de sus indios amadísimos y de los sacerdotes que habían concurrido para la consagración de los óleos, murió el día de Jueves Santo de 1606.

Su cabildo catedral tomó sobre sí, con fidelidad admirable, el trabajar por conseguir la beatificación. En 1679 se lograba. Y en 1726 era canonizado. Cuando, a principios del siglo XX, se reunía el concilio plenario de América Latina, los obispos reunidos en Roma con esta ocasión habían de pedir con insistencia que él fuera su modelo. «Prelado santísimo —decían en las aclamaciones que se cantaron en la solemne sesión de despedida—, intercede por nosotros para que nuestros trabajos sinodales produzcan fruto sempiterno». Al fin y al cabo los mismos prelados acababan ya de llamarle «ejemplar de todos los obispos de América Latina y ornamento espléndido de aquella santa Iglesia».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

- RODRIGUEZ VALENCIA, V, *Santo Toribio de Mogrovejo* (Madrid 1957 1958) En esta obra fundamental esta reseñada toda la bibliografía
— Actualización
SÁNCHEZ PRIETO, N, *Santo Toribio de Mogrovejo apóstol de los Andes* (BAC popular, 78, Madrid 1986)

SAN JOSÉ ORIOL Presbitero († 1702)

Barcelonés. Y lo que hubiera faltado es que encima fuera de Vich, para que formase constelación con San Antonio María Claret, con Torras y Bages, con Balmes y mi entrañable mosén Cinto, cuyas poesías tuve la osadía de leer en catalán. De todas formas, San José Oriol fue consagrado sacerdote en Vich por el obispo de esta diócesis, don Jaime Mas, el 30 de mayo de 1676, Témporas de la Santísima Trinidad... Y el seminario barcelonés no puede gloriarse de él sin someter la cuestión a «distingos»,

porque en los azarosos tiempos del santo beneficiado, en realidad, no existía.

Cautivado por la figura mansísima de San José Oriol, he de comenzar confesando un grave pecado: pecado de prejuicio. Porque me he enfrentado con él cargado de prejuicios malos. Un santo *beneficiado*, en medio de un paisaje estepario de prebendas eclesiásticas sin aureola de canonización durante varios siglos. Él se habría santificado en su silla coral, rasera con el suelo, asistiendo puntual al canto de horas en las misas conventuales, conforme al turno establecido. ¡Prejuicio! Y él sería también un caso de versión a lo divino de esa criatura de Dios que es el dinero, como hijo de un pueblo con sentido pitagórico, que sabe someter a número lo más bello que han visto mis ojos: la sardana. San José Oriol, cuya primera carta habla de reales y cuyo primer milagro convierte en monedas de plata unas tajadas de rábano, parecía tentarme a un escarceo de ascética económica, tan necesaria, sin duda.

Con situar estas dos cuestiones en su justo punto se haría algo aceptable, pero monstruosamente fragmentario. San José Oriol, que lo mismo puede enseñarme amor a los enfermos que cariño a la gramática hebrea, es un santo hecho por Dios para enseñar serenidad, efectividad en cualquier puesto, porque los suyos fueron todos simplicísimos. Hasta se podría incurrir en el gran pecado de presentarlo cargado de trivialidad. Ese beneficiado de más de cuarenta años se ha pasado diez de profesor particular de dos niños. Después hizo un viaje a Roma con buen resultado, porque de allí retornó con un beneficio en Santa María del Pino. De algo valió su amistad con los filipenses. Tiene la casa en un callejón adonde se entra por la calle de la Canuda. Le dio por marcharse a misiones, pero no llegó más que a Marsella. Asiste a coro muy puntual. Confiesa en la capilla del Santísimo. Prefiere decir siempre la misa tarde. Al mes de tomar posesión del beneficio ya pidió que se le concediese celebrar la misa más tardía. No le fue concedido. En las reuniones de beneficiados no suele entrar en las deliberaciones. Un día se le ocurrió descolgarse pidiendo que se sustituyesen las pluviales viejas por otras menos pesadas. Muchos le tienen por santo y hasta dicen que hace milagros.

¿Queréis que os cuente lo que me dijo un taxista? Nos pusimos a hablar de curas, de los curas de la localidad, de los tres curas que él y yo conocíamos:

—Don N., se mata, no para.

—¿...?

—Es un torbellino ese hombre.

—¿Y don X?

—Ése no tiene una peseta, es un manirroto y por eso todos le quieren tanto.

—Basta. ¿Y don Z? (un pobre capellancito de monjas).

—¡Ah, padre!; ése. . canela fina..

Fueron las palabras que el buen taxista supo emplear cuando quiso hacer punto y aparte con el pobre capellán de ojos silenciosos. Fue su manera de decirme que aquél era un santo.

Si nos hubiésemos acercado a cualquiera de los tejedores o terciopeleros de 1695 para preguntar por el beneficiado de ojos azules y calva venerable que se postra ante el Santísimo después del canto de horas canónicas, nos habría dicho ineludiblemente: «es un santo». Sin más.

Porque en esta vida de cincuenta y un años no parecen aflojar todas esas cosas gravísimas, como los puestos de responsabilidad o las incumbencias pastorales, que obligan a moverse sin descanso. Cuando el celo apostólico agujonea y se lanza a la vanguardia, una mano invisible le asienta nuevamente en su puesto y hay el peligro de que pueda tomarse su anhelo por una «quijotada». Y, sin embargo, florece el milagro a su paso. Es el gran taumaturgo de Barcelona, donde nace, vive y muere. Y aquí va ya la version exacta que cabe ofrecer.

El santo beneficiado es doctor en teología. Le han tocado los tiempos en los que quien mandaba en Francia era Richelieu y quien gobernaba en España era el conde-duque de Olivares. Lo que a Barcelona le tocó pasar ya se sabe. Y al seminario de Barcelona le tocó no funcionar durante mas de noventa años. A aquel pontífice de inigualado anecdotario —Benedicto XIV— le correspondió lamentarse de este gran mal. Pero entonces había lo que hoy casi no nos atrevemos a soñar: Facultad de Teología en las universidades civiles. En la de Barcelona se doctoró San José Oriol, antes de haber subido las gradas del altar, y con

la calificación de *nemine discrepante*. Antes había opositado ya a la cátedra de hebreo. Lujo espiritual el de este santo, que pudo dejar en el pobre inventario de sus cosas una Biblia y una gramática hebrea. Había soñado mucho con convertir judíos. Y se hubiera alegrado, sin duda, de saber que Juan XXIII iba a borrarles de la liturgia del Viernes Santo el adjetivo «pérfidos». Los tiempos cambian. De conversiones de judíos no me consta. Pero ya no fue poco leer —con puntos masoréticos o sin ellos— el texto original del Libro Sagrado. Santa Teresa de Lisieux se quedó con las ganas.

Había experimentado ya muchas cosas en su vida. Se me antoja que mamá Gertrudis tenía un semblante dulce y triste. Sus pupilas quedaron colmadas de eternidad con la despedida temprana de los siete hijos primeros y la de su esposo Juan, muerto a los treinta y siete años (cuando la peste de 1651). Gertrudis unió su vida a la de Domingo Pujolar. José Oriol encontró un padre, y el hijo de Pujolar (futuro sacerdote también) tuvo una madre en Gertrudis. Fue una solución no duradera. Pujolar murió pronto. José fue monaguillo de la ilustre y respetable comunidad de Santa María del Mar. Sólo los pobres entraban en tales funciones. La situación se comprende que era menos holgada. Pero aquellos señores eran buenos y, además, sabían ver. La cosa comenzó con música y gramática, y todo siguió por sus pasos hasta el flameante doctorado en teología, que alguna mano negra trató vanamente de frustrar. El doctorado era cuestión de talento y codos, ampliamente comprobados en este caso, pero no bastaba en aquellos floridos tiempos demostrar ciencia y santidad para aspirar a las Sagradas Órdenes. Se pre-requería una cosa tan elemental y tan poco aérea como estar en posesión de un beneficio eclesiástico que asegurase la «congrua sustentación» del ordenando. Lo escribo sin saberlo pronunciar: *bell-lloch*, obispado de Gerona. Gracias a un beneficio aquí vacante pudo ordenarse San José Oriol. Rentaba *un escudo de oro de cámara romano* = siete pesetas anuales. Beneficio real y simbólico a la vez, respaldado por el beneficio puramente real de un amigo sincero que se comprometió a suplir con una renta anual. Transcurre casi un mes entre la consagración sacerdotal y la primera misa, que no sé cuándo aprenderemos a llamar *la segunda...*

Una primera misa solemne o rezada. Lo mismo da. Es la primera misa de un santo, que pasa a ocuparse de la preceptoría de la familia Gasneri, alto militar de origen milanés. Pepito tiene seis años y Paquita dos todavía. Vive con ellos en familia durante diez años. Es ésta una vida de familia algo especial, porque, desde que sucedió el prodigio del pavo, se ha decidido a comer solo; y a pan y agua nada más. Muy sencillo: que en la abastecida mesa de los Gasneri José trinchó pavo, pero al servir su plato notó el brazo inmovilizado. Insistió dos veces, y lo mismo. Una mano como de hierro le atenazaba. Mano fuerte y dulcísima, que señalaba una ruta nueva. Un camino de austeridad extremada que no endureció su semblante. El rostro macilento a medida que se iba enflaqueciendo parecía adquirir mayor ternura.

Pepito hace la primera comunión a los diez años y Paquita a los ocho. El santo preceptor los ha preparado con mimo y reciedumbre a la vez. No es que viva consagrado a ellos exclusivamente. Hace unos años que en Barcelona se han establecido los de San Felipe Neri con su género de vida tan peculiar. Tienen vida común, pero son extraordinariamente abiertos, fieles al espíritu peculiar del santo fundador. José Oriol se siente como un miembro más de la Congregación. No le han preocupado nunca esas sutiles cuestiones de frailes o no frailes. En la iglesia del Oratorio confiesa, celebra misa, reparte la comunión. Es hombre que no deja los libros y predica unos sermones poco elocuentes, pero que llegan a las almas y producen consuelo. Hay colas ante su confesonario, y los filipenses están convencidos de que es un santo, aunque ignoran que ayuna a pan y agua durante todo el año.

¿Por qué José Oriol no vivió con mamá Gertrudis, viuda? Tampoco vivió San Pío X con su madre, amándola tanto. Tiene sus exigencias el apostolado. Y tienen a veces los santos esta precaución de no hacer partícipes de «sus líos» a los seres más queridos. Estuvo siempre pendiente de ella y recogió su último suspiro.

Año 1696. Con bordón y sayal de peregrino, con los ojos puestos en las estrellas y las manos mendigando el pan, José Oriol se dirige a Roma. Es la romería de un corazón ardiente al

sepulcro de los santos apóstoles... Los hijos de San Felipe Neri le ven llegar a Roma empujado por su fervor. Un ilustre conterráneo suyo había llegado años antes a Roma para agenciar un beneficio eclesiástico. Merodeaban los clérigos españoles en Roma esperando una vacante en la Península. San José de Calasanz no quiso esperar ocioso y encontró en Roma el centro de sus grandes realizaciones. Dura prueba supuso Inocencio X para su obra. Ahora reina un Papa radicalmente distinto en algún punto: Inocencio XI, el papa Odecalchi, hoy Beato Inocencio XI, que señala el puesto definitivo de su vida. El cardenal Coloredó es oratoriano e Inocencio XI lo estima en mucho. El puesto del santo barcelonés está en Barcelona. Allí debe volver para hacerse cargo de un beneficio en Santa María del Pino. No hay canónigos en esta iglesia. Solamente hay beneficiados y por debajo de éstos toda una teoría de capellanes, pasioneros y vicarios. Toda una vida compuesta de detalles a los que hay que ser fiel. Le acaban de nombrar «apuntador y bolsero». Horrible tarea la de controlar ausencias y retrasos. Más horrible aún la de dividir y subdividir las *partitiones inter praesentes* conforme a un sistema equitativo. El cargo de enfermero le va mejor. Visita y socorre, con sentido de la exactitud, con una caridad controlada que rehúye improvisaciones. Su régimen alimenticio le ha permitido hacer unos ahorros: 311 libras catalanas, que pasan a constituir la fundación de 48 misas por los pobres muertos que no tienen sufragios.

Llega siempre antes de comenzar el coro y permanece de rodillas junto a su silla coral hasta que se inicia la función litúrgica. Prefiere celebrar tarde la misa para así tener más horas de preparación. Todo se va aclarando. Corren los niños a su paso y se detiene con ellos en cualquier pórtico. Hay siempre gente esperándole en la capilla del Santísimo. Visita las cárceles, los hospitales. Va y viene sin hacer ruido, pero todos saben que hace grandes milagros. Él lo sabe también, y de todo da cuenta a su director espiritual, fray Juan de la Concepción, que es carmelita descalzo y le conduce por senderos de exigencia y humildad. San José Oriol lee mucho a San Juan de la Cruz. No se toma ni las vacaciones a que tiene derecho en su beneficio. Camina siempre a pie con sotana y manteo limpios. Suele andar sin

sombrero. (Por eso está tan nuevo el sombrero que se conserva entre sus reliquias.)

Nueva tentativa Peregrino otra vez. Varios años llevaba en su beneficio cuando emprendió otra aventura, mejor: la misma aventura no lograda. ¡Qué misionero soñador se esconde bajo la negra muceta del beneficiado! El cura de Ars no creía en una vocación sacerdotal sin arrebatos misioneros. Cercano a Marse-lla le venció la enfermedad y hubo de regresar a Barcelona tras un mandato categorico de Nuestra Señora, que le mostró ya claro para siempre su camino.

Ha cumplido cincuenta y un años. Tiene hecho testamento desde antes de emprender la aventura misionera que Dios no quiso coronar. Es el hombre ordenado en todo, que dispone de su pobreza con la misma seriedad de quien tiene mucho que de-
jar: sus ropas corales, sus libros, apenas nada más. Ha sido el hijo de laboriosos artesanos que han sabido valorar el fruto del trabajo. Hasta ha sabido quejarse de que los franceses encare-
cían la vida, atento a la preocupación vital de la gente pobre, la más cercana a él. Si subís a su buhardilla la hallaréis paupérrima. Pero nadie tiene por qué saber el mérito de tanta pobreza. Sabe el día y la hora en que va a morir y recoge el lugar. Después del coró de la tarde ha confesado a sus penitentes y se dirige a casa de unos buenos amigos: los Llobet. Todo se sucede según el plan de Dios, no ignorado por él. Diariamente se ha confesado antes de celebrar misa. Ahora es la última confesión y la última comunión... la unción postrera.

Los ojos inmensamente azules se han clavado en la eterni-
dad. Pero flota como un nimbo de belleza sobre la faz macilen-
ta del santo beneficiado, en continuos cambiantes que impiden a los pintores fijar sus rasgos con exactitud. Mientras el pueblo se reparte sus ropas en febril afán de reliquias, en su semblante se posa la serenidad de los cielos. No conozco un santo que más me cierre el camino de las evasivas. He aquí a un amigo barcelonés hecho todo de ternura y exactitud. ¿No recuerdas haber conocido otros más por este estilo? Resulta fácil intuir a San José Oriol.

- ANZIZU, M^a E, *Vida de San Jose Oriol* (Barcelona ³1928)
 BALLESTER Y CLARAMUNT, J, *Vida de San Jose Oriol, presbitero* (Barcelona 1909)
 Bula de canonización AAS 1 (1909) 605s
Butler's lives of the Saints, rev y refun por H THURSTON y D ATTWATER, I (Londres 1956) 666s
 MASDEU, F J, *Vida del Beato Josef Oriol* (Barcelona 1807)
 SALOTTI, C, *Vita di s Giuseppe Oriol sacerdote e beneficiato di Barcellona* (Roma 1909)
 — Actualizacion
 VERGES, T, *El doctor Pan y Agua biografia y espiritualidad de san Jose Oriol* (Barcelona 1996)
 VIVES, J, «Oriol, Jose», en ALDEA VAQUERO, Q -MARIN MARTINEZ, T -VIVES GALETI, J (dirs), *Diccionario de historia eclesiastica de España*, III (Madrid 1972) 1840-1841

SANTA REBECA (RAFQA) AR-RAYÉS

Virgen († 1914)

Nacida el 28 de junio de 1832, en el pueblo de Himlaja, a unos 30 kilómetros de Beirut, y en la vigilia de los Santos Pedro y Pablo, le fue impuesto en el bautismo el nombre de Petra.

Su madre, Rebeca Ar-Rayés, le enseñó a rezar y leer pero murió cuando ella tenía siete años, dejándola un gran vacío. Su padre, Mourad, que se encontraba en serias dificultades económicas, la envió, cuando tenía diez años, a Damasco, a casa de una familia católica d'El-Badwi como asistente o criada. A la edad de 14 años volvió al Líbano, y encontró a su padre casado por segunda vez.

Cuando Ar-Rayés entró en la juventud era hermosa, muy simpática y profundamente religiosa; una tía materna quiso casarla con su hijo y su madrastra con su hermano, asunto que fue causa de no pocas contrariedades. Zafándose de estos disgustos familiares, a los 21 años sintió la llamada de Dios a la vida religiosa y huyó de casa. El párroco José El-Gamayel le ayudó a entrar en la congregación de las Mariamitas (Hijas de María) en Bikfaya incluso contra la voluntad de su padre. Ella contaba que al entrar por primera vez en la capilla y puesta su mirada en la imagen de la Virgen sintió en su interior una voz que le decía «tú serás religiosa». Extrañamente la superiora la aceptó sin hacerla las preguntas de rigor en esos casos. Fue inútil que su padre y su familia vinieran a hacerla desistir de sus propósitos; así

pues, cumplidos el tiempo de postulando y el año del noviciado hizo sus votos el 10 de febrero de 1856.

A primeros de agosto de 1858 Ar-Rayés fue enviada con otra hermana a hacerse cargo de la cocina del seminario de Ghazir, dirigido entonces por los padres jesuitas y a cuyo frente permaneció siete años. En la década de 1860 se produjeron sangrientas matanzas de cristianos y esto constituyó para ella una cruel experiencia de los sufrimientos humanos. Posteriormente, habiendo adquirido antes una modesta cultura (lengua árabe, ortografía y aritmética) durante su estancia en Ghazir, fue maestra y catequista durante dos años en Deir El-Qamar (1860-1862), un año en Biblos (1863), y siete años en el pueblo de Maad, en la región de Biblos (1864-1871). Siempre fue muy querida por sus alumnos y apreciada por los padres de familia, que depositaban en ella toda su confianza.

Pero las guerras y disturbios pasados hicieron tambalear la pequeña Congregación a la que Ar-Rayés pertenecía, pues se vieron desasistidas de los sacerdotes jesuitas que las ayudaban y que fueron expulsados o perseguidos durante la revolución religiosa del Líbano, de modo que en 1871 fue disuelto el instituto de las Mariamitas.

Ar-Rayés rogó mucho al Señor, pidiéndole que la orientara en esta circunstancia ya que no quería abandonar la vida religiosa. Y estando una tarde en oración en la capilla de San Jorge de Maad vio en sueños a tres hombres: un monje con barba blanca y una caña en la mano (San Antonio el Grande), un soldado con el traje militar (San Jorge) y un anciano (San Simón Estilita). Se le acercó el monje, empujándola con su caña, y le dijo: «Entra en la Orden libanesa Baladita» (actualmente: la Orden libanesa Maronita)

Al día siguiente, muy contenta, decidió ir al monasterio San Simón el Estilita en Aytou (Mar Semaan El-Qarn), Líbano-Norte, donde el 12 de julio de 1871, a la edad de 39 años, comenzó de nuevo un año de noviciado, finalizado éste, el 25 de agosto de 1872, recibió el velo de profesa y cambio de nombre tomando el de su madre, «Rebeca». Vivió en aquel monasterio durante 26 años, siendo siempre ejemplo vivo de obediencia, abnegación, oración y trabajo silencioso.

Pero Dios la llamaba a una vida de entrega y holocausto total para, según el apóstol, «completar en su carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia». Así fue como el primer domingo de octubre de 1885, mes del santo rosario, orando ante el Santísimo Sacramento, una moción interior la impulsó a proferir estas palabras:

«¿Por qué, Dios mío, te alejas de mí y me has abandonado? ¿Por que no me visitas con una enfermedad? ¿Acaso me has olvidado? Dame la gracia de ser testigo de tu amor mediante mi comunión con el sufrimiento que tú padeciste por la redención de los hombres»

El Señor la escuchó y aceptó su oblación de amor incondicional y aquella misma noche, al acostarse, experimentó un fuerte dolor de cabeza que se extendía hasta los ojos. Así comenzó su camino del calvario que no finalizaría hasta su muerte en 1914.

Lógicamente, ante dolores tan fuertes y pertinaces los superiores la hicieron comenzar un rosario de consultas médicas, aunque «providencialmente» sin lograr nunca su curación. Las consultas y las terapias se convirtieron, por otra parte, en un martirio más. Un médico en Trípoli le hizo un sondeo con una punción que iba de oreja a oreja. Ar-Rayés mientras tanto repetía: «En comunión con los sufrimientos de Cristo».

Otro médico americano en Biblos juzgó que sería necesaria una operación del ojo. Ella rechazó la anestesia. Mientras le hacían la operación le arrancaron un ojo que cayó en tierra delante de ella, Rebeca sólo repetía: «Por la pasión de Cristo. Que Dios conserve sus manos. Que Dios les recompense».

Un nuevo médico militar de Batroun, habiéndola examinado, dijo: «El dolor que sufre esta monja en los ojos es indescribible, porque está en el nervio óptico, y su curación es imposible». Mientras tanto, Ar-Rayés cuando el dolor se hacía más agudo repetía: «Para gloria de Dios, en comunión con la pasión de Cristo; por la corona de espinas de tu cabeza, Señor».

Una hermana del monasterio, sor Úrsula Doumit, fue atacada de un reumatismo articular y los médicos le prescribieron vivir en el litoral. La hermana Úrsula tenía un hermano en Maad, el padre Ignacio, que decidió fundar un monasterio para monjas

en Jarabta, en el distrito de Batrún, y el párroco Juan Basbús hizo donación de sus terrenos para la realización de este proyecto.

El 3 de noviembre de 1897, el patriarca Juan El-Hage autorizó que pudieran vivir allí seis monjas, bajo la protección de San José, procedentes del monasterio de San Simón Estilita. El monasterio se llamó San José Ad-Dahr, en Jarabta. Una de aquellas seis hermanas fue Rebeca Ar-Rayés, ya que las hermanas se sentían muy vinculadas a ella, como unas hijas con su madre, y pudieron preparar todo lo necesario para el nuevo monasterio, gracias a sus oraciones y a los buenos ejemplos que daba a las monjas.

Dos años después de la llegada al monasterio de San José, Rebeca se volvió completamente ciega; y algo más tarde comenzó a sentir unos dolores atroces en sus oídos y en todas sus articulaciones, de modo que no podía levantarse de la cama.

La cadera de su lado izquierdo se dislocó también, y atravesando la piel salió al exterior. Una gran cavidad se abrió bajo su omoplato izquierdo y la clavícula derecha rompía su piel. La espalda y los brazos estaban paralizados y unos huecos tremendos se formaron en su espalda. En fin, se le formó una llaga que le supuró durante cinco años y su cuerpo se volvió árido y seco, con una piel muy delgada. Total, era un esqueleto casi descarnado, y todos sus miembros, desmembrados, desarticulados. Ningún miembro tenía sano, a excepción de las articulaciones de las manos, de las que se servía para hacer punto y confeccionar medias de lana.

A juicio de los médicos, la hermana Rebeca estaba atacada de una «tuberculosis óseo-articular». Permaneció siete años acostada en su cama, siempre sobre su costado derecho (pues su parte izquierda no podía tocar el colchón) y con su cabeza apoyada sobre una almohada. Cuando se debía hacer su cama, o llevarla a la iglesia, hacía falta la ayuda de cuatro monjas. La llevaban con precaución, en una sábana, siempre temiendo que al colocarla en tierra, sus miembros se rompiesen y se esparcieran.

Ar-Rayés repetía siempre: «Hermanas mías, no olviden la sexta llaga de Cristo: ¡la llaga de su espalda! Esta llaga fue muy

dolorosa, porque sobre ella llevó la cruz de nuestros pecados». Ar-Rayés rezaba noche y día, y seis veces por día recitaba el Padrenuestro y el Ave María por las seis llagas de Jesús.

Rebeca Ar-Rayés prefería Dios a todo sufriendo todo por él, no en vano repetía frecuentemente las palabras de su Esposo, Cristo: «Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Enfermorizaba a sus hermanas al repetirles: «Hermanas mías, haced comuniones espirituales en cuanto podáis, incluso hasta mil diarias». Tenía una gran devoción a la Santísima Virgen. Era dulce, apacible. Su corazón era de una gran sencillez.

Su humildad era grande y heroica. Una vez dijo a la hermana Marina, que la cuidaba: «Hermana, ¿te has lavado los pies?». No, le respondió aquélla. Rebeca le dijo entonces: «Hazlo, para que yo beba esa agua ya que te he hecho sufrir desde hace 27 años, tú me cuidas y me sirves, y yo soy incapaz de agradecértelo o de pagártelo, para mí, el beber esa agua con la que tú te lavas los pies, sería como una pequeña señal de mi reconocimiento».

Aunque enferma, alrededor de su cama explicaba las reglas y las virtudes monásticas a sus hermanas y enseñaba a las novicias las oraciones del breviario en siríaco y, además, les ensayaba los cantos, pues tenía una hermosa voz. Consolaba a la triste y pedía perdón en lugar de la hermana culpable o castigada.

En una fiesta del jueves del Santísimo Sacramento, Ar-Rayés dijo a su superiora: «¡Ojalá pudiera yo asistir a la misa, en este día tan grande!». Las hermanas trataron de transportarla asiendo las cuatro esquinas de la sábana, pero empezó a dolerle el lado izquierdo de la cadera y tuvieron que dejarla en su cama.

Comenzada la misa, estando las monjas en el oratorio, Rebeca entró sola en la iglesia arrastrándose. Las monjas sorprendidas no pudieron menos de conmovirse, mientras la superiora se levantaba para socorrerla; pero Ar-Rayés, con la cabeza hizo un signo para que la dejaran entrar sola, y pudo finalmente cumplir su deseo de participar en aquella solemne Eucaristía en la que el Señor se entregó por la salvación de todos los hombres. Al finalizar la misa, la madre superiora le preguntó: «¿Cómo has podido hacer ese esfuerzo?». Ar-Rayés respondió: «No sé nada: he pedido a Jesús me ayudara; y de repente he sentido

mis pies resbalar de la cama, descendí al suelo y me pude arrastrar hasta la iglesia».

Un día, la madre Úrsula Doumit pidió a la hermana Rebeca: «¿No desearia ver nuestro nuevo monasterio y toda la hermosura que lo rodea, con sus montañas y bosques?». Entonces Ar-Rayes dijo: «Sí, me gustaría verlo durante una sola hora». La hermana sorprendida le pregunto: «¿Quiere ver una sola hora y después volver a ser ciega?». «Pues así es», le contestó la madre.

Entonces el rostro de Rebeca Ar-Rayés se volvió radiante. Y dijo sonriendo: «Veo, ¡Dios sea alabado!». Maravillada la hermana le dijo: «¿Qué es lo que hay a su espalda, junto a ese armario?». Rebeca volviendo el rostro hacia el armario, dijo: «La Santa Biblia y el Padre de los elegidos». Y mostró con los dedos algunas manchas que se encontraban sobre su cubrecama.

Rebeca vivió 82 años, de los que 29 los pasó sufriendo. El 22 de marzo de 1914, Ar-Rayés dijo a su superiora: «Querria despedirme de mis hermanas las monjas y escuchar su voz antes de morirme».

La mañana del 23 de marzo de 1914 pidió la santa comunión diciendo: «Dejadme tomar mi viático para el camino». Y las últimas palabras pronunciadas por Rebeca fueron: «¡Oh Jesús! ¡Oh Maria! ¡Oh San José!, os doy mi corazón, mi alma... En vuestras manos entrego mi espíritu».

Después de su entierro y durante dos noches seguidas, se vio que había luz sobre su sepultura.

La madre Ursula Doumit cuenta uno de los primeros favores de la santa:

«Estaba sufriendo, desde hacia siete años, de una pustula en mi cuello, bajo la barbilla. Era grande como una avellana y me hacia mucho daño, de modo que incluso me impedia tomar bien la bebida, además, sentia continuamente un dolor de cabeza y por la tarde me causaba una fiebre muy fuerte. Dije a las monjas que no me despertasen para la oracion de media noche.

Mientras dormia, oí llamar a la puerta de mi cuarto, y una voz me dijo: “Toma tierra de la tumba de Ar-Rayes, y frotate en la garganta”. Creí que era una de mis hermanas. Y dije: “¿Por que no me deja dormir?” Nadie me respondió. Pero volví a oír la misma voz repitiendo las mismas palabras.

Por la mañana, después de haber preguntado a las monjas, comprendí que ninguna de ellas habia venido a despertarme por la noche. Entonces fui y tome tierra de la tumba de Ar-Rayes y ha-

biendola disuelto en agua me frote con ella mi pustula Despues de esto alguien me ofrecio un vaso de leche y lo bebi sin ninguna dificultad Entonces me toque de nuevo la garganta y no encontré ni rastro de la pústula Desde este momento, quede completamente curada»

Ésta es la razón por la que las hermanas del monasterio de San José dan tierra de la tumba de Ar-Rayés, que continúa curando todos los enfermos que la piden con fe. Introducida su causa de beatificación en 1925, el 10 de julio de 1927 sus restos mortales fueron trasladados a un ángulo de la iglesia del monasterio, donde han reposado casi hasta nuestros días.

El 11 de febrero de 1982, la hermana Ar-Rayés, monja libanesa maronita, del monasterio de San José-Jarabta, fue proclamada Venerable, y el 17 de noviembre de 1985, el papa Juan Pablo II la declaró Beata.

La víspera de su beatificación, los santos huesos de Ar-Rayés fueron trasladados a una nueva tumba, en piedra tallada y en forma de antigua lamparilla de aceite, sobre la que campea una cruz. La nueva tumba, de color rojo, combinación de rojo y dorado, símbolo del sufrimiento y de la gloria, está situada al fondo de la capilla, en el presbiterio. Su sepulcro quiere expresar simbólicamente que Ar-Rayés ilumina nuestro camino hacia el Crucificado resucitado. También puede verse en él un navío que lleva un gran tesoro, y que navega a través de las desdichas de este mundo, para aliviar los sufrimientos, mientras nos orienta hacia el puerto de Cristo, nuestro reposo y nuestra salvación.

El 10 de junio del año 2001, el papa Juan Pablo II la canonizó solemnemente en la plaza de San Pedro, cuyo nombre recibio en su bautismo, poniéndola como ejemplo paciente y gozoso de saber unir sus sufrimientos y enfermedades en ofrecimiento generoso por la redención de los hombres en unión con los de Cristo, su maestro y esposo.

LUIS M. PEREZ SUAREZ

Bibliografía

AAS 94 (2002) 593-595

L'Osservatore Romano (ed. en español) (8-6-2001) 10

SAN GUALTERIO DE PONTOISE

Abad († 1095)

Nació en Picardía y fue acreditado profesor de filosofía y retórica, pero prefirió la vida monástica y entró en la abadía benedictina de Rebais. Muy en contra de sus deseos se le hizo abad del nuevo monasterio de Pontoise. Deseoso siempre de una vida enteramente recogida, fue hasta Roma a pedir al papa le dispensara de su cargo abacial, pero no le fue concedida su petición e incluso se le dijo que no volviera a presentarla. Gobernó santamente a los monjes y fustigó con claras palabras a los clérigos simoníacos. Murió el 23 de marzo de 1095.

BEATO PEDRO DE GUBBIO

Presbitero († 1306)

Nació en Gubbio, en la noble familia de los Ghisenghi. Estudió en Perugia y París, consiguiendo el doctorado en derecho. Vuelto a su patria ingresó en una congregación de ermitaños que seguía la regla agustina y que se unió con las demás en 1256 para formar la Orden de Ermitaños de San Agustín. Fue un fraile ejemplar y la Orden le confió el cargo de provincial en Francia. Murió hacia el año 1306. Su culto fue confirmado el 5 de marzo de 1847.

BEATO EDMUNDO SYKES

Presbitero y mártir († 1587)

Nació en Leeds (Inglaterra) hacia el año 1550. Aunque se dijo que había estudiado en Oxford, este extremo no ha podido ser confirmado. Decidido por el sacerdocio, marchó a Reims, quizás en 1579 o el año anterior, y se ordenó sacerdote el 21 de febrero de 1581, celebrando su primera misa en la iglesia de San Esteban el 2 de marzo siguiente.

Vuelto al Yorkshire en junio de ese mismo año de 1581 en compañía del beato Juan Amias, también futuro mártir, pudo trabajar tres intensos años con gran celo apostólico, teniendo como punto de partida de su actividad su ciudad natal de Leeds. Un católico apóstata lo denunció y por ello pudo ser arrestado, siendo seguidamente encarcelado en Ousebridge en Kildcote. Las pésimas condiciones higiénicas de la prisión deterioraron su salud, pues padeció fiebres intermitentes que debilitaron mucho su salud. Y esta debilidad le llevó a aceptar ser llevado a una iglesia protestante y estar presente en el culto. Se arrepintió enseguida pero no quisieron escucharle y se le impuso la pena de destierro perpetuo.

Una vez en el Continente marchó a Reims, donde fue acogido y mejoró su salud. Y entonces decidió peregrinar a Roma como penitencia y pedir perdón al Papa. Estando en Roma se sintió llamado a retornar a Inglaterra y afrontar el peligro de muerte en vez de optar por la vida religiosa en algún convento, como estaba planeando. Y así lo hizo. Volvió a Inglaterra y fue su propio hermano el que lo delató a las autoridades, que lo encerraron en condiciones horribles. En el juicio manifestó su arrepentimiento por haber ido a una iglesia protestante, volvió a declarar su catolicismo y fue condenado a muerte. Se le mantuvo aislado hasta el día de su ejecución en York el 23 de marzo de 1587. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987.

BEATO PEDRO HIGGINS

Presbitero y martir († 1642)

Nació en Dublín (Irlanda) hacia el año 1601, y en 1622 decide su vocación religiosa entrando en la Orden de Predicadores. Enviado a España, aquí completa sus estudios. Se ordena sacerdote en 1627.

Regresa a Irlanda en 1630 y es nombrado prior del convento de Naas. En 1641, durante la rebelion contra los ingleses, se prodigó para hospedar a los sin techo y para frenar la ola de violencias, salvando a muchas personas de en medio de los tumultos. En febrero de 1642 es arrestado y llevado a Dublín, donde se le ofrece la libertad y la vida si se pasa al anglicanismo.

Al negarse fue condenado a muerte, decisión que se ejecuta en St. Stephen's Grenn el 23 de marzo de 1642. A la hora de morir recordó que él era inocente, que había auxiliado a muchos protestantes y que su muerte se debía solamente a su fe católica. Y en prueba de ello exhibió una carta en la que el gobernador le ofrecía la vida si renunciaba a su fe. Fue beatificado el 27 de septiembre de 1992.

BEATA ANUNCLADA COCCHETTI

Virgen († 1882)

Anunciada Asteria Cocchetti nació en Rubato (Brescia) el 9 de mayo de 1800 en el seno de una familia rica de ideología radical. A los 8 años quedó huérfana y entonces hubo de pasar a vivir con su abuela, la cual le dio una sólida educación cristiana. En la adolescencia ya sentía la llamada interior a la consagración a Dios por entero. En 1822 se diplomó como maestra y fue la primera profesora de la recién creada escuela municipal. Muerta su abuela en 1823, pasó con su tío y tutor a Milán y aquí se mantuvo fiel al plan de vida que había llevado en Rubato.

Pero pasados ocho años su director espiritual le sugirió hacer una experiencia religiosa en el pueblo de Cemmo junto a una aspirante canosiana. Se trataba de una escuela en la que Anunciada trabajó durante diez años. Mientras tanto, su director espiritual había fundado una obra seglar que se difundía por Italia y que era la Pía Obra de Santa Dorotea, y a la que pertenecía la escuela en que ella misma había trabajado en Rubato.

Deseosa de consagrarse a Dios en la vida religiosa, no pudo ser religiosa canosiana, y entonces optó por el ingreso en el Instituto de Maestras de Santa Dorotea que había fundado Don Lucas Passi en 1842. Tras el noviciado en Venecia se le encomendó la fundación de la casa de Cemmo. Posteriormente su obispo Mons. Jerónimo Verzeri le confió la naciente fundación de las Religiosas de Santa Dorotea de Cemmo. Ella la rigió durante cuarenta años con sabiduría, fortaleza y humildad, siendo un gran ejemplo de todas las virtudes. Murió en Cemmo el 23 de marzo de 1882. Fue beatificada el 21 de abril de 1991.

Nació en Frydlant nad Ostravici (Chequia) el 6 de julio de 1886. Estudia en el colegio de los redentoristas y de ahí le vino su vocación religiosa a esta congregación, en la que entra en 1902. Tras profesar y hacer los estudios teológicos se ordena sacerdote el 17 de julio de 1910.

Predica misiones populares, atiende material y espiritualmente a muchos prófugos durante la Guerra Europea y en 1919 es aceptado su ofrecimiento de trabajar entre los cristianos de rito oriental, para ello es enviado a Lvov, y para mejor asimilarse a ellos toma el nombre de Metodio. En 1921 es enviado a Eslovaquia, fundando en Stropkov la primera comunidad redentorista de ritos latino y bizantino. Superior en 1924 de la misma, fomenta la devoción mariana. En 1931 la comunidad se traslada a Michalovce. Desarrolla siempre una admirable labor apostólica.

Durante la II Guerra Mundial los redentoristas fueron acusados de fanatismo y propaganda contra el Estado por las autoridades eslovacas. El P. Metodio consideró oportuno dimitir y marchar a Ucrania, pero no recibió permiso de entrada en este país. A finales de 1945 se erige la viceprovincia redentorista de Michalovce y es elegido primer superior de ella. Reabre la casa de Stropkov y abre otra en Sabinov, participando en muchas misiones populares y también impulsando las publicaciones católicas.

Al quedar el país bajo régimen comunista, es suprimida la viceprovincia y los religiosos son arrestados y llevados a campos de concentración. El P. Metodio asume la responsabilidad de todo lo realizado por su congregación. Procesado en 1952, reconoció haber estado en contacto con el obispo Godjić y haberle dado informes que posteriormente pasaron a la Santa Sede. Acusado de traición y espionaje, fue condenado a doce años de cárcel. Todos los intentos para lograr una amnistía o reducción de la pena fueron inútiles. Él persevero en la paciencia y la oración, ofreciendo al Señor su encarcelamiento. En 1958 fue trasladado a la dura cárcel de Leopoldov, donde por cantar un canto religioso fue llevado a una celda de castigo y en ella cogió una pulmonía. No recibió ningún cuidado especial y mu-

rió el 23 de marzo de 1959. Fue beatificado como mártir el 4 de noviembre de 2001.

24 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Cesarea (Palestina), los santos Timolao, Dionisio, Pausides, Romulo, Alejandro, otro Alejandro, Agapio y otro Dionisio († 303), mártires *

2 En Mauritania, San Secundulo, mártir (fecha desconocida)

3 En Clogher (Irlanda), San Maccartemo (s. V), obispo

4 En Fabriano (Italia), San Juan del Baculo († 1290), presbítero y monje *

5 En Vadstena (Suecia), Santa Catalina († 1381), virgen, religiosa de la Orden de Santa Brígida, que era su propia madre **

6 En Ronda (España), Beato Diego José de Cadiz († 1801), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos **

7 En Pniewitz (Polonia), Beata María Karłowska († 1935), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas del Divino Pastor **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA CATALINA DE SUECIA

Virgen († 1381)

En Suecia, hoy día, no sólo son luteranos casi todos sus habitantes, sino que también la cultura y la vida llevan impreso el sello del protestantismo; los católicos representan sólo una exigua minoría. Sin embargo, el país de Gustavo Adolfo ha pertenecido a la Iglesia romana durante seis siglos (del X al XVI) y en aquella época produjo admirables frutos de fe, de devoción y de santidad.

Santa Catalina de Suecia, llamada también Santa Catalina de Vadstena, nació hacia 1331, de padres nobles y cristianos. Era la cuarta entre los ocho hijos del príncipe Ulf Gudmarsson y de su esposa Birgitta Birgesdotter, que no es otra que Santa Brígida, cuya festividad celebra la Iglesia el día 9 de octubre. De niña fue

confiada para su educación a la abadesa del monasterio cisterciense de Riseberga. Por decisión paterna se casó a los dieciséis años con el linajudo y virtuoso conde Egard Lydersson van Kyren. De común acuerdo, los dos esposos decidieron vivir en virginidad a imitación de la Santísima Virgen y San Jose, y entregados a la plegaria, los ayunos y las obras de caridad. El hermano mayor de Santa Catalina, Carlos, príncipe ligero y mundano, hizo todo lo posible por apartar a su hermana de esta vida de perfección, mas en vano, en cambio, Santa Catalina, con sus exhortaciones y su ejemplo, consiguio que su cuñada Gyda, la esposa de Carlos, renunciara a la vida lujosa y disipada que llevaba

La madre de Santa Catalina, Santa Brígida, despues de la muerte de su marido se encontraba en Roma. A Santa Catalina le entró un ardiente deseo de ir a reunirse con su madre. Con permiso de su marido (pese a los intentos de su hermano Carlos para que no se lo concediera), Santa Catalina emprendio el largo viaje a Roma en el año santo de 1350. Cuando en el verano de dicho año Santa Catalina llegó a la Ciudad Eterna, su madre estaba fuera de Roma; solo después de algunos días, y gracias a haberse encontrado de manera providencial en la iglesia de San Pedro con el obispo Pedro de Skanninge, uno de los acompañantes de Santa Brígida, pudo ir a reunirse con ésta, que se encontraba en el monasterio de Farfa, en el Lacio.

Después de haber pasado junto a su madre unas semanas en Roma, disponíase Santa Catalina a regresar a Suecia. Santa Brígida, entre tanto, había tenido una revelación divina: que era precisamente su hija la compañera y colaboradora que Dios le había designado para dar cima a la obra que traía entre manos, es decir, para la fundación de la Orden del Santísimo Salvador. Santa Brígida le preguntó entonces a su hija si estaba dispuesta a pasar por Jesucristo penas y contrariedades; Santa Catalina le contestó afirmativamente, añadiendo que estaba dispuesta a seguir la voluntad divina, aunque para ello tuviera que dejar, no sólo su patria, amigos y parientes, sino a su mismo marido, a quien —son sus palabras— amaba más que a su propio cuerpo. Poco después Santa Brígida tuvo otra revelación: que su yerno, el conde Egard Lydersson van Kyren, había fallecido en su castillo de Suecia.

Santa Catalina entonces fue invadida por una gran depresión de ánimo; en medio de su tristeza sentía un gran amargor y desaliento, viéndose obligada a permanecer en casa mientras su madre y sus acompañantes visitaban las iglesias romanas para ganar indulgencias. Apareciósele entonces la Virgen María, ordenándole la obediencia a su madre y a su director espiritual, y que abandonase la nostalgia de su tierra y amistades; al mismo tiempo, la Santísima Virgen le prometía su poderosa protección si permanecía junto a su madre. Santa Catalina así lo hizo.

En Roma vivían Santa Catalina y su madre en la más estrecha pobreza voluntaria, ganándose el sustento con el trabajo de sus manos, visitando las iglesias, dedicándose a rudas penitencias y ayunos sin abandonar por ello los ejercicios de piedad, especialmente la meditación en la pasión del Señor, y practicando la caridad: repartían limosnas a los menesterosos y enseñaban la doctrina cristiana a los pobres extranjeros. En medio de esta vida de santificación y mortificación, los biógrafos nos cuentan un hecho por el que se pone de relieve la ternura filial de Santa Catalina. Ella y su madre dormían siempre sobre el santo suelo; pero cuando Santa Brígida se había dormido, su hija procuraba poner una almohada bajo la cabeza de su madre.

Santa Catalina era joven y hermosa, y ambas cosas iban a acarrearle una serie de dificultades por parte de los numerosos pretendientes que surgieron entre los nobles romanos. Ella había confiado a San Sebastián la salvaguardia de su virginidad, y precisamente un día en que iba a la iglesia de este Santo, salió a su encuentro un conde con intención de raptarla: la aparición inesperada de un gamo, al que sin más pensar intentó darle caza, distrajo al raptor. Este mismo conde intentó repetir su fechoría otro día en que la santa se dirigía a la iglesia de San Lorenzo extramuros: en esta ocasión fue víctima de una ceguera repentina de la que curó después sólo gracias a las plegarias de Santa Catalina. Un día, desesperada ya, quiso estropear la belleza de su rostro por medio de un unguento repugnante y venenoso. Cuando, oculta en el jardín de la casa romana en que vivía con su madre, iba a poner en obra su intención, le cayó sobre la cabeza una piedra de la pared hiriéndola gravemente. Dios, que la había creado tan hermosa, no permitió que su belleza fuera

destruida. Pero Santa Catalina hubo de permanecer encerrada en casa hasta curarse, mientras su madre y sus amigos iban a visitar las iglesias: era una prueba más para la santa, pero también uno de los medios de que se valía el Señor para su santificación.

Santa Catalina y su madre realizaban peregrinaciones por Italia con el fin de visitar los más famosos santuarios, estos viajes en aquellos tiempos no estaban exentos de peligros. Por ejemplo, encontrándose en Asís para visitar la iglesia de San Francisco, fueron atacadas por una partida de bandidos, de los que milagrosamente consiguieron huir. También, juntamente con su madre, hizo Santa Catalina la peregrinación a Tierra Santa.

Poco después de haber regresado a la Ciudad Eterna, Santa Brígida, que ya se había sentido enferma en Jerusalén, falleció en 1373, siendo enterrada provisionalmente en la iglesia de San Lorenzo *in panisperna*. Algún tiempo después, Santa Catalina, en compañía de su hermano Birger Ulfsson y sus amigos y compatriotas los obispos Pedro de Skanninge y Pedro de Alvastra, trasladaron a su tierra los restos mortales de Santa Brígida. A su paso por los diversos países de Europa, el fúnebre cortejo iba cumpliendo una verdadera actividad misionera: Santa Catalina dirigía a los pecadores saludables instrucciones, procuraba con sus hechos y palabras inspirar por doquier el santo temor de Dios, y al mismo tiempo daba a conocer las predicciones y revelaciones de su santa madre. Después de haber atravesado toda Europa, embarcaron en Danzig para Suecia, adonde llegaron, tocando tierra en Soderkoping, a mediados de junio de 1374. El paso de los restos mortales de Santa Brígida a través de Suecia fue una procesión triunfal: los milagros florecían a su paso y las gentes acudían de todas partes a oír los sermones de Pedro de Alvastra. Santa Brígida fue enterrada en Vadstena el 4 de julio de aquel año con gran solemnidad.

Después de haber enterrado a su madre, Santa Catalina se encierra en el monasterio de Vadstena, pintorescamente situado a orillas del gran lago Vattern, viviendo bajo la Regla que durante nada menos que veinticinco años había practicado en Roma junto a su madre. Poco tiempo después, y a pesar de no ser ése su deseo, Santa Catalina era elegida abadesa, pero tampoco ahora iba a poder disfrutar de una existencia tranquila: el

constante peregrinar era el sino de su vida. En efecto, en 1375 emprende de nuevo el largo y, en aquel tiempo, dificultosísimo viaje a Roma, esta vez con una doble finalidad: poner en marcha y activar el proceso de canonización de Santa Brígida, y conseguir del Papa la aprobación de la Orden del Santísimo Salvador. En esta ocasión Santa Catalina permaneció en Roma cinco años. La canonización de su madre se vio retrasada por el cisma de Occidente, que entonces desgarraba a la catolicidad: Santa Brígida fue elevada a los altares por el papa Bonifacio IX en 1401, mas esto ya no alcanzó a verlo Santa Catalina; en cambio, consiguió del sumo pontífice Urbano VI la constitución apostólica de 3 de diciembre de 1378, por la que se aprobaba la Orden del Santísimo Salvador y al mismo tiempo se concedían a Vadstena las mismas indulgencias que las que podían lucir los peregrinos que visitaban la iglesia romana de San Pedro *ad vincula*.

En 1380 Santa Catalina estaba otra vez en su amado retiro de Vadstena, donde murió el 24 de marzo de 1381, después de nueve meses de penosa enfermedad, contra la cual no quiso tomar ninguna clase de medicinas, y en cuyo largo desarrollo dio numerosos ejemplos de humildad, mortificación y paciencia. Santa Catalina recibía a diario, durante los últimos veinticinco años de su vida, el sacramento de la penitencia, y lo mismo continuo haciendo en su última enfermedad; pero a causa de los vómitos de que iba acompañada la dolencia, se veía privada de la comunión dominical (pues la costumbre de comulgar a diario no existía en la Edad Media), si bien pudo recibir la comunión antes de morir.

El final de su vida no fue el final de su influencia. Apenas había exhalado la santa el último suspiro, se vieron sobre su cuerpo luces que lo iluminaban maravillosamente, y durante varios días estuvo luciendo una brillante estrella sobre la casa donde estaban sus restos mortales, y en su entierro aparecieron innumerables luces delante y detrás del sarcófago, pero quienes las trajeron no se mostraron visibles. De esta manera, en los funerales de Santa Catalina, solemnemente celebrados por el arzobispo Birgen de Upsala y por los obispos Nicolás de Linkoping (después también elevado a los altares) y Tord de

Stragnas, y honrados por la asistencia del príncipe Erik, hijo del rey de Suecia, así como por los más importantes personajes del reino, se dio un hecho milagroso que fue como la coronación de los muchos milagros de la vida de la santa, continuados después de su muerte.

En efecto, se nos dice en su *Vida* que ya al nacer no quiso mamar la leche de su nodriza, que era una mujer de vida mundana, mientras tomaba muy bien el pecho de su madre y de otras mujeres honestas.

En una ocasión salvó a Roma de una inundación que se presentaba devastadora: las aguas del Tíber se retiraron milagrosamente al meter en ella los pies Santa Catalina.

Estando también la santa en Roma, cayó enferma la hermana de uno de sus conocidos, llamado don Latino; esta mujer había llevado una vida pecadora, y ahora, a pesar de estar enferma de muerte, no quería arrepentirse ni confesarse. Santa Catalina se postra de rodillas ante su lecho y pide a Dios que conmueva el duro corazón de la pecadora. De pronto, empieza a subir gran cantidad de humo desde el río, desencadenándose al mismo tiempo un violento huracán y una gran tormenta, todo lo cual produjo el efecto de ablandar el corazón de aquella mujer, que acabó haciendo una humilde confesion que le permitió tener una muerte cristiana.

En Nápoles rogó Santa Catalina por una posesa, con el resultado de que el espíritu inmundo abandonó a la mujer. Viajando por Prusia Santa Catalina, uno de sus criados se cayó del coche, pasandole por encima las ruedas del mismo y resultando gravemente herido; pero gracias a las plegarias de la santa sanó en el acto. En Vadstena sanó también a un hermano lego que se hirió gravemente al caerse de un lugar elevado. También curó a una muchacha tullida, llamada Cristina Persdotter, que fue luego monja de Vadstena.

En Vadstena los piojos no aparecían nunca, y el hecho se creía allí un milagro de la santa. Un hombre incrédulo, llamado Clemente, no quiso dar crédito a esto, y entonces se vio acometido por los piojos de una manera tan furiosa que no pudo verse libre de ellos sino después de rezar devotamente a Santa Catalina para que le librase de tan inmundos animalejos.

Después de su muerte, y el mismo día en que años más tarde se sacaban sus restos para cambiarlos de sitio, hizo otro milagro. Un muchacho de Mjølby, ciudad sueca hoy día populosa, se cayó en la presa de un molino; pero salió sano y salvo merced a la ayuda de una mujer vestida de blanco, que no era otra que Santa Catalina.

También Santa Catalina, como su madre, tuvo el don de las revelaciones y predicciones. Predijo, por ejemplo, la muerte en Noruega del rey de Suecia Magnus Eriksson en 1374, muerte que fue comprobada seis semanas más tarde, al regresar a Suecia los servidores que acompañaban al rey.

Otros numerosísimos milagros hechos por Santa Catalina, son enumerados por sus biógrafos y certificados con fidedignos testimonios en el proceso de canonización. El proceso fue iniciado por el obispo Enrique Tidemansson de Linköping en 1469 y después proseguido en Roma: pocos años más tarde, en 1484, el papa Inocencio VIII permitía festejar la festividad de Santa Catalina como una segunda fundadora de los monasterios brigidinos.

Y no sin razón. Pues si bien fue Santa Brígida la autora de la Regla de la Orden y su comentarista, fue su hija quien de veras la puso en práctica en Vadstena, organizando conforme a ella el primer monasterio, y quien trabajó lo indecible hasta verla canónicamente aprobada. Efectivamente, la gran obra de Santa Catalina fue dejar asegurada la fundación de la Orden del Santísimo Salvador (*Ordo Sanctissimi Salvatoris*), de monjas y frailes, bajo la jurisdicción de la abadesa de Vadstena. Su finalidad principal era y sigue siendo alabar al Señor y a la Santísima Virgen según la liturgia de la Iglesia, ofrecer reparación por las ofensas cometidas contra la majestad divina y llevar, en la oración y la meditación (sobre todo en la meditación de la pasión del Señor), una vida perfecta para el honor de Dios y la salvación de las almas. La Orden llevó también a cabo, sobre todo al final de la Edad Media, una brillante obra cultural: los brigidinos tradujeron la Biblia a los idiomas escandinavos, y los monjes de Vadstena tuvieron la primera imprenta de Suecia. En el siglo XVI, una dama española, Marina de Escobar, da impulso a la rama española de la Orden, que perdura en España y en México. En Europa, por el contrario, la Orden sufrió mucho a consecuencia de la Reforma, prime-

ro, y de la Revolución Francesa, después, si bien sobrevivió en el monasterio bávaro de Altomunster.

Pero la actividad exterior de Santa Catalina, de fundadora tenaz y de incansable peregrina, cuya influencia se dejaba sentir incluso en la corte de los Papas, no era otra cosa que la manifestación de un alma ardiente llena de fe, de piedad y de fortaleza. Su figura se nos presenta en su juventud llena de encanto, lo mismo que resulta atractiva su figura de joven virgen y viuda decidida a llevar en Roma, mediante la obediencia y la oración, una vida nada común de gran humildad y pobreza. Y más todavía, si cabe, nos admira la nueva Catalina que sale a luz después de la muerte de Santa Brígida: la hija devota y decidida, que sin regatear esfuerzos traslada de Roma a Vadstena el cuerpo de su santa y admirada madre, la organizadora vigorosa y resuelta que dirige la suerte de Vadstena durante los primeros y más difíciles años de la fundación, que viaja a Roma y remueve incesantemente los estorbos que a su actividad se oponen; que lucha y vence; que nos da ejemplo de superación de la dureza de esta vida. Sin duda todo, porque hizo de la meditación en la pasión del Señor el centro de su vida, y porque, como dice una secuencia medieval de la santa: «Con alegría abrazó voluntariamente la cruz del Señor».

Para terminar diremos que la Orden del Santísimo Salvador, cuya fundación definitiva en la Edad Media fue la gran obra de Santa Catalina, ha sido restaurada en nuestros días, e incluso ha sido construido un nuevo monasterio en Vadstena, a la sombra misma de la famosa «Iglesia Azul» (*Blakyrka*), la primera de la Orden, gracias a los infatigables desvelos de otra tenaz mujer sueca, la madre Isabel Hesselblad, fallecida en 1957. En Suecia, su amada tierra, y en otros países, las hermanas brigidinas continúan caminando sobre las huellas de las santas fundadoras. El espíritu de Santa Catalina no ha muerto.

VIRGILIO BEJARANO

Bibliografía

Act SS Boll, 24 de marzo

COLLIJN, I (ed), *Processus seu negotium canonizationis beatae Katherinae de Vadstenis* (Upsala 1942 1946)

LUNDEN, T, «Vida y milagros de Santa Catalina de Vadstena, según documentos medievales » *Rev Cat de Upsala «Credo»* 31 (1950) 65s

Ordo Sanctissimi Salvatoris (Estocolmo 1958)

Vita, escrita por U BIRGERSSON entre 1423 y 1426, con la ayuda de B GUNNAR SDOTTER en 1420

BEATO DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ

Presbitero († 1801)

Treinta años de activísima vida misionera no caben en unas páginas. No es posible reducir a tan breve síntesis la labor de este apostol capuchino, que, siempre a pie, recorrió innumerables veces Andalucía entera en todas direcciones, que se dirigió después a Aranjuez y Madrid, sin dejar de misionar a su paso por los pueblos de la Mancha y de Toledo, que emprendió mas tarde un largo viaje desde Roma hasta Barcelona, predicando a la ida por Castilla la Nueva y Aragón, y a la vuelta por todo Levante, que salió, aunque ya enfermo, de Sevilla y, atravesando Extremadura y Portugal, llegó hasta Galicia y Asturias, regresando por León y Salamanca.

Pero hay que recordar, además, que en sus misiones hablaba varias horas al día a muchedumbres de cuarenta y aun de sesenta mil almas (y al aire libre, porque nuestras más gigantescas catedrales eran insuficientes para cobijar a tantos millares de personas, que anhelaban oírle como a un «enviado de Dios»); que tuvo por oyentes de su apostólica palabra, avalada siempre por la santidad de su vida, a los príncipes y cortesanos por un lado y a los humildes campesinos por otro, a los intelectuales y universitarios y a las clases más populares, al clero en todas sus categorías y a los ejércitos de mar y tierra, a los ayuntamientos y cabildos eclesiásticos y a los simples comerciantes e industriales y aun a los reclusos de las cárceles; que intervino con su consejo personal y con su palabra escrita, bien por dictámenes más o menos públicos, bien por su casi infinita correspondencia epistolar, en los principales asuntos de su época y en la dirección de muchas conciencias; que escribió tal cantidad de sermones, de obras ascéticas y devocionales, que, reunidas, formarían un buen número de volúmenes, que caminaba siempre a pie, con el cuerpo cubierto por áspero cilicio, pero alimentando su alma

con varias horas de oración mental al día; y que, si le seguía un cortejo de milagros y de conversiones ruidosas, también supo de otro cortejo doloroso de ingraticudes, de incomprensiones y aun de persecuciones, hasta morir envuelto en un denigrante proceso inquisitorial.

¿Cómo describir, siquiera someramente, tan inmensa labor? La amplitud portentosa de aquella vida, tan extraordinariamente rica de historia y de fecundidad espiritual, durante los últimos treinta años del siglo XVIII, a lo largo y ancho de la geografía peninsular, se resiste a toda síntesis. Sólo de la Virgen Santísima, a la que especialmente veneraba bajo los títulos de Pastora de las almas y de la paz, predicó más de cinco mil sermones. Y seguramente pasaron de veinte mil los que predicó en su vida de misiones, las cuales duraban diez, quince y aun veinte días en cada ciudad.

La misión concreta de su vida y el porqué de su existencia podría resumirse en esta sola frase: fue el enviado de Dios a la España oficial de fines de aquel siglo y el auténtico misionero del pueblo español en el atardecer de nuestro Imperio.

Nuestros intelectuales de entonces y las clases directoras, con el consentimiento y aun con el apoyo de los gobernantes, abrían las puertas del alma española a la revolución que nos venía de allende el Pirineo, disfrazada de «ilustración», de maneras galantes, de teorías realistas. Todo ello producía, arriba, la «pérdida de Dios» en las inteligencias. Luego vendría la «pérdida de Dios» en las costumbres del pueblo. Aquella invasión de ideas sería precursora de la invasión de armas napoleónicas que vendría después.

No todos vieron a dónde iban a parar aquellas tendencias ni cuáles serían sus funestos resultados. Pero fray Diego los vio con intuición penetrante —y mejor diríamos profética—, ya desde sus primeros años de sacerdocio. Por eso escribía:

«Que ansias de ser santo, para con la oracion aplacar a Dios y sostener a la Iglesia santa! ¡Qué deseo de salir al publico, para, a cara descubierta, hacer frente a los libertinos! ¡Que ardor para derramar mi sangre en defensa de lo que hasta ahora hemos creído!»

Dios le había escogido para hacerle el nuevo apóstol de España, y su director espiritual se lo inculcaba repetidas veces:

«Fray Diego misionero es un legítimo enviado de Dios a España». Y convencido de ello, el santo capuchino se dirige a las clases rectoras y a las masas populares. Entre la España tradicional que se derrumba y la España revolucionaria que pronto va a nacer, él toma sus posiciones, que son: ponerse al servicio de la fe y de la patria y presentar la batalla a la «ilustración». Había que evitar esa «pérdida de Dios» en las inteligencias y fortalecer la austeridad de costumbres en la masa popular. Y cuando vio rechazada su misión por la España oficial (¡cuánta parte tuvieron en ello Floridablanca, Campomanes y Godoy!), se dirigió únicamente al auténtico pueblo español, con el fin de prepararle para los días difíciles que se avecinaban.

En su misión de Aranjuez y Madrid (1783) el Beato se dirigió a la corte. Pero los ministros del rey impidieron solapadamente que la corte oyera la llamada de Dios. Intentó también fray Diego traer al buen camino a la vanidosa María Luisa de Parma, esposa de Carlos IV. Pero, convencido más tarde de que nada podía esperar, sobre todo cuando Godoy llegó a privado insustituible de Palacio, el santo misionero rompió definitivamente con la corte, llegando a escribir, más tarde, con motivo de un viaje de los reyes a Sevilla: «No quiero que los reyes se acuerden de mí».

Para cumplir fielmente su misión, el Beato recibió de Dios carismas extraordinarios, que podríamos recapitular en estos tres epígrafes: comunicaciones místicas que lo sostuvieron en su empresa, don de profecía y multiplicación continua de visibles milagros.

Pero Dios no se lo dio todo hecho. Hay quienes, conociéndole sólo superficialmente, no ven en él más que al misionero del pueblo que predica con celo de apóstol, acentos de profeta y milagros de santo. Pero junto al orador, al santo, al profeta y al apóstol, aparece también a cada momento el hombre. También él siente las acometidas de la tentación carnal; también él se apoca y sufre cuando se le presenta la contradicción; también él experimenta dificultades y desganas para cumplir su misión; y aun sólo «a costa de estudio y de trabajo» —dice él— logra escribir lo que escribe. Y a pesar de todo, nada de «tremendismo» en su predicación, como no fuera en contados momentos,

cuando el impulso divino le arrastraba a ello. Y así, mientras otros piden a Dios el remedio de los pueblos por medio de un castigo misericordioso, «yo lo pido —escribe— por medio de una misericordia sin castigo». Y no se olvide que vivió en los peores tiempos del rigorismo. ¿Y cómo no iba a ser así, si él fue siempre, como buen franciscano y neto andaluz, santamente humano y alegre, ameno en sus conversaciones y gracioso hasta en los milagros que hacía?

Pero el celo de la gloria de Dios y el bien de las almas le dominaron, de suerte que ello solo explica aquel perfecto dominio de sus debilidades humanas, aquella actividad pasmosa, lo mismo predicando que escribiendo, y aquel idear disparates: como el deseo de no morir, para seguir siempre misionando, o el de misionar entre los bienaventurados del cielo o los condenados del infierno, o el de marcharse a Francia, cuando tuvo noticias de los sucesos de París en 1793, para reducir a buen camino a los libertinos y forajidos de la Revolución Francesa.

Dícese de Napoleón que, desterrado ya en Santa Elena, exclamaba recordando sus victorias y su derrota definitiva: «La desgraciada guerra de España es la que me ha derribado». Pero esta guerra no la vencieron nuestros reyes ni nuestros intelectuales; la venció aquel pueblo que había recibido con sumisión y fidelidad las enseñanzas del «enviado de Dios». Este pueblo, fiel a la misión de fray Diego, no traicionó a su fe ni a su patria; los intelectuales y gobernantes, que habían rechazado esa misión, traicionaron a su patria, porque ya habían traicionado a su fe.

Sólo Dios puede medir y valorar —como sólo él los puede premiar— los frutos que produjo la constante y difícil, fecunda y apostólica actividad misionera del Beato Diego José de Cádiz. Describiendo él su vocación religiosa decía: «Todo mi afán era ser capuchino, para ser misionero y santo». Y lo fue. Realizó a maravilla este triple ideal. Su vida fue un don que Dios concedió a España a fines del XVIII. Por la gracia de Dios y sus propios méritos, fray Diego fue capuchino, misionero y santo. El papa León XIII lo beatificó en 1894.

Bibliografía

- AUSHJO, S DE, OFM cap, *Reseña bibliografica de las obras impresas del Beato D J de Cadiz* (Madrid 1947)
- UBRIQUE, S DE, OFM cap, *Vida del Beato Diego J de Cadiz*, 2 vols (Sevilla 1926)
- VALENCINA, D DE, OFM cap, *Cartas de conciencia que el Bto Diego J de Cadiz dirigió* (Sevilla 1904)
- ID, *El director perfecto y el dirigido santo* (Sevilla 1924)
- Actualización
- CANDELA LOPEZ, R, *El beato Fray Diego Jose de Cadiz (seleccion de elogios, sermones, discursos, recuerdos y celebracion del centenario de la beatificacion)* (Cadiz 1998)
- CANETE CASTRO, C, *Beato Diego Jose de Cadiz, capuchino ¿Quien es fray Diego?* (Sevilla 1993)

BEATA MARÍA KARLOWSKA

Virgen y fundadora († 1935)

La Iglesia católica en Occidente vio florecer entre el siglo XIX, centuria de grandes convulsiones sociales y de no pocas revoluciones con fuertes ataques a la fe cristiana, y los inicios del siglo XX, un espléndido plantel de fundaciones religiosas, de mujeres y de varones, de marcado carácter social, con atención preferente a los más desfavorecidos y aún a los más despreciados de la sociedad, una sociedad que, a pesar de conflictos de todo tipo —políticos, bélicos, sociales, de lucha de clases—, iba progresando hacia un bienestar más extendido, aunque en forma desigual, entre las diversas capas de la población. Lo que hoy calificamos de «cuarto mundo», de «bolsas de pobreza» en una sociedad opulenta, iba ya apuntando en aquellos decenios con consecuencias terribles para quienes eran aplastados por los cambios sociales en frenética evolución. Muchas mujeres, presas en las redes de la explotación del vicio, padecían la mayor miseria material y espiritual, en el seno de una sociedad cada día más próspera. Por otra parte, la educación e instrucción de las clases sociales más desfavorecidas, sobre todo entre las muchachas, avanzaba muy lentamente y el analfabetismo y el abandono educacional eran moneda corriente en ciudades y en el ámbito rural.

En Polonia, a todas estas circunstancias tenemos que añadir la partición de gran parte de la nación entre Prusia y Rusia a partir del Congreso de Viena de 1815. A lo largo del siglo XIX

el ansia de liberación de los polacos estalló en varias insurrecciones contra las potencias citadas y Austria. Las represiones afectaron también al catolicismo tradicional de aquel pueblo oprimido. Hasta 1918 Polonia no gozó de una verdadera independencia.

En tales coyunturas históricas, nació esta intrépida fundadora que recibió del Espíritu de Jesús, el buen samaritano y el Buen Pastor, el carisma de salir al encuentro a una de las mayores miserias espirituales y materiales que ha arrostrado la condición femenina a lo largo de los siglos, miseria que ha degradado y esclavizado su dignidad de hija de Dios.

Nació María Karłowska en el pueblo de Slupowka (llamado actualmente Karłowo), en la provincia de Poznań, el 4 de septiembre de 1865. Fueron sus padres Mateo Karłowski y Generosa Eugenia Dembńska, de noble familia pero venida a menos. Sus progenitores la educaron en la fe y en la piedad cristianas. Inició sus estudios en Poznań, en las escuelas superiores para muchachas católicas. Su familia la orientó hacia el estudio de corte y confección, permaneciendo por ello un curso en Berlín. Luego trabajó en el taller de su hermana Wanda por espacio de diez años. Su oficio y su precoz caridad cristiana la acercó cordialmente a las mujeres que más sufrían por su condición y falta de medios económicos. Desde su juventud, había sido muy sensible al sufrimiento de los menesterosos y de los enfermos. Hacia ellos, imitando el amor del Corazón de Cristo, había volcado su corazón compasivo. A esta caridad unió su ansia de progreso en la perfección cristiana. A los 17 años emitió el voto de castidad, mientras cursaba estudios en Poznań. En 1891 se inscribió en la Cofradía del escapulario del Carmen.

Mientras ejercía su oficio de costurera en Poznań, empezó a dedicar su apostolado a las mujeres presas en las redes de la prostitución, a quienes exhortaba amorosamente a abandonar este género de vida y a ajustar su conducta a la voluntad de Dios. Sus esfuerzos, realizados con toda prudencia, le ocasionaron numerosos disgustos y reprensiones, que soportaba por amor a Cristo y para la salvación de aquellas que quería liberar de su oficio pecaminoso. Confiando únicamente en la divina Providencia, inició una ardua labor para rescatar a aquellas po-

bres mujeres educándolas en el amor de Dios para que llevaran una vida honrada y proporcionándoles un trabajo que les procurara lo necesario para vivir sin que tuvieran que ultrajar su dignidad femenina. El 19 de marzo de 1894 abrió en Poznan un instituto bajo la advocación del Buen Pastor para acoger a estas muchachas. De Jesús, el Pastor por excelencia, tal como nos lo presentan los evangelios de Mateo (c.18) y Juan (c.10), María tomó inspiración y fuerza para buscar a las ovejas perdidas, para gastar la vida en la recuperación de las que se habían extraviado y malherido. En 1895 el instituto se trasladó a Winiary para disfrutar de mayor independencia.

Para realizar su difícil apostolado, María se rodeó de compañeras y auxiliares, con las cuales dio principio a una Congregación religiosa. En enero de 1896 escribió unos estatutos que ya daban fe de este proyecto de fundación, a la cual quiso dar una impronta específica de acuerdo con el carisma que de Jesucristo, el Buen Pastor, había recibido para dejar las noventa y nueve ovejas en el aprisco y salir a buscar la que se había descarriado (Mt 18,12). Fiel a este objetivo evangélico, puso los cimientos de una nueva Congregación. El 20 de junio de 1902 emitió los votos perpetuos con el nombre religioso de sor María de Jesús Crucificado. Aquel mismo año estableció en Winiary un colegio para muchachos, que no prosperó, pues al cabo de un año tuvo que cerrar sus puertas.

Trabajo incansablemente para infundir en sus hijas y hermanas el espíritu del Buen Pastor, enseñándoles a gastar sus vidas en el servicio de Dios y de las pobres mujeres a las que dedicaban su consagración religiosa. En 1909 la Congregación de sor María recibió el nombre de Instituto del Buen Pastor de la Divina Providencia, que fue aprobado el 15 de mayo de 1912. Entonces abrió nuevas casas para extender su apostolado en Lublín, Torún, Bydgoszcz, Lodz, Topolno, Pniewite. Extendió la labor de su Congregación a mujeres asiladas en hospitales. Para las muchachas reeducadas y que deseaban cooperar con la Congregación del Buen Pastor, fundó la Compañía de Santa María Magdalena. En 1933 pudo llevar a término su sueño de inaugurar una escuela bienal gratuita para muchachas en Jablonowo Pomorskie.

Dirigió con fortaleza y espíritu maternal su Instituto durante toda su vida. Socorrió, con entrañas maternas, a cuantas mujeres acudieron a ella para encontrar la dulzura de la divina Providencia y de la misericordia del Padre. Para desarrollar su apostolado y para progresar en el camino de la perfección cristiana, recibía estímulo y fuerza de su participación en la sagrada liturgia, de la lectura de la Palabra de Dios, de su devoción a la Eucaristía, a la pasión y al Corazón de Jesús, y a la Virgen María.

Imagen fiel del Buen Pastor y auténtica buena samaritana, volcó todo su celo en las mujeres aplastadas por la miseria material y espiritual. El fin que se había fijado para ella y para sus discípulas era el siguiente:

«Debemos anunciar al Corazón de Jesús, es decir, debemos vivir de él, en él y por él de tal forma que nos volvamos semejantes a él, y para que en nuestra vida él aparezca más visible que nosotras mismas»

Así la recordó el papa Juan Pablo II en la homilía de su beatificación:

«Su entrega al sacratísimo Corazón del Salvador dio en ella como fruto un gran amor hacia los hombres. Sentía una insaciable hambre de amor. Un amor así, afirmaba la beata Maria Karłowska, nunca dira “Basta”, nunca se parara en el camino [] Gracias a este amor, devolvió la luz de Cristo a muchas almas y las ayudó a recuperar la dignidad perdida»

Llena de tanto amor y de tantos méritos apostólicos, murió santamente el 24 de marzo de 1935, en Pniewite. Más adelante sus despojos fueron trasladados y sepultados en el convento de Jablonowo.

Su fama de santidad creció entre sus conciudadanos que, ya en vida, habían apreciado sus meritorios trabajos en el campo social. Asimismo las autoridades de Polonia habían reconocido su valor.

Su causa diocesana de canonización fue introducida en 1945. En 1965 se abrió el proceso informativo para la beatificación y se abrió oficialmente la causa en Roma el 28 de noviembre de 1983. Juan Pablo II reconoció sus virtudes heroicas el 11 de julio de 1995 y más adelante aprobó el milagro que le fue atribuido en 1978. En uno de sus viajes a Polonia, su patria, Juan Pa-

blo II celebró solemnemente su beatificación en Zakopane en la solemnidad del Corazón de Jesús, el 6 de junio de 1997, junto a la de María Bernardina Jabłnoska. Entonces el Papa dio gracias a Cristo Salvador por estas bienaventuradas hermanas que en su corazón habían hallado la fuente de su santidad.

PERE-JOAN LLABRES Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 90 (1998) 19-21

Bibliotheca sanctorum *Appendice prima*, col 705

L'Osservatore Romano (7 6 1997)

C) BIOGRAFIAS BREVES

*SANTOS TIMOLAO, DIONISIO, PÁUSIDES, RÓMULO,
ALEJANDRO, OTRO ALEJANDRO, AGAPIO Y OTRO
DIONISIO*

Mártires († 303)

Comenzada la durísima persecución de Diocleciano, que se proponía acabar con el cristianismo, el prefecto Urbano que regía la ciudad de Cesarea de Palestina obedeció con prontitud y gusto los decretos imperiales y no dejaba de buscar con afán que apostataran los cristianos que llevaban a su tribunal.

Sobre el 20 de marzo del 303 le llevaron arrestados a Timolao, Dionisio, Páusides, Rómulo y otros dos de nombre Alejandro ambos. El prefecto trató en vano de que renegaran de su fe, porque todos ellos, miembros activos de la comunidad cristiana local, confesaban a Cristo con constancia. Les dio un respiro de unos días como para que lo pensaran, amenazándolos con la muerte si no apostataban.

En ese tiempo otros dos cristianos, Agapio y Dionisio, fueron igualmente denunciados, arrestados, llevados al prefecto y conminados en vano a renegar de Cristo. Por ello el 24 de marzo, y en vista de su fiel perseverancia, fueron todos degollados y alcanzaron la corona del martirio.

SAN JUAN DEL BÁCULO

Presbitero († 1290)

Nació en Paterno, junto a Fabriano, Italia, en el primer tercio del siglo XIII. Estudió en Bolonia donde fue amigo de San Silvestre Gozzolini, por entonces estudiante como él. Terminados los estudios, volvió a Fabriano donde abrió un colegio frecuentado por los hijos de las más acomodadas familias del país.

Pero a los 30 años decidió hacerse monje e ingresó en el monasterio de Monte Fano siguiendo los pasos de San Silvestre. Sus deseos eran vivir como simple monje pero la obediencia le llevó a aceptar la ordenación sacerdotal y tomar el encargo de predicar, lo que cumplió fielmente, acompañando su predicación de una vida santa que edificaba a los fieles. Murió el 24 de marzo de 1290, creciendo enseguida la fama de milagros en su tumba y el culto popular a su memoria, que fue confirmado el 29 de agosto de 1772.

25 de marzo

A) MARTIROLOGIO

- 1 La Solemnidad de la Anunciacion del Señor **
- 2 La conmemoracion del Buen Ladron a quien Jesus prometió el paraiso estando en la cruz *
- 3 En Nicomedia, San Dula, martir (fecha desconocida)
- 4 En Roma, San Quirino, martir (fecha desconocida)
- 5 En Tesalonica (Macedonia), Santa Matrona, martir (fecha desconocida)
- 6 En Milan, San Mona († 300), obispo
- 7 En Aindre (Francia), San Hermelando († 720), abad
- 8 En Sazaba (Bohemia), San Procopio († 1053), abad
- 9 En Schaffhausen (Suabia), Beato Everardo († 1078), monje
- 10 En Costacciaro (Umbria), Beato Tomasio († 1337), anacoreta
- 11 En York, Santa Margarita Clitherow († 1586), martir bajo el reinado de Isabel I **
- 12 En Winton (Inglaterra), Beato Santiago Bird († 1592), martir *
- 13 En Montefiascone (Toscana), Santa Lucía Filippini († 1732), fundadora del Instituto de Maestras Pias **

14 En Chernovonohrad (Ucrania), Beata Josafata Miguelina Hordashevskia († 1919), virgen, fundadora del Instituto de Esclavas de María Inmaculada **

15 En Majdanek (Polonia), Beato Emiliano Kovc († 1944), presbítero y mártir *

16 En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Hilario Januszewski († 1945), presbítero, carmelita calzado, mártir *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

¿Cómo fue María? ¿Cómo fue Gabriel? ¿Cómo fue aquella aurora resplandeciente para los hombres? ¿Cómo vino el sol tan callandito y se hizo de día sin que los hombres lo supieran?

¿Cómo fue Gabriel?

¿Imagináis? Es verdad que en los pintores del Renacimiento, como en el veneciano Pennacchi, vemos a María reclinada sobre silla de oro, vestida de seda y de brocado, en estancia lujosa a cuyo fondo se desvanece una perspectiva urbana de pináculo y perros fugitivos. Gabriel, en estos cuadros, despliega la gloria de sus alas, llenando la estancia mientras están frescas las azucenas del búcaro, que —como en casi todas las catedrales españolas— son el símbolo de la pureza de María y el recuerdo cristiano de este momento. Gabriel abre su mensaje, sobre la filacteria, donde caracteres aún góticos dejan ante nuestros ojos las palabras mágicas: «Ave Maria, gratia plena...».

Pero ¿fue así de veras? Lástima que la ley mosaica prohibiese pintar y esculpir imágenes, lo que ha hecho imposible la existencia de una iconografía contemporánea de nuestra Madre. ¡Si ni siquiera tenemos el rostro de María! En las catacumbas de Priscila, de principios del siglo II, está la más antigua imagen de María. Pero en tal estado que apenas si se advierte la figura de María sentada, con el Niño en brazos, morena la piel, las líneas suaves y las cejas pobladas.

En las mismas catacumbas está también la primitiva representación del gran momento. Y censurada por San Juan Crisóstomo, a quien no gustaba que el ángel fuese sustituido por un joven, porque tal restaba sobrenaturalidad a la escena. Un cu-

rioso libro del padre Interiam de Ayala, publicado en 1730, señala otros errores, como el herético de Valentino, en el que un cuerpecillo baja al seno de María en el raudal de luz celeste, y critica los fondos de palacios suntuosos, las vestiduras sacerdotales o la avanzada edad del ángel, así como la falta de equilibrio religioso o de dignidades en la escena.

Buscad, si queréis, en la historia de la pintura, de la escultura, de la miniatura... En los museos de antiguas ropas sacras y en las colecciones de miniaturas. En todo tiempo, y sobre todo durante el gótico y el románico, la Anunciación es el tema más querido de los artistas. Desde las grutas de Brudisi, del siglo XII, hasta hoy. Llenando el cántaro en la fuente, como en el díptico de Bugatti, o con anteojos y rezando el rosario, que pone a la Señora un pintor andaluz. En las planas y devotas pinturas del Giotto y Fra Angélico, de fray Lippi, de Cosa, de Ferrer Bassa, de Van Eyck...

Pero más nos gustan esas devotas y simples Anunciaciones que en los retablos levantinos anónimos, en los pórticos de las catedrales, en los remates de las columnas de los claustros, reviven la gran escena con la simplicidad admirable de una devoción fervorosa.

Pero... ¿cómo fue María? ¿Cómo fue Gabriel?

Bien sabemos que no había reclinatorios de oro, sino esterillas para el suelo, el suelo de tierra apisonada, endurecida, si acaso con algunas losas de piedra. Bien sabemos que no había estancias lujosas, sino una habitación interna, sin luz, o acaso el patio interior de la casa de María, con un brocal para el pozo, una parra para el sol y un poyo de piedra para el cansancio. Bien sabemos que no había perspectiva de pináculos y torres, ni senderos floridos de setos, sino, en todo caso, la sencilla visión de una callecita aldeana, con gallinas picoteando al sol, balidos lejanos, niños jugando en la tierra, el paso alegre de unas muchachas o el cansino y lento caminar de unos bueyes camino de la fuente comunal.

«El ángel entró a donde ella estaba...».

Sí. María estaba en su estancia, seguramente ese cuartito escaso de luz donde resplandecería misteriosamente la figura de Gabriel, correo de Dios. Como varón, igual que se presentó a

Daniel en Babilonia. Su luz, sin duda, hizo ver a María, junto a las palabras, que aquél era un enviado de lo Alto.

María tenía su corazón lleno de la esperanza del Mesías. Había decidido consagrarse a la oración. Dar a Dios su virginidad total a cambio de que Yahvé apresurase el envío del que habría de redimir a los hombres. ¡Los hombres! ¡Qué triste y larga historia de caídas, de cobardías, de suciedad, de blasfemias, de idolatría, de pecado, de lodo, de pobre miseria humana! Desde el día triste en que Adán y Eva pierden el favor del Creador, los hombres esperan que una mujer quebrante la cabeza de la serpiente. Los profetas han ido trayendo retazos de esperanza. Han indicado dónde nacerá y de quién, de qué familia, y cómo ha de morir, y cómo han de jugarse los hombres sus vestidos. La esperanza del mundo ha ido haciéndose más intensa, más dolorosa, a medida que los hombres mismos han ido cayendo cada vez más abajo por el camino abrupto de las cobardías y las traiciones a la Ley.

Sobre este mundo corrupto, en cada generación un puñado de hombres buenos montan la guardia de la esperanza. Muchos morirán sin ver el gran día. Pocos podrán tener la suerte de Simeón, a quien el Espíritu ha revelado que no morirá antes de haber visto al Ungido del Señor. Pero la esperanza se ha conservado intacta, de corazón en corazón, como en relevos, hasta llegar a este día. La doncella piensa en los libros, medita los salmos de su antecesor, el profeta y rey David, madura su corazón en lenta espera. María no espera al Salvador como a caudillo político, a cabeza de rebelión contra Roma. No ve en él, simplemente, un mejorador de la existencia humana del pueblo elegido. Sabe que esta salvación ha de ser total, definitiva, eterna. Zacarías, Ana la profetisa, Simeón, han tenido indicaciones de que el tiempo está ya cercano. Y María, que nace limpia de pecado, elegida ya desde siempre por la voluntad del Padre, está siendo cultivada por Dios mismo en esta ansia de ser mediadora, de ser holocausto, de ser tierra madre donde la semilla de Dios ha de germinar, para que crezca Jesús-árbol, a cuya sombra el mundo tendrá sentido y la Redención pesará sobre sus secas ramas en forma de cruz. Dios mismo es quien hace nacer en el corazón de María la decisión de consagrarse. De ser santa,

tabernáculo, primera custodia que mostrará a los hombres la redondez blanca de Cristo.

¿Imagináis, pues, con qué mesurada ansiedad estaría María dispuesta para algún desconocido signo que le mostrase, al fin, la voluntad de Yahvé? ¿Cómo sería remanso, para que en aguas plácidas se reflejase complacido el rostro del Padre! ¿Cómo sería silencio, para que la voz esperada resonase claramente! ¿Cómo sería «sí» para ayudar al Padre en la gran redención de los hombres!

María, llena de suspiros.

Pero un rosal necesita apoyo. Necesita muro que le guarde de los vientos, de la cellisca y de la nieve. Hacía falta el muro. Hacía falta José. María y José se desposan. José será la sombra ancha y fuerte que necesitarán María y Jesús. Ambos, José y María, han decidido vivir juntos su vida de virginidad. Dice Williams que «la vida oculta de Jesús influía ya de antemano en María y José». Y así, tras la apariencia ordinaria de unos desposorios vulgares, se escondía nada menos que la preparación del hogar de Jesús.

Es en este momento —sexto mes tras la noticia de la concepción de Isabel— cuando Gabriel es enviado por el Señor «a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba desposada con un varón llamado José, de la casa de David». Es ahora cuando María está en su cuarto, recogida en silencio y soledad, como un álamo suspirante de pájaros. Y Gabriel, hecho ascua de luz, delante de la doncella, da sus palabras de fuego y de sonrisa.

¿Cómo fue, María? ¿Cómo fue, Gabriel?

Vendría el ángel vestido de impaciencia. Traía, como flechas en aljaba, las palabras de Dios que disparar al corazón esperante de María. Vendría vestido de prisa y con el vestido rojo del amor. Con la sonrisa misma del Padre: «ve a ella y sonríele de esta manera». ¿Verdad que podemos pensar, enamoradamente, en cómo el Padre instruiría a Gabriel, en cómo le enseñaría a decir las tremendas palabras del saludo, de la felicitación, de la promesa y de la responsabilidad?

«¡Salve, llena de gracia, el Señor está contigo!».

Tú ya sabes, María, que eres llena de gracia. Es el tuyo, Señora, un conocimiento exacto, rotundo, sin pizca de vanidad

humana, con plena conciencia de lo que eres. Tú ya sabes que el Señor está contigo, porque seguro que has venido sintiendo estos años su presencia, porque de algún modo Él tiene que haber estado en contacto contigo, aunque sólo sea convirtiendo tu oración en misterioso diálogo. Tú ya sabes que eres la única criatura a quien Dios pueda saludar así, porque, desde Adán, ningún ser humano ha estado lleno de gracia y ha poseído al Señor como tú.

«Ella se turbó por tal lenguaje y consideraba qué podía significar aquel saludo...».

No era, no, un susto de los sentidos. Era ya el presentimiento del gran momento. María se sabe de Dios, pero ¿qué es lo que habrá de exigirle? ¿Cuál será su voluntad? Ni aun María, criatura del Padre desde su concepción sin pecado, es capaz de imaginar los planes de Dios. Por esto se turba María; ésta es la dirección del «consideraba». Pensar en qué manera, Señora, vas a ser utilizada para la Redención, es algo, sin duda, esperado y, sin embargo, capaz de turbar incluso esta alma tuya, que no ha de sentir nunca las oleadas de los hombres. Pero he aquí que ya está el Padre previniendo con exquisito, con delicado amor, el pasmo de María:

—«No temas, porque has hallado gracia delante de Dios».

No temas, Señora. ¿Recuerdas ahora las palabras de Isaías?

—«El pueblo que andaba entre tinieblas y sombras de muerte ve una luz potente. A los que moraban en el país de oscuridades de muerte les brilla una luz. Tú multiplicas el pueblo y aumentas su alegría... Porque nos ha nacido un niño y se nos ha dado un hijo, sobre sus hombros descansa el señorío...».

María, absorta, tiene ya su corazón en calma. Sabe que es Yahvé mismo quien habla por boca del ángel, y que sus palabras están anunciando su destino, están diciéndole lo que se espera de ella. Aún antes de que el ángel termine de hablar, María está diciendo que «sí» con los ritmos de su corazón. Pero Gabriel sigue:

—«Mira, vas a concebir y dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David; reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin».

Éste es el momento, el gran momento por el que han suspirado los siglos. Las profecías ya tienen sentido y las palabras empiezan a encajar en sus sitios como ladrillos de un muro. La esperanza misma tiene nombre. Se llama Jesús y viene por los caminos de María, doncella de Nazaret.

Fuera de esta estancia, ya comprendéis, todo sigue igual. Las gallinas siguen picoteando al sol, jugando los niños en los charquitos de la calle, lejanos los hombres negados al misterio, encerrados, bobos ellos, en su prisa, su olvido, su risa y su ignorancia. No ha pasado nada fuera de esta estancia. No ha habido lluvia de estrellas, ni se ha incendiado una zarza, ni el sol ha girado en sí mismo, ni se ha eclipsado la luz. Los hombres, bobos ellos, no saben que la Luz ha venido a este mundo. Que la Luz está ya en este mundo, aunque este mundo no la conocerá sino demasiado tarde para advertirla en sí misma.

Pero aún María querrá allanar los caminos. Y pregunta a Yahvé mismo, a través de Gabriel, con la sencilla admiración de su pureza:

—«¿Cómo se efectuará esto, pues yo no conozco varón?».

—«El Espíritu Santo descenderá sobre ti —dice el ángel, explicando lección de teología, aunque casi no hace falta— y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en edad avanzada, y éste es ya el mes sexto para ella, que es considerada como estéril. Porque para Dios no hay imposibles».

María quiere saber. Saber cómo vendrá a ella este Hijo misterioso. No es duda del poder omnímodo de Yahvé. Es el deseo, como dice algún comentarista, «de instrucción más precisa».

Y entonces María dice su palabra. Para los tiempos de los tiempos, ésta será «la palabra» de María. Ésta será la palabra que simbolice la aceptación gozosa de la voluntad de Dios: «Hágase». Es el «sí» de la Señora, el «sí» que el mundo espera anhelosamente en medio de su desconocimiento. Los justos que esperan resurrección al paraíso, los hombres de las generaciones precedentes, contienen un momento el aliento para escuchar la voz sencilla y cálida de María, la voz que va a allanar de veras los caminos de Dios:

—«¡He aquí la esclava del Señor! ¡Hágase en mí según tu palabra!».

A la gozosa hora del mediodía, cuando huele a pan caliente y horneado, cuando los niños gritan a la salida de los colegios; cuando los bronces de los relojes dan la letanía de las horas; cuando el sol está más arriba, millones de hombres, a lo largo de los siglos, van a repetir en la emocionante plegaria del Ángelus las palabras de María. Dios mismo no ha querido forzar las cosas. ¿No ven los fatalistas, los deterministas, los que pretenden negar la libertad humana, que Dios mismo necesita el «sí» del hombre para hacer su obra sin violentarle? ¿No ven el gran respeto del Padre por sus criaturas, cuando hasta su enviado espera la aceptación de esa muchacha de Nazaret para redimir al mundo? En aquel momento, María, con su «hágase», se abre como camino para que las cosas tengan sentido. Para que el hombre pueda reconciliarse con la herencia perdida y la historia se parta en dos.

«Hágase». La misteriosa palabra de María en la Anunciación.

JOSE MARIA PEREZ LOZANO

Bibliografía

Cf obras de caracter general *Vidas de la Virgen* o de *Cristo*. Asimismo obras de *Liturgia*, como A SCHUSTER, P PARSCH, etc
CABROL, F, art «Annontiation», en *Dictionnaire d'archeologie chretienne et de liturgie*
JUGIE, M, art en *Analecta Bollandiana* 43 (1925) 86s
KELLNER, K A H, *Heortologie* (Friburgo 1908)
VAILHE, S, art en *Echos d'Orient* 9 (1906) 138s

SANTA MARGARITA CLITHEROW

Seglar y martir († 1586)

Todo el mundo la quería. Tenía tan bellas cualidades. Eran las suyas una bondad y una dulzura tan atrayentes que su marido, sus hijos, sus amistades la amaban tiernamente. Era una mujer inteligente y hacendosa, volcada en los quehaceres de su casa. Amanecía a las cuatro de la mañana y la primera ocupación era una hora de rezo y oración que hacía. Pedía a Dios por todas las necesidades que conocía y singularmente pedía a Dios

por la causa de la Iglesia en aquel reino de Inglaterra. Luego, confortada con la plegaria de la mañana, levantaba a sus hijos y se disponía a hacer sus acostumbrados deberes en la casa: cocía el pan en el horno, destilaba la cerveza para su querido esposo, Juan, que regentaba su propia carnicería, curaba el famoso jamón de York y cocinaba lo preciso. Tenía chicas de servicio que la ayudaban a hacer las muchas tareas domésticas, porque ella en el hueco de la mañana atendía a una precisa ocupación: la escuela para niños católicos que tenía instalada en su propia casa. En efecto, los católicos rehuían llevar sus hijos a los maestros protestantes, lo que pondría en peligro los sentimientos católicos que ellos en el hogar les infundían. El peligro se alejaba llevando los niños a casa de Margarita, quien les enseñaba las primeras letras, las cuentas, a escribir, y catecismo católico. Un puñado de chicos y chicas aparecían, por tanto, por la casa de Margarita cuando amanecía y ella los tenía ocupados junto con sus propios hijos en labores escolares. Luego de almorzar y cuando todas las labores estaban hechas, a las cuatro se recogía Margarita en oración a la que asociaba a sus hijos para que el espíritu de oración fuera penetrando en ellos. Quizás por la mañana temprano había salido sigilosamente de la casa para acercarse a una casa de las cercanías en la que se alojaba algún sacerdote que decía la misa, y ella era solícita de poder oírla y comulgar. Otras veces el sacerdote estaba escondido en una habitación retirada de su propia casa y allí tenía lugar la celebración de la misa. Por si había peligro de que registrasen la casa, estaba previsto un escondite para el sacerdote con una salida secreta. A la caída de la tarde, tras la cena, otra vez madre e hijos se recogían en oración y así llenaban de diálogos con Dios el curso del día. A veces Margarita no cenaba porque era lunes, o miércoles o sábado y, además de no comer carne esos días, solamente tomaba alimento al mediodía. O quizás era viernes, y entonces todos los que se sentaban a la mesa veían cómo Margarita se limitaba a comer un trozo de pan y a beber un vaso de agua. Era su forma de asociarse al recuerdo de la pasión del Señor. Margarita quería mucho a su marido Juan, y éste se miraba en ella. Él había sido católico pero ahora era protestante. Ella al revés, había sido protestante y ahora era católica. Pero ambos se

respetaban sus respectivas decisiones religiosas. Juan veía y conocía las actividades católicas de su esposa, pero hacía como que no se enteraba. Ni la apoyaba positivamente ni se molestaba con ella. La dejaba hacer, y en ese clima de respeto y libertad religiosa la casa funcionaba en paz y buena convivencia.

Juan sabía que Margarita era tan dulce como firme, y de esta firmeza había dado pruebas. Ella había nacido en York alrededor del año 1555 y se llamaba Middleton de apellido originario. Su padre era Tomás Middleton y era dueño de un negocio de cera. Era la suya una familia honorable y bien acreditada en York y profesaba la religión anglicana, en la que la pequeña Margarita fue bautizada y en ella fue educada. Su infancia y adolescencia habían sido normales. Tenía unos 18 años cuando en 1571 ella y su padre estuvieron de acuerdo en la pedida de mano que les había hecho el carnicero Juan Clitherow. El muchacho la cortejaba, y a ella le gustaba. La boda se ajustó y, habiendo él ya abandonado su catolicismo inicial, se casaron por el rito anglicano. Desde el principio el matrimonio fue bien: tuvieron un primer hijo varón, al que bautizaron en la parroquia anglicana con el nombre de Enrique, y una nueva criatura había alegrado en 1574 el hogar, la niña Ana, cuyo nombre en otras fuentes es Inés.

Tenía esta niña pocos meses cuando se produjo algo absolutamente decisivo en la vida de Margarita. Se encontró con un sacerdote católico que la convirtió al catolicismo. No quedan detalles de quién fue este sacerdote ni de las circunstancias en que se produjo esta conversión. Se supone que sería uno de los primeros misioneros que, procedentes del colegio de Douai, abierto en 1568, llegaron a Inglaterra precisamente en 1574. Pero no deja de ser una suposición. Vivían todavía sacerdotes católicos ordenados en Inglaterra bajo el reinado de María Tudor.

La conversión de Margarita al catolicismo fue absolutamente sincera. Y creó en ella un verdadero entusiasmo por la causa católica. ¿Qué podía hacer por ella? En primer lugar —se dijo—, vivir como una verdadera católica, dando un testimonio de vida santa que todos tendrían por admirable. En segundo lugar, acoger a los niños católicos para garantizar con ellos la continuidad del catolicismo. En tercer lugar, apoyar a los sacerdotes

católicos, dándoles alojamiento en su propia casa o buscándoles otros alojamientos. Y en cuarto lugar, negarse en adelante a ir a ninguna iglesia protestante, lo que no dejaría de ser advertido, y ella lo sabía, y podía causarle problemas. Se dispuso a afrontar los problemas. Tras convertirse al catolicismo, al domingo siguiente ya no acompañó a su esposo a la iglesia anglicana. Pasaron dos años y en 1576 fue denunciada su ausencia del culto protestante, fue arrestada y llevada a la cárcel. Cuánto hubo de sufrir de verse separada de su marido y de sus hijos pequeños, pero no se vino abajo moralmente. Ella sabía que podía pasarle algo similar, y cuando su confesor el P. Juan Mush le señaló esta posibilidad, ella le había indicado que estaba dispuesta incluso al martirio, pero que no creía que tanto honor le fuera a caber a ella. Se sentía en su humildad indigna del martirio. La prisión se prolongó por espacio de dos años, al cabo de los cuales volvió a su casa y se incorporó a sus deberes y a su matrimonio. La pareja tuvo a continuación un tercer hijo.

Salida de la prisión en 1578, parece que volvió a ser molestada y arrestada otras veces, pero nada de ello quitó a la intrépida católica su voluntad de ser útil dando alojamiento a los misioneros, buscándoselo en otras casas y dando catecismo a los niños. Pero el año 1585 tuvo lugar un hecho tenebroso que vino a hacer más peligrosa la actitud de Margarita. Se trató del famoso estatuto 27 de Isabel I, promulgado en el Parlamento en marzo de 1585. Se trataba con él de castigar con máximas penas a todos los jesuitas y sacerdotes de los seminarios abiertos en el Continente para proveer de clero a los católicos ingleses y que tuvieran la osadía de entrar en el reino de Isabel. En primer lugar, se mandaba salir del reino, en el plazo de cuarenta días, a todos los que se hubieran ordenado sacerdotes fuera del mismo a partir del año primero del reino de Isabel. Si pasado ese espacio de tiempo se quedaban en el reino o entraban en él, serían declarados reos de lesa majestad y se les aplicarían las leyes que castigaban dicho delito. Pero se añadía un tercer mandato: todo el que «sabiéndolo y queriéndolo reciba, sustente, conforte, ayude o defienda a cualquiera de los dichos sacerdotes de los seminarios o jesuita o sacerdote o diácono o religioso o persona eclesiástica, tanto encarcelado como libre, por este delito será

castigado como si fuera reo de hurto o asesinato, sin que la condición clerical le sirva de atenuante para evadir el suplicio mortal, la expropiación de sus bienes y otras penas como las que suelen recibir los ladrones y homicidas» Fue imposible que sus amistades y aun su propio confesor no le hiciesen ver lo peligrosa que sería en adelante su acogida a los misioneros. Pero ella respondió con intrepidez: «Con la ayuda de Dios, todos los sacerdotes serán acogidos por mí mejor incluso que antes, y haré todo cuanto pueda por promover el servicio católico de Dios».

En marzo de 1586 hacía dieciocho meses de la última vez que fue arrestada. Estaba, desde entonces, en libertad, pero una libertad vigilada. El día 10 de marzo su casa fue de pronto rodeada por esbirros de los buscadores de sacerdotes. Y en efecto, en la casa había un sacerdote. Margarita lo envió rápidamente al escondite, y así, cuando entraron los esbirros, nada hallaron que la comprometiera pero decidieron llevarse a Margarita y a sus hijos y a algunos chicos de los que frecuentaban la casa. Ella y sus hijos no dijeron nada pero uno de los chicos, un flamenco de 16 años, aterrorizado, contó lo del escondite del sacerdote. Cuando fueron a buscarlo, éste ya no estaba allí, pero hallaron algunos ornamentos católicos, y entonces dejaron libres a todos menos a ella, a la que acusaron formalmente de hospedar sacerdotes.

El día 14 compareció ante los jueces. Le preguntaron si era culpable de haber hospedado a los sacerdotes traidores a la Reina. Ella contestó que no había hecho nada que pudiera ofender a la Reina. Se la invitó a que se defendiera y ella se negó en redondo. De esta forma, al no haber defensa, nadie sería llamado como testigo, sus amigos no serían molestados en el juicio, y se negó, además, a que hubiera un jurado al que se forzara a declararla culpable. Su suerte quedaba en las manos del juez. Este la condenó a muerte:

«Volvera a la carcel de donde ha venido y en la parte mas baja de la prision sera desnudada y debera yacer extendida sobre la tierra y sobre su cuerpo sera colocado tanto peso como pueda soportar y asi estara por espacio de tres dias sin comida y bebida salvo un poco de pan y agua fangosa y el tercer dia para facilitar la muerte le seran atadas las manos y los pies y una punzante piedra estara a su espalda»

Ella respondió a la condena: «Si este juicio es conforme con vuestra conciencia, yo le pido a Dios que os juzgue de mejor modo cuando comparezcáis ante Él. Doy gracias a Dios por esto con todo el corazón» Y a quienes manifestaron su horror por la sentencia, ella decía: «Todo lo que Dios me mande, recibirá mi bienvenida».

Devuelta a la cárcel, empezó la última tentación. Hubo de soportar la visita de numerosos ministros protestantes que querían a todo trance atraerla al anglicanismo, lo que le hubiera devuelto la libertad y el derecho a vivir. Su propio padrino, que era el Lord Mayor de York, fue a visitarla. Margarita no dejaba de ver que al menos algunas de aquellas personas estaban movidas por sentimientos humanitarios y que sentían de verdad que una madre de familia perdiera la vida y dejara a su querido esposo y a sus hijos. Uno de ellos, el mayor, no estaba en Inglaterra. Hacía dos años que su madre lo había hecho marchar secretamente al Continente donde había entrado en el colegio seminario de Douai. Margarita no cedió a la tentación. Amando a Dios por encima de toda su vida, se dispuso a arrancarse de su familia por fidelidad a Cristo y cumplir así los preceptos del evangelio. Por fin, y en vista de que no cedía en su fe católica, se le comunicó que su ejecución tendría lugar el 25 de marzo.

En la noche del 24 al 25 se le permitió a una amiga acompañarla todo el tiempo. Ella, luego de conversar con su amiga, se entregó a la oración por espacio de tres horas, y al cabo de ellas dijo que quería descansar un rato, y tuvo serenidad para entregarse al sueño hasta que fueron las seis de la mañana. Rogó a la amiga que le entregara a su marido su sombrero en señal del amor que le tenía como a su cabeza y le envió a su hija sus zapatos en señal de que quería que siguiera sus huellas. Llegadas las 8 horas, le fue conminado ponerse en marcha hacia el lugar del suplicio. Ella estaba en la prisión de Ouse Bridge. Acompañada de dos sheriffs salió a la calle y se dirigió por su pie al Toll Booth llevando al brazo un lienzo blanco doblado. Iban también con ella los cuatro verdugos designados para la operación que iba a hacerse y les permitieron a cuatro amigas suyas acompañarla. Entró en la prisión y se dirigió al sitio determinado. Al llegar, Margarita se puso de rodillas e hizo una oración por la

Iglesia Católica, por el Papa, por los pastores de la Iglesia, por los príncipes cristianos y de modo especial por la Reina Isabel, para que Dios la hiciera volver a la fe católica y de esta forma pudiera salvarse. Terminada la oración se levanta y de nuevo se arrodilla ante los sheriffs y les pide que la dispensen de tener que desnudarse. Ellos le responden que no. Y uno de ellos le añade que reconozca que muere como traidora. Ella contesta: «No, señor sheriff, yo muero por amor de mi Señor Jesús». Los hombres volvieron la vista a otra parte. Las amigas la rodearon. Se quitó entonces sus vestidos y se puso la bata blanca que traía preparada. Seguidamente se tendió sobre el suelo. Entonces se le puso en la cara un pañuelo. Los verdugos colocaron bajo ella una piedra afilada y sobre ella una puerta y ataron sus pies y manos a sendos postes. Seguidamente, los verdugos comenzaron a echar piedras y más piedras sobre la puerta que aplastaban a la pobre víctima sobre la piedra. Se la oía decir: «Jesús, Jesús, Jesús, ten piedad de mí». Y se le escapaban gemidos de dolor, y así por espacio de quince minutos. Hasta que se hizo el silencio porque el alma de la valerosa mártir había volado al cielo.

Entonces los sheriffs despidieron a las cuatro amigas y dieron las órdenes relativas a lo que se haría con el cadáver de la mártir. Llegada la noche, el cuerpo fue llevado sigilosamente a las afueras de la ciudad y arrojado en un pozo. Los católicos de York lamentaban profundamente no saber el paradero del mismo y tardaron seis semanas en averiguarlo. Cuando lo lograron, con todo sigilo fueron a por él y habiéndolo tomado y lavado hallaron que estaba todavía sin corromper pese a las aguas pútridas en que había estado metido. Y, entonces, procedieron a darle desconocida sepultura, habiéndose quedado, sin embargo, con una mano de la santa. Los dos hijos varones de Margarita fueron sacerdotes y su hija marchó a Lovaina, donde ingresó y vivió en un monasterio. La comunidad católica inglesa nunca tuvo dudas de que Margarita era una de las grandes mártires de la persecución anticatólica de Isabel I. Su confesor el P. Juan Mush escribió su vida, que vio la luz más tarde.

Margarita fue beatificada con otros muchos mártires ingleses el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI. Incluida en la lista de los cuarenta mártires que se proponían para la cano-

nización, fue efectivamente canonizada por Pablo VI el 25 de octubre de 1970.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t IV cols.61-63.

MILBURN, J. B., *A martyr of Old York* (Londres 1900)

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Westmonasterien. Beatificationis seu declarationis martyrii venerabilium servorum Dei Georgii Haydock, sac. Joannis Roberts, sac. O.S.B. Arthuri Bell, sac. O.F.M. Roberti Southwell, sac. S.J. Philippi Howard, comitis de Arundel et sociorum in odium fidei ut fertur in Anglia interfectorum*, 4 vols (Isola del Liri 1928)

TI-STORE, C., *Il primato spirituale di Pietro difeso dal sangue dei martiri inglesi* (Isola del Liri 1929).

TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Londres 21970)

SANTA LUCÍA FILIPPINI

Fundadora († 1732)

Quien visita la Basílica de San Pedro del Vaticano queda sorprendido por la enormidad y magnitud de la gran nave central que conduce a la tumba del príncipe de los apóstoles, San Pedro. En dicha nave se encuentran alojadas en magníficas hornacinas inmensas esculturas de los santos fundadores de órdenes religiosas. Entre ellas, no puede pasar desapercibida la de Santa Lucía Filippini, fundadora de las Maestras Pías Filipinas.

Tiene en su mano derecha un gran crucifijo, mientras que con la izquierda acaricia a una joven que sostiene un libro entreabierto. Su mirada, perdida, contrasta con el cuerpo en movimiento. Hasta su peculiar y característica toca religiosa parece que se mueve.

¿Quién es esta santa canonizada por el papa Pío XI el 22 de junio de 1930, sólo cuatro años después de su beatificación?

La vida de Santa Lucía Filippini transcurre entre el 13 de enero de 1672, día de su nacimiento en Cornetone-Tarquini (Italia), y el 25 de marzo de 1732, fecha en que entregaba su alma a Dios en Montefiascone. Vivió 60 años intensos y fecundos. Fue co-fundadora de una floreciente y apostólica congregación religiosa: las Maestras Pías Filipinas. Vivió profundamente su vocación cristiana hasta la heroicidad en las virtudes.

Su personalidad y su obra no se pueden concebir sin la presencia del cardenal Marco Antonio Barbarigo, obispo de Montefiascone y Corneto, elegido por Dios para ayudarla en su vida y en su obra. Una intensa colaboración entre los dos que habría de dar abundantes frutos apostólicos se inicia a partir de 1687, fecha en la que ingresa el obispo en la diócesis un año después de ser nombrado cardenal por el papa Inocencio XI.

La joven Lucía recibió su educación en el monasterio benedictino de Santa Lucía en Corneto. A los 16 años la encontramos entre las jóvenes que se educaban en el monasterio de Santa Clara de su ciudad natal, donde la había mandado el cardenal-obispo. De 1688 a 1692 pasa cuatro años de su vida entre las monjas clarisas de aquella ciudad. Son años de formación y consolidación en las virtudes.

En su espiritualidad es fácil encontrar la influencia positiva que en ella dejaron las personas que en estos años de formación tuvo cerca, ayudándola a madurar y a crecer. El primero, sin duda, el propio cardenal Barbarigo. Lucía se formó en una total disposición al servicio de Dios, llevada con mano fuerte y segura por el cardenal, hombre de costumbres ascéticas e incluso severas —así lo describen sus biógrafos, cf. M. Rocca—. También se percibe en ella la huella de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, en los que la mística, además de un ejercicio espiritual, se considera como servicio de Dios y aceptación de la voluntad divina.

Preocupado el cardenal por la situación de las jóvenes de la diócesis y, en particular, por las de la ciudad y queriendo velar así mismo por la educación de la juventud, le encomienda muy pronto la dirección de una escuela gratuita femenina por él fundada. Era el comienzo de una gran obra.

1704 se considera la fecha de la erección canónica del Instituto de las Maestras Pías Filipinas por obra del cardenal Barbarigo. Este Instituto tendría a Lucía Filippini como co-fundadora y, posteriormente, como primera superiora general. Fundó las llamadas «escuelas pías» y para mantenerlas, fundó las «maestras pías». Detrás de todo estaba la personalidad del obispo-cardenal.

En 1704 la superiora del monasterio de las clarisas en el que Lucía se había formado pidió dejar la comunidad para poder in-

gresar en las Maestras Pías. La siguieron las demás monjas, transformándose entonces el monasterio en casa madre de las Maestras Pías. El antiguo convento pasa a ser casa madre; la antigua pupila, superiora general y cofundadora. Sin embargo, poco después dificultades internas impidieron continuar en el convento. La escisión total permitió a nuestra santa entregarse íntegramente a la nueva congregación dedicada a la formación de las jóvenes.

Desde pequeña, Lucía estuvo muy interesada en la educación de la juventud. Esto le produjo duda y dolor en un momento importante de la vida, llegando a un conflicto de carácter vocacional: la elección entre vida contemplativa o activa. La ayuda inestimable del cardenal la hace optar por la segunda. Más adelante comprenderá que la vida contemplativa no es cuestión de tiempo o lugar y que la soledad con Dios en el secreto de su corazón es siempre posible. Así, en medio de su ajetreada vida, fue capaz de llevar una vida interior fuerte exigida por su profundo amor de Dios. Se ha llegado a hablar de una «prueba purificante» que la lleva a una opción radical distinta de la que ella había pensado. La obediencia a su obispo fue la clave que la abre a la disposición para la obra que Dios le había encomendado.

Las nuevas escuelas se suceden en el alto Lacio y la Sabina, pero siempre en las cercanías de Roma. Sin embargo, su trabajo iba más allá: daba conferencias para las mujeres e incluso les predicaba retiros y ejercicios espirituales que duraban ocho días consecutivos, cuatro horas por la mañana y otras tantas por la tarde. Llenaba estas horas con lecturas bíblicas, espirituales, conversaciones personales y meditaciones. Esto no era normal y produjo tanta inquietud que llegó hasta el Santo Oficio. Sus biógrafos hablan de una «prueba de fuego». No todos comprendían su modo de hacer apostolado y, en los tiempos que vivía y los lugares que frecuentaba, todo esto resultaba demasiado nuevo, hasta el punto de ser acusada de quietismo por su forma de presentar la vida de piedad y la espiritualidad. Las acusaciones tuvieron lugar en 1707, mientras aún residía en Roma. Consistieron en que reunía a un grupo de mujeres para hacer ejercicios de oración mental, acogía en su casa a pecadoras públicas y dependía espiritualmente de algunos que estaban acusados de

quietismo —el quietismo consiste fundamentalmente en un proceso de interiorización que lleva consigo una progresiva disminución de las actividades personales para dar paso a la contemplación; este proceso reduce las actividades devocionales y los mismos ejercicios ascéticos a favor de una unión contemplativa llena de pasividad, cf. M. Petrocchi.

El proceso sirvió para probar y mostrar la fortaleza y humildad de Santa Lucía. Los que la interrogaron dejaron descrito el sano equilibrio de su espiritualidad y la seguridad de su doctrina. Y su vida siguió.

Las crónicas narran diversos aspectos de su vida que ayudan a conocer su rica personalidad. Una faceta que la caracterizó fue su lucha contra la enfermedad, hasta el extremo de describirse su vida como una continua enfermedad. Estuvo siempre acompañada de gravísimas dolencias que la impedían comer durante mucho tiempo.

Era fuerte de carácter, pudiendo sobrellevar así las pruebas que se le presentaban. Notas importantes en ella fueron la inteligente comprensión de los problemas de los demás; su continua y decidida organización y, sobre todo, una perfecta coherencia de vida y una fuerte voluntad que la llevaba a realizar sus ideales al precio que fuese.

Tenía el don de la discreción y sabía penetrar dulcemente en el interior de las religiosas y de las jóvenes que educaba con un toque materno muy atrayente. Junto a ella, las primeras maestras pías sintieron fuerte la llamada a la perfección. Insistía mucho en la oración como fundamento de todas las virtudes y como medio indispensable para la propia santificación y para el ejercicio del apostolado. Del encuentro con Dios se debía de pasar al encuentro con los hermanos como el mejor medio para unir consagración religiosa y apostolado. Había que dividir el tiempo entre la contemplación, el culto a Dios y la asistencia al prójimo.

La eficacia del método de Lucía derivaba de su gran riqueza interior. Pío XI dijo de ella que, tras haber sido apóstol de sí misma y de su alma, se convirtió en apóstol de todas las almas y todas las familias. Fue una mujer fuerte que supo luchar por el bien de las escuelas que fundaba y dar la vida por la educación de la juventud.

Su piedad fue profundamente cristocéntrica, meditando frecuentemente en la pasión de Cristo, cuyo drama parecía revivir. Comulgaba seis días a la semana, lo que por entonces era muy raro. Vivía con particular fervor la santa misa y la adoración eucarística. Amó la cruz de Cristo como fuente y manantial de vida y de redención y adquirió un amor filial hacia la Santísima Madre de Dios, en su advocación de los Dolores.

Esta vida interior estaba al servicio de una profunda actividad. Pío XI dijo el día de su beatificación que cuando la Iglesia eleva al honor de los altares a sus santos, quiere que no sólo se exalte la grandeza de Dios, sino que también se aprenda de su vida aquello que les hizo tan grandes y gloriosos. En la bula de canonización dicho Papa dijo de ella que era maestra santa y formadora ejemplar de santas maestras —*magistra sancta et sanctarum magistrarum exemplar et formatrix*.

Su inmensa actividad en favor de la educación de la juventud y para sacar adelante la nueva congregación, sus continuas enfermedades y su agotamiento físico produjeron mella en ella. Murió el 25 de marzo de 1732. Su cuerpo fue sepultado en la catedral de Santa Margarita de Montefiascone, donde se encuentra actualmente. Su obra continúa en sus hijas, las maestras pías inseparables de las escuelas pías, difundidas por Italia, Estados Unidos, Inglaterra, Irlanda, Suiza, Brasil, Etiopía, Eritrea y la India.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

- PETROCCHI M, *Il quietismo italiano del Seicento* (Roma 1948)
ROCCA, M, *Il cardinale Marcantonio Barberigo* (Roma 1989)

BEATA JOSAFATA MIGUELINA HORDASHEVSKA

Virgen y fundadora († 1919)

Nació el 20 de noviembre de 1869 en Lviv, en la entonces provincia de Halychyna (Galizia), perteneciente al imperio austro-húngaro, siendo bautizada con el nombre de Micaela y confirmada dos días más tarde según el rito greco-católico bizanti-

no-ucraniano. Sus padres, Jacinto Hordashevski y Maria Pukas Hordashevskia, pertenecientes a la pequeña burguesía, formaron una gran familia de nueve hijas con grandes sacrificios. El padre estaba al frente de una carpintería, en donde se ganaba el pan diario.

Una vez terminada la enseñanza obligatoria pasó a trabajar en un negocio de vidrio, con el fin de aportar su pequeño esfuerzo a la vida familiar. Junto con su hermana Ana practicaba una vida intensa de piedad, imitando la vida eremítica en una pequeña capilla del bosque vecino. El año 1888 los padres basilianos predicaron un retiro espiritual para jóvenes en Lviv, encontrando en el padre Jeremías Lomnisky, un joven misionero, un alma apostólica y un padre espiritual, confesor y consejero suyo que, junto con el padre Cirilo Seletsky, se convertirán en sus mejores apoyos para la fundación, años más tarde, de la Congregación de las Siervas de María Inmaculada.

En 1889, y con el permiso del padre Jeremías, emitió voto privado de castidad, quien reconociendo que tenía un alma excepcional preparada por Dios para unirse a él le pidió que dejase su empleo y aprendiese labores femeninas, mientras maduraba su vocación religiosa. Descaba consagrarse totalmente al Señor, pero el padre Jeremías proyectaba la fundación de una congregación femenina de vida activa y rito bizantino-ucraniano para la enseñanza de las jóvenes. Los ucranianos en aquel tiempo no tenían escuelas, porque, además, no era obligatoria la enseñanza, y no faltaban razones para tener en casa a los jóvenes y muchachas para que ayudasen en las tareas agrícolas en una nación considerada el «granero de Europa». La frontera natural de la extensa llanura de Ucrania con Polonia y Rusia ha permitido que, por espacio de siglos, este pueblo eslavo haya sido absorbido y repartido por las naciones vecinas, estando bajo el dominio de unos y otros.

Durante el gobierno de la administración rusa el catolicismo fue casi destruido, permaneciendo sólo en la parte bajo el dominio austríaco, en la provincia de Halychyna, pero mientras los polacos eran católicos de rito latino, los ucranianos eran católicos de rito bizantino. Eran eslavos, y su alfabeto cirílico.

El pueblo ucraniano no se confiaba fácilmente con las religiosas polacas dedicadas con fervoroso apostolado a la enseñanza, por temor a que sus hijos se latinizaran. Era urgente, por tanto, la fundación de una congregación ucraniana femenina para la enseñanza en la Iglesia ucraniana. El padre Jeremías le presentó el proyecto de los basilianos de fundar una congregación femenina, invitándola a reflexionar esta importante decisión. «Reflexionando sobre las carencias de mi pobre pueblo y viendo esto como la voluntad de Dios en mí, me ofrecí voluntaria para todos los sacrificios». La ocasión oportuna se presentó pronto. En el mes de mayo de 1891 el padre Seletsky fue nombrado párroco de Rava Ruska, pero antes de abandonar Yuyel (Ucrania occidental), en donde ejercía su ministerio pastoral, encargo una misión a los basilianos bajo la dirección del padre Lomnitsky, quien, al terminar, recibió a tres jóvenes que le expresaron su deseo de consagrarse a Dios, aunque no tenían dote y sus estudios eran pocos. Precisamente esa pobreza fue la causa que permitió al padre Jeremías fundar la proyectada congregación. Esa misma tarde convenció al padre Seletsky para que permaneciera en su parroquia, encargándole de construir una casa para la nueva congregación femenina ucraniana, pues los basilianos no podían hacerse cargo de esta fundación por las reticencias del propio clero ucraniano y por estar reformándose la Orden por parte de jesuitas polacos a quienes León XIII había encomendado esta grave tarea.

El padre Seletsky no estaría solo en esta providencial aventura, pues los basilianos se ocuparían de la dirección espiritual de las religiosas, debiendo actuar él como procurador ante las autoridades, civiles y religiosas. Aceptó este reto y se aprestó a comprar un terreno donde construir la casa para las religiosas. El camino estaba abierto. La compra de la casa a una viuda polaca dio inicio a las obras. Por su parte, el padre Lomnitsky regresó a su monasterio de Lviv y comunicó a Micaela esta venturosa noticia, enviándola a las Hermanas Felicianas de Yovka, una congregación de vida activa de religiosas polacas, en donde durante dos meses observó la vida conventual y las responsabilidades de este modelo de vida a imitar.

Con 22 años regresó al hogar familiar y con la eficaz ayuda de su hermana Ana preparó un hábito de color azul para dar inicio a la Congregación de Esclavas de María Inmaculada. El 24 de agosto de 1892 vistió el hábito en la iglesia de San Onofre de Lviv, tomando el nombre de sor Josafata, del gran mártir ucraniano. En Yuyel encontró un grupo de jóvenes que pretendían entrar en la nueva Congregación. Tres días más tarde tuvo lugar la bendición de la primera casa, tomando posesión sor Josafata y las primeras siete postulantes. La pródiga caridad de los vecinos y bienhechores resolvió los inicios de esta pequeña comunidad de gran pobreza, soportando con gran disposición de ánimo estas dificultades.

Su indulgencia con todos, amando a su pueblo totalmente, su prudencia y atenta solicitud permitieron que la nueva Congregación se mantuviera unida y alegre. Entregadas de lleno a los enfermos, procuraban remediarles asistiéndoles religiosamente con amor y sacrificio. En 1894 una epidemia de tifus y cólera llenó de dolor la población de Samulusky, y allí llegaron cuatro religiosas para atenderles aún no cumplidos dos años de su profesión, siendo tan estimadas que se las llamó «Ángeles de la caridad». Ante la falta de médicos para la gente pobre decidió enviar algunas religiosas al Hospital del Estado de Lviv, donde obtuvieron el título de enfermeras.

Por otra parte, la fundación de asilos para niños contó con la ayuda del padre Lomnitsky, quien encargó a la postulante Ana, su hermana, que asistiera a un curso práctico con las Hermanas Felicianas, que atendían a los niños pobres. En 1893 se fundó el primer asilo de las esclavas en la población de Zhuzhel, que pronto contó con el apoyo general, puesto que en primavera y verano los niños quedaban a su libre albedrío, abandonados, mientras sus padres se entregaban a la recolección de las cosechas. Las religiosas los instruían en la fe, enseñándoles a comportarse y recibiendo asistencia médica, prodigándose las vocaciones en gran número, de tal modo que en 1902, diez años después de la fundación, las religiosas eran 126 y las casas abiertas 23. Este mismo año la jerarquía bizantina en Ucrania decidió enviar una misión a Canadá, con cuatro religiosas Esclavas y cuatro padres Basilianos, donde se hallaban enraizados

numerosos emigrantes ucranianos. En 1906 se establecieron en Croacia y Serbia, y en 1911, en Brasil. En todas partes debían ir «donde más grande es la necesidad y educar el corazón del pueblo».

En 1902 el Metropolitano decidió que las religiosas esclavas asumieran la administración de su Congregación, según prescribían las Constituciones. El capítulo general eligió superiora general a sor Josafata, recibiendo, previamente, por parte del padre Lomnitsky su dimisión como comisario para las religiosas. Considerado como su padre, superior y guía de la Congregación, la dimisión por obediencia supuso que algunas religiosas se resistieran al mandato de la recién elegida superiora general, pretendiendo el retorno del padre Jeremías. Las numerosas obras asistenciales que reclamaban la apertura de casas y hospitales permitieron que la formación religiosa no fuera la adecuada, y comenzaron a aparecer entre las religiosas serios conflictos. La firmeza de sor Josafata en conducir la congregación con rectitud y fidelidad provocó que algunas religiosas le pidieran que abandonara el cargo de superiora general, encontrando para ello el apoyo necesario en el padre Pelenshy, nuevo comisario para la Congregación.

Hubo nueva superiora general, sor Basilia Myshok, aunque el padre comisario actuaba como si no existiera superiora general, y por eso no podía decidir si intervenía el padre comisario. Éste, a su vez, remitió un informe al Metropolitano presentando a sor Josafata como incapaz de gobernar la Congregación, acusándola de negligencia y de no tener cuidado en la formación y apostolado de las religiosas. La hostilidad declarada por el padre comisario obtuvo lo que pretendía, pero cuatro meses más tarde, el propio comisario escribía al Metropolitano de nuevo presentando su dimisión al haber entrado en conflicto con la superiora general que él mismo había elegido.

Sor Josafata aceptó esta dolorosa injusticia en silencio, sin protestar, sometándose a la superiora general. Fue enviada a Truskavets, una de las casas más pobres de la Congregación, trabajando en las labores agrícolas. Al año siguiente fue destinada a Stanislaviv donde se encargó de un asilo, pasando en 1907 como superiora a la comunidad de religiosas que atendía

el Seminario en dicha ciudad. Este mismo año el Metropolitano Sheptytsky convocó un capítulo de las religiosas esclavas para refrendar las nuevas Constituciones redactadas por los padres Lomnitsky y Lozinsky. El 8 de septiembre de 1907 emitieron los votos perpetuos 33 religiosas, siendo admitidas la superiora general y sus consejeras, pero no sor Josafata ni su hermana Ana. Teniendo en cuenta las dotes espirituales y sus méritos como primera religiosa esclava es difícil comprender cómo la envidia y el resentimiento pudieron más que la caridad cristiana.

Sufrió con entereza esta humillación, soportando este acontecimiento y aceptándolo como voluntad de Dios, con gran paz en su corazón: «Pienso que la cruz que ha caído sobre mí viene de la voluntad de Dios, y yo la acepto con todo mi corazón». Tampoco fue admitida el año siguiente, cuando otras 30 religiosas emitieron los votos perpetuos en la Congregación.

En 1909 tuvo lugar un nuevo capítulo, en el que no pudo participar al no haber emitido los votos perpetuos, siendo elegida superiora general sor Vitalia Mikush, y vicaria general o vice-superiora, sor Josafata, estando ausente. Informado el Metropolitano Andrés Sheptesky de la decisión de las religiosas, admitió que sor Josafata emitiera los votos perpetuos como vice-superiora de la Congregación, entregándose en cuerpo y alma a sus amadas esclavas. Durante cinco años vivió en Lviv, enfermando en 1914 de tuberculosis osea, que le producía muchos sufrimientos al caminar, comenzando a servirse de un bastón que dio pábulo entre las religiosas a que estaba histérica, sufriendo en silencio esta injusta incomprensión. Un médico emitió una diagnosis equivocada, pues creyendo que se trataba de reumatismo le ordenó largas caminatas que le ocasionaron grandes dolores. Después de una breve estancia en Rabka, en los montes Cárpatos, fue llevada a Krestenopilh, empeorando su salud. El pus se acumulaba, debiendo ser extraído con grandes sufrimientos. El invierno de 1919 lo pasó en la cama en estado grave, el mínimo movimiento del cuerpo le procuraba un dolor terrible, maravillando a todos por su capacidad de sufrimiento pues las llagas en la espina dorsal eran grandes, uniéndose al sufrimiento de Cristo. Consciente hasta el momento de la muerte, falleció el 25 de marzo de 1919, recibiendo sepultura

ra en el cementerio local que durante el régimen comunista fue cerrado.

En 1982 la Congregación obtuvo el permiso correspondiente para poder trasladar sus restos, primero, a Polonia, y luego, a la Casa Generalicia de Roma.

Su vida espiritual se fundaba en un amor intenso a Dios encarnado en un servicio dedicado a aliviar la miseria humana. La fe la guió en todas las adversidades de la vida causadas por la envidia, la ingratitud y el abandono de parte de quienes debían haber sido su apoyo y consuelo. La oración fue su fuerza y a ella dedicó gran parte de su vida. Su alma grande desarrolló el encargo del Señor en las dificultades y en las adversidades con decidida voluntad de imitar a Jesucristo.

Su intensa vida de piedad quedó reflejada en su obra, las esclavas, cuya fundación fue providencial en un tiempo en que la Iglesia se encontraba en una situación muy difícil, pues la ignorancia religiosa era general, y el analfabetismo y la superstición eran aspectos normales de la vida cotidiana de sus paisanos. Las esclavas tuvieron la gran misión de elevar los aspectos religiosos y morales de la persona humana y la realizaron conscientemente con gran capacidad de sacrificio.

Deseaba ardientemente «que su Congregación fuera una luz para el pueblo ucraniano a quien la historia había arrojado a las tinieblas». Mujer práctica y prudente, supo interpretar los signos de los tiempos dedicándose con gran coraje a una Congregación de vida activa para atender las necesidades humanas y espirituales de sus paisanos.

La Congregación para las Causas de los Santos dictaminó sobre sus virtudes heroicas favorablemente, siendo proclamada Venerable el 6 de abril de 1998. El 27 de junio de 2001 el papa Juan Pablo II la beatificó en Lviv (Ucrania), su ciudad natal.

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Index ac status causarum, o c , 518

L'Osservatore Romano (15-12 1999 y 27-6 2001)

Martyrologium romanum, o c , 163

SLAWUTA, D , SSMI, *Una donna per gli altri Biografia della Serva di Dio Josaphata Michaelina Hordashevska* (Roma 1998)

EL BUEN LADRÓN

Siguiendo la tradición antigua, conocida por algunos Santos Padres, de que la muerte del Señor fue un 25 de marzo, se celebra hoy en el Martirologio la memoria del ladrón crucificado con Jesús, que se dirigió al Señor pidiéndole que se acordara de él en su reino y a quien Jesús anunció que aquel mismo día estaría con él en el paraíso. El evangelio no da más detalles y no da su nombre. Parece que tiene origen sirio el que se le llame Dimas o Dismas. En la semana santa española, y especialmente en Andalucía, no es infrecuente hallar la representación de las tres cruces en el Calvario, estando la de la derecha de Jesús ocupada por la imagen del Buen Ladrón, distinguido con una aureola de santidad y representado dirigiéndose a Jesús desde su cruz.

BEATO SANTIAGO BIRD

Martir († 1592)

Nació en Winchester en 1574 en el seno de una familia protestante, pero en su primera juventud se hizo católico, lo que, dada su poca edad —15 años—, hubo de mantener en secreto. Pero acudía a las misas y frecuentaba casas católicas.

Estaba en casa de la familia Hathe cuando hubo un registro policial en busca de un sacerdote. Sospecharon del joven y se lo llevaron arrestado y ante la pregunta del juez de si era católico contestó que sí. Esto era suficiente para condenarlo a muerte pero el juez le ofreció la libertad y la vida si se decidía a ir a una iglesia protestante. El joven rehusó. Su familia estaba espantada de que fueran a matarlo y presionó al muchacho para que acudiera a un culto reformado y salvara la vida, pero Santiago contestó que, habiendo obedecido siempre a su padre en todo, en esto no podía obedecerle, pues la ley de Dios está por encima. Llevado al patíbulo volvieron a ofrecerle la vida si iba a la iglesia protestante. El muchacho agradeció le hicieran aquella propuesta pues así le garantizaban que moría por su fe católica.

Con sus solos 19 años fue ahorcado y descuartizado el 25 de marzo de 1592. Beatificado el 15 de diciembre de 1929.



BEATO EMILIANO KOVC

Presbítero y martir († 1944)

Nació en Kosmach (Ucrania) el 20 de agosto de 1884, hijo de un sacerdote greco-católico. Estudia en Roma en el Colegio ucraniano y asiste a clases en la Universidad Urbaniana. Se ordena sacerdote el año 1911 y se incardina en la diócesis de Stanislaviv.

Fue capellán militar del ejército ucraniano durante la I Guerra Mundial. Se pasa a la diócesis de Lvov y ejerce el ministerio pastoral en Przemyshlyany con gran dedicación. En 1941 es encarcelado por los comunistas pero al llegar las tropas alemanas lo dejan libre. Sin embargo al año siguiente es acusado de haber ayudado a los judíos y por ello arrestado el 30 de diciembre de 1942 y llevado al campo de concentración de Majdanek, junto a Lublín (Polonia). Allí murió el 25 de marzo de 1944. Fue beatificado el 26 de junio de 2001.

BEATO HILARIO JANUSZEWSKI

Presbitero y martir († 1945)

Pablo Januszewski nace en Krajenki, Polonia, el 11 de junio de 1907 en el seno de una cristiana familia. Estudia en Greblin y Suchary, y trasladado con su familia a Cracovia, se decide en 1927 por la vida religiosa ingresando en la Orden del Carmen, en cuyo noviciado de Lvov emitió la profesión religiosa el 30 de diciembre de 1928 con el nombre de fray Hilario. Luego de estudiar en Cracovia fue enviado a Roma, donde cursó estudios en el colegio internacional San Alberto y se licenció en teología. Se ordenó sacerdote el 15 de julio de 1934 y al año siguiente regresó a Polonia, siendo destinado al convento de Cracovia.

Fue profesor de teología dogmática y de historia eclesiástica hasta que el 1 de septiembre de 1939, justo cuando comenzaba la invasión alemana de Polonia, fue nombrado prior del con-

vento de Cracovia. Como tal prior hubo de asistir impotente en septiembre de 1940 al arresto de algunos religiosos, y cuando en diciembre la policía nazi vino a arrestar a otros, él se ofreció a ser arrestado a condición de que dejaran libre a un religioso anciano, como así fue.

Luego de un tiempo en la cárcel, fue enviado al campo de concentración de Dachau, donde procuró animar a los demás presos y sostener la fe de todos. A comienzos de marzo de 1945, habiéndose declarado el tifus en el campo, se ofreció a atender a los enfermos del barracón de afectados y se aceptó su ofrecimiento. Entró en el barracón el día 4 y, contagiado del tifus, moriría el 25 de aquel mismo mes. Su cuerpo fue reducido a cenizas en el horno crematorio. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

26 de marzo

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Roma, San Castulo, martir (fecha desconocida)
- 2 En Anatolia, los santos Manuel, Sabino, Codrato y Teodosio, martires (fecha desconocida)
- 3 En Sirmio (Panonia), los santos Montano, presbitero, y su esposa Maxima († 304), martires
- 4 La conmemoracion de San Eutiquio († 356), subdiacono alejandrino, martirizado por los arrianos
- 5 En Sebaste (Armenia), San Pedro († 391), obispo, hermano de San Basilio Magno **
- 6 En Moutier-en Der, San Bercario († 685), abad y martir
- 7 En Monte Albano (Toscana), los santos Baroncio y Desiderio (s VIII), ermitaños
- 8 En el monasterio de Werden, San Ludgero († 809), obispo de Munster *
- 9 En Catania (Sicilia), Beata Magdalena Catalina Morano († 1908), virgen, del Instituto de Hijas de Maria Auxiliadora *

SAN PEDRO DE SEBASTE

Obispo († 391)

Resulta bastante frecuente encontrarnos en la historia de la Iglesia con familias en las que varios de sus miembros inscriben sus nombres en el Martirologio de los santos. Un hecho maravilloso para creer en la fuerza arrolladora de la familia cristiana y en la atracción de la sangre. Es el caso de San Pedro, obispo de Sebaste.

Nació el año 340, en Cesarea de Capadocia, décimo hijo de una ilustre familia, rica y noble, sobresaliente por su fe cristiana y su cultura griega. Además de la abuela materna, Santa Macrina, la verdadera transmisora de la fe familiar, la iglesia celebra como santos a sus padres Basilio, el Viejo, y Emelia o Enmelia, a su hermana mayor también Macrina y a sus hermanos San Naucracio, monje, San Basilio Magno y San Gregorio Niseno, contados los dos últimos entre los grandes padres de la Iglesia Oriental.

La celebridad e influencia del clan familiar les valió la persecución del emperador Galerio Maximiano (293-311), contagiado de las doctrinas arrianas, hasta el punto de que la familia entera tuvo que huir de la ciudad y refugiarse en las soledades del Ponto. Capadocia en otras épocas había sido reino independiente, pero desde el año 14 d.C. estaba incluida como provincia en el Imperio Romano. Fue cristianizada a partir del año 325. La familia de Basilio el Viejo pertenecía a un destacado sector de la aristocracia helenizada del Asia Menor, que abrazó muy pronto el cristianismo tras la paz constantiniana.

Por Pedro, como último hijo del matrimonio, su madre Enmelia sentía una predilección especial, pues prácticamente apenas había conocido a su padre, muerto en los primeros meses de su infancia. Quizás por eso su hermana mayor Macrina tomara a su cargo la educación del siempre considerado pequeño. Le formó en los conocimientos de la religión y del Evangelio, pero sobre todo le intimó un gran afecto por la austeridad, el sacrificio y la virtud, hasta el punto de que muy pronto se retiró al monasterio de hombres, uno de los dos que en Anesi,

junto al río Iris en el Ponto, había fundado su madre y que precisamente estaba encomendado a la dirección de su hijo Basilio. El de mujeres, al otro lado del río, se hallaba dirigido por Macrina. En verdad esta mujer, hermana mayor, sería la artífice de la santidad de la familia cuando desaparecieron sus padres. Y a ella hay que considerarla junto a sus hermanos, principalmente Basilio, como los verdaderos creadores del monacato de Oriente, un paso ascensional sobre el ascetismo individual del desierto y para el que San Basilio escribiría su regla monástica.

Aquí, cuando Basilio se trasladó a ejercer el sacerdocio a Cesarea, por el año 366, su hermano Pedro, a pesar de su juventud, fue elegido para sustituirle, dando muestras de una madurez muy superior a su edad. Solamente cuatro años después en el 370 recibió la ordenación sacerdotal, precisamente de manos de su propio hermano Basilio, ya obispo de la ciudad.

Cuando se desató el hambre en las provincias del Ponto y Capadocia, Pedro extremó su caridad hasta límites tales que llegó casi a dar lo que necesitaban sus propios monjes, teniendo que frenarle en sus deseos de ayuda a los necesitados, que llamaban diariamente a las puertas del monasterio.

Ya sacerdote fue llamado por su madre Enmelia, al conocer que estaba próxima su partida de este mundo. Quiso sentirse abrazada en esos decisivos instantes por el último y el primero de sus vástagos: Pedro y Macrina.

«Señor, te consagro el primero y el último fruto de mis entrañas. Vuestra voluntad me ordena dedicaros estos dos seres que son un don preciadísimo de vuestra bondad santa. Santificad a la mayor como primicias de la familia. Santificad también al más pequeño, es el décimo».

No fue la única prueba de aquellos tristes años, porque muy pronto, el uno de enero del 379, moría también Basilio y en noviembre moría Macrina, a la que amaba como su segunda madre y quien realmente fue la inspiradora fundamental de él y de todos los hermanos.

Dios lo quería más comprometido y el año 380 fue nombrado obispo de Sebaste, en Armenia Menor, para sustituir a Eustasio, que profesaba el arrianismo y que por ello había odiado a su hermano Basilio. Éste sería su gran haber en aquella sede: desarraigar la herejía arriana.

En tan exigente compromiso asistió al II Concilio ecuménico, I de Constantinopla del año 381, donde estuvieron presentes unos 150 obispos, entre los que se encontraban su hermano Gregorio Niseno, Cirilo de Jerusalén y Melecio de Antioquía, como presidente. Fueron condenados una vez más los arrianos y junto a ellos los eunomianos, macedonios, apolinaristas y sabelianos. Negaban principalmente la divinidad del Espíritu Santo.

Nos quedan de él pocos recuerdos. Solamente conocemos una carta dirigida a su hermano Gregorio Niseno, defendiendo a Basilio contra Eunomio, donde sabe estar a la altura y grandeza de sus otros hermanos. Y él fue quien inspiró al mismo Gregorio su obra contra Eunomio.

Su muerte ocurrió durante el verano del año 391. Por San Gregorio de Nisa sabemos que Sebaste le honró con unos solemnes funerales. El *Martirologio romano* lo venía conmemorando el 9 de enero. El *Martirologio jeronimiano* el 26 de marzo.

JOSE SENDIN BLAZQUEZ

Bibliografía

Gran enciclopedia Rialp Tomo letra P, p 185

El santo de cada día, I (Zaragoza 1946) 100

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LUDGERO

Obispo († 809)

Nace en el seno de una noble familia de Frisia hacia el año 742, y estudia en la escuela abacial de Utrecht, dirigida entonces por el abad San Gregorio. Ordenado diácono en York, cuando Aluberto fue consagrado obispo y su otro compañero Sigboldo presbítero, pasó un año junto a Alcuino, regresando después a Utrecht. Pero el afecto tomado a Alcuino le hizo insistir ante Gregorio y obtener licencia para volver a fin de estar junto al gran maestro y frecuentar su escuela.

Vuelto al cabo de casi cuatro años, asiste a la muerte de Gregorio y a la elección de su sobrino Alberico como sucesor, por lo que es enviado a Deventer a reconstruir la iglesia de San Lebuino. Logrado el objetivo, es enviado a las fronteras de Frisia para una seria labor evangelizadora. Poco después, aprovechando que Alberico iba a Colonia en 778 para ser ordenado obispo, Ludgero era ordenado presbítero al mismo tiempo y continuaba su labor, evangelizando en la zona del Ostergau y construyendo una iglesia en Dokkum, donde había sido martirizado San Bonifacio. Aquí trabajó con éxito a lo largo de siete años pero su obra era destrozada por la incursión de los sajones bajo el mando de Windukino.

Entonces marcha a Roma en peregrinación y se llega hasta el monasterio de Montecasino. Aquí estudia, sin profesarla, la Regla benedictina, y al saber la conversión del jefe de los sajones que arrasaron su obra volvió para continuar su labor misionera, que extendió a otras regiones con gran éxito. Es entonces cuando Carlomagno le invita a evangelizar Westfalia.

Su trabajo fue muy fructuoso debido a las excelentes cualidades humanas y morales de que estaba adornado y siempre su apostolado estuvo sostenido por una intensa vida interior y por un fuerte sentido de su responsabilidad como portador del evangelio a pueblos que no lo conocían todavía. Era un limosnero nato, porque no podía ver ninguna necesidad que no quisiera remediar al punto, y por ello fue acusado ante Carlomagno de dispendioso y mal administrador cuando ya era obispo, pero el santo supo responder adecuadamente a la acusación maliciosa.

Erigió en Mimigerneford el monasterio que dio origen y nombre a la ciudad de Munster y en el que impuso la regla de San Crodegando. Había dudado mucho en aceptar la dignidad episcopal pero finalmente en 804 consintió en su consagración como primer obispo de Munster. Continuó su incesante labor de evangelización los cinco años que restaban hasta su santa muerte el 26 de marzo de 809. Fue enterrado en el monasterio de Werden, fundado por él. Tenido enseguida por santo y reverenciada su memoria grandemente por cuantos le conocieron, ahora es el patrón de la ciudad de Munster.

BEATA MAGDALENA CATALINA MORANO

Virgen († 1908)

Nació en Chieri (Piamonte) el 15 de noviembre de 1847 en el seno de una familia de artesanos. Murió su padre cuando tenía 8 años y comenzó a trabajar con su madre en el telar. Con verdadera vocación hizo los estudios de maestra y obtuvo el título. Durante doce años ejerció su carrera, llena de piedad y dando un magnífico ejemplo.

Habiendo encontrado un sitio para su madre, pudo seguir su vocación religiosa y el año 1878 pudo entrar en las Hijas de María Auxiliadora y recibir el hábito de la propia fundadora, Santa María Mazarello. Al profesar dejó su nombre de Catalina para llamarse Magdalena. Al año siguiente es enviada a Trecastagni (Sicilia), y en esta región trabajaría con celo por la gloria de Dios y el bien de las almas. Llegaría a ser provincial de su congregación en Sicilia y sería benemérita de la catequesis, que impartía sin descanso. Minada su salud por un cáncer, murió en Catania el 26 de marzo de 1908. Fue beatificada el 5 de noviembre de 1994.

27 de marzo

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Salzburgo, San Ruperto († 718), obispo *
- 2 En Septempeda, Beato Peregrino de Falerone († 1232), presbítero, discípulo de San Francisco de Asís
- 3 En Quarona (Italia), Beata Panacea de Muzzi († 1383), virgen y mártir *
- 4 En Turín (Italia), Beato Francisco Faa di Bruno († 1888), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas del Sufragio **

BEATO FRANCISCO FAÁ DI BRUNO

Presbitero y fundador († 1888)

La vida de Francisco Faá di Bruno, primero militar y científico, luego fundador y sacerdote, es verdaderamente interesante, porque significa una muestra clara de cómo fructifica la gracia de Dios en el corazón humano cuando éste corresponde al don y la presencia de Dios en nuestras vidas.

Nació en Alessandria, en el norte de Italia, el 29 de marzo de 1825, duodécimo y último hijo de Luis, marqués de Bruno, conde de Carentino y señor de Fontanile, patricio además de Alessandria, y de Carolina Sappa de Milanesi, igualmente de noble familia. Le precedían siete hermanas y cuatro hermanos. Era la suya una familia sólidamente cristiana en la que se practicaba la religión con entusiasmo y se atendía con eficaz caridad a los necesitados. Dos hermanas suyas y dos hermanos también elegirán la vida religiosa, siendo uno de ellos, José María, superior general de la Sociedad del Apostolado Católico o palotinos. Se crió, pues, en un ambiente que le llevo desde pequeño a vivir la fe con intensidad.

Muerta su madre en 1834, ingresa dos años más tarde en el Colegio de Novi Ligure, bajo la dirección de los Padres Somascos. Aquí estará cuatro años de formación humana y religiosa hasta que decide su vocación militar y en 1840 ingresa en la Real Academia Militar de Turín. Comienza así su formación militar que se prolongaría hasta 1846, año en que es nombrado lugarteniente en el Cuerpo del Estado Mayor General, iniciando el bienio de especialización en topografía y perfeccionando el francés, el inglés y el alemán. Cumple escrupulosamente sus deberes y vive una vida pura y religiosa, sin que se deje arrastrar a pérdida de la fe o disminución de su religiosidad. Llegada la guerra en 1848, participa en la batalla de Peschiera bajo las órdenes del propio príncipe heredero Víctor Manuel. Y viendo que el ejército no disponía de planos adecuados de la Lombardía veneciana que tanto deseaba invadir, dedicó la convalecencia tras las operaciones quirúrgicas que hubieron de hacérsele para dibujar un gran plano, que tan útil sería más tarde y que no

dejaría de proporcionarle algunos serios disgustos. Ascendido a capitán del Estado Mayor como oficial de ordenanza del futuro Víctor Manuel II, participa en la batalla de Novara, donde fue herido en una pierna y es condecorado con la Mención de Honor. Cuando el rey Carlos Alberto abdica y el príncipe heredero sube al trono, nombra a Francisco preceptor de matemáticas de sus hijos, los príncipes Humberto y Amadeo, que llegarían a reyes de Italia y España respectivamente. En vistas a este cometido es enviado a París a hacer cursos de ciencias naturales en la Sorbona. Aquí frecuenta la parroquia de San Sulpicio, se adhiere a las Conferencias de San Vicente de Paúl, con cuyo fundador, Federico Ozanam, hace amistad y atiende a su formación científica con gran esmero, logrando la licenciatura en ciencias, tras lo cual, en 1851, vuelve a Turín. Pero los elementos anticlericales de la corte se oponen a que un católico tan firme como Francisco sea el preceptor de los príncipes y es enviado a los Apeninos y la costa tirrena para hacer unos mapas de los confines marítimos del reino. Tras haberse negado a batirse en duelo, en marzo de 1853, pide la excedencia en el ejército. La activa presencia de la masonería en los altos grados del ejército le hacía muy difícil su presencia en él. Publica el *Manual del soldado cristiano*, en el cual ataca el duelo como impropio de la razón y la fe.

Fuera ya del ejército, publica la *Lira católica*, colección de cánticos sagrados populares, lo que pudo hacer gracias a su competencia en música. El libro sería elogiado por Liszt. Funda un coro en la parroquia de San Máximo, en Turín, compuesto por jóvenes y mujeres de la clase popular. Publica también *El gentilhombre*, un calendario con gran popularidad entre los campesinos piamonteses. Pero decide volver a París para obtener el doctorado en matemáticas y astronomía. Trabaja en el Observatorio Nacional francés, y decide entonces dedicarse a demostrar la armonía entre la ciencia y la fe. Vuelto a Turín en 1857, inicia en la universidad cursos libres sobre matemáticas y astronomía, mereciendo que en 1861 lo designen «doctor agregado» al tiempo que retoma la dirección del coro de San Máximo, en el que realiza un magnífico apostolado con sus componentes.

En 1860 da comienzo a una serie de iniciativas que constituirán grandes ayudas a personas necesitadas. Abre una institu-

ción, llamada la «Obra de Santa Zita». En esta casa muchachas de condición humilde y minusválidas físicas reciben asistencia material, moral y religiosa a cambio de su participación en las obras de la institución, por ejemplo la gran lavandería industrial, a la que llevarán sus ropas instituciones militares, docentes y hospitalarias por su gran eficacia y pericia. Funda también la «Enfermería de San José» para mujeres pobres enfermas y convalecientes y en 1862 funda el «Pensionado-hospicio», donde se acogen mujeres pobres ancianas o inválidas, e igualmente funda un «Liceo», donde los chicos puedan hacer cursos de enseñanza secundaria, y al que manda algunos de sus chicos el propio Don Bosco. A estas obras añadió un «Pensionado para sacerdotes», en el que acogía los eclesiásticos ancianos y pobres, reducidos a la miseria a causa de la confiscación de los bienes eclesiásticos. En 1864 funda la «Escuela de educandas» para la formación profesional de las jóvenes del pueblo, dándoles cursos de economía doméstica, a la que seguirá en 1866 la «Escuela de alumnas maestras e institutrices» a fin de formar profesoras de estudios primarios, que tendrá un gran éxito y será apoyada por numerosos ayuntamientos, agradecidos a la gran labor que en ella se ejercía.

Pero su obra fundamental era la llamada de Santa Zita en el barrio de San Donato. En 1868 decide comenzar la construcción de una iglesia aneja, que llamaría de Nuestra Señora del Sufragio. Ésta sería la iglesia de la obra, pero sería también un templo dedicado al sufragio por los fieles difuntos necesitados de sufragios, pensando de manera especial en todos los soldados caídos en las guerras. Esta iglesia, con su alta torre señera, será un hito en la espiritualidad tan intensa de la ciudad de Turín. Comprende que la permanencia de la obra requiere la presencia de una congregación religiosa al frente, y entonces decide la fundación de la misma. El obispo de Alba le proporcionó la joven que sería la primera piedra de este edificio espiritual: Juana Gonella, persona inteligente y tenaz, que estaba destinada a ser la primera superiora general de la congregación. En 1869 se inicia la vida de la misma con la entrada en el postulantedo del grupo de iniciadoras y se llaman Mínimas de Nuestra Señora del Sufragio y Santa Zita. Dedicará todo su empeño a la con-

solidación de esta congregación y de las obras que están encomendadas a la misma. Profesor numerario de la Universidad de Turín en 1871, en 1876 será nombrado profesor extraordinario, negándosele siempre, por el odio anticlerical allí presente, el título de profesor ordinario. Dirige por entonces varias revistas, funda una tipografía y crea una biblioteca ambulante, muy preocupado por la buena prensa.

En 1875, con el consejo, entre otros, de Don Bosco, decide hacerse sacerdote. Le parece será bueno para su congregación. Tiene problemas con el difícil arzobispo de Turín —que se lo digan a Don Bosco— y decide acudir a Roma, donde el papa Pío IX lo acoge, dispone su ordenación sacerdotal y le regala un cáliz. Se ordena el 22 de octubre de 1876, no sin disgusto de su arzobispo que, solamente siete meses después, decide olvidar el incidente de su ida a Roma. Vuelto a Turín funda la «Pía casa de acogida para madres solteras». En 1881 compra una finca en Benevello de Alba y funda allí un centro de formación profesional de las jóvenes, que aprovecha para dar retiros y ejercicios espirituales. Continúa dirigiendo sus múltiples obras con gran dedicación, generosidad y acierto y creciendo en la unión con Dios hasta que fue llamado por el Señor el 27 de marzo de 1888, a los dos meses de la muerte de Don Bosco, su querido amigo. Su vida, llena de activa caridad con las jóvenes, los enfermos, los pobres, los ancianos y las almas del purgatorio, es menos conocida de lo que merece. Bien vale la pena que su figura sea dada a conocer por las muchas lecciones de cristianismo comprometido que comporta.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 25 de septiembre de 1988.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 81 (1989) 1 017ss

CONDIO, L., *Soldato, scienziato, sacerdote il cav. abate Francesco Faa di Bruno, fondatore del Conservatorio di N. S. del Suffragio e di Santa Zita in Torino* (Turin 1932)

MESSORI, V., *Ser cristiano en un mundo hostil. Hipotesis sobre la santidad Francisco Faa di Bruno* (Madrid 1997)

SAN RUPERTO

Obispo († 718)

No es seguro que fuera irlandés de nacimiento, pareciéndoles a algunos que era de ascendencia franca. No es seguro tampoco que hubiera sido monje en Luxeuil.

Aparece en la historia como obispo de Worms, de donde hubo de salir por ponerse en contra los elementos arrianos y paganos de la población. Entonces aceptó la invitación del duque de Baviera, Teodo II, para predicar en su ducado, que comprendía una parte de Austria. Comenzó su labor evangelizadora en Ratisbona y la siguió a lo largo del Danubio. El duque le dio una vieja ciudad arruinada, llamada Iuvavum, y él la reconstruyó y la llamó Salzburgo. Erigió el monasterio de San Pedro, con catedral y escuela anejas, y construyó también el monasterio femenino de Nonnberg, a cuyo frente puso a su hermana, otros dicen sobrina, Erentrudis o Ermentrudis. Ambos monasterios seguían la Regla de San Benito. Buscó adecuados auxiliares para su labor evangelizadora y pudieron fundarse muchas iglesias y monasterios por la zona. Como abad-obispo él hizo sin duda una labor que le ha merecido el título de apóstol de Baviera y Austria. Murió hacia el año 718.

BEATA PANACEA DE MUZZI

Virgen y mártir († 1383)

Como acto final de una serie de malos tratos continuados durante años y llevados por la víctima con notable paciencia, la jovencita de 15 años Panacea de Muzzi fue asesinada en Quarona (Italia) por su madrastra el 27 de marzo de 1383.

Panacea se había quedado huérfana de madre muy niña y su padre había vuelto a contraer matrimonio. La madrastra, desde primera hora, odió a la pequeña y la hizo objeto de su inquina. La joven buscaba fuerza en la oración y ponía su vida en las manos de Dios. Aquel día llevó al campo las ovejas a pastar. Se puso a hacer oración y las ovejas volvieron solas a la casa. La

madrastra la buscó y al encontrarla orando perdió los estribos, la atacó con una piedra, la apaleó, y le clavó repetidamente el huso hasta matarla. Tenida por mártir, la Iglesia confirmó el culto de esta pequeña santa el 5 de septiembre de 1867.

28 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1. En Tarso (Cilicia), San Cástor, mártir (fecha desconocida).
2. La conmemoración de los Santos Prisco, Malco y Alejandro († 260), mártires.
3. En Heliópolis, Fenicia, San Cirilo († 362), diácono y mártir.
4. En Alejandría (Egipto), San Proterio († 454), obispo y mártir.
5. En Borgoña, San Guntrammo o Gontran († 593), rey *.
6. Junto al Monte Olimpo (Bitinia), San Hilarión (s. VIII), hegúmeno *.
7. En Cîteaux, San Esteban Harding († 1134), abad. Su memoria la celebran benedictinos y cistercienses el 26 de enero, en cuya fecha hemos reseñado su biografía (cf ** 26 de enero).
8. En Nesi (Sicilia), Beato Conón († 1236), monje.
9. En Monticiano (Toscana), Beato Antonio Patrizi († 1311), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
10. En Tours (Francia), Beata Juana María de Maillé († 1414), viuda *.
11. En York (Inglaterra), Beato Cristóbal Wharton († 1600), presbítero y mártir bajo Isabel I *.
12. En Angers (Francia), Beata Renata María Feillatreau († 1794), mártir en la Revolución Francesa *.
13. En Przemysl (Polonia), San José Sebastián Pelczar († 1924), fundador de la Congregación de Esclavas del Sagrado Corazón **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN JOSÉ SEBASTIÁN PELCZAR

Obispo y fundador († 1924)

Fue una figura interesante, curtida en luchas y en dificultades, hijo de una tierra dura y castigada por las guerras, pero protegida por la Providencia. Su tiempo estuvo sembrado de obs-

táculos. Las invasiones y adversidades sufridas a lo largo de los siglos por su patria polaca le ayudaron a ser firme en la fe y alegre en la esperanza.

La historia de Polonia, objeto de apetencias externas y de divisiones interminables, de repartos entre sus poderosos vecinos del Este, del Oeste y del Sur, forjó un pueblo luchador y creyente, en el que cada familia fue un templo para rezar y cada aldea un lugar para amar al prójimo y para cultivar la solidaridad.

En ese contexto nació el modelo de fortaleza y de serenidad que fue José Sebastián Pelczar, intelectual y pastor, austero consigo mismo y compasivo con los demás, sacerdote a carta cabal, alma de Dios y corazón nacido para amar a los hombres y ofrecerles gestos de misericordia y fraternidad.

Nació en Korczyna, cerca de Krosno, en las riberas del río Wistok, el 17 de enero de 1842. En ese momento su región de Galitzia estaba dominada por el imperio austro-húngaro y sometida a una cultura y lengua que no eran las propias. El Congreso de Viena de 1815 había perfilado el nuevo mapa de Europa. La zona polaca del norte era el Reino de Polonia, administrado por funcionarios rusos que fueron incrementando poco a poco su injerencia, hasta que fue declarado provincia rusa sin más en 1866.

La zona de la Galitzia se había proclamado república independiente, con capital en Cracovia. Sin embargo, la libertad estaba vigilada y coaccionada por los dirigentes extranjeros. La situación se mantuvo hasta 1846. Ahogada en sangre una rebelión de nacionalistas, se decidió la anexión a Austria. Todo buen polaco de cualquier tendencia nacía predispuesto a la lucha y la aversión hacia los extranjeros se respiraba desde los primeros días de la vida.

Ése era el ambiente cuando vino al mundo el niño José Sebastián el 17 de enero de 1842 en el hogar formado por el matrimonio Pelczar, agricultores modestos, honrados, intensamente piadosos. El cabeza de familia se llamaba Alberto. La madre era María Miesowicz. Él fue el tercer hijo del hogar. El bautismo lo recibió a los dos días de nacer. No conoció especiales penurias en su infancia, gracias al trabajo paterno, pero tampoco supo de abundancia ni de bienes excesivos.

La región de Galitzia estaba poblada por sufridos campesinos. En las aldeas se vivía desde la infancia en el trabajo de los campos y en el cuidado de los ganados y de las pocas pertenencias que sobrevivían a los fuertes tributos de los opresores unas veces y a las contribuciones exigidas por la nobleza nacionalista en otras ocasiones.

La armonía, el amor a la patria y el espíritu de lucha se respiraban en la sociedad, sobre todo en la juventud. Su carácter se mostró sereno y alegre desde los primeros años. A los 6 años ya era el pequeño monaguillo de la parroquia de la localidad. La primera comunión la recibió en 1850, cuando tenía 8 años. Estos datos indican que en el hogar se vivía intensamente el espíritu cristiano y se rezaba con frecuencia. Recibió la confirmación a los 12 años.

Asistió a la escuela parroquial de su localidad. Y luego, con esfuerzo por parte de los padres, fue enviado, al inicio del curso de 1858, al Gimnasio o Instituto estatal de Rzeszów, donde cursó parte de la enseñanza secundaria. Inteligente y expresivo, hizo todo lo que pudo para que el sacrificio familiar al enviarle a este centro quedara compensado con frutos abundantes. Sobre salió pronto por la piedad que había respirado en el hogar.

Su idea desde niño había sido llegar a ser sacerdote. Por eso acogió con ilusión la invitación a ingresar en el seminario diocesano de Przemyśl. Lo logró en octubre de 1860, después del examen usual en aquellos tiempos. Acababa de cumplir los 18 años. Su vida de adolescente se identificó con la disciplina del seminario y con la piedad que se respiraba en el centro. Siguió con aprovechamiento los cuatro años de teología, al final de los cuales recibió las órdenes sagradas. Fue ordenado sacerdote el 17 de julio de 1864 en Przemyśl por mons. Antonio José Monastyrski. Había cumplido los 22 años y sus ilusiones juveniles se hallaban en pleno crecimiento.

Los nuevos presbíteros seguían una experiencia pastoral prudente y acompañada al comienzo de su ministerio. Fue destinado como vicario parroquial a la localidad de Sambor, bajo la dirección del celoso párroco. Allí pasó un año sin otro rasgo especial que su entrega, su piedad y sus capacidades admirables para la predicación.

Sus buenas cualidades para el estudio y la seriedad de su vida le hicieron candidato preferente para ser enviado a Roma como becado, a fin de continuar su formación teológica y abrir su espíritu a la dimensión católica de la Iglesia. En la ciudad eterna estuvo entre 1865 y 1868. Residió en el Colegio polaco, donde fue encargado el segundo año como prefecto del mismo. Asistió a las clases en el Colegio romano y se entregó con empeño a sus deberes escolares. En esos pocos años consiguió graduarse en teología, consiguiendo el doctorado, y obtener la licenciatura en derecho canónico.

En Roma escribió la primera de sus obras piadosas. Llevaba por título *La vida espiritual*. Era libro sugestivo que luego sería editado repetidamente. Sirvió de lectura y de manual espiritual para muchos jóvenes y sacerdotes, pues en él se resaltaba el valor de la fe, la sinceridad para con Dios, la oración como condición de una vida evangélica auténtica. No fueron sus únicos escritos. Pasó dos veranos en Genzano di Roma. Allí escribió las crónicas o *Anales del Colegio polaco*.

Sus mejores recuerdos de los años romanos estuvieron ligados a la figura del pontífice Pío IX. Se despertó en el joven estudiante polaco gran admiración por el Papa y por su admirable celo sacerdotal. Sus impresiones quedarían luego guardadas en un folleto emotivo titulado *Pío IX y su pontificado*, en el que recogió comentarios sencillos y encomiásticos hacia su figura. Un día, siendo ya obispo, testimoniaría en el proceso de beatificación de tan singular pontífice.

Su trabajo de universitario en el extranjero no aminoró sus exigencias espirituales. Estuvo dirigido por el resurreccionista Pietro Semenenko, quien supo conservar el celo piadoso y la fe en su vocación sacerdotal.

Al regresar a Polonia, en abril de 1868, se dirigió a Sambor, pero recibió otros encargos pastorales en Calisto Gross y en Wojutycze. Mas pronto fue reclamado como prefecto en el seminario de Przemyśl. Además, fue nombrado profesor de teología pastoral desde 1871 y luego de historia eclesiástica y de derecho canónico desde 1873. Una experiencia fuerte de aquel tiempo fue el viaje peregrinación que hizo a Tierra Santa en febrero de 1872 y cuyas impresiones dejó grabadas en el libro

La Tierra Santa y el Islam. Se ganó a los seminaristas por la seriedad de su vida, por su piedad sincera, por su amor a la Iglesia y por sus ideas claras y metódicas.

Pronto los superiores eclesiásticos comprendieron que su tarea podía ser muy beneficiosa en la Universidad «Jaguiellónica» (*Jaghiellonica Cracovensí*), la universidad cuyo nombre recordaba la grandeza de la familia real Jaguiellon y la piedad de algunos personajes de la Iglesia como el cardenal Federo Jaguiellon. Fundada en 1364 y protegida por Urbano V, era el primer centro de intelectuales del sur de Polonia en el siglo XIX. Llegó en 1877 y se alojó en el convento de franciscanos. Allí estuvo respirando el espíritu franciscano e ingreso en la Tercera Orden por su amor a la pobreza, su devoción al Santo de Asís y la austeridad de su vida.

Su cátedra universitaria fue la de historia de la Iglesia. Pero desde 1879 explicó Biblia y Nuevo Testamento. Desempeñó su trabajo académico con su prudencia proverbial y su claridad de criterios. No fueron los suyos años fáciles ni cómodos, pues las actitudes políticas eran agrias y las tensiones entre «colaboracionistas» y «nacionalistas» se respiraban en la juventud universitaria. La vida académica le supuso una entrega plena. Sorteando las tensiones que las condiciones patrias originaban, supo moverse con admirable discernimiento.

En este centro superior, a las orillas del poético río Vístula y bajo la vigilante mirada de las susceptibles autoridades austriacas, pasó doce cursos, de 1877 a 1899. Se respiraba la exacerbación nacionalista, sobre todo desde la anexión en 1846 de Galitzia a la influencia austriaca. Y Cracovia era el «nido» de los «intelectuales nacionalistas» y objeto de singular vigilancia por los poderes austriacos.

El prestigio profesional le acompañó de tal forma que, en 1880, fue propuesto para vicerrector de la Universidad. Luego, el 19 de junio de 1882, fue elegido por el claustro como rector magnífico del centro. Coincidió su gobierno con el comienzo de las importantes obras que reestructuraron la universidad entre 1882 y 1887. Añadió obras en beneficio de la Iglesia, como una clínica, el llamado Colegio nuevo y una biblioteca popular para beneficio de los escolares. Se caracterizó por el sentido del

orden y de la justicia y por saber respetar las ideas políticas de cada persona, sin renunciar a las propias. Dirigir en aquellos años la vida universitaria no resultaba fácil, pero el sacerdote y catedrático Pelczar lo consiguió.

Pero su labor no agradó a muchos catedráticos y a personajes influyentes de la nobleza. Era normal: reclamó aumento de sueldo para los maestros malpagados en la enseñanza primaria, fomentó una relación personal con los estudiantes que suscitaba celos en muchos catedráticos distantes en el trato, pronunció alguna conferencia crítica para fortalecer la fe católica, como una que fue comentada cuando había ya dejado de ser rector y llevaba por título: *Sobre la necesidad de la religión y sobre las causas del ateísmo*. Con esas actitudes democráticas y pastorales era un rector «peligroso». Su cargo no fue renovado en la siguiente votación y se encargó de su alejamiento del gobierno universitario el partido más conservador y adherido a los ocupantes. Para él fue una liberación; para sus estudiantes, que le admiraban, un nuevo motivo de decepción.

Regresó a su vida de catedrático con gran dicha suya, pues sus preferencias estaban en el trato con los jóvenes y no en las luchas con los políticos. Especial amor puso antes y después de su período de gobierno en la reorganización de la Facultad de teología, pues elevó las cátedras de cuatro a siete, siendo él mismo el decano de la Facultad. Todo esto se lo tomó como un servicio a la Iglesia y con cierto sentimiento de que su tiempo se dispersaba de su esfera preferente que eran las tareas pastorales y los servicios sociales. Puso empeño en la animación de la revista *Pravda (La Verdad)* que inició en 1886. Y sabía hacer equilibrios admirables para que las tensiones no degeneraran en conflictos.

En el año 1880 había sido designado por el arzobispo como canónigo capitular de la catedral de Cracovia, la bella catedral gótica del siglo XIV con su piadosa cripta románica, construida sobre la meseta de Wawel y cercana al palacio-castillo real construido con estilo renacentista por Francesco de La Lora en los comienzos del siglo XVI. Los deberes del coro y los anejos oficios eclesiásticos, incluso las tensiones que su nombramiento canonical había suscitado en algunos miembros del cabildo,

fueron siempre compatibles para este intelectual y hombre de Dios con el ejercicio de la docencia y con la entrega cotidiana a obras de caridad. Ni los trabajos de la cátedra o del gobierno ni los deberes canónicos agotaron sus posibilidades sacerdotales. Sus inquietudes apostólicas le exigieron siempre otro tipo de acciones y por eso se entregó de lleno a diversas obras de celo y de misericordia.

Muchas veces le vieron algunas de las 40 iglesias que entonces había en Cracovia, hablando con los párrocos para ofrecer ayuda a alguna joven solitaria que se la demandaba. La calle señorial de Grodka Ulica, la de los paseos sociales y centro de referencia de la aristocracia de la urbe, poco vio su figura sacerdotal. Pero lugares cercanos a la Universidad, como los entornos de Santa Ana, donde descansan los restos mortales de Copérnico, o de la Santa Cruz, el templo tan original donde la bóveda se sostiene sobre un solo pilar, sí le descubrieron con frecuencia buscando personas, sobre todo jóvenes, a las que ayudar.

También supieron de su delicada caridad algunos centros de acogida como los hospitales de San Lázaro y el de San Luis y otras obras en beneficio de indigentes que, en 1893, se centralizaron en el «Asilo del príncipe Lubomirski» y en el «Hospital Helcel» para incurables. A esos lugares acudía a ofrecer sus servicios y asistencias sacerdotales, llevado del sentido de caridad de que siempre dio muestras.

Y no menos tacto y delicadeza manifestó con los ortodoxos, en ocasiones agresivos, y con los fieles de rito oriental que abundaban en toda la región. A todos sabía ofrecer sus servicios, su cordialidad y sobre todo su tolerancia aprendida en sus años de estudiante romano, en el corazón de la Iglesia católica.

Hubo un frente que le inquietó de forma especial: atender a las muchas jóvenes campesinas que acudían a la ciudad en busca de mejor vida material, y que se veían tentadas por los peligros morales. Su corazón compasivo le movió también a buscar soluciones para los ancianos desatendidos o para los muchos mendigos que quedaban abandonados a su suerte, sobre todo en los duros inviernos de aquella tierra. No le bastaba dar limosnas pasajeras con su bien ganado salario de catedrático o de rector. Buscaba ayudas más permanentes y eficaces. Para estos

hermanos y hermanas necesitados multiplicó los cauces de acogida. A unas las evitaba el camino del vicio. A otros ofrecía consuelo. A muchos les impedía llegar a la desesperación.

Pensó en organizar una sociedad de acogida y caridad. Reunió jóvenes, y no tan jóvenes, interesados en hacer algo por los demás. Así nació la «Fraternidad de María Reina de la Corona Polaca», para atender tantas necesidades.

Al principio fue una sociedad piadosa, pero con mucha carga cultural. Para atender a las muchachas del servicio doméstico abrió con esa sociedad un asilo y una escuela para ellas. Eran talleres de formación. El asilo o casa de acogida fue dirigida por una señora seglar. Pero pronto se reclamó la presencia de varias religiosas esclavas de Jesús, fundadas por el P. Honorato Konzsminski Biala en Varsovia.

Como las obras y las demandas aumentaban, y las Hermanas ya no se daban abasto, aun contando con el espíritu de sacrificio de las llegadas de la zona de Varsovia, pensó en hacer una provincia autónoma con ellas en la diócesis de Cracovia para reclutar nuevas adeptas. Incluso lograría con ello eludir las dificultades que las autoridades le ponían para admitir más nuevas Hermanas. Incluso compró una casa en la Vía de la Santa Cruz, n.º 10 y la dispuso para la empresa.

Pero no pudo ser, a pesar de la correspondencia mantenida con el fundador y con la superiora de estas Hermanas, la madre Leonia Motylowska. Esta superiora se negó a ampliar sus actividades en la región de Cracovia. Entonces, con el consentimiento del cardenal de Cracovia, mons. Dunajewsky, se decidió a formar una Congregación propia, que hiciera posible la atención apostólica ya en marcha. El 15 de abril de 1894, con 12 religiosas, bajo la dirección de Clara Ludovica Szczesna (1863-1919), procedente del Instituto anterior, se dio comienzo a la obra ya autónoma. Su objetivo era la tarea educativa y la asistencia a los necesitados.

Pronto las vocaciones llegaron y hubo que pensar en otra casa más grande. Con ayudas generosas, sobre todo de la piadosa Sofía Volodkowiczowa, construyó una casa de nueva planta en la calle Garncarska. Preparó también una hermosa capilla y un pequeño edificio para el gobierno de las otras obras del Instituto.

En pocos años las Hermanas se extendieron por las diócesis de Galitzia. En 1905 ya se pudo ampliar su acción benefactora a los emigrantes polacos de Francia. Vulgarmente se las comenzó pronto a llamar las «Sercanki». Más tarde, el 16 de noviembre de 1908, el Instituto se afiliaría a la Orden de los Hermanos Menores conventuales. El 15 de febrero de 1909 llegaría el decreto de alabanza del nuevo Instituto y el 19 de marzo de 1912 sería aprobado definitivamente por Pío X.

La tarea de fundador y animador espiritual de las Hermanas, junto con el seguimiento de sus obras que él se tomó muy en serio y con responsabilidad enorme, se vio compartida desde 1899 con el ministerio episcopal que la Iglesia reclamó de tan eminente hombre piadoso, intelectual cuando actuaba en la universidad y padre amoroso cuando se encontraba con las personas jóvenes o con los necesitados a quienes amaba de todo corazón.

El 27 de febrero de 1899 fue elegido obispo auxiliar «para los latinos» del titular de Przemysl, mons. Lucas Solecki. No tuvo más remedio que acoger lo que suponía de dignidad, a pesar de su humildad, y lo que significaba de incremento de responsabilidad eclesial. Lo hizo porque tal fue el designio divino y el reclamo de su pastor. El nombramiento por el papa León XIII le llegó con el breve del 27 de febrero de ese año.

Fue ordenado por mons. Solecki. Este pastor celoso era ya anciano y estaba enfermo. El nuevo obispo Pelczar intuyó que la hora del relevo vendría pronto. De hecho, sólo un año estuvo bajo su autoridad, apoyándole y remplazándole con frecuencia. Al morir su obispo el 2 de marzo de 1900, quedó él como titular y responsable de la diócesis, después del preceptivo y breve período de sede vacante, en el que él actuó como vicario capitular. Fue el 13 de enero de 1901 cuando tomó posesión de su sede y comenzó esta etapa de su vida y de su gobierno pastoral.

Su vida personal continuó con la austeridad de un asceta franciscano y con la sencillez de un ermitaño en la nueva casa episcopal. Sus virtudes más características siguieron siendo la gran devoción al Sagrado Corazón y a la Virgen María. Se vieron incrementadas con muchas horas de plegaria silenciosa.

Trató de infundir estos valores espirituales a sus religiosas, a las que siguió de cerca a pesar de sus viajes, visitas, y atención al clero y a los fieles de la diócesis.

Y no sólo se llevó bien con sus feligreses, sino que su amor a la paz y su sentido ecuménico, hizo posible una armonía perfecta con las otras confesiones y grupos de la ciudad, con los judíos, con algunas minorías moravas y evangélicas y, sobre todo, con la parte de la población de rito oriental ortodoxo, que tenía su propio Obispo y sus templos y prácticas piadosas.

Recordó con ilusión sus años de formación en Roma cuando el 11 de febrero de 1903 le correspondió hacer la visita «ad limina» al Papa, visitas que repetiría todavía otras tres veces, en 1908, en 1913 y en 1922. En 1914, la guerra atroz que ensangrentaba el sur de Polonia le impidió quedar en su diócesis y estuvo varios meses detenido en Roma sin obtener permiso para el regreso. Esos meses los aprovechó para redactar para la Curia romana un detallado informe sobre la situación social, moral y religiosa de Polonia y de la región de Cracovia, que se conserva en los archivos vaticanos.

Logró, en 1915, viajar a Viena, sin poder entrar en los territorios de su diócesis, ocupados por los rusos. Mientras esperaba, recogió donativos para reconstruir las iglesias destruidas y preparó algunos libros, como *Meditaciones para religiosas*, *Compendio histórico de la caridad en la Iglesia Católica*, *Exhortación al trabajo para el renacimiento de la nación polaca* y *El Sagrado Corazón de Jesús*. Sólo los títulos ya indicaban su diversidad de atenciones e inquietudes.

Su trabajo al regreso estuvo centrado en la reconstrucción de tantas ruinas: el seminario, los templos, la atención a los feligreses. Multiplicó sus visitas, sus contactos con los sacerdotes, por cuya formación estaba empeñado, su atención a los indigentes. Escribió para sus fieles pastorales frecuentes. Aquel trabajo de reconstrucción y de animación de heridos, huérfanos, niños sin escuelas, familias destrozadas, le ocupó y casi agotó en el último período de su vida.

Una fotografía hermosa y clara de su vida espiritual la recogería años más tarde el decreto pontificio que reconocía la heroicidad de sus virtudes. Se diría en este documento romano:

» 3 3 «Fue sacerdote ejemplar de singular devoción a la Eucaristía y a
» 3 7 María Santísima, adornado de celo ardiente por las almas, con gran
deseo de extender la devoción al Corazón de Jesús, muy sensible a
las necesidades de las personas cercanas, con tierna compasión
para con los pobres, los niños y de forma especial hacia las jóvenes
campesinas desprotegidas»

Pero lo más impresionante de este santo obispo fue su inquietud por sus sacerdotes, de manera especial por los jóvenes. Su vocación de animador de seminaristas se conservó siempre latente desde su estancia en el seminario. Persuadido de que sólo con sacerdotes santos y bien formados se puede hacer la obra de Dios, aumentó las exigencias en el seminario y organizó formas de acompañamiento y de formación continua para el clero joven.

Con sus sacerdotes celebró durante sus años de episcopado tres sínodos especiales en 1902, en 1908 y en 1914, para resaltar el valor de la formación sacerdotal y para reclamar una intensa vida interior como base de la proyección externa. Preparaba el cuarto cuando le sorprendió la muerte el 28 de marzo de 1924.

Antes, como buen polaco, había sentido el gozo de ver reconocida internacionalmente la existencia de la nación, casi unificada del todo en la proclamación del 8 de octubre de 1918. La paz de Riga de 1920 reconoció también las fronteras de Polonia, aunque en el interior de ella quedaron fuertes minorías ucranianas, rutenas, judías, y alemanas, causa de posteriores tensiones.

Pero él ya no llegó a conocerlas, como no pudo sospechar la agitada historia del pueblo polaco a lo largo del siglo XX. En marzo celebró las bodas de plata de su ordenación episcopal entre mensajes de felicitación y gratitud. Unos días después cayó enfermo de pulmonía. El 28 de marzo fallecía consciente de que su vida había llegado al final. «Ven, Jesús, ven a salvarme», fueron sus últimas palabras. Tenía 86 años.

Fue sepultado en la capilla de Ntra. Sra. de Czestochowa, en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús de Przemysl. Sus escritos y sobre todo sus obras se encargaron de mantener viva su memoria. Algunas notas recogidas después de su muerte, como el cuaderno con sus tareas personales, especie de *Autobiografía*,

es de lo más significativo que se encontró entre sus pobres y escasas pertenencias.

En 1954 diversos sacerdotes y organismos de la diócesis de Przemyśl reclamaron que se iniciara el proceso de beatificación y así se hizo. Luego el proceso fue remitido a Roma. El 23 de octubre de 1971 se daba el decreto de la Congregación para las Causas de los Santos sobre sus escritos.

El 2 de junio de 1991 fue beatificado por Juan Pablo II en una de sus visitas a Polonia. La ceremonia se tuvo en Rzeszów, pero el eco de sus virtudes y de sus méritos se extendió por toda la nación polaca. La canonización, el 18 de mayo de 2003, viene tras la aprobación del milagro a él atribuido.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

Art. en *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, VI (Roma 1977) 1.330-1.333
«Autobiografía di Giuseppe S. Pelczar. J. Bar.» *Prawo Kanoniczne* 9 (1966) 213-312.
SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Positio de Josephi Sebastiani Pelczar* (Roma 1987).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GONTRÁN

Rey († 593)

Gontrán ascendió al trono de los francos a la muerte de Clotario I. No fueron los primeros pasos del monarca los de un santo precisamente: se divorció de su mujer, mandó precipitadamente a la muerte a su médico y otras irregularidades de conducta. Es verdad que debió ocuparse de defendetse de las asechanzas de las reinas Brunequilda (Austrasia) y Fredegunda (Neustria) y esto puede explicar su nerviosismo e intranquilidad.

Pero la gracia de Dios le tocó. Reconoció sus pecados, hizo penitencia y se dedicó a una vida santa y morigerada que resultó ejemplar a sus súbditos. Favoreció las iglesias, socorrió a los pobres, y procuró ser justo en sus decisiones. Muere en Borgoña

el 28 de marzo de 593 y enseguida el pueblo lo venera como santo.

SAN HILARIÓN

Hegumeno († s VIII)

El monasterio del que fue hegúmeno Hilarión estaba situado en el monte Olimpo de Bitinia, y este monasterio fue destruido en 764 bajo el gobierno de Constantino V. Hilarión defendió el culto de las sagradas imágenes, por lo que hubo de padecer mucho, y ése es el motivo de que se le llame mártir en algún documento. Su vida se sitúa en el siglo VIII.

BEATO ANTONIO PATRIZI

Presbítero († 1311)

Era natural de Siena donde nace hacia el año 1280. En su juventud se decide por la vida religiosa y profesa en la orden de los Ermitaños de San Agustín, ordenándose a su tiempo de sacerdote

Religioso ejemplar y celoso predicador de la palabra divina, vive en el convento de Monticiano, del que fue prior. Murió santamente el 28 de marzo de 1311. Su culto fue confirmado el 1 de marzo de 1804.

BEATA JUANA MARÍA DE MAILLÉ

Viuda († 1414)

Hija de una familia noble, nace en La Roche en 1332. Su abuelo le procura un ventajoso matrimonio con el barón Roberto de Silly, persona religiosa con la que se entiende y comparte sus deseos de perfección cristiana.

Muerto su esposo en 1362 en la guerra contra los ingleses, es expulsada por la familia del marido del castillo y regresa con su madre y hermanos para trasladarse, al poco tiempo, a Tours. Aquí se dedica a la oración y a la atención de los pobres y enfer-

mos, singularmente a los leprosos. Se despoja de sus posesiones, hace ante el arzobispo voto de pobreza y, marginada por su familia, se refugia en una ermita y vive de la caridad pública, dando altos ejemplos de humildad y de todas las virtudes. Murió el 28 de marzo de 1414. Su culto fue confirmado el 27 de abril de 1871.

BEATO CRISTÓBAL WHARTON

Presbitero y martir († 1600)

Natural de Middleton, en el territorio de York, Inglaterra, donde nació en 1540, estudió en el Trinity College de Oxford, donde se licenció en artes. Parece que era católico de nacimiento. Desde su licenciatura en Oxford no se sabe nada de él hasta su decisión de hacerse sacerdote. Pasó al seminario de Reims, en cuyo colegio inglés ingresó el 23 de julio de 1583. Sólo ocho meses más tarde era ordenado sacerdote, el 21 de mayo de 1584, volviendo dos años más tarde a Inglaterra y trabajando apostólicamente en el Yorkshire. Durante trece años ejerció clandestinamente su ministerio, atendiendo a los fieles, reconciliando a quienes volvían a la Iglesia y sirviendo al Señor con enorme entrega, expuesto siempre al peligro de muerte.

Por fin fue localizado en 1599 cuando se encontraba en Leeds en casa de una viuda católica, la señora Leonor Hunt, y fue seguidamente arrestado y encerrado en el castillo de York, junto con su hospedadora. Se le acusó de haberse ordenado en el extranjero y se le aplicó el estatuto de Isabel, pero él alegó que su ordenación era anterior al mismo. No le valió. El juez, John Savile, dijo que cuando él lo conoció en Oxford no sabía nadie que fuera sacerdote, refiriéndose a que los sacerdotes exceptuados en el estatuto de Isabel eran los ordenados con anterioridad al 24 de junio de 1559. Condenado como traidor, le fue ofrecida la libertad y la vida si se avenía a jurar la supremacía religiosa de la Reina. El mártir se negó con gran constancia y por ello fue ahorcado y descuartizado en York el 28 de marzo de 1600. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987.

BEATA RENATA MARIA FEILLATREAU

Martir († 1794)

El 28 de marzo de 1794 fue guillotínada en Angers esta valiente mujer católica, casada, natural de la propia Angers, donde había nacido el 8 de febrero de 1751. Se la acusaba de ser enemiga de la República, de haberle robado al Estado y de haber auxiliado y protegido a sus enemigos

En realidad, se trataba de una católica que había protegido en cuanto estuvo de su parte a los sacerdotes que permanecían fieles a la Iglesia, oía sus misas, guardaba los ornamentos y objetos litúrgicos, y al llegar los soldados vandeanos había gritado con ellos vivas a la religión y al rey. Confesó su fe abiertamente y dijo que nadie podría quitársela. Fue beatificada el 19 de febrero de 1984.

29 de marzo

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Napoles, San Eustasio, obispo (s III)
- 2 La conmemoración de San Marcos († 364), obispo de Aretusa
- 3 La conmemoración de los Santos Armogasto, Arquímimo y Saturnino († 462), mártires en África en la entrada de los vándalos
- 4 En el Monte Carmelo, San Bertoldo († 1198), prior del Carmelo **
- 5 En Poitiers, San Guillermo Tempier († 1197), obispo *
- 6 En Ratzeburg, San Ludolfo († 1250), obispo, de la Orden Premonstratense *
- 7 En Inglaterra, la conmemoración del Beato Juan Hambley († 1587), presbítero y mártir bajo Isabel I *

SAN BERTOLDO

Prior del Carmelo († ca 1198)

La primitiva tradición carmelitana es un maravilloso entretreído de historias y leyendas, producido en momentos de cándida credulidad, muy ajenos a las posteriores necesidades probatorias. La hermosura del Monte Carmelo enmarca la figura del profeta Elías, que señala la blanca nubecilla anunciadora de la Virgen Madre. La Orden del Carmen reclamó secularmente estos orígenes, considerando al profeta como su propio fundador. La iconografía secundó la leyenda, vistiéndolo de marrón y blanco. Hasta en un lienzo de la Transfiguración de Guido Reni, Elías se nos muestra junto a Cristo en hábito de carmelita.

Tal tradición no parece críticamente sostenible, pero es bella, antiquísima y llena de significado. La gran revisión de todo el santoral llevada a cabo por los bolandistas afectó de modo especial a los *origenes* de la Orden del Carmen, y sus frailes no se mostraron cortos en la polémica. Los esclarecimientos de los bolandistas son impagables: ellos establecieron retrospectivamente la *serie sucesoria* de los *superiores de la Orden del Carmen* hasta finales del siglo XII. Así, en la serie iniciada por San Brocardo († 1221), continua San Bertoldo († ca.1198), y sigue el famoso San Simón Stock († 1265), tantas veces representado recibiendo de manos de la Virgen el Santo Escapulario.

Según las historias internas de la Orden, nació en Francia en los comienzos del siglo XII de la noble familia de Malefaida y, terminados brillantemente sus estudios en París, paso a Siria junto con un primo suyo, que llegó a patriarca latino de Antioquía, él, en cambio, se retiró a hacer vida cenobítica en el Monte Carmelo y allí, ayudado por el primo obispo, logró que los anacoretas dispersos se reunieran para formar comunidad en un pequeño convento por él construido, donde murió santamente. Según esta visión, Bertoldo había reducido a comunidad a aquellos anacoretas del Carmelo que se sentían discípulos y seguidores del profeta Elías. ¡Bello entretreído!

San Bertoldo es, ante todo, uno de los santos fundadores del Carmelo. Los historiadores rigurosos anotan con un «se

dice» que nació en Lombardia, y afirman que a este santo corresponde una famosa visión que años más tarde le sería confirmada a San Pedro Tomás: la de que la Orden del Carmen habría de perdurar siempre. Esta promesa mariana se halla entre las mas queridas tradiciones del Carmelo y obtuvo por doquier abundantes representaciones pictóricas y xilográficas, como la del *Libro de horas de la B. V. María «secundum usum Hierosolymitanum»* editado en Lion en 1516, que se circunstancia legendariamente con el siguiente texto de una de las leyendas áureas de la Orden del Carmelo:

«Habiendo empezado la primera persecucion contra los carmelitas en las provincias de Palestina por Cosroas, rey de Persia, año de 617, otra le siguió por Omar, discipulo de Mahoma, año de 639, esta duro casi cinco siglos (aunque no continuada), sino segun la crueldad, mas o menos de los sarracenos que dominaban aquellas provincias, quitando la vida a innumerables carmelitas, tantos que no se cuentan aquellos martires por cientos, sino por millares de millares. Tenia gran dolor nuestro Padre S. Bertoldo, considerando tanta sangre vertida de sus queridos Hermanos, exclamaba a Dios y Su Majestad le respondió “Mitiga tu pena. Mira sus almas volar al cielo”. Intentaban los sarracenos dar fin a la religion del Carmen, pero, como esta es semejante al arbol a cuya sombra descansó nuestro Gran Padre Elias cuando iba al Monte Horeb, fue en vano su tiranía. De este arbol dicen los doctisimos Berchorio y Alapide que cuanto mas lo maltratan mas frondoso se eleva. Asi nuestra sagrada religion en aquellas provincias, pues por mas que hicieron los sarracenos y sus satrapas, no pudieron conseguirlo. Pero ¿como, si hasta el fin de los siglos esta al amparo de Nuestra Amantisima Madre, como lo dice el diptico que sale de su santisima boca, piedad maternal que siempre ha manifestado a su querido Carmelo?»

Quedo así San Bertoldo aureolado por tradiciones y leyendas que mucho contribuyeron a enardecer la piedad de los carmelitas a lo largo de su historia.

Lo que queda aquí reseñado puede explicar las últimas vicisitudes del culto a este santo: establecido en el Capítulo General de la Orden de 1654, suprimido en el breviario reformado de 1585, introducido de nuevo en 1609 y dotado de nuevas lecturas, expresamente aprobadas, en 1672. La fiesta, fijada el 29 de marzo, mantiene la misma fecha en el nuevo *Martirologio*.

Bibliografía

LOPFZ MELUS, R., *Los santos carmelitas* (Castellon 1989)

MARTINEZ CARRETERO, I., *Los Carmelitas*, VI (Madrid 1996) 13-14

STARING, A., «Bertoldo, priore generale dei Carmelitani», en *Bibliotheca sanctorum*, III (Roma 1990) 106 107

C) BIOGRAFIAS BREVES

BEATO GUILLERMO TEMPIER

Obispo († 1197)

Fue primero canónigo regular en San Hilario, de Poitiers, y en 1184 fue elegido obispo de la ciudad. La fama que ha quedado de él es que defendió con tesón los derechos de su Iglesia y por ello hubo de sufrir no poco, mostrando ánimo fuerte y paciencia, tanto que se le llegó a llamar Guillermo el fuerte.

Tuvo en vida enemigos, pero tras su muerte, ocurrida el 29 de marzo de 1197, nadie puso en duda la santidad que le atribuía el pueblo, que acudía a su tumba en demanda de protección.

SAN LUDOLFO

Obispo († 1250)

Fue primero un ejemplar religioso premonstratense, al que por ello se le llamó al episcopado y fue elegido en 1236 obispo de Ratzeburg.

Tenía un alto criterio de la santidad que debía tener el clero y por eso propuso a su cabildo catedral convertirse en una comunidad de premonstratenses, y él fue el primero en mostrar que seguía observando fielmente la regla. Construyó y dotó el monasterio de benedictinas de Rehna. Defendió frente a la autoridad civil las propiedades de la Iglesia, lo que le valió prisión y destierro, muriendo en Wismar el 29 de marzo de 1250 como consecuencia de los malos tratos. No ha faltado quien sugiera para él el título de mártir

BEATO JUAN HAMBLEY

Presbitero y mártir († 1587)

Un día del mes de marzo de 1587, en las cercanías de la Pascua, fue ahorcado y descuartizado en Salisbury el joven sacerdote secular Juan Hambley o Hambly, de veintisiete años de edad, y natural de Cornualles, que luego de haber estudiado en Reims y haberse ordenado sacerdote volvió a Inglaterra.

Fue arrestado y acusado de traición, por el solo hecho de ser sacerdote, en el verano de 1586. Al ser juzgado en marzo del año siguiente por el juez Gent, éste le invitó a darse cuenta de que el camino elegido por él llevaba a la muerte mientras que si se conformaba a las leyes inglesas en materia religiosa, se le abría un buen futuro en libertad y con un buen beneficio. El joven sacerdote fue envuelto en las artimañas del juez y le fue prometiendo hacer cuanto aquél le sugería, de manera que el tribunal quedó con la impresión de que había logrado atraerlo al protestantismo. Pero a la mañana siguiente cuando el juez le pidió, según la costumbre, por segunda y última vez que ratificara su promesa de conformarse, él respondió con gran presteza y resolución que tenía vergüenza y dolor de haber prometido el día anterior su conformidad con las leyes religiosas inglesas. El juez, que tan alegre y satisfecho había concluido la vista del día anterior, se llenó de cólera y le preguntó por qué ese cambio de un día a otro. Y el mártir respondió que la causa no era otra que su convicción propia, la que le había valido estar en la cárcel los últimos tiempos, y que de lo profundo de su corazón se dolía de la debilidad mostrada el día anterior, obtenida por las amenazas y halagos del juez, pero que desde aquel momento no esperaran de él ninguna debilidad. Le recordó el juez que, persistiendo en esa actitud, le aguardaba una muerte crudelísima, pero el mártir respondió que la recibiría con gratitud. En esta actitud se mantuvo con gran constancia y al día siguiente tuvo lugar su ejecución. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987. El nuevo *Martirologio romano* lo conmemora el 29 de marzo.

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Asti, San Segundo, mártir (fecha desconocida)
- 2 En Tesalonica (Macedonia), San Domnino (s IV), mártir
- 3 En Senlis, San Regulo (s IV), obispo
- 4 En Constantinopla, la conmemoración de muchos santos mártires que en tiempos de Constancio padecieron destierro o tormentos por orden del obispo arriano Macedonio
- 5 En el Monte Sinaí, San Juan Climaco († 649), abad **
- 6 En Siracusa (Sicilia), San Zosimo († 660), obispo *
- 7 En Coventry (Inglaterra), Santa Osburga († 1018), abadesa
- 8 En Aquino, San Clinio († ca 1030), abad
- 9 En La Aguilera (España), San Pedro Regalado († 1456), presbítero, de la Orden de Menores **
- 10 En Vercelli, Beato Amadeo IX († 1472), duque de Saboya **
- 11 En Su-Ryong (Corea), los santos Antonio Daveluy, obispo, Pedro Aumaitre, Martín Lucas Huin, presbítero, Jose Chang Chu-gi, Tomás Son Cha-son y Lucas Hwang Sok-tu († 1866), catequistas, mártires *
- 12 En Nápoles (Italia), Beato Luis de Casoria Palmentieri († 1885), presbítero, de la Orden de Menores **
- 13 En Turín, San Leonardo Murialdo († 1900), presbítero, fundador de la Sociedad de San José **
- 14 En San Julián (Guadalajara, México), San Julio Álvarez Mendoza († 1927), presbítero y mártir *
- 15 En Viena (Austria), Beata María Restituta Elena Kafka († 1943), virgen, de la Congregación de Terciarias Franciscanas de la Caridad Cristiana *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN CLÍMACO

Abad († 649)

El monte Sinaí, de tantos recuerdos bíblicos, forma un macizo de cumbres y valles pedregosos y resacos sin apenas vegetación. Cuando lo visitó la monja Eteria, nuestra peregrina, el Sinaí estaba poblado de monjes. Eteria vio varios monasterios, capillas custodiadas por monjes, cuevas en las que moraban anacoretas «y una iglesia en la cabeza del valle, delante de la iglesia hay un amenísimo huerto con agua abundante, en

el cual está la zarza; muy cerca se enseña el lugar donde se hallaba el santo Moisés cuando le dijo Dios: Desata la correa de tu calzado».

Aún se conserva el monasterio de El-Arbain o de los Cuarenta mártires, llamado así porque, a fines del siglo IV, los beduinos asesinaron en aquel lugar a cuarenta monjes. Mas la iglesia de que nos habla Eteria es, sin duda, la que hizo edificar Santa Elena en el siglo IV y que, en 527, fortificó el emperador Justiniano, lo mismo que al monasterio que está junto a ella. Dicho monasterio se llama de Santa Catalina, puesto que guarda las reliquias de la santa alejandrina desde hace muchos siglos. Justiniano fortificó también otros monasterios sinaítas para proteger a los monjes de las incursiones de los beduinos de los desiertos cercanos.

El monasterio de Santa Catalina, único que ha mantenido la vida monacal en aquellos parajes agrestes, está situado a más de dos mil metros al pie del Djebel-Musa o monte de Moisés. De la parte trasera del monasterio arranca un caminito escarpado, con peldaños labrados en la roca (tres mil en total) que lleva a la cumbre. Vive en él una comunidad de monjes ortodoxos griegos y guarda una famosa biblioteca con 500 manuscritos antiguos. En el siglo pasado fue descubierto en ella el Códice Sinaítico, del siglo IV, con todo el Nuevo Testamento y la mayor parte de la versión griega del Antiguo. Dicho códice fue regalado al zar de Rusia, el cual compensó al monasterio con 9.000 rublos. Estuvo depositado en la Biblioteca de Leningrado hasta 1933, en cuya fecha lo adquirió el Museo Británico por 100.000 libras esterlinas.

El recuerdo de Moisés y de Elías, a quienes había hablado Dios en aquel monte, atrajo desde los primeros tiempos a muchos anacoretas. Después de la legislación que Justiniano dio a los monjes, éstos vivían en recintos cerrados y sólo se permitía la vida solitaria dentro de la clausura. Cada monasterio se regía a su modo, sin regla común; mas todas estaban inspiradas en los preceptos que San Basilio había dado a los monjes. Los divinos oficios duraban seis horas. El resto del día lo ocupaban en el trabajo manual y en el estudio. Se tejían sus propios vestidos: túnica burda de pelo de cabra o de borra, ceñidor, manto y san-

dalias. Preparaban pergaminos, transcribían e iluminaban códices. Comían una sola vez al día y practicaban extremado ayuno en Cuaresma y Adviento. La caridad en forma de hospitalidad era característica de los monjes. Junto a cada monasterio estaba la hospedería para peregrinos y viajeros.

En este ambiente discurrió la vida de San Juan Clímaco, el más popular de los escritores ascéticos de aquellos siglos, debido a su única obra *Escala del paraíso*. Los pocos datos biográficos que han llegado a nosotros los sabemos principalmente por el monje Daniel, el cual vivía en el monasterio cercano de Raytún, situado hacia el mar Rojo. Daniel los redactó poco después de la muerte del santo para encabezar el libro de éste.

Juan Clímaco vivió en la segunda mitad del siglo VI y la primera mitad del VII. Era muy joven cuando un buen día se presentó al monasterio del Sinaí dispuesto a consagrarse a Dios. Ni los bienes de su casa, que eran muchos, ni la educación distinguida que había recibido, ni un porvenir halagador fueron obstáculo para emprender una vida humilde y austera. Todo lo fue olvidando heroicamente bajo las instrucciones de un excelente religioso llamado Martirio, y después de tres años de noviciado —el tiempo que preceptuaba la regla— entro en la comunidad de monjes. Desde el primer momento, la obediencia y el estudio fueron su divisa. Daniel afirma escuetamente que era monje sumiso e instruido en letras.

Unos años después había muerto el monje Martirio y nuestro santo se retiró al extremo del monte a unos cien metros de una ermita. Allí vivía más cerca de Dios en un antro angosto o celda natural, la cual fue testigo, durante muchos años, de sus prolongadas oraciones, contemplaciones, penitencias y lágrimas. Allí aprendió lo que años después aconsejaría al abad de Raytún en una carta que se ha conservado: «Entre todas las ofrendas que podemos hacer a Dios, la más agradable a sus ojos es indiscutiblemente la santificación del alma por medio de la penitencia y de la caridad». Allí venció al demonio de la gula, comiendo poco; al mismo tiempo que dominaba la vanagloria, comiendo de todo lo que permitía la regla monástica, pues sabía que las extremadas abstinencias fueron motivo de ostentación en otros monjes. Pasó cuarenta años ajeno a la

desidia, dado al estudio y al trabajo, larga la oración y breve el sueño, parco en el comer y benigno con los visitantes molestos.

Al principio vivió completamente aislado; mas corrió la fama de su erudición y santidad, y varias personas iban a él en busca de consejo. Juan las instruía con toda caridad; porque, como dejó escrito, «quien con sus enseñanzas puede contribuir a la salvación de sus hermanos y no les reparte con plenitud de caridad la ciencia que haya recibido, tendrá el castigo del que oculta el talento debajo del celemín». No faltaron envidiosos que le tildaron de charlatán, por lo cual él mismo se impuso la penitencia de no enseñar con palabras sino con obras de penitencia, dulzura y modestia. Ello duró hasta que los mismos que le habían difamado fueron a rogarle que renovara sus divinas instrucciones. No estuvo a refugio de las tentaciones, sino que pasó momentos de tristeza y desaliento con ganas de echarlo todo a rodar. Pero se tranquilizaba luego, pensando en que agradaba a Jesucristo y que muchos habían llegado a la santidad por aquel camino.

Cuando murió el abad de Monte Sinaí, los monjes fueron en busca de Juan y le rogaron que aceptara el cargo de sucesor. El santo opuso excusas y resistencias, pero los monjes no cesaron hasta que aceptó y se fue al monasterio con ellos. No se habían equivocado: Juan desempeño el cargo con sabiduría, bondad de carácter y vida ejemplar.

Siendo abad, redactó, o terminó por lo menos, *Escala del paraíso*, fruto de su larga experiencia ascética. Se compone de treinta grados, que son otros tantos capítulos en donde el santo explica, en forma de aforismos y sentencias, las virtudes del monje y los vicios que deberá vencer. El estilo es muy sencillo y claro; al alcance de todos. Se sirve de ejemplos vividos en los monasterios. Así nos dice que, edificándole la virtud del monje cocinero, le preguntó una vez cómo podía andar recogido en todo momento con una ocupación tan material. El cocinero le respondió: «Cuando sirvo a los monjes me imagino que sirvo al mismo Dios en la persona de sus servidores, y el fuego de la cocina me recuerda las llamas que abrasarán a los pecadores eternamente».

Los primeros grados de *Escala del paraíso* son: la renuncia a la vida del mundo, a los afectos terrenos, al afecto de los parien-

tes, la obediencia, la penitencia, el pensamiento de la muerte y el don de lágrimas o, como él dice, la tristeza que nos causa alegría.

«Carísimos amigos —escribe el santo—, en la hora de la muerte, el juez soberano no nos echará en cara el no haber obrado milagros, o no haber sabido sutilizar en materias elevadas de teología, como tampoco el no haber llegado a un elevado grado de contemplación, sino el no haber llorado nuestros pecados de modo que mereciesemos el perdón»

Los grados siguientes son: la dulzura que triunfa de la cólera, olvido de las injurias, huir de la maledicencia, pues ésta reseca la virtud de la caridad; amor al silencio, porque el mucho hablar lleva a la vanagloria, huir de la mentira, que es un acto de hipocresía; combatir el fastidio y la pereza, puesto que esta última destruye por sí sola todas las virtudes; practicar la templanza, porque el golosinear es una hipocresía del estómago, el cual dice que se va a saciar con aquello y no se sacia. Contentando la intemperancia, viene la impureza; de aquí que el grado siguiente sea el amor a la castidad. La castidad —dice— es un don de Dios, y para obtenerlo conviene recurrir a él, pues a la naturaleza no la podemos vencer con sólo nuestras fuerzas. Siguen los grados que tratan de la pobreza, virtud opuesta a la avaricia, del endurecimiento del corazón, que es la muerte del alma, del sueño, del canto de los salmos, de las viglias, de la timidez afeminada, de la vanagloria, del orgullo y de la blasfemia. Luego, las virtudes típicamente contemplativas: dulzura del alma, humildad, vida interior, paz del alma, oración y recogimiento. El último grado del libro está dedicado a las virtudes teologales.

Movido de la caridad operante, hizo edificar una hospedería para peregrinos a poca distancia del monasterio. Enterado de ello el papa San Gregorio el Grande, quiso ayudarle enviándole una cantidad junto con una carta, que se ha conservado, en la que se recomienda a sus oraciones.

Murió con la misma simplicidad que había vivido. Su *Escala del paraíso* se hizo pronto famosa. El libro fue copiado y leído en todos los monasterios, se tradujo al latín y el autor fue siempre conocido con el sobrenombre de Clímaco, del griego *chymax*, que significa «escalera». También le llamaron Juan el Escolástico, apelativo que sólo se daba a personas de muchos conoci-

mientos. Juan Clímaco es uno de los Santos Padres de la Iglesia griega.

JUAN FERRANDO ROIG

Bibliografía

Act SS Boll, 30 de marzo *Vita*, abreviada Otra *Vita* mas extensa se encuentra en PG 88,596s

Obras PG 88

PARGOIRE, J, «Un pretendu document sur Saint Jean Climaque» *Echos d'Orient* 8 (1905) 372ss, 26 (1923) 440ss

RADERUS, M, *Opera Johannis Schol Climax* (Paris 1663)

BEATO AMADEO DE SABOYA

Duque († 1472)

El Beato Amadeo de Saboya fue el noveno de este nombre y el tercer duque de aquel Estado, vivió treinta y siete años (1435-1472), reinó solamente siete (1465-1472); y fue inscrito en el catálogo de los bienaventurados dos siglos más tarde bajo el pontificado del Beato Inocencio XI

La Saboya fue siempre uno de los lugares más bellos de la región alpina; situada en el centro de Europa, en territorio francés, al occidente de la cadena de los Alpes, guarda dentro de sí las cumbres más elevadas desde el Monte Blanco hasta el Monte Thabor. La magnificencia de sus costas, la grandiosidad de su paisaje, su infinita variedad, los contrastes de color y de vida, la melancólica belleza de las ruinas de castillos y monasterios, ofrecen un espectáculo estupendo, que arrebató la admiración. Sus habitantes son conocidos por la bondad de su carácter y por la sencillez de sus costumbres, defendidos del influjo y contacto con otras gentes por la aspereza de sus montañas, han sabido conservar sus primitivas tradiciones. El saboyano es fuerte y alegre; tiene pocas necesidades y sabe desde antiguo solucionárselas por sí mismo; es, además, religioso y amante de sus instituciones. Cada uno de los siete valles principales de las tierras saboyanas tiene su propia fisonomía en tipos y maneras, hablándose por este motivo de los «siete países saboyanos», variedades de un mismo tipo social montañés.

La casa de Saboya es una de las familias más antiguas e ilustres, que han reinado en Europa casi hasta nuestros días. Parece ser que su fundador fue Humberto I Blancamano, descendiente de la casa de Sajonia, que vivió en los años 985 al 1048, prestó buenos servicios al rey de Arlés Rodolfo III, y al emperador Conrado el Sábico, recibiendo en recompensa numerosas tierras y privilegios. A través de los siglos el Estado saboyano fue ensanchando sus límites geográficos, las guerras entre los señores feudales, las alianzas, las capitulaciones matrimoniales y las herencias de nobles, fueron abriendo camino al esplendor de la casa de Saboya. En el siglo XV, durante el largo gobierno de Amadeo VIII, los dominios saboyanos alcanzaron la máxima extensión, comprendiendo entre otros territorios la Saboya, el Piamonte y el País de Vaud. Aunque se había avanzado notablemente en el sentido de sustituir el antiguo régimen feudal por un Estado moderno, sin embargo, aún no había desaparecido la organización feudal, que se desarrolló más en la Saboya que en el Piamonte, con grandes y poderosas casas señoriales, afincadas en los cerrados valles alpinos con escasos centros urbanos.

Amadeo VIII de Saboya, de sobrenombre «el Pacífico», consiguió en 1416 del emperador Segismundo la transformación del condado en ducado, recibiendo la solemne investidura. Destacaron en este príncipe sus inquietudes espirituales y su amor por la vida ascética, llegando a crear en la corte un acentuado ambiente de religiosidad, dentro del cual discurrieron los primeros años de vida de su nieto el Beato Amadeo IX de Saboya. Amadeo VIII «el Pacífico», después de haber llevado su casa a una altura jamás soñada en tiempos atrás, se dedicó a dejar el gobierno en manos de su hijo Luis II de Saboya y a retirarse a la vida eremítica con algunos de sus mejores amigos y fieles consejeros, fundó la Orden Militar de San Mauricio, a la que señaló como residencia un nuevo monasterio levantado por su mandato en Ripaglia, cerca de Tournon, y entró en el retiro con sus amigos el día 16 de octubre de 1434, vistiendo todos una túnica y capucha grises, llevando como distintivo un cinturón dorado y una cruz también dorada sobre el pecho. La decisión del duque de Saboya causó honda impresión en Europa, y

llamó la atención de los Padres del concilio de Basilea, quienes, después de haber depuesto al papa de Roma Eugenio IV, lo eligieron como sucesor de San Pedro. El duque aceptó la tiara y fue consagrado y coronado el 24 de julio de 1440 con el nombre de Félix V, nueve años más tarde, en bien de la paz de la Iglesia, el antipapa Félix renunció al papado en el concilio de Lausana de 1449, el nuevo pontífice Nicolás V lo preconizó cardenal obispo de Saboya y delegado apostólico en Saboya y parte de Suiza, murió en 1451 y sus huesos hallaron descanso en un magnífico monumento erigido en su nombre en la catedral de Turín.

Su nieto, el Beato Amadeo IX de Saboya, nació en Tournon el 1 de febrero de 1435, habiendo sido el hijo primogénito de Luis II de Saboya y de Ana de Lusitania, hija del rey de Chipre. La dulcedumbre del lago de Ginebra, al pie de cuyas colinas se alza el pequeño pueblo de Tournon, comunicó al joven Amadeo su encanto y su poesía, y las cimas nevadas del San Bernardo y del Monte Blanco infundieron en su alma el amor por todo lo cándido y puro. Sus cristianos padres lo educaron en el santo temor de Dios, juntamente con sus otros diecisiete hermanos. Muy pronto se manifestaron en el príncipe los piadosos sentimientos y una natural inclinación hacia la virtud; de niño, cuando jugaba y paseaba por los jardines de su palacio, gustaba de hincarse de rodillas y elevar sus manos y sus ojos al cielo, dirigiendo a Dios fervorosas jaculatorias, de joven, se apartaba del fastuoso brillo de la corte, prefiriendo la conversación con los pastores y la meditación en la pasión de Jesucristo, arrasándosele los ojos de lágrimas al contemplar el crucifijo. Su semblante siempre risueño, sus maneras apacibles, su estilo a la vez humano y majestuoso, le hicieron muy pronto dueño de todos los corazones. El Beato Amadeo de Saboya tuvo desde los primeros años de su juventud aquella dulzura, aquel encanto e irresistible simpatía que desprende la santidad verdadera, sin votos de religión, sin hábitos sacerdotales, en medio del bullicio de una corte europea del medievo, supo llevar a la práctica aquel mandamiento de Jesucristo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto», porque la santidad puede y debe hacerse en todos los lugares y tiempos, y en todos los modos de

vida, acomodando nuestra voluntad a la voluntad de Dios y guardando sus santos preceptos.

Después del tratado de Cleppié (1453), a los diecisiete años de edad, Amadeo IX de Saboya contrajo matrimonio con Violante de Valois, también conocida con el nombre de Yolanda de Saboya, hija del rey de Francia Carlos VII y hermana del más tarde también rey de Francia Luis XI, de la cual estaba prometido desde la cuna (1436). Fue Violante una mujer afectuosa, fiel y amante de su casa y familia, ambos esposos estuvieron desde un principio muy unidos, no sólo en la comunidad de vida, sino principalmente en la rectitud de conciencia y en idénticos sentimientos. La castidad matrimonial fue fecunda, habiendo nacido del amor conyugal nueve hijos, a los que sus padres supieron legar, además de los bienes de fortuna, su religión y virtud; una de sus hijas subió a los altares con el nombre de Beata Luisa de Saboya, la cual, muerto su marido, se encerró en un convento de clarisas, siendo autorizado su culto por el papa Gregorio XVI.

En el año 1465 el Beato Amadeo IX de Saboya sucedió a su padre en el trono, y con este motivo las virtudes que adornaron al príncipe alcanzaron mayor brillo con la diadema. Desde un primer momento, sabedor de que toda autoridad y poder viene de Dios, se esforzó en imponer en la corte sus piadosas tendencias, volviendo la vida cortesana a lograr el mismo o mayor nivel de religiosidad que tuvo en los tiempos de su abuelo Amadeo VIII «el Pacífico». El ejemplo de los príncipes es siempre poderoso y eficaz en la mejoría de las costumbres, el modo de vida del Beato Amadeo de Saboya impuso en todos sus vasallos un sello tan fuerte de honradez, que por mucho tiempo se vio el vicio desamparado en todos sus Estados. La falta de compostura en el templo, el hablar con menosprecio de la religión, las conversaciones licenciosas en la corte, eran motivo suficiente para incurrir en la desgracia del príncipe, quien siempre se mostró resuelto e intransigente cuando estuvieron por medio los intereses de Dios. Fue norma constante en su vida de gobierno el anteponer el servicio de Dios a todas las restantes cosas. No hubo a la sazón corte más brillante ni mejor arreglada en toda Europa, reinando la paz y la justicia con todos sus derechos, y

extendiéndose la vigilancia del príncipe a todos sus Estados con segura política interior.

Argumento singular de santidad en el Beato Amadeo de Saboya fue su amor a los pobres; teniendo delante de los ojos aquellas palabras de Jesucristo: «Lo que hicieréis con los necesitados, conmigo lo haceis», solía repetir, para justificar sus afanes en favor de los desvalidos: «Me conduelo tanto de los pobres, que al verlos no puedo contener las lágrimas. Si no amase a los pobres, me parecería que no amaba a Dios». Empleó mucha parte de sus riquezas en fundar hospitales y en dotar los ya existentes con mayores rentas, conservándose todavía en el Piemonte y en la Saboya numerosos vestigios de la magnificencia del caritativo príncipe. Con su propia mano atendía a los necesitados, gozando al distribuirles personalmente las limosnas, visitaba a los enfermos en sus humildes viviendas, socorriéndoles con tanto cariño y solicitud, que alguno de ellos llegó a decir que sólo por haber sido asistido por el santo duque bendecía la hora en que Dios le había postrado en el lecho víctima de penosa enfermedad, llamábanle el padre de los necesitados, y a su palacio, el jardín de los pobres.

La tradición nos ha conservado una simpática anécdota, que nos descubre hasta dónde llegó la caridad del corazón del Beato Amadeo de Saboya. En cierta ocasión, habiéndole preguntado un embajador de un príncipe extranjero si tenía jauría de perros y si le gustaba la caza como entretenimiento, el duque le contestó: «Tengo otros entretenimientos, en los que me ocupo con mayor placer, deseo que vea el señor embajador con sus propios ojos el objeto de mis distracciones». Seguidamente el príncipe abrió el balcón de la sala, descubriéndose un gran patio, en el cual iban y tornaban numerosos criados atendiendo y dando de comer a más de quinientos pobres. «Ved ahí, señor embajador, mis divertimientos, con los que intento conseguir el reino de los cielos». El embajador intentó diplomáticamente censurar la conducta del santo duque, y le dijo: «Muchas gentes se echan a mendigar por pereza y holgazanería». A lo que respondió el caritativo príncipe: «No permita el cielo que entre yo a investigar con demasiada curiosidad la condición de los pobres que acuden a mi puerta; porque si el Señor mirase de igual manera

nuestras acciones, nos hallaría con mucha frecuencia faltos de rectitud». Replicó el embajador: «Si todos los príncipes fuesen de semejante parecer, sus súbditos buscarían más la pobreza que la riqueza». A lo que contestó el Beato Amadeo de Saboya: «¡Felices los Estados en los que el apego a las riquezas se viera por siempre desterrado! ¿Qué produce el amor desordenado de los bienes materiales, sino orgullo, insolencia, injusticia y robos? Por el contrario, la pobreza tiene un cortejo formado por las más bellas virtudes». Añadió el embajador: «En verdad que vuestra ciencia, en relación con los restantes príncipes de este mundo, es totalmente distinta, porque en todas partes es mejor ser rico que pobre, pero en vuestros Estados los pobres son los preferidos». Continuó el santo duque: «Así lo he aprendido de Jesucristo. Mis soldados me defienden de los hombres, pero los pobres me defienden delante de Dios». Ningún otro príncipe rayó a tanta altura en el ejercicio de la caridad, un día sus ministros le advirtieron que el tesoro se hallaba exhausto a causa de tantas limosnas, y el santo no dudó un momento en entregarles el rico collar de la orden militar que llevaba sobre su pecho, para remediar las necesidades más urgentes de los pobres que acudían a su palacio. Fue siempre clemente y compasivo, sin que estas cualidades le desviaran en ningún caso de la justicia, que administraba con entera rectitud.

Pero quiso Dios probar su virtud con diferentes y graves adversidades, purificando el alma de su siervo como oro en crisol, para que resplandeciera mayormente su santidad. Porque la virtud tanto más vale, cuanto mayor esfuerzo significa; por ello la santidad es patrimonio de almas heroicas, aunque ayudadas siempre de la gracia divina. Durante toda la vida se vio el Beato Amadeo de Saboya atormentado por frecuentes ataques de epilepsia; esta enfermedad, tan sensible como vergonzosa por los impropios movimientos que causan las contorsiones, le sirvió para ejercitarse en la paciencia cristiana, aceptando con alegría la voluntad del cielo. Solía repetir:

«Nada mas útil para los grandes y poderosos, que las dolencias habituales, que les sirven de freno para reprimir la vivacidad de las pasiones y templan las dulzuras de esta vida con una amargura saludable»

Por razón de esta dolencia, los enfermos atacados de epilepsia vienen acudiendo en sus súplicas al Beato Amadeo de Saboya, desde el momento de su muerte, como a especial abogado, encontrando eficaz ayuda y remedio para su mal.

Otra fuente de numerosos sinsabores y grandes amarguras para el Beato Amadeo de Saboya fue la defensa de sus Estados, en tiempos en que la ambición de los príncipes multiplicaba las guerras. Rico de virtudes personales, pero pobre de salud, el santo duque hubiera abdicado si la duquesa Yolanda, mujer de gran energía, no se lo hubiera impedido, para asegurar la sucesión de sus hijos, ocupándose ésta directamente del gobierno de Estado por encomienda de su esposo. Conocedores de esta situación de aparente debilidad, algunos príncipes de los Estados colindantes intentaron incrementar sus dominios a costa de la casa de Saboya, e incluso algún familiar del santo duque pretendió destronarlo para ceñirse la corona ducal, unos y otros tropezaron con la entereza del Beato Amadeo de Saboya en la defensa de sus derechos, quien supo poner remedio pacífico a violentas situaciones con la magnanimidad de su corazón. Concedió inmediatamente la libertad al duque Galeazzo María Sforzia, tan pronto como supo que sus soldados lo habían arrestado, sorprendiéndolo al atravesar disfrazado las tierras de Saboya, cuando regresaba desde Francia a sus Estados, sin embargo, no pudo conseguir la amistad del duque, desde antiguo enemigo de la casa de Saboya. Años más tarde, cuando el marqués de Monferrato rechazó el derecho del Beato Amadeo IX de Saboya al homenaje, reclamado en conformidad con el tratado de 1412, dando con ello origen a la guerra en el Piamonte, el duque de Milán, Galeazzo María Sforzia, intervino a favor del marqués; la duquesa Yolanda se alió con Borgoña y Venecia, nombró capitán general de sus tropas a Felipe de Bressa, hermano del duque de Saboya, y logró ayuda de su hermano Luis XI de Francia; mas otra vez el bondadoso corazón del Beato Amadeo se interpuso a favor del duque de Milán, firmó con él nuevos tratados, le dio como esposa a su hermana menor Bona de Saboya, logrando una paz definitiva en 1468. Felipe de Bressa, de carácter levantisco e inquieto, apoyado por el duque de Borgoña, intentó apoderarse del Estado, asediando a Mont-

mélian en 1471, donde se encontraba la corte; pero tan sólo pudo hacer prisionero a su hermano Amadeo, mientras Yolanda se refugiaba en Grenoble, salvando a sus hijos en Francia, la intervención de Luis XI de Francia y la presión diplomática de Milán y Suiza hicieron el acuerdo; Felipe de Bressa dejó que Amadeo retornase con su mujer, devolvió las fortalezas, y obtuvo para sí la lugartenencia por benigna concesión de su hermano ya enfermo de muerte. Yolanda de Saboya condujo ahora al príncipe al Piamonte, estableciéndose en la ciudad de Vercelli, en otros tiempos de la corona de Saboya, pero a la sazón en poder del duque de Milán, amparándose en la protección del duque.

Rodeado de tantas desventuras, el Beato Amadeo de Saboya fortalecía la entereza de su carácter y la bondad de su corazón con los consuelos de la religión; muchas veces fue a pie, acompañado de su esposa, a Chambery, para tributar culto al Santo Sudario, que se venera en aquella ciudad, fue muy devoto de la Santísima Virgen, a la que llamaba su Señora y a la que honraba con frecuentes devociones; hizo a Roma de incógnito una visita, encontrando en aquellos santos lugares paz para su alma e incremento de su piedad, dejando en la iglesia de San Pedro y en otras de la Ciudad Eterna ricos presentes.

Consumido, en fin, a violencias de tantos rigores, conociendo cercano su acabamiento, llamó a su presencia a los principales señores de su corte, nombró regente de sus Estados a la duquesa, su mujer, fiel compañera, e hizo testamento político con estas palabras:

«Mucho os recomiendo a los pobres, derramad sobre ellos liberalmente vuestras limosnas, y el Señor derramara abundantemente sobre vosotros sus bendiciones, haced justicia a todos sin acepcion de personas, aplicad todos vuestros esfuerzos para que florezca la religion y para que Dios sea servido»

Éste fue su testamento, y también el programa de su política durante los pocos años de su reinado. Murió en Vercelli en el año 1472 el día 30 de marzo, fecha en que la Iglesia celebra su memoria. La noticia de su muerte puso fin a las procesiones públicas rogativas, llevando el luto a todos los lugares de la Saboya y el Piamonte. Fue sepultado en la románica iglesia de San Eu-

sebio de Verceli, debajo de las gradas del altar mayor, confirmando el cielo con numerosos milagros la fama de santidad que ya en vida gozaba Amadeo IX de Saboya.

Su compaisano San Francisco de Sales un siglo más tarde, haciendo viaje a Roma, quiso pasar por Verceli, para rezar delante de las reliquias del siervo de Dios Amadeo, encontrando alegría para su alma en la iglesia de San Eusebio; y testigo del vivo culto popular, alimentado con los muchos prodigios acaecidos junto a su sepulcro, rogó al papa Paulo V que fuese canónicamente reconocido, pero fue otro siglo después cuando el papa Beato Inocencio XI concedió a Amadeo IX de Saboya los honores de la beatificación, y dio licencia para que se rezase oficio y se dijese misa en su honra dentro de los dominios del duque de Saboya y dentro de Roma en la iglesia de la nación. En el largo espacio de cinco siglos no se ha entibado la devoción de los pueblos hacia el santo duque, existiendo en la actualidad en casi todos los lugares del antiguo ducado de Saboya numerosos testimonios del culto popular.

Uno de sus sucesores, Carlos Manuel I (1580-1630), durante su reinado mandó acuñar algunas monedas de plata con la efigie del Beato Amadeo, rodeada de la siguiente inscripción: «Bendice a tu descendencia», el pueblo llamó a las monedas mayores de nueve florines «Beatos Amadeos», y a las monedas más pequeñas de tres florines simplemente «beatas», nombre que sirvió durante mucho tiempo para designar en general a todas las monedas de plata de pequeño tamaño en los países de Europa.

DOROTEO FERNANDEZ RUIZ

Bibliografía

CARRONE DI SAN TOMMASO, F, *Tavole genealogiche della Real Casa di Savoia* (Turin 1837)

GABOTTO, F, «Lo Stato Sabaudo da Amedeo VIII ed Emmanuele Filiber Yolanda, duchesa di Savoia» *Miscellanea di Storia Italiana* 31 (1894)

THORIN, J H, *Vie de la Bienheureuse Louise de Savoie, princesse de Chalon, religieuse clarisse* (Paris 1876)

VALOIS, N, *La crise religieuse du XV siecle* (Paris 1909) (Sobre Amadeo VIII)

SAN PEDRO REGALADO

Presbitero († 1456)

Un día del verano de 1493 la pacífica villa de Aranda de Duero hallábase agitada por una algazara y regocijo difícilmente descriptibles. Labriegos y pastores, hidalgos vestidos de fiesta, hombres y mujeres humildes del campo castellano, afluían a ella de todos los contornos para dirigirse desde allí al convento de La Aguilera. Ello era debido a que la reina Isabel se dirigía a visitar el sepulcro de San Pedro Regalado. A su incomparable majestad de reina católica, uníase en este momento la satisfacción de ser ya señora de una España totalmente redimida. Granada acababa de ser incorporada a la corona de Castilla. El milagro de América había conmovido al mundo desde sus cimientos. Por los caminos de España corrían vientos de grandeza.

Aquel día la nación entera, representada en su reina, iba a postrarse de rodillas ante la tumba del humilde franciscano muerto treinta y siete años antes. Cuando Isabel entró en la iglesia, se volvió hacia las damas de su séquito y dijo: «Pisad despacio, que debajo de estas losas descansan los huesos de un santo».

¿Cómo era posible que, en tan corto espacio de tiempo, el que allí reposaba hubiese adquirido una fama de santidad tan grande? No es difícil contestar a esta pregunta. San Pedro Regalado es uno de esos seres afortunados, innumerables dentro del catolicismo, que responden con ejemplar disposición a un designio providencial. Nació en Valladolid, en 1390, en la famosa calle de Las Platerías, que aún hoy conserva su nombre y el antiguo rango que tuvo en la corte de España. A los trece años ingresó en el convento de franciscanos, el cual no era entonces precisamente un modelo de observancia. Estamos en una época en que la disciplina y costumbres de religiosos y sacerdotes habían llegado a un grado de relajación que hoy nos resulta inconcebible. Causas muy diversas habían producido aquella situación, que los historiadores se complacen en pintar con los colores más negros. A las naturales consecuencias del cisma de Occidente se había unido la gran peste de Europa, que dejó despoblados los conventos. Para llenarlos de nuevo, fueron admitidas gentes sin preparación ninguna, deseosas únicamente

de colmar sus ambiciones al amparo de las inmunidades del claustro.

No faltaban quienes se dolían en lo más hondo de su alma de aquel estado de cosas. Y precisamente un franciscano que vivía en el convento de La Salceda, por tierras de Guadalajara, se decidió a reñir la única batalla que podía resultar victoriosa, la de la renovación profunda de la vida monástica. Era fra^e y Pedro de Villacreces, también de origen vallisoletano, el cual tenía fama de santo en los conventos de la Orden. Un día, cuando menos lo esperaban los religiosos del de San Francisco de Valladolid, el anciano Villacreces se les entró por las puertas causando una profunda impresión. ¿A qué venía fray Pedro?, comenzaron a comentar en corrillos los reverendos moradores de la casa.

Contrastaba con la de muchos de ellos la espiritualizada figura de Villacreces, era alto, de una delgadez ascética, de ojos negros y vivísimos, manso como un hilo de agua, ardiente como un rayo de sol. En íntimo consorcio se habían juntado en él la reciedumbre del hombre de Castilla y la amorosa suavidad del Poverello de Asís. ¿Que a qué venía fray Pedro? Pronto vieron satisfecha su curiosidad cuando supieron que con las debidas autorizaciones salió una mañana del convento, en dirección a un lugar cercano a Osma. No iba solo, le acompañaba fray Pedro Regalado. Éste, de quince años, Villacreces, de más de sesenta. Les unía un mismo espíritu: afán de santidad. El viejo formaría al joven. Algún castellano que a aquellas horas pasaba por las calles estrechas de Valladolid, pudo ver a los dos religiosos avanzar sin más provisiones que un báculo y un breviario. Camino largo, mendigando de puerta en puerta. Jornadas a pleno sol y, a ratos, a la luz de la luna, hasta que llegaron por fin a La Aguilera, donde el obispo de Osma había autorizado a Villacreces para fundar allí un humilde convento. Y empieza la nueva historia.

La Aguilera iba a ser un foco de restauración de la vida religiosa franciscana en su más auténtica pureza. Con algunos otros religiosos que pronto se le unieron, y sobre todo con los jovencitos a quienes él pudo formar desde el primer momento, Villacreces lograría hacer del naciente eremitorio una fidelísima

reproducción de la austeridad impresionante que San Francisco de Asís vivió en los «primitivos tugurios» de Rivotorto y La Porciúncula. Bajo la mano del mismo, fray Pedro Regalado fue recorriendo los humildísimos cargos propios de la vida de un convento pobre en que las almas santas suelen dar pasos de gigante en su camino hacia Dios. Limosnero por los pueblos vecinos, sacristán, ayudante de la cocina, encargado de atender a los pobres que llamaban a las puertas del convento... Así vivió durante once años, hasta 1415, fecha en que Villacreces se trasladó de nuevo a la provincia de Valladolid para fundar otra casa de recolección en El Abrojo, término de Laguna de Duero. Con él llevó al Regalado para que fuese maestro de novicios, aun cuando no tenía más de veinticinco años, y sólo tres de sacerdocio.

A partir de este momento, la vida de fray Pedro Regalado es una continua entrega a las más heroicas virtudes. No conoce límites para sus penitencias, y pide a los novicios el cumplimiento exactísimo, por amor, de todas las exigencias de la regla. A veces sale a predicar por los pueblos cercanos, Tudela de Duero, las dos Quintanillas, Matapozuelos, Portillo, y sabe dar a su predicación un tono de tan encendido amor a las almas, que las gentes le siguen por los caminos deseosas de confiarle sus culpas de toda índole. Pronto empieza a hablarse de milagros múltiples realizados por su mano.

Muerto el padre Villacreces en 1422, y tras algún breve interregno, los religiosos de ambas casas, La Aguilera y El Abrojo, le eligen prelado o vicario, confiando así a su esfuerzo la tarea de continuar el propósito reformador que había guiado al que las fundara. Nadie más indicado que él para lograrlo plenamente. Por ambas Castillas se extendió rápidamente su fama, y los buenos hijos de la Iglesia, testigos involuntarios de las profundas perturbaciones de su época, contemplan con creciente admiración aquellas casas de la reforma, llamadas *Domus Dei* la de La Aguilera y *Scala Caeli* la de El Abrojo, a las que pronto seguirían otras hasta hacer «las siete de la fama» —así las llamaron en antiguos documentos—, las cuales vinieron a ser anticipados y eficacísimos focos de la renovación más tarde iniciada con carácter general por el cardenal Cisneros. Es ésta, sin duda, la glo-

ria más insigne de San Pedro Regalado y de su maestro, el padre Villacreces: haberse adelantado ofreciendo un ejemplo vivo y estimulante a la reforma que más tarde emprende la Orden del Císter, y que después extiende a toda España el gran cardenal regente de Castilla.

Vicario, pues, de ambos conventos, distribuía el Regalado alternativamente su vida entre uno y otro, hasta que decidió morar habitualmente y durante la mayor parte del año en La Aguilera, lugar más propicio para el retiro y la contemplación a que deseaba entregarse. La casa de El Abrojo, por su proximidad a Valladolid, era frecuentemente visitada incluso por personajes de la Corte, que acudían en demanda de sus consejos. Alguna vez pudo verse allí al entonces omnipotente favorito don Álvaro de Luna y al propio rey don Juan II de Castilla. El consiguiente ruido que tales visitas producían no agradaba a quien tenía como suprema ambición de su alma la unión con Dios y la más estrecha penitencia, para poder ser el orientador vivo de la deseada reforma.

Nada perdonó para conseguirlo. Las célebres constituciones de que San Francisco de Asís dotó a su predilecta casa de la Porciúncula, completadas en cuanto a su aplicación con minuciosas y detalladas normas que Villacreces había añadido como natural derivación de aquéllas en el ambiente del momento, fueron fidelísimamente observadas. Doce horas diarias de oración mental y vocal repartidas entre el día y la noche, trabajos manuales en el campo para ayudar a los labradores y así obtener alguna limosna, prohibición absoluta de almacenar provisiones fuera de las que exigía el sustento diario de la comunidad, celdas y habitaciones del convento «abyectísimas y vilísimas», silencio casi continuo, negativa terminante a recibir dinero ni siquiera como estipendio por la misa u otras funciones litúrgicas. . tal era el género de vida de aquellas casas.

En cuanto a su formación científica, San Pedro Regalado se distinguió también como maestro de espíritus y predicador elocuente, aunque, más que por el aparato doctrinal, por la fuerza de la santidad vivida y el calor de sus exhortaciones. No eran las suyas casas de estudio, su fundador, Villacreces, quiso hombres penitentes, no estudiantes. De sí mismo decía:

«Recibí en Salamanca grado de maestro, que no merezco, empero mas aprehendi en la cella llorando en tinibia que en Salamanca, Tolosa e Paris estudiando a la candela Guay de mi, que estudiamos por nuestras ciencias, e somos curiosos en los pecados e defectos agenos e olvidamos los nuestros Mas queria ser una vejezuela simple con caridad e amor de Dios e del proximo, que la Teologia de San Agustin e del Doctor Sutil Scoto»

En el último período de su vida, años de 1445 al 1456, el Regalado vive ya sumergido plenamente en el océano sin límites de la contemplación divina. Sin abandonar nunca sus rigurosas prácticas ascéticas, ayuno diario, total abstinencia de carne, intensa flagelación corporal, se ve favorecido y goza de extraordinarios dones místicos. Su piedad tiene tres vertientes principales: la Eucaristía, la devoción a la Santísima Virgen y el recuerdo de la pasión del Señor. Particularmente esta última le atraía con fuerza irresistible. Muchas noches, en el cerro del Águila, próximo al convento, se le podía ver practicando el ejercicio del Viacrucis con una pesada cruz de madera sobre sus hombros, sogá al cuello y corona de espinas en su frente.

La Virgen María, siempre tan amada en la Orden franciscana, se llevó también el corazón del gran penitente, y ella anda mezclada en uno de los más famosos milagros de su vida, recogido por cierto en el proceso de canonización. En la madrugada de un 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, hallábase rezando matines en el convento del Abrojo, y sintió especial deseo de venerar a María en la iglesia de La Aguilera, a ochenta kilómetros de distancia, la cual había consagrado él a este dulce misterio. Y al instante fue transportado por los aires en brazos de los ángeles, guiado por una estrella que representaba a la Madre del cielo. Satisfecho su piadoso deseo, fue igualmente devuelto al Abrojo sin que los frailes hubiesen advertido su ausencia. Este prodigio es el que ha servido para inspirar la iconografía del santo.

Murió el Regalado en 1456. La fama de taumaturgo que le había acompañado en vida creció con su muerte. En su sepulcro se obraron maravillas tantas que los frailes se vieron obligados —dice el historiador D'Ocampo— a no admitir nuevas relaciones. No sólo el pueblo humilde y sencillo, y en ocasiones crédulo, sino lo más conspicuo y representativo de la vida espa-

ñola de nuestros grandes siglos, veneró con fervor extraordinario la memoria del gran hijo de San Francisco de Asís. Obispos y nobles, militares y embajadores de países extranjeros, incluso nuncios y enviados del Romano Pontífice, acudieron a La Aguilera atraídos por la poderosa influencia que ejercía en toda España el humilde convento, gracias a este insigne varón de Dios y a otros que le siguieron después por idéntico camino de virtud y penitencia. Allí estuvo, en las postrimerías de su vida, el cardenal Cisneros. Allí también, el emperador Carlos, cuyo concepto de la casa era tan elevado que se le atribuye haber dicho que, al salir de Aranda hacia La Aguilera, debía el visitante ir con la cabeza descubierta. De igual modo, don Juan de Austria, Felipe II, y los demás reyes de España.

Fue beatificado en 1683 por Inocencio XI y canonizado en 1746 por Benedicto XIV, y ese mismo año fue declarado patrono de Valladolid y de su diócesis.

MARCELO GONZALEZ

Bibliografía

- Acta SS Boll*, 30 de marzo *Vita*, por A DAZA, en latín
BERGLIN, *Saint Pierre Regalat, prêtre, frere mineur de l'Observance* (Perigueux 1898)
CARRION GONZALEZ, L., *Historia del Convento Domus Dei*
GUTIERREZ, G., OFM, *Breve compendio de la vida, virtudes y milagros del Beato Pedro Regalado* (Por Antonio Rodriguez de Figueroa, Valladolid 1692)
INFANTES, F J., *Historia de la vida, virtudes y milagros del glorioso San Pedro Regalado* (Impr de Julian Pastor, Valladolid 1854)
LEON, N., *L'aureole seraphique vies des saints et bienheureux des trois Ordres de Saint François*, II (Paris 1882) 155s
— Actualizacion
EGIDO, T., *San Pedro Regalado* (Valladolid 1983)
PINO, F., *Vida de San Pedro Regalado Sueno* (Valladolid 21984)

BEATO LUIS DE CASORIA

Presbitero († 1885)

Arcángel Palmentieri nació el 11 de marzo de 1814 en Casoria (Nápoles), hijo de Vicente Palmentieri, vinatero, y de Cándida Zenga, pobres pero profundamente cristianos. Fue bautizado al día siguiente, en la parroquia de San Mauro de Casoria. De niño hizo sus primeros estudios en la escuela de su pueblo y,

después, fue enviado por su padre a Nápoles para que aprendiera el oficio de carpintero, hasta que mostró indicios de vocación sacerdotal.

Por la pobreza de sus padres, que no podían costear sus estudios, y apoyado por su madrina Ángela Abate, obtuvo del cardenal Ruffo Scilla, arzobispo de Nápoles, recibir el hábito clerical y continuar sus estudios eclesiásticos, cuando la ayuda prometida por su madrina vino a menos y atraído al mismo tiempo por los franciscanos de San Antonio de Afragola (Nápoles), fue recibido en la misma Orden de los Hermanos Menores el 18 de junio de 1832, en su convento de San Juan del Palco en Taurano (Avellino).

Hizo el noviciado en Lauro, cerca de Nola (Nápoles). En su profesión tomó el nombre de Luis y, como era costumbre en la Orden en su tiempo, añadió como «apellido» el topónimo natal. Por eso se llamó, y es conocido desde entonces, como Luis de Casoria.

Cursó los estudios filosóficos y teológicos en el estudiantado del convento de San Pedro en Aram (Nápoles) y allí permaneció hasta su ordenación sacerdotal el 4 de junio de 1837.

Como tenía dotes intelectuales excepcionales, en 1841 los superiores le destinaron a enseñar filosofía, matemáticas, física y química. Pero a sus treinta y tres años le asaltó una inquietud inexplicable, una crisis de la que salió «rebautizado». Se cuenta que en una ocasión, mientras oraba en la iglesia de San José dei Ruffi, en Nápoles, sufrió un desmayo y cayó en tierra sin sentido. Realmente fue en la adoración de la Eucaristía donde se encontró a sí mismo como «hombre nuevo» en Cristo, y así decidió vivir en plenitud el carisma franciscano interpretándolo sobre todo por la vivencia de la virtud de la caridad. Desde entonces todos observaron que se dedicó en cuerpo y alma a obras sociales y de caridad. Fue, pues, en 1847 cuando percibió en la oración que el Señor le indicaba un nuevo camino que debía recorrer al servicio de los pobres y enfermos.

Empezó con iniciativas sencillas pero ingeniosas, por ejemplo montando una farmacia en su propia celda del convento de San Pedro en Aram para los frailes enfermos y, poco después, adquirió un edificio y finca llamada La Palma, en Scudillo de

Capodimonte, con el fin de crear una enfermería para los mismos franciscanos y para los sacerdotes pobres inscritos en la Orden Tercaria franciscana. Porque al mismo tiempo se prodigó en la difusión de la Tercera Orden franciscana por toda la Campania, sin medios económicos y fiándose de la providencia, con un sentido especial, e inculcando en sus miembros las obras de caridad, pues decía: «La Tercera Orden sin una obra de caridad, ni me agrada ni la deseo».

En 1854 acogió con entusiasmo la idea del sacerdote genovés Olivieri, que se dedicaba a acoger niñas negras. Y, de modo similar, fundó una obra destinada al rescate de los niños negros vendidos como esclavos, con el fin de educarlos cristianamente. En el mismo convento fundado por él, de La Palma en Scudillo, acogió a los dos primeros «moritos», Rab y Margian, los primeros africanos a quienes educó en su propia casa para que luego pudieran ser apóstoles de África, porque pensaba que «África debe convertir al África». Esta experiencia le animó a enviar también misioneros a África. Así unía en un solo objetivo dos finalidades: educar niños africanos educados por él de los que pudieran salir misioneros para África.

Logró que Fernando II, el rey de las dos Sicilias, aprobara en 1856 esta idea y la pusiera bajo su protección real. En agosto de ese año fray Luis ya había reunido a nueve niños negros, de los que cinco fueron bautizados por el cardenal de Nápoles. En febrero de 1857 obtuvo del mismo rey la suma necesaria para el rescate de otros doce niños y, ante la dificultad de la gestión, él mismo se embarcó el 9 de abril para Alejandría y en concreto El Cairo. Como se retrasaba su liberación, desde Egipto visitó mientras tanto los santos lugares de Tierra Santa y, después, ya regresó otra vez desde Alejandría a Nápoles con esos niños rescatados presentándoselos al rey. Este pequeño núcleo familiar de futuros misioneros indígenas aumentó de tal forma que en 1858 eran 38, al año siguiente 45 y poco más tarde 64. Vivían como en un seminario menor o escuela apostólica donde podían formarse con las bases suficientes para los estudios eclesiásticos y, si no deseaban seguirlos, para ser hombres de bien y cristianos cabales.

Como es natural, esta acción misionera requería ayudas y cooperadores. Primero presentó su proyecto a los superiores de

su provincia religiosa; después elevó la propuesta al general de la Orden, quien dio su aprobación con un reglamento singular: la sede radicaría en la casa de La Palma y fray Luis era nombrado responsable de la enfermería y de la obra de los «Moritos». Enseguida recibió también la aprobación de la Congregación de Propaganda Fide que había solicitado. De este modo las ayudas comenzaron a llegar no sólo desde Nápoles sino también desde Alemania, y concretamente desde Colonia, donde había nacido en ese mismo tiempo una institución para ayudar al rescate de niños negros. El rey de Nápoles llegó a expropiar un edificio contiguo al de La Palma para que la obra contara con mayor holgura.

El mismo proyecto lo aplicó a la vez para niñas negras, las «Moritas», ayudado por la Beata Ana María Fiorelli Lapini, fundadora de las Hermanas Estigmatinas, a quienes al principio encomendó su cuidado. Así, pues, en 1859 en la zona de Capodimonte (Nápoles) fundó un colegio para niñas africanas donde comenzaron a educar a doce niñas negras junto con otras niñas pobres de la ciudad.

En 1860, durante los conflictos bélicos, propuso al Beato Pío IX su inquietud respecto a si en aquella situación debía continuar con todo este proyecto. El Papa le animó a proseguir la obra emprendida y entonces fray Luis incluso se dedicó a ser instrumento de reconciliación entre los partidarios de los distintos regímenes políticos, actuando de embajador del gobierno italiano ante el arzobispo de Nápoles que había sido expulsado por un teniente coronel garibaldino.

Mostró, pues, su amor a la Iglesia en su caridad por todas las comunidades e iglesias tanto cercanas como lejanas. Como puede comprobarse, su amor a Dios y a la Iglesia, junto con su amor por los países sin recursos, le llevó a inventar unas fundaciones con una creatividad y originalidad impensables para su tiempo. El Beato Bartolomé Longo escribió de él que tenía a Francisco de Asís por mente y a Vicente de Paúl por corazón.

Promovía la cultura, a la que consideraba camino de acceso para acercar la promoción humana a la fe, y por eso puso en marcha distintas iniciativas culturales, como: un observatorio meteorológico, cinco revistas, la traducción del latín al ita-

liano de las obras de San Buenaventura y una edición de bolsillo de la Biblia.

En 1864, para promover el diálogo entre la fe y la ciencia creó también en Nápoles una «Academia de la religión y de las ciencias» y lo hizo de tal forma que recibió el apoyo de diferentes e ilustres intelectuales de su tiempo. En el mismo año puso en funcionamiento un periódico titulado «La caridad» en el que colaboraban escritores insignes.

En 1866, antes de la supresión de las órdenes religiosas en Italia, fundó un colegio denominado «La caridad» donde se formó Benedicto Croce. Todas estas experiencias tan originales en el ámbito de la educación y de la cultura, le atrajeron la admiración de muchas personas, incluso de no creyentes o anticlericales. Hasta tal punto que el rey Víctor Manuel II le otorgó la Cruz de la Orden de los santos Mauricio y Lázaro, a la que fray Luis renunció por humildad.

Promovió también muchas obras de beneficencia en favor de niños huérfanos, como la de la obra de los «Accatoncelli» para recoger a niños vagabundos en Nápoles, así como para acoger también a sordomudos y ciegos. Creó orfanatos y escuelas con comedores, granjas agrícolas y tipografías para niños, hospitales para enfermos y residencias para ancianos abandonados. Incluso cajas de ahorros para favorecer la economía de la gente humilde.

Para sostener todas estas obras fundó dos congregaciones religiosas: los «Hermanos de la caridad» (llamados «Bigi», es decir, «Grises», por vestir el color primitivo del hábito franciscano), y en 1862 las «Hermanas grises isabelinas de la Tercera Orden de San Francisco» («Bigie», «Grises», también por la misma razón y puestas por él bajo el patrocinio de Santa Isabel de Hungría).

A pesar de sobrellevar todas estas instituciones caritativas, su espíritu misionero le llevó a seguir promoviendo la formación del clero indígena. En 1864 obtuvo el permiso de la Congregación de Propaganda Fide para hacerse cargo de la misión de Scellal, confiando a sus misioneros toda el África Central. Con este motivo en 1865 se embarcó en Trieste para Alejandría y El Cairo y, a través del Nilo, llegó a Asuán en 1866. Desde allí

se acercó a Scellal, donde comenzó su apostolado de caridad a favor de los indígenas. Con él viajaban tres «moritos» educados en Nápoles, uno recién ordenado sacerdote y dos seglares. Construyeron un hospital y abrieron una escuela de artes y oficios y otra de árabe y de italiano.

En 1866, a su vuelta, fue acusado insidiosamente por un ex-fraile de haber contravenido las leyes sanitarias enterrando, supuestamente, algunos muertos de cólera en el jardín de la casa de las «moritas». El 30 de agosto fue arrestado, pero el 11 de septiembre siguiente, como se comprobó que la acusación era falsa, fue liberado. Poco después, en octubre, recibió la noticia del cierre de la casa de Scellal por falta de medios. A pesar de sus intentos no logró reabrirla y en 1867 se vio obligado a devolverla a Propaganda Fide.

En 1877 confesaba con gran sencillez en su testamento:

«El Señor me llamo para el con dulcísimo amor y me dirigió en el camino de la vida con infinita caridad [] El amor de Jesucristo hirió mi corazón, mi costado y mis manos, mis pies, mi cuerpo hasta exclamar «o amor o morir de amor»

En 1881 presentó a la Congregación de Propaganda Fide un nuevo proyecto, que fue aprobado, para desarrollar la obra educativa de los «moritos». Y encomendó a sus hermanos «Bigi» la educación de estos niños negros en el instituto de San Rafael de Nápoles. Desde entonces se dedicó aún con mayor intensidad a la vida contemplativa y de unión con Dios, que siempre había sabido compaginar con su apostolado de caridad.

Con ocasión del VII centenario del nacimiento de San Francisco de Asís, promovió un monumento a su santo fundador en Posilipo, que fue inaugurado el 3 de octubre de 1882.

En 1883 presentó al ministro de Asuntos Exteriores un proyecto de misión católica, con iglesia y escuela, para ser fundada en Assab. El proyecto fue aprobado, incluso dedicó a dos padres de sus hermanos la puesta en marcha, pero por diversas dificultades no pudo ser llevado a término.

El 28 de enero de 1885, León XIII, al comprobar su dedicación a la educación de los «moritos» y sus buenos resultados, lo nombró sucesor de don Nicolás Olivieri y de don Blas Verro en la «Obra del rescate», para que también prosiguiera con aquella

acción apostólica, similar a la que venia realizando, auténticamente caritativa y misionera.

La muerte le sorprendió en la mañana del 30 de marzo de 1885, lunes santo, en el Hospicio Marino de Frisio, Posilipo (el último fundado por él para marineros ancianos), y allí reposa su cuerpo bajo la custodia de las Hermanas Isabelinas.

Tanta era su fama de santidad que, en el mismo año de su muerte, se introdujo la causa de beatificación en el arzobispado de Nápoles. Pablo VI declaró sus virtudes heroicas. En julio de 1992 Juan Pablo II dio el decreto sobre el milagro que había acontecido en Salerno sobre una curación realizada por intercesión de Luis de Casoria en 1985 a favor de sor Luisa Capecelatro, Hija de la Caridad, y el mismo papa Juan Pablo II lo inscribió en el catálogo de los beatos el 18 de abril de 1993.

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografía

- FABIANI, L., *Vita popolare del ven. P. Ludovico da Casoria* (Napoles 1931)
FRESCADORE, E., «Ludovico da Casoria», en *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, V (Roma 1978) 748 752
JUAN PABLO II, «Venerabili Dei Servo Ludovico a Casaurea Beatorum honores decernuntur» *AAS* 86 (1994) 18 20
NARDI, G., *I colleghi dei moretti a Napoli del ven. P. Ludovico da Casoria* (Roma 1967)

SAN LEONARDO MURIALDO

Presbitero y fundador († 1900)

Leonardo Murialdo no es un hombre que nos resulte lejano en el tiempo: nace en Turín (Italia) el 26 de octubre de 1828 y muere en la misma ciudad el 30 de marzo de 1900.

Tras perder muy pronto a su padre, su madre decide mandarlo al colegio que los padres escolapios tenían en la ciudad de Savona, donde recibe los rudimentos de fe y caridad que luego le serían fundamentales para la labor que el Señor le habría de pedir. Los siete años que pasa allí quedarán grabados en su memoria como experiencia de vida.

Entre los catorce y quince años sufre una crisis religiosa que le abrió los ojos y el corazón y comprendió, sobre todo, el amor

que Dios le tenía y la equivocación de no seguirlo en todo. Volvió entonces a su antiguo director espiritual, el padre Pullini, con quien se desahogó y confesó sus pecados. Fue el comienzo de una gran conversión, pero fue, además, un encuentro con el Dios que ama y perdona.

Con 16 años, Leonardo continúa los estudios en su casa. Por entonces, un día de cuaresma, entra en una iglesia y escucha admirado al sacerdote que habla sobre el infierno. Esto supuso la irrupción definitiva del Señor en su vida. Se siente llamado, interpelado por Dios. Piensa primero hacerse capuchino, pero con la ayuda de su padre espiritual decide ingresar en el seminario. A partir de este momento tiene sus ideas claras y lo repite a todos: «seré sacerdote».

A los 17 años, superada ya la crisis religiosa, decide consagrarse a Dios. Se forma en los estudios y en la ciencia de Dios. Los años pasan veloces para este joven que tiene ansias de apostolado. El día 20 de septiembre de 1851 recibe la ordenación sacerdotal. Se convierte en el cura de los barrios pobres, el apóstol de los pequeños deshollinadores, de los chicos de la calle, de los encarcelados, de los jóvenes obreros. Piensa en la formación profesional de los jóvenes, en su capacitación para un mundo adulto y obrero.

Es una persona dulce y noble, un hermano que entrega todo a los que no tienen casa o familia, que están solos y sin cariño, que no conocen a Dios. Entre los propósitos que hace con motivo de su ordenación podemos leer: «quiero ser un sacerdote piadoso, culto, prudente, dispuesto a todo tipo de trabajo, abierto a todas las personas, testigo del amor de Dios y de Cristo. Donde se encuentren almas en peligro, jóvenes que sufran, allí quiero correr, dispuesto a sacrificarme por todos y a darme a todos». Todo un ideal de su vida.

En 1857, un feliz encuentro con un conocido sacerdote de su misma ciudad, Don Bosco, le abre perspectivas nuevas. Este último le invita a dirigir el oratorio de San Luis y a trabajar con los jóvenes. Inicia así su apostolado en los barrios de Turín donde durante catorce años trabajará sin descanso. Se da a los pobres, a quienes considera sus maestros, más aún, sus formadores; vive y habla con ellos, se hace solidario con ellos sin me-

dida y sin tiempo. Se daba a todos sin reserva. Ése, precisamente, fue el secreto de su fecundo apostolado.

Escribió que abrir un oratorio era cerrar una cárcel. Y añadió: «orar, aprender, jugar, todo eso es un oratorio» En efecto, uno de los problemas del Turín de la segunda mitad del siglo XIX eran los jóvenes y abandonados. Sin embargo, en su labor no está solo; otros sacerdotes como Don Bosco, Cottolengo o Cafaso iban por el mismo camino.

Pero Leonardo no se queda sólo con los jóvenes, también busca otros campos de trabajo. Va a las cárceles turinenses donde le reservan los casos peores y más difíciles, convirtiéndose en un amigo comprensivo que acogía y exhortaba al bien. También entre los hospitales era conocida su persona, comprensión y acogida. Todo esto no le impedía ser un predicador querido y apreciado por todos, en círculos muy distintos de los anteriores. Sus ansias de apostolado le llevan donde haya necesidad. Se decía de él que ejercía la virtud con hechos más que con palabras. Fue apóstol de la juventud trabajadora, educador de los pobres, amigo de los sin techo.

En 1866 acepta dirigir el colegio «Artesanitos», una institución para chicos pobres y huérfanos. Fueron 34 años de trabajo hasta su muerte. En él estudiaban jóvenes abandonados y pobres a los que había que cuidar, proteger, educar y buscar trabajo. Su gran finalidad era la educación cristiana. Ésta no se podía alcanzar sin una instrucción religiosa que había de integrar catequesis y educación. Cada joven era para él un alma que cuidar y, sobre todo, que salvar. El amor fue la palabra clave de su acción pedagógica. Decía a sus colaboradores que debían tener siempre un rostro apacible, un trato cortés, un hablar gracioso, amable, lleno de afecto y que era necesario en su trato con los jóvenes manifestar siempre mucho afecto.

Todo esto formaba parte de su pedagogía juvenil. Eran los duros inicios de la revolución industrial italiana. Se trataba de preparar a los muchachos para el trabajo de las fábricas. En el colegio «Artesanitos» se instruía para ejercer distintos oficios, como carpintero, ebanista, zapatero, encuadernador, sastre. Llegó a haber hasta trece tipos distintos de especializaciones, incluyendo un estudio de pintura.

Dócil a la voluntad de Dios y para dar continuidad a su misión educativa, el 19 de marzo de 1873 dio vida a la Congregación de San José («Josefinos de Murialdo»), formada por sacerdotes y laicos. Ese día hicieron los votos los cuatro primeros miembros de la congregación, cuatro sacerdotes y dos laicos. Su ideal era educar en la piedad e instrucción técnica a los jóvenes pobres, abandonados y necesitados de ayuda. Poco a poco se les añadieron numerosos compañeros. El proyecto inicial fue creciendo. Todo se puso bajo la mirada de San José, el artesano de Nazaret.

Su obra conoció el éxito, pero también las dificultades. Los obispos del norte de Italia lo llamaron para que abriera en sus diócesis nuevos oratorios que se irían difundiendo poco a poco gracias a la fuerza persuasiva de su personalidad rica y apostólica.

La pedagogía de San Leonardo se puede resumir en las palabras que él mismo escribió: «en el espíritu de dulzura, de paciencia y de familiaridad, porque éste es el secreto para realizar el bien entre los niños y los jóvenes». Este estilo educativo encuentra su fuente en el amor misericordioso de Dios que Murialdo experimentó desde su juventud. Todo se puede resumir en el vivir con los niños y jóvenes como «amigo, hermano y padre».

¿Cuál era su secreto? Nuestro santo tenía una fuerte espiritualidad que se fundaba en el hecho de que creía en el amor de Dios con toda su mente y su corazón. Se sentía en el centro de una historia de amor que es, a su vez, un misterio y un milagro. A eso se unía una profunda confianza en la providencia divina. Una frase frecuente en él era: «dejemos actuar a Dios». Hay que fiarse de Dios, hacer lo que Él disponga.

Superó muchas enfermedades. El año 1900 comenzó mal para él. Celebró su querida fiesta de San José y el 20 de marzo su última misa. Después se tuvo que retirar porque le faltaban las fuerzas. Con gran serenidad y paciencia, no hacía más que rezar. La mañana del 28 de marzo pidió recibir la unción de los enfermos. En esos momentos escribió: «Es hermoso abandonarse en las manos de Dios que murió por nosotros» Respondiendo a la pregunta de como se encontraba, decía siempre:

«estoy esperando». La espera no duró mucho. Esa misma noche entró en agonía y murió la mañana siguiente, 30 de marzo de 1900, Viernes de dolores. Se decía de boca en boca: ¡Ha muerto Murialdo! ¡Ha muerto un santo!

En su sepulcro en la iglesia de Santa Bárbara de Turín está escrito lo que podría ser la síntesis de su vida: «Hagamos y callemos» y una frase evangélica: «El que se humilla, será ensalzado».

El 3 de noviembre de 1963 fue beatificado por Pablo VI. El 3 de mayo de 1970, el mismo Papa le proclamó santo. En aquella ocasión dijo de él que su historia fue simple, sin misterios ni aventuras. Se desarrolló entre personas, lugares y situaciones que todos conocen bien. Fue hermano de todos, compañero de viaje, hombre humilde, sacerdote piadoso y ejemplar, fundador sabio y trabajador, apóstol eficaz que ofreció su amorosa y desinteresada asistencia a los necesitados rodeándoles de comprensión, instrucción y amor, elevándolos moral y espiritualmente. La sociología de la Iglesia encuentra en él una manifestación elocuente y positiva.

Hoy, los «Josefinos de Murialdo» continúan en la Iglesia su amor por niños y jóvenes en centros juveniles, colegios, casas-hogar, parroquias, misiones... Están presentes en varios países de América Latina, Europa y África

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

AAS 63 (1971) 177 184

BEA, F, *Il Beato Leonardo Murialdo* (Roma 1963)

REFFO, E, *La vita del beato Leonardo Murialdo* (Turin 1963)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ZÓSIMO DE SIRACUSA

Obispo († 660)

Nace en Siracusa hacia el año 570 y no tiene más que siete años cuando ingresa en el monasterio de Santa Lucía bajo el abad Fausto. Llegada la edad apropiada, profesa como monje y

se acredita en el monasterio, cuyos monjes lo eligen abad a la muerte de Fausto, y el obispo Juan lo ordena de presbítero.

Gobernó santamente el monasterio muchos años hasta que en el 648 lo eligen obispo de Siracusa. Su vida inmaculada, su caridad exquisita con los pobres, su devoción mariana y otras muchas cualidades le granjearon el amor del pueblo. Murió con 90 años hacia el año 660.

*SANTOS ANTONIO DAVELUY, PEDRO AUMAÎTRE,
MARTÍN LUCAS HUIN, JOSÉ CHANG CHU-GI, TOMÁS
SON CHA-SON Y LUCAS HWANG SOK-TU*

Mártires († 1866)

En la población coreana de Su-Ryong (o Siou-Yeng) fueron martirizados el 30 de marzo de 1866 el obispo Antonio Daveluy, dos misioneros (Pedro Aumaître, Martín Lucas Huin) y tres catequistas (José Chang Chu-gi, Tomás Son Cha-son y Lucas Hwang Sok-tu), que habiendo trabajado juntos por la dilatación de la fe, y padecido cárcel juntamente, luego de haberse animado mutuamente a la perseverancia, recibieron juntos la palma del martirio y entraron juntos en el reino de los cielos.

Antonio Daveluy, francés, era ya sacerdote desde 1841 y viced párroco de Roye cuando en 1843 ingresó en la Sociedad de Misiones Extranjeras y fue destinado a Macao, entrando a poco en Corea con el vicario apostólico mons. Ferreol. Superando mala salud y muchas dificultades trabajó ejemplarmente, lo que le valió ser elegido obispo coadjutor del vicariato, con el título de Akka, y fue consagrado el 25 de marzo de 1857. Capturado el 11 de marzo de 1866, se le torturó bárbaramente para que dijera los nombres de los cristianos, pero no delató a ninguno.

Martín Lucas Huin, francés de Guyonville, donde naciera en 1836, era ya sacerdote y vicario de la parroquia de Voisey cuando se unió a la Sociedad de Misiones Extranjeras en 1863. Destinado a Corea, llegó en mayo de 1865 y se entregó a su trabajo con alegría y celo. Fue capturado el 10 de marzo de 1866.

Pedro Aumaître también era francés, de Aizecq, nacido en 1837, y entró en la Sociedad de Misiones antes de ordenarse sacerdote en 1862. Ya sacerdote llegó a Corea en 1863 y se en-

tregó con gran dedicación a su labor misionera. Fue apresado el 12 de marzo de 1866.

Tomás Son Cha-son era un hombre casado de 30 años de edad que colaboraba con la misión impartiendo catecismo a catecúmenos y neófitos.

Lucas Hwang Sok-tu era también casado y padre de familia, y había atraído a la fe a su mujer, a su hijo y a su padre y colaboraba en la traducción de libros cristianos al coreano, y tenía 52 años.

José Chang Chu-gi era cristiano desde pequeño pues nació en familia cristiana y ejercía fervorosamente como catequista, teniendo ya 64 años al tiempo de su martirio.

Fueron canonizados el 6 de mayo de 1984.

SAN JULIO ÁLVAREZ MENDOZA

Presbitero y martir († 1927)

Nacido en Guadalajara (México) el 20 de diciembre de 1866, muestra desde pequeño amor al estudio y, apoyado económicamente por los patronos de sus padres, estudia en un colegio superior y luego en el seminario diocesano de Guadalajara, donde pasa diez años. Se distingue por su inteligencia, constancia y buena conducta y se ordena sacerdote el 2 de diciembre de 1894

Ejerce su ministerio, primeramente, como capellán de Mechoacanejo, pero esta capellanía es elevada luego a parroquia y pasa mas tarde a la diócesis de Aguascalientes. Se acreditó como buen y celoso sacerdote, fomentando el espíritu liturgico de los feligreses y cuidando con gran celo la catequesis, y dando ejemplo de una vida piadosa y llena de virtudes. Era desprendido y generoso, constándoles a los pobres su caridad silenciosa y eficaz.

Llegada la persecución, procura pasar desapercibido mientras sigue ejerciendo su ministerio de forma oculta, visitando los ranchos y administrando en ellos los santos sacramentos y dando las catequesis. Iba precisamente al rancho El Salitre en la tarde del 26 de marzo de 1927 acompañado de dos jovenes para celebrar la misa y confesar, cuando se topa con una partida de soldados que lo capturan a él y a sus compañeros. En León el

general Amaro lo envía a San Julián, atado y a pie, recibiendo insultos y malos tratos y llegando exhausto. El general quería que la ejecución tuviera lugar en este pueblo para darle un escarmiento. Conducido en la madrugada del día siguiente al lugar de fusilamiento, protestó de su inocencia, pero otorgo el perdón a sus verdugos e intercedió para que no mataran a sus acompañantes.

Una vez fusilado el sacerdote, los soldados dejaron el cadáver sobre un basurero. Tenía tres tiros en el cuerpo y el de gracia en la mejilla. El sacristán de la parroquia del pueblo tomó el cadáver y lo llevó a su casa, donde acudieron fieles a velarlo antes de proceder a enterrarlo. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000.

BEATA MARÍA RESTITUTA ELENA KAFKA

Virgen y martir († 1943)

Nació en Hussowitz el 1 de mayo de 1894 en una familia checa católica. A los dos años, con su familia se trasladó a Viena. Luego de haber cursado los estudios primarios, a los 15 años se colocó como criada, y comenzó a pensar en hacerse religiosa. Empezó a trabajar en el Hospital de Lantz, atendido por las Hermanas de la Orden Tercera de San Francisco de la Caridad Cristiana, y cuando vio su género de vida, solicitó de sus padres permiso para ingresar en la comunidad. Le contestaron que no. Pero ella a los 19 años se marchó de casa y pidió el ingreso, y ante ello los padres dieron el consentimiento.

Empezó el noviciado el 23 de octubre de 1915 y dejó su nombre de Elena por el de María Restituta. Trabajó con tesón durante la I Guerra Mundial en el quirófano, y al término de la misma fue enviada al Hospital de Modling a un puesto poco deseado por otras pero que ella eligió voluntariamente. La llamaron sor Resoluta por su forma decisiva de afrontar las dificultades. Tras el Anschluss de 1938 quedaron prohibidas las actividades religiosas en los hospitales militares. La hermana Restituta continuó facilitando que pudieran recibir los sacramentos los enfermos que lo deseaban, haciendo la vista gorda los médicos. Pero cuando ella puso crucifijos en las habita-

ciones e hizo copias de un manifiesto antinazi, su cirujano la denunció.

Fue arrestada el 18 de febrero de 1942. En la prisión dio pruebas de una caridad y solidaridad admirables con los otros detenidos. Por orden de Martín Bormann, que decía que con ella había que dar un escarmiento, fue condenada a muerte. Vestida solamente con una falda de papel fue acompañada hasta la cámara de la muerte por el capellán que hizo sobre ella la señal de la cruz, y seguidamente fue guillotínada. Era el 30 de marzo de 1943. Fue beatificada en Viena el 20 de junio de 1998.

31 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1. En Argo (Persia), San Benjamín († 420), diácono y mártir *.
2. En Roma, la conmemoración de Santa Balbina, que dio título a una basílica en el Aventino, construida antes de finales del s. VI.
3. En Colonia (Alemania), San Agilolfo († 751), obispo.
4. En Borgo San Domenico (Parma), San Guido († 1046), abad *.
5. En Udine (Véneto), Beato Buenaventura Tornielli († 1491), presbítero, de la Orden de los Siervos de María *.
6. En Carlisle (Inglaterra), Beato Cristóbal Robinson († 1597), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I **.
7. En Ravensbruck (Alemania), Beata Natalia Tulasiewicz († 1945), mártir en la cámara de gas *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO CRISTÓBAL ROBINSON

Presbítero y mártir († 1597)

En el condado de Cumberland, en un pequeño pueblo, llamado Woodside, cercano a Carlisle, la capital del condado, nace en 1568 el que será sacerdote y mártir de la fe católica Cristóbal Robinson.

Le tocó nacer en un tiempo en el que ya por dos veces su patria, Inglaterra, había sido obligada por sus reyes —primero

Enrique VIII, luego su hija Isabel I— a abandonar la tradicional fe católica para abrazar una nueva religión. Esta nueva religión nacionalista, por un lado, se conformaba como protestante, por otro, porque ésa era la tendencia de Isabel, luego de que en el breve reinado de su hermano Eduardo VI el protestantismo hubiese logrado hacer avances en su país. Hay que repetir que no era exactamente la intención de Enrique VIII protestantizar su reino cuando rompió con Roma para manejar él autónomamente los asuntos eclesiásticos, pero inevitablemente su cisma se unía a la gran ruptura que el protestantismo significaba, y tenía lógica que más bien pronto que tarde, producida la ruptura con Roma, se produjera el contagio con los aires de la Reforma iniciada por Lutero y Calvino, como dos versiones de una misma revolución religiosa, en el corazón de Europa Surgió el anglicanismo, una tercera vía del protestantismo europeo, y se impuso desde el poder político como signo de que la independencia inglesa se llevaba hasta sus últimos extremos, es decir, incluyendo los aspectos religiosos. Como puede verse por los actos parlamentarios que establecieron la soberanía plena del rey de Inglaterra en materia religiosa, lo que se buscaba era impedir que ningún poder extranjero, y al papado había que considerarlo así, se inmiscuyera en los asuntos internos del reino inglés.

Esta opción cismática respecto de la sede romana creó en muchísimas almas un enorme problema de conciencia, y eran conscientes los poderes públicos de que solamente amedrentando con las máximas penas podía contenerse la oleada de protestas que espontáneamente brotaría de tantos corazones. Sin embargo, el catolicismo no pudo ser erradicado del país, aunque sí aminorado y arrinconado. Desafiando los peligros perseveraron miles de personas en la fe católica o se reintegraron o convirtieron a ella en los siglos en que la persecución duró. Y la propia Iglesia reaccionó tomando las medidas que se creyeron oportunas para que hubiera pastores de las almas fieles y receptores de los que con riesgo de su vida quisieran pasar al catolicismo. Para ello se fundan los colegios o seminarios de Douai, Roma, Valladolid, Sevilla, etc., que preparan a los aspirantes al sacerdocio, los cuales —lo saben— son al mismo

tiempo aspirantes al martirio, porque era muy probable que el que se atrevía a ordenarse en el extranjero y volvía a Inglaterra terminara en el patíbulo. El patíbulo que les esperaba era el reservado a los traidores, porque la corona inglesa y sus partidarios se empeñarán en hacer ver que no morían sino como traidores, y no, por tanto, como mártires.

Nuestro futuro mártir, de cuya primera infancia tenemos pocos datos, marchó a Reims a comienzos de 1589, y con Pedro Snow y otros compañeros fue admitido el 17 de abril en el colegio que, trasladado de Douai, se hallaba entonces en esta ciudad. Acabado el primer año de estudio, recibió la tonsura clerical el 18 de agosto de 1590 y las órdenes menores en la iglesia de Nuestra Señora de Reims. Prosiguió los estudios y en mitad del curso siguiente fue enviado a Soissons, donde el 30 y 31 de marzo de 1591 recibió respectivamente las órdenes mayores del subdiaconado y el diaconado. En el colegio, lleno de devoción y fe, continuó sus estudios, y con el alma entregada a la causa misionera, se acercó el 24 de febrero de 1592 al cardenal Segá, que le impuso las manos en Reims y le ordenó presbítero. Era sacerdote. Su ilusión. Su ideal. Continuó sus estudios hasta terminarlos en junio y quedó a la espera de la orden de volver a Inglaterra. Él se hallaba dispuesto a todo. Sólo era preciso que lo enviaran.

Y, en efecto, en agosto se tomó la determinación. Volvería como sacerdote a Inglaterra. El día 1 de septiembre de 1592 comenzó su viaje de vuelta a su patria. El lugar de su destino era el propio condado de Cumberland donde él había nacido, y el sitio habitual de su estancia era la propia Carlisle, la ciudad capital del condado.

Le esperaban seis años de trabajo apostólico, del que por desgracia no conservamos pormenores. Los podemos adivinar por lo que sabemos de la vida de todos estos intrépidos misioneros católicos. Tenían que vivir con mucha cautela, disimulando su condición sacerdotal, hospedándose donde hubiera un católico, también intrépido, que se expusiera a ser sorprendido con un sacerdote en su casa y, acusado de felonía, marchar él también al patíbulo. Toda discreción era poca porque el misionero no podía buscar adrede el martirio. Hacía falta vivo, para

que el rebaño fiel a la Iglesia católica tuviera ministros de la palabra y los sacramentos. No debía exponerse sino resguardarse y pensar muy bien con quién hablaba y qué decía. Aunque parezca lo contrario, los misioneros no eran personas asustadizas y espantadas que tenían como objetivo sobrevivir. Habían vuelto a Inglaterra a ejercer su ministerio y lo ejercían. Con sagacidad, con astucia, con prudencia de serpientes, inventando mil modos de pasar desapercibidos, y logrando decir misa, confesar, dar los últimos sacramentos, catequizar, atraer a los que sentían la comezón de la duda religiosa sobre su anglicanismo impuesto. El clima de catacumbas daba un aire especial a sus reuniones que manifestaban y al mismo tiempo alimentaban una fe firme y heroica, verdaderamente admirable.

En medio de estos años de su trabajo apostólico tuvo lugar en Durham el martirio de San Juan Boste (24 de julio de 1594). Fue allí a presenciarlo Cristóbal Robinson, y luego escribió una detallada relación del proceso y muerte del mártir, que sería más tarde publicada en el volumen primero de las publicaciones de la Catholic Record Society. El P. Robinson pudo presenciar cómo era llevado en una carreta desde la prisión hasta el lugar de la ejecución. Y oyó al mártir rezar el ángelus mientras subía los peldaños de la escalera del patíbulo, y presenció cómo el mártir empezó a hablar y no le dejaron y dijo entonces que su sangre hablaría por él. Obtenida licencia para recitar un salmo, otra vez fue interrumpido porque decían que estaba comentando, no recitando, el salmo. Le dijeron que pidiera perdón a la Reina, y él dijo no haberla ofendido. Vio cómo lo colgaban por un breve tiempo y lo bajaban cuando estaba aún vivo, y cuando fueron a sacarle el corazón oyó que el mártir decía al verdugo: Que Jesús te perdone. Este insigne martirio no horrorizó a Robinson, al revés le llevó a afianzarse más en su vocación misionera y a seguir trabajando por la causa católica, siempre con la perspectiva del martirio.

Éste llegó para él unos años más tarde. La fecha de su martirio es objeto de discrepancias. En la *Positio* inicial se le señala el 19 de agosto de 1598. En el breve de beatificación se señala el año 1587, lo que es manifiestamente falso pues asistió en 1594, como queda dicho, al martirio de San Juan Boste. Y en el

Martirologio se dice que se desconoce el día y da el año 1597, poniendo su memoria el 31 de marzo, por lo que reseñamos su biografía aquí. En una carta de Garnet, el provincial de los jesuitas, se da la fecha del 7 de abril. Fue localizado y arrestado en Johnby Hall, junto a Penrith en Cumberland, en la casa de Leonardo Musgrave y llevado a prisión en Carlisle. Aquí se le dio cuenta a un ministro protestante de la ciudad, llamado curiosamente también Robinson, y que muy pronto sería nombrado obispo de Carlisle, de que había sido apresado un sacerdote católico con este apellido. Y aquél decidió visitarlo en la cárcel para tratar de atraerlo al anglicanismo y salvarle la vida. Cristóbal se mostró cortés y amable con su visitante y comprendió la buena voluntad de fondo que el prelado anglicano tenía en atraerlo a su religión, por conquistar aquella alma y por librarlo del suplicio. Y escuchó con delicadeza las cosas que el obispo le decía con palabras dulces y halagadoras. Pero a todas sus palabras oponía la más firme persistencia en su fe católica, que ni por un momento se vio turbada o puesta en duda. El obispo volvió varias veces a la cárcel y dio repetidas conferencias al sacerdote preso, sin que ninguna de ellas lo moviera de su adhesión al catolicismo. Dejándolo por imposible, el prelado anglicano hubo de ver que el proceso seguía su curso. Cristóbal compareció en juicio, donde no se le halló reo de otro crimen que el de haberse ordenado sacerdote católico en el extranjero pese a la prohibición real y haber ejercitado su ministerio en el país. Fue condenado como traidor y destinado a la horca y descuartizamiento. También fueron condenados los Musgrave pero poco después fueron perdonados.

Todas las fuentes son contestes en que se portó en el patíbulo con mansedumbre y dulzura, y que en su rostro siempre amable había verdadera alegría. Fueron muchos a presenciar su ejecución y salieron tocados, de modo que se habló mucho tiempo en Carlisle de la heroica paciencia con que este conciudadano había sabido afrontar digna y heroicamente la muerte por su fe.

El papa Juan Pablo II beatificó a Cristóbal Robinson con otros mártires el 22 de noviembre de 1987.

Bibliografía

AAS 83 (1991) 870-876.

MORRIS, J., SJ, *The english martyrs* (Londres 1971).

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Westmonasterien. Beatificationis seu declarationis martyru venerabilium servorum Dei Georgii Haydock, sac. Joannis Roberts, sac. O.S.B. Arthuri Bell, sac. O.F.M. Roberti Southwell, sac. S.J. Philippi Howard, comitis de Arundel et sociorum in odium fidei ut fertur in Anglia interfectorum*, 4 vols. (Isola del Liri 1928).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BENJAMÍN

Diácono y mártir († 420)

Benjamín fue un diácono persa que en el reinado de Varanane V no cejó en la predicación del evangelio, mostrando un gran celo misionero así en sostener en la fe a los fieles como en llevar el evangelio a los paganos.

Arrestado y sometido a juicio, ante su negativa a renegar de Cristo y pasarse a la religión persa se le atormentó horriblemente, metiéndole cañas en las uñas. Finalmente se le atravesó el vientre con un palo espinoso que le causó la muerte el día 31 de marzo de 420.

SAN GUIDO DE POMPOSA

Abad († 1046)

Guido o Guy era natural de Rávena y fue educado con esmero por sus padres, que le prepararon un ventajoso matrimonio cuando llegó a la juventud. Pero él, que había correspondido siempre con obediencia a la solicitud amorosa de sus padres por él, les hizo ver que había elegido los valores evangélicos como la mejor opción.

Se desprendió de sus bienes y se vistió de harapos e hizo una peregrinación a Roma. Aquí recibió la tonsura y se dispuso a marchar como peregrino a Jerusalén, pero finalmente volvió a Rávena para vivir con un ermitaño, llamado Martín, en una pequeña isla del río Po. Martín, al cabo de tres años, lo envió a la abadía de Pomposa, junto a Ferrara, para aprender la vida mo-

nástica. De esta abadía llegaría a ser el abad años más tarde, dedicándose a la dirección espiritual de los monjes mientras confiaba la administración temporal a otros. En su tiempo hubo una gran afluencia de vocaciones en el monasterio.

Invitó a San Pedro Damiano a pasar una temporada en su monasterio como maestro de espiritualidad. El gran santo dedicó a Guido una obra suya sobre la perfección de los monjes. Tuvo problemas con el arzobispo de Rávena, que la exquisita humildad de Guido supo superar. Murió en Borgo San Domenico, en un viaje que había emprendido llamado por el emperador Enrique III, el 31 de marzo de 1046.

BEATO BUENAVENTURA TORNIELLI

Presbitero († 1491)

Nacido en una familia acomodada de Forlì (Italia), esperó a los treinta y siete años para decidir su vocación religiosa y pedir el hábito entre los servitas.

Ordenado sacerdote, pasó una temporada de retiro preparándose a la predicación, cosa que hizo con éxito. Sixto IV le confió dar misiones en los Estados Pontificios, logrando muchas conversiones. En 1488 fue elegido Vicario General de su Orden y desempeñó este cargo con eficacia y sensibilidad. Nunca le abandonó su vocación de predicador de la divina palabra. Estaba precisamente predicando la cuaresma en Udine cuando murió el 31 de marzo de 1491. Su culto fue confirmado el 6 de septiembre de 1911.

BEATA NATALLA TULASIEWICZ

Martir († 1945)

Nació en Rzeszów (Polonia) el 9 de abril de 1906. En 1921 se trasladó con su familia a Poznań y estudió en el liceo de las hermanas ursulinas, pasando con posterioridad a la universidad en la que se licenció en letras. De 1933 a 1937 fue profesora de la escuela de San Casimiro de Poznań y desde ese año pasó a enseñar en el liceo de las ursulinas.

En 1939 se dictó contra ella orden de extrañamiento y se la obligó a vivir primero en Ostrowiec Kielecki y luego en Cracovia, a donde se fue con ella el resto de su familia. Dejó ella entonces la enseñanza abierta y pasó a trabajar en la enseñanza superior clandestina. En 1943 se ofreció voluntariamente a trabajar en Alemania como obrera de fábrica. La suya era una intención apostólica; quería ayudar a sus compañeras a conservar la fe y la espiritualidad. Trabajó en Hannover en la fábrica Günther- Wagner, alojada con otras muchas mujeres, entre ellas trescientas polacas. Su trabajo religioso no pasó inadvertido, siendo arrestada en abril de 1944 por la Gestapo y llevada a la cárcel de Colonia donde fue torturada. El 26 de septiembre de aquel año pasó al campo de exterminio de Ravensbruck, en cuya cámara de gas halló la muerte el sábado santo 31 de marzo de 1945, en vísperas de la entrada de las tropas aliadas. Fue beatificada el 13 de junio de 1999.

LA SANTA CUARESMA

La Cuaresma es un camino espiritual que lleva a la comunidad cristiana y a cada fiel a la celebración de la Pascua. Comienza con el Miércoles de Ceniza y desemboca en el Triduo Pascual al que sirve de preparación prolongada y profunda.

La forma actual de la Cuaresma se debe a las disposiciones del papa Pablo VI, el cual por su carta apostólica de 3 de febrero de 1969, promulgaba para esa gran parte de la Iglesia que sigue el rito romano un nuevo misal romano, realizado conforme a los mandatos del Concilio Vaticano II. Además de la revisión del *Ordo Missae* contenía el nuevo misal una revisión general del año litúrgico, a tono con lo indicado por el propio mandato conciliar que dice:

«Revisese el año litúrgico de manera que, conservadas o restablecidas las costumbres e instituciones tradicionales de los tiempos sagrados de acuerdo con las circunstancias de nuestra época, se mantenga su indole primitiva para alimentar debidamente la piedad de los fieles en la celebración de los misterios de la redención cristiana, muy especialmente del misterio pascual»

Se establecía, pues, una revisión y una adaptación a las nuevas circunstancias, pero se partía no de cero sino de la ya vieja tradición cuaresmal de la Iglesia. Conservar y progresar: las dos dinámicas con que se hizo toda la espléndida reforma litúrgica posconciliar.

El Concilio había hablado de un doble carácter en el tiempo cuaresmal: el bautismal y el penitencial. El carácter bautismal venía dado, señala el Concilio, porque la Cuaresma es tiempo de preparación y de recuerdo con relación al bautismo; el penitencial, porque en él se subraya la necesidad de la conversión a Dios de los pecadores (lo somos todos en alguna medida) y de la oración por los pecadores. El Concilio quería, por ello, que tanto los elementos bautismales como los elementos penitenciales quedaran claramente subrayados en la revisión que se hiciera de la Cuaresma.

Siguiendo fidelísimamente todos estos criterios, la nueva estructura de la Cuaresma se inspira en la más antigua y venerable tradición de la Iglesia romana, y asimismo la acomoda a las necesidades de nuestro tiempo, haciendo de la liturgia cuaresmal un verdadero vademecum del creyente que desee vivirla con intensidad en orden a plenificar su vivencia de la Pascua, pudiendo decirse que si el creyente se mete entero en la cuaresma, persevera en su seguimiento a lo largo de toda ella, y así preparado vive la Pascua, saldrá renovado espiritualmente de la vivencia pascual.

De la estructura cuaresmal adoptada por la nueva liturgia romana los liturgistas deducen, con razón, que la Cuaresma tiene como destinatarios específicos un triple grupo de creyentes. En primer lugar, los catecúmenos, es decir, los que se preparan a recibir el bautismo. Propiamente hablando, son catecúmenos las personas con uso de razón que se preparan a recibir el sacramento bautismal. Un niño pequeño o un ser humano sin uso de razón, aunque vayamos a bautizarlo, no por ello es catecúmeno. Y es claro que la preparación al bautismo no se encierra toda ella en el breve espacio de semanas que es la Cuaresma. La Cuaresma que precede a la Pascua en que se bautizan es la culminación del catecumenado y en la liturgia de la Palabra de los domingos cuaresmales están indicados temas básicos de la enseñanza prebautismal.

El segundo grupo al que se dirige la Cuaresma es el de los fieles pecadores que necesitan hacer un serio proceso de conversión de sus pecados. La misericordia divina no agotó sus recursos con el sacramento del bautismo. Para los cristianos que hayan caído en pecado, incluso en pecados los más graves, hay una segunda oferta de salvación por parte de la clemencia divina. Este proceso de penitencia posbautismal tiene su sello en el sacramento de la penitencia, ya que el Señor confió al ministerio apostólico el perdón y la retención de los pecados. Un sincero dolor de los pecados y un firme propósito de enmienda preceden a la humilde confesión de las propias culpas, sobre la que descende el consuelo de la misericordia divina con la absolución sacramental. Suscitar en los pecadores los sentimientos de compunción, dolor, arrepentimiento y vuelta al Señor para em-

prender una vida renovada en la alegría de la salvación, he ahí un propósito decidido de la Cuaresma.

Y el tercer grupo al que se dirige la Cuaresma es todo el resto de la comunidad cristiana: no sólo a los catecúmenos y a los pecadores sino a toda la comunidad se dirige la Cuaresma para que se prepare de manera eficiente a una provechosa celebración de la Pascua. Para ello la comunidad cristiana volverá a recordar el bautismo y la dignidad cristiana recibida en él, resucitando los efectos de la gracia divina recibida en el bautismo y actualizando el compromiso bautismal, viviendo la vida nueva recibida en el bautismo y haciéndose dócil al Espíritu Santo para que su vida se enriquezca con todos los frutos del Espíritu. En la noche de la Pascua la Iglesia, luego de haber bendecido la fuente bautismal y haber sumergido en ella a los nuevos creyentes, le pedirá a la comunidad cristiana que renueve las promesas del bautismo, renunciando a Satanás y al pecado, y confesando la fe en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo. Esta renovación formal de la noche de la Pascua va precedida de todo el ejercicio ascético y moral de la Cuaresma, que hace de esa renovación no una decisión repentina y sobre la marcha, sino una madura toma de postura por parte de quienes han puesto los ojos en Cristo Salvador y han decidido renovar su adhesión de corazón a él. Momento sublime que cada año debe ser un hito importante en el camino cristiano de cada uno de los fieles y de la entera comunidad cristiana. Pero, si la comunidad cristiana recuerda el bautismo y se prepara a renovar sus compromisos durante la Cuaresma, lo hace también porque es consciente de la necesidad de purificación que ella tiene: cada uno de sus miembros y aún la propia comunidad como tal. Y, por ello, no hay quien no deba practicar la penitencia como virtud que sanea el interior del hombre y le da fuerzas en la lucha contra el pecado, lucha en la que todo hombre y la entera comunidad están metidos mientras dure la peregrinación terrena. La necesidad de purificarse y superar las tentaciones aparece como tarea de todo creyente, y a ella le estimula la Cuaresma con fuerza. No solamente los grandes pecadores —insistamos— sino cada fiel y cada comunidad cristiana tiene que hacer penitencia y renovarse en su espíritu.

Al comenzar la Cuaresma les dice la Iglesia a todos sus hijos en la liturgia del llamado Miércoles de Ceniza que son tres las obras santas en que para conseguir los objetivos de la Cuaresma deben ejercitarse: la oración, el ayuno y la limosna. Por oración se entiende la elevación del corazón del hombre a Dios para pedir su gracia y hablar con él como un hijo con su Padre, según la enseñanza de Jesús. La Cuaresma es, se diría que ante todo, tiempo de oración, tiempo sagrado por ello, es decir, tiempo dedicado, consagrado a Dios. Dios es el centro de la Cuaresma: con su designio de salvación realizado en Cristo y su llamada al hombre a la felicidad eterna de su gloria, Dios se acerca al hombre misericordiosamente y le ofrece lo que verdaderamente el corazón humano anhela. La Cuaresma es, por ello, sacramento, es decir, una manera de hacer sensible la —de suyo invisible— clemencia de Dios. Como cuando Noé, Abraham o Moisés pudieron tratar con Dios y ofrecerle sus corazones y sus vidas disponibles para el designio divino, y este trato con Dios los santificó, es decir, los unió a él, así el trato de los creyentes con Dios en la Cuaresma los une al Señor y los vincula al cumplimiento de su voluntad siempre misericordiosa. La oración es la fuente de la energía espiritual y el venero de la verdadera alegría. Siempre, pero especialmente en la Cuaresma, es preciso orar continuamente sin cansarse.

El ayuno es la privación voluntaria del alimento terreno en honor de Dios. La Cuaresma ha sido tradicionalmente tiempo de ayuno. Y aunque en la vigente disciplina eclesial la obligación de ayunar se limita al Miércoles de Ceniza y al Viernes Santo, se diría que el espíritu del ayuno o lo que el ayuno significa debe impregnar toda la Cuaresma. Nadie como Jesús el Señor expresó el fondo del ayuno cuando dijo que no sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Ayunar es reconocer que no por estar hartos de comida ya por eso nuestro corazón puede darse por satisfecho, pues ninguna de las cosas terrenas son suficientes de suyo para llenar el corazón humano. Por otro lado, el hombre tiene el continuo peligro de absolutizar los bienes terrenos y convertirlos en ídolos que nos acaparen como si de ellos nos fuera a venir la salvación. Ayunar es relativizar todo lo terreno y decirnos a nosotros mismos que

sólo Dios es absoluto. Ayunar es renunciar a toda autosuficiencia de signo terreno para afirmar que al hombre, como dijera Santa Teresa de Jesús, lo que de verdad sólo le basta es Dios. El ayuno se dirige contra todas las especies de materialismo y consumismo, contra toda molicie espiritual, contra todo afán desmedido de confort, contra toda huida del sacrificio, del esfuerzo, de la superación propia, de la mortificación voluntaria, del autodomínio. Por ello ya dijeron los profetas que el verdadero ayuno que Dios quería no estaba tanto en la privación de comida material cuanto en el servicio a la justicia y la buena convivencia entre los hombres, en la misericordia con el oprimido y marginado, en la actitud positiva hacia la fraternidad, en la construcción o restablecimiento de un orden social acorde con la dignidad del hombre y la voluntad de Dios.

La otra obra cuaresmal es la limosna. La Iglesia la entiende en el sentido de compartir amorosamente con el que no tiene, y se debe ver compendiada en la bíblica palabra limosna, elogiada por la palabra divina, toda la gama posible de obras de misericordia así corporales como espirituales. La limosna es lo contrario de egoísmo, codicia, cicatería, indiferencia ante la suerte del hermano, encierro de la persona en sí misma, indolencia ante el servicio al prójimo. No tiene por qué entenderse por limosna cualquier obra que coadyuva de algún modo a perpetuar la situación de pobreza de un prójimo, proporcionándole ayuda contraproducente. No se refiere a eso el término bíblico de limosna, trasladado al lenguaje cuaresmal. Limosna es generosidad, apertura al otro, solidaridad con la causa del hombre y la de cualquier hombre, servicio voluntario a cualquier necesidad ajena. La limosna no es necesariamente la entrega de una cosa (pan, ropa, dinero, etc.) sino la entrega de uno mismo al modo de la entrega de Cristo.

El Miércoles de Ceniza tiene una liturgia de la palabra en la que la Iglesia quiere inculcar estas tres obras en los creyentes, pero elige un evangelio (Mt 6,1-6.16-18) en el que Jesús, más que insistir en hacer estas obras, señala que lo importante es cómo se hacen. No basta una oración hecha de cualquier modo, ni un ayuno o una limosna efectuados de forma inadecuada. Jesús invita a reflexionar sobre la forma pura y humilde en que se

ha de orar, se ha de ayunar y se ha de dar limosna, evitando sobre todo convertir estas obras religiosas en espectáculo como hacían los fariseos. Orar en el silencio del cuarto, donde sólo Dios nos ve. Ayunar con cara alegre para que el sacrificio sólo Dios lo conozca. Evitar que nadie sepa que damos limosna para que sea solamente homenaje a Dios y no ocasión de alabanzas humanas. En definitiva, lealtad con Dios y humildad. A Cristo lo que le importa es con qué espíritu se hacen la oración, el ayuno y las limosnas.

La Cuaresma está inspirada en los cuarenta días de ayuno y oración que Jesús pasó en el desierto antes de someterse a las tentaciones. El número cuarenta puede igualmente evocar los cuarenta días de Moisés en el Sinaí, los cuarenta años de Israel en su peregrinación por el desierto y los cuarenta días de Elías hasta llegar al monte de Dios cuando huyó de Jezabel. Como tal período especial de cuarenta días la Cuaresma se formaliza en Roma a finales del siglo IV, aunque no puede dudarse que la Pascua desde tiempos anteriores ya se preparaba con ayuno de varios días o de varias semanas, siempre exceptuado el domingo. Al comienzo de este período se iniciaba la penitencia pública de los pecadores que, en señal de luto y dolor, recibían la ceniza, y al final del período cuaresmal los pecadores ya ejercitados en la penitencia el tiempo que se les hubiere asignado recibían la reconciliación. La comunidad participaba en la penitencia pública sosteniendo con su oración y su aliento a los penitentes. Poco a poco a la misa del domingo, que era inicialmente la única de la semana, se irán uniendo celebraciones de la eucaristía en los días de la semana: primero los miércoles y los viernes, luego también los lunes, más tarde los martes y sábados, y ya en pleno siglo VIII se añadirá la misa de los jueves. Quedó así la Cuaresma como un tiempo en que cada día tenía su misa propia, y pudo la Iglesia en este período de misa diaria hacer de la liturgia de la Palabra una catequesis continuada. Se convirtió así la Cuaresma para todos en un tiempo de especial escucha de la palabra divina, y esta característica tan brillante la ha conservado en la reforma posconciliar, que ha organizado todo un magnífico programa de lecturas diarias, lo que ha motivado a la Iglesia a invitar a los pastores a que en la misa de cada

día de la Cuaresma tengan homilía para los fieles. De esta forma la oración, una de las típicas obras cuaresmales, como hemos dicho, se convierte en diálogo, puesto que el fiel con ella responde al Dios que en la Sagrada Escritura, ampliamente abierta en la Cuaresma, cada día le habla.

Aunque hay tres ciclos de lecturas bíblicas en la liturgia para los años A, B y C, sin embargo, en la Cuaresma, el año A es como el prototipo y está permitido usarlo siempre si se desea. Tiene seis domingos la Cuaresma y cada uno de ellos tiene una temática oportuna. El evangelio del primer domingo se centra en las tentaciones de Cristo en el desierto, el segundo en la transfiguración del Señor, el tercero en el episodio de la samaritana cuando Jesús le ofrece a aquella mujer un agua viva, el cuarto narra la curación del ciego de nacimiento cuando el Señor se muestra como luz del mundo, el quinto narra la resurrección de Lázaro cuando el Señor se presenta como la resurrección y la vida, y el sexto domingo es llamado de Ramos en la Pasión del Señor porque el evangelio es justamente la narración de la pasión, muerte y sepultura del Señor. El carácter de catequesis bautismal de los domingos III, IV y V es evidente. Bautizarse es beber del agua de la gracia, es ser iluminado por Cristo, es renacer desde la muerte del pecado a la nueva vida en Cristo. Con estos evangelios se explicaba a los catecúmenos la inmensidad del don que iban a recibir en el bautismo.

Pero, además, las lecturas del Antiguo Testamento de los domingos forman una serie con caracteres propios, que van recordando figuras y etapas de la gran historia de la salvación con que Dios preparó la venida de Jesucristo.

Actualmente, la última misa del período cuaresmal anterior al Triduo Pascual es la llamada misa crismal, que se celebra no con la austeridad del tiempo cuaresmal sino con tintes de fiesta. Su momento propio es el Jueves Santo en la mañana aunque puede adelantarse por motivos pastorales al martes o al miércoles. Se expresa en ella que los sacramentos de la Iglesia brotan del misterio pascual con la bendición y consagración de los óleos y el crisma que se utilizarán en los sacramentos de bautismo, confirmación, orden sacerdotal y unción de enfermos.

Con la tarde del Jueves Santo se inicia el Triduo Pascual, a cuya celebración ha preparado la Cuaresma a los fieles. Los pecadores reconciliados, los fieles estimulados espiritualmente y los catecúmenos abiertos ya a la esperanza de la próxima regeneración, podrán vivir con profundidad el misterio pascual de Cristo. La Cuaresma les ha capacitado para ello. Desde el Miércoles de Ceniza ha transcurrido, como dice la epístola de dicho día, un tiempo de salvación, un tiempo en que Dios se ha mostrado dispuesto a acogernos paternalmente. La comunidad ha implorado, presidida por sus sacerdotes y como quería el profeta Joel, la misericordia divina, y ésta, a lo largo de todo el tiempo cuaresmal, se ha derramado copiosa sobre todos. No es cuestión de perderse tan grande gracia.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

- CASTELLANO, J , *El año litúrgico Memorial de Cristo y mistagogia de la Iglesia* (Barcelona 1994)
- EISENHOFER, L , *Compendio de liturgia católica* (Barcelona 1947).
- LOPEZ MARTIN, J., *La liturgia de la Iglesia* (Sapientia fidei, 6, BAC, Madrid 1994).
- ID., *El año litúrgico* (BAC popular, 62, Madrid 1997).
- MARTIMORT, A G., *La Iglesia en oración. Introducción a la liturgia* (Barcelona 1965).
- ORDONEZ MARQUEZ, J , *Teología y espiritualidad del año litúrgico* (BAC 403; Madrid 1978).

APÉNDICE

1 de marzo

EL SANTO ÁNGEL CUSTODIO DEL REINO

Conocer bien las necesidades, calcular bien las fuerzas disponibles, precisar bien las metas, he ahí algunas obligadas resoluciones en el plan de acción para la renovación total en el campo católico. Pero en estos tiempos, más que nunca, hace falta tener presente que nuestras armas o recursos son, sobre todo, los espirituales y que, entre ellos, hay que contar con la protección de los ángeles. Por algo la Iglesia reza constantemente: «Tú, príncipe de la celestial milicia, relega al infierno con divino imperio a Satanás y a los demás espíritus malignos que, en su intento de perder a las almas, recorren la tierra». Sí, que «no es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires».

Los ángeles buenos son innumerables. Millones de millones. Y el Creador de ellos les dictó instrucciones detalladísimas respecto a nosotros. Y así como la Iglesia a cada nación accede gustosa a darle algún santo patrono, así también Dios a cada una le señala su correspondiente ángel custodio. De manera que, entre todos aquellos seres a quienes puede llamárseles vicegerentes supremos del Señor, los unos son visibles, invisibles los otros. Visibles: en el orden y esfera religiosa, el Romano Pontífice; en el orden y esfera secular, el Jefe de cada Estado. Invisibles: en la esfera y orden eclesiástico, un hombre —San José, universal patrono— y un ángel —San Miguel, protector de la Iglesia como antes lo había sido del pueblo hebreo—, en la esfera y orden nacionales, un hombre —Santiago para España— y un ángel —el Ángel Custodio de la Patria.

Cuando subía España la penosa cuesta del siglo más desgraciado de su historia, obtuvo como compatrono a su ángel tutelar, en honor del cual le fueron aprobados por la Santa Sede oficio y misa propios con rito doble de segunda clase y octava, señalando la fiesta para el primero de octubre. Transcurrieron los años y se dio al olvido aquella concesión que, sin embargo, parecía ser tan providencial. Pero nuevamente un gran siervo de Dios, el sacerdote tortosino Manuel Domingo y Sol, destacado apóstol de la devoción general a los ángeles, promovió también ardorosamente la de aquel a quien llamaba con cariño sin límites «su» Santo Ángel de España. «Nadie, decía, me estima bastante a mi Ángel de España, a pesar de su patronato. Es una incuria incomprensible el olvido en que le tenemos. ¿Cómo no hemos de redoblar nuestras oraciones a él hoy que nuestra España se encuentra agitada y combatida por las sectas del infierno, que tratan de arrebatarle el tesoro de su fe y empobrecerla y humillarla? Las circunstancias críticas de España reclaman acudir a él».

Desde 1880, al menos, hasta 1909, año en que voló al cielo, se desvivió en múltiples formas para atraer la atención de España hacia el olvidado protector. Fue este entusiasmo, en el celoso sacerdote, efecto natural de su ardiente devoción a los ángeles y de su profundo patriotismo. Después de perseverantes pesquisas pudo al fin conseguir una estampa del Santo Ángel del Reino editada en Valencia en 1837. No le satisfizo cuando la hubo visto y entonces ideó otra que resultó preciosa, diseñada bajo su inspiración por el dibujante barcelonés Paciano Ros y reproducida en fototipia por los talleres, también barceloneses, Thomas y Compañía. En lo alto del firmamento, un corazón envuelto en llamas, rodeado de esta inscripción: «¡Reinaré en España!». Debajo, la Purísima, con Santiago y Santa Teresa a sus lados. En el centro inferior, ya en tamaño grande, fina y bellamente dibujado, el Santo Ángel, lleno de majestad, una espada en la diestra y el mapa de España delicadamente protegido con la mano izquierda. En el fondo, revolviéndose y pretendiendo erguirse, dos monstruos infernales. Finalmente, aquel texto del Salmo 33: «Enviaré el Señor su ángel alrededor de los que le temen y los librará». Y esta invocación: «Virgen Inmaculada, Santia-

go Apóstol, Santa Teresa de Jesús y Santo Ángel, patronos de España, conservadnos la fe y defendednos de los enemigos de nuestra patria». Imprimió, por lo pronto, 85.000 estampas en diversos tamaños y 90.000 hojas de propaganda de esta devoción. Más tarde costeó otras 100.000 estampas y hojas volanderas.

El 6 de mayo de 1896 le autorizó su prelado para establecer en la diócesis una piadosa liga de oraciones al Santo Ángel del Reino. Dos días después, en los varios periódicos de Tortosa y en revistas de distintas capitales publicó ampliamente el proyecto. Escribió asimismo a todos los seminarios de España invitándoles a que fundasen otros tantos centros diocesanos para extender dicha unión. De más de doce sitios le contestaron enseguida aceptando encantados y los señores obispos indulgenciaron la inscripción. Simultáneamente hizo prender el fuego en los alumnos del Colegio de San José de Roma fundado por él hacía cuatro años. Y así lo atestiguan varios prelados que habían seguido allí sus estudios. Uno de ellos escribe: «De ti, amado padre, aprendí a venerar, a amar al Santo Ángel Custodio de España. En el Pontificio Colegio Español de San José de Roma, con fervor piadoso y con patriótico ardimiento, inculcabas a todos los alumnos esta santa devoción. Por tu amor salgo a propagarla. Mejor que antes en la tierra puedes ahora desde el cielo lograr que se extienda y arraigue». Estas palabras constituyen la «dedicatoria» de la sustanciosa y bellísima «novena» —todo un tratado de angelología— que en honor del Santo Ángel Custodio de España publicó en 1917 el Dr. D. Leopoldo Eijo y Garay, más tarde Excmo. Patriarca-Obispo de Madrid-Alcalá. Tal joya de novena fue reeditada el año 1936 en Vitoria por la Dirección General de la Obra Pontificia de la Santa Infancia. ¿No cabría pensar que la difusión de esa novena precisamente aquellos años pudo ser parte para la asombrosa victoria de quienes, en lo humano, éramos impotentes ante los formidables enemigos de la guerra... y de la posguerra?

En 1920 el Santo Ángel Tutelar de España tenía ya un espléndido altar en la parroquia de San José de Madrid. Fue inaugurado el 13 de mayo de ese año, con asistencia de la Real Familia en pleno. Y aquel mismo día quedó también establecida, a

propuesta de Su Majestad D. Alfonso XIII, la «Asociación Nacional del Santo Ángel Custodio del Reino». Alma de todo ello fue otro hijo espiritual de don Manuel Domingo y Sol: el sacerdote don Luis Íñigo, quien, como testamentario de aquél en todo lo concerniente al Santo Ángel, logró ver puesta en marcha la asociación en cuarenta provincias de España. Él fue quien una vez nos dijo:

«En mi última entrevista con don Manuel, me hizo prometerle que no abandonaría el asunto del Santo Ángel mientras yo viviese. La primera parte de mi propósito está conseguida, pues en toda España se conoce y se practica la devoción al Santo Ángel. Ahora quisiera que se fomentase entre los niños esta devoción y que, en un día determinado, los niños y niñas de los colegios asistiesen a una fiesta en la que desfilasen ante la imagen del Santo Ángel y depositasen a sus pies una flor y diesen un beso a la bandera española»

Copiosa correspondencia se cruzó también entre el siervo de Dios y su joven amigo sobre otra iniciativa del primero: la de erigir en el Cerro de los Ángeles, próximo a Madrid, un monumento al Santo Ángel de España. No es posible expresar en pocas líneas todas las reservas de entusiasmo que el insigne apóstol dedicó a este proyecto. La tarde del 21 de abril de 1902 fue personalmente al Cerro de Getafe, entonó una salve a Nuestra Señora de los Ángeles en la iglesia y después, con íntima ilusión, se puso a planear y discurrir, pareciéndole todo cosa facilísima en punto a ejecución. Las enfermedades y las atenciones a sus muchas empresas le impidieron luego caminar deprisa, pero hasta tres meses antes de morir siguió escribiendo a unos y otros sobre el acariciado anhelo. Entre otros encargos hizo éste: «Que la hermandad deje aquí un recuerdo a su abogado». Se refiere a la Hermandad de Sacerdotes Operarios del Corazón de Jesús, en cuyas constituciones, redactadas por él, nombra varias veces al Santo Ángel de España, elegido para la misma como abogado especial.

Se pregunta uno ahora: ¿no sería deseable que, dentro de la más perfecta armonía arquitectónica, ese deseo de un santo quedase al fin plasmado entre las edificaciones que hoy ocupan el sagrado lugar, centro geográfico de la Península?

Cuando solamente existía allí la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, la mente de don Manuel Domingo y Sol relaciona-

ba con dicha iglesia el soñado monumento. Ahora en cambio, ante el nuevo carácter que han revestido aquellas alturas, él, si viviese, revisaría sin duda su concepción primera, para estudiar en qué sitio preciso parecía mejor instalarlo. El no haberlo realizado medio siglo atras puede hoy ser un bien, para que resulte posible planearlo de un modo definitivo. Una vez colocado allí el Santo Ángel del Reino, se atraería fácilmente las miradas y los corazones de toda España. Podría al mismo tiempo inspirarles a los católicos extranjeros que pasan por Madrid la magnífica idea de difundir en sus naciones la devoción al respectivo ángel tutelar de ellas.

Pocos años después de haber fallecido don Manuel Domingo y Sol, el ángel de Portugal en 1916 se apareció varias veces a los privilegiados niños de Fátima. Por conducto de ellos pidió a la humanidad oración, penitencia, reparación eucarística, recurso confiadísimo al Inmaculado Corazón de María. ¡Qué gozo ver así confirmada la designación, por parte de Dios, de ángeles custodios de las naciones! Harto bien lo sabía el apostólico varón tantas veces citado, quien hablaba de los ángeles como si los estuviera viendo y escribía de ellos, por ejemplo: «Hay que poner en contacto a los ángeles de España y de Portugal. Diríase que, reñidos los españoles y los portugueses —vecinos del entresuelo y del principal—, no se cuidan para nada los unos de los otros». Ese propósito de poner en contacto a los dos celestiales confidentes y amigos suyos apuntaba en último término a su elevado plan de promover a fondo el intercambio cultural y apostólico de una y otra nación hermanas. Y así le confiaba también sus empresas de celo al Santo Ángel Custodio de Francia cuando la cruzaba muchas veces en sus viajes a Roma.

¿Qué hacer entonces para aprovechar tan útil ejemplo de santo patriotismo? Ante todo, naturalmente, ahondar en la fe de que, como dice San Pablo, «todos los ángeles son gestores de Dios, puestos al servicio de quienes hemos de lograr salvarnos». Después, recordar que la custodia de los ángeles es una admirable aplicación de la providencia divina, tener presente que en todas nuestras buenas obras intervienen los ángeles. Felicitarlos, además, de que, como advierte San Bernardo, los ángeles reúnan en sí tres magníficas dotes que siempre deseamos y exi-

gimos en los supremos gobernantes: lealtad a toda prueba, prudencia exquisita y un poder inmenso. También son luz para las almas; su vigor nos contagia, saben, quieren y pueden defender nuestros intereses materiales. ¿Caben disposiciones más deseables en el ángel tutelar de una patria?

Lo que falta ahora es que esa patria se ejercite generosamente en aquellas virtudes en que los ángeles se complacen tanto: sumisión fiel y disciplinada a las órdenes del Altísimo; pureza e integridad cristianas; singularísima predilección por toda clase de obras consagradas a la educación e instrucción de los niños. Muy bien se ha preguntado:

«¿Quien sabe si las calamidades que muchas veces llueven sobre los pueblos son la venganza de los angeles por el abandono en que se deja a los niños, por los escandalos que se dan a los niños, por el daño que se causa a los angeles de la tierra corrompiendoles el corazon y la inteligencia? Espanta pensar cuan terribles deben de ser las ordenes del santo ángel de una nacion a los demas angeles, para vengar tantos crímenes como se cometen contra los niños, aun antes de que nazcan. Quienes aman a los niños con amor cordial practico se atraen la complacencia de los angeles y, sobre todo, del santo angel tutelar de la patria»

Ojalá todas las editoriales, todos los publicistas católicos, todas las familias fervorosas inunden hoy a España otra vez con estampas del Santo Ángel del Reino y con impresos explicativos de la excelsa misión que le está confiada en el plan divino. ¡Quién viera en todos los hogares, junto a la imagen del ángel individual de la guarda, venerada también la del Santo Ángel de la Nación! ¡Y quién viera que el amor a él no sólo penetraba en las casas, sino que se adueñaba de las madres españolas y que éstas, con sus palabras, chispas de fuego del corazón, con miradas que son ráfagas de luz del entendimiento, con besos, insuperables para imprimir hondamente en el alma las ideas y afectos, grababan en las de sus hijitos, a la vez que la devoción al ángel de la guarda y al del Reino, el amor a la Iglesia y a la patria! ¡Quién pudiera lograr que simultáneamente esa devoción privada se transformase en pública y que en los templos se levantasen altares dedicados al príncipe de la milicia celestial guardiana de España, y que nuestras juventudes se congregasen en torno a esas imágenes para enardecerse en amor a la patria española y

católica, a fin de estar dispuestas a derramar por ella la sangre cuantas veces fuera necesario!

Si para organizarlo todo ello se infundía vida nueva a la «Asociación Nacional del Santo Ángel del Reino», mejor aún. Finalidad suya sería propagar por todas las diócesis la devoción al mismo. Fomentar en todos los españoles la santa virtud del patriotismo. Obtener del Corazón divino de Jesús por intercesión del Ángel del Reino el engrandecimiento espiritual y temporal de España. Que, al fin y al cabo, ese Corazón amabilísimo, fusilado un primer viernes de mes en su imagen, pero entronizado otra vez allí mismo en el centro de la Península, él es quien ha confiado al Ángel del Reino el mando supremo de las fuerzas angélicas encargadas de la defensa individual y social de los españoles.

«¿Con cuántas divisiones militares cuenta el Vaticano?», preguntó un día Stalin. ¿Con qué posibilidades en tierra, mar y aire, con qué superproducción de armas nucleares —preguntamos nosotros—, con qué seguridades de defensa y victoria cuenta una nación como la nuestra, no opulenta ni mucho menos, en estos años explosivos de la historia del mundo?

Respuesta primerísima: por lo pronto, con aquellas armas que un ángel dejó ver a Judas Macabeo. Y después, sobre todo, con el arma de aquella fe invencible que habló así por tantos labios y que jamás dejará de hablar: «Nuestro Dios, al que servimos, puede librarnos del horno encendido. Y si no quisiere, sábetete, rey, que no adoraremos a los falsos dioses ni inclinaremos la cabeza ante la estatua que has levantado».

BUENAVENTURA PUJOL

Bibliografía

- EIJO Y GARAY, L., *Novena al Santo Angel Custodio de España* (Vitoria 1936)
GARCIA GARCIA, «El Santo Angel Custodio del Reino» Sermon (Ávila 1921)
— ID., «La devoción al Santo Angel Custodio de España» *Mater Clementissima* (1922) nov
TORRES SANCHEZ, A., *Vida del siervo de Dios D Manuel Domingo Sol* (Tortosa 1934)

4 de marzo

SAN CAPITÓN DE LUGO

Obispo († 60)

El día 4 de marzo celebra la Iglesia de Lugo la memoria de San Capitón, al que se tiene por primer obispo de la ciudad. Figura su imagen en la fachada de la catedral lucense y aparece como el padre en la fe de aquella comunidad. Está incluido en el «Propio de los santos» de la diócesis, propio aprobado por la Santa Sede.

La tradición referente a San Capitón y otros compañeros de apostolado y martirio en España la podemos encontrar, por ejemplo, en la obra de Luis Calpena y Ávila (*La luz de la fe en el siglo XX* [Madrid 1904] t.3 p.62ss). En esta narración el protagonista es San Elpidio, al que se presenta como un solitario del Carmelo, que se hizo discípulo de los apóstoles y acompañó a Santiago el Mayor en su labor evangelizadora por España, y siendo nombrado por aquél obispo de Toledo, fue denominado posteriormente Julián porque su verdadero nombre era Marco Elpidio Julián. Y se añade que luego de haber visitado a San Pablo en su cárcel de Roma, tornó a España, y convocó un concilio en una ciudad de la zona de Valencia llamada *Castrum album* o *Castrum altum* y que Estrabón denominaba *Quersoneso* o *Chersoneso*, y que hoy se llama Peñíscola, y que concurrieron a este concilio los obispos siguientes: Pío, de Sevilla; Basilio, de Cartagena; Eterio, de Barcelona; Eugenio, de Valencia; Capitón, de Lugo; Néstor, de Palencia; Efrén, de Astorga; Arcadio, de Tuliobriga, y Agatodoro, de Tarragona. Era su principal cometido nombrar nuevos obispos para las sedes de los siete varones apostólicos, ya martirizados para entonces. Pero sucedió que Heloto, copero de Nerón, habiendo venido a la ciudad y habiéndose enterado de la reunión de tantos obispos, dispuso que les dieran muerte, lo que se cumplió siendo quemados vivos el 4 de marzo del año 60 d.C. Y se cita después a varios autores españoles que han hablado de estos santos obispos y mártires, y entre ellos, cómo no, se menciona al P. Jerónimo de la Higuera.

Esta historia surgiría sin duda cuando se quiso hacer españoles a muchos santos no pertenecientes a nuestras diócesis, violentando entre otras cosas la geografía. La verdad histórica es que en el *Quersoneso* hubo un grupo de santos obispos, cuyos nombres, a tenor del anterior *Martirologio romano*, coinciden con los de esta historia, que aún menciona alguno más, y entre ellos se encuentra uno llamado Capitón. Dicho *Martirologio* situaba la memoria de ellos el día 4 de marzo. El nuevo *Martirologio* la sitúa el día 7, y el número de santos conmemorados es más pequeño. Respecto a la fecha de la memoria ya mons. Paul Guérin en su *Les petits bollandistes* (París 1888, t.II p.277) señala que la memoria de San Capitón, obispo y mártir en el Quersoneso, es el 4 y el 7 de marzo. La fecha del día 7 es la de la liturgia bizantina, mientras que la del 4 la dan algunos sinaxarios. Curiosamente, según narra la *Bibliotheca sanctorum* (t.II cols.929-930), pese a llevar el título de mártir, el único del grupo que no murió violentamente fue San Capitón y su muerte fue el 22 de diciembre. Pueden verse también las *Acta sanctorum* de marzo (Venecia 1735, t.I p.639-642). Baronio en su *Martyrologium romanum* en nota al día 4 de marzo señala que la memoria de estos santos se halla en el Menologio de los griegos (Roma 1598, p.117, nota g).

JOSE LUIS REPETTO BETES

14 de marzo

BEATO AGNO DE ZARAGOZA

Obispo († 1260)

El día 14 de marzo la Iglesia metropolitana de Zaragoza celebra la memoria del Beato Agno, obispo, memoria incluida en su «Propio de los santos», aprobado por la Santa Sede. Esta memoria no está recogida en el *Martirologio romano*.

Agno debió nacer en las últimas décadas del siglo XII, y parece que llevaba el nombre de Lupo (lobo) que cambió por

el de Agno (cordero). En 1220 era canónigo de Zaragoza, y una circunstancia muy especial vendría a cambiar su vida: llegó a Zaragoza fray Juan de Parente, enviado por San Francisco de Asís, y el canónigo Agno colaboró con el religioso en la fundación del primer cenobio franciscano de la capital cesar-augustana.

Atraído por el estilo de vida de los hermanos menores decidió entrar en su Orden y entró en la misma, profesando, tras hacer el noviciado, en 1222. En esta Orden vivió laudablemente hasta que en 1246 es nombrado obispo de Marruecos. Ejerció con gran celo su ministerio, testimoniando el evangelio con la palabra y atendiendo a los pobres con mucha caridad hasta su santa muerte, sucedida en Zaragoza el año 1260 luego que el papa Alejandro IV le admitiera la dimisión de su obispado que Agno le había presentado.

Estas noticias han sido proporcionadas por D. Jesús Aladrén Hernández, delegado de Liturgia de la archidiócesis de Zaragoza.

JOSE LUIS REPETTO BETES

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1	En Mondoñedo-Ferrol, Lugo, Orense, Santiago de Compostela y Tuy-Vigo, San Rosendo, obispo. En Bilbao, Pamplona, Tudela y San Sebastián, San León, obispo y mártir.
Día 3	En Bilbao y San Sebastián, Santos Emeterio y Celedonio, mártires.
Día 4	En Lugo, San Capitón, obispo
Día 6	En Barcelona y Tarragona, San Olegario, obispo.
Día 8	En Pamplona y Tudela, San Veremundo de Irache, abad. En Santander, dedicación de la Iglesia Catedral.
Día 9	En Barcelona, San Paciano, obispo.
Día 11	En Sevilla, dedicación de la Iglesia Catedral
Día 13	En Córdoba, Santos Rodrigo y Salomón, mártires.
Día 14	En Zaragoza, Beato Agno, obispo.
Día 15	En Ciudad Real, Pamplona, Tudela y Tarazona, San Raimundo de Fitero, abad.
Día 18	En Gerona y Tortosa, San Salvador de Horta, religioso.
Día 20	En Galicia, San Martín Dumiense, obispo
Día 23	En Barcelona, San José Oriol, presbítero. En Salamanca, Santo Toribio de Mogrovejo, obispo.
Día 26	En Zaragoza, San Braulio, obispo.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

- Agapio, San († 303), día 24, 462.
Agnelo de Pisa, Bto (s. XIII), día 13, 252-256.
Agnó de Zaragoza, Bto. († 1260), día 14, 577-578.
Agrícola, San († 580), día 17, 306.
Agustín Zhao Rong, San († 1815), día 21, 410.
Albino, San († 550), día 1, 20-21
Alejandro Blake, Bto. († 1590), día 4, 92-93
Alejandro de Jerusalén, San († 250), día 18, 332.
Alejandro, San († 303), día 24, 462
Alejo U Se-yong, San († 1866), día 11, 232-233.
Amadeo de Saboya, Bto. († 1472), día 30, 525-533.
Ambrosio Sansedoni, Bto († 1287), día 20, 389.
Andrés Gallerani, Bto. († 1251), día 19, 352.
Ángel Custodio del Reino, Santo, día 1, 569-575.
Ángela de la Cruz Guerrero y González, Sta. († 1932), día 2, 27-40.
Ángela Salawa, Bta. († 1922), día 12, 234-240.
Anselmo de Luca, San († 1086), día 18, 320-327.
Anselmo de Nonantola, San († 803), día 3, 65.
Antonio Daveluy, San († 1866), día 30, 550-551.
Antonio Patrizi, Bto. († 1311), día 28, 513.
Anunciación del Señor, día 25, 464-470.
Anunciada Cocchetti, Bta. († 1882), día 23, 444.
Artémides Zatti, Bto. († 1951), día 15, 285
Átala, San († 626), día 10, 218-219.
Bautista Spagnoli, Bto. († 1516), día 20, 389.
Benita Cambiagio Frasinello, Sta. († 1858), día 21, 400-408.
Benjamín, San († 420), día 31, 558
Bertoldo, San († ca.1198), día 29, 516-517.
Bienvenido Scotivoli, San († 1282), día 22, 416.
Braulio, San († 651), día 18, 314-319
Bronislao Komorowski, Bto († 1940), día 22, 417-418.
Bruno de Querfurt, San († 1009), día 9, 196-197.
Buen Ladrón, día 25, 488.
Buenaventura Tornielli, Bto. († 1491), día 31, 559.
Capitón de Lugo, San († 60), día 4, 576-577.
Carlos el Bueno, Bto. († 1127), día 2, 24-27.
Casimiro, San († 1484), día 4, 71-79.
Catalina de Bolonia, Sta. († 1463), día 9, 185-190.
Catalina de Suecia, Sta († 1381), día 24, 446-453.
Catalina Drexel, Sta. († 1955), día 3, 59-64.
Ceada, San († 672), día 2, 41.
Celedonio, San (s. IV), día 3, 42-49

Cirilo, San († 386), día 18, 308 313
Clemente Maria Hofbauer, San
(† 1820), día 15, 276 281
Coleta Boylet, Sta († 1447), día 6,
109 111

Cristobal Bales, Bto († 1590), día
4, 92 93

Cristobal de Milan, Bto († 1484),
día 1, 22 23

Cristobal Robinson, Bto († 1597),
día 31, 553 557

Cristobal Wharton, Bto († 1600),
día 28, 514

Crodegando, San († 766), día 6,
117

Cuarenta Martires de Sebaste († 320),
día 9, 161 166

Cunegunda, Sta († ca 1039), día 3,
65 66

Cutberto, San († 687), día 20, 388

David, San († ca 601), día 1, 21

Diego Jose de Cadiz, Bto († 1801),
día 24, 454 457

Dionisio, San († 303), día 24, 462

Domingo Cam, Sto († 1859), día
11, 231 232

Domingo Savio, Sto († 1857), día
9, 191 196

Doroteo, San († 303), día 12, 247

Edmundo Sykes, Bto († 1587), día
23, 442-443

Eduardo, San († 978), día 18, 332

Eldrado, San († 840), día 13, 257

Elias del Socorro Nieves, Bto
(† 1928), día 10, 208 217

Emeterio, San (s IV), día 3, 42 49

Emiliano Kovc, Bto († 1944), día
25, 489

Estanislao Pyrtek, Bto († 1942),
día 4, 93

Esteban de Obazine, San († 1159),
día 8, 159

Eulogio de Cordoba, San († 859),
día 11, 223 229

Eusebia de Hamay, Sta († 680), día
16, 289

Eva de Monte Cornillon, Bta
(† 1265), día 14, 265-266

Faustino Miguez de la Encarna
cion, Bto († 1925), día 8, 149
159

Federico, Bto († 1175), día 3, 67

Felicidad, Sta († 203), día 7, 119
124

Felix III, San († 492), día 1, 19 20

Fina de San Geminiano, Bta († 1253),
día 12, 249

Francisca Romana, Sta († 1440),
día 9, 171 185

Francisca Trehet, Bta († 1794), día
13, 258-259

Francisco de Jesus, Maria y Jose
Palau Quer, Bto († 1872), día
20, 374 379

Francisco Faa di Bruno, Bto
(† 1888), día 27, 496 499

Francisco Luis Chartier, Bto († 1794),
día 22, 417

Gabriel Lalemant, San († 1649),
día 17, 307

Gerasimo, San († 475), día 5, 97

German Gardiner, Bto († 1544),
día 7, 132

Gertrudis de Nivelles, Sta († 659),
día 17, 306 307

Gontran, San († 593), día 28, 512
513

Gorgonio, San († 303), día 12, 247

Gualterio de Pontoise, San († 1095),
día 23, 442

Guido de Pomposa, San († 1046),
día 31, 558 559

Guillermo Hart, Bto († 1583), día
15, 283 284

Guillermo Pike, Bto († 1591), día
21, 408 409

Guillermo Tempier, San († 1197),
día 29, 518

Heriberto de Colonia, San († 1021),
 dia 16, 286 289
 Hilario Januszewski, Bto († 1945),
 dia 25, 489 490
 Hilarion, San (s VIII), dia 28, 513
 Hipolito Galantini, Bto († 1619),
 dia 20, 372 374
 Humberto III, Bto († 1188), dia 4,
 91 92

Ines Cao Kuiying, Sta († 1856), dia
 1, 23
 Ines de Bohemia, Sta († 1282), dia
 6, 117 118
 Inocencio de Berzo (Juan Scalvi
 noni), Bto († 1890), dia 3, 70
 Inocencio I, San († 417), dia 12,
 247 248
 Isnardo de Chiampo, Bto († 1244),
 dia 19, 352

Jacobino de Canepacci, Bto († 1508),
 dia 3, 68
 Jeremias de Valaquia, Bto († 1625),
 dia 5, 98
 Jeronimo Gherarducci, Bto († 1369),
 dia 12, 249 250
 Josafata Miguelina Hordashevskia,
 Bta († 1919), dia 25, 481 487
 Jose Bilczewski, Bto († 1923), dia
 20, 390 391
 Jose Chang Chu gi, San († 1866),
 dia 30, 550-551
 Jose Oriol, San († 1702), dia 23,
 428 434
 Jose Sebastian Pelczar, San († 1924),
 dia 28, 501 512
 Jose Zhang Dapeng, San († 1815),
 dia 12, 250 251
 Jose, San, dia 19, 335 343
 Juan Adalberto Balicki, Bto († 1948),
 dia 15, 284 285
 Juan Amias, Bto († 1589), dia 16,
 290-291
 Juan Antonio Farina, Bto († 1888),
 dia 4, 83 91

Juan Bautista Chong Chang U, San
 († 1866), dia 9, 197
 Juan Bautista de Fabriano Righi,
 Bto († 1539), dia 11, 230
 Juan Bautista Nam Chong sam,
 San († 1866), dia 7, 132 133
 Juan Buralli de Parma, Bto († 1289),
 dia 19, 353
 Juan Climaco, San († 649), dia 30,
 520 525
 Juan de Brebeuf, San († 1649) dia
 16, 291 292
 Juan de Dios, San († 1550), dia 8,
 141 149
 Juan de Valence, San († 1145), dia
 21, 408
 Juan del Baculo, San († 1290), dia
 24, 463
 Juan Hambley, Bto († 1587), dia
 29, 519
 Juan Ireland, Bto († 1544), dia 7,
 132
 Juan Jose de la Cruz, San († 1734),
 dia 5, 94 96
 Juan Larke, Bto († 1544), dia 7,
 132
 Juan Nepomuceno, San († 1393),
 dia 20, 366 371
 Juan Ogilvie, San († 1615), dia 10,
 198 202
 Juan Sarkander, San († 1620), dia
 17, 300 306
 Juan Sordi, Bto († 1181), dia 16,
 290
 Juan Thules, Bto († 1616), dia 18,
 333
 Juana Maria Bonomo, Bta († 1670),
 dia 1, 13 19
 Juana Maria de Maille, Bta († 1414),
 dia 28, 513 514
 Juana Veron, Bta († 1794), dia 20,
 390
 Julian, San († 690), dia 6, 99 104
 Julio Alvarez Mendoza, San († 1927),
 dia 30, 551 552
 Justina Francucci Bezzoli, Bta
 († 1319), dia 12, 250.

Justo Ranfer de Betenières, San († 1866), día 7, 133-134.

Ladislao Mackowiak, Bto († 1942), día 4, 93.

Lea, Sta. († 383), día 22, 415

Leocricia, Sta († 859), día 15, 282.

León, San (s. IX), día 1, 22.

Leonardo Murialdo, San († 1900), día 30, 545-549.

Leónidas Fedorov, Bto. († 1934), día 7, 134-135.

Liberato Weiss, Bto. († 1716), día 3, 68-69.

Lucas Hwang Sok-tu, San († 1866), día 30, 550-551.

Lucía Filippini, Sta. († 1732), día 25, 477-481.

Lucio I, San († 254), día 5, 97

Ludgero, San († 809), día 26, 493-494.

Ludolfo, San († 1250), día 29, 518.

Luis Beaulieu, San († 1866), día 7, 133-134.

Luis de Casoria, Bto. († 1885), día 30, 539-545.

Luis Orione, Bto. († 1940), día 12, 240-246.

Luisa de Marillac, Sta. († 1660), día 15, 268-276.

Magdalena Catalina Morano, Sta. († 1908), día 26, 495.

Marcelo Callo, Bto. († 1945), día 19, 344-351

Marco de Marchio de Montegallo, Bto. († 1496), día 19, 354.

Marcos Chong Ui-bae, San († 1866), día 11, 232-233.

Margarita Clitherow, Sta. († 1586), día 25, 470-477.

María Eugenia Milleret de Brou, Bta. († 1898), día 10, 203-208.

María Josefa del Corazón de Jesús Sancho de Guerra, Sta. († 1912), día 20, 380-387.

María Karłowska, Bta. († 1935), día 24, 458-462.

María Restituta Elena Kafka, Bta. († 1943), día 30, 552-553.

Mariano Gorecki, Bto. († 1940), día 22, 417-418.

Marta Le Bouteiller, Bta. († 1883), día 18, 333-334.

Martín Dumiense, San († 579), día 20, 356-365.

Martín Lucas Huin, San († 1866), día 30, 550-551

Mateo Flathers, Bto. († 1608), día 21, 409.

Matilde, Sta. († 968), día 14, 264-265.

Metodio Domingo Trcka, Bto. († 1959), día 23, 445-446.

Mieczslao Bohatkiewicz, Bto († 1942), día 4, 93.

Miguel Pío Fasoli de Zerbo, Bto. († 1716), día 3, 68-69

Narciso Turchan, Bto. († 1942), día 19, 354-355.

Natalia Tulasiewicz, Bta. († 1945), día 31, 559-560.

Nicolás de Flue, San († 1487), día 21, 392-400.

Nicolás Horner, Bto. († 1590), día 4, 92-93

Nicolás Owen, San († 1606), día 22, 411-415.

Olegario, San († 1137), día 6, 104-108.

Paciano, San († 390), día 9, 166-171.

Panacea de Muzzi, Bta. († 1383), día 27, 500-501.

Patricio, San († 461), día 17, 293-299.

Páusides, San († 303), día 24, 462.

Pedro Aumaitre, San († 1866), día 30, 550-551.

- Pedro Choe Hyong, San († 1866),
dia 9, 197
- Pedro de Gubbio, Bto († 1306),
dia 23, 442
- Pedro de Sebaste, San († 391), dia
26, 491 493
- Pedro Enrique Dorie, San († 1866),
dia 7, 133 134
- Pedro Geremia, Bto († 1452), dia
3, 67 68
- Pedro Higgins, Bto († 1642), dia
23, 443 444
- Pedro Regalado, San († 1456), dia
30, 534-539
- Pedro Renato Rogue, Bto († 1796),
dia 3, 50 53
- Pedro, San († 303), dia 12, 247
- Perpetua, Sta († 203), dia 7, 119
124
- Placida Viel, Bta († 1877), dia 4,
79-83
- Placido Riccardi, Bto († 1915), dia
14, 266 267
- Rebeca Ar Rayes de Himlaya, Sta
(† 1914), dia 23, 435 441
- Renata Maria Feillatreau, Bta
(† 1794), dia 28, 515
- Roberto Dalby, Bto († 1589), dia
16, 290-291
- Rodrigo, San († 857), dia 13, 257-
258
- Rogério Wrenno, Bto († 1616), dia
18, 333
- Romulo, San († 303), dia 24, 462
- Rosa de Viterbo, Sta († 1252), dia
6, 112 116
- Rosendo, San († 977), dia 1, 3 12
- Ruperto, San († 718), dia 27, 500
- Salomon, San († 857), dia 13, 257
258
- Salvador de Horta, San († 1567),
dia 18, 327-331
- Samuel Marzorati, Bto († 1716),
dia 3, 68 69
- Santiago Bird, Bto († 1592), dia 25,
488-489
- Santiago Cusmano, Bto († 1888),
dia 14, 260 264
- Sibilina Biscossi, Bta († 1367), dia
19, 353 354
- Simeon Berneux, San († 1866), dia
7, 133 134
- Simplicio, San († 483), dia 10, 218
- Sisebuto, San († 1086), dia 15, 283
- Sofronio, San († 639), dia 11, 220
223
- Suitberto, San († 713), dia 1, 21
- Teofanes el Cronografo, San († 817),
dia 12, 248 249
- Teresa Eustoquio Ignacia Verzeri,
Sta († 1852), dia 3, 54-59
- Teresa Margarita Redi, Sta († 1770),
dia 7, 125 131
- Timolao, San († 303), dia 24, 462
- Tomas Atkinson, Bto († 1616), dia
11, 231
- Tomas Pilchard, Bto († 1587), dia
21, 408 409
- Tomas Son Cha-son, San († 1866),
dia 30, 550 551
- Tonbio de Mogrovejo, Sto († 1606),
dia 23, 418-428
- Veremundo de Irache, San († 1095),
dia 8, 135 141
- Vicente Kadlubek, Bto († 1223),
dia 8, 160
- Vicente, San († 630), dia 11, 229-
230
- Zacarias, San († 752), dia 15, 281
282
- Zosimo de Siracusa, San († 660),
dia 30, 549 550

2 Colaboradores

Arnaldich, L 161-166
Ausejo, S de 454 457

- Bejarano, V. 446-453.
- Carro Celada, J. A. 59-64 300-306.
- Cases, J. M.^a 112-116.
- Chico González, P. 501-512.
- Dalmáu, J. M.^a 166-171.
- Díaz Fernández, J. M.^a 125-131
374-379 428-434 516-517.
- Domínguez del Val, U. 308-313.
- Echeverría, L. de 366-371 418-428.
- Fernández Ogueta, J. 42-49.
- Fernández Ruiz, D. 525-533.
- Ferrando Roig, J. 520-525.
- Ferri Chulio, A. de S. 24-27 234-
240 481-487.
- Fierro, R. 191-196.
- Flores Arcas, J. J. 94-96 327-331
477-481 545-549.
- Fontecha, J. F. 392-400.
- García Martínez, F. 314-319.
- Gil Imirizaldu, P. M. 320-327.
- Gil, C. 3-12.
- González Rodríguez, M.^a E. 27-40.
- González, M. 534-539.
- Greenstock, D. L. 293-299.
- Iribarren, J. 198-202.
- Langa, P. 208-217.
- Llabrés y Martorell, P.-J. 50-53 411-
415 458-462.
- Martín Abad, J. 79-83 539-545.
- Martínez Almendres, G. 276-281.
- Martínez Goñi, F. 141-149.
- Morales Oliver, L. 335-343.
- Núñez Uribe, F. 54-59 260-264.
- Pedroarena, J. A. X. 135-141.
- Peraire Ferrer, J. 344-351.
- Pérez de Urbel, J. 223-229.
- Pérez Lozano, J. M.^a 464-470.
- Pérez Suárez, L. M. 171-185 435-
441.
- Pujol, B. 569-575.
- Repetto Betes, J. L. 13-23 41 65-70
83-93 97-98 117-118 132-135
149-160 196-197 218-219 229-
233 247-259 264-267 281-285
289-292 306-307 332-334 352-
355 388-391 408-410 415-418
442-446 462-463 470-477 488-
490 493-501 512-515 518-519
549-560 576-578.
- Riesco Pontejo, P. 240-246.
- Rivera Recio, J. F. 99-104.
- Romero, A. 400-408.
- Ruiz Bueno, D. 356-365.
- Sánchez Aliseda, C. 71-79 119-124
268-276.
- Sendín Blázquez, J. 104-111 185-190
220-223 286-289 372-374 491-
493.
- Velado Graña, B. 203-208 380-387.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRIS-
TIANO MARZO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES
CRISTIANOS, EL DIA 5 DE JUNIO DEL AÑO 2003,
FESTIVIDAD DE SAN BONIFACIO, OBISPO
Y MARTIR, EN LOS TALLERES DE SO-
CIEDAD ANONIMA DE FOTO
COMPOSICION, TALI-
SIO, 9 MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI